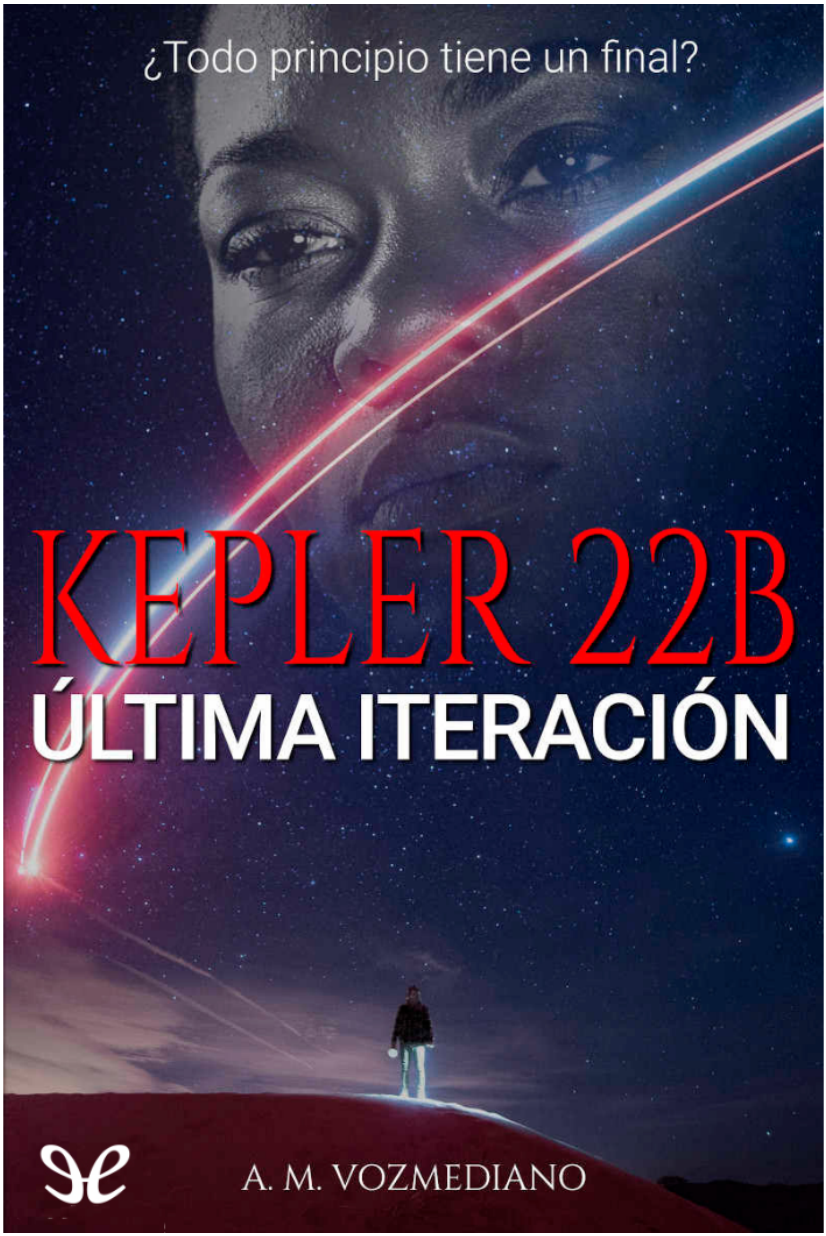
¿Todo principio tiene un final?
KEPLER 22B
ÚLTIMA ITERACIÓN
A. M. VOZMEDIANO

Niara Queen y Paulo Kersey han viajado al siglo XXI para plantar las semillas de La Compañía y tratar de dar forma a un futuro diferente del que conocieron. Todo se complicará cuando Kersey crea haber encontrado a la persona que en el futuro se convertirá en el capitán Jones y cuando Niara se tropiece por casualidad con unas novelas de
ciencia-ficción
publicadas en Amazon que relatan con una precisión asombrosa sus peripecias en Kepler 22b.

A. M. Vozmediano

Kepler 22b: Última iteración

Kepler 22b - 3

ePub r1.0
Titivillus 23.04.2023

Título original: *Kepler 22b: Última iteración*
A. M. Vozmediano, 2021

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Kepler 22b: Última iteración

Resumen de los libros anteriores

Primera Parte: La Tierra, año 2031

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80

Interludio 1. La Tierra, año 2031
81
82
83
84

Interludio 2. La Tierra, año 2035
85

Segunda Parte: Kepler 22b año 2051
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100
101
102
103

104
105
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123
124
125
126
127
128
129
130
131
132
133
134
135
136
137
138
139
140
140
141
143

144
145
146
147
148
149
150
151
152
153
154
155
156
157
158
159
160
161
162
163
164
165
166
167
168
169
170
171

Epílogo
172
173
174
175
176

En general, las sociedades humanas no son innovadoras. Son jerárquicas y ritualistas. Las sugerencias de cambios se reciben con recelo porque implican incómodas variaciones futuras en los rituales y la jerarquía.

CARL SAGAN, Dragons of Eden: Speculations on the Evolution of Human Intelligence.

Resumen de los libros anteriores

La todopoderosa corporación Tetis Titanide Co., más conocida como «la Compañía», lanzó en el año 2034 una nave de lujo denominada *Flying Dutchman* u *Holandés Errante* con rumbo al interior de un agujero de gusano recién descubierto cerca del Cinturón de Asteroides. Los físicos teóricos habían predicho que, en cierta región del interior de ese agujero, la entropía crecería más lentamente y el tiempo se ralentizaría. Por ese motivo, el pasaje de la *Flying Dutchman* estuvo formado por multimillonarios de edad avanzada que padecían enfermedades incurables y que encontraron en este crucero una manera de alargar artificialmente sus vidas, mientras que para la Compañía supuso una importante fuente de financiación.

Antes de embarcar, a los pasajeros de la *Flying Dutchman* se les realizaron algunas modificaciones genéticas para dotarlos de mayor fuerza y resistencia en el marco del proyecto Fanyi, una iniciativa secreta incluso en el seno de la propia Compañía que la corporación utilizaría durante décadas para coaccionar a sus oponentes y que por aquel entonces estaba empezando a dar sus primeros frutos. El crucero fue equipado con los mayores lujos, víveres en abundancia y diversiones de todo tipo. La joya de la corona era el bosque artificial de la bodega de carga, poblado por animales salvajes también modificados genéticamente.

Con los años, las modificaciones genéticas operaron cambios físicos y mentales imprevistos en los ancianos de la *Flying Dutchman*. La situación a bordo degeneró y un hombre, denominándose a sí mismo capitán Jones —como el viejo capitán de las leyendas sobre el *Holandés Errante*— tomó el mando de la nave. Cuando la despensa de a bordo, abundante pero finita, se agotó, los pasajeros recurrieron a los animales del bosque artificial

para alimentarse y, más adelante, al canibalismo.

Eventualmente, encontraron la manera de abrir agujeros de gusano artificiales entre la nave y la superficie de Kepler 22b, uno de los planetas del sistema Kepler 22b, y comenzaron a utilizarlos para proveerse de comida. Estos puentes eran altamente inestables y solo permanecían abiertos unos segundos. En uno de sus primeros escarceos por el planeta, muchos animales supervivientes de la bodega, algunos de ellos muy peligrosos, consiguieron escapar y se esparcieron por el bosque de Kepler 22b, donde encontraron refugio y se reprodujeron con rapidez.

La primera colonia humana en Kepler 22b, se estableció en el año 2156 y fue bautizada como Elcano en recuerdo del antiguo explorador. Al poco de desplegarse en el planeta, una de sus emisiones de radio fue captada por la *Flying Dutchman*, donde se interpretó correctamente como una señal de origen inteligente. Esa misma noche, los pasajeros de la *Flying Dutchman* asaltaron la colonia de Elcano, asesinando o secuestrando a casi todo el mundo. Con sus cuerpos, abastecieron su exhausta despensa. Los pocos colonos que consiguieron escapar se ocultaron en un complejo de cuevas naturales perdido en mitad del bosque, donde sobrevivieron y prosperaron durante casi un siglo, fundando una sociedad de carácter primitivo y basada en la superstición hasta olvidar su verdadero y traumático origen. Estos nuevos colonos denominaban Lecaun a su asentamiento, quizá una deformación del nombre original de la colonia.

La Compañía, incapaz de averiguar qué había sucedido en Kepler 22b y por qué había perdido el contacto con la colonia, enterró el fracaso de la misión y se olvidó del asunto durante ochenta y cinco años, momento en el que puso en marcha otra campaña de colonización con el nombre de Elcano 2. Solo unas pocas personas, como la presidenta del Consejo Colonial, Susan Onawa, conocían la historia y sabían que un peligro potencialmente mortal se cernía sobre aquel planeta.

Hasta Elcano 2 llegó Niara Queen, una prometedora exobióloga de pasado turbulento. Nada más llegar, el Consejo Colonial —máximo órgano ejecutivo— requirió de su ayuda para resolver un misterio: en los bosques de Kepler, un planeta en teoría deshabitado, había aparecido un ser humano moribundo.

Su investigación condujo a Niara Queen hasta Lecaun y el misterio de la *Flying Dutchman*. También averiguó que los artefactos electrónicos funcionaban como balizas de localización para el capitán Jones y su tripulación, que no había podido encontrar Lecaun en todos estos años gracias a que subsistían como una sociedad pretecnológica.

La llegada de Niara, sin embargo, desató un ataque de la *Flying Dutchman* a la aldea y muchos keplerianos acabaron atrapados en el crucero. Entre los prisioneros se encontraba una capitana del Cuerpo de Guardia Colonial, Cornelia Affrika, el heredero al trono de Lecaun, Alberth Phraeses, y la propia Niara Queen. Después de enfrentarse al capitán Jones y a Rainier, su segundo de a bordo, lograron escapar malheridos de la *Flying Dutchman* y regresar a Lecaun. El capitán Jones los persiguió y estuvo a punto de acabar con la vida de Niara y Alberth, pero el anciano rey de Lecaun se enfrentó a él y logró decapitarlo.

Desde el primer día, en Elcano 2 se había instalado una barrera de plasma que rodeaba la colonia y que mantenía alejados a los animales peligrosos. Esta barrera provocaba, como efecto colateral, una interferencia electromagnética capaz de anular los sensores de la *Flying Duchman*, que de ese modo eran incapaces de localizar a los nuevos colonos. Esta afortunada circunstancia había impedido que Elcano 2 fuera atacada. Después de conjurar por fin el peligro del capitán Jones y sus secuaces, Niara Queen inició una relación tormentosa con Alberth Phraeses y, durante un tiempo, vivió en una refundada Lecaun. La relación, sin embargo, no tardó en fracasar y Niara regresó a Elcano 2, donde retomó su puesto como exobióloga en el Instituto de Investigación protegida por la presidenta del Consejo Colonial, Susan Onawa.

Transcurrieron diez años. Sin noticias de la *Flying Dutchman*, la colonia creció y prosperó. Los yacimientos de grafeno de Kepler 22b hicieron de ella un objetivo prioritario de la Compañía. Exiliados y desesperados de todas las procedencias recalaron en Elcano 2 atraídos por su éxito. También llegaron arribistas, especuladores y traficantes. La corrupción hizo acto de presencia a todos los niveles. Barrios enteros de infraviviendas crecieron en las afueras de la colonia, como Ciudad Paraíso, o incluso más allá, en pleno bosque, donde cientos de exiliados que habían perdido su ciudadanía

fundaron el poblado de Acheron.

Un oscuro personaje recién llegado de la Tierra, un multimillonario llamado Paulo Kersey, comenzó a tomar posiciones en los puestos estratégicos de la administración colonial con el inconfesable propósito de hacerse con el poder absoluto y fundar una sociedad nueva, ordenada y perfecta, donde su hija, Trisha Kersey, pudiera criarse a salvo y tener un futuro. Cegado por su objetivo, comenzó a traficar con xerum, una poderosa y adictiva droga sintética surgida del proyecto Fanyi de la Compañía. Uno de los efectos secundarios del xerum consistía en provocar reacciones extremadamente agresivas en los drogodependientes. Kersey planeaba desestabilizar la colonia hasta tal punto que su asalto al poder fuera recibido con buenos ojos tanto por los colonos como por la propia Compañía.

El multimillonario pensaba utilizar a Niara Queen, amiga personal de la presidenta Onawa y relacionada con los aldeanos de Lecaun, como chivo expiatorio para justificar la deportación de todos los desafectos al nuevo régimen. Por eso, cuando la presidenta falleció en misteriosas circunstancias, Kersey aprovechó la ocasión para acusar a Niara de asesinato, y así la doctora se convirtió de la noche a la mañana en una proscrita.

Niara Queen se vio obligada a huir de la colonia. Los exiliados de Acheron le dieron cobijo. Entre ellos había una misteriosa mujer, Alexandra Amdahl, que aseguraba haber viajado desde el pasado para ayudarla. Amdahl le mostró una grabación en la que ella, Niara Queen, o una mujer que se parecía asombrosamente a ella, la animaba a confiar en esta supuesta viajera del tiempo.

Acheron fue arrasada aquella misma noche por el Cuerpo de Guardia a las órdenes de Paulo Kersey, que acudió en persona enfundado en un exoesqueleto de combate personalizado que había hecho traer de la Tierra. Niara consiguió huir gracias a Amdahl y, al día siguiente, ambas llegaron a Lecaun. Alberth les dio cobijo y les explicó que la epidemia de adicción al xerum también estaba asolando la aldea.

El Cuerpo de Guardia, con la excusa de localizar a Niara, atacó y destruyó Lecaun. Alberth murió durante el asalto. Niara y Amdahl lograron escapar y poner a salvo a la pequeña Eyre, la hija de Alberth, una niña de casi diez años por la que Niara sentía una

especial afinidad: en circunstancias diferentes, podría haber sido su propia hija. Pasaron esa noche en el bosque y allí se encontraron con Ada, una niña superviviente de la matanza de Acheron. Esa misma noche, Niara descubrió que Ada podía controlar de algún modo inexplicable a los animales del bosque, puesto que la vio acariciar a un temible escalpelo (un tigre dientes de sable huido de las bodegas del *Holandés*).

De regreso en Elcano 2, Niara conoció a un misterioso personaje, Koreander, un anciano que vivía en una chatarrería de Ciudad Paraíso y que parecía saber mucho sobre ella y su historia. Con ayuda de Koreander, Niara hizo pública una grabación con cámara oculta en la que Kersey se autoinculpaba de la ola de violencia que asolaba la colonia y de la epidemia de adición al xerum. Esto provocó un levantamiento popular en Ciudad Paraíso al mismo tiempo que una facción del Cuerpo de Guardia, capitaneado por Cornelia Affrika, se rebelaba contra Kersey.

Con la colonia a punto de explotar, el ejército de Kersey se encontró con la turba soliviantada de Ciudad Paraíso en el Oldtown, el núcleo original de Elcano 2. Allí, Kersey atrapó por fin a Niara y, frente a las cámaras de televisión, la acusó en falso de la muerte de la expresidenta Onawa, de traficar con xerum y de instigar la rebelión contra las instituciones coloniales.

Acto seguido, Kersey ordenó abrir fuego contra la muchedumbre de Ciudad Paraíso sin percatarse de que, confundidas entre el gentío, estaban las tres niñas: Eyre, Ada y su propia hija, Trisha, que se había escapado de la mansión Kersey empujada por su curiosidad. Cuando Kersey trató de detener a sus tropas, era demasiado tarde: Eyre y Trisha habían muerto en el tiroteo.

Confundida y asustada, la pequeña Ada, la niña del bosque que hablaba con los animales, desató un poder inexplicable que provocó un cataclismo alrededor de ella. Cientos de soldados murieron en el acto. Niara consiguió calmar a la pequeña antes de que acabase con toda la colonia.

Kersey, desolado y enloquecido por la muerte de su hija, se encerró en su mansión mientras Cornelia Affrika se hacía con el gobierno provisional de la colonia. Niara acudió a ver a Kersey y le propuso utilizar un gravitón para abrir un agujero de gusano como los que utilizaban los pasajeros de la *Flying Dutchman*, pero no un

agujero que los condujera a otro lugar, sino uno que los condujera a otra época.

Niara había comprendido por fin la verdadera misión de Amdahl allí: asegurarse de que, si todo salía mal —como, de hecho, había ocurrido—, podrían viajar al pasado para fundar de nuevo la Compañía y reiniciar la historia, confiando en encontrar una secuencia de acontecimientos que tuviera un final feliz y no acabase en una matanza. Con ese propósito, Niara se había hecho con un cristal de memoria que contenía todas las patentes de la Compañía de los últimos dos siglos. Amdahl le confirmó que estaba en lo cierto, y que el bucle se había repetido ya millones de veces sin que hubieran logrado encontrar ese ansiado final feliz.

Niara convenció a Kersey para viajar con ella al pasado. Aunque ese individuo le repugnaba, estaba convencida de que era el cambio necesario para lograr que la siguiente iteración del bucle fuera radicalmente distinta: todo indicaba que Kersey jamás había viajado con ella al siglo XXI. Kersey aceptó la propuesta.

El único gravitón accesible desde Kepler se encontraba a bordo de la *Flying Dutchman*, de modo que Niara, Kersey y Amdahl se alejaron de la protección de la colonia y emitieron una señal electromagnética muy fuerte para delatar su presencia. La señal llegó a la *Flying Dutchman* y consiguieron subir a bordo.

Allí descubrieron que los ancianos supervivientes, al mando de Rainier —el que fuera segundo de a bordo del capitán Jones—, se habían deteriorado rápidamente en los últimos tiempos, sufriendo una demencia hiperviolenta semejante a la de los adictos al xerum. Ni siquiera Kersey, que acudió enfundado en su exoesqueleto de combate, consiguió mantenerlos a raya. Lograron poner en marcha el gravitón y viajar al siglo XXI pero, en el sangriento enfrentamiento con los tripulantes de la nave, Amdahl murió y Niara Queen perdió la mano derecha.

Niara y Kersey aparecieron en pleno centro de Los Angeles, Estados Unidos, en el año 2022. Tres meses después, los dos se habían logrado establecer en Nairobi, la capital de Kenia, y se disponían a plantar la semilla de la Tetis Titanide Co., la futura Compañía que colonizaría Kepler 22b al cabo de 219 años. Para lograrlo, Niara y Kersey disponían de un as en la manga: un cristal de memoria que contenía todas las patentes que convertirían a la

Compañía en el gigante tecnológico que estaba destinado a ser.

PRIMERA PARTE

LA TIERRA, AÑO 2031

1

Niara puso su antebrazo izquierdo en el cuello de Kersey y lo empujó contra la pared. Las copas de cristal de Sèvres de una vitrina cercana tintinearon.

—¿Que has hecho qué? ¿QUE HAS HECHO QUÉ?

—Cálmate, ¿quieres? Era la única manera de…

—¡Te dije que no lo hicieras, maldita sea!

—Lo necesitábamos…

—¡Morirá un montón de gente!

Un rubor repentino cubrió las mejillas de Kersey. Las venas se marcaron en su sien. Niara sabía demasiado bien que eso solo le ocurría cuando estaba a punto de perder el control.

—¡Deja de jugar a ser la buena de esta historia, joder! ¡Era la única manera, y no importa si quieres entenderlo o no! O lo hacíamos, o todo el juego se iba a la mierda. ¡Así de sencillo!

Niara soltó la camisa italiana de Kersey y le lanzó una mirada capaz de fusionar átomos de hidrógeno. Pensó, no por primera ni por última vez, que no debía de haber traído a aquel bastardo al siglo XXI. Ella podría haber sacado adelante la Compañía sin su ayuda. Lo había hecho miles de veces antes, ¿no? Al menos, eso decían los registros estadísticos.

Levantó el dedo índice y lo acercó al rostro de Kersey. Había mirado muchas veces al fondo de aquellos ojos grises. Cuando creía descubrir un rastro de humanidad, siempre la sorprendía con una nueva vileza.

—Mantente alejado de mi compañía. ¿Lo has entendido?

Kersey no se dejó amilanar.

—¿Tu compañía? La Tetis Titanide es tan tuya como mía, ¿recuerdas? Deberías leer los estatutos. Mañana mismo puedo apartarte del Consejo de Administración y nadie movería un dedo por ti. ¿Por qué no vuelves a tu laboratorio a jugar con tus probetas y dejas que los adultos nos encarguemos de dirigir este negocio?

Niara descargó un puñetazo contra la pared, muy cerca de la cabeza de Kersey. Una copa esmerilada se tambaleó en la vitrina y permaneció en un equilibrio indeciso durante un instante antes de

caer al suelo y hacerse añicos. Kersey ni siquiera se inmutó. Le aguantó la mirada con sus ojos gélidos, esos ojos que anunciaban que aquel tipo era capaz de hacer cualquier cosa para lograr sus objetivos.

Pero el proyecto Fanyi… Eso era demasiado. Incluso para él.

Niara se alejó con un bufido de impotencia. Cuando ya salía del despacho de Kersey y recorría el pasillo enmoquetado en dirección al ascensor, él pareció ablandarse. Su voz le llegó revestida del habitual matiz condescendiente.

—Vamos, Niara. De otro modo nos iríamos a pique. Necesitamos el dinero. Sé que lo sabes, aunque prefieras dejarme a mí el trabajo sucio. Deja que te lo…

La puerta del ascensor se cerró y la infame música ambiental apagó las últimas palabras de su socio.

—Te he dicho mil veces que no me llames Niara —murmuró entre dientes cuando ya nadie podía oírla.

2

El proyecto Fanyi. Solo de pensar en ello, el estómago se le encogía hasta el tamaño de una pelota de ping pong.

Lo habían nombrado así en honor de James Fanyi, el biólogo norteamericano de ascendencia china que había descubierto el modo de sintetizar de forma rápida y con un coste despreciable cadenas de ADN de cualquier longitud. Consciente de la importancia de su descubrimiento y más ambicioso de lo deseable, Fanyi había abandonado la universidad y había fundado una oscura empresa en Hermosillo, en el estado de Sonora, que pronto se había ganado de forma misteriosa los favores de los políticos locales.

Hasta que el doctor Fanyi había muerto en extrañas circunstancias.

A partir de ese momento, alguien se había empeñado en borrar del mapa todas las patentes de la empresa de Fanyi, que comenzaron un intrincado periplo legal hasta llegar a las manos de un discreto bufete de abogados de Nairobi, donde sin duda ese alguien pretendía que quedaran enterradas bajo una tonelada de papeleo administrativo. Así fue como Niara se topó con aquel nombre, proyecto Fanyi, y con aquella tecnología que tan bien conocía y que, aunque aún se encontraba en una fase muy primitiva, ya era capaz de producir resultados aterradores.

Y ahora Kersey quería utilizarla con el fin de obtener recursos para la Compañía, un eufemismo que en realidad quería decir extorsionar, sobornar y, llegado el caso, incapacitar o liquidar a la competencia o a los burócratas que intentaran interponerse. Con la tecnología del doctor Fanyi, era estremecedoramente sencillo crear un virus diseñado para atacar el sistema inmune de un individuo específico, modificar un animal de compañía para que degollase a su dueño al recibir una señal ultrasónica en plena noche o implantar un tumor inoperable en el tejido sano de cualquier víctima durante una revisión médica rutinaria. Cualquiera de ellos resultaba un argumento muy convincente para fomentar el proselitismo y poner de tu parte al político o al juez de turno.

Niara salió del ascensor en la planta baja echa una furia. Se

dirigió a grandes zancadas a la puerta exterior sin responder al saludo deferente que le dirigió el conserje. Al fin y al cabo, era la directora científica de la Compañía y la única mujer miembro del Consejo de Administración, de modo que todos le debían un saludo deferente a pesar de que ella pasase por allí como un animal enfurecido.

Arrancó su Triumph Bonneville de 2019 que siempre dejaba aparcada a la entrada, donde el conserje —por la cuenta que le traía y a cambio de una generosa propina— no le quitaba ojo de encima en todo el día, y condujo a una velocidad claramente temeraria por la avenida Haile Selassie, dejando que la cólera se dispersara por el asfalto. Casi la notó salir físicamente por el tubo de escape conforme se alejaba de La Torre, el rascacielos de hormigón y cristal recién levantado en el centro de Nairobi para servir de sede central de la Compañía, coronado por el logotipo de la nao de tres palos sobre un fondo estrellado.

Aminoró la marcha al llegar a las callejuelas que daban la espalda a los modernos edificios del centro de la ciudad. Aprender a pilotar una moto como la Triumph con una sola mano había sido una de las cosas más difíciles que había hecho en su vida, pero se enamoró de esa máquina desde la primera vez que vio una cruzar como un pájaro endemoniado una avenida de Ciudad de México al poco tiempo de llegar al siglo XXI. Por suerte, las autoridades en Kenia aún eran lo suficientemente laxas en materia de seguridad vial como para no haberle puesto demasiadas trabas a la hora de sacarse la licencia de conducción pese a su pequeña discapacidad anatómica. Que te faltase una mano en el siglo XXIII no suponía un gran contratiempo: te implantaban una prótesis biológica y listo. Que eso mismo te sucediera a principios del siglo XXI era una auténtica faena. Se había negado obstinadamente a usar una de esas prótesis de silicona hiperrealistas pero afuncionales que se estilaban en esta época: tener permanentemente a la vista su muñón le recordaba cada día de dónde venía.

Las pequeñas casas de adobe y techo de uralita se desplegaron ante sus ojos como excrecencias de la ciudad moderna, o tal vez fueran las torres de hormigón las que resultaban excrecencias de la verdadera Nairobi. Aparcó la Triumph junto a la puerta de acero galvanizado de una construcción que solo se diferenciaba del resto

por el letrero de Budweiser atornillado a la pared y abrió de un empujón la puerta del Ngara. La penumbra acogedora y el olor a comida especiada y a cerveza de barril la reconciliaron de inmediato con el mundo. Se acomodó en un taburete junto a la barra y el camarero le sirvió sin preguntar una
Coca-cola
muy fría.

Niara bebió un largo trago del refresco, dejando que le arañase la garganta hasta hacerla lagrimear. Joder, cómo le apetecía beberse una cerveza helada de un solo trago. Hacía nueve años que no lo hacía. Nueve años sin echarse una gota de alcohol al gaznate, desde que había escapado por los pelos del *Holandés Errante*, con una mano de menos y un acompañante de más, y había aparecido en el centro de Los Ángeles en el año 2022.

Apuró la Coca-cola mientras el camarero se acercaba con parsimonia, con ese sexto sentido para detectar el estado de ánimo de sus parroquianos que los mejores camareros son capaces de desplegar sin esfuerzo aparente. Era un hombre pequeño y calvo, con las arrugas en torno a los ojos marcadas a fuego, que limpiaba obsesivamente la pulida barra de madera con un trapo demasiado blanco.

—¿No tienes apetito? —preguntó.

Niara levantó la lata de
Coca-cola
vacía.

—Antes ponme otra de estas.

—¿Otra de estas, has dicho?

—Sí, eso he dicho. ¿Qué pasa? ¿Todavía te cuesta comprender mi acento?

Kersey y ella siempre jusitificaban su singular entonación del inglés asegurando que eran originarios de las Islas Salomón. Resultaba más creíble que explicar que, en el siglo XXIII, el inglés se pronunciaba de forma ligeramente distinta. De momento, no se habían tropezado con ningún isleño que desmontara su explicación.

—No es eso, es que ando mal del oído —dijo educadamente el camarero, poniendo otra lata de refresco sobre el mostrador—. ¿Qué? ¿Tenemos un mal día?

—Es una forma suave de decirlo.

—Prueba una de estas. Son capaces de levantarle el ánimo a un cadáver varias semanas después de morir. —El camarero dejó sobre la barra un plato con varias empanadillas frías y añadió en tono de confidencia—: Tienen extra de picante.

Niara lo miró con fingida desconfianza antes de morder una de aquellas empanadillas que en su casa llamaban samosas. Tenía exactamente el mismo sabor que las que solían comer en familia los sábados por la tarde, cuando todos se iban de picnic a la orilla del lago Nakuru. Para que eso ocurriera faltaban casi dos siglos, desde luego. Niara Queen nacería dentro de 178 años, en la granja familiar a orillas del Nakuru. Ni siquiera sus tatarabuelos debían de existir aún. Era como para volverse loco. En este presente, la orilla del lago Nakuru se había convertido un infierno de turistas, botellas de plásico y aguas pestilentes contaminadas de metales pesados. Antes de que el lago se transformase en el lugar que ella recordaba, haría falta cambiar de arriba a abajo los hábitos sociales y económicos de todo un planeta. Haría falta la revolución de la década prodigiosa impulsada por la Tetis Titanide.

Pero si para eso había que seguir adelante con el proyecto Fanyi, y con otras cosas peores, tal vez sería una revolución en la que no quería participar.

Había comenzado a apretar de nuevo el puño —el único que conservaba— cuando la puerta del bar se abrió, dejando entrar un relámpago de la luz y los sonidos del tráfico del exterior. No se volvió para mirar quién era.

—¿No puedo librarme de ti ni siquiera en este sitio?

Kersey se sentó en un taburete cerca de ella, aunque manteniendo una distancia prudencial.

—Lo siento, ¿vale? —dijo, y sonaba sincero—. Tendría que haberlo consultado contigo antes pero, la verdad, tenía miedo de cómo te lo tomarías.

—¿El gran Paulo Kersey es capaz de sentir miedo?

Él sonrió. Fue una sonrisa triste.

—Ya sabes que sí. —Se acercó un poco a ella—. Oye, tú y yo hemos pasado por muchas cosas. Formamos un buen equipo. Yo te aviso cuando estás a punto de cometer una estupidez y tú me gritas cuando me paso de capullo. Eso nos mantiene en un equilibrio saludable, ¿no te parece?

Niara dio otro mordisco a la empanadilla. Se relajó un poco.

—Antes me llamaste Niara.

—¿En serio? No me acostumbro a ese otro nombre… ¿cómo era?

—Eleanor Arroway. Ellie para los amigos.

—Es un nombre estúpido.

—Es el nombre de una de mis heroínas preferidas, así que no me toques las narices. —Niara bajó la voz. Los dos habían estado de acuerdo hacía tiempo en que en ningún registro de la Compañía debería quedar constancia del verdadero nombre de Niara o los burócratas del siglo XXIII podrían dedicarse a curiosear más de lo deseable cuando descubrieran que una persona con el mismo nombre, apellido y perfil genético que la fundadora de la Compañía había solicitado la admisión en una de sus colonias.

—Yo no pienso cambiarme de nombre —dijo Kersey.

—No hace falta que tú lo hagas. En el futuro eres multimillonario, ¿recuerdas? Los potentados como tú podéis hacer lo que os salga de las gónadas.

Guardaron silencio un momento. Niara saboreó otro bocado de samosa y lo mantuvo en la boca unos segundos mientras cerraba los ojos. Cuando los abrió, suspiró y formuló la pregunta que hubiera preferido no tener que formular.

—¿De verdad no hay otro modo?

—Ninguno —repuso Kersey—. He repasado las cuentas cien veces. Los gastos de I+D+I se han disparado. Necesitamos financiación y la necesitamos ya. Además, financiación que no nos comprometa más de lo imprescindible. Y esa tecnología es una bomba. —Ahora Kersey hablaba en voz baja, pero con un entusiasmo estremecedor—. Los desarrollos aún están en sus primeras fases, pero ya son lo bastante consistentes como para convencer a la gente de los petrodólares de que el nuestro es un gran negocio donde colocar su dinero. Los inversores harán cola para soltar los billetes, te lo aseguro. Y si alguien mete las narices más de lo debido, tendremos los medios para convencerlo de que no es buena idea.

—Eso es lo que me preocupa. —Niara lo miró a los ojos—. Paulo, no podemos usar el proyecto Fanyi para hacer daño a la gente. No podemos permitir que todo lo que intentamos construir comience de esa manera.

—Y no lo haremos —repuso Kersey.

—No tenemos modo de impedirlo.

—Claro que sí. Dirigimos la Compañía.

—¿Qué hay del Consejo de Administración?

—¿Jones, Ackerman y el resto de su pandilla? —Kersey sonrió con condescendencia—. Créeme, sé cómo manejarlos. No se meterán en nuestros asuntos mientras su cuenta de beneficios continúe en color verde.

—Algún día no estaremos nosotros. ¿Qué pasará entonces?

Kersey guardó silencio. El viejo Paulo Kersey hubiera respondido de forma automática con una mentira ingeniosa y tal vez tranquilizadora, pero ambos sabían que dentro de cien años, o doscientos, el proyecto Fanyi continuaría siendo un misterio dentro de un enigma dentro de un expediente secreto en los archivos más recónditos de la Compañía y ninguno de los dos podría hacer nada para controlarlo.

—Lo necesitamos para continuar *ahora* —dijo Kersey—. Sé que lo sabes, y también sé que sabes que tú misma estarías tomando esta decisión si hubieras regresado sola. Lo hiciste todas las otras veces, ¿no es así? Déjame al menos que te quite el muerto de encima en esta ocasión.

Ella asintió. Muy a su pesar, resultaba indiscutible que, en esto, Kersey tenía razón. En un impulso espontáneo, le tomó la mano y la apretó. Se veía muy blanca, casi infantil, entre sus dedos oscuros.

—Prométeme que te ocuparás de que no se use esa tecnología para hacer daño a nadie, al menos mientras estemos nosotros aquí —dijo Niara.

—¿Ni siquiera aunque lo merezca?

—Ni siquiera.

—¿Y amenazar con hacerlo?

Niara suspiró.

—Supongo que eso es aceptable.

—Trato hecho.

Así sellaron el pacto aunque, en el fondo, Niara sentía que estaba condenando a muerte dentro de doscientos cinco años a un profesor universitario que todavía no había nacido y que hurgaría demasiado en un proyecto ultrasecreto, y quién sabía a cuántas otras personas que se cruzarían en el camino de la organización

privada más poderosa del planeta cuando Kersey y ella se hubieran convertido en un recuerdo.

Aquella decisión que acababa de tomar no sería la más difícil. Eso también lo sabía. Cada vez resultaba más evidente que no se podía hacer gran cosa por detener la marea del destino. Por mucho que se opusiera, por mucho que buscase una alternativa, el flujo del tiempo los conducía a todos hacia uno de esos embudos por el que todas las líneas causales parecían empeñadas en pasar.

Y es que pronto, demasiado pronto, los científicos de la compañía descubrirían los puentes de Danyang y alguien sugeriría la idea de la fuente definitiva de financiación: crear los cruceros estelares de lujo y lanzarlos al espacio con su pasaje de viejos moribundos y podridos de dinero a bordo. Faltaban menos de dos años para que la *Flying Dutchman* se fletase con rumbo al agujero de gusano de Ceres y ella aún tenía que averiguar cómo nadar contra la corriente del

espacio-tiempo

para impedir que, esta vez, aquello sucediera.

—En cuanto a Jones… —comenzó a decir Kersey, como si le hubiera leído el pensamiento.

—¿Qué pasa con él?

—Podemos quitárnoslo de encima. Sé que parece un buen tipo, pero si se va a convertir en… bueno, ya sabes en quién…

—No estamos seguros acerca de eso.

—Tenemos una sospecha bien fundada. Su apellido coincide.

—Su aspecto físico no. Y su personalidad tampoco. Jones es un apellido muy común.

—Mucho tiempo a la deriva en ese crucero de lujo puede cambiar a la gente. Algunas enfermedades incurables, también.

—La Compañía lo necesita en el Consejo de Administración.

—En absoluto. Tal vez fue así al principio, pero ahora, con el proyecto Fanyi en marcha, podemos prescindir de él.

Niara negó con la cabeza y no respondió. No quería ni pensar en lo que Kersey estaba insinuando. Arthur B. Jones no podía ser la misma persona que el futuro capitán Jones, tirano, genocida y antropófago. El Jones que ella conocía era un tipo sensato, afable e ilustrado, la clase de persona que quieres tener a tu lado para pedirle consejo durante una catástrofe natural o en una reunión del

Consejo especialmente tormentosa.

—Conozco a la gente y ese tipo esconde algo oscuro, estoy convencido —insistió Kersey—. Te propongo algo. Lo pondré bajo vigilancia. Pincharé sus teléfonos, su buzón de correo, sus comunicaciones digitales… Discretamente, de modo que ni siquiera él se dé cuenta. Si está limpio, me retractaré de mis palabras y te invitaré a comer esas empanadillas durante un año.

—Se llaman samosas.

—Eso, samosas.

—Ni hablar. ¿No te das cuenta? No puedes ir haciendo esas cosas por ahí, ni siquiera por una sospecha razonable.

Kersey levantó los brazos, exasperado.

—Tu problema es que crees que todas las vidas tienen el mismo valor. Esa es la razón por la que todo esto que intentas construir una y otra vez nunca termina de funcionar. Te crees muy racional pero en el fondo eres más supersticiosa que una catequista.

—¿Que soy supersticiosa? —saltó Niara, provocando que los pocos clientes que había en el bar volvieran la cabeza hacia ellos—. Por lo menos yo no convertí a cientos de personas en drogadictos ni provoqué miles de muertes solo para hacerme con el control de una puñetera colonia. Lo que tú y la gente como tú no comprendéis es que el fin nunca, jamás, justifica los medios.

—¡Por supuesto que los justifica! Si para salvar a millones hay que sacrificar a una persona estoy dispuesto a llevar ese peso sobre mis hombros, no como tú, que valoras más tu tranquilidad de conciencia.

—¡Pues no debería ser así!

—¡Yo no hago las reglas!

A esas alturas de la conversación, los dos estaban gritándose mutuamente. Miraron alrededor, jadeando. El resto de clientes contenían la respiración entre divertidos y alarmados.

—No sé por qué siempre tenemos que terminar así —dijo Kersey, haciendo un visible esfuerzo por calmarse—. Mira, el mundo es un estercolero lleno de gente que solo mira a su propio ombligo y que no dudará en pisarte el cuello para alcanzar su meta. Esa es la realidad, y negarlo solo sirve para…

Niara se dirigió hacia la puerta de salida como un torbellino, dejando a Kersey con la palabra en la boca. Antes de salir, se detuvo

y se volvió hacia él.

—Puede que tengas razón y el mundo sea como tú dices, pero hemos viajado hasta aquí para cambiarlo.

3

Kersey aguardó cinco minutos antes de marcharse del local, el tiempo suficiente para apurar una cerveza y esperar a que Niara se alejase de allí. La conocía lo suficiente como para saber que terminaría entrando en razón.

No es que no entendiera su punto de vista. Niara quería cambiar el curso de la historia y por eso hacía denodados esfuerzos por evitar que proyectos como Fanyi, que ella asociaba a los peores sucesos del futuro, vieran la luz en el presente. Era comprensible, pero había cosas que no podían extirparse del presente sin más. Para empezar, si la Compañía no se hacía con el control de esa tecnología, otros lo acabarían logrando tarde o temprano. Niara era demasiado sentimental, aunque se revistiera con esa coraza de escepticismo. No comprendía que el principio rector del mundo era —siempre lo había sido— la ley del más fuerte. Para Kersey, estaba claro que el hecho diferencial de esta iteración era él mismo, porque veía el mundo desde un prisma muy diferente al de ella. Y nunca antes, en ninguna otra iteración, había viajado al siglo XXI.

Miró el reloj y consideró que Niara ya habría tenido tiempo de alejarse lo suficiente como para que no tuvieran que encontrarse en la calle. Volvería a hablar con ella al día siguiente. En una semana de terapia, la habría convencido de la inevitabilidad del proyecto Fanyi y de la necesidad de librarse de Jones.

Entretanto, él ya habría intervenido las comunicaciones de Jones y habría puesto a alguien de confianza a analizar sus llamadas telefónicas y su mensajería. Le pasaría el encargo a Willy Razouki, el administrador jefe del sistema informático de La Torre. Willy era eficaz y discreto. Otra realidad desagradable que Kersey conocía de sobra y que Niara nunca aceptaría era que todo el mundo tenía un precio, y el precio de Willy Razouki resultaba bastante asequible.

También tendría que buscar a alguien que husmeara en las cloacas de la ciudad y se enterase de si Jones o alguno de sus compinches andaban enredados en negocios turbios, pero eso era algo sencillo de conseguir en un lugar como Nairobi, donde dabas una patada a una piedra y aparecían cuatro tipos desesperados

capaces de ir de visita al infierno a cambio de unas monedas.

En unos días, tendría en su poder pruebas irrefutables de que Arthur B. Jones y el capitán Jones eran la misma persona y Niara sería la primera interesada en neutralizarlo antes de que pudiera convertirse en el monstruo que había estado a punto de acabar —por dos veces— con las colonias de Kepler 22b.

Salió a la calle y se aseguró de que Niara, en efecto, no estaba a la vista. Luego se encaminó de regreso a la avenida Haile Selassie, donde a esa hora de la tarde no sería difícil encontrar un taxi. Las calles de aquella parte de la ciudad, alejadas solo unas manzanas del flamante centro financiero, eran apenas cintas de asfalto resquebrajado rodeadas de barro y desperdicios. Nunca lograría entender qué atractivo podía encontrar Niara en lugares tan sórdidos como aquel.

Fue entonces cuando la vio.

Estaba sentada en el arcén, sobre un viejo cartón plegado varias veces para protegerse del barro. Apoyaba la espalda contra el soporte de hormigón de una farola oxidada y extendía una mano muy pequeña y muy frágil con la intención de que los transeúntes dejaran caer allí alguna moneda.

La reconoció al instante, a pesar del tiempo y la distancia. La hubiera reconocido entre un millón de personas: los mismos ojos curiosos, el mismo perfil aguerrido, con la nariz ligeramente respingona, la misma postura de animalillo al acecho.

Era Trisha, su hija. No importaba que fuera imposible. No importaba que Trisha hubiera muerto con la cabeza destrozada en una guerra civil que él mismo provocó, en otro planeta y en otra época. Ahora estaba allí, a diez metros de él, y la certeza de tenerla al alcance de la mano cuando ya había aceptado que nunca volvería a verla hizo que su corazón casi se detuviera.

Tardó unos segundos en regresar a la realidad, en comprender que aquella no podía ser Trisha, que solo se trataba de una niña que se parecía increíblemente a ella, o al recuerdo que tenía de ella con seis o siete años.

Se acercó muy despacio. Notó que le temblaban las rodillas. Al aproximarse, empezó a apreciar más diferencias, como el color de piel, decididamente más oscura que el tono tostado heredado de su madre que Trisha lucía con tanto orgullo, o la forma de la boca,

más pequeña y de sonrisa más alicaída que la de su hija. Pero sus ojos eran los mismos, grandes y oscuros, con ese brillo de curiosidad irrefrenable que Kersey no había encontrado en ningún otro rostro.

Llegó hasta la niña. Estaba descalza y vestía con unos viejos vaqueros y una camiseta de algún equipo de fútbol que no supo identificar y que le quedaba demasiado grande. Una botella de refresco de dos litros cortada por la mitad le servía de recipiente para las pocas monedas que había logrado reunir. La niña lo miró y estiró más la mano, tal vez pensando que aquel extranjero rubio y trajeado estaría dispuesto a sacar una generosa cantidad de dinero de su billetera.

—Hola —dijo Kersey—. ¿Cómo te llamas?

La niña retiró la mano al instante y la refugió en el interior de la manga de la camiseta. Kersey dio un paso atrás y mostró sus palmas.

—No voy a hacerte daño. Solo quiero saber tu nombre.

Lejos de tranquilizarla, aquella declaración de intenciones pareció atemorizar más a la chiquilla. Se revolvió en el suelo, rápida como un ratón asustado, aferró su bote de monedas y, antes de que Kersey pudiera hacer o decir nada más, salió corriendo de allí y desapareció entre la gente.

4

Cuando Niara regresó hecha un basilisco a su despacho en la Torre, encontró el habitual revoltijo de papeles sobre la mesa y una pelusa de tamaño industrial adherida a la moqueta con la intensidad de un electroimán superconductor. El personal de limpieza seguía sin atreverse a pasar mucho por allí desde aquel día en el que, en un exceso de celo profesional, habían estado a punto de tirar a la basura el cristal de memoria —que Niara había traído desde el futuro— pensando que se trataba de un fragmento de vidrio roto.

Se sentó tras la mesa y abrió el primer cajón del escritorio. Allí estaba: tres centímetros cuadrados de compuesto de grafeno translúcido de color rojizo con capacidad para 500 exabytes. A los ingenieros del siglo XXI les había costado seis meses averiguar la forma en la que la información estaba codificada en el interior del cristal y construir un dispositivo capaz de recuperarla. Después de eso, todo había ido rodado. Al fin y al cabo, en aquel cristal se hallaban reunidas las patentes científicas propiedad de la Compañía de los próximos doscientos años, cientos de miles de documentos con descripciones detalladas de artefactos e hipótesis revolucionarias de los que solo había explorado una mínima parte hasta el momento.

Niara se preguntó por enésima vez de dónde procedía, en última instancia, todo aquel conocimiento acumulado. Ella lo había sustraído de los archivos de la Compañía en el futuro, había viajado con él al pasado y lo había utilizado para fundar esa misma Compañía. Si ese proceso circular no violaba un puñado de leyes fundamentales de la física, ella era la madre Teresa de Calcuta.

Guardó de nuevo el cristal en el cajón. Con toda esa información replicada en la nube privada de la Compañía, a la que tenían acceso exclusivo ella y Kersey, el cristal solo era una reliquia del pasado, o del futuro, según cómo se mirase, pero le gustaba conservarlo en su cajón. Nadie cometería la estupidez de robarlo, puesto que nadie disponía de una máquina para leerlo excepto la propia Compañía, y constituía la prueba palpable de que todo lo que recordaba había

sucedido realmente y no era un producto de su imaginación, de que Amdahl, Eyre y Ada habían existido, habían caminado y respirado y reído y llorado, aunque fuera en un mundo futuro que aún no existía y cuyas características dependían de las decisiones que se tomaran ahora, en el siglo XXI.

Su asistente, Njeri, llamó sutilmente a la puerta y asomó la cabeza con cautela.

—Jefa, Jones quiere verte. ¿Le digo que no es buen momento?

Niara suspiró. Esta Njeri había resultado ser una joya. No solo era capaz de poner orden en el caos de sus citas, reuniones y retrasos burocráticos varios, sino que sabía leer sus estados de ánimo con solo echarle un vistazo, y todo ello sin perder jamás la sonrisa.

—Perdona, estoy teniendo un día complicado. Puedes decirle que pase, muchas gracias.

La eficaz asistente se retiró en silencio y, unos segundos después, cruzaba la puerta Arthur B. Jones, el propietario de Arthur B. Jones & Solicitors, la firma de jóvenes e implacables abogados de Nairobi que había tramitado la primera inscripción en el registro mercantil de la Tetis Titanide Co. hacía casi una década, había conseguido los primeros inversores y había comprado al por mayor —por petición de Niara y sin hacer demasiadas preguntas— los recursos de una oscura empresa tecnológica asiática que ni siquiera tenía nombre, solo un número de identificación fiscal y una sede en una ciudad china que no aparecía en los mapas, y cuyos diligentes ingenieros habían desentrañado los misterios que se ocultaban tras el cristal de memoria y habían construido un dispositivo capaz de leer los datos almacenados en él.

Arthur B. Jones ya no era tan joven, pero sí continuaba siendo implacable. Con su aspecto distinguido, su metro noventa de estatura, sus rasgos esculpidos a cincel y esa dentadura perfecta como el sueño húmedo de un odontólogo, a Niara le recordaba a los viejos mayordomos ingleses de la época anterior a la II Guerra Mundial. O, al menos, a los viejos mayordomos ingleses de esa época que podían verse en el cine. Rebasaba apenas los cuarenta años, pero algo en su expresión, en su forma de moverse y hablar y en sus trajes anticuados cortados a medida lo hacía parecer mucho mayor. Niara, que acababa de cumplir los cincuenta y uno, tenía

que hacer un esfuerzo consciente para recordar que le sacaba una década de ventaja.

Jones se acercó, depositó sobre el escritorio de Niara un paquete envuelto en papel de estraza y se sentó con parsimonia en uno de los sillones dispuestos para ello. Tomaba posesión del espacio con tanto aplomo que nada parecía fuera de lugar en su actitud. A Niara le resultaba imposible reconocer en esos gestos distinguidos al monstruo en el que, según Kersey, se convertiría a bordo de la *Flying Dutchman*. Era imposible que Arthur B. Jones y el capitán Jones fueran la misma persona. No se parecían físicamente y la coincidencia de los apellidos constituía una desafortunada casualidad, nada más. En cualquier caso, no había forma de asegurarse: no podía preguntarle al Jones del presente, que todavía no se había transformado en un engendro antropófago, ni al Jones del futuro, que todavía no existía.

—Quiero que sepa que estaba al corriente de todo y que el señor Kersey cuenta con mi total apoyo en el asunto del proyecto Fanyi. —La voz de Jones era profunda y cálida como el fuego de una vieja estufa de leña—. No se lo tome como algo personal, doctora. Es usted una eminencia en el área científica, pero cuadrar el balance anual de resultados no entra dentro de sus competencias, sino de las nuestras. Hemos hecho lo mejor para la Compañía.

—Lo sé.

—Además, el señor Kersey y yo conservaremos el control sobre… Un momento, ¿ha dicho que lo sabe?

Niara asintió. Jones levantó las cejas.

—¿Y ya está? ¿No va a gritar ni a dar un puñetazo en la mesa o a amenazar con tirarme a la cabeza ese pisapapeles?

—¿Le sorprende?

Jones no parecía del todo convencido.

—Sin embargo, está disgustada.

—Lo estoy.

—Hemos salvado la Compañía. Tenemos las inversiones aseguradas durante los próximos años, y ahora sabemos que ningún burócrata se interpondrá en nuestro camino.

Niara se levantó de un salto.

—¡Genial! ¡Ha ocurrido justo lo que debía ocurrir! —dijo en voz más alta de la que pretendía—. Todo está encauzado y no hay nada

que pueda hacerse para cambiar el curso de los acontecimientos, ¿verdad?

Jones la miró con cautela, evidentemente sin comprender el sentido del discurso de Niara, pero captando a la perfección el tono sarcástico. Posó un instante la vista sobre el pisapapeles de metal que había en la mesa, como si temiera de veras que Niara pudiera lanzárselo a la cabeza.

Ella suspiró y se dejó caer de nuevo en el asiento.

—Perdone, Arthur. No sé lo que me pasa. O mejor: sí lo sé, aunque no puedo explicárselo.

Jones asintió con lentitud.

—Mi madre siempre decía que yo era bueno escuchando. Tal vez si lo intentara, se sorprendería del resultado.

Niara lo miró un momento con curiosidad. Jamás se le había ocurrido pensar en Jones como en un tipo normal, con una madre, un pasado o unos recuerdos de infancia. Pero, sin duda, los tenía. Todo el mundo los tenía, ¿no era así? Luego el destino repartía sus cartas y cada uno hacía lo que podía con ellas.

El destino. El maldito destino. Acechaba por todas partes, y ella estaba allí precisamente para burlarlo. Había viajado en el tiempo y había perdido una mano con el único propósito de hacer las cosas de una forma distinta para que todo terminase de otro modo. Y, aunque creía haberlo conseguido en algunos pequeños detalles, el rumbo siempre se torcía en todas las cuestiones importantes.

—¿Alguna vez ha sentido que el universo conspira en su contra? —preguntó Niara.

Jones alzó una ceja.

—¿Acaso es usted una de esas personas fatalistas que piensa que todo está escrito en las estrellas?

Niara dudó antes de responder. Arthur B. Jones no era el capitán Jones. No podía serlo. Sin embargo, si existía la más mínima posibilidad de que Kersey estuviera otra vez —maldito fuera— en lo cierto y ella estuviera —maldito fuera doblemente— equivocada, mantener esa conversación sobre el destino con el abogado no parecía la mejor de las ideas. Aunque, bien pensado, ¿quién mejor que él, en caso de que fuera el capitán Jones, para comprenderlo?

—¿El destino escrito en las estrellas? —respondió—. Antes no lo creía. Pero ahora… no estoy segura. —Sacudió la cabeza como

quien intenta apartar un mal pensamiento—. ¿Cree que existe el destino? ¿Que estamos condenados a hacer ciertas cosas, que el universo entero es tautológico, que tiene un propósito final y se dirige a él inexorablemente?

El abogado tomó aire y meditó la respuesta unos segundos.

—¿Es usted religiosa, doctora Arroway?

—Tampoco solía serlo. ¿Qué tiene eso que ver?

—Yo me crie en una familia creyente y estudié en el Stonyhurst, un College católico en Lancashire. Un bicho raro en la alta sociedad del Reino Unido. El destino es un concepto muy cristiano, así que estoy bastante familiarizado con él. Dios, en efecto, tiene en su cabeza un gran plan para el universo y las pequeñas criaturas que pululamos por él no podemos sino amoldarnos a ese plan. Nuestro libre albedrío no es más que una ilusión, porque Él sabe de antemano todo lo que hemos hecho y todo lo que vamos a hacer. Sabe de antemano quién se salvará y quién se condenará, aunque nos haga creer que podemos salvarnos a nosotros mismos o incluso unos a otros.

—Entonces, ¿solo somos títeres en el plan divino?

—Desde luego. Y esa idea constituye una hermosa cura de humildad, ¿no le parece?

—No lo entiendo. ¿De qué sirve crear unas criaturas que solo son autómatas de tu voluntad?

—Eso nadie lo sabe, doctora. Los designios del Señor son inescrutables, ¿recuerda? Por lo que respecta a nosotros, ¿qué más da si nuestro destino está escrito o no? Sea como sea, nos resulta incognoscible, por lo que, en la práctica, no hay gran diferencia entre tener libre albedrío y no tenerlo.

Niara bufó. Desde luego que la había. Si una persona no podía cambiar el curso predefinido de los acontecimientos, digamos, viajando al pasado a través de un agujero de gusano, significaba que ella había estado haciendo el idiota durante miles de iteraciones.

—Esa no es la única visión religiosa del asunto, desde luego —continuó Jones, sin percatarse de su contrariedad—. Fíjese en los antiguos griegos. Sus dioses eran poco más que superhéroes con mal genio, y los humanos podían tomar sus propias decisiones y manejar las riendas de su destino. Cierto que, como consecuencia de

ello, indefectiblemente despertaban la ira de Zeus o de alguno de sus hijos y acababan muertos o convertidos en cosas horribles, pero al menos podían divertirse un poco por el camino. Los dioses griegos siempre tuvieron un socarrón sentido del humor.

—En el fondo, todo eso no significa nada —gruñó Niara—. ¿Por qué habría de ser más real el Dios de los cristianos que Zeus o Afrodita? Al final todo se reduce a una cuestion de fe, de creencia en algo sobrenatural, que es, por definición, imposible de demostrar o de refutar. Lo que yo necesito saber es: ¿estoy cambiando el futuro *aquí y ahora*, mientras mantenemos esta conversación? ¿Si apoyo mi codo en la mesa estaré aplastando a una familia de ácaros microscópicos que de otro modo habría sobrevivido y ello provocará una cadena de acontecimientos que harán que el mundo dentro de varios siglos sea diferente de como hubiera sido si me hubiera cruzado de brazos?

Jones abrió las manos con expresión divertida.

—Me temo, doctora, que no podrá responder a esa pregunta hasta que no encuentre la forma de viajar atrás en el tiempo para rehacer sus actos y comprobarlo. —Desvió la vista hacia el paquete envuelto en papel marrón que había dejado sobre el escritorio al entrar en el despacho—. ¿No siente curiosidad por ver lo que contiene?

—La verdad es que sí —dijo Niara—. ¿De qué se trata?

—Un pequeño obsequio para usted.

—No tenía por qué. Muchas gracias.

—Para mí es un placer.

Niara tomó el paquete con la mano izquierda y distinguió al tacto la forma inconfundible de un libro. Desde que le confesó a Jones su pasión por los libros de papel, el abogado le regalaba alguno de vez en cuando. Siempre eran ejemplares raros, ediciones de coleccionista o recopilaciones de clásicos difíciles de conseguir, pero, cuando desgarró el envoltorio y miró la cubierta de aquel volumen, comprendió que Jones se había superado a sí mismo.

—Uf. Esto es demasiado —murmuró Niara, acariciando con veneración el lomo áspero y desgastado.

—Lo encontré en un anticuario de Londres durante mi viaje de la semana pasada, e inmediatamente recordé nuestra conversación sobre Sherlock Holmes y la misoginia.

Niara abrió la cubierta y admiró la textura de la encuadernación, soberbiamente conservada a pesar de que habían transcurrido… ¿Cuántos? ¿Ciento veinte años? ¿Ciento cuarenta? Los caracteres impresos con tipografía deliciosamente anticuada seguían leyéndose a la perfección: *The Memoirs of Sherlock Holmes, by Arthur Conan Doyle*.

—¿Es una edición original? —preguntó sin poder apartar la vista del libro.

—Desde luego. George Newnes, 1894. Ilustrado por Sidney Paget. En excelente estado de conservación, debo añadir. En cuanto lo vi, supe que era para usted.

—Me encanta —reconoció Niara, emocionada de veras por el detalle. Siempre había sentido debilidad por las novelas de Sherlock Holmes. Cuando era niña, su padre les leía a sus hermanos y a ella las historias del detective londinense en un viejo volumen recopilatorio medio destrozado que nunca supo de dónde había salido, porque su padre no era ni mucho menos un hombre rico y los libros de papel constituían una rareza descabellada en el siglo XXIII. En el año 2031, sin embargo, resultaba tan sencillo conseguir buenos ejemplares que no había podido evitar convertirse en una coleccionista compulsiva, una pasión que compartía con Jones.

El abogado se puso en pie y consultó con disimulo su reloj. Aunque su carácter flemático le impedía demostrarlo, se le veía muy satisfecho, casi feliz, por la acogida que su obsequio había conseguido.

—Oh, vaya —dijo—, el tiempo vuela cuando la compañía es grata. Me temo que tendrá que disculparme, pero es la hora de una reunión ineludible con el director financiero. Otro día, será un placer seguir charlando sobre cosmología o literatura con usted.

Se marchó del despacho con tanta distinción como había entrado y Niara pensó, una vez más, que era absolutamente imposible que aquel hombre y el capitán Jones fueran la misma persona.

5

Un individuo entrado en años, delgado y de aspecto enfermizo miraba a la calle desde los ventanales de la planta 35 de La Torre. Sostenía una copa de coñac en una mano y se la llevaba con premura a unos labios demasiado gruesos como para resultar atractivos. Su inquietud lo incapacitaba para disfrutar de las vistas privilegiadas del centro de Nairobi.

Se volvió por centésima vez hacia la puerta, que seguía cerrada. ¿Cómo le estaría yendo a Arthur con la doctora? Casi deseaba que esa petulante pueblerina se hubiera negado en redondo a seguir adelante con el proyecto Fanyi: sería la excusa perfecta para convencerlo de que había que librarse de ella.

Paseó la mirada por las paredes del despacho, decorado con grabados antiguos de navíos míticos como el *Queen Revenge*
Anne's
o el *Golden Hind*. Aquel lugar sí que era pulcro y elegante, con un punto ostentoso en las molduras doradas de los apliques luminosos, en la alfombra persa o en el escritorio de madera maciza con discretos motivos mitológicos tallados en los laterales. No como el cuchitril en el que él, todo un director financiero de una pujante compañía internacional, tenía que trabajar. Otra prueba más de que nadie valoraba su importancia en aquella organización.

Dio un respingo cuando la puerta del despacho se abrió y Arthur B. Jones entró con su habitual parsimonia distinguida, cerró la puerta a su espalda y caminó hasta el escritorio para ojear distraídamente la correspondencia.

—Veo que has encontrado mi coñac —dijo Jones sin levantar la vista—. Sírvete. Como si estuvieras en tu despacho.

El hombre, con un perceptible temblor, dejó la copa sobre la mesa. Jones cogió un posavasos de un aparador y lo colocó debajo de la copa.

—La madera de bulinga es muy delicada —dijo mirando, ahora sí, a los ojos del otro hombre—. No debe empaparse de coñac, ni siquiera de un Remy Martin como este. Deberías saberlo a estas alturas, Joseph.

Aunque Joseph R. Ackerman superaba a Arthur Jones en al menos veinte años, situados el uno frente al otro resultaba evidente quién llevaba la voz cantante en aquella relación. Ackerman le devolvió la mirada con una mezcla de aprensión y respeto en su rostro de ojos caídos, barbilla huidiza y labios carnosos. Se pasó nerviosamente los dedos por el pelo entrecano y cuidadosamente engominado.

—Disculpe, Arthur, creí que no le importaría si…

—Siéntate —lo interrumpió Jones—. Tenemos que hablar.

Joseph R. Ackerman obedeció al instante y, con la actitud de un sabueso bien educado, tomó asiento en una de las dos sillas dispuestas para los visitantes al pie del escritorio. Jones rodeó la mesa, se sirvió una copa de coñac para él mismo y suspiró mirando por la ventana.

—La doctora ya se ha enterado de nuestra pequeña maniobra.

—Esa mujer es un peligro —saltó Ackerman de forma casi automática—. Ya le dije que deberíamos apartarla del Consejo.

—Deja de decir tonterías. Es una mujer brillante. Vamos a ganar mucho dinero con esto. Tanto, que cualquiera de nuestros negocios pasados parecerá en comparación un juego de niños, incluso los que hicimos con el International Middlemoon Bank. La Compañía necesita a la doctora Arroway. Eso quiere decir que nosotros también la necesitamos.

—Pero nos pone en peligro con sus prejuicios.

—Toda la gente brillante tiene rarezas. No te preocupes por ella. Sé cómo manejarla.

—A veces da la impresión de que es ella la que lo maneja a usted. —Ackerman dijo esta última frase en un tono tan bajo que casi pareció retar a Jones a que la descifrase.

El abogado no se hizo de rogar. Se giró hacia Ackerman con el gesto amenazador de un buitre hambriento.

—¿Qué has dicho?

Ackerman tragó saliva, pero no se echó atrás.

—Que a veces da la impresión de que es ella la que lo maneja a usted.

—Aún no ha nacido una mujer capaz de manipularme, Ackerman —masculló Jones, remarcando mucho las sílabas—. Ten mucho cuidado con lo que insinúas. No querrás tenerme como

enemigo.

Ackerman no quería, eso resultaba evidente. Agachó la cabeza antes de preguntar:

—¿El proyecto Fanyi sigue adelante, entonces?

—Desde luego, pero es mejor que nos mantengamos en un prudente segundo plano durante un tiempo. Las semillas ya están plantadas y ese libro antiguo que te pedí que me consiguieras ha sido suficiente para hacer olvidar a la doctora cualquier reparo que tuviera al respecto. Ahora solo hay que tener paciencia y dejar que las semillas germinen.

Ackerman compuso un gesto de fastidio. Jones siempre había considerado a la doctora un mal necesario para el crecimiento de la Compañía. Incluso, en algunas ocasiones, parecía admirarla sinceramente. Para Ackerman, en cambio, aquella entrometida no era más que una científica de segunda fila que había tenido algunas intuiciones afortunadas en los últimos años.

—¿Qué hacemos con los otros proyectos?

—Te he dicho que es mejor mantenernos en un prudente segundo plano, no que debamos paralizar nuestras actividades. Todos los proyectos siguen en marcha. Muy pronto Google, Oracle o Microsoft serán solo un recuerdo y existirá una sola compañía tecnológica importante en el mundo. *La Compañía*. La siguiente vuelta de tuerca del control de la información la daremos nosotros a nuestro antojo. Acabaremos con toda esa basura de las redes sociales y las *fake news*. La realidad será la que nosotros queramos que sea, pero para llegar a eso necesitaremos una cantidad ingente de financiación. Así que, ahora, Fanyi y la *Flying Dutchman* son nuestros proyectos prioritarios. Confío en que sigas encargándote de la parte que te corresponde con tu discreción característica y que me informes puntualmente de los progresos.

Ackerman se puso en pie y bajó un par de peldaños en la escala del ataque de ansiedad. Aquello era, en realidad, todo lo que necesitaba oír. De pronto se descubrió deseoso de abandonar aquel despacho y ponerse a trabajar.

—No le fallaré, Arthur.

Se dirigió a la puerta y estaba a punto de abrirla cuando la voz Jones a su espalda lo detuvo.

—Joseph.

Ackerman giró sobre sus talones.

—¿Sí?

—Si vuelves a tocar mi coñac en mi ausencia, me encargaré de que alguien te arranque las manos. Considéralo una promesa.

6

Joseph R. Ackerman caminó por los pasillos enmoquetados rezongando para sus adentros. Cualquiera que se hubiera cruzado con él no habría visto más que a un hombre prematuramente envejecido, algo apergaminado y bastante cargado de hombros, que caminaba con nerviosismo mientras sostenía una discusión con un acompañante invisible.

Llegó a su propio despacho y cerró la puerta tras de sí. Era una habitación desangelada y mortecina sin apenas iluminación natural. Pulsó el interruptor de la luz y se sentó detrás de una mesa atiborrada de papeles y legajos. Uno de los tubos led comenzó a parpadear, como si dudase acerca de si merecería la pena el esfuerzo de permanecer encendido.

Era tan injusto. Había sido socio de Arthur desde el principio, hacía diez años, cuando Jones apenas era un abogado novato e inexperto y él ya conocía todas las triquiñuelas del oficio: dónde buscar a los grandes clientes, cómo camelárselos para obtener los contratos realmente jugosos, de qué modo burlar las trabas burocráticas para obtener tratos de favor de la administración. Le había enseñado a Jones todo lo que sabía. Habían conseguido hacerse con todas las patentes del doctor Fanyi discretamente y a un precio irrisorio. Total, ¿para qué? Para convertirse en su chico de los recados y para que le asignaran aquel cuchitril en el que ni siquiera la luz artificial funcionaba como era debido.

Claro que debía reconocer que Arthur tenía olfato para los beneficios. Olía un buen negocio a distancia y, cuando lo hacía, nada era capaz de detenerlo hasta hincarle el diente. Por eso no entendía su fijación con la doctora. ¿Por qué la defendía tanto? Resultaba evidente para cualquiera que aquella mujer causaría problemas. Tal vez al principio, cuando fundaron la Compañía, había sido necesaria, con todas aquellas ideas descabelladas que se le ocurrían y que luego los técnicos comprobaban asombrados que se podían hacer realidad en muy poco tiempo. Pero desde hacía meses se había convertido en un lastre, poniendo pegas a todos los proyectos realmente rentables y empeñándose en liberar las

patentes más lucrativas para que otras compañías pudieran usarlas a cambio de nada. Libre intercambio de conocimiento, lo llamaba ella. Chorradas.

Además, ¿de dónde sacaba todas esas ideas? El ascensor espacial, los nanomateriales, la síntesis de proteínas, el motor de hidrógeno… Si de algo estaba seguro Joseph R. Ackerman era de que sabía catalogar a la gente con solo echarle un vistazo e intercambiar un par de frases, y aquella doctora no era la eminencia que todos pretendían. No era tonta, de acuerdo, pero tampoco ningún genio. Casi parecía que una voz invisible le susurrase todos aquellos descubrimientos al oído. O que los sacase de una chistera.

Sí, había algo turbio en aquel asunto. Él era especialista en asuntos turbios y sabía identificar uno a la legua. Y quizá Arthur sabía algo, algo que no había querido compartir con él. Quizá Arthur conocía el secreto de la doctora. No debía descartar esa posibilidad. Quizá Arthur ya lo había traicionado, después de todo.

Meditó durante unos minutos. Con un chasquido, el tubo led dejó de parpadear y proyectó su luz blanca y dura sobre el escritorio, y Ackerman supo lo que tenía que hacer justo en ese momento. Tal vez fue una casualidad que llegara a esa conclusión al mismo tiempo que el tubo se encendía. Para él, aquello fue como una revelación, casi un guiño de Dios desde lo alto: por supuesto, los secretos de la doctora Arroway habían estado siempre en el lugar más evidente. ¿Dónde guardarías el mapa del tesoro? En un cofre cerrado con llave, en una caja fuerte, en un lugar donde pensases que nadie más que tú tendría acceso.

Tenían que estar allí.

Con el corazón palpitándole en las sienes, sacó un teléfono móvil del cajón del escritorio. No era un teléfono de empresa, sino un modelo muy simple de tarjeta que había conseguido con un nombre falso a través de un intermediario. Era imposible de rastrear. Solo lo utilizaba para las llamadas más delicadas.

Lo encendió y tecleó un número. Estaba tan alterado por su revelación que necesitó marcarlo tres veces. Por fin, alguien contestó al otro lado. Ackerman habló en voz baja.

—Quiero que me hagas un favor […] Sí, claro que soy yo. Es un asunto delicado. Necesito que entres en los servidores de la Compañía y localices algunos archivos personales de alta seguridad.

También que intervengas un teléfono y toda la mensajería electrónica de alguien […] Se trata de un miembro del Consejo, así que la tarifa será el doble de lo habitual […] De acuerdo, el triple. No discutamos por eso ahora, sabes que siempre pago puntualmente. Apunta bien: su nombre es Arroway, Eleanor Arroway.

7

Paulo Kersey regresó a la misma calle donde unas horas antes se había encontrado con la niña mendiga a la que, durante un momento en el que el mundo había dejado de girar, había confundido con su hija aún no nacida.

La chiquilla había huido de él, pero tenía la esperanza de volver a encontrarla allí. La mendicidad, al menos en las grandes ciudades, era un asunto muy bien organizado, con sus gremios, su escalafón y una severa normativa no escrita. Esto era verdad en todos los rincones del mundo y en todas las épocas, de modo que tenía la esperanza de encontrar a la pequeña apostada en el mismo lugar.

No fue así. Sentado junto al poste, un niño de piel muy oscura y mirada huidiza sostenía la mano derecha extendida y, entre las piernas, custodiaba la botella de refresco toscamente recortada que servía de recipiente para el botín.

Kersey no se dio por vencido. Había pasado por su apartamento y se había vestido de manera más informal de lo habitual en él, con una camisa remangada hasta los codos y unos holgados pantalones de algodón. En un alarde de osadía, incluso se había aventurado a prescindir de la corbata. Le pareció que, con ese atuendo, pasaría más desapercibido en aquel barrio. Se colocó a la sombra de una acacia, a una distancia prudencial del niño mendigo, y sacó del bolsillo un lector de libros electrónicos que había traído consigo para entretener la espera. Había descargado un montón de novelas y ensayos sobre colonización espacial porque le divertía comprobar cómo los escritores del siglo XXI trataban de imaginar el futuro.

Ojeando la lista de etiquetas encontró, para su sorpresa, una que rezaba #kepler22b. Pulsó sobre ella y se encontró con una docena de libros de ficción ambientados en ese planeta. Bien pensado, no era de extrañar, puesto que se trataba del primer planeta extrasolar ubicado en la zona habitable de su estrella que los astrónomos habían descubierto allá por el año 2011. Acababa de abrir con curiosidad uno de ellos, dudando de si lograría concentrarse en la lectura, cuando su visión periférica registró un movimiento en la posición del niño mendigo. Levantó la vista lo suficiente como para

observarlo ponerse en pie con desgana, recoger sus cosas y marcharse entre la indiferencia de los transeúntes.

Dos minutos después, apareció la niña. Iba vestida igual que por la mañana, con esa colorida camiseta de un equipo famoso de fútbol que le quedaba demasiado grande. Miró a un lado y a otro antes de extender su cartón en el suelo y sentarse sobre él con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en el poste de hormigón. Colocó cuidadosamente la botella de plástico recortada frente a ella, lo bastante lejos como para que los caminantes la vieran y lo bastante cerca como para tenerla a su alcance, y extendió la mano derecha.

Esta vez, Kersey no cometió el error de acercarse directamente. Sabía que eso la asustaría de nuevo y que existía la posibilidad de que hubiera alguien vigilándola. Se quedó allí, muy quieto bajo la sombra de la acacia, como si estuviera esperando a un amigo o matando el tiempo, observando a la niña sin ser visto.

Desconocía la duración de los turnos de mendicidad en aquella esquina concreta de la ciudad, pero supuso que le aguardaba una espera de varias horas, así que intentó enfrascarse en la lectura. Casi sin darse cuenta, acabó absorbido por la historia desplegada en la novela, no porque fuera una obra maestra, sino porque la historia que allí se relataba le resultaba tan familiar que una sensación de inverosimilitud empezó a asaltarlo. Aquello no era posible. Simplemente no lo era. Todos aquellos acontecimientos no podían estar recogidos en un libro de ficcion.

Había leído más de la mitad cuando la niña, con un rápido movimiento, ocultó el dinero en un saquillo colgado de su cintura, se puso en pie y se dirigió hacia el sur. Kersey guardó su lector electrónico en el bolsillo trasero y la siguió furtivamente mientras se alejaba del centro por una acera lateral de la Uhuru Highway. Se desvió por Langata Road y, unos minutos después, caminaban por las callejuelas embarradas y sembradas de escombros del suburbio de Kibera.

Los suburbios también se parecían mucho en todos los rincones del mundo. Kersey los conocía bien porque había intentado acabar con ellos en varias ocasiones, primero en Montevideo y después en Calcuta, pero esos arrabales miserables plagados de chabolas con techos de uralita y de regueros de inmundicias a cielo abierto se autoperpetuaban como esporas fúngicas. En el pasado, se había

enfermado de impotencia al comprobar la testarudez y la ignorancia con la que millones de personas se aferraban a una vida miserable y rechazaban su ayuda. Pero, con el tiempo, había aceptado que los suburbios chabolistas eran la imagen precisa de cierta parte de la naturaleza humana, una parte que, aun a su pesar, se regodeaba en su propia miseria y propiciaba que millones de personas vivieran en la indigencia en un planeta que contenía recursos suficientes para todos.

La niña todavía callejeó un poco más con paso ligero y la vista fija en el suelo. Finalmente, saltando un riachuelo de aguas pestilentes, desapareció en el interior de una de las chabolas que bordeaban el camino.

Kersey se acercó con paso decidido. Se estiró la camisa, se abrochó el botón superior (a falta de corbata, este pequeño detalle debería bastar) y saltó el riachuelo con agilidad para plantarse delante de la puerta de la chabola. Se trataba de una precaria estructura compuesta por bloques de hormigón sin argamasar, chapas oxidadas y plásticos de invernadero que ondeaban al viento, indistinguible de cualquiera de las miles de infraviviendas de alrededor. La puerta parecía haber sido recogida de un vertedero y colocada allí de cualquier modo por un albañil ebrio.

Kersey levantó el puño y golpeó la puerta con suavidad para no echarla abajo. Al instante le abrió un hombre vestido con una túnica de colores vivos llena de lamparones y comenzó a hablar muy deprisa en alguna lengua local. Su aliento apestaba a especias y a alcohol y le faltaban varios dientes, por no hablar de que, la última vez que aquel tipo había tomado una ducha, Abebe Bikila aún debía de asistir al jardín de infancia. Aunque Kersey entendía una palabra, el tono dejaba claro que no estaba invitándolo a tomar el té.

El hombre, sin detener su perorata, se volvió hacia el interior de la chabola y habló con alguien oculto en la penumbra. Una voz infantil le contestó. Kersey no necesitó ejercitar mucho la imaginación para suponer lo que la niña, porque sin duda se trataba de ella, estaba diciendo: «Este es el tipo que esta mañana se me acercó y me preguntó mi nombre».

—¡Cállese! —Kersey interrumpió al individuo con su voz más autoritaria—. ¿Es usted el padre?

El hombre trató de protestar en su jerigonza.

—¿Es usted el padre? —repitió Kersey en voz más alta, asaltando las defensas de aquel individuo con su mirada de hielo.

El tipo pareció desconcertado por un instante. Al cabo de uno segundos de confusa reflexión, respondió en inglés con un acento inidentificable:

—Sí, soy el padre de Mukami.

Kersey puso sus manos sobre los hombros del padre de Mukami.

—En ese caso, hoy es su día de suerte, caballero. Vengo a hacerle una oferta que no podrá rechazar, a cambio de que usted haga algo por su hija.

8

Niara Queen abrió el ventanuco del cuarto de baño para que el vapor de la ducha se disipase. El olor a basura de los contenedores que se amontonaban abajo, en el callejón, apenas le molestaba ya. Se miró en el espejo. La cicatriz que surcaba su esternón era apenas un pálido recuerdo del pulmón artificial que anidaba en su pecho desde hacía… ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Diecinueve, veinte años? Las huellas del tiempo se notaban no solo en las cicatrices, sino también en el abdomen, más abultado de lo que le gustaría reconocer, en los pechos que sucumbían a la fuerza de la gravedad o en la artrosis incipiente en su espalda y sus rodillas. Los que aseguraban que envejecer era una experiencia maravillosa que te abría las puertas de la sabiduría eran unos cretinos, pensó con amargura. Ella no se sentía sabia en absoluto, pero sí oxidada como una máquina antigua.

Encendió su altavoz inteligente y le pidió que pusiera algo de música. De inmediato, los primeros acordes del *Nothing Else Matters* de Metallica le erizaron la piel. ¿En qué momento había pasado del *rock* cañero de *You Shook Me All Night Long* a las baladas para moñas? Demonios, debía de estar mucho más decrépita de lo que creía.

Sintió la oleada de un sofoco abatirse sobre ella con tanta fuerza que tuvo que sentarse. La frente se le perló de sudor y las orejas le ardieron. Malditos cambios hormonales. Respiró hondo, esperando que el acceso pasara de largo. No solían durar más de un minuto, pero eran terriblemente incómodos y la hacían sentirse débil y vieja. Aquello significaba que su juventud, incluso que su madurez, se habían marchado por el desagüe del tiempo para no volver. La Niara Queen que una vez pudo ser, la científica brillante que iba a hacer algún descubrimiento notable en el campo de la exobiología, la aventurera audaz que huía de la justicia y no tenía miedo de viajar a los sistemas exteriores para comenzar de nuevo, incluso la mujer dura que vivía en el límite de la ley en una colonia espacial, habían quedado atrás. ¿Y qué había sacado de todo aquello? Unas cuantas cicatrices y un montón de oportunidades perdidas, eso era

todo. Nada de lo que había conocido existía aún y ninguna de las personas que le importaban había nacido siquiera. Estaba sola y aún le quedaba por recorrer la recta final del camino. Y llegaba a ella tan jodidamente cansada…

El sofoco pasó y se incorporó con un chasquido de sus rodillas. Se puso un pantalón de chándal y una camiseta desteñida y calentó con desgana las sobras de un plato precocinado en el microondas mientras James Hetfield desgranaba los motivos por los que, al parecer, merecía la pena seguir adelante. Incluso llevar a cabo una operación tan simple como calentar un plato en el micoroondas requería de bastante tiempo y coordinación cuando se disponía de una sola mano. Dejó caer el plato de cualquier manera sobre la mesa de la cocina al quemarse los dedos y gruñó una maldición entre dientes. Luego se sentó con un suspiro, bajó el volumen de la música y abrió el libro que Jones le había regalado, la primera edición de *Las aventuras de Sherlock Holmes*, apoyándolo con meticulosidad en un atril de madera para evitar que se manchase. Se trataba de una colección de doce relatos del famoso detective e incluía su preferido de todos los tiempos, *El problema final*, en el que Sherlock acababa muriendo al despeñarse por una catarata de los Alpes junto con su némesis, el profesor Moriarty. Encontraba un placer algo culpable en leer libros de papel mientras cenaba, un lujo impensable en su época. Cuanto más antiguos eran los libros, más intensos resultaban el tacto áspero y el olor ligeramente enmohecido que el tiempo confería a las páginas. La gente del siglo XXI no apreciaba como era debido esos pequeños detalles, probablemente porque no eran conscientes de que iban a dejar de estar a su alcance en muy poco tiempo.

Al terminar de leer *El problema final*, levantó la vista de las páginas y miró alrededor mientras masticaba con desgana el arroz con verduras recalentado. Hacía más de ocho años que vivía en aquel lugar y, como le había ocurrido en tantos sitios antes, seguía sin poder considerarlo su hogar. De hecho, pasaba más tiempo en los laboratorios de la Compañía junto a los técnicos que en su propia casa, y no siempre por necesidad.

Había elegido aquel apartamento, que por lo demás no tenía nada de especial ni estaba ubicado en un barrio particularmente recomendable de Nairobi, porque había reconocido el salón en

cuanto el agente inmobiliario se lo había mostrado. Aunque la disposición de los muebles era distinta, ella ya había visto antes aquel lugar: en una grabación que Amdahl le había hecho llegar hasta Kepler por medio de un teléfono móvil. Algún día no muy lejano, tendría que grabar un vídeo de sí misma en ese salón como un salvoconducto para que el futuro no se desmoronase. Aún podía recitar las palabras de memoria: *Disculpa esta intromisión en tus planes. Nunca me he manejado bien con las normas de la buena educación. Sé que tienes pensado tomar dentro de unos días un transporte para marcharte de Kepler. Puedes destruir este teléfono, olvidarte de mí y seguir con tus asuntos pero si, como me temo, estás metida en un lío y la colonia se está yendo al garete, entonces escúchame con mucha atención…*

Recordó con un escalofrío que ya estaban en 2031, el año en el que se suponía que Amdahl debería de entrar a trabajar en la Compañía. Pensar en encontrársela de nuevo, sabiendo que la joven ingeniera no la reconocería, le provocaba una desagradable sensación de desasosiego en la boca del estómago.

Había dejado ya muchas cosas preparadas para el futuro, tal y como debía hacerse. Si bien su plan principal, y casi único, consistía en cambiar para mejor el futuro que ya conocía, tenía que dejar ciertas cosas bien atadas como salvavidas porque, si todo salía mal, era imprescindible poder regresar al pasado para volver a intentarlo en una nueva iteración. La libreta de tapas negras y el transmisor tendrían que almacenarse adecuadamente en una caverna muy concreta del complejo de cuevas naturales donde algún día se alzaría el palacio real de Lecaun, solo para que ella, varios años más joven, pudiera encontrarlos en caso de que todo volviera a torcerse y hubiera que reiniciar el futuro. Otros detalles, como el libro sagrado de Acheron, tendrían que llegar a manos de los gobernantes de Lecaun en el momento apropiado. Llevaba años organizando todos aquellos detalles y se sentía como un general desplegando a sus tropas sobre el campo de batalla.

Y ella odiaba a los generales. Los soldados rasos, al menos, no se escondían en sus despachos.

Ya había comprado en un rastrillo un diario con tapas de polipiel que le recordó al libro sagrado de Acheron y había garabateado en una de sus páginas un aceptable dibujo de ella y

Amdahl en el bosque de Lecaun, rodeados por los aldeanos de Acheron la noche del ataque del gigante de hierro. Tendrían que ser los monjes de Lecaun los que rellenasen el resto del libro con sus recetas milagrosas para la supervivencia en el bosque. También había conseguido la urna de metacrilato, la libreta *Moleskine* y el transmisor de onda larga que deberían permanecer un par de siglos ocultos. El pequeño generador geotérmico que alimentaría el sistema de climatización que mantendría estable la humedad y la temperatura de la cueva para la adecuada conservación de la libreta fue una de las primeras patentes de la Tetis Titanide. Solo quedaba enviarlo todo hasta allí en el primer vuelo de reconocimiento al sistema Kepler, algo que sucedería dentro de 24 años, y dar órdenes precisas a la tripulación sobre qué tenían que hacer con todo ese material para ubicarlo en el lugar adecuado con alguna excusa plausible como, por ejemplo, recoger algunas muestras del subsuelo.

Ahora mismo, mientras masticaba unos granos de arroz con regusto a plástico, los físicos de la Compañía investigaban sin descanso acerca de los puentes de
Einstein-Rosen
y estaban muy cerca de conjurar el primer microagujero de gusano artificial gracias la nueva generación de aceleradores de partículas. También se aseguraría, por medio de algunas argucias legales que Jones le había explicado, de que, cuando la primera colonia de la Compañía se estableciera en Kepler 22b dentro de 125 años, el manifiesto de la misión los condujese a explorar las cuevas y a descubrir la urna con la libreta y el transmisor.

Tras nueve años de preparativos, casi todo estaba listo. Solo le quedaban dos cuestiones por resolver. La primera, cómo construir un registro estadístico de los sucesos más relevantes. Sabía que ese registro existiría en el futuro, que sería posible saber si el incendio de Acheron, los motines de Elcano 2 o el arrebato genocida de Kersey eran sucesos inevitables o si había una combinación de eventos que permitirían esquivarlos. Se suponía que, en algún momento, ella idearía una forma de registrar la frecuencia con la que todos esos eventos ocurrían en el conjunto de las iteraciones. Era la única manera de ir mejorando los resultados hasta que, eventualmente, se alcanzase una solución satisfactoria al problema

de la autodestrucción de la colonia de Kepler 22b.

Se suponía que todos los descubrimientos científicos y patentes de la Compañía estaban registrados en el misterioso cristal de memoria que había traído del futuro. Y así era, excepto en este caso. No había encontrado en ese cristal ninguna referencia al registro estadístico de sucesos. Mil veces había revisado los archivos sin encontrar ni rastro de tal ingenio.

El segundo escollo pendiente de resolución tenía que ver con la *Flying Dutchman*. Muy pronto, en cuanto se crease el primer agujero de gusano artificial y los científicos de la Compañía lo analizasen hasta el último detalle, encontrarían la singularidad de Danyang, el borde del
espacio-tiempo
donde el crecimiento de la entropía se aproximaba a cero. Entonces alguien, quizá en el departamento de *marketing*, tendría la brillante idea de lanzar un crucero de lujo para potentados decrépitos que estarían dispuestos a dilapidar sus fortunas con tal de detener su inevitable decadencia física y alcanzar un sucedáneo de la vida eterna. Sería una promesa de vida eterna falsa y que se convertiría pronto en una pesadilla, pero que sanearía las cuentas de la Compañía de un modo que ahora resultaba inconcebible.

Cuando eso sucediera, habría llegado el momento de decidir. Decidir si permitía la creación de ese horror, si estaba dispuesta a pagar ese precio para financiar la aventura de la Compañía en el presente, o si prefería jugarse el presente para cambiar el futuro. Quizá por un futuro todavía peor. Eso era lo malo del futuro: que nunca sabías lo que podía deparar.

¿Una sola persona tendría la fuerza necesaria para alterar la corriente de la historia, una sola persona podría evitar que sucediera lo que, al parecer, resultaba inevitable? Al menos, esta vez Kersey estaba con ella. Tenía que ponerlo de su parte. Kersey estaba allí para convertirse en el factor que cambiase el resultado de la ecuación. Estaba convencida de ello.

El teléfono móvil vibró sobre la encimera de la cocina. Era curioso lo rápido que se había acostumbrado a tener siempre cerca uno de esos aparatos. En la Tierra del siglo XXI, todo el mundo parecía llevar uno en el bolsillo. Si hubieran existido en Kepler, ahora tendría al menos alguna fotografía de Eyre, de Amdahl o de

Alberth, algo que le demostrase que todos sus recuerdos eran reales y no fruto de una elaborada fantasía paranoica. ¿En qué momento, entre la primera mitad del siglo XXI y el siglo XXIII en el que ella se había criado, dejaron de ser los *smartphones* aparatos ubicuos? Sin duda, la Compañía no había sido ajena a ese cambio. Tal vez esos trastos se volvieron inútiles cuando se generalizaron los chips de comunicaciones implantados quirúrgicamente. En las colonias, sin emgargo, esa tecnología no funcionaba, al menos durante los primeros años, porque carecían de una red de satélites de comunicaciones. O tal vez la causa de la actual ubicuidad de los teléfonos móviles había que buscarla en la novedad y en el hecho de que las redes mundiales aún no estaban intervenidas por los gobiernos y solo parcialmente por las grandes corporaciones, y cada cual podía encontrar en la red la confirmación exacta de sus propias neurosis. En cambio, en la red de la AON, la Agencia Oficial de Noticias que operaría en el siglo XXIII en las colonias extrasolares, uno solo podía acceder a la versión de la realidad que la Compañía etiquetaba como oficial. Se trataba de elegir entre cientos de noticias falsas cocinadas a gusto de cada consumidor o una sola noticia falsa diseñada por el gabinete de comunicaciones de la Compañía. En términos puramente utilitaristas, la segunda opción era mucho más eficiente con el uso de los recursos.

Niara miró la pantalla del teléfono. Un número y un nombre se iluminaban en la pantalla. El futuro caudillo de Elcano 2, Paulo Kersey, el carnicero del Oldtown, el hombre por cuya ambición morirían miles de personas, el hombre que ella había decidido, en un impulso irracional, traer hasta el siglo XXI para formar con él una alianza imposible, la estaba llamando.

9

—Buenas noches. Espero no interrumpirte.

—Estaba cenando.

—¿Sola?

Niara reprimió un eructo.

—¿Qué es lo que quieres, Paulo? —preguntó con sequedad.

—He leído tu historia en un libro.

—¿Que has hecho qué?

—No te lo vas a creer, pero acabo de encontrar tu historia en un libro. La misma que me has contado decenas de veces. Cómo te marchaste a Kepler buscando una nueva vida, cómo encontraste los restos de Elcano 1, cómo te enfrentaste a Jones…

Niara sacudió la cabeza. Por un momento pensó que Kersey estaba borracho, o tal vez la borracha era ella. Aunque hacía casi diez años que no probaba un trago, ¿verdad?

—¿Sigues ahí? ¿Niara?

—Te he dicho que me llames Ellie. ¿Esto es algún tipo de broma?

—Ya sabes que carezco por completo de sentido del humor.

En eso Kersey tenía toda la razón. No tenía ni el talante ni la imaginación para inventarse una patraña como esa.

—Así que hay un libro donde se relata mi historia. ¿Lo he entendido bien?

—Ajá. Su título es *Kepler 22b*, y está firmado por un escritor llamado… Espera, lo tengo por aquí apuntado. A. M. Vozmediano. He curioseado un poco acerca de él en la red y no he encontrado prácticamente nada. Los ejemplares en papel de la novela son inencontrables en la actualidad, si es que queda alguno, pero es fácil conseguir una copia digital. Si quieres, te envío una ahora mismo.

Niara dudó un momento. Kersey debía de estar delirando o, aún peor, sometiéndola a alguna especie de prueba cuyo propósito se le escapaba. Ningún libro podía hablar de su historia. Eso era imposible, porque lo que había ocurrido en Kepler solo lo conocían ella y Kersey, y faltaban doscientos años para que sucediera, si es

que llegaba a ocurrir.

—¿Sigues ahí o te has desmayado?

—Veta a la mierda. Pero antes envíame ese libro. Voy a echarle un vistazo y luego decidiré si has perdido definitivamente el juicio.

10

Dos minutos después de colgar, tenía un *email* de Kersey en su bandeja de entrada con una versión digital pirateada de *Kepler 22b*. Lo transfirió a su tableta y comenzó a leer con una mezcla de curiosidad y recelo. Desde la primera línea, tuvo la misma sensación inquietante que la había asaltado en Kepler al menos en dos ocasiones: que alguien o algo la estaba manejando como a un títere en una obra de teatro.

Devoró medio libro sin apenas respirar. Cuando levantó la vista de la pantalla, mareada y confundida, los restos de su cena hacía mucho que se habían enfriado y en la calle la noche se había desplomado sobre la ciudad. No era posible. De ningún modo. Pero lo cierto es que allí, en aquella novelucha, estaba todo: Alberth vagando medio muerto por el bosque; ella, Niara Queen, mucho más joven y estúpida, recién llegada a la colonia con la creencia de que le aguadaba un futuro mejor; los ataques de Jones y sus muchachos, los tejemanejes de Jeanne Dupless, la astucia calculada de Susan Onawa.

El libro no era muy largo ni se andaba demasiado por las ramas. Lo terminó en tres horas y, cuando se disponía a retirar como un autómata los restos de la cena para dejarlos en la pila de platos sucios, cayó en la cuenta de que la historia de sus aventuras en Kepler no estaba completa. Una búsqueda rápida por la red la condujo a una oscura página de descargas donde encontró la continuación, un segundo libro del mismo autor en el que narraba todo lo que había ocurrido cuando Kersey se intentó hacer con el poder en Elcano 2 y Amdahl había llegado procedente del pasado. Allí estaba, de nuevo, toda la historia que nadie debería conocer, contada con el oficio desapasionado de un cirujano.

¿Cómo era posible que el autor de esos libros supiera todo lo que había ocurrido? ¿Cómo se las ingeniaba para relatar no solo los hechos, sino también sus más íntimos pensamientos, sus emociones, la rabia y el miedo que había sentido en tantos momentos? Y, si el autor sabía todo eso, ¿no sabría también lo que iba a suceder a

continuación? ¿No existiría un tercer libro donde se relatase su vida en Nairobi, la fundación de la Compañía, las decisiones que ella debía tomar para lograr que aquella historia tuviera un final feliz?

Buscó con frenesí en los rincones más tenebrosos de la red una secuela que se le antojaba evidente que debía existir, pero no halló nada. ¿Qué clase de autor abandonaría una saga en ese punto? ¿Quién diablos era ese individuo, ese tal A. M. Vozmediano?

Escribió su nombre en el cuadro de búsqueda de Google y recorrió las primeras diez páginas de resultados sin encontrar gran cosa: algunas librerías de libros electrónicos, un puñado de páginas de descargas ilegales, alguna reseña en oscuros blogs literarios y un par de referencias a artículos académicos. Al parecer, el tipo había estado relacionado con la informática en el pasado, pero los artículos más recientes databan de al menos dos décadas atrás.

Estaba claro que por aquella vía no iba a descubrir nada. Sin embargo, necesitaba encontrar al autor de esos libros y hablar con él, averiguar de dónde había sacado toda aquella información, cómo había predicho con tanta exactitud lo que habría de ocurrir dentro de dos siglos.

Pero, sobre todo, necesitaba que le dijese lo que debía hacer ahora.

Por primera vez en mucho tiempo, se permitió disfrutar de un atisbo de esperanza. Tal vez aquella era la respuesta a sus plegarias. Tal vez Kersey había viajado al pasado con ella para conducirla hasta aquellos libros y, tal vez, por qué no, ese tal Vozmediano podría explicarle qué decisiones debía tomar en los próximos meses, en los próximos años, para que sus historias, su historia, nunca llegara a hacerse realidad.

11

El 4 de abril de 2031 amaneció un día despejado y luminoso en Nairobi. Joseph R. Ackerman llegó a primera hora de la mañana a La Torre, antes que cualquier otro consejero. Le gustaba aquel ambiente de barco fantasma que desprendía el rascacielos cuando todos los despachos estaban aún vacíos, como si solo él habitara en aquel pequeño universo.

Se permitió deambular con parsimonia por los pasillos enmoquetados, imaginando que el mundo podía ser siempre así, silencioso, predecible, ordenado. Antes de darse cuenta, ya se encontraba frente a la puerta de su despacho. Suspiró con resignación mientras la abría. Aquella paz nunca duraba demasiado. Muy pronto, el edificio sería tomado al asalto por una tropa de chupatintas mediocres cuando no directamente negligentes, por no hablar de los científicos y los ingenieros, que se encerrarían en sus laboratorios sin rendir cuentas a nadie para continuar dilapidando los fondos de la Compañía sin más control que el de la directora científica, esa Eleanor Arroway. Por cada proyecto productivo que se gestaba en los laboratorios de La Torre, había cien que no servían más que para que esas sanguijuelas de bata blanca satisfacieran su curiosidad o, peor aún, para que escribieran un par de artículos en revistas que solo otras sanguijuelas como ellos leían.

Tomó asiento tras su escritorio y encendió el ordenador. La bandeja de entrada se iluminó, indicándole que tenía varios mensajes sin leer. Abrió el cliente de correo, buscando uno de los mensajes con avidez. Lo localizó enseguida. Estaba remitido por William S. Razouki y carecía de asunto y de texto.

Era la señal que llevaba días esperando. Lanzó una aplicación llamada *Styx Chat* que el propio Razouki le había recomendado instalar hacía tiempo. «Este chat es imposible de rastrear», le había explicado el informático en su momento. Una anodina ventana de texto con el fondo oscuro y los caracteres grises se desplegó en el escritorio. Ackerman tecleó los comandos que Willy le había enseñado y accedió a la lista de archivos que el jefe de sistemas había dejado para él.

Sonrió. Allí había una tonelada de información, pero ni por un momento dudó de que se trataba exactamente de lo que buscaba. Tenía ante sus narices el secreto del éxito de la doctora Arroway desvelado por fin.

Aún sonreía cuando comenzó a descargar los archivos privados de la directora científica de la Compañía a su propio ordenador.

12

La mañana del 4 de abril estaba señalada en el calendario como una de las jornadas más intensas en la ya de por sí intensa historia de la Tetis Titanide Co. El abaratamiento en los procesos de fabricación de nuevos materiales como la nanofibra de carbono o los filamentos de dióxido de titanio habían permitido la construcción del primer ascensor espacial en 2026. Los telescopios de última generación, ensamblados en órbita de forma rápida y económica gracias al ascensor, habían detectado la presencia del agujero de gusano cerca de Ceres, en el cinturón de asteroides, a finales de ese mismo año. Y la Grampus, la primera sonda no tripulada, lo había cruzado y había regresado con éxito en 2029, transportando en sus bancos de memoria varias horas de grabaciones y mediciones que los científicos habían analizado con la avidez de un penitente que llevase años practicando el ayuno voluntario.

Solo fue cuestión de tiempo que la idea de organizar una expedición tripulada al otro lado del agujero de gusano dejase de parecer una locura. El mundo se sorprendió al descubrir la increíble casualidad de que la Compañía dispusiera de una nave recién ensamblada y probada en órbita con las características adecuadas para intentar esa proeza. La habían bautizado *Nautilus*, y su propósito inicial había sido explorar las proximidades del Sistema Solar, en concreto el planeta Marte y algunos grandes asteroides. Por supuesto, la coincidencia en el tiempo entre el ensamblado de la *Nautilus* y el descubrimiento del agujero de gusano no era una casualidad en absoluto, aunque eso solo lo sabían Paulo Kersey y Niara Queen.

El 4 de abril de 2031 se cumplían seis meses desde que la *Nautilus* había abandonado la órbita geoestacionaria transportando en su interior una tripulación de cinco personas y una ingente cantidad de material científico. Había cruzado el horizonte de sucesos del agujero de gusano de Ceres el uno de abril y, en consecuencia, había perdido el contacto por radio con la Tierra. Si todo salía según el plan de vuelo, hoy la *Nautilus* tendría que

regresar al Sistema Solar después de haber explorado y cartografiado cuidadosamente el otro lado del agujero durante casi noventa horas.

Niara tenía previsto desde hacía semanas desplazarse al Centro Espacial Luigi Broglio para asistir en persona al evento. Era una de esas visitas protocolarias que se veía obligada a aceptar debido a su cargo en la Compañía, pero desde el día anterior tenía una relevancia especial porque Bernard Bitok, el coordinador de misiones del Centro Espacial, era el presidente honorífico de la Asociación Keniata de Fantasía y
Ciencia-Ficción;
un friki de tomo y lomo, con un conocimiento enciclopédico acerca de esos dos géneros. No le parecía descabellado que Bitok pudiera saber algo acerca de ese anónimo autor, A. M. Vozmediano, y sus libros sobre Kepler 22b.

Tomó el avión de las 9:10 a Malindi, en la costa del Océano Índico, y desde allí un taxi hasta el Centro Espacial Luigi Broglio, que la compañía había arrendado a la Agencia Espacial Italiana para hacerlo servir, después de unas obras de ampliación por importe de varios millones de dólares, de base de comunicaciones para todas sus misiones en el espacio.

El Luigi Broglio se parecía más al centro de visitantes de un parque natural que a una instalación de alta tecnología. Desde fuera, apenas se divisaba otra cosa que una colección de edificios achaparrados pintados de blanco y con cierto aspecto provisional. Lo único que delataba su propósito era la variopinta colección de antenas amontonada a un lado del recinto vallado.

A las 10:45 de la mañana reinaba una actividad febril en la sala de control, una ampliación completamente nueva diseñada con la intención de monitorizar desde allí los vuelos tripulados. Bernard Bitok, responsable absoluto de lo que ocurriera en aquella sala, se acercó a ella bamboleándose por el pasillo central que dividía las hileras de puestos de control todo lo deprisa que su voluminoso cuerpo le permitía. Vestía un impecable traje de color crudo que contrastaba con la piel muy oscura y el cráneo brillante como el ónice recién pulido. Era uno de esos tipos que no podías imaginarte en pantalón corto y camiseta sin sufrir una conmoción cerebral. Niara siempre se había preguntado si el brillo de su calva sería

natural o si Bitok la puliría meticulosamente con un trapo cada mañana frente al espejo.

—¡Doctora Arroway! —saludó el coordinador mientras sacudía efusivamente la mano izquierda de Niara—. Disculpe que no haya ido a recibirla a la entrada del complejo. Tenemos un buen lío aquí montado.

—No he venido a entorpecer su trabajo, Bernard —dijo Niara—. Estoy aquí como observadora. Más tarde, cuando todo haya acabado, me gustaría hablar con usted a solas. Indíqueme dónde puedo sentarme para no molestar.

Bitok la condujo por el pasillo central que separaba en dos mitades simétricas las hileras de puestos de los técnicos, repletas de ordenadores, indicadores y pulsadores de propósito ignoto para una profana en ingeniería aeroespacial como Niara. En cuanto la sacaban de un laboratorio de microbiología se encontraba bastante perdida, y más con la primitiva tecnología del siglo XXI, que hacía que un dispositivo tan sencillo como un microscopio electrónico pareciese un aparato de tortura medieval.

Observó a los técnicos trabajar mientras ascendía la suave pendiente del pasillo en dirección al puesto de Bitok, en la parte más alta de la sala. Los técnicos apenas le prestaron atención. Probablemente la mitad de ellos no tenían ni idea de quién era y a la otra mitad le resultaba mucho más fascinante el asunto que se traían entre manos aquella mañana. Al fin y al cabo, no todos los días asistía uno al regreso del primer vuelo espacial tripulado al otro lado de una singularidad del espacio-tiempo.

El puesto del coordinador jefe era un amplio escritorio constelado de monitores de ordenador, papeles y una enorme colección de rotuladores fluorescentes a los que Bitok parecía muy aficionado. Desde allí arriba se tenía una vista general de toda la sala y de las enormes pantallas que cubrían por completo la pared del otro extremo, en las que se reproducían trayectorias de aproximación, gráficas de gasto de combustible y mapas del Sistema Solar. Bitok invitó a Niara a tomar asiento en el sillón ubicado tras el escritorio, perfilado con la inconfundible silueta del trasero del coordinador de misiones. No parecía en absoluto cohibido por el desorden ni por la absurda exhibición cromática de sus rotuladores desperdigados por la mesa.

—¿Alguna noticia de la *Nautilus*? —preguntó Niara mientras se sentaba.

—Nada de momento —dijo Bitok. Sacó de un estante bajo la mesa una jarra llena de café oscuro y humeante y lo sirvió en dos tazas que encontró entre la maraña de papeles—. Como ya sabe, no hay modo de transmitir información a través del horizonte de sucesos, de modo que no podemos saber si todo va bien a bordo de la *Nautilus* hasta que no crucen a nuestro lado. —Miró su reloj—. Según el plan de vuelo, eso debería suceder dentro de trece minutos exactos.

Niara sorbió un poco de café, que le provocó un escalofrío en la espalda al bajar por su gaznate. Aquel sí era un café de verdad, denso, amargo e hirviente, no como el que servían en
Liz & Joan's
o en cualquier otro lugar de Elcano 2, reconstituido a partir de polvo sintético deshidratado. Solo le faltaba un chorrito de *brandy*.

—Hay una manera de transmitir información a través del horizonte de sucesos, pero aún la estamos desarrollando —dijo—. Pero, por favor, vuelva a su trabajo. Estoy aquí como simple observadora y no quiero interferir.

—Usted siembre es bienvenida —asintió Bitok, un poco tenso—. Póngase cómoda. ¿Ve aquellos paneles de allí? El central marca la cuenta atrás del tiempo de misión. Si todo ha ido bien, cuando llegue a cero la *Nautilus* estará de vuelta y deberíamos recibir una transmisión de radio de la tripulación. En realidad, cuando eso ocurra la nave ya llevará algo más de 15 minutos en el Sistema Solar, pero la señal se demora esos 15 minutos en llegar desde Ceres hasta aquí. Está usted en su casa. Ahora, si me disculpa…

Niara asintió y el hombre apuró su taza de café hirviente de un trago antes de desplazar su enorme masa corporal hasta el puesto de uno de los técnicos. Mientras Bitok discutía algo con el técnico agitando un montón de papeles en el aire, Niara sintió cierta nostalgia del trabajo de campo, de las largas discusiones con sus colegas acerca de la síntesis de proteínas en organismos unicelulares o de los mecanismos de supervivencia de los extremófilos, de las noches en blanco que pasaban en un suspiro pegada al ocular de un microscopio. Ella también había apurado muchos cafés de un solo trago porque tenía prisa por seguir revisando un puñado de isótopos

rastreadores o una espectrografía de infrarrojos de una muestra de ADN. También había huido de los burócratas con indisimulado alivio, como Bitok acababa de huir de ella. De eso hacía un millón de años, en otra vida y, literalmente, en otro universo.

Miró a su alrededor. No estaba muy segura de qué hacía allí pero, últimamente, le ocurría lo mismo en su despacho de La Torre. Nunca tenía gran cosa que hacer en las oficinas de Nairobi a parte de fingir que supervisaba los avances asombrosos de las diferentes secciones científicas de la Compañía. Se había limitado a traer desde el futuro la información necesaria para que aquellos avances tuvieran lugar, a plantarlos y dejar que germinaran sin ni siquiera comprender cuál era el verdadero origen de la información contenida en el cristal de memoria. Ahora su labor era como mucho la de un jardinero, o incluso la de un mirón que observa el jardín desde el otro lado de la valla. Al menos, esos técnicos que se afanaban frente a sus consolas tenían un papel productivo en el engranaje. Ella se había limitado a viajar en el tiempo con un cristal de contrabando.

Paseó la vista por los paneles gigantes del fondo de la sala. Un reloj digital inmenso desgranaba la cuenta atrás del tiempo de misión. Al menos eso sí podía comprenderlo. Faltaban menos de diez minutos para que la *Nautilus* cruzara el horizonte de sucesos y apareciese de regreso en el Sistema Solar, muy cerca del Cinturón de Asteroides, donde dentro de menos de un siglo entraría en funcionamiento el primer intercambiador espacial construido más allá de la órbita terrestre, el germen de la futura Estación Espacial de Ceres.

Bitok, sin dejar de pasearse entre las hileras de puestos, se colocó unos auriculares con micrófono y comenzó a hablar. Niara vio unos auriculares del mismo tipo sobre la mesa y se los puso con suspicacia: estaban levemente grasientos y olían a loción para después del afeitado.

—¿Alguna señal de actividad? —La voz de Bitok le llegó con claridad a través de los auriculares.

—Aún nada, señor —respondió otra voz.

—¿Habéis rastreado fuera del espectro de radio?

—Sí, señor. No hay nada anómalo en la frecuencia de los rayos X.

—¿Y en los gamma?

—Tampoco, señor.

El reloj marcaba ocho minutos y cuarenta segundos y seguía retrocediendo. La tensión en el ambiente era palpable. Niara sabía que aquel viaje saldría bien, desde luego, pero, para el resto, el resultado de la misión era una incógnita. Un millar de catástrofes potenciales podría haberse desatado en el interior de la *Nautilus* desde que perdieron contacto con la nave hacía cuatro días. Los técnicos de aquella sala percibían la historia solo desde uno de sus extremos y no eran conscientes del hilo invisible de sucesos inevitables que conducirían hasta el futuro.

Una pregunta repentina resonó en su cabeza como una campanada a medianoche: ¿y si rompía ese hilo? ¿Y si acababa con todo? Podía provocar un incendio en las instalaciones de la Luigi Broglio y dejar que la *Nautilus* naufragase en los millones de kilómetros cúbicos de espacio vacío que la separarían de la Tierra cuando cruzase el agujero de gusano. Supondría el sacrificio de una tripulación a cambio de un futuro incierto. ¿Estaría ella dispuesta a eso, a condenar a una muerte horrible a cinco seres humanos por un cálculo de probabilidades con demasiadas variables desconocidas? Había hecho muchas cosas horribles en su vida, pero estaba segura de que no sería capaz de caer tan bajo como eso. Además, ¿un sabotaje en este momento cortaría en seco el desarrollo de la industria aeroespacial de la Compañía o aparecerían otras empresas que continuarían con su labor? ¿La especie humana se extinguiría en el siglo XXI sin las soluciones tecnológicas que la Compañía ya estaba proporcionando para luchar contra la crisis climática, las epidemias o la superpoblación?

Siete minutos.

Como siempre, Niara carecía de respuestas a esas preguntas. Ninguna certeza en el horizonte, más que la seguridad de que, si hacía todo como siempre se había hecho, la *Flying Dutchman* se fletaría en 2034, dentro de solo tres años; la primera colonia extraterrestre humana, la Sagan 1, se fundaría con éxito en Marte en 2040; y, con el transcurso de las décadas, todo conduciría de forma inevitable a la fundación de Elcano 1 en Kepler 22b y a que se repitiese una y otra vez el mismo bucle de autodestrucción.

¿Dónde debía intervenir para romper aquella secuencia? ¿Era

posible desafinar solo ligeramente la cuerda de una guitarra para que la canción que tocaba aún fuera inteligible pero ligeramente distinta, o aquella cuerda desafinada desbarataría toda la armonía hasta convertirla en un caos irresoluble? ¿O tal vez ocurriera lo contrario, tal vez una ligera desviación no provocaría cambios sustanciales y la armonía infernal del mundo encontraría obstinadamente la cadencia adecuada para regresar a su melodía principal?

En ese caso, la única solución sería hacer algo radical, como cortar una cuerda de la guitarra en lugar de desafinarla. Y tenía que hacerlo a ciegas, sin tener ni idea de las repercusiones que eso pudiera tener en el futuro, sin saber siquiera si ya había probado ese mismo camino antes porque aún carecía del registro estadístico de sucesos.

Era como para gritar de impotencia.

Seis minutos.

—¿Alguna lectura? —repitió la voz de Bitok con un tono un poco más agudo de lo normal.

—Todo en silencio, señor. Nada anómalo en ninguna frecuencia.

¿Qué era lo más radical que podía hacer sin sacrificar ninguna vida humana, al menos de forma directa? Sin duda, borrarlo todo. Eliminar de los servidores de la compañía todos los registros, todos los esquemas, todos los artículos científicos que había traído del futuro. Destruir el cristal de memoria de manera que fuera irrecuperable. Acabar con la Compañía antes de que se convirtiera en un gigante fuera de control.

Había jugueteado otras veces con esa idea, pero siempre la había descartado porque existía el riesgo evidente de que, en lugar de las colonias del futuro, fuera la propia civilización de la Tierra la que sucumbiera a la autodestrucción a lo largo del siglo XXI si no se ponía coto a los principales problemas. Impedir los hallazgos de la década prodigiosa suponía un riesgo demasiado grande.

El camino correcto podría ser justo el opuesto: compartir todos esos conocimientos con todo el mundo. Así había avanzado históricamente la carrera científica, al menos hasta que los intereses económicos comenzaron a interferir en ella. Podría enviar una copia de los archivos ultrasecretos de la Compañía a todas las universidades del mundo, a todos los centros de investigación, a

todas las empresas tecnológicas de la competencia. ¿Qué consecuencias tendría eso? ¿Qué uso le daría a esa información un fabricante de armas o un tirano paranoico? ¿El siempre frágil equilibrio político del mundo se desestabilizaría por esa avalancha de conocimientos y se vendría abajo como un castillo de naipes?

Tenía que haber otro camino. Un camino más seguro y que no hubiese intentado antes.

Cinco minutos.

¿Cuántas veces había estado allí sentada, delante del desordenado escritorio de Bernard Bitok en el Centro Espacial Luigi Broglio, esperando la reentrada de la *Nautilus* y pensando exactamente lo mismo que estaba pensando ahora? Si pudiera saber que ya había saboteado antes los servidores de la Compañía sin causar la extinción de la especie humana, lo volvería a hacer ahora mismo, antes de que terminase la cuenta atrás. Sin dudarlo. Odiaba a la Compañía. Ahora lo comprendía de forma visceral. Odiaba al gigante de ambición infinita que estaba ayudando a crear.

Pulsó con el dedo índice la superficie del monitor central. Lo hizo sin pensar, casi como si su dedo hubiera tomado la decisión por ella, con esa inquietante sensación que ya había tenido otras veces de que, de algún modo, sabía lo que iba a hacer antes de hacerlo, como si realmente ya hubiera estado allí, como un *dejà vu* demasiado intenso.

El monitor despertó junto con sus hermanos más pequeños de los laterales y dejaron ver varias ventanas repletas de cifras y esquemas sobre un fondo de escritorio de la Estrella de la Muerte de *Star Wars*. Bitok era el coordinador jefe y ni siquiera había protegido su ordenador con una triste contraseña de desbloqueo. La burócrata en la que, a su pesar, se había convertido tomó nota mental de que tendría que hablar con el personal de informática del Luigi Broglio acerca de la aplicación de los protocolos de seguridad.

Cuatro minutos.

Pulsó sobre el icono del símbolo de comando y una ventana del terminal de texto se desplegó sobre las demás, con el cursor parpadeando como la interrogación de un oráculo antiguo. Los dedos de su mano volaron sobre el teclado. Un comando apareció impresionado en la pantalla:

ssh -p 22050 root@2607:f0d0:1002:51::4

En los últimos años había aprendido a usar los teclados, esos pintorescos métodos de entrada de datos que todavía existían en la primera mitad del siglo XXI, con razonable soltura aunque solo contase con cinco dedos en lugar de diez, pero no recordaba haber escrito nunca tan deprisa como en aquella ocasión. Aquel comando la conectaría con el nodo de control de la nube privada de la Compañía.

La conexión se demoró apenas una fracción de segundo antes de que alguno de los servidores situados en los sótanos de La Torre en Nairobi le contestara:

root@2607:f0d0:1002:51::4's password:

Tecleó la interminable contraseña repleta de mayúsculas, minúsculas, números y símbolos con la misma inusitada presteza. No se equivocó en ningún carácter. Probablemente era la primera vez que eso le sucedía.

Tres minutos.

El servidor le respondió con su fría condescendencia habitual:

Last login: Thu Apr 3 18:15:25 2031
Welcome to Tetis Titanide's private cloud.
What can I do for you?

Tecleó varios comandos más hasta desplazarse a la carpeta oculta y encriptada que contenía la copia de los archivos de la compañía, un volcado en bruto de todos los datos del cristal de memoria. Se situó en el directorio raíz y, como impulsada por un resorte, tecleó:

rm -Rf *

Resultaba increíble que un comando tan simple, apenas seis caracteres ininteligibles, pudieran borrar de un plumazo 500 exabytes de información. Como le había dicho Willy Razouki, su instructor en los misterios de la informática del siglo XXI, aquel

modesto comando era una de las criaturas más destructivas del ecosistema digital, el equivalente informático a una bomba de neutrones.

Sostuvo un instante el dedo índice sobre la tecla *Intro*. Un movimiento de medio centímetro y todo volaría por los aires. El futuro sería radicalmente distinto. Claro que tendría que ocuparse de destruir también el cristal de memoria original, pero eso sería tarea fácil en cuanto regresara a Nairobi.

Y entonces sería libre.

Dos minutos.

Algo la detuvo en el último momento, una intuición repentina, como un recuerdo lejano que quiere ascender a la consciencia un instante pero que vuelve a perderse en la oscuridad de la memoria antes de volverse inteligible.

Comprendió lo que le estaba sucediendo porque ya le había ocurrido otras veces. Ella ya había estado allí en otras iteraciones, ya había tecleado ese comando, ya había borrado todo rastro de los archivos en los servidores de la compañía y había destruido el cristal de memoria. Y nada había cambiado. En ese segundo de inspiración, comprendió algo más: había otra copia de los archivos. Siempre la había habido, en todas las iteraciones. Una copia fuera de su alcance. Una copia que ella no había ordenado hacer. Era lo único que podía explicar que su intento resultara inútil.

Un minuto.

Borró el último comando y revisó furiosamente los últimos mensajes del sistema hasta que localizó el de bienvenida. Allí estaba la prueba. La había tenido delante de las narices nada más conectarse y no se había fijado en ello. El mensaje decía:

Last login: Thu Apr 3 18:15:25 2031

Alguien se había conectado como *root* al sistema a las 18:15 del día anterior. Muy poca gente tenía acceso a esa cuenta. De hecho, hasta donde sabía, solo ella, Kersey y Willy Razouki, que por algo era el administrador de sistemas informáticos de la Compañía.

Existían mil razones por las que Willy podría haber necesitado conectarse como *root* al servidor, pero todas improbables. El usuario *root* tenía privilegios sobre todos los archivos y todos los

servicios, por lo que resultaba peligroso trabajar con esa cuenta: cualquier pequeño error era potencialmente catastrófico. Podías acabar borrando sin remedio información importante o desbaratando alguno de los múltiples subsistemas que funcionaban gracias a una configuración muy bien ajustada.

Solo en contadas ocasiones era necesario acceder como *root*. Por ejemplo, para lanzar un borrado masivo sobre los archivos más protegidos del sistema… o para sacar una copia de esos mismos archivos.

Sus dedos entraron en acción antes de que ella se diera cuenta y teclearon:

```
cat ~/.bash_history
```

En la pantalla aparecieron los últimos comandos que el usuario *root* había usado ordenados cronológicamente. En los últimos lugares figuraban los que ella misma acababa de introducir y, un poco más atrás, un comando sospechoso que la hizo palidecer:

```
scp -r * anonymous@imageserver:/backup
```

Una alarma suave, aunque lo bastante potente como para sobresaltarla, resonó en la sala. Los números de la cuenta atrás marcaban 00:00:00 y parpadeaban en color rojo. Todos levantaron la vista instintivamente hacia el panel central que presidía la sala.

—¿Alguna señal? —preguntó Bitok a través de los auriculares.

—Nada todavía, señor.

Niara volvió a posar la vista en el monitor que tenía más cerca. El corazón empezó a palpitarle violentamente en las sientes. La prueba concluyente de que alguien había estado husmeando en los archivos secretos aún descansaba en forma de enrevesados comandos en mitad de una ventana de texto.

¿Quién habría hecho una cosa así? ¿Willy Razouki? Hasta donde ella sabía, era un tipo afable y bastante profesional, el típico fanático de las máquinas que se sentía más a gusto con los ordenadores que con las personas. Conocía los sistemas informáticos de la Compañía mejor que el interior de su propio cuarto de baño. No se imaginaba a Willy metido en un asunto como ese. En tal caso,

la única explicación que se le ocurría era que alguien más tenía acceso *root* a la nube privada. ¿Quizá alguna empresa de la competencia? ¿O alguien desde dentro de la Compañía estaba tratando de robar información?

—Señor, acabamos de detectar una emisión de rayos gamma cerca de Ceres. —La voz visiblemente alterada del técnico en sus auriculares la devolvió a la realidad de la sala de control—. La amplitud y la ubicación son compatibles con el agujero de gusano.

Bitok retrocedió por el pasillo sin dejar de mirar a las pantallas.

—¿Hay comunicación con la *Nautilus*?

—Aún no, señor.

El coordinador de misión se acercó a su escritorio con gesto pensativo. Niara cerró discretamente la conexión con el ordenador central y la ventana del terminal. No tenía ningún sentido borrar los archivos si había una copia circulando a saber por dónde.

Si Bitok se extrañó de verla trajinar con su teclado, no dijo nada. Parecía perdido a muchos años luz de distancia.

—¿Algo va mal, Bernard? —preguntó Niara, desplegando sus aptitudes teatrales para fingir interés.

—Parece que la *Nautilus* ha cruzado, pero no nos llega ninguna comunicación por radio.

—¿Y eso qué significa?

—Puede significar cualquier cosa, casi ninguna buena.

Niara lo miró componiendo su mejor gesto de no entender nada.

—Puede que la *Nautilus* haya seguido su curso programado a pesar de que no quede nadie con vida a bordo —explicó Bitok—. O que el módulo de transmisiones de la nave esté averiado. O que las fuerzas de marea hayan descuartizado a la tripulación.

—Tiene usted un temperamento de lo más positivo —dijo Niara. Se sintió de pronto muy cansada, como si llevase años representando la misma comedia. En cierto modo, y teniendo en cuenta que ella ya sabía que la *Nautilus* lograría su objetivo, esa era una descripción precisa de lo que estaba sucediendo—. Todo va a salir bien, se lo aseguro.

Nada más acabar la frase, un estallido de estática seguido de una voz alterada por la emoción inundó los auriculares.

—Control de misión, aquí *Nautilus*. Les habla el capitán Rojas.

A algunos de los técnicos se les escapó un gemido de alivio

seguido de un grito de júbilo. Fue una reacción tan genuina que Niara no pudo evitar contagiarse y sentir otra vez la envidia de no poder participar de aquel sentimiento comunitario. Muchos se levantaron de sus asientos, chocaron las manos o se abrazaron. La voz del capitán Rojas se ahogó por unos momentos entre el griterío.

—… cruzado el puente de Ceres con dos minutos de retraso sobre el plan de vuelo —se le oyó decir cuando el jaleo se calmó—. Todos estamos bien. Los instrumentos confirman que hemos regresado al Sistema Solar. Iniciamos el protocolo de comprobación rutinaria, aunque un autodiagnóstico rápido no ha reportado ningún desperfecto. Son las… em… once horas y catorce minutos GMT. Supongo que allí ya casi es la hora de comer. —El tal capitán Rojas trataba de mantener la formalidad sin demasiado éxito—. Ponemos de inmediato rumbo de derrota hacia la Tierra. Cambio.

Bitok se tomó un momento antes de contestar. Debía pensar bien lo que iba a decir porque la señal de radio del capitán Rojas había tardado casi un cuarto de hora en llegar hasta la Tierra y la respuesta necesitaría otro cuarto de hora para alcanzar la *Nautilus*. Mantener una conversación a ese ritmo exasperante hacía necesario meditar cuidadosamente el contenido de cada réplica.

—*Nautilus*, aquí Bernard Bitok del control de misión en el Centro Espacial Luigi Broglio. Les recibimos alto y claro. Inicien el protocolo de aproximación y comiencen el envío de datos por microondas en cuanto terminen las comprobaciones rutinarias. —Hizo una pausa antes de añadir—: Les tenemos en nuestras pantallas y no pensamos soltarles hasta que estén de regreso con nosotros, muchachos. Cuando eso ocurra, todos querremos estrecharles la mano e invitarles a una copa. Cambio y corto.

Un suspiro recorrió la sala. Todos los técnicos volvieron con profesionalidad a sus puestos con una sonrisa de satisfacción por el deber cumplido. Bitok se acercó a Niara tan henchido de orgullo que parecía a punto de reventar las costuras del traje, pero su expresión se volvió de extrañeza.

—No parece usted muy contenta.

—Sí que lo estoy —mintió ella, componiendo una sonrisa tan falsa como una mano de silicona—. Han hecho ustedes un excelente trabajo. Ahora, si me concede unos minutos de su tiempo, me gustaría hablar con usted.

—Claro.

Niara miró alrededor. Desconocía cuál era el estado de la tecnología de escuchas ilegales en el año 2031, pero por si acaso añadió:

—Aquí no. Busquemos un lugar más tranquilo.

13

El Centro Espacial Luigi Broglio estaba rodeado de un pequeño manglar surcado de senderos que iban y venían del mar. Niara declinó la oferta de Bitok para charlar en su despacho o en la cafetería y prefirió un paseo al aire libre, a pesar de que las tripas le rugían de hambre. Le pareció que, en aquel lugar entre la sombra de los inquietantes manglares con su raíces como garras de animales exóticos, era mucho menos probable que algún oído indiscreto estuviera escuchando. Quizá pecara de paranoica, pero si había alguien lo bastante audaz como para copiar a escondidas los documentos más secretos de la Compañía, seguramente también lo sería como para tratar de espiarla con algún propósito que, de momento, se le escapaba.

—Este sitio es agradable —dijo, aspirando el olor a salitre.

—Los manglares tienen algo mágico —dijo Bitok—. Eso afirman los lugareños. Hay una leyenda que dice que los viejos dioses de la tierra y el mar se encontraban a escondidas de los humanos para engendrar otra raza de criaturas que dominaran el mundo en su lugar y que, cuando un pescador los descubrió, fue tanta su vergüenza que se quedaron petrificados fingiendo ser mangles. Aún hoy en día, en la oscuridad de la noche, cuando nadie los ve, los mangles arrancan sus raíces del suelo y se buscan unos a otros para terminar de planear nuestra extinción.

Niara observó las raíces desnudas que se desparramaban bajo los troncos como los tentáculos de una criatura digna de Lovecraft, y no le costó trabajo imaginarse a esos árboles desplazándose sinuosamente por la orilla del mar al amparo de las tinieblas.

—Una historia preciosa. Le veo muy informado —dijo.

Bitok sonrió.

—Me crie muy cerca de aquí, en Kipini, una aldea en la desembocadura del río Tana. Conozco todos los mitos sobre los mangles.

Niara miró a Bitok con nuevos ojos. El eficiente coordinador jefe del Centro Espacial estaba observando los troncos nudosos de los árboles con expresión soñadora. Todo el mundo tenía un pasado,

una vida interior, una historia digna de ser contada, pensó Niara. Para descubrirla solo tenías que observar con detenimiento el tiempo suficiente. Las personas, tomadas de una en una, eran en general criaturas asombrosas con las que resultaba difícil no encariñarse. El problema era cuando juntabas a unos cuantos miles, o millones, en el mismo lugar y unas empezaban a creerse mejores que otras.

Bitok salió de su ensimismamiento y pareció recordar la enorme lista de tareas pendientes que le esperaba sobre la mesa de su despacho.

—¿De qué quería hablarme exactamente, doctora?

Niara carraspeó.

—Si no recuerdo mal, es usted presidente de la Asociación Keniata de Fantasía y
Ciencia-Ficción.

El hombre se detuvo y frunció el ceño, extrañado.

—En realidad, dejé el cargo hace unos meses.

—Pero es un experto en el género, imagino.

—Me gusta bastante, sí. Leo todo lo que cae en mi mano, aunque no sé si eso me convierte en un experto.

—Tal vez haya oído hablar de un libro. Me interesa indagar sobre él pero no encuentro nada en la red.

—Entiendo. ¿De qué libro se trata?

—*Kepler 22b*.

Bitok frunció el ceño todavía más.

—Lo siento, no me suena. ¿Puede darme algún otro detalle? El argumento, la portada…

—En la portada aparece una chica de piel oscura, con cara de mala leche.

—¿Cómo usted?

Niara levantó una ceja. Bitok pareció haberse tragado un erizo de mar por accidente.

—Lo digo por el color de piel —trató de arreglarlo—. No me refería a que usted tenga cara de… En fin, ya me entiende.

—Adelante, dígalo. Tiene usted razón. Pero no, no se parece a mí, excepto en el tono de la piel. En la portada aparecen también dos ancianos, todo sobre el fondo estrellado del espacio.

—¿Y la imagen de un planeta parecido a la Tierra en la parte

inferior?

—¡Justo!

—Sí, creo que ahora lo recuerdo. Tengo una memoria muy visual. Es bueno para mi trabajo, ¿sabe? ¿No era una historia sobre colonización espacial?

—Eso es. ¿Recuerda algo del autor?

Bitok compuso un gesto de concentración casi doloroso durante un momento. Estaba comenzando a sudar de forma alarmante.

—Nada en absoluto. Ni siquiera su nombre.

Niara no pudo disimular su decepción. Si Bitok no sabía nada más, su flamante investigación bibliográfica acabaría antes de empezar.

—¿Le dice algo A. M. Vozmediano?

—Vozmediano… Es un apellido curioso. Ahora que lo oigo… Espere, creo que recuerdo algo.

—¿Qué?

—Que había una segunda parte. Sí, eso es. El libro tenía una continuación. Iba a ser una trilogía, creo —explicó Bitok—. Pero el tercer libro nunca salió a la venta. O yo no me enteré si lo hizo. No era una saga muy popular, de las que se exponían en los estantes a la entrada de las librerías o se hacían adaptaciones cinematográficas, aunque sí tuvo cierto éxito en su momento en Amazon Unlimited. Incluso creo que escribí alguna vez a su autor para interesarme por el final de la trilogía.

—¿Escribió a su autor? ¿Cómo?

—Por *email*, supongo.

—¿Y dónde consiguió su dirección de *email*? Lo he buscado en internet y no encuentro ninguna referencia.

—Bueno, de esto hace mucho tiempo. Más de diez años, probablemente. El autor tendría una página web y allí debía de figurar su *email*. No lo recuerdo, pero es plausible. Todos los escritores tienen una página web. Supongo que, si el tipo abandonó la escritura, hace tiempo que la cerró. Por eso no habrá encontrado usted nada.

—Habrá algún modo de recuperar esa dirección, ¿verdad? ¿Podría usted buscarla en su bandeja de correos enviados, aunque se trate de un mensaje de hace diez años?

—Imagino que sí, pero no le serviría de nada. Si este individuo

cerró su web, seguramente también eliminó las cuentas de *email* asociadas. Es poco probable que esa cuenta siga existiendo.

Caminaron durante unos segundos en silencio.

—¿Por qué es tan importante localizar al autor de una novela de ciencia ficción de tres al cuarto publicada hace más de una década? —preguntó Bitok.

Era una pregunta lógica para la que Niara no tenía una respuesta que sonase razonable. ¿Qué podía decirle? «Porque esa novela de tres al cuarto relata con una precisión inquietante un episodio de mi vida que transcurre en el futuro y que nadie en este siglo debería conocer».

—Tiene que ver con uno de nuestros proyectos de investigación —improvisó—. Necesitamos contrastar unos datos con él. No puedo darle más detalles, ya me comprende.

—Claro, claro —dijo Bitok, que evidentemente no comprendía nada—. Estoy pensando que tal vez haya otro modo: *The Wayback Machine*.

—¿Qué es eso?

—Una base de datos. La base de datos más grande que existe, de hecho. Más grande que la de Google o la de Amazon. Contiene copias de todos los sitios web de la red, no solo en su estado actual, sino también cómo eran en el pasado. Es como un viaje virtual en el tiempo, y se puede hacer con solo un ratón y un monitor de ordenador. Probablemente la web de ese escritor siga estando disponible ahí.

—Supongamos que logro encontrarla en… ¿Cómo ha dicho que se llama?

—*The Wayback Machine.*

—Eso. ¿Qué hago a continuación?

—Oh, muy sencillo. *The Wayback Machine* le permitirá navegar por la vieja web casi como si estuviera de nuevo en línea. Puede que algún enlace externo no funcione o que alguna imagen no se cargue con normalidad, pero en general la experiencia de navegación será satisfactoria. Cuando haya retrocedido en el tiempo, solo tiene que buscar el teléfono o la dirección de ese tipo en su web. No el correo electrónico, sino la dirección física. —Bitok volvió a sonreír antes de añadir—: Y confiar en que no se haya mudado o haya muerto en la última década, claro.

14

En el *parking* subterráneo de La Torre, Joseph R. Ackerman acababa de ponerse al volante de su Audi A8 para dirigirse al Tamarind, el único restaurante de aquella desastrada ciudad donde la comida resultaba medio pasable y los camareros no olían a sudor de una semana. Rezongaba entre dientes algo acerca de lo inapropiado que resultaba que todo un director financiero de una gran compañía no dispusiera ni siquiera de un chófer que bregase con el infernal tráfico de mediodía —no por falta de recursos, desde luego, sino porque esa metomentodo de Arroway y su perrillo faldero, Kersey, lo habían vetado en varias ocasiones en las reuniones del Consejo por considerarlo clasista o alguna otra idiotez por el estilo— cuando un ruido repentino en el lado del acompañante lo sobresaltó.

La puerta se abrió y Willy Razouki se dejó caer en el asiento del copiloto.

—Maldita sea, Razouki —gruñó Ackerman—. Me has dado un susto de muerte. ¿Qué diablos te pasa?

—Ha ocurrido algo.

—Te he dicho mil veces que nadie debe vernos juntos. ¿Cómo se te ocurre presentarte así en el aparcamiento?

—Es urgente. Le he llamado por teléfono, pero no me lo cogía. Su secretaria me ha dicho que acababa de salir a comer.

Ackerman palpó el bolsillo interior de su chaqueta. En efecto, había dejado el teléfono irrastreable que utilizaba para los asuntos privados en el cajón de su escritorio.

—Cierra la puerta y habla rápido. Tengo una reserva para dentro de quince minutos.

Willy Razouki obedeció y respiró profundamente un par de veces antes de empezar a hablar. Al parecer, se había dado una buena carrera para llegar al aparcamiento a tiempo.

—¿Es seguro hablar aquí?

Ackerman lo miró como si hubiera dicho la mayor estupidez del mundo.

—Es mi coche. Por supuesto que es seguro. Desembucha de una

vez.

—Está bien… —Razouki todavía jadeaba—. La doctora lo sabe.

—¿De qué me estás hablando?

—La doctora Arroway sabe… Sabe que hemos copiado esos archivos.

La expresión de Ackerman pasó del fastidio a la sorpresa y luego, durante un breve instante, al temor. Enseguida fue sustituido por una oleada de cólera. Sintió que su viejo corazón se aceleraba y que el rubor cubría sus mejillas, aunque trató de contenerse.

—¿Y puedes explicarme cómo ha podido suceder eso?

—Ella… Es complicado… Ha accedido como *root* al sistema esta misma mañana, y hay… Bueno, hay una manera de ver el historial de comandos. He entrado para borrar el rastro de la copia y me he encontrado con que ella… En fin, con que ella se me había adelantado. Ahora sabe lo que hemos hecho.

Ackerman respiró hondo para evitar lanzarse sobre la yugular de Razouki.

—A ver si lo he entendido bien —dijo en un tono tan tenso que casi vibraba en la frecuencia de los ultrasonidos—. Cuando copiaste los archivos dejaste tus huellas en el sistema como un puñetero aficionado, y cuando has recordado que debías borrarlas la doctora ya te había descubierto. ¿Es eso?

Razouki se miró la punta de los zapatos como un niño avergonzado.

—¡Por todos los santos! —aulló Ackerman, llevándose las manos a la cabeza—. ¿En qué estabas pensando? ¿Es que estoy rodeado de inútiles? ¡Se supone que sabes lo que haces!

—La copia tardó varias horas en completarse —se defendió Razouki—. Cuando terminó, era tan tarde que olvidé…

—¡Basta de excusas! —La orden de Ackerman fue tan imperativa que Razouki guardó silencio al instante y volvió a mirar a sus zapatos. Hubo un silencio tenso antes de que el viejo añadiera—: ¿Sabe que hemos sido nosotros?

—No.

—Algo es algo.

—Aunque sospechará. Yo soy el único que, a parte de Paulo Kersey y ella misma, tiene acceso *root* al sistema.

—Podría haberlo hecho algún otro. Alguien de fuera. Se

producen ataques a los servidores informáticos todos los días, ¿no?

—Sí, pero…

—No hay peros que valgan. La doctora tardará algún tiempo en atar cabos. Eso tendrá que bastar para…

Ackerman dejó la frase en el aire durante demasiado tiempo.

—¿Para qué, señor? —preguntó Razouki.

—Cierra el pico y lárgate. Tengo que pensar en cómo sacarnos del lío en el que nos has metido.

Razouki obedeció. Salió del vehículo y se alejó en dirección al ascensor. Ackerman miró la hora en su reloj de pulsera y maldijo entre dientes porque iba a llegar tarde al Tamarind y le darían su reserva a otro. Acabaría comiendo uno de esos apestosos sandwiches de Mark & Spencer. Sin embargo, ahora la prioridad absoluta era neutralizar la metedura de pata de Razouki.

La doctora Arroway los había descubierto en menos de veinticuatro horas. Eso significaba que aquella mosquita muerta era mucho más peligrosa de lo que parecía. Y se la tenía jurada. Cuando tirase del hilo y lo descubriese a él al otro lado, movilizaría a todo el consejo en su contra. Jones era el ejemplo perfecto de hasta dónde llegaba el poder de convicción de la doctora: su amigo siempre la defendía a ella, en lugar de ponerse de su parte.

No iba a permitirlo. Jones y él ya eran un equipo cuando esa zarrapastrosa aún no tenía ni donde caerse muerta. Y lo habían dado todo por la Tetis Titanide. Ahora que conocía el secreto de la doctora, no la necesitaban. Nunca la habían necesitado, en realidad. Todas sus grandes ocurrencias provenían de esos archivos que ya tenía en su poder.

Cuando se apeó del vehículo unos minutos después ya no sentía hambre aunque no hubiera probado bocado. Había tomado una decisión firme. La doctora no le había dejado otra salida. Subió en silencio hasta su despacho de la planta 34, pasó por delante de su secretaria como un autómata y cogió el teléfono de tarjeta del cajón cerrado con llave de su escritorio. Luego volvió a bajar al aparcamiento y, en la seguridad del habitáculo del Audi, marcó un número al que no había tenido necesidad de recurrir desde hacía mucho, desde los tiempos oscuros en los que él y Jones debían que recurrir a métodos poco ortodoxos para prosperar, pero que recordaba de memoria.

Una voz áspera respondió al segundo tono de llamada.

—¿Sí?

—Soy Ackerman. Necesito que envíes a uno de tus hombres a casa de alguien esta misma noche.

—¿Advertencia o limpieza total? —preguntó el tipo en tono profesional.

Ackerman dudó un último segundo antes de responder:

—Limpieza total.

15

Niara regresó a Nairobi en el avión de las 17:30. Cuando tomó un taxi en el aeropuerto Jomo Kenyatta era ya demasiado tarde para volver a las oficinas de la Compañía donde, por otra parte, tampoco tenía nada urgente que hacer. Apagó el móvil y se marchó a casa. No entendía esa obsesión de la gente del siglo XXI por dejar el teléfono encendido las veinticuatro horas.

Después de darse una ducha rápida y ponerse un pantalón de chándal viejo y una camiseta desteñida, se preparó un café bien cargado y se sentó delante del ordenador. Apenas había dormido la noche anterior y sabía que el sueño la asaltaría en cualquier momento, así que no tenía tiempo que perder. Abrió la tapa del portátil y sintió, una vez más, el deseo casi incontenible de beberse una cerveza helada. Por eso nunca tenía cerveza, ni ninguna otra bebida alcohólica, en casa.

Buscó *The Wayback Machine*. En efecto, allí estaba: un servicio que realizaba copias automatizadas de los sitios web cada cierto tiempo y permitía consultarlos aunque hubieran cambiado o ya no estuvieran en línea. Localizó la web del autor en las primeras páginas de la edición electrónica de
Kepler 22b
, una dirección con el enigmático nombre de *ensegundapersona.es*, y lanzó la búsqueda en *The Wayback Machine*.

Los registros más antiguos de la web estaban fechados en 2017, lo que coincidía con el año de publicación del primer libro. Navegó unos segundos por la web, el típico sitio de escritor con chorradas pseudointelectuales sobre literatura y ofertas de libros que trataban descaradamente de captar lectores, hasta que localizó la sección *Sobre mí*. Allí se enumeraban algunas generalidades acerca del autor, pero no figuraba por ninguna parte una dirección de contacto, ni siquiera una cuenta de *email*.

¿Por qué un escritor independiente en busca de lectores no pondría una dirección de contacto en su web? No tenía mucho sentido, a menos que, en realidad, no tratase de conseguir lectores, sino que la web fuera una tapadera para otra cosa. O que el escritor

fuera un incompetente en cuestiones de *marketing* básico, lo cual tampoco era descartable.

* * *

Mientras tanto, en la calle, una silenciosa motocicleta eléctrica de color oscuro acababa de aparcar al abrigo de las sombras de unos soportales. El motorista se apeó lentamente, sin llamar la atención, y se quitó el casco. Un pasamontañas cubría su rostro. Miró a un lado y a otro para asegurarse de que nadie lo veía y sacó un pequeño paquete de explosivo plástico del portabultos. Lo conectó con parsimonia al detonador antes de introducirlo en una mochila que se colgó del hombro. Después, se aseguró con profesionalidad de que su Beretta 92 estuviera correctamente cargada y se la volvió a enfundar en la pistolera oculta bajo la chaqueta deportiva. Por último, se cercioró de que la dirección del edificio de enfrente coincidía con la que le había proporcionado su enlace.

El equipo estaba en orden y el lugar era el correcto. Solo le faltaba saber si su objetivo estaba en casa o si tendría que esperar hasta que apareciese.

El encapuchado lanzó en su *smartphone* la aplicación de localización e introdujo el número de teléfono del objetivo. La conexión con el satélite GPS tardó más de lo habitual en responder, pero al final lo hizo con un mensaje de error: «Geolocalización no disponible. El teléfono buscado está apagado o fuera de cobertura».

Maldijo en voz baja. Le tocaría esperar hasta que el objetivo apareciera, para tener una identificación visual directa, o hasta que encendiera el puñetero teléfono móvil. Y por experiencia sabía que cualquiera de las dos cosas podría implicar pasar allí toda la noche.

Resignado, se arrebujó en su chaqueta deportiva y permaneció inmóvil entre las sombras.

* * *

Apenas a unas decenas de metros de allí, en la cuarta planta del edificio de enfrente, Niara Queen acababa de localizar la página de

ventas del sitio web de A. M. Vozmediano. Seleccionó la portada de *Kepler 22b*.

El enlace la condujo a una página de error de Amazon: «Parece que este artículo ya no está disponible».

Se rascó la cabeza y trató de pensar. Aquello era un callejón sin salida. Tal vez podría recurrir a Willy Razouki para que rastrease los datos personales del propietario de aquella web. Le sonaba que eso era posible, pero no quería compartir esta información con nadie hasta estar segura de si aquello significaba algo o no, de si aquel tipo que había descrito sus peripecias en Kepler como si hubiera sido testigo de ellas tenía alguna importancia en la historia, y menos aún con Willy Razouki, que de momento encabezaba en solitario su exigua lista de sospechosos del robo de los datos.

Entonces lo recordó: claro que había una forma de acceder a los datos personales del propietario de un dominio de Internet. Se lo había explicado el propio Razouki cuando intentaron registrar «tetistitanide.com» hacía años y descubrieron que figuraba a nombre de una compañía de inversiones australiana. Existía para ello algo denominado *whois*.

Whois era un protocolo de descubrimiento de dominios. Eso quería decir que, usando cualquiera de los muchos sitios gratuitos que ofrecían una implementación de *whois*, podías consultar la información de registro de cualquier dominio: quién era el propietario, desde qué fecha y, con un poco de suerte, cuál era su dirección postal e incluso su teléfono.

Necesitó apenas cinco minutos para lograrlo. Era curioso lo fácil que resultaba todo cuando conocías los resortes adecuados. Gracias a *whois* supo que el dominio *ensegundapersona.es* había estado registrado a nombre de un tal Alfredo Moreno Vozmediano entre el 17 de diciembre de 2016 y el 17 de diciembre de 2025. Desde entonces, nadie lo usaba. Y no solo eso: acompañando a la nota de registro, había una dirección de correo electrónico, un número de teléfono y una dirección postal: *Cala de San Pedro s/n, 04116 Las Negras, Almería, España*.

Consultó un mapa con los usos horarios. En España solo era una hora más temprano que en Kenia. Aunque desconocía las costumbres del país europeo, supuso que era buena hora para llamar por teléfono.

Decidida a seguir aquella pista hasta el final, encendió el móvil.

* * *

A poca distancia de allí, un individuo con una pequeña bomba en la mochila y una pistola bajo la chaqueta deportiva aguardaba entre las sombras. La alarma vibró en el bolsillo trasero del pantalón. Sacó su teléfono y contempló el marcador rojo que señalaba una dirección en el mapa.

El objetivo estaba en casa. Después de todo, la espera no iba a ser tan larga como había temido.

El individuo sonrió y amartilló su pistola.

* * *

Niara chasqueó la lengua cuando constató que le temblaba el pulso. Presentía que estaba a punto de cruzar un umbral que no tenía vuelta atrás, un umbral que quizá no había cruzado en ninguna de las iteraciones anteriores.

Después de vaciar el aire de sus pulmones, tecleó el número de teléfono del escritor.

Aquello no tenía por qué funcionar. El tal Vozmediano podía haber muerto, podía haber cambiado de teléfono, podía estar en la Luna o en una expedición en la Antártida.

El auricular del teléfono crepitó varias veces y luego lanzó cuatro largos pitidos. Fue entonces cuando la puerta de entrada del apartamento voló por los aires y Niara creyó que el edificio se venía abajo.

16

El olor acre de la explosión lo inundó todo antes siquiera de que Niara pudiera procesar lo que estaba ocurriendo. Saltó sobre el sofá y cerró de un empujón la puerta que conducía a la entrada, justo a tiempo de ver cómo un individuo armado se colaba entre la humareda. Corrió hacia el cuarto de baño, la única habitación con pestillo de todo el apartamento, y se encerró en él.

De acuerdo, alguien había entrado en su casa y no tenía intención de venderle una enciclopedia. Disponía de unos segundos antes de que aquel tipo localizase su escondrijo y echase abajo la puerta del baño. Se había encerrado ella sola en una ratonera.

El ventanuco aún estaba abierto desde que había tomado la ducha, pero se trataba de una cuarta planta. Se abriría el cráneo si saltaba desde allí y, en el improbable caso de que solo se rompiera unos cuantos huesos, a aquel tipo le bastaría con bajar a buscar lo que quedara de ella y terminar su trabajo en la acera.

El olor de los contenedores de basura que se amontonaban abajo, en el callejón, la golpeó en la nariz con su fragancia habitual. Se asomó por el ventanuco. Las bolsas de basura se amontonaban en la calle, rebosando de los contenedores, a la espera de que el camión de la recogida comenzase su ronda. No sabía si el colchón de desechos sería suficiente para amortiguar la caída, pero la única alternativa era enfrentarse a su asaltante armada con una toalla y un par de peines.

La puerta del cuarto de baño tembló. El cerrojo, un pasador de apenas unos milímetros de diámetro, no aguantaría muchas patadas como aquella. Disponía solo de unos segundos.

El ventanuco era demasiado estrecho para colarse por él porque solo se abría la mitad superior del vidrio esmerilado. Agarró el taburete metálico del baño y lo estampó contra el cristal con tanta fuerza que se le escapó de la mano, hizo añicos el marco de la ventana y salió despedido a la calle. Se asomó por el hueco a tiempo de ver cómo el taburete se estrellaba varias veces contra las paredes del callejón antes de aterrizar hecho un amasijo retorcido mucho más allá del montón de bolsas de basura. Si ella llegaba al

suelo siguiendo la misma trayectoria, los servicios de limpieza iban a tener mucho trabajo extra para recoger sus restos.

Otra patada en la puerta la hizo decidirse. Se envolvió una toalla en el muñón y arrancó las esquirlas de cristal que habían quedado adheridas al marco. Luego se encaramó al hueco de la ventana y dudó un instante cuando una punzada de vértigo recorrió su espalda. Joder, la calle estaba muy abajo.

La puerta del baño se abrió con violencia, rompiendo varios azulejos y esparciendo por el suelo el contenido de la repisa del lavabo. Lo último que Niara vio fue a un tipo alto, vestido con ropa deportiva y con el rostro cubierto por un pasamontañas. Luego saltó al vacío.

17

No era la primera vez que saltaba desde una gran altura, y la sensación de que el estómago se le subía a la garganta no resultaba agradable.

Puede que gritara mientras las paredes del callejón daban vueltas a su alrededor y agitaba los brazos desesperadamente para no caer de cabeza. El golpe fue doloroso, pero no mortal. Aterrizó en medio del maremágnum de bolsas de basura, levantando nubes de desperdicios por todas partes. Apenas se había incorporado, tratando en vano de recuperar la respiración y de averiguar si se había roto algún hueso, cuando el primer disparo restalló como un estampido. El eco del callejón lo multiplicó por diez. Una bolsa de basura reventó a escasos centímetros de ella y la salpicó con un líquido apestoso. Miró hacia arriba, a la ventana de su cuarto de baño, justo a tiempo de ver cómo aquel tipo la apuntaba con su arma y se preparaba para disparar otra vez.

—Mierda —gruñó.

Rodó como pudo sobre aquel lodazal mientras otros dos disparos zumbaban cerca de su cabeza. En cuanto sus pies tocaron suelo firme, comenzó a correr. Los disparos dejaron de sonar enseguida, pero ella no se detuvo para mirar atrás. El asaltante se había retirado de la ventana y ahora mismo debía de estar bajando las escaleras del edificio para interceptarla en la calle.

Pensó en correr hasta el sótano, donde siempre dormía la Triumph, y largarse con ella a toda pastilla de allí, pero desechó la idea al recordar que las llaves se habían quedado en el apartamento. Giró la esquina y se dirigió hacia los soportales del edificio de enfrente, confiando en pasar desapercibida en la oscuridad mientras ideaba otra manera de poner tierra de por medio, y allí fue donde se dio de bruces con una motocicleta negra que alguien había aparcado en mitad de la acera. Mientras se aferraba al asiento y maldecía entre dientes, escuchó el tintineo metálico de las llaves puestas en el contacto.

No podía creerlo. ¿Quién había sido tan estúpido de dejar las llaves puestas en una motocicleta, en mitad de la noche y en una

calle solitaria como aquella?

La respuesta se le hizo evidente enseguida: alguien que solo iba a tardar un par de minutos en volver y que necesitaría largarse de allí a toda pastilla después de haber dejado la puerta de un apartamento reventada y un cadáver aún caliente desangrándose en el cuarto de baño.

Subió de un salto al asiento y giró la llave. El motor zumbó, silencioso y potente, como todos los motores eléctricos de última generación que se estaban popularizando por todo el planeta gracias a una de las patentes de la Compañía. No era su Triumph, desde luego, pero le serviría. Se alejó de allí haciendo chirriar los neumáticos en el asfalto justo cuando un tipo con pasamontañas salía jadeando de uno de los portales.

18

Pilotar una motocicleta de gran cilindrada como aquella con solo una mano no era fácil. Por suerte, tenía muchas horas de entrenamiento a lomos de su Triumph.

Después de estar a punto de irse al suelo en un par de curvas, aminoró la marcha, segura de que el matarife ya no la seguía. Llegó al centro de la ciudad y enfiló la avenida Haile Selassie. Allí giró a la izquierda para perderse entre las callejuelas familiares bordeadas de paredes de adobe y techos de uralita hasta que localizó la forma familiar y achaparrada del Ngara. Suspiró de alivio al comprobar que el bar aún estaba abierto y que la tenue luz eléctrica del interior se derramaba por las ventanas con su promesa de ambiente hogareño.

Se alejó un par de manzanas de allí y dejó caer la motocicleta sobre unos helechos que crecían asilvestrados en la cuneta. La posibilidad de que aquel trasto llevase encima un localizador no era desdeñable, pero confió en que no pasaría mucho tiempo antes de que alguna pandilla de merodeadores la localizara y la desguazara metódicamente. Se alejó en dirección al Ngara a hurtadillas.

Cuando abrió la puerta del bar, el olor a cerveza y comida especiada la recibió con su calidez habitual. El camarero, con su pulida calva brillante a la luz de las bombillas eléctricas, limpiaba con parsimonia unos vasos, como si no se hubiera movido de su posición detrás de la barra en todo el día. Niara se acercó y el hombre le dedicó una mirada un poco más inquisitiva de lo normal. Incluso levantó una ceja, el mayor gesto de sorpresa que le había visto componer nunca.

Se miró a sí misma y comprendió por qué el camarero se extrañaba de verla allí. No solo era una hora poco habitual para ella, sino que iba vestida con un pantalón de chándal viejo y remendado, una camiseta desteñida y demasiado grande, unas zapatillas de paño azules y un montón de restos de basura adheridos en diversas partes del cuerpo. Su olor debía de ser muy interesante.

—No preguntes —le dijo al camarero.

Por toda respuesta, el hombre se encogió de hombros y puso una lata de
Coca-cola
helada sobre el mostrador. Niara se bebió la mitad de un trago y reprimió un eructo.

—Necesito que me prestes un teléfono —dijo.

Esta vez el camarero enarcó las dos cejas.

—He salido de casa sin las llaves, ¿vale? Tengo que llamar a un cerrajero.

El hombre se encogió de hombros y desapareció en la diminuta cocina. Regresó al poco tiempo con un Nokia que ya debía de considerarse anticuado en la época de Antonio Meucci. Niara lo tomó entre sus manos como si se tratara de una antigüedad etrusca y murmuró un agradecimiento. Luego se retiró al rincón más alejado del local y tecleó un número.

—Njeri —le susurró a su asistente—. Perdona que te moleste a estas horas. Necesito que me traigas algo de ropa.

19

Su asistente apareció media hora después. No se alarmó ni hizo preguntas incómodas. Se limitó a entregarle una bolsa de papel en cuyo interior, pulcramente doblados, encontró una blusa y unos pantalones tan coloridos que provocarían taquicardias a un cromatófobo. Niara se sintió como un payaso vestida de aquel modo, pero desde luego olía mejor que con su viejo chándal.

Salieron a la calle y Njeri, que había aparcado su destartalado Toyota Auris en la puerta, condujo hacia el norte de la ciudad. No habló hasta que no se hubieron alejado varias manzanas, y no fue para preguntarle a Niara qué narices había ocurrido.

—¿A dónde vamos? —dijo su asistente en una admirable demostración de pragmatismo.

—A algún lugar donde pasar la noche de incógnito.

Si a Njeri le sorprendió esta respuesta, no dio la menor muestra de ello. Veinte minutos después, se detenían frente a las puertas del Nairobi Serena, uno de esos hoteles pensados para viajeros que aún creían que Kenia era un lugar exótico donde observar elefantes en libertad o comprar artesanía local no fabricada en China. Njeri reservó una habitación doble a su nombre mientras Niara esperaba en el recibidor. El hotel, entre los huéspedes que se retiraban a sus habitaciones después de la cena y los que salían a tomar una copa, estaba bastante concurrido a esa hora, de modo que a Niara no le costó demasiado pasar desapercibida y unirse a su asistente en el ascensor sin que el recepcionista se percatase de su presencia.

Cuando llegaron a la habitación, Niara se apresuró a correr las cortinas y a echar el pestillo de la puerta.

—Ahora me estás asustando de veras —dijo Njeri sin perder la calma—. ¿Me vas a contar qué ocurre, jefa, o seguimos jugando a los espías?

Niara se dejó caer sobre una de las camas y suspiró.

—Han intentado matarme.

—¿Qué?

—Un tipo ha entrado en mi casa y ha tratado de matarme. Escapé por la ventana del cuarto de baño.

Njeri tardó unos segundos en asimilar la noticia. Curiosamente, en ningún momento puso en duda los hechos ni cuestionó la estabilidad mental de su jefa, hecho por el cual Niara sintió unos deseos inconfesables de abrazarla.

—¿Has llamado a la policía?

Era una pregunta lógica, pero Niara sabía que no era buena idea. No solo por su desconfianza congénita hacia cualquier persona uniformada, sino porque intuía que detrás de aquello había alguien al que no le preocupaba en absoluto la policía, quizá porque tenía medios para controlarla. No podía ser una casualidad que alguien hubiera copiado los archivos confidenciales y, menos de veinticuatro horas después, hubiera entrado un matón en su casa.

Negó con la cabeza y dijo:

—Mejor dejamos a la policía al margen.

—Pero…

—Hazme caso. Esto es más gordo de lo que la policía podría manejar.

—No… no lo entiendo. ¿Ese tipo quería robarte o…?

—No era un ladrón. Venía a por mí y juraría que se trataba de un profesional. Alguien lo había contratado para acabar conmigo.

Njeri se sentó en la cama junto a ella. Ahora sí temblaba ligeramente, pero aun así logró disimular y le cogió la mano tratando de darle ánimos. No intentó restarle importancia, ni dijo que aquella historia era absurda ni insistió en que acudiera a la policía.

—¿Quién ha podido hacer una cosa así?

Niara se incorporó trabajosamente.

—Aún no lo sé, pero esta mañana he descubierto que me habían robado algo muy valioso. Y ahora ocurre esto. No es una coincidencia.

Njeri asintió, como si acabara de tomar una decisión.

—Entiendo. Bien, solo dime qué es eso que te han robado y me encargaré de averiguar quién ha enviado a ese tipo a tu casa. Mientras tanto, tienes que esconderte en algún sitio seguro. Pagaré una semana en el hotel por adelantado y…

—Espera, espera, para el carro. —Niara sonrió ante el entusiasmo de su asistente—. Ya has hecho bastante por mí. Se lo hubiera pedido a Kersey, pero temo que hayan pinchado su

teléfono. Solo necesito que envíes a alguien a buscar mi documentación y algo de ropa a mi apartamento. A estas alturas, los bomberos ya habrán terminado allí y la policía habrá acordonado el edificio; tal vez incluso anden buscándome. Luego márchate a casa y descansa.

—Yo misma me encargaré de ir a tu apartamento. ¿Qué vas a hacer tú mientras tanto?

Niara sonrió.

—Lo pensaré cuando me haya quitado de encima este olor apestoso.

20

Cuando Njeri se hubo marchado, Niara se dio una ducha y se envolvió en una toalla de baño a la espera de que su asistente regresara con sus cosas. Lanzó un vistazo furtivo al
mueble-bar,
imaginando, con una punzada en la boca del estómago, el tintineo que emitirían las botellitas al abrir la puerta, el ardor del licor bajando por su garganta, la dulce placidez que sentiría solo unos segundos después…

Sacudió la cabeza y apartó la vista de allí. Joder, ahora no tenía tiempo para esa mierda.

Se tumbó en la cama, cerró los ojos y trató de rememorar las últimas horas en busca de alguna pista sobre quién podía haber contratado a un sicario para acabar con ella. Seguro que Kersey no dudaría en acusar a Arthur, convencido como estaba de que el abogado no era otro que el futuro capitán Jones. Ella, sin embargo, no podía imaginarse a Jones contratando a un matón para que la atacase en su propio domicilio. Además, ¿qué motivos podría tener Arthur B. Jones para atentar contra su vida?

También estaba Willy Razouki, el único que, salvo que se hubiera producido un ataque informático a gran escala del que ella no hubiera sido informada, había podido entrar como *root* a la nube privada de la Compañía para robar los archivos. Pero Razouki era de esa clase de tipos que se pasan el día delante de una pantalla de ordenador programando *scripts* o viendo series de televisión japonesas de la década de 1970. No tenía el perfil de mente diabólica capaz de relacionarse con el hampa de la ciudad y tramar la muerte de otra persona.

Si descartaba a Jones y a Razouki, su lista de sospechosos estaba miserablemente vacía. ¿Quién podría haber planeado algo así? ¿Alguna empresa de la competencia, celosa del éxito de la Tetis Titanide? ¿Algún burócrata local al que hubieran intimidado recientemente sin su conocimiento? ¿O tan solo se trataba, como había supuesto Njeri, de un intento de robo más sofisticado de lo habitual?

Se masajeó las sienes, tratando de contener un incipiente dolor de cabeza. «Piensa», se dijo, «como en las novelas de Sherlock Holmes. Siempre hay alguna pista que seguir. Cualquier cosa excepto quedarte aquí tumbada mirando de soslayo al mueble-bar».

Entonces recordó que, solo un segundo antes de que la explosión hiciera añicos la cerradura de su puerta, acababa de telefonear al tal Vozmediano, o al menos había marcado el último teléfono que figuraba en los archivos de *Whois*. Podía volver a encontrar el número del mismo modo e intentar hacer de nuevo esa llamada. Al menos, se mantendría ocupada.

Se incorporó, levantó el auricular del aparato que descansaba sobre la mesilla de noche y marcó el número del móvil de Njeri. Su asistente tardó unos segundos en contestar porque en ese momento estaba conduciendo. Cuando lo hizo y Niara le pidió que localizase el teléfono de Vozmediano en *Whois*, necesitó solo medio minuto más para devolverle la llamada. Niara apuntó el número en un bloc de notas con el membrete del hotel, murmuró un agradecimiento y colgó.

Sostuvo la hoja de papel frente a sus ojos. ¿Volverían a echar abajo la puerta otra vez si intentaba hacer esa llamada? Al diablo, se dijo. Solo había una forma de averiguarlo. Marcó el número con prefijo de España, se equivocó dos veces y volvió a marcar. Por fin, se colocó el auricular en la oreja izquierda. Respiró hondo mientras la línea chasqueaba, estableciendo la conexión a través de incontables centralitas y miles de kilómetros de cables de datos, hasta que se escuchó el tono inconfundible de un teléfono que suena en otra parte del mundo.

Una voz ronca que hablaba en castellano respondió al otro lado.

—¿Diga?

—Por favor, no cuelgue —respondió Niara en el inglés más claro que pudo articular—. Sé que lo que le voy a decir suena muy raro, pero me gustaría hablar con usted. Mi nombre es Niara Queen.

Hubo un par de segundos de silencio.

—¿Quién ha dicho que es? —respondió la voz en un inglés arrastrado.

—Mi nombre es Niara Queen. ¿Es usted el autor de dos libros sobre Kepler 22b que se publicaron hace más de diez años?

Un nuevo silencio al otro lado.

—Soy la Niara Queen de esas novelas, ¿entiende? Vengo del futuro y necesito su ayuda para…

Aquel tipo le colgó, por supuesto. Ni siquiera se molestó en decir «muy gracioso» o «váyase a la mierda». Se limitó a cortar la comunicación sin pronunciar una palabra más.

¿Y qué había esperado? ¿Que Vozmediano la saludase como a una vieja amiga de la que no sabía nada desde hacía tiempo? ¿Qué puede pensar alguien que recibe una llamada telefónica intempestiva de alguien que dice ser un personaje de un libro de ficción?

Pulsó el botón de rellamada y aguardó con impaciencia, aunque imaginaba lo que iba a suceder. Al segundo tono, la comunicación se cortó. Cuando lo intentó por tercera vez, una voz grabada le respondió en español que el teléfono con el que trataba de contactar estaba apagado o fuera de cobertura.

«Y de este brillante modo concluye tu investigación, Sherlock», pensó con amargura.

Dio un respingo en la cama cuando alguien llamó con los nudillos a la puerta de la habitación. Luego escuchó la voz de Njeri susurrar a través de la madera:

—Soy yo, jefa.

Su asistente apareció con una maleta llena de ropa, una bolsa de supermercado con unas zapatillas deportivas y un sobre con su documentación, pasaporte y tarjetas de crédito. También había traído el teléfono móvil de Niara e incluso un cepillo de dientes. Tomó asiento en la otra cama mientras Niara buscaba en la maleta algo de ropa cómoda para pasar la noche.

—¿Cómo te has colado en mi apartamento? ¿Había policías en la puerta? —preguntó.

—Qué va. Han acordonado la zona y se han largado con viento fresco. Nairobi es demasiado grande y la noche demasiado larga. Me temo que, por la mañana, los saqueadores te habrán limpiado la casa.

—No guardaba nada importante allí.

Njeri asintió, como si comprendiera que esa afirmación implicaba que su jefa, en realidad, carecía de lo que la gente normal suele llamar hogar.

—¿Por qué no tratas de dormir un rato? —dijo—. Me quedaré contigo todo el tiempo que haga falta.

—De ningún modo. Vuelve a tu casa con tus hijos.

Su asistente negó con la cabeza.

—No voy a dejarte sola, jefa.

—Es una orden —insistió Niara—. Eres consciente de que trabajas para mí, ¿verdad?

—No te ofendas, jefa, pero no estoy de servicio. Mi hermana está con los niños, así que tengo la noche libre. ¿Has oído eso de que «para criar a un niño hace falta una tribu entera»? Aquí todavía funciona, hasta cierto punto. Así que deja de gruñir y trata de descansar un rato. No tengo intención de moverme de aquí a menos que estés dispuesta a llamar a la dirección del hotel para que me desalojen. Aunque, ahora que lo pienso —añadió con una sonrisa pícara—, la habitación está a mi nombre y deberían desalojarte a ti.

Niara se rindió. Terminó de ponerse una camiseta y unos pantalones cortos y volvió a tenderse boca arriba en la cama.

—Empiezo a recordar por qué te contraté —bromeó.

—Fue Paulo Kersey quien lo hizo.

—Ese puñetero listillo…

Guardaron silencio durante unos minutos. La cama de Njeri rechinó cuando la asistente se quitó los zapatos y se tumbó sobre la colcha. Aquel gesto inocente turbó a Niara de un modo imprevisto.

—¿Nunca te has planteado tener hijos? —preguntó Njeri de repente.

Niara estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva.

—¿Hijos, yo? Créeme, soy la persona menos apropiada para tener hijos en el universo conocido.

—¿Por qué? Tienes buena salud y un corazoncito debajo de esa fachada de ogro gruñón. No hace falta mucho más para criar a un niño.

—Creí que hacía falta una tribu entera.

—Seguro que alguien capaz de fundar la Tetis Titanide se las arregla para localizar a su tribu.

Niara sonrió. Le gustaba la gente rápida de reflejos.

—En cualquier caso, ese tren ya pasó para mí —dijo—. No sé si me explico.

—Ah. —Por una vez, Njeri pareció quedarse sin una réplica

ingeniosa—. Lo siento.

—Yo no. O al menos eso creo. Pero no me hagas mucho caso. —Niara respiró hondo antes de continuar—. Una vez estuve a punto de hacerlo. Sentar la cabeza, formar una familia y todo eso. Fue hace un millón de años, pero a veces me pregunto qué hubiera ocurrido…

La frase murió en sus labios antes de terminar, mientras su memoria viajaba lejos, a una pequeña aldea primitiva oculta en el bosque de Kepler 22b donde había tenido la oportunidad de mantenerse al margen de aquella endiablada historia. Eyre, la pequeña Eyre, podía haber sido su hija. ¿O no? *En lo que concierne al pasado, todos amañamos la baraja*. Había leído esa frase en alguna parte, quizá en otra vida. Inmediatamente esa imagen bucólica, falseada por las patrañas que su memoria se contaba a sí misma, cambió para dar paso a la fotografía sangrienta del Oldtown, y volvió a ver allí a Eyre, a la pequeña Eyre, la dulce y curiosa y dicharachera Eyre, desparramando su futuro sobre el asfalto vinílico de Elcano 2 con el pecho convertido en un amasijo de carne y costillas trituradas.

—¿Y qué pasó? —preguntó Njeri en un susurro, como si fuera consciente de que estaba a punto de asomarse al otro lado del ojo de una cerradura al que, tal vez, nunca debería haberse acercado.

—Que lo jodí todo, como siempre —respondió Niara. Luego guardó silencio por un rato, tratando de desanudar su garganta—. Lo jodí todo y ahora tengo que arreglarlo. Y todo lo demás, todo esto, este hotel, la Compañía, esta ciudad, nosotras dos o la puñetera menopausia no importan una mierda.

—Pero tienes una vida que vivir. No puedes quedarte para siempre anclada en el pasado. Los años pasan y no vuelven, y tú aún eres joven.

—Eso solo puede decirlo alguien joven de verdad. Tengo cincuenta y uno, ¿lo sabías?

—Sí, lo sabía. A los cincuenta y uno aún quedan muchas cosas por hacer.

—No para mí. A mí solo me queda un objetivo.

—¿Y eso tiene que ver con lo que ha pasado esta noche? —preguntó Njeri con una clarividencia alarmante.

Niara no contestó de inmediato. Desde luego, no era una

casualidad: la localización del libro sobre Kepler, el robo de los datos de la Compañía, el asalto a su casa y ahora aquella asistente demasiado avispada removiendo todos los recuerdos… Las líneas invisibles se interconectaron en el vacío del espacio. Niara cerró los ojos y casi pudo ver cómo se movían y encajaban entre sí. Así supo, o intuyó, cuál debía ser su siguiente paso.

Se incorporó bruscamente desvelada.

—Tengo que irme de viaje —dijo.

Njeri también se incorporó y la miró con extrañeza. Aquella era la más absurda de todas las ocurrencias absurdas que su jefa había tenido a lo largo del día.

—¿Ah, sí? ¿A dónde?

—A España. ¿Podrías conseguirme un vuelo a Almería para mañana? Y cancela las citas que tenga programadas en las próximas 48 horas. Di a todos que estoy enferma y que no me molesten en un par de días.

—Entendido, pero ¿qué se te ha perdido en España?

—Tengo que encontrar a alguien.

21

Ackerman recibió con estoicismo la noticia de que la doctora había salido indemne del altercado. En realidad, cualquier otra cosa le habría sorprendido. Llevaba meses alertando a Arthur de que Eleanor Arroway era un auténtico peligro para ellos y para la Compañía, y el hecho de que se las hubiera arreglado para escapar de un profesional corroboraba su opinión de que era algo muy diferente de la científica brillante que pretendía ser.

Después de hablar con su contacto y de informarse de lo que había sucedido la noche anterior en el apartamento de la doctora, guardó el teléfono móvil de tarjeta en el cajón del escritorio y lo cerró con llave. Su siguiente movimiento tendría que ser más inteligente si quería librarse de una adversaria como aquella.

Una idea tan audaz que, por un momento, le produjo un conato de vértigo, empezó a tomar forma en su cabeza, pero no terminó de cuajar porque la bandeja de entrada del correo electrónico graznó con la llegada de un mensaje entrante. Sus ojos se desviaron sin pedir permiso a la pantalla del portátil, y estaba a punto de cerrar la tapa de aquel estúpido cacharro para retomar el hilo de sus pensamientos cuando el asunto y el remitente reclamaron toda su atención: «William S. Razouki: IMPORTANTE!!!», gritaban los caracteres en el escritorio.

Se acercó el ordenador a los ojos, como si temiera que alguien pudiera estar curioseando por encima de su hombro, y lanzó la aplicación *Styx Chat*. Después de introducir su contraseña, la habitual ventana de texto con el fondo oscuro y los caracteres grises ocupó toda la pantalla. Ackerman tecleó furiosamente y localizó el mensaje de Razouki.

«Señor, he estado monitorizando las comunicaciones de la doctora como me pidió. Su asistente le ha remitido esta mañana un *email* que creo que puede interesarle. Se lo reenvío a continuación.

»Mensaje original:

»Aquí tienes los pasajes que me pediste. También te he reservado un hotel en el centro de la ciudad. Cuídate y mira a los dos lados antes de cruzar la calle. Besos, Njeri».

El mensaje contenía varios documentos adjuntos. Al descargarlos, Ackerman comprobó con perplejidad que se trataba de la copia electrónica de tres billetes de avión: uno para volar de Nairobi a Doha, otro de Doha a Madrid y un tercero de Madrid a Almería. El cuarto documento era una reserva de hotel en este último destino. Tuvo que buscarlo en internet para averiguar que se trataba de una pequeña ciudad del sureste de España. Todos los billetes tenían fecha de hoy.

Permaneció pensativo un instante, contemplando aquellos documentos que no tenían ningún sentido para él. ¿Por qué la directora científica se marchaba a España repentinamente, justo el día después de sufrir un ataque en su apartamento? ¿Se iba a coger unas vacaciones imprevistas, tal vez indefinidas? No caería esa breva. Y, si no era así, ¿qué andaría tramando?

Decidió que poco importaba. La doctora estaría sola, en un país desconocido, ignorante de que él conocía su paradero con exactitud. Una ocasión magnífica para que sufriera un lamentable percance que le impidiera regresar.

Abrió de nuevo el cajón confidencial de su escritorio, sacó el teléfono de tarjeta y pulsó el botón de rellamada.

—Soy yo otra vez —dijo cuando descolgaron al otro lado—. Tengo un nuevo encargo, pero esta vez no quiero fallos o no volverás a hacer negocios en esta ciudad.

—Lo de anoche fue un contratiempo imprevisto —replicó la voz áspera al otro lado—. Esta vez el trabajo se terminará a su entera satisfacción. ¿De qué se trata?

—¿Tienes contactos en España?

Su interlocutor solo dudó un segundo antes de responder.

—Tengo contactos en todas partes.

22

A la mañana siguiente, Kersey esperó al padre de Mukami, la niña que pedía limosna en la calle, en el lugar convenido: una concurrida acera de Parliament Road donde no resultaba sospechoso que dos tipos tan distintos como ellos se detuviesen a hablar.

El sobre con dinero en efectivo cambió de manos con discreción. El padre de Mukami lo contó por encima antes de guardárselo. Se había aseado y llevaba puesto un pantalón de chándal y una vieja camiseta con el logo de Hard Rock Cafe Chicago que aparentaba estar limpia.

—¿Recuerdas nuestro trato? —preguntó Kersey.

El padre de Mukami asintió.

—Seguir a hombres de fotografías —dijo con su exótico acento, mientras sacaba del bolsillo del pantalón unas imágenes arrugadas de Jones y Ackerman— y averiguar si hacen algo tur… tur…

—Turbio.

—Y entonces informar a usted.

—Y te daré la otra mitad del dinero. ¿Y qué más?

—Mukami debe ir a escuela.

Por supuesto, Kersey había contratado los servicios de dos detectives privados profesionales para que encontraran cualquier pista sospechosa acerca de Jones y sus colaboradores, pero sabía que individuos como el padre de Mukami podían desplegar ojos y oídos en lugares donde otros no llegaban.

Kersey se acercó un paso más al hombre para invadir intencionadamente su espacio vital. Quería que la siguiente frase sonase lo más amenazadora posible. Sabía que era el único lenguaje que gente como esta comprendía.

—Eso es. Si me entero de que la niña sigue mendigando, no hay trato. Si me entero de que te gastas el dinero en otra cosa y dejas de pagar el colegio o los libros de la niña, no hay trato. Y si me entero de que alguien hace daño a Mukami de cualquier manera imaginable, no solo no habrá trato, sino que me encargaré personalmente de que te arrepientas de ello el resto de tu miserable

vida. ¿Me he expresado con claridad?

El hombre agitó la cabeza de arriba a abajo.

—Pero si haces bien este trabajo, te conseguiré más —añadió Kersey mientras volvía a retroceder y relajaba su lenguaje corporal —. Dinero fácil solo por tener los ojos y las orejas abiertas. Yo creo que es un buen negocio, ¿no te parece?

23

Niara tardó más en recorrer los 5600 kilómetros que separaban Nairobi de Almería que los seiscientos años luz que mediaban entre Kepler 22b y el Sistema Solar. Casi veinticuatro horas y dos transbordos, en Doha y en Madrid, fueron necesarios para llegar a su destino. Cuando bajó del tercer avión, su espalda emitía un furioso concierto cada vez que intentaba enderezarse y sus pantorrillas parecían dos cilindros de manteca listos para cocinarse.

Llamó a un taxi para que la llevase al hotel Torreluz —si te falta una mano, no es fácil conducir un coche de alquiler, y mucho menos obtener la licencia para hacerlo legalmente— y, cuando por fin tomó posesión de su habitación, cayó derrengada en la cama y se durmió con la ropa puesta.

Por la mañana, mientras desayunaba en la cafetería del hotel un delicioso expreso con unas grasientas tiras de harina frita que los lugareños llamaban *churros*, preguntó al camarero por el lugar donde, presuntamente, vivía el tal Vozmediano.

—¿Queda muy lejos este sitio? —dijo tendiéndole un papel con la dirección apuntada.

El camarero, un tipo jovial y bronceado con un bigotito a lo Clark Gable tan pasado de moda que resultaba simpático, echó un vistazo distraído al papel y luego silbó y sonrió a la vez; un gesto que no gustó nada a Niara.

—¿La Cala de San Pedro? —dijo en un inglés aceptable—. ¿En serio quiere ir hasta allí, señora?

—Sí, ¿por qué?

—Bueno, salvo que sea usted una excursionista experimentada o una fotógrafa del *National Geographic*, no veo qué interés puede tener nadie por ese lugar.

—Quiero visitar a un… a un conocido mío que vive allí. O vivía.

—Imposible.

—¿Qué quiere decir?

—Nadie vive en San Pedro.

—¿Cómo está tan seguro?

El camarero se le acercó con ese gesto condescendiente que

suelen emplear algunas personas cuando tratan con alguien que presenta alguna discapacidad intelectual. Fue entonces cuando Niara se fijó en el hombre del otro extremo de la barra. ¿No había ocultado su rostro tras el periódico cuando ella había desviado la vista allí? Casi parecía uno de esos espías de tres al cuarto de las películas que intenta escuchar las conversaciones ajenas sin demasiado éxito. O, a lo mejor, tan solo era un huésped que leía la deportiva mientras desayunaba y ella se estaba volviendo paranoica.

—San Pedro es una de las últimas playas vírgenes del Mediterráneo —le explicó el camarero moviendo su bigotito de Clark Gable—. Un arenal rodeado de montañas y a resguardo de los vientos de poniente. Cuando yo era joven, había un manantial de agua dulce y una colonia más o menos estable de gente que pasaba allí el invierno. *Hippies*, los llamaba la gente, aunque por entonces los *hippies* debían de llevar cincuenta años muertos. —El camarero rio su ocurrencia antes de proseguir—. A lo que iba. El manantial se secó, o lo desecaron, los *hippies* se largaron y la crisis del turismo que siguió a la pandemia del coronavirus arrasó lo que quedaba. Ahora San Pedro es un páramo solitario en el quinto pino al que solo se animan a ir los excursionistas más imprudentes en busca de una foto interesante que subir a Instagram.

Niara miró el papel donde había anotado la dirección postal de A. M. Vozmediano. *Cala de San Pedro s/n, 04116 Las Negras, Almería, España*. Su español no era gran cosa, pero cuando había encontrado esa dirección hacía dos días, había supuesto que *Cala de San Pedro* era el nombre de alguna calle, no «una de las últimas playas vírgenes del Mediterráneo». ¿Quién demonios vivía en una playa desierta? ¿Mentiría el tal Vozmediano a la hora de registrar la web? ¿O tal vez el camarero estaba equivocado?

En fin, ya que había llegado hasta allí, sería una estupidez abandonar la búsqueda ante la primera dificultad.

—¿Podría conseguirme un taxi?

El camarero volvió a sonreír con una benevolencia irritante.

—¿Para ir a San Pedro? No me ha comprendido. Ningún taxi la llevará hasta allí.

Niara empezaba a perder la paciencia.

—¿Y eso por qué, si puede saberse?

—Porque a San Pedro no se puede ir en taxi. Solo hay dos formas de llegar: o por mar, sorteando un peligroso farallón de rocas volcánicas, o por tierra, después de una caminata de dos horas por un sendero infernal batido por el viento. Solo un experto en *motocross* lograría pasar por allí con un vehículo de dos ruedas, pero ni en un millón de años podría hacerlo un taxi. Créame, señorita, si realmente queda alguien viviendo allí, no creo que se haya marchado a ese lugar porque esté deseando recibir visitas.

24

Al final llegó a un acuerdo con un taxista, al que tuvo que pagar por adelantado 180 euros —unos 20.000 chelines keniatas— para que la acercase lo máximo posible a la Cala de San Pedro. El tipo la condujo por una calle de frondosos palmerales hasta desembocar en una carretera costera que atravesaba un paisaje tan árido como el desierto de Sonora. No sabía que existieran desiertos como ese en Europa, a la que siempre había imaginado nublada y boscosa, y hubo de reconocer que aquel lugar desolado poseía un atractivo inhóspito.

El teléfono móvil vibró en el interior de su mochila. Lo cogió atolondradamente y vio que se trataba de Kersey. Estuvo tentada de cortar la comunicación o, mejor aún, de silenciar el tono de llamada, pero luego pensó que eso podría preocupar a Paulo, ya de por sí bastante propenso a las neurosis paranoicas, y era muy capaz de interrogar a Njeri hasta sonsacarle la información y presentarse allí, como si fuera su hermano mayor, para convencerla de que lo que estaba haciendo era una estupidez.

Pulsó el botón verde y dijo:

—Hola, Paulo.

—¿Dónde te has metido? Jones lleva buscándote toda la mañana.

Kersey, Jones, Bitok… ¿En qué momento le había parecido buena idea rodearse de todos esos hombres para montar su pequeño imperio? Bien, en realidad no había tenido mucha capacidad de elección. No hasta ahora. No hasta emprender este viaje sin sentido.

—Estoy enferma —mintió—. ¿No te lo ha dicho Njeri?

—Oh, vamos, tu asistente miente peor que un subsecretario en campaña electoral. ¿Qué es lo que ocurre? Sabes que puedo ayudarte.

Niara suspiró. Tal vez sí que Paulo podría ayudarla en algo.

—Me he tomado un par de días de vacaciones. Ya sabes, demasiado estrés en el trabajo. Pero puedes hacer algo por mí mientras tanto.

—¿Vacaciones? No me imagino a Nia… a la doctora Arroway

tomando piña colada bajo un cocotero.

—No seas imbécil. Estoy en España. Aquí no hay cocoteros.

—¿Y qué se te ha perdido en España?

—Deja de interrumpirme y escucha. Hace dos noches alguien entró en mi casa con intención de asustarme o quizá algo más. Estaría bien que indagases un poco por las cloacas de la ciudad, a ver si averiguas quién envió a ese tipo.

Aquella noticia pareció sorprender tanto a Kersey que la línea enmudeció.

—¿Paulo? ¿Sigues ahí?

—¿Que alguien te atacó en tu casa? ¿Y no se te ocurre otra cosa que marcharte por ahí sola?

—Oye, no me sermonees, sé cuidar de mí misma. Njeri puede contarte todos los detalles. Ahora déjame disfrutar de mis vacaciones.

Cortó sin darle a Kersey la oportunidad de replicar y apagó el teléfono. Decidió que si lo veía aparecer por la puerta del hotel en las próximas horas, nada la disuadiría de romperle la nariz.

La carretera serpenteaba entre unos montes parduscos que se recostaban frente al mar como gigantes cansados. Aquella tierra achicharrada por el sol era de una simplicidad hipnótica: solo tierra, mar y viento, naturaleza reducida a su mínima expresión. Media hora más tarde, llegaron a una pequeña localidad turística de apartamentos blancos resguardados de los vientos entre dos montañas de rocas oscuras. El cartel de bienvenida rezaba «Las Negras», así que Niara supuso que estaban cerca de su destino.

Se equivocaba. Salieron del pueblo por un vericueto estrecho que, después de cruzar el cauce de un río que parecía llevar seco un millón de años, comenzó a encaramarse bruscamente por la ladera de la montaña, una muralla de roca volcánica que hundía sus cimientos en el Mediterráneo. El camino se transformó en una pista que en algún momento del pasado debió de estar asfaltada pero que, en la actualidad, parecía el campo de prácticas de tiro de un pelotón de lanzamisiles. El taxista condujo muy despacio por allí, en un inútil intento por esquivar los socavones, mientras el camino alcanzaba una altura inquietante sobre la superficie espejada del mar. A juzgar por los improperios que lanzaba en un español que Niara no lograba comprender, hacía tiempo que el tipo había

decidido que 180 euros era una cantidad ridícula a cambio de las reparaciones a las que iba a tener que someter a su automóvil cuando regresase de aquella expedición.

Llegó un momento en el que ni un vehículo oruga del ejército hubiera podido continuar. Niara se apeó del coche en una explanada desierta, rodeada de montañas a un lado y del mar infinito al otro, y sacudida por un viento inmisericorde. A pesar de que aún estaban a primeros de abril, el sol caía a plomo. El taxista rezongaba sin cesar y Niara comenzó a sentirse mareada por uno de esos sofocos que la asaltaba de vez en cuando sin aviso previo desde que la edad hacía estragos en su aparato reproductor. No pudo convencer al tipo de que la esperase allí, ni siquiera después de ofrecerle otros 180 euros para el regreso, de modo que se quedó tirada en mitad de la nada, envuelta en una nube de polvo y sudando como un corredor de maratón, sin un cepillo de dientes, una muda de ropa o, al menos, una botella de agua.

Esa era ella en aquel momento de su vida: una mujer entrada en años y completamente sola en medio de un páramo desierto, sin siquiera una botella de agua fresca que llevarse a la boca. Una metáfora perfecta.

Respiró hondo y esperó a que el sofoco pasara. Los médicos ya le habían dicho que era normal a su edad: los cambios hormonales y toda esa basura fisiológica. Todos los médicos que hablaban así eran indefectiblemente hombres de mediana edad que no tenían ni repajolera idea de a qué se referían.

Al cabo de unos minutos, el calor empezó a remitir y su corazón se tranquilizó, de modo que pudo hacerse cargo de la situación. Bien, ella había pasado la noche en un bosque alienígena plagado de criaturas asesinas modificadas genéticamente, había combatido a un ejército de muertos vivientes en una nave espacial atrapada en el interior de un agujero de gusano y se había alimentado durante años de las raciones del Bear, la taberna más asquerosa de los territorios coloniales, sin sufrir disentería ni perder la funcionalidad de ningún órgano interno. Sin duda, podría sobrevivir a aquella tierra desolada. Ya regresaría caminando por su propio pie hasta Las Negras cuando acabase lo que había venido a hacer. Sus piernas no eran las de hacía un par de décadas, pero aún podían sostenerla un buen trecho, ¿no?

Así que continuó a pie. El camino, ahora convertido en un sendero erosionado por el viento, volvió a asomarse a la orilla del mar desde el borde de un acantilado de cien metros de altura. Las corrientes de aire eran a veces tan violentas que amagaron con lanzarla al vacío, como si los dioses primitivos de aquel lugar —porque en aquel lugar solo cabía imaginar la existencia de dioses primitivos— tratasen de impedirle la entrada en su territorio.

Y por fin, a la vuelta de un recodo, tuvo la primera visión de la cala, muy abajo y muy lejos, apenas una miniatura de postal entre farallones de roca que la escoltaban como carceleros. A pesar del calor, sintió un escalofrío. Aquel lugar poseía una cualidad mágica, hermosa y terrible a la vez. Era una apreciación absurda para una positivista como ella, desde luego, pero comprendió por qué había gente que se aventuraba hasta allí solo para tomar un par de fotografías, incluso gente que fantaseaba con la idea de vivir en un lugar como ese.

El camino aún serpenteó durante un rato por el acantilado antes de descender abruptamente hacia la playa. Ignorando los gemidos de sus rodillas, dejó atrás las ruinas de un fortín abandonado, vestigio de un pasado de piratería y aventuras con olor a pólvora y salitre, y pronto se encontró caminando entre un bosque de juncos tan altos como dos hombres adultos que crecía cerca de la playa.

Cuando alcanzó el arenal, miró a su alrededor. Las montañas la rodeaban amenazadoras mientras el viento hacía espumear las olas. Era un paisaje sobrecogedor, sin duda, pero no había ido hasta allí para disfrutar de las vistas. Tuvo que reconocer que el camarero del bigotito a lo Clark Gable tenía razón: aquel lugar parecía completamente deshabitado.

Entonces lo vio: un centelleo apenas perceptible entre las ruinas que acababa de dejar atrás. Observó con más atención, haciendo pantalla con la mano entre su frente y sus ojos. El centelleo reverberó un par de veces a la luz del sol y luego se apagó, pero sin duda había sido real y no un espejismo.

Se encaminó de regreso a los restos del fortín, que se elevaban unos metros sobre el nivel de la playa. Desde el camino solo le habían parecido un montón de piedras de color arenisca. Sin embargo, al examinarlos de cerca, comprobó que un torreón y algunos muros aún permanecían en pie ocultos tras unos matorrales

espinosos. Recorrió el lugar varias veces hasta que encontró, detrás de unas chumberas que parecían sembradas allí a propósito para ocultarlo, un hueco entre las piedras del muro. Se deslizó con sigilo y apareció en lo que parecía el patio en miniatura de un castillo ruinoso, con una muralla y su correspondiente torreón a su espalda, ahora perfectamente distinguibles. Y, en un extremo del patio, casi ocultos a la vista desde el exterior, dos paneles fotovoltaicos que refulgían bajo los rayos del sol: el centelleo que le había llamado la atención desde la playa.

El cable de alimentación eléctrica que surgía de los paneles la condujo hasta un cuartucho torpemente rehabilitado adosado a la muralla exterior. Una puerta metálica cerrada con llave y una cuerda de tender la ropa donde ondeaban al viento un par de camisetas que tenían aspecto de haber sido nuevas en 1980 indicaban que, sin ningún género de dudas, allí residía alguien de manera más o menos permanente.

Se acercó con cautela a la puerta metálica. Desde luego, ninguna persona con los circuitos cerebrales en buenas condiciones viviría entre aquellos muros decrépitos y en un lugar tan inaccesible. Ademas, no había ningún barco a la vista, de modo que, si el tal Vozmediano seguía allí, ¿cómo se las ingeniaba para volver a la civilización y abastecerse de alimentos o de agua?

Tocó en la puerta con los nudillos, sintiéndose un poco estúpida. Al no obtener respuesta, golpeó con más fuerza. Iba a llamar por tercera vez cuando, de sopetón, la puerta se abrió.

25

A unos cincuenta kilómetros de allí, un camarero del Hotel Torreluz de Almería que lucía con apostura un simpático bigote pasado de moda acababa de terminar su turno. Después de cambiarse de ropa, salió a la Plaza Flores, momentáneamente cegado por la luz del sol de mediodía. De forma instintiva, se llevó la mano al bolsillo del pantalón, donde le abultaba el sobre con el dinero.

A decir verdad, se sentía un poco culpable, porque los dos tipos le habían dado mala espina desde el principio. Uno de ellos se había pasado todo el desayuno fingiendo que leía un periódico en una esquina de la barra, sin siquiera tocar el café con leche que le había servido. El otro había entrado cuando aquella turista, la mujer manca empeñada en ir a la Cala de San Pedro, se había marchado en busca de un taxi que la llevara hasta allí. Los dos lo habían interrogado acerca de la turista: que cuándo había llegado al hotel, que cuánto tiempo pensaba quedarse, que si sabía a dónde había ido. Él no les había querido decir nada al principio, por si metía a aquella mujer en algún lío, pero cuando uno de los dos tipos malencarados había dejado sobre el mostrador un sobre y él había mirado los billetes en su interior… Bueno, qué porras, no hacía nada malo por proporcionarles un poco de información, ¿no?

Se encogió de hombros y se alejó silbando de allí, fantaseando con todas las cosas que pensaba hacer con aquel dinero.

26

La puerta metálica se abrió de sopetón. Al otro lado había un hombre que aparentaba sesenta o setenta años, vestido con un batín a cuadros lleno de lamparones y con cuatro mechones de pelo blanco y enmarañado alrededor de las orejas. Niara identificó al instante la mirada de un demente detrás de la gruesas gafas remendadas con cinta aislante. Si era peligroso o inofensivo, lo averiguaría muy pronto.

Retrocedió un paso, en parte por la súbita aparición y en parte por el olor a sudor rancio y a comida en descomposición que surgió del interior como el eructo de un dragón.

El tipo la miró de arriba a abajo, con un ligero temblor en la cabeza que bien podía ser el principio de esa enfermedad llamada «de Parkinson» que a principios del siglo XXI aún no tenía cura.

—¡No diga nada! —graznó en castellano, y una llamarada de aliento alcohólico se extendió a su alrededor. Acto seguido, con una agilidad propia de alguien de menos edad, abrió la puerta de par en par, la aferró de la muñeca y tiró de ella hacia el interior—. Déjeme adivinar.

—Perdone, pero he venido para…

—¡Chst! —exigió el viejo. Cambió al inglés instintivamente—. ¡Silencio, silencio! No quiero saber su nombre. No quiero saber nada. Tengo que concentrarme.

Se puso los huesudos dedos índice y corazón de cada mano en las sienes y las masajeó mientras cerraba los ojos. Niara echó un vistazo a la puerta de salida. Seguía abierta y apenas a un metro detrás de ella. Mientras se mantuviera a esa distancia, todo iría bien, se dijo.

—Sí, veamos… Viene usted de muy lejos.

—Exacto, he venido para…

—¡Por favor, no diga nada! Hum… Sí… Quiere que le compre una suscripción para una revista.

—No, yo…

—¡No me hable, no me hable, no me hable! ¡Silencio! Er… ¡Donaciones! Eso es… ¡Quiere que haga una donación para el

centro recreativo de los guardacostas!

La paciencia de Niara se había agotado. Cogió de los hombros a aquel anciano y notó que, bajo la bata mugrienta, era todo piel y huesos.

—Escúcheme bien —le dijo—. Vengo del futuro. He llegado hasta aquí atravesando un agujero de gusano, como usted describió en uno de sus libros, y necesito que me ayude a cambiar el curso de la historia.

Niara lo soltó muy despacio. Al menos, había logrado captar la atención del viejo, porque detuvo su verborrea absurda y la miró unos segundos con los ojos muy abiertos, como si tratara de comprender lo que acababa de escuchar, o como si se le hubieran fundido los últimos circuitos neuronales.

—Dios mío —dijo el hombre—. ¿Sabe lo que eso significa?

—Que soy la mujer que le telefoneó hace dos días.

—¡Significa que esas malditas novelas todavía me persiguen, incluso aquí!

—No le entiendo.

El viejo ya no la escuchaba. Empezó a pasearse de un lado a otro del cuchitril hablando consigo mismo, farfullando palabras en un inglés tan mal digerido que resultaba casi incomprensible.

—No puedo librarme de ellas. Es imposible. ¡Imposible! Reuní todos los ejemplares que quedaban, las borré de todas las páginas web. ¡Dejadme en paz! ¡Dejadme en paz!

Niara puso los ojos en blanco. ¿Por qué siempre tenía que tratar con chiflados que la ponían de los nervios? Respiró hondo un par de veces, aunque el aire en el interior de aquel lugar no invitaba precisamente a ello, y trató de pensar qué le hubiera dicho a Alberth en aquellas circunstancias.

—Empecemos por el principio —dijo por fin—. ¿Es usted Vozmediano?

El tipo la miró con evidente desconcierto.

—No me llamaban así desde el instituto, pero sí, ese es mi apellido.

—Está bien, escuche. Yo estuve allí, en Kepler. Conocí a Alberth y a su padre, a Susan Onawa y a Jeanne Dupless, al capitán Jones y a Rainier. Sobreviví en el bosque y recorrí los malditos pasillos de la *Flying Dutchman*. No estoy hablando de forma metafórica. Estuve

realmente allí, porque yo soy Niara Queen.

Vozmediano la había escuchado con cierto interés, pero su vista se desenfocó cuando Niara terminó la frase. Alargó la mano hasta un armario destartalado y sacó una botella sin etiqueta a la que le quedaban un par de centímetros de líquido ambarino. La apuró de un solo trago y, después de relamerse, su boca se curvó en una sonrisa burlona.

—Eso es imposible —dijo simplemente.

—Ya sé que parece imposible, pero de algún modo…

—Niara Queen es más bajita.

Por un instante, Niara se sintió descolocada y solo fue capaz de decir:

—No.

—Sí que lo es. Diez centímetros, por lo menos.

—Oiga, yo siempre he medido…

—¡Si lo sabré yo! ¡Diez centímentros!

Niara sacudió la cabeza e hizo un esfuerzo por contenerse. No era buena idea rebajarse a su nivel para discutir con un loco alcoholizado.

—No me cree, y es lógico, porque yo misma tampoco acabo de creérmelo, ni logro comprenderlo. Pero es cierto y puedo demostrárselo. Pregúnteme cualquier cosa, algo sobre mí que solo usted sepa. Algo que imaginara pero que finalmente no pusiera en el libro.

—Ah, un juego. Qué bien. Me encantan los juegos. Aquí no hay mucha gente con la que jugar, ¿sabe? —Un cloqueo que debía de ser una carcajada acompañó a la ocurrencia—. De acuerdo, de acuerdo, déjeme pensar…

Vozmediano se rascó la calva en un gesto sobreactuado de persona cavilando.

—¡Lo tengo! ¿Qué día nació?

—El trece de diciembre de 2209. A las diez de la noche, en el hospital de Nakuru. La más pequeña de cinco hermanos. Mi madre decidió llamarme Niara por mi abuela.

—¿En serio? Eso no lo sabía. ¿Cuándo ingresó en la Compañía?

—En 2241, justo antes de viajar a Kepler.

—¿Y en la prisión de Barrow?

—¡Oh, vamos! En el 38. Eso está en el libro. Pregúnteme algo

más difícil.

—Está bien, está bien. ¿Color favorito?

—Azul.

—¿Cerveza preferida?

—Pale Ale de Sheffield. Cuanto más amarga, mejor.

—¿Libro preferido?

—*Las memorias de Sherlock Holmes*, Arthur Conan Doyle.

—¿Por qué se marchó a Kepler?

—Para empezar de nuevo.

—Mentira. ¿Por qué se marchó a Kepler?

—Ya se lo he dicho. Para empezar de nuevo.

—Mentira. Si usted es Niara Queen, debería saberlo. Dígame, ¿por qué se marchó a Kepler?

Niara lo pensó un momento. ¿Por qué se marchó a Kepler? Buena pregunta. Se la había hecho miles de veces. La respuesta oficial era esa: quería empezar una nueva vida en un nuevo mundo. Pero, en el fondo, siempre había sabido que no era así.

—Para huir.

—¿Para huir de quién?

—¿Qué mierda de pregunta es esa, puto chiflado de los cojones? —estalló Niara antes de poder contenerse—. ¿Para qué coño se va a marchar nadie a otro jodido planeta si no es para huir de uno mismo? Odiaba mi vida, odiaba a todo el mundo y me odiaba a mí. ¿Está contento?

El viejo guardó silencio durante un momento antes de abrir los brazos y señalar al cuartucho en el que vivía. Niara observó el cuchitril por primera vez y lo que vio le resultó descorazonador: una cocina de *camping* ennegrecida, una pequeña mesa llena de platos sucios reutilizados varias veces, bolsas de basura amontonadas en un rincón, un camastro con un colchón sucio y desvencijado…

Vozmediano abrió otra botella de licor sin etiqueta y la levantó como si pretendiera brindar con alguien invisible. Mostró una sonrisa desdentada.

—A lo mejor sí que es usted de verdad —aceptó con naturalidad —. ¿Y por qué no? Bienvenida a mi planeta. No tenemos *pods* ni reactores de fusión fría, pero le aseguro que esta habitación también se puebla de monstruos cuando llega la noche.

27

El viejo había rescatado un vaso más o menos limpio del fregadero, lo había llenado de agua tibia y café soluble y se lo había tendido a Niara. Él mismo se había servido otro café en una taza desportillada, aunque el suyo lo había completado con un generoso chorro de licor.

—¿Conoce usted a Borges, el escritor argentino? —Vozmediano echó un trago de su taza e interpretó el gesto interrogativo de Niara como una negativa—. No, claro, le queda demasiado lejos. Aunque siempre pensé que Borges sobreviviría al tiempo. En fin, no importa. Borges escribió un cuento titulado *La biblioteca de Babel*. En él aparece un edificio formado por innumerables galerías hexagonales repletas de libros. Cada libro contiene combinaciones al azar de 25 caracteres, a razón de 40 renglones por página. Y la biblioteca contiene todos los libros posibles que pueden componerse de ese modo. Un número inimaginablemente grande, aunque no infinito. ¿Se da cuenta de lo que eso significa? En esa biblioteca hay millones de libros ininteligibles, libros en los que solo aquí o allá se ha formado, por azar, alguna palabra con significado, pero también hay innumerables versiones de *El Quijote*, en todos los idiomas conocidos, y de cualquier otro libro que haya existido o que pudiera existir jamás: las autobiografías de los arcángeles, el catálogo fiel de la propia Biblioteca, miles y miles de catálogos falsos, la demostración de la falacia de esos catálogos, la demostración de la falacia del catálogo verdadero, el evangelio gnóstico de Josephides, el comentario de ese evangelio, el comentario del comentario de ese evangelio, la historia minuciosa del porvenir… Así que, dígame, ¿qué es este mundo, todo este vasto universo, sino una versión embrutecida y prosaica de esa fabulosa Biblioteca?

—¿Me está diciendo que cualquier cosa que alguien escriba puede hacerse realidad?

Vozmediano asintió.

—A estas alturas estoy dispuesto a aceptar más cosas de las que

me gustaría reconocer. Más aún: cualquier cosa que alguien imagine puede hacerse realidad. ¿Y por qué no? Cualquier fragmento de la realidad está descrito minuciosamente, hasta el detalle más insignificante, por miles, por millones de libros de la Biblioteca de Babel. ¿Por qué no iba yo a encontrar por azar uno de esos libros cuando escribí

Kepler 22b

?

Niara dejó el vaso sobre un aparador que parecía recién rescatado de un contenedor de basura y se rascó la cabeza. La explicación que le ofrecía aquel tipo de las formidables coincidencias entre una obra de ficción y su propia existencia era irrefutable y, al mismo tiempo, tan improbable que se aproximaba a lo absurdo. Pero no era la primera vez en su vida que se topaba con casualidades casi imposibles. ¿Y si no habían sido casualidades? ¿Y si aquel libro, en realidad, había propiciado de algún modo que todo sucediera tal y como estaba escrito en él?

El viejo la observaba con gesto extraviado, como si por un momento hubiera olvidado que había alguien más allí. Luego se puso en pie, abrió un armario de plástico que se sostenía en un equilibrio precario detrás de él y sacó una maleta que podía haber pertenecido a algún refugiado de la Primera Guerra Mundial.

—Eliminé de la circulación todos los ejemplares que pude cuando me instalé aquí —murmuró entre dientes mientras manipulaba la maleta—. No quería que nadie más los leyera mientras la historia estuviera inconclusa. Lamentablemente, no pude impedir que los libros siguieran expuestos en algunas páginas de descargas ilegales.

La maleta se abrió y dejó escapar varias decenas de libros amontonados de cualquier manera, entremezclados unos con otros, con las tapas dobladas o los lomos arqueados. Niara tomó uno de los ejemplares que parecían menos dañados.

—*Kepler 22b: Solución mortal* —leyó en el título.

—Sí, es cierto: el título es una mierda.

—Este libro está inconcluso. Lo sabe, ¿verdad? —dijo Niara.

—Disiento de su opinión. La trama principal está perfectamente cerrada.

—Pero escribió un final abierto. Y dejó un montón de preguntas

sin responder.

—Eso no quiere decir que esté inconcluso.

—Oh, vamos, no empecemos una discusión semántica. Ya sabe a lo que me refiero.

Por un instante, Vozmediano pareció a punto de emprender otro de sus vuelos a tierras lejanas. En el último momento consiguió centrarse y responder:

—Mire, le propongo algo. Prepararé algo para comer mientras charlamos. Ahora yo también siento curiosidad, ¿sabe?

28

«Prepararé algo para comer» significaba, en el idioma de aquel tipo, que abriría una lata de judías con tomate y comerían directamente del envase. Niara no le hizo ascos al ofrecimiento: había engullido cosas peores en lugares más insalubres, y el estómago le rugía de hambre después de la caminata.

Vozmediano, tras un par de cucharadas, se sentó en una vieja silla de *camping* desplegada en las sombras de un rincón y esperó a que ella terminase de comer.

—Bien, supongamos que la historia de la Biblioteca de Babel es cierta, por descabellado que suene —dijo Niara limpiándose la boca con el dorso del brazo—. Usted ha descrito con precisión los dos episodios más notables de mi vida. ¿Dónde está el tercer libro? El que explica qué hice aquí, en el siglo XXI.

El viejo se replegó aún más entre las sombras. Niara casi no podía verlo, aunque oía su respiración trabajosa.

—No existe el tercer libro.

—¿Cómo es posible? ¿Se cansó usted de escribir o qué? ¿Le quitaron el carnet de socio de la Biblioteca de Babel?

Una respiración ahogada provino del rincón en sombras. Vozmediano estaba sollozando en silencio, o tal vez asfixiándose. Pasó una eternidad antes de que la voz quejumbrosa del anciano volviese a surgir desde la oscuridad.

—Lo intenté. De veras que lo intenté. He pasado doce años intentándolo y nunca he podido pasar de la primera página.

29

La tarde comenzaba a pintar de tonos ocres la ladera escarpada de la Sierra de Gata. Lenguas de mar se estrellaban contra la base de los acantilados como si tuvieran prisa por devastar la tierra y conquistar el territorio que una vez perteneció al océano. El viento azotaba los matorrales de esparto y los diminutos palmitos. Algunas gaviotas flotaban en círculos perezosos, dejándose mecer por ese mismo viento. Nada más se oía en aquel lugar primigenio, donde cualquiera podía imaginar que los seres humanos aún eran simios que recolectaban frutas en algún lugar de la sabana africana.

El rugido inconfundible de un motor de combustión interna acabó con esa ilusión de un plumazo. Una columna de polvo se elevó en la distancia. Pocos minutos después, dos motocicletas de enduro aparecieron por el horizonte, cruzando a toda velocidad un sendero apenas visible en la ladera del acantilado. Los hombres que las pilotaban iban muy concentrados en esquivar los obstáculos del camino para llegar de una pieza a la Cala de San Pedro. Una sustanciosa recompensa les aguardaba si conseguían que la mujer que en aquel momento se encontraba allí, probablemente sola, no regresara jamás.

Los pilotos aceleraron el paso. Uno de ellos sonrió ante la perspectiva. Aquel iba a ser el dinero más fácil que había ganado en mucho tiempo.

30

—Al principio pareció sencillo —continuó el viejo—. Lo planifiqué todo: los nuevos personajes, los arcos argumentales, los giros de la trama. No terminé de cerrarlo por completo, pero nunca lo hacía al escribir una novela. La verdadera magia se desplegaba cuando empezaba a teclear una palabra tras otra, ¿sabe? Era como conducir un viejo coche diésel. Hasta que el motor cogía temperatura, la maquinaria sonaba forzada, como si le diera pereza moverse, pero luego ronroneaba como un felino. Las palabras comenzaban a surgir solas, como si esa historia ya existiese y yo solo fuera un intermediario para verterla sobre el papel. Llegaba un momento en el que los dedos se deslizaban solos por el teclado y yo apenas intervenía. Y no me sucedía solo a mí. Muchos escritores describen esa misma sensación cuando sobrepasan cierto punto de su relato.

—¿Y eso no le sucedió con la tercera parte de *Kepler*?

El tipo emitió una nueva serie de ruidos ahogados. Niara se imaginó que estaría negando con la cabeza a oscuras en su rincón.

—Fue un desastre desde el principio —dijo con la voz ahogada —. No sabía lo que me ocurría. Componer cada frase me costaba tanto esfuerzo que acababa exhausto. Me distraía con cualquier cosa. Y, cuando cometía el error de releer lo que había escrito, lo acababa descartando sin remedio. ¡Lo intenté! ¡Vaya si lo hice! Pedí un permiso en el trabajo para disponer de más tiempo. Cuando se me acabó, empecé a escribir a escondidas en la oficina o a inventarme excusas para no ir a trabajar. Me expedientaron y me suspendieron de empleo y sueldo. Me obsesioné tanto que mi mujer me amenazó con dejarme si no me sometía a un tratamiento. El tratamiento solo empeoró la situación. Las medicinas me dejaban atontado y me dificultaban la concentración, y eso hacía aún más difícil la tarea de escribir. Llegó un momento en el que apenas podía comer ni dormir, solo le daba vueltas y vueltas a las ideas en la cabeza. Porque lo más exasperante es que sabía que la historia estaba ahí, la notaba al alcance de la mano pero, cuando me sentaba a escribirla, siempre se me escurría entre los dedos, como

cuando tienes una palabra en la punta de la lengua que se resiste a ser nombrada.

—¿Y por eso acabó aquí, aislado del mundo?

—Mis hijas ya eran mayores y se construyeron una vida lejos. Pensé que la soledad y el aislamiento me ayudarían. No tenía nada que perder que no hubiera perdido ya, y sabía que esa historia me aguardaba en alguna parte. La presentía, ¿entiende? Y desde hace siete años, dos meses y veinticinco días vivo aquí, y cada día me siento en mi mesa e intento exprimir las palabras para obligar a la historia a salir de mi cabeza, para extirparla como un tumor maligno, y cada día se me resiste.

El viejo se incorporó trabajosamente y arrastró los pies hasta el arcón de plástico que hacía las veces de sofá. Levantó la tapa del asiento y sacó un puñado de papeles garrapateados con tinta de todos los colores.

—Mire —dijo—. Aquí está el resultado de doce años de trabajo. Un puñado de frases sin sentido que no servirían ni para encender un fuego.

Niara se puso en pie y comezó a pasear por el exiguo espacio del cuarto, tratando de poner orden en sus ideas.

—A ver si lo he entendido bien. El resumen de la situación es este: de algún modo que no logro entender, usted ha descrito con una clarividencia pasmosa dos periodos de mi vida pasada, es decir, de mi vida futura. Y precisamente ahora que usted, el autor, y yo, la protagonista de esa historia, coexistimos en el mismo punto del espacio-tiempo, resulta que las musas lo han abandonado. ¿Es eso?

Los dos se miraron un instante.

—Demasiada casualidad —dijo Vozmediano—. Incluso para usted.

—Así es. No puede ser un accidente. Esa… esa conexión o lo que fuera que tuviéramos usted y yo se ha roto. ¿Cuál ha sido la expresión que ha utilizado antes? Como si esa historia ya existiese y usted solo fuera un intermediario para verterla sobre el papel.

—Pero la historia aún no existe porque usted está aquí y ahora. La historia no existe porque está ocurriendo en este preciso momento.

—Eso es. Estamos escribiendo la historia. Usted y yo, ahora

mismo, mientras hablamos. Por eso no pudo hacerlo antes, y por eso sí podrá hacerlo ahora. ¿Le parece que lo que digo tiene sentido?

31

Las sombras comenzaban a alargarse al otro lado de la puerta cuando Niara decidió lo que debía hacer a continuación. Fue otro fogonazo de clarividencia repentina, como siempre le había sucedido con las decisiones importantes de su vida.

—Vamos, vístase —soltó a bocajarro—. ¿Tiene algo de ropa limpia?

Vozmediano miró al pantalón de chándal remendado y la camisa llena de lamparones que llevaba puestos.

—Olvídelo —gruñó Niara—. ¿Cómo lo hace para volver a la civilización? Porque irá de vez en cuando al pueblo a comprar comida, *whisky* o lo que sea con lo que usted sobreviva, ¿no? ¿O se alimenta de ardillas y de excursionistas desprevenidos?

El viejo esbozó por primera vez algo parecido a una sonrisilla de suficiencia.

—Las piernas aún me funcionan.

—¿Se puede conseguir un taxi en Las Negras?

—Supongo.

—Entonces póngase sus mejores galas que nos vamos a Nairobi.

—¿Cómo que a Nairobi? Esta es mi casa. No puedo irme.

—Ya lo creo que sí. ¿Qué tiene que hacer en este agujero que sea tan importante, a parte de regodearse en sus trastornos mentales?

El viejo farfulló en busca de una respuesta. Ni siquiera dio muestras de ser consciente del insulto.

—Pues… Er… ¡Tengo que escribir mi libro!

—No sea ridículo. Eso puede hacerlo en cualquier parte. ¡Vamos, recoja sus cosas, que se nos hace de noche!

En apariencia incapaz de oponerse a aquel torbellino de energía, el viejo comenzó a guardar con parsimonia un montón de trastos absurdos en una mochila deportiva. Cuando se dispuso a introducir en ella un ordenador portátil jurásico cuyo tamaño era manifiestamente inadecuado en relación al espacio disponible, la paciencia de Niara se agotó. Le arrebató el ordenador y le soltó:

—Deme eso. ¿Para qué narices necesita este cacharro?

Vozmediano movió las manos vacías en el aire, como si no acabara de comprender la pregunta.

—Ahí tengo… tengo mi trabajo de doce años.

—¿No ha dicho antes que no ha avanzado nada en todo este tiempo?

—Sí, pero…

—¿Pero qué? Haga el favor de dejar esto donde estaba. Si necesita un ordenador, ya le conseguiré yo uno. ¡Y tampoco necesitará esas latas de comida, por todos los demonios! No nos vamos de excursión.

Por fin, el viejo levantó el macuto del suelo con esfuerzo y, de pronto, pareció caer en la cuenta de algo.

—¿Para qué ha dicho que tengo que acompañarla a… a…?

—A Nairobi. Y no le he dicho para qué.

El gesto de extrañeza de aquel hombre era como el de un niño que trata de comprender la naturaleza del cálculo diferencial. Hasta Niara se apiadó de él.

—Todo ha ocurrido tal y como usted ha descrito en sus libros, ¿verdad? —explicó—. He viajado una y otra vez al pasado intentando evitar el desastre en el futuro, y una y otra vez he repetido los mismos patrones. Así que ahora necesito que me ayude a salir del atolladero. Las pequeñas diferencias no parecen afectar a las grandes corrientes del destino, o al flujo del
espacio-tiempo,
o como quiera usted llamarlo. En algún punto hay que provocar un cambio radical, algo que nunca antes, en ninguna de las iteraciones anteriores, haya sucedido. Y le necesito a usted para encontrar ese *algo*.

—Pero… ¿por qué yo?

—Narices, Vozmediano, creí que los escritores eran gente inteligente. Está claro: no hay nadie que sepa más de esta historia que usted y yo. Si entre los dos no damos con una solución, nadie más lo hará.

El viejo siguió mirando alrededor, sin acabar de decidirse. Era evidente que tenía algún cable fundido, pensó Niara, y tal vez le diera miedo abandonar la aparente seguridad de aquellas cuatro paredes ruinosas en las que se había recluido. Sin embargo, ella, a su pesar, tenía experiencia de sobra tratando con enajenados

mentales de muy diverso grado.

—Además, por fin encontrará su historia —añadió en tono de confidencia.

Aquello consiguió captar la atención del viejo.

—¿De veras lo cree?

—Usted mismo lo ha dicho antes: la historia está ocurriendo en este preciso momento. Tendrá que escribir un diálogo en el que ponga en mis labios la frase que estoy pronunciando ahora. ¿Se lo imagina?

Vozmediano se rascó la barbilla rasposa mientras su vista se perdía en el infinito. Evidentemente, sí, lo imaginaba.

—Puede que eso tenga sentido —murmuró para sí—. Podría funcionar siempre que… —Se detuvo en mitad de la frase y se quedó muy quieto, como si hubiera sufrido un ataque de catalepsia o presintiera que un depredador estaba a punto de saltar sobre él. Por algún motivo que en ese momento no supo identificar, a Niara aquel gesto le erizó el vello de la nuca.

—¿Qué le ocurre? —preguntó alarmada.

El viejo se llevó un dedo a los labios y se irguió muy tenso, como si tratase de desentrañar una señal confundida con el ruido blanco del oleaje.

Al fin, abrió mucho los ojos hasta convertirlos en dos círculos enrojecidos.

—Alguien se acerca —murmuró.

32

—¿Espera visita? —preguntó estúpidamente Niara, aunque imaginaba la respuesta. El viejo negó con la cabeza—. ¿Y tiene alguna idea de quién puede ser? ¿Hay alguien que venga a verle de vez en cuando?

Vozmediano volvió a negar.

—Usted ha sido la primera persona que llama a mi puerta en años.

—Tal vez se trate de un excursionista.

—Está anocheciendo. Los pocos que se aventuran hasta aquí lo hacen de día.

—Ya. Solo intentaba ser positiva. ¿Tiene algo por aquí con lo que ahuyentar a los indeseables?

El viejo la miró como si estuviera loca. Luego se acercó a la diminuta cocina y sacó de un cajón un rodillo de amasar y un cuchillo para el pan. Mostró a Niara su arsenal.

—¿Eso es todo? —dijo ella, cogiendo el cuchillo. Estaba tan oxidado que era un milagro que aquel hombre no hubiese muerto de tétanos—. Entonces espero que se trate de excursionistas negligentes.

Una alarma con la palabra *«peligro»* iluminada en color rojo se había encendido en el interior de la cabeza de Niara y, al parecer, también en la del viejo. Por un acuerdo tácito, cada uno se dispuso a un lado de la puerta y aguardaron en silencio. Se oyó con claridad el sonido varios motores de combustión aproximarse por el sendero, tal vez de motocicletas todoterreno. El ruido se extinguió abruptamente en algún lugar a la altura del torreón. Después, unos pasos sobre la grava del camino y alguien que susurraba con premura algunas órdenes en español.

Dos matones, pensó Niara con todo el cuerpo en tensión, quizá tres. Matones locales a sueldo de alguien. Pero ¿de quién? ¿Quién diablos los enviaría hasta allí para buscar a ese tipo? ¿Y por qué precisamente cuando ella había subido para hablar con él?

La respuesta resultaba tan obvia que no había querido reparar en ella hasta agotar el resto de posibilidades: no venían a por

Vozmediano, sino a por ella, para terminar lo que habían empezado en Nairobi.

33

—¿Este lugar tiene alguna otra salida? —susurró Niara.

Vozmediano negó en silencio. Estaba temblando de los pies a la cabeza.

Tenía que largarse antes de que los visitantes inesperados dieran con ella. Y no podía abandonar al viejo a su suerte. Tal vez lo dejaran en paz o tal vez no. Además, había decidido que lo necesitaba. Estaba tan convencida de ello que no pensaba discutirlo consigo misma. No en ese momento, al menos.

Quizá aquellos dos tipos sabían que la encontrarían allí, pero la cala era muy grande y había muchos lugares donde uno podría construirse un refugio, aunque solo uno de esos lugares tenía un panel solar en el tejado y ropa tendida al sol. La mayoría de los matones que había conocido en su vida no eran lo suficientemente avispados como para reparar en esos detalles, de modo que era posible que recorrieran a lo loco los alrededores durante un buen rato en lugar de acotar la búsqueda utilizando el razonamiento lógico.

Eso les proporcionaría la ocasión para salir a hurtadillas del refugio y tratar de ocultarse entre las rocas sin que los vieran. ¿Estaría Vozmediano en condiciones de correr hasta quedar fuera de la vista? El tipo iba y venía desde el pueblo más cercano con regularidad, o eso había insinuado antes. Muchos abueletes flacuchos como él resultaban sumamente correosos. Que se lo dijeran al capitán Jones.

Escucharon con toda claridad el sonido de una piedra despeñándose hacia la playa seguido de unas risas ahogadas y de un tipo que decía en un castellano con mucho acento:

—No hagas tanto ruido, tío, que nos va a oír.

—¿Qué más da? ¿A dónde puede ir esa vieja? —replicó con buen humor el de las risas.

Niara miró a Vozmediano levantando las cejas.

—¿Me ha llamado vieja?

Se dirigió hacia la puerta y se asomó con cautela al exterior. Desde algún punto del camino llegaba el ruido inconfundible de

pasos que se acercaban.

—¡Vamos, ahora! —susurró mientras hacía a Vozmediano un gesto con la mano.

Salieron al exterior y avanzaron hasta el extremo del patio, donde el muro defensivo del fortín era casi inexistente. Desde allí, había unos diez metros de peligroso descenso hasta las rocas más cercanas, y al menos treinta hasta la base del acantilado, donde varios afloramientos rocosos formaban un escondite natural. Por suerte, estaba anocheciendo y la falta de luz haría que desaparecer resultase más fácil.

Miró hacia atrás para asegurarse de que Vozmediano la seguía. El viejo (¿sería correcto seguir llamándolo viejo, aunque fuera en su cabeza?) estaba agazapado detrás de ella, con su mochila al hombro como un escolar cochambroso, y el rodillo de amasar convertido en un apéndice absurdo en su mano.

—Nos esconderemos en aquellas rocas —susurró Niara—. ¿Cree que podrá hacerlo?

—¿Está loca? Nos vamos a despeñar.

—Ellos estarán locos si nos siguen hasta allí.

Vozmediano asintió con la misma convicción con la que podía haber asentido si Niara le hubiera propuesto practicarle una traqueotomía con el capuchón de un bolígrafo. Sin embargo, antes de que pudieran dar un paso, las voces broncas de los matones les llegaron con absoluta claridad.

—Aquí no hay nadie —dijo uno.

—Eh, fíjate en eso —replicó el otro—. Hay ropa tendida. Seguro que está en esa chabola.

La última frase sonó mucho más cercana. A esas alturas, Niara ya tenía claras tres cosas: una, que se trataba de una pareja de individuos; dos, que no cabía duda de que habían venido hasta allí a por ella, probablemente no con la intención de invitarla a unas cervezas; y tres, que no eran tan idiotas como había supuesto porque habían localizado en pocos minutos el refugio del viejo.

34

Ya no había tiempo de ejecutar el plan de huida.

—¡Atrás, rápido, atrás! —murmuró Niara.

Vozmediano y ella recularon hasta parapetarse detrás del muro lateral del refugio.

—¿Tiene llave de la puerta?

Por toda respuesta, Vozmediano sacó una llave oxidada del bolsillo trasero de su pantalón.

—Está bien, le diré lo que haremos. Esperaremos a que los dos tipos estén dentro. Entonces yo cerraré la puerta desde el exterior, pero necesitaré su ayuda con la llave. Por si no se ha dado cuenta, solo dispongo de una mano. Sujetaré la puerta para que no puedan abrirla desde dentro mientras usted le da un par de vueltas a la cerradura. La puerta no aguantará mucho, así que tendremos que desaparecer muy deprisa.

Los pasos sonaban alarmantemente próximos. Niara se puso el dedo índice en los labios y contuvo la respiración. Notó como Vozmediano temblaba a su lado.

—Eh, mira. —Las palabras surgieron del interior del cuchitril del anciano y se escucharon con tanta nitidez como si les estuvieran hablando a ellos—. Aquí hay una cocina y una cama. Este tugurio está habitado.

—¿Pero dónde está la vieja?

—Calla, imbécil —gruñó el primero, y luego gritó—: ¡Eh, señora! Traemos un recado importante para usted. No se asuste, no queremos hacerle daño.

El otro tipo ahogó una risita.

—Mira en el rincón —ordenó el primero—. Yo buscaré en el armario. Esto no es muy grande. Tiene que estar en alguna parte.

Niara miró a Vozmediano y formó con los labios una palabra muda:

—¿Listo?

Vozmediano negó con la cabeza pero Niara siguió adelante con su idea. Había salido de otras situaciones mucho peores, se dijo. Entonces, ¿por qué el corazón le palpitaba en las sienes? Tomó aire

y se encomendó a los dioses en los que no creía.

Se adelantó de un par de saltos y llegó hasta la puerta. Justo antes de cerrarla de un portazo, uno de los intrusos, un tipo enorme de aspecto patibulario, volvió la cabeza atraído por el ruido y, por su expresión, Niara supo que la había identificado de inmediato. También vio un arma de fuego en su mano, tal vez una pistola. No tuvo tiempo para nada más antes de tirar de la puerta con todas sus fuerzas.

Era una puerta metálica muy delgada, más propia de un almacén que de una vivienda. No aguantaría mucho tiempo los envites de aquellos dos brutos. Al instante notó como trataban de abrirla desde el interior. Sujetó el pomo con su única mano e hizo fuerza inclinando el cuerpo hacia atrás y apoyando los pies en las jambas. Los tipos dieron otro tirón y el pomo casi se escurrió entre sus dedos.

—¡Vozmediano! —aulló Niara—. ¿Dónde demonios se ha metido?

El viejo apareció temblando por la esquina, con el rodillo de amasar en una mano y la llave en la otra.

—¡Vamos, dese prisa!

Otro tirón de los dos matones estuvo a punto de descoyuntarle los huesos de la muñeca. Del interior llegaron varias imprecaciones en castellano que Niara no pudo entender. Sus propios jadeos por el esfuerzo le impedían oír ninguna otra cosa.

Vozmediano se había quedado de nuevo paralizado, con la llave en la mano como un trofeo estúpido, cuando un disparo atronó en el patio del fortín y un orificio humeante y perfectamente circular se dibujó en el centro de la puerta. Se hizo el silencio durante un instante, mientras Niara miraba aterrada a su abdomen en busca del impacto. Como no lo encontró, lanzó un grito:

—¡Como no venga aquí con la llave le voy a hacer tragar ese puto rodillo!

El viejo miró el rodillo de cocina en su mano derecha y lo dejó caer al suelo. Luego se acercó a la puerta con el rostro lívido y la mano temblorosa. Trató de meter la llave en la cerradura, pero temblaba tanto como un montañero al borde de la congelación intentando enhebrar una aguja. Otro tirón desplazó la puerta diez centímetros hacia el interior antes de que Niara, haciendo uso de

todas las fuerzas que le quedaban, volviera a colocarla en su sitio.

—¡Dispara otra vez! —oyó que uno de los dos matones gritaba en el interior.

—¡Aparta! —dijo el otro.

Al instante, Niara notó como el tirón en la puerta cesaba y supo que otro disparo estaba a punto de atravesarla. Se echó a un lado mientras gritaba:

—¡Al suelo, al suelo!

—Ya casi estoy —murmuró Vozmediano.

—¡Al sue…!

La detonación retumbó en el interior como un cañonazo. Otro círculo perfecto apareció en la plancha de metal, cerca de la cerradura. El cuerpo de Vozmediano se sacudió y cayó hacia atrás sobre la grava. El viejo se llevó una mano al hombro y gimió débilmente.

Al instante, la puerta se abrió. La pistola del hombre alto y de piel cetrina que asomó por ella aún humeaba. Niara retrocedió un paso y tropezó con las piernas de Vozmediano. Al caer, se golpeó la espalda con algo duro y cilíndrico. Palpó el suelo a ciegas mientras el tipo les apuntaba con el arma como si echase a suertes a quién dispararía primero. Las órdenes que había recibido de quien fuera que lo había contratado debían de ser muy claras: nadie debía salir con vida de allí.

—¿A qué esperas, tío? —dijo su compinche, apareciendo detrás de él—. ¡Cárgatelos ya!

Sin pensarlo, Niara cerró la mano en torno al rodillo de cocina que se le clavaba en la espalda. Lo levantó y trazó un arco en el aire. El bloque de madera maciza zumbó como un látigo y golpeó al pistolero en la muñeca. Sonó como una nuez al cascarse. La pistola amartillada cayó al suelo y se disparó sola.

El compinche que jaleaba desde detrás se llevó una mano al muslo izquierdo y rodó por el suelo entre alaridos de dolor. El pistolero se abrazó la muñeca al tiempo que lanzaba una patada a la cara de Niara. Ella apenas tuvo tiempo de protegerse con los brazos para detener lo peor del golpe. Sintió un fogonazo de luz y un instante después estaba masticando tierra y escupiendo sangre. La siguiente patada aterrizó en su estómago y no pudo hacer nada por detenerla. Fue como recibir el impacto de un toro de lidia. Sus

pulmones se vaciaron de aire. Boqueó, en un intento inútil de obligar a su diafragma a funcionar de nuevo. Supo que no resistiría un tercer impacto sin perder el conocimiento o quizá algo más. Levantó la mano buena en una vana petición de clemencia. El hombre se acercó a ella, grande como un gigante. Aún se protegía la muñeca herida bajo la axila y murmuraba insultos incomprensibles en su idioma.

El tipo levantó la pierna sobre la cabeza de Niara. Ella observó el movimiento muy despacio, con una extraña calma. Imaginó lo que esa bota de montaña le haría a su cráneo. Observó con curiosidad el intrincado dibujo de la suela. Incluso tuvo tiempo de pensar absurdamente que las botas parecían bastante nuevas e iba a ser una pena ponerlas perdidas de aquel modo.

Iba a cerrar los ojos para recibir el impacto definitivo cuando la cabeza del tipo se ladeó como si el alambre de una marioneta se hubiera roto. Puso los ojos en blanco y se desplomó en vertical, incapaz de soportar su propio peso. Niara se incorporó con esfuerzo, respirando con dificultad, mientras Vozmediano miraba horrorizado el rodillo de cocina manchado de sangre con el que acababa de dejar fuera de combate al pistolero.

35

Arrastraron el cuerpo inerte, debidamente atado de pies y manos, al interior de la vivienda. Habían hecho lo mismo con el otro tipo, al que también vendaron la herida del muslo lo mejor que pudieron. Luego Vozmediano le pidió educadamente las llaves de las motocicletas todoterreno en las que habían venido, mientras Niara lo encañonaba con el arma para evitar posibles discrepancias de opinión.

Cuando por fin se dirigieron a las motocicletas, hacía varios minutos que el sol se había puesto. Vozmediano volvía a temblar como una hoja. La herida de su hombro era superficial y habían contenido la hemorragia con un par de gasas estériles que, milagrosamente, el viejo guardaba en una lata de conservas junto con un antiséptico y un rollo de esparadrapo. Niara prefirió no mirar la fecha de caducidad. Estaba furiosa, confusa y dolorida. Considerando su vientre pateado, el pómulo tumefacto y las dos muelas que bailaban en el interior de su boca, no tenía dudas de que se había llevado la peor parte.

Se colocó en la cabeza un casco que olía a sudor rancio y miró al viejo, que se había quedado paralizado junto a la otra motocicleta.

—¿Se puede saber qué le ocurre ahora? —le gruñó.

—Es… es que…

—¿Es que qué? Tenemos que largarnos y esos tipos nos prestan amablemente sus motos. ¿Cuál es el problema?

Vozmediano murmuró algo con voz tan débil que Niara no logró distinguir ni una palabra.

—¿Cómo dice?

—¡Que me dan miedo las motos!

Niara se quedó pasmada.

—Oiga, no me joda —replicó mientras se subía a horcajadas en uno de los vehículos con una mueca de dolor—. ¿Sabe qué? No importa: quédese aquí y pase la noche en su cueva con esos dos tipos, ¿qué le parece?

Vozmediano la miró como si fuera un jeroglífico que no lograse descifrar. Por fin, se puso el otro casco temblando pero, en lugar de

montar en la otra motocicleta, se quedó como un pasmarote junto a ella y se encogió de hombros.

—¡No sé cómo funcionan estos chismes!

Niara bufó. Se apeó de su montura y se acercó al viejo, que se encogió como una tortuga.

—Yo lo llevaré de paquete, pero ayúdeme a deshacernos de este cacharro, por si alguno de nuestros amigos logra soltarse y decide venir tras nosotros.

Empujaron la segunda motocicleta por el borde del acantilado aunque, en lugar de caer rodando y destrozarse contra las rocas del fondo, se enganchó con unas matas resecas de esparto y se trabó firmemente a solo unos centímetros del camino. Y allí se quedaron los dos, observando estúpidamente a la moto suspendida en el vacío.

Aquella estampa hizo sonreír a Niara.

—Qué barbaridad —dijo—. Mírenos. ¿No somos el par de héroes más lamentables de la historia de la literatura?

El viejo levantó las cejas, dispuesto a replicar algo, pero Niara no le dio ocasión.

—¡No! No diga nada, por favor, o acabaré despeñándole también a usted. Vamos, ayúdeme a empujar este trasto y larguémonos de una vez.

Por fin, entre los dos, y a base de puntapiés muy poco elegantes, lograron que la moto se desprendiese y cayera hasta el fondo del acantilado. Habían transcurrido diez minutos desde que habían dejado fuera de combate a los dos sicarios cuando Niara se encaramó por segunda vez en el vehículo superviviente, en esta ocasión con Vozmediano temblando detrás. El viejo, a esa distancia, olía a mil demonios.

—Agárrese bien —gruñó ella—. Cuando me vea pilotar con una sola mano, de noche y por este camino, tendrá razones de sobra para temer a las motos.

36

A juzgar por el rostro lívido y las arcadas que emitió durante un rato cuando llegaron a Las Negras, resultaba plausible que Vozmediano quisiera permanecer a una distancia mínima de varios cientos de metros de cualquier vehículo de dos ruedas durante el resto de su vida. Que podía ser muy poca si no desaparecían rápidamente, antes de que quien fuera que había enviado a esos dos sicarios averiguara que no habían hecho su trabajo.

Abandonaron la moto en una plazuela de Las Negras, apenas un rectángulo de asfalto rodeado de apartamentos encalados que, en su mayoría, aún permanecían vacíos en esa época del año. Ya era noche cerrada y no se veía a nadie por las calles.

—¡Esos tipos han intentado matarnos! —murmuró Vozmediano mientras se alejaban de allí, en el mismo tono sorprendido que debió emplear Alexander Fleming cuando descubrió que la penicilina mataba a los estafilococos.

—No me diga.

—Es… es una experiencia nueva para mí.

—A mí me ocurre a menudo.

Niara encendió el móvil que llevaba apagado desde su conversación con Kersey por la mañana y telefoneó a la policía para informarles de que había dos tipos heridos en la Cala de San Pedro, sin dar más detalles. Luego le dejó un escueto mensaje a Kersey en Telegram: «Volveré por vía segura, así que tardaré un poco más de lo normal».

Vozmediano, que había recuperado un poco de autocontrol y se palpaba los bolsillos como si buscase con ahínco una botella de licor, frunció el ceño.

—La localizarán enseguida con eso.

Niara miró el teléfono con aprensión. Le seguía maravillando la docilidad con la que los habitantes del siglo XXI habían aceptado llevar encima un dispositivo que espiaba todas sus acciones. Era mucho más eficaz que los chips subcutáneos del siglo XXIII porque la gente lo usaba voluntariamente. A veces ella misma se olvidaba de cual era la verdadera función de aquel aparato.

—Ya lo sé —mintió.

Tiró el teléfono al suelo y lo pisoteó hasta dejarlo inutilizable. Luego carraspeó, decidida a cambiar de tema.

—Muy bien —dijo—. Sin teléfono y sin equipaje. Ahora usted y yo somos dos sombras. Vamos, tenemos que encontrar un medio de transporte para regresar a la ciudad.

37

Kersey aguardaba en la esquina de Pairlament Road con la avenida Haile Selassie, al amparo del edificio de CPF House. El padre de Mukami se retrasaba ya treinta minutos y la noche había caído también sobre Nairobi.

Empezó a ponerse nervioso, un estado que siempre era la antesala de un arranque de cólera. Si aquel estúpido despojo de ser humano se había atrevido a desbaratar su acuerdo en tan solo dos días…

Se tranquilizó un tanto al recordar que la tarde anterior se había dejado caer por la Aga Khan Academy, el mejor colegio de enseñanza primaria de Nairobi, y había preguntado por la pequeña. «Se ha adaptado muy bien», había dicho el señor Tanui, el director del colegio, con una sonrisa. «Es una niña muy despierta y alegre». Después aceptó con una sonrisa aún mayor la generosa donación que Kersey hizo a la institución en forma de bonos del estado, sin olvidar un pequeño obsequio personal para el señor Tanui.

Luego había pedido al taxista que diese un rodeo para pasar por la calle embarrada donde Mukami solía sentarse a pedir limosna. Apoyado en el poste de hormigón encontró a otro muchacho de la edad de la niña. No miró atrás mientras el taxi se alejaba de allí. Aunque quisiera, no podía ayudarlos a todos. Ya lo había intentado en Calcuta con muchos más medios de los que disponía en la actualidad y no lo había conseguido.

Por fin, con casi tres cuartos de hora de retraso, el padre de Mukami apareció cruzando los seis carriles de la avenida a través de un hueco en la mediana. Se tambaleaba de forma notable y todo indicaba que había pasado más tiempo bebiendo que investigando. Cuando se aproximó a Kersey, los ojos inyectados en sangre, la ropa manchada y arrugada y las vaharadas de aliento alcohólico le confirmaron sus sospechas.

Kersey lo miró con una mezcla de repugnancia y hastío.

—¿Y bien?

—Tengo notisias. —La cháchara de aquel tipo, ya de por sí difícil de comprender, se había vuelto más pastosa debido a la

borrachera.

—¿Qué noticias?

—Eso hombre de la foto es hombre peligrosa. Hase cosa peligrosa.

—¿Qué cosas peligrosas?

—Yo conose a amigo de mi primo que oye cosa. Él trabaja con hombre peligroso que mata otro hombre por dinero. Gente mala. Muy, muy mala. Conose otra gente mala en mucho sitio. Amigo de mi primo dise que hombre paresido al de la foto contrata a hombre malo para matar alguien lejos de aquí.

Kersey tardó un momento en traducir mentalmente la jerigonza y procesar su significado.

—¿Matar a alguien? ¿A quién?

—Amigo de mi primo no sabe. Alguien importante.

—¿Y dónde? ¿Ha oído el amigo de tu primo dónde van a matar a esa persona?

—Lejos, muy lejos. En un sitio de Europa. En Es… Es…

—¿En España?

—Eso, en España. ¿Dinero ahora?

La cabeza de Kersey funcionaba a toda velocidad. Si lo que decía este individuo era cierto, Niara corría un grave peligro. Tenía que ponerse en contacto con ella lo antes posible.

—¿Estás seguro de que se trataba del hombre de la foto?

El tipo se quedó mirando al infinito como si estuviese resolviendo mentalmente una ecuación diferencial.

—Amigo de mi primo no sabe. Amigo de mi primo no ve mucho. No tiene dineros para comprar ga… ¿Cómo dise? Gafas. Él no ve mucho pero cree que es mismo tipo. Traje bueno, zapato bueno, todo bueno. Blanquito alto, de muchos dineros. ¿Tú das dineros a mí ahora?

Kersey le entregó el sobre con el pago convenido y ni siquiera le recordó su parte del trato. Antes de que el padre de Mukami hubiera desaparecido entre el tráfico, Kersey ya estaba marcando el número del teléfono móvil de Niara. Después de varios segundos de silencio en la línea, una voz grabada dijo en un tono desapasionado: «Telekom Kenia informa: el teléfono que ha marcado está apagado o fuera de cobertura».

Fue entonces cuando vio el mensaje sin leer en Telegram. Tardó

unos segundos en abrirlo porque le temblaban las manos. «Volveré por vía segura, así que tardaré un poco más de lo normal». Tecleó rápidamente una respuesta: «Tengo pruebas contra Jones. Ya te dije que era él. Ten mucho cuidado. Estaré pendiente de Telegram por si me necesitas».

Después de pulsar el botón de enviar, respiró aliviado. Ese escueto mensaje quería decir muchas cosas: que Niara estaba bien, que sabía que andaban detrás de ella y que se disponía a desaparecer como solo ella sabía hacerlo. Ni siquiera él lograría encontrarla hasta que decidiera voluntariamente salir de nuevo a la luz.

Niara Queen, para bien o para mal, estaba ahora completamente sola.

38

No había taxis en aquel pueblo remoto. De hecho, apenas había personas. Después de llamar a varias casas sin que nadie abriera, Niara se dio por vencida.

—¿Dónde se ha metido todo el mundo?

Vozmediano se encogió de hombros.

—La mayoría de las casas están vacías. Son apartamentos de vacaciones y aún no es temporada alta. Además, usted da miedo.

—¿Yo?

—Sí, tiene una pinta horrible.

Intentó imaginarse el aspecto que debía presentar, con la mejilla hinchada y probablemente amoratada. Una vez recuperado el nivel normal de adrenalina, el puntapié que había recibido en la cara le había empezado a arder como si tuviese un clavo incrustado en el hueso del pómulo. Y lo peor estaba dentro de la boca: aquel bestia debía de haberle partido una muela hasta el nervio, porque algunas oleadas de dolor le nublaban la vista. Además, tenía el cuerpo cubierto de tierra y el pelo revuelto y apelmazado por el sudor seco.

Y Vozmediano no tenía un aspecto mucho mejor. Si eras capaz de obviar su pestilencia, cosa nada fácil de lograr cuando sobrepasabas un perímetro de seguridad de cuatro o cinco metros en torno a él, solo le faltaba un sombrero de esparto y un perro famélico para poder ejercer con éxito la mendicidad en la puerta de cuaquier iglesia. Además, tenía la camisa manchada de sangre y la mirada aún más alucinada que por la mañana, lo cual no contribuía a mejorar el conjunto. Seguramente, a ojos de los poco lugareños que permanecieran guarecidos en sus casas, debían de parecer una pareja de vagabundos o de delincuentes.

Niara resopló.

—Tenemos que salir de este pueblo. Si alguien nos está rastreando, habrá seguido nuestra señal hasta aquí.

—Querrá decir *su* señal.

—Ahora usted también está marcado. Lo han visto conmigo. Quien haya enviado a esos matones a la playa no querrá dejar testigos. Así funciona este negocio.

—Parece que sabe usted mucho sobre el *negocio*.

—¿Me está acusando de algo? ¿Por qué habla con tantas *cursivas*? ¿No ha sido usted quien ha escrito dos malditas novelas sobre mí?

Vozmediano encajó el golpe con deportividad. A decir verdad, dio la impresión de que ni siquiera había prestado atención a las últimas preguntas. Asintió varias veces para sí mismo, hasta que por fin dijo:

—Ajá.

Y luego salió corriendo.

39

—¿Se puede saber a dónde va? —gritó Niara, aún a riesgo de alertar a medio pueblo. Un repentino estallido de dolor en la mandíbula la hizo doblarse sobre sí misma y ver estrellas de colores.

Vozmediano se encaminó por una de las callejas que bordeaban la plaza hacia las afueras. Claro que no hacía falta caminar mucho para encontrar las afueras de un lugar como aquel. Allí las farolas escaseaban y las casas encaladas daban paso a viejas huertas de árboles frutales, vestigios de cuando aquel lugar era una aldea de pescadores y hortelanos y no un paraíso vacacional para la clase media. El viejo se detuvo junto a un vehículo aparcado a la entrada de una huerta, lo examinó un momento y luego continuó su camino.

Niara lo siguió, con la cabeza convertida en un apéndice pulsátil que emitía ondas dolorosas al ritmo de los latidos de su corazón. Necesitaba con urgencia un analgésico potente. Ya solo los consumía ocasionalmente, cuando los necesitaba para bajar una fiebre o calmar un dolor de garganta (así era: en el siglo XXI, la humanidad aún convivía con los virus del resfriado y de la gripe con una naturalidad espantosa). Y si alguna vez los había necesitado en los últimos tiempos, era esa noche.

A bastantes metros de la vivienda más cercana, Vozmediano se detuvo junto a otro vehículo aparcado en el cauce de una rambla seca. Se trataba de una vieja furgoneta Renault *Express*, según pudo leer Niara en la portezuela trasera. No se le daba nada bien distinguir los modelos de vehículos particulares. La gente de esta época tenía una cantidad absurda de modelos distintos donde elegir, y solían optar invariablemente por los más descabellados y los más contaminantes con tal de que les permitieran presumir delante de sus vecinos o paliar algún complejo reprimido. Y luego protestaban porque el aire de sus ciudades olía como el interior de una fragua.

—Este es lo bastante antiguo —murmuró Vozmediano.

Se agachó y cogió un canto rodado del suelo. Ni corto ni perezoso, lo lanzó contra una de las ventanillas del coche. El

estruendo de cristales rotos resonó en mitad de la noche e hizo que Niara se encogiera. Vozmediano metió la mano por el hueco de la ventanilla y abrió la puerta. Apartó los cristales del asiento ayudándose de la manga de su camisa mugrienta y, un momento después, estaba acomodado en el puesto del conductor con los cables del contacto en la mano.

Los cortocircuitó un par de veces y el motor arrancó con un ronroneo perezoso.

—¿Qué narices está haciendo? —preguntó Niara.

—¿A usted qué le parece? No siempre he sido un ermitaño. ¿Piensa subir o se va a quedar aquí hasta que los vecinos alerten a la policía?

40

La carretera serpenteaba entre cerros abrasados por el sol y el viento. La luna gibosa se empezaba a retrepar al cielo y los iluminaba con su luz fantasmagórica. El mar brillaba como aluminio fundido. Niara volvió a sentirse sobrecogida por la abrupta belleza de aquellas tierras reducidas a su mínima expresión.

Regresó a la realidad cuando Vozmediano dio un volantazo para esquivar un animal imaginario.

—¿Otro conejo? —le preguntó con hastío.

El viejo se acercó aún más al parabrisas y entornó los ojos de miope.

—Creo que sí —dijo—. Estos campos están plagados.

—¿Cuánto tiempo hacía que no conducía un coche?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque lo hace como un topo borracho.

—Ya le he dicho que no pienso dejar que lo lleve usted. Le falta una mano.

—¡No me diga! No me había dado cuenta. Y a usted le falta un tornillo. Oiga, si puedo pilotar una moto con una sola mano, le aseguro que puedo conducir este cacharro.

—Ni hablar. ¿Y si nos para la policía?

—Oh, sí, y si nos para la policía. Total, usted parece salido de un campo de concentración, su aliento huele como una destilería y conduce un coche robado. No creo que la policía nos ponga ningún problema con usted al volante.

Vozmediano no contestó, concentrado como estaba en la carretera, o en lo que fuera que él veía al otro lado del parabrisas, así que Niara decidió dejarlo en paz y tratar de dormir un poco. Se acomodó como pudo en el infame asiento de la furgoneta y cerró los ojos. Ni siquiera había logrado encontrar una postura aceptable cuando otro volantazo brusco la sacudió.

—¿Quiere dejar de hacer eso? —gritó incapaz de contenerse.

—¡Se me ha cruzado un conejo!

—¡Que aquí no hay ni un puto conejo!

Con un bufido, volvió a arrellanarse en el asiento, aunque sabía

que no iba a poder dormir con aquel viejo loco al volante. La confusión de ideas que pululaban por su mente tampoco ayudaba. ¿Quién había enviado a esos matones a buscarla? ¿Sería la misma persona que había contratado al otro, al que entró en su apartamento hacía un par de días? ¿Y todo esto tenía que ver con el robo de los archivos secretos de la Compañía? Quienquiera que fuera el responsable, ¿cómo había dado con su paradero tan rápido? Solo Njeri sabía dónde se encontraba. ¿Se habría ido de la lengua? ¿O alguien estaría espiando sus comunicaciones?

Se incorporó bruscamente en el asiento. ¡Por supuesto! ¿Cómo había podido ser tan ingenua? El propio Kersey le había propuesto hacer eso mismo con Jones. Seguro que habían intervenido su teléfono, sus cuentas de correo electrónico, hasta el portero automático de su edificio. Trató de repasar mentalmente sus conversaciones de los últimos días. ¿No le había enviado Njeri los billetes de avión y la reserva del hotel por *email*? Ahí lo tenía. Así la habían localizado.

Eso quería decir que, si dejaba de comunicarse con Njeri y Kersey en Nairobi, sus perseguidores no podrían dar con ella. Desaparecería como una sombra.

Respiró hondo, satisfecha por primera vez en varios días. Ahora tenía algo a lo que aferrarse. Entonces cayó en la cuenta de que allí, en el coche, había alguien más que conocía su historia y que tal vez supiera más cosas que ella acerca de lo que estaba ocurriendo.

—¿Recuerda cómo terminaba el segundo libro de Kepler 22b. —preguntó a bocajarro.

Vozmediano tardó unos instantes en dar señales de haberla oído.

—Claro que lo recuerdo. Bueno, más o menos.

—¿Lo recuerda o no?

—¡Le he dicho que más o menos! Lo escribí hace trece años, ¿vale? ¿Usted recuerda lo que desayunó hace trece años?

—¿Pero qué tendrá que ver eso con…? —Niara se detuvo en mitad de la frase. No estaba enfocando aquella conversación de la manera adecuada. Cuando se calmó, reformuló su pregunta en tono reposado—: El libro termina cuando Kersey y yo estábamos a punto de reunirnos en Nairobi con una firma de abogados llamada Arthur B. Jones & Solicitors para fundar la Compañía. ¿Lo recuerda ahora?

Vozmediano asintió distraídamente.

—Bien, eso *ocurrió* en realidad. Yo estuve en esa reunión. Desde entonces, Kersey está empeñado en que Arthur, es decir, Arthur B. Jones, el abogado, es el capitán Jones. Que son la misma persona. Que, de algún modo que aún desconocemos, se enrolará en la *Flying Dutchman* y se terminará transformando en el capitán Jones. Usted debe conocer bien a sus personajes, ¿verdad? ¿Qué sabe de Arthur B. Jones? ¿Cree que puede ser cierto?

Durante un rato, el viejo no dio muestras de haberla oído. Podía estar absorto en la conducción pero, por su quietud, también podía estar dormido al volante. O muerto.

—¿Quiere decir que Paulo Kersey también existe? —preguntó por fin.

—¿Ha escuchado una sola palabra de lo que le he dicho?

—¿Paulo Kersey está aquí, con usted?

—¡Aquí no hay nadie más que usted y yo, viejo chiflado! Paulo está en Nairobi, supongo que dándose un baño relajante y preparándose para cenar con alguna veinteañera que haya caído en sus garras. ¿Ha oído lo que le he dicho o no?

—Claro. Arthur B. Jones. Quiere saber si es el futuro capitán Jones.

—Ajá.

—Ajá.

—¿Cómo que ajá? —Niara estaba a punto de estrangular a aquel tipo—. ¿Ajá en plan «sí lo es» o ajá en plan «mi dos neuronas no están capacitadas para procesar esa pregunta»?

—Es el capitán Jones.

—¿Qué?

—Que Arthur B. Jones es el capitán Jones. Así lo imaginé siempre.

—¿Está seguro?

—Segurísimo.

Niara guardó silencio un instante. No se esperaba una respuesta tan contundente. Bien, aquello tampoco significaba nada, después de todo. ¿Por qué iba ese viejo a estar en lo cierto? Nunca había llegado a escribir el tercer libro, ¿no?

—¿Y cómo se transformó en el capitán Jones? —preguntó Niara.

—Eso aún no lo sé. Estoy trabajando en ello, ¿recuerda?

—Ya, desde hace trece años.

—Ajá.

—No vuelva a decir ajá. Eso quiere decir que podría estar equivocado, ¿no? Podría ser una simple casualidad que los dos usaran el mismo apellido. Por lo que sabemos, el capitán Jones podría haberse inventado su sobrenombre.

—Me ha prohibido decir ajá. Pero ajá.

—¿Y qué hay de Ackerman? Es la mano derecha de Jones. ¿Qué puede decirme de él?

—No me suena ese nombre. ¿Cómo dice que se llama?

—Joseph R. Ackerman. Dirige el departamento financiero de la Compañía y es un tipo extraño, aunque Jones lo aprecia bastante. Formaba parte de la firma de abogados cuando fundamos la Compañía y ha estado dentro desde el principio. Un individuo siniestro.

—¿En qué sentido?

—Uno de esos que con los que a uno no le gusta compartir el ascensor, no sé si me explico.

—Ya veo. —Vozmediano meditó un momento—. El apellido me suena, pero no recuerdo de qué. Tal vez tenga algo sobre él en mis notas. En cualquier caso, no le dé más vueltas: el villano de esta historia es Jones. Siempre ha sido Jones.

41

Joseph R. Ackerman aún tenía el teléfono en la mano, el viejo modelo de tarjeta que utilizaba cuando quería evitar ser rastreado. Se encontraba en su despacho de La Torre, aunque la mayor parte de los empleados hacía rato que se habían marchado a casa y en las oficinas se respiraba esa calma de buque abandonado que tanto le gustaba.

Su contacto lo había llamado justo cuando estaba a punto de coger su maletín y marcharse a tomar una copa y tal vez picotear algo. Y ahora permanecía allí, paralizado, con el teléfono aún en la mano. Cualquiera diría que la noticia le había sorprendido, pero, en el fondo, no era así. Él había sabido que la doctora Arroway volvería a escabullirse mucho antes de recibir esa llamada, porque la doctora era intocable.

Ahora lo tenía claro. Si la parte más racional de su cerebro había albergado alguna duda, se acababa de disipar. Se lo repitió mentalmente para dejárselo claro: *la doctora Arroway es intocable*. No sabía cómo ni por qué, no sabía qué fuerzas poderosas la protegían. Sin embargo, era un hecho incontestable que esas fuerzas existían. Casi podía percibirlas físicamente, actuando en la sombra, empujando los acontecimientos en una determinada dirección cada vez que se trataba de esa entrometida. No tenía sentido que una mujer en la cincuentena, sin ningún tipo de entrenamiento ni de formación en defensa personal, hubiera escapado por dos veces de profesionales. Ni hablar. En el mundo real, esas cosas, simplemente, no ocurrían. Los profesionales hacían su trabajo de forma rápida y eficiente. Entraban, disparaban, limpiaban y salían. Podían fallar una vez, desde luego; todos somos humanos. Pero ¿dos veces en dos días? Imposible. Las fuerzas que protegían a la doctora, fueran las que fueran, se habían encargado de ello, e insistir en atacarla frontalmente sería tan estúpido como darse cabezazos contra una pared.

Y él no era ningún estúpido, por mucho que Jones y la doctora se empeñasen en tratarlo como tal.

Él no era ningún estúpido.

Y lo iba a demostrar. A todo el mundo, empezando por Jones.

Casi se alegraba de que la doctora hubiera escapado. Llevaba todo el día madurando la idea que se le había ocurrido la mañana anterior, mientras hablaba con su contacto y el pálpito de que la doctora Arroway era, en efecto, intocable comenzaba a cobrar fuerza en su cabeza. Era una idea deliciosamente simple y a la vez retorcida, propia de una mente en verdad privilegiada.

No podía librarse de la doctora Arroway, de acuerdo, pero sí podía convencer a Jones de que lo hiciera él mismo. Estaba seguro de ello. No importaba si ese camino resultaba más lento: él era un hombre paciente. Y, la verdad, disfrutaría viéndola sufrir, disfrutaría viéndola retorcerse sin poder escapar de su propia telaraña. Porque ella no podría escapar, de eso también estaba convencido ahora. La doctora estaba tan atrapada en aquella historia como él mismo.

Y, cuando todo terminase, Jones le reconocería su mérito y todo volvería a ser como antes, salvo que los dos serían asquerosamente ricos.

Pulsó el botón de rellamada. La voz ronca contestó después del primer tono.

—¿Sí?

—Soy yo otra vez —dijo Ackerman—. Tengo un nuevo encargo. Esta vez se trata de algo más sutil. Algo que incluso tus hombres podrán hacer sin meter la pata.

42

Dejaron la Renault *Express* aparcada junto a una oficina bancaria en una calle céntrica —para que la policía no tuviera dificultades en localizarla cuando su propietario denunciara el robo — y fueron caminando hasta el hotel. Vozmediano se quejaba del hombro donde había recibido el balazo, pero Niara lo había vuelto a examinar y apenas se trataba de un arañazo. Aquel tipo era un quejica.

A ella, en cambio, la cabeza cada vez le dolía más. Tenía que darse una ducha y tomar un analgésico con urgencia, no necesariamente en ese orden. El paseo hasta el hotel se le hizo eterno y pronto tuvo la sospecha de que Vozmediano se había extraviado.

—¿Está segura de que regresar a su hotel es una buena idea? —preguntó el viejo.

—Tengo allí todas mis cosas. Eso incluye suficiente dinero como para salir de este lío.

—Ya, pero es probable que los malos la estén esperando.

—Cuento con ello.

—Sigo sin entenderlo.

—Ya lo imagino. —Niara bufó exasperada—. ¿Tiene alguna idea de dónde estamos? Es la tercera vez que pasamos por este lugar.

Vozmediano se detuvo en mitad de una calle peatonal y llena de tiendas por la que, a aquella hora de la noche y con todos los comercios cerrados, no pasaba un alma. Giró sobre sus talones varias veces.

—Me había despistado un poco. Es por aquí. No, mejor por aquí.

Dio un último giro de ciento ochenta grados y caminó en una dirección que a Niara le pareció tomada al azar.

Por fin, después de varias vueltas más, y quizá por pura casualidad, Niara identificó la callejuela que subía hacia la plaza Flores, donde se encontraba la entrada de su hotel. Agarró a Vozmediano del brazo y lo hizo pegarse a la fachada de un edificio antes de llegar a la esquina.

—¿Qué hace? —dijo el anciano en tono lastimoso—. Es mi brazo

herido.

—Ssssh, baje la voz. Lo de su brazo no alcanza la categoría de herida. Mire, el hotel está ahí mismo y es probable que haya alguien vigilando.

—¿Está de broma? Eso ya se lo había advertido yo. ¿Para qué hemos venido hasta aquí?

—Hay que buscar otra entrada.

—¿Ese es todo su plan?

—Pues sí. ¿A usted qué le pasa? No hace más que quejarse. Todos los hoteles tienen una puerta trasera por donde sacan la basura e introducen los suministros. Solo hay que encontrarla.

—Está mal de la cabeza. ¿Y si también la están vigilando? Se me ocurre otra cosa. La buscan a usted, ¿no? ¿Por qué no me presta la llave, entro yo por la puerta principal y subo a su habitación a recoger sus cosas? Creo que sería más seguro.

—Ahora es usted el que dice tonterías. Con esa pinta de vagabundo que tiene, el recepcionista se le echará encima antes de que pise la moqueta del recibidor y llamará a la…

Los dos detuvieron la discusión repentinamente, al percatarse de que alguien los estaba observando. Giraron las cabezas y se toparon con un individuo bronceado, con un bigotito a lo Clark Gable pasado de moda, que miraba pasmado a Niara.

—¿Qué le ha pasado en la cara? —preguntó el hombre.

Niara tardó un instante en reconocer al camarero del hotel que le había informado por la mañana sobre la cala de San Pedro, y necesitó otro instante adicional para percatarse de que la expresión con la que la miraba era de culpabilidad. En ese momento, estuvo segura de quién había conducido a los matones hasta ella.

Sin pensarlo dos veces, se acercó al tipo, lo cogió del cuello de la camisa con su única mano y lo estampó contra la pared.

—Que gracias a usted me han dado una paliza, eso es lo que me ha pasado en la cara.

El camarero no supo cómo reaccionar. Solo negó con la cabeza y balbuceó algunas palabras.

—No… Yo no… No sabía…

—¡Cállese! Supongo que no tiene ni idea de quiénes eran esos tipos.

—No los había visto en mi vida, se lo prometo.

—Y supongo que ahora va al hotel para hacer el turno de noche.

—S… sí.

Niara lo soltó y le alisó la camisa con torpeza.

—Está bien. Le perdono si me hace un pequeño favor. Si se niega, le contaré lo que ha pasado a la policía.

Observó como el tipo tragaba saliva, probablemente para tratar de digerir el farol sin masticar. Por supuesto, ella no tenía la menor intención de hablar con la policía, pero el camarero no tenía por qué saberlo.

—C… claro —consiguió decir el hombre—. ¿Qué quiere que haga?

—Habitación 238. Traígame mis cosas y estaremos en paz.

43

El camarero regresó al cabo de unos minutos arrastrando una pequeña maleta con ruedas. Aunque Niara, desde su escondrijo tras la esquina, le hizo gestos para que la levantara del suelo, el tipo no debió verla porque continuó haciendo un ruido de mil demonios.

—Aquí está su maleta —dijo muy orgulloso al llegar junto a ella.

—¿Quiere bajar la voz? —susurró Niara.

—Claro. —El camarero probablemente no comprendía la razón por la que debían hablar en voz baja pero no estaba dispuesto a discutir con la turista chiflada—. También había una nota para usted en recepción.

Le tendió un sobre con el membrete del hotel elegantemente grabado en el centro.

—¿Una nota para mí? ¿Seguro?

—Seguro. Alguien la dejó hace un rato —explicó el camarero, comprobando la pulcra anotación en el dorso del sobre—. Eleanor Arroway, habitación 238. Es usted, ¿no?

Niara tomó el sobre, preguntándose quién podría haberle dejado una nota anónima. Teniendo en cuenta que, de las pocas personas que sabían que se alojaba allí, al menos una quería matarla, no creía que fuera una felicitación de cumpleaños.

—Ahora, si me disculpa, tengo que empezar mi turno —dijo el camarero mientras se alejaba. Se señaló al pómulo y añadió—: Perdone otra vez por lo de… Yo no sabía…

Niara ya no le prestaba atención. Solo tenía ojos para el sobre que sostenía entre sus dedos.

—¿Eleanor Arroway? —La voz ronca de Vozmediano la sorprendió mientras manoseaba el sobre—. *¿Contact?* ¿En serio?

—Sí, ¿qué pasa? —respondió ella, picada—. No puedo ir por ahí usando mi verdadero nombre. ¿No le gusta Carl Sagan o qué?

—Pues sí, pero puestos a elegir un nombre ficticio hay muchas otras posibilidades más originales. No sé… ¿Qué tal Dors Venabili?

—¿Está de coña? ¿Cómo voy a llamarme Dors Venabili? Ni siquiera sé pronunciarlo. ¿Podemos discutir esto mientras nos alejamos de aquí, por favor?

44

Caminaron hasta lo que consieraron una distancia prudente del hotel y se sentaron en un banco de una ancha avenida llamada, en un alarde de originalidad, Paseo de Almería, flanqueados por enormes ficus que, a la luz de las farolas, se cernían sobre ellos como titanes siniestros. Vozmediano seguía con su perorata sobre los nombres de los personajes femeninos y argüía que él jamás habría usado Eleanor porque le recordaba a una actriz de cine clásico, y que eso lo convertía en inadecuado para una historia de ciencia ficción.

Niara no lo escuchaba más que como ruido de fondo. Toda su atención estaba concentrada en el sobre con el membrete del hotel. Podía ser una nota de Kersey o de Njeri pero, por alguna razón, le aterraba lo que pudiera encontar en el interior.

Solo era un trozo de papel. ¿Cómo podía tener miedo de un trozo de papel?

En algún lugar recóndito de su cerebro, sabía cuál era la razón. Conocía esa sensación, la sensación de sentirse una partícula elemental en una sopa de átomos que colisionan a toda velocidad, de no tener absolutamente ningún control sobre los acontecimientos. En ese sobre había algo importante, algo que tenía que ver con el flujo de la historia, algo que podía afectar de forma irremediable al futuro, a eso que algunos llamaban destino.

Por un instante estuvo tentada de no abrirlo. De hacer con él una bola y tirarlo a la papelera más cercana. De pedir un encendedor al primer transeunte que pasara por allí y quemar el sobre y su contenido hasta reducirlo a cenizas.

No lo hizo, por supuesto. No podía hacerlo. ¿Qué personaje de ficción haría eso en un libro, tirar a la basura una nota misteriosa y seguir su camino como si no hubiera pasado nada?

Sonrió a su pesar ante la idea de ser un personaje de ficción en la fantasía de otros y sacó el papel, cuidadosamente doblado, del interior del sobre. Era un papel de buen gramaje, de tono sepia y agradable al tacto. Papel de calidad. La nota estaba impresa a ordenador con una tipografía Book Antiqua o algo semejante. Una

tipografía con clase.

Incluso Vozmediano pareció darse cuenta de la gravedad del momento, porque había dejado de parlotear. Ni siquiera pasaron coches por la avenida durante un rato. El silencio calló sobre la ciudad mientras ella leía la nota misteriosa.

> *«Doctora: considere lo sucedido hasta ahora como una advertencia. Me temo que ya no puedo protegerla más. Desaparezca para siempre o la próxima vez será usted quien acabe despeñada por las cataratas de Reichenbach».*

A simple vista, aquella nota parecía una bravuconada más de quien fuera que había enviado a sus sicarios por dos veces contra ella. Pero no lo era. Era la prueba definitiva de que Kersey y Vozmediano tenían razón y ella había estado equivocada todo aquel tiempo.

Las cataratas de Reichenbach, en los Alpes suizos. Aunque nunca había estado allí, las conocía muy bien. Era en lugar donde Sherlock Holmes había muerto despeñado a manos de su némesis, el profesor Moriarty.

Solo había una persona que pudiera utilizar esa referencia literaria con la seguridad de que ella la entendería. Esa nota no solo era una advertencia, sino también una confesión.

Así pues, era cierto: su amigo Arthur B. Jones, el mismo que le regalaba ediciones de coleccionista de las obras de Conan Doyle, era el villano de aquella historia y siempre lo había sido.

45

El taxista solo aceptó llevarlos hasta un discreto hotel fuera de la ciudad, a un paso del aeropuerto, después de que Niara adelantara el precio de la carrera —en efectivo— más una generosa propina. El recepcionista del hotel tampoco pudo ocultar su recelo al ver el aspecto de aquellos dos clientes que llegaban al establecimiento a una hora tan intempestiva.

—Hemos tenido un pequeño percance, pero ya está todo solucionado —dijo Niara mientras dejaba caer distraidamente un billete de cien euros sobre el mostrador—. Ahora necesitamos una ducha caliente y una cama. Ah, y que nos diga dónde encontrar una farmacia abierta.

Tomaron dos habitaciones contiguas que Niara pagó por adelantado para terminar de disipar las suspicacias del recepcionista y se dirigieron de nuevo a la calle. Una vez en el exterior y a salvo de posibles oídos indiscretos, Vozmediano murmuró:

—¿Me va a contar de una vez qué es lo que planea hacer?

—Muy sencillo: tomarme un par de comprimidos de metamizol. El dolor de muelas me está matando.

—Me refiero a después de eso. ¿Y qué decía esa nota misteriosa que le han dejado en el Torreluz? ¿Era de los malos o de los buenos? ¡Dígame lo que está pasando!

—Relájese. Nadie sabe dónde estamos. Regresaremos a Nairobi discretamente y…

—¿A Nairobi? ¿Se ha vuelto loca? ¡Nos localizarán en cuanto subamos a un avión!

—¿Quién ha hablado de aviones?

Media hora después, en la anodina aunque limpia habitación del hotel, con el metamizol adormeciendo las palpitaciones de dolor y una toalla limpia alrededor de su cuerpo recién duchado, Niara hizo un repaso de la situación para valorar sus opciones. Cuando se encontraba a solas no necesitaba fingir una seguridad en sí misma que no sentía en absoluto.

Sobre la mesita de noche descansaba el fajo de dinero en

efectivo que a partir de ahora llevaría atado al tobillo con una goma elástica (un viejo truco que había aprendido en sus tiempos de fugitiva). Disponían de algo más de tres mil euros y una cantidad semejante en dólares estadounidenses para regresar de una pieza y con absoluta discreción a Nairobi. Tendría que bastar.

Aunque sería más fácil hacerlo sin Vozmediano, no podía dejarlo tirado. Quizá el viejo corriera peligro o quizá no: no sabía hasta qué punto sus enemigos habrían puesto en él también el punto de mira. Además, la decisión estaba tomada: lo necesitaba para cambiar el curso del futuro.

Lo que de verdad le pedía el cuerpo en ese momento, a parte de un buen trago de *whisky single malt* a palo seco, era mandarlo todo a la mierda y desaparecer. En el mundo del siglo XXI era mucho más fácil desaparecer sin dejar rastro que en el del siglo XXIII, y allí lo había logrado con éxito durante dos años. Con ese dinero, podía largarse a un lugar remoto y empezar una nueva vida anónima, donde nadie la conociera y nadie hiciera preguntas. Y que del futuro se encargaran otros.

Allí, tumbada sobre la destartalada cama de un hotel de dos estrellas, con el cuerpo dolorido y molido de cansancio, la tentación de rendirse fue tan apremiante que tuvo que incorporarse para notar la fatiga de los años en la espalda y recordar la razón por la que estaba haciendo todo aquello.

Lo estaba haciendo por ellas, desde luego. Por Trisha, por Susan, por Cornelia. Por la pequeña Ada, que languidecería en una laboratorio de alta seguridad de la Compañía. Y por Eyre, que podía haber sido su hija y que murió en una batalla estúpida por el control de un planeta sin importancia en un rincón cualquiera de la galaxia.

Había viajado hasta allí, había perdido una mano y había decidido invertir el resto de sus fuerzas para evitar que todo eso ocurriera, para buscar un camino alternativo que no condujese de nuevo al mismo lugar. Y en ese camino ya no había espacio para tragos de *whisky* ni para desparecer en una isla desierta, ya no había espacio para la autocompasión ni para lamentarse por la juventud perdida, por la vida que pudo haber tenido y que se fue por el sumidero, por los trenes que nunca más pararían en la estación.

Todo eso también se había terminado para ella.

Volvió a tumbarse sobre la cama. Sus ojos se cerraron casi al instante, sin que se percatarse de ello, y las palabras de la nota anónima a acosarla: *«Considere lo sucedido hasta ahora como una advertencia. Me temo que ya no puedo protegerla más. Desaparezca para siempre o la próxima vez será usted quien acabe despeñada por las cataratas de Reichenbach»*.

El texto coincidía con el estilo afectado de Jones, sin duda. Claro que podía tratarse de una falsificación. Alguien podría estar interesado en que Jones apareciese como el culpable de los fallidos intentos de asesinato. Pero esa alusión a las cataratas de Reichenbach era demasiado precisa. Un falsificador hubiera sido más explícito, ¿no? Hubiera firmado como «J.», por ejemplo, o hubiera dado otra pista sobre la autoría del mensaje para apuntar a Jones. En cambio, aquella referencia literaria era tan sutil, tan rebuscada, que tenía que haberla escrito él. Solo Jones sabía lo mucho que le gustaban las historias de Conan Doyle. Solo Jones le había regalado hacía unos días una edición original de *Las memorias de Sherlock Holmes*. Solo Jones sabía que su relato preferido era *El problema final*, donde el detective moría en las cataratas de Reichenbach.

Así que solo cabía una explicación: Jones había enviado a esos sicarios contra ella; Jones era un lobo con piel de cordero; Jones se convertiría, en efecto, en el capitán de la *Flying Dutchman* si ella no lograba evitarlo.

Había confiado en él como una tonta. Él la había mantenido cerca para poder vigilarla mejor, quizá incluso para controlarla mejor. ¿No habían puesto en marcha el proyecto Fanyi contra su voluntad? Era su estilo de hacer las cosas. Jones era el verdadero enemigo. Era un símbolo, una metáfora de la historia que se repetía, la personificación del ser humano devorándose a sí mismo, creyendo que hace lo correcto mientras se come sus propios pies. Y también era un simple hombre de carne y hueso. No debía olvidarlo.

Un hombre. Un simple hombre.

Con esa idea repitiéndose machaconamente en su cabeza, se quedó dormida.

46

Cuando Ackerman entró en su despacho de La Torre la mañana del 7 de abril, silbando y con un estado de ánimo festivo muy poco habitual en él, Arthur B. Jones estaba esperando de espaldas a la puerta, curioseando sin disimulo los legajos que se amontonaban en el escritorio. No se volvió para saludar a su colega.

—Siéntate —fue todo su recibimiento.

Ackerman obedeció, como siempre hacía, súbitamente serio y preguntándose qué habría hecho mal en esta ocasión. También, y de forma muy fugaz, se preguntó por qué permitía que Jones lo tratara de esa manera. Estaba a punto de tomar asiento cuando una idea terrible le hizo sentir como si se acabara de beber un tazón de lubricante industrial: ¿y si Jones sabía que había atentado contra la vida de la doctora Arroway?

«De ningún modo», razonó. «No puede saberlo. Y, aunque se hubiera enterado, no puede relacionarme con ese asunto».

Un poco más tranquilo, se acomodó en una de las sillas de invitados y estiró las solapas de su traje en la creencia de que eso lo hacía parecer más digno. Jones aún se concedió medio minuto antes de darse la vuelta. Ackerman sonrió para sí: esa demora era una táctica básica para poner nervioso al interlocutor. Identificar el truco de Jones le hizo sentir más confianza de la habitual.

La confianza desapareció con la misma velocidad con la que había aparecido en cuanto Jones se acercó con parsimonia a su escritorio y pronunció con calma una sola frase:

—¿De verdad creíste que podías hacer algo así a mis espaldas?

Ackerman se miró la punta de los zapatos de forma inconsciente. Cuando se percató de ello, se obligó a levantar la vista para tratar de sostener la mirada de Jones.

—No sé de qué me habla.

—¿Ah, no?

Los ojos grises de Jones le abrasaron las pupilas. Ackerman pensó que se quedaría ciego si aquello se prolongaba mucho tiempo. Nadie en el mundo sería capaz de sostener esa mirada.

Por fin, Jones dejó escapar todo el aire de sus pulmones por la

nariz y se dirigió al mueble bar que flanqueaba un lateral del despacho. Se sirvió un dedo de coñac y un cubito de hielo en una copa limpia, lo agitó brevemente y probó un sorbo.

—El hielo aviva el sabor de coñac, despierta sus aromas más sutiles, ¿no te parece? No entiendo a esos presuntos eruditos que insisten en tomarlo caliente.

Ackerman no contestó. Conocía a su colega lo suficiente como para saber que esa frase, a pesar de la interrogación, no contenía ninguna pregunta.

—Me ha telefoneado un viejo amigo común —continuó Jones—. Seguro que lo recuerdas: alto, malencarado, con una cicatriz horrible en la mejilla. Recurrimos a él varias veces en los viejos tiempos, cuando había que hacer ciertas cosas por las bravas en esta ciudad. ¿Se te va refrescando la memoria?

Ackerman siguió mudo.

—Me dijo que le habías encargado una limpieza total fuera del país. Me llamó un poco nervioso. Al parecer, alguien ha estado husmeando y haciendo preguntas sobre el asunto, y a nuestro amigo no le gustan las preguntas. Como a mí. ¿Sabes ya de lo que hablo?

—Escuche, Arthur —dijo Ackerman en voz más aguda de lo que pretendía—. Era lo que había que hacer. Sé que ahora no puede verlo, pero algún día…

—Eres un imbécil. —El exabrupto de Jones, pronunciado en el tono tranquilo, casi solemne, con el que se emite un comunicado de prensa, sonó con la dureza de un martillazo—. No comprenderías ni en un millón de años la importancia que esa mujer tiene para la Compañía.

—He descubierto algo sobre ella, Arthur —insistió Ackerman—. La doctora no es el genio que creíamos. Solo es una impostora. Todas sus ideas, todos sus inventos, son de otros. Pero yo he conseguido sus archivos privados. Ya no la necesitamos.

Jones lo miró como miraría a un insecto rastrero que no mereciera ni manchar la suela de su zapato con sus tripas.

—No solo eres un imbécil, sino que eres un imbécil peligroso. ¿Crees que no sabía lo de esos archivos? ¿Crees que si un incapaz como tú puede robarlos, yo no tendría una copia en mi poder desde hace años? ¡Cretino! Los datos no lo son todo. ¿Qué harías tú con toda esa información? No serías capaz de comprender ni la

centésima parte. Acabarías consultando a una docena de expertos y esos documentos circularían libremente por todo el mundo antes del fin de semana. ¿Qué pasaría entonces con la Tetis Titanide, Joseph? ¿Puedes decírmelo? ¿Qué pasaría si todas esas ideas circulasen libres de patente? ¿Y tú tienes la desfachatez de afirmar que la doctora Arroway es una amenaza para la Compañía? Ella es más inteligente y más valiosa que tú de un millón de formas, Joseph, de formas que tú ni siquiera imaginarías. La verdadera amenaza para la Compañía no es la doctora, sino que está sentada delante de mis narices.

Joseph R. Ackerman deseó que el suelo se abriese bajo sus pies y se lo tragase. Había fallado de nuevo, había decepcionado a su colega, a la única persona que lo había apreciado de verdad alguna vez, al único que lo trataba con consideración, o al menos solía hacerlo hasta que comenzaron sus desavenencias acerca de la doctora. Se sentía muy avergonzado y, sin embargo, al fondo, muy al fondo de su cabeza, una vocecita seguía clamando en el desierto, seguía diciéndole que esta vez él estaba en lo cierto y Arthur se equivocaba, que la doctora era prescindible, que era más que prescindible: era peligrosa. Peligrosa para él, peligrosa para ellos.

Jones se inclinó sobre él con la intención evidente de invadir su espacio vital. Ser consciente de ello no evitó que se sintiera como un niño pequeño en su primer día de colegio rodeado de los abusones que le robarían el dinero del almuerzo antes del mediodía.

—La doctora ha desaparecido para alejarse de tus maquinaciones, lo que demuestra una vez más su buen criterio —dijo Jones, amenazador—. Quiero que te quede muy claro que, si le sucediese algo mientras está fuera, te haré a ti directamente responsable. Y créeme si te digo que pagarás con holgura las consecuencias.

Cuando Jones salió del despacho con su frialdad habitual y le ordenó que no volviera a tomar una iniciativa así jamás o, de lo contrario, se vería obligado a olvidar los largos y productivos años de su asociación profesional, Joseph R. Ackerman ya no lo escuchaba. Se había refugiado en un lugar secreto muy dentro de sí mismo, una guarida que solo él conocía y donde podía pensar con claridad sin dejar traslucir ninguna emoción al exterior. Y solo pensaba en la semilla que había plantado el día anterior con una

simple nota anónima y que ahora, en este preciso momento, estaría germinando como un tumor imparable en la mente de la doctora Arroway.

47

Un hombre. Un simple hombre.

Niara se despertó bruscamente, desorientada y con esa idea martilleándole en la cabeza. Maldijo en voz baja a Jones, a Kersey y al universo entero antes de desperezarse y meterse bajo la ducha.

Después de ponerse unos vaqueros y una camiseta limpia —y de tomar otro analgésico para calmar el dolor de su mandíbula, que había bajado varios puntos en la escala de Richter pero aún resultaba insoportable—, se dirigió a la habitación de Vozmediano. Tuvo que aporrear su puerta varias veces hasta que el viejo abrió. Tenía exactamente el aspecto que uno debería tener si sobreviviera junto a un viaducto de la autopista bebiendo vino peleón y una banda de motoristas del infierno le hubiera pasado por encima. La herida del hombro, vendada chapuceramente, remataba el espectáculo con un matiz truculento.

—Ya… ya estaba despierto —afirmó con los ojos aún medio cerrados.

Niara le lanzó un pantalón deportivo y una camiseta con la leyenda «Yo estuve en Almería» grabada en color fucsia en el pecho. Los había comprado en la tienda de *souvenirs* del hotel la noche anterior.

—¿Ha sobrevivido alguna existencia en el minibar? Ande, lávese las legañas y póngase esto. Le espero en el recibidor dentro de cinco minutos.

Los cinco minutos se convirtieron en un cuarto de hora y, cuando Niara ya estaba a punto de regresar a la habitación para sacar a Vozmediano de la cama arrastrándolo por las orejas, el tipo apareció en el recibidor. La ropa que le había prestado le venía corta y holgada, pero no tanto como para llamar la atención. Aseado y con ropa limpia, casi podía pasar por una persona normal, aunque habría que hacer algo con aquellos cuatro pelos canosos de científico loco que no habían visto unas tijeras en años.

Devolvieron las llaves en silencio a un recepcionista distinto del de la noche anterior que no les dedicó ni la décima parte de la atención que dispensaba a su periódico deportivo y salieron del

hotel con estudiada parsimonia. Caminaron por el arcén de la carretera, con los coches pasando a su lado a toda velocidad y, hasta que no estuvieron frente al terminal del aeropuerto, Vozmediano no dio muestras de haberse despertado del todo.

—No me apetece nada ir a Nairobi —murmuró.

—¿Prefiere quedarse aquí, con esos matones pululando por la ciudad?

El viejo la miró con el rostro ceñudo.

—Creí que no íbamos a tomar ningún avión.

—Oiga, si continúa cuestionándolo todo, no vamos a terminar nunca —respondió Niara—. Usted limítese a mantenerse sobrio y a no meterse en líos.

Entraron en la terminal y Niara se dirigió con paso decidido al mostrador de venta de billetes. Compró dos pasajes con destino a Nairobi para el día siguiente, con escala en Barcelona y Doha. Pagó con la tarjeta de crédito.

—Sabe que los pagos con tarjeta pueden rastrearse, ¿verdad? —preguntó Vozmediano mientras salían otra vez de la terminal.

—Pues sí.

—¡La persona que ha enviado a los matones sabrá que estamos en ese avión!

Niara levantó el brazo derecho para llamar a un taxi. Luego recordó que ese brazo carecía de mano y levantó el otro. Aunque hacía diez años que convivía con aquel muñón, a veces tenía la impresión de que nunca lograría acostumbrarse del todo.

—Ya le he dicho veinte veces que no vamos a tomar ningún avión —dijo.

—¿Y cómo vamos a llegar a Nairobi si no es en avión? —preguntó Vozmediano.

—Siempre hay formas de entrar y salir de un país sin que las autoridades se enteren.

—¿Quiere decir que vamos a viajar hasta África en… en…? ¿Cómo se dice *patera* en inglés?

Pronunció la palabra *patera* en español. Niara no la había escuchado en su vida.

—¿Siempre hace tantas preguntas? —replicó exasperada—. Si *patera* significa embarcación no registrada que entra y sale de un país ilegalmente, sí, vamos a viajar a África en patera.

El taxi los dejó enfrente del puerto de Almería quince minutos más tarde. Nada más apearse, Niara se adentró en las callejuelas flanqueadas por edificios decimonónicos que convivían en una difícil armonía con torres de viviendas típicas de finales del siglo XX. Vozmediano tardó unos segundos en seguirla algo aturullado.

—Oiga, ¿acaso cree que le van a vender un pasaje para una patera en una máquina expendedora? Hay mafias y gente peligrosa detrás de ese negocio.

—No me diga.

—Entonces, ¿se puede saber a dónde va?

Niara se detuvo un momento y suspiró con hastío, como una maestra que tiene que explicar la misma obviedad por milésima vez.

—Mire, todas las ciudades, en todas las épocas, tienen un lugar donde uno puede conseguir lo que quiera si tiene dinero y contacta con las personas adecuadas. Y en las ciudades costeras, ese lugar suele estar cerca del puerto. Es muy sencillo de encontrar, en realidad, si uno tiene las ganas o la necesidad de hacerlo, aunque la mayor parte de la gente prefiera fingir que ese lugar no existe. Además, siempre he tenido facilidad para desenvolverme en ciertos ambientes. Usted escribió sobre mí en esos libros. Debería saberlo.

Deambularon durante un rato por las calles que desembocaban en el puerto, calles estrechas de edificios grises que se asomaban al mar como si sintieran vergüenza de su propia fealdad. En los soportales había pequeñas tiendas donde se vendían artículos de alimentación procedentes de los cinco continentes y minúsculos bazares repletos de cachivaches de todo tipo expuestos en cestas de mimbre sobre la acera. Gentes de todos los colores de piel caminaban con rumbos desconocidos, se saludaban en idiomas plagados de sonidos exóticos o se apoyaban en las paredes para observar con descaro a aquellos dos desconocidos. Niara se sintió como en casa.

Se dejó llevar por su instinto hasta que, a la vuelta de una esquina, encontraron a dos individuos altos y atezados que intercambiaban un paquete con disimulo.

Niara empujó a Vozmediano contra la pared.

—Espéreme aquí y no hable con nadie.

—Un momento. ¿Me va a dejar solo? ¿En este barrio?

Ella lo miró con una sonrisa torcida.

—¿Qué cree que le va a pasar? ¿Que lo van a violar o a robarle la cartera? Si ni siquiera tiene cartera. Ande, cómprese un periódico y léalo para pasar el rato. ¿No hacen eso los de su generación?

—El periódico en papel lo leía mi abuelo, oiga.

—Entonces quédese quietecito y observe a la gente. Lo mismo se le ocurre alguna idea para una novela.

Niara se asomó de nuevo al callejón. Los dos tipos habían dado por finalizada su turbia transacción y uno de ellos se había esfumado. Se dirigió al otro con paso firme.

—Buenos días, amigo —dijo en español antes de pasar al inglés —. Necesito un transporte discreto para llegar a Argelia. Dos pasajeros y ninguna pregunta. ¿Sabe usted dónde puedo conseguirlo?

—En puerto hay barco cada día a Orán —respondió el hombre en un inglés espantoso.

—He dicho discreto, amigo.

El tipo la miró con suspicacia.

—No entiendo qué dice tú.

Niara sacó dos billetes de cien euros del bolsillo delantero del pantalón. El tipo le devolvió una sonrisa desdentada.

—Ya. Entiendo mejor a tú ahora.

48

A mediodía se detuvieron a comer algo en una terraza del paseo marítimo de San Miguel, un barrio de la capital situado a treinta kilómetros al este, a los pies del Parque Natural de Cabo de Gata. Habían llegado hasta allí en autobús y aún les faltaban por recorrer otros doce kilómetros hasta Cala Carbón, donde la embarcación los recogería a las doce en punto de la noche.

Mientras apuraban el arroz y las cervezas (sin alcohol la de Niara, media docena las de Vozmediano. ¿Dónde demonios las echaba aquel esqueleto andante?), bajo el calor agradable del sol de primera hora de la tarde, el viejo comenzó a dar cabezadas.

—¿Tiene intención de echarse una siesta? —preguntó Niara.

Vozmediano dio un respingo.

—Qué va. Es que no estoy acostumbrado a tanta actividad.

—Pues descanse, por mí no se corte, porque nos queda un buen trecho.

—Aún no entiendo por qué tenemos que ir tan lejos, y encima de noche.

Niara bajó la voz.

—No pretenderá que el barco nos recoja a plena luz del día en una playa llena de gente. A partir de aquí hay sesenta kilómetros de costa virgen.

—Lo sé —gruñó Vozmediano—. Hace décadas que vivo en Almería, ¿recuerda? Fui a Cala Carbón una vez, hace muchos años. Es un paseo largo, absurdo y complicado.

—Se nota que es usted escritor por cómo abusa de los adjetivos. No se apure, que recorreremos los primeros kilómetros haciendo autostop. ¿Ha hecho alguna vez autostop? Es divertido, ya lo verá.

Vozmediano pareció entre sorprendido y aterrado con esa perspectiva.

—Usted ha visto muchas cosas, ha vivido aventuras, se ha jugado la vida muchas veces. Pero yo no, ¿vale? Yo solo soy un tipo normal y corriente que quiere volver a su vida de antes.

—Ya, un tipo que vive como un ermitaño en un fortín abandonado y que se bebe hasta el agua del cubo de fregar. Todo

muy normal. Por cierto, que eso me recuerda… —Niara abrió su mochila y urgó en su interior para sacar un teléfono móvil nuevo, aún guardado en su caja sin desprecintar—. Móvil de tarjeta. Lo compré esta mañana.

El viejo la observó mientras ella sacaba el teléfono de la caja, le instalaba la tarjeta SIM y lo encendía. Accedió a la tienda de aplicaciones e instaló Telegram. Un segundo después había configurado su cuenta y pudo leer el mensaje de Kersey: «Tengo pruebas contra Jones. Ya te dije que era él. Ten mucho cuidado. Estaré pendiente de Telegram por si me necesitas». Pensó durante un momento en la réplica más adecuada y por fin tecleó la respuesta: «La situación está controlada. Desapareceré unos días. Mientras tanto, piensa una solución al problema que me planteaste el otro día en el Ngara. Ahora está claro que tenías razón en lo que dijiste sobre el capitán. Contactaré de nuevo contigo cuando regrese a Nairobi».

Pulsó el botón de enviar. Sabía que ese mensaje sería suficiente para que Paulo despertase su faceta más maquiavélica.

49

«La situación está controlada. Desapareceré unos días. Mientras tanto, piensa una solución al problema que me planteaste el otro día en el Ngara. Ahora está claro que tenías razón en lo que dijiste sobre el capitán. Contactaré de nuevo contigo cuando regrese a Nairobi».

Paulo Kersey releyó el mensaje por tercera vez para asegurarse de que lo había comprendido bien, de que quería decir lo que quería decir. En el Ngara, él había insinuado que debían librarse de Jones de manera definitiva antes de que se convirtiera en el monstruo que estaba destinado a ser, pero Niara no había querido ni oír hablar del tema. ¿Había cambiado de opinión en un asunto tan grave solo porque él le había asegurado que había encontrado pruebas contra el abogado? Imposible. Niara Queen no hacía ese tipo de cosas. Debía de haber descubierto algo en España, algo que inculpara a Jones más allá de toda duda. Qué era ese algo, se le escapaba completamente.

Se sorprendió al sentir un malestar imprevisto en la boca del estómago, una sensación que tardó un momento en identificar: el mordisco de la culpabilidad royéndole las tripas. En el fondo, había deseado que Niara tuviera razón y él estuviera equivocado. Ahora lo comprendía. No quería volver a pasar por aquello, volver a disponer de las vidas ajenas como si fueran piezas sacrificables de un tablero de ajedrez, volver a erigirse en juez y verdugo. En este momento, mientras una niña que se parecía a su hija comenzaba una nueva vida llena de posibilidades, *necesitaba* creer que el mundo no era un completo estercolero, que en cada persona, incluso en gente peligrosa como Jones o miserable como el padre de Mukami, existía un rincón donde un vestigio de luz permanecía siempre encendido.

Suspiró. Muy a su pesar, la parte más analítica de su cabeza ya había comenzado a trabajar en el problema. Si lo necesitaban, si realmente lo necesitaban, debía tener preparada una solución para cuando Niara regresara a Nairobi. El futuro dependía de ello. Contratar profesionales para que hicieran el trabajo quedaba descartado. Eran gente despreciable que no dudaría en volverse

contra ellos si alguien les pagaba mejor. Debía encontrar un modo más limpio, más directo, que no dejase huella y que implicase al menor número de personas posible. Sabía que las personas siempre eran los eslabones más débiles en este tipo de cadenas.

De pronto lo vio claro. Probablemente, llevaba pensando en ello de forma inconsciente desde hacía semanas y la idea tan solo tuvo que salir a flote con un pequeño chapoteo como una botella en el océano. Bastaría con pedir un pequeño favor a Willy Razouki. El jefe de sistemas ni siquiera tendría que conocer el motivo, solo poner la mano y recibir su pago a cambio. Mínima implicación, mínimo riesgo.

Apartó esa idea de su mente como quien esconde la suciedad debajo de la alfombra antes de recibir una visita. La dejaría ahí, en la recámara, por si la necesitaba, pero ahora su obligación era centrarse en Mukami. Había concertado esa misma tarde una visita con el señor Tanui, el director de la Aga Khan Academy, para hablar del futuro, y lo último que necesitaba era empezar a pensar en asesinatos preventivos y utopías forjadas a base de sangre.

50

Pasaban varios minutos de la medianoche y Niara y Vozmediano aún esperaban en el arenal de Cala Carbón, una pequeña ensenada pedregosa encerrada entre dos despeñaderos que parecía la versión en miniatura de la cala de San Pedro. Unos turistas belgas los habían acercado en su destartalada furgoneta Volkswagen hasta la torre de la Vela Blanca, una atalaya con unas vistas vertiginosas del Cabo de Gata y de la costa virgen que lo circundaba, y desde allí habían hecho el resto del trayecto a pie, primero por una pista de tierra y luego por un estrecho sendero que descendía de forma abrupta hasta la playa.

Aunque la temperatura en esa época del año resultaba bastante templada, los dos tiritaban a causa de la humedad que, desde el anochecer, había ascendido del mar y se les había adherido al cuerpo como un fantasma que se preguntase quién estaría tan loco o tan desesperado como para pasar la noche en aquel lugar. La luna aún no había asomado por el horizonte. El cielo nocturno y despejado, desprovisto de contaminación lumínica, se desplegaba sobre sus cabezas como una semiesfera tachonada de estrellas, las mismas que Niara había visto cientos de veces en las noches de primavera del futuro a orillas del lago Nakuru, cuando el clima era tibio y aún oscurecía pronto y podía tumbarse sobre una estera en el porche de la granja de su familia y mirar hacia arriba y soñar con mundos inexplorados. Las estrellas le devolvían la mirada impasibles desde sus tronos a años luz de distancia, como invitándola a tener el valor de aceptar su propia insignificancia y, a pesar de ello, enfrentarse al vacío y a la inabarcable complejidad del cosmos.

Las estrellas eran las mismas, pero ella no. Ya no podía sentir ese estremecimiento recorriéndole la espina dorsal, esa certeza de tener toda una vida por delante y todo un universo por descubrir. Ahora, más de la mitad de su vida quedaba detrás y solo dos o tres décadas, con suerte, por delante, y sabía por experiencia que el universo era un lugar frío e indiferente que jamás había demostrado el menor signo de preocupación por sus criaturas y que jamás lo

haría.

Joder, cómo le apetecía echar un trago.

—El barco se retrasa —murmuró Vozmediano—. ¿Seguro que este es el lugar?

Niara no contestó. No estaba de humor en ese momento para tratar con viejos alcoholizados con problemas de inmadurez. Vozmediano, al parecer, tampoco estaba en su mejor momento después de perder su hogar, si podía llamarse hogar a aquel cuchitril en el que vivía, y de darse una larga caminata con una herida aún fresca en el hombro.

—¿Dónde está Kepler? —preguntó el viejo—. ¿Puede verse desde aquí?

Niara lo miró extrañada.

—¿Me está diciendo que nunca se ha preocupado por localizar Kepler 22b, en el firmamento a pesar de escribir esos libros?

Vozmediano se encogió de hombros.

—No necesito ver un punto en el cielo para escribir sobre él.

—Es usted tan prosaico que no me extraña que las musas hayan decidido mandarlo a la mierda. Mire. —Señaló hacia un lugar a media altura del cénit—. ¿Ve aquella estrella brillante de allí? Es Vega. La de su izquierda es Deneb, uno de los extremos de las alas de la constelación de Cisne. ¿Lo tiene? Vale. En algún lugar entre las dos está Kepler 22b, pero su brillo resulta demasiado débil como para verla desde aquí sin un telescopio.

Niara se quedó contemplando la zona oscura situada entre Vega y Deneb, donde el planeta Kepler 22b giraba silencioso y —de momento— deshabitado alrededor de su estrella, una enana amarilla convencional, tan lejana, tan débil, tan solitaria que su luz, surgida de las entrañas infernales de un horno nuclear, había alcanzado la atmósfera terrestre convertida en una corriente tan insignificante de fotones que ni siquiera podía distinguirse a simple vista. Cuando esa luz había salido de Kepler 22b, en la Tierra aún no había terminado la Edad Media, no se había inventado la imprenta y los seres humanos de Europa, Asia y África vivían ignorantes de que otros miembros de su misma especie pululaban por América y Oceanía, al otro lado del mar, cada uno pensando que el mundo entero se circunscribía a sus respectivos dominios, dispuestos a aniquilarse mutuamente por un pedazo de tierra o por

la supremacía de unas tradiciones perfectamente arbitrarias sobre otras igual de arbitrarias.

Niara casi pudo oír cómo las estrellas se carcajeaban de la humanidad desde allí arriba.

—El eterno retorno —dijo Vozmediano sin venir a cuento.

—¿Eso qué es? ¿Un aforismo incomprensible o el síndrome de abstinencia?

—Es una teoría filosófica de los estoicos. Aplicada a la historia, viene a decir que todos los acontecimientos se repiten una y otra vez inevitablemente. Aunque cambien las circunstancias y los protagonistas, los resultados son idénticos. Hay muchos ejemplos en la historia universal, como el auge y la caída de los imperios o las dinámicas de acción y reacción.

—¿Está diciéndome que lo que estamos haciendo aquí es reproducir un ciclo sin posibilidades de cambio?

—Estoy diciendo que está usted luchando contra unas fuerzas tan inabarcables como esas estrellas que mira con tanta intensidad. Estoy diciendo que unas criaturas ridículas como nosotros no pueden cambiar la historia por fuerza bruta o por el simple deseo de su voluntad.

—Entonces, ¿no hay nada que hacer? ¿Estoy condenada a vivir los mismos acontecimientos una y otra vez?

Vozmediano se encogió de hombros.

—Empieza a comprender por qué nunca pude escribir esa novela. He pensado mucho en ello, durante años, y todas las posibilidades conducen a callejones sin salida. Puede usted retrasar la decadencia y desaparición de Elcano 2 durante algunos años, o la de la Tierra durante algunos siglos, o la de la galaxia durante decenas de miles de años, pero al final… Al final todo acabará convertido en una sopa de radiación uniforme. El destino a gran escala del universo está escrito desde el mismo momento del *Big Bang*, y nada de lo que usted o yo hagamos puede cambiar eso.

—Está admitiendo que el destino existe, que es una fuerza cósmica invencible y no hay nada que hacer contra él.

—Sí, pero (y aquí viene el truco) esa solo es la visión general del cuadro. A pequeña escala, a la escala de los seres humanos y de sus civilizaciones, existen rugosidades en ese lienzo. ¿Ha visto alguna vez un cuadro impresionista? Si lo mira de lejos, las figuras

humanas aparecen representadas con claridad, el paisaje, la luz, el vestuario, todo resulta reconocible y tiene el aspecto que se espera de ello. En cambio, si se acerca lo suficiente, si mira el lienzo a unos centímetros de distancia, solo verá un puñado de pinceladas aparentemente azarosas. Todas están ahí con un propósito, y de todas ellas emerge un conjunto que es mayor que la suma de las partes. En ese nivel cercano, de apariencia caótica, es donde podemos intervenir. El caos cotidiano es nuestro hábitat natural. Una pincelada más larga que otra, o de un color distinto, o trazada de un modo diferente e inesperado, puede provocar un cambio sustancial en el cuadro cuando uno se aleja y vuelve a mirarlo desde una escala global.

Niara permaneció pensativa unos segundos, mirando al horizonte oscuro.

—Una pincelada en el momento y en el lugar preciso.

—Así es. El aleteo de una mariposa en Pekín puede provocar un huracán en Florida. Necesita averiguar dónde, cuándo y cómo dar esa pincelada.

—Es una idea interesante. Empiezo a pensar que no ha sido tan mala idea traerlo conmigo.

—Vaya, ¿es que antes sí lo pensaba?

—Créame: me arrepentí de haberlo sacado de su cuchitril casi desde el mismo momento en que lo hice. Y, diga, ¿qué ideas barajaba para la continuación de los libros?

—Todas. Ahí reside el núcleo del problema: hay demasiadas posibilidades y ningún mapa que conduzca al tesoro. Probé todas las combinaciones posibles. Incluso contraté a una consultoría informática para que desarrollaran un programa que simulaba todas las acciones razonables de cada personaje, obteniendo todas las combinaciones de acciones posibles.

—¿Y qué sucedió?

—Que ninguna funcionaba. Las analicé durante años. La mayoría ni siquiera tenían sentido. Y, de las que sí lo tenían, ninguna conducía a un final feliz.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé. Cuando una idea, una trama, un giro argumental funciona, un escritor lo sabe. Y allí había buenas ideas, montones de tramas interesantes, giros argumentales que funcionaban a la

perfección… pero ningún *happy ending* estilo Hollywood.

Niara estuvo a punto de preguntar algo más, pero de pronto una idea la asaltó con tal fuerza que tuvo que ponerse de pie. Vozmediano trató de imitarla, alarmado, aunque sus rodillas lo traicionaron y volvió a caer lastimosamente sobre la arena.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Esas ideas… esas combinaciones de acciones… ¿aún las conserva?

Vozmediano pareció confuso durante un segundo.

—¿Que si las conservo? ¡Por supuesto que las conservo! ¿No le he dicho que llevo años trabajando en ello?

—¿Dónde? ¿Dónde las guarda?

El viejo metió la mano derecha en el bolsillo interior de sus pantalones, sacó una diminuta memoria *flash* y se la mostró a Niara con gesto de triunfo. Cuando ella hizo ademán de ir a cogerla, Vozmediano retiró la mano.

—No tan rápido. ¿Para qué lo quiere?

—Acabo de comprender algo. En los últimos años he estado preparando todo lo necesario para el futuro, disponiendo todas las piezas sobre el tablero. Para algunas aún es pronto, aunque sé exactamente cómo proceder cuando llegue el momento: la libreta de tapas oscuras que debe ocultarse en las cuevas de Kepler 22b, el libro sagrado de la gente del bosque, la grabación de las instrucciones para mi yo del futuro… Pero había algo que se me escapaba de las manos… hasta ahora.

La expresión de Vozmediano pasó de la cautela a la sorpresa.

—Un momento… ¿Se refiere a…?

—Había algo que usted tampoco supo cómo resolver, ¿verdad? Algo para lo que no encontraba una justificación plausible, incluso dentro de esta historia descabellada.

Ahora el viejo, con dificultad, logró ponerse en pie y comenzó a caminar por la arena de un lado a otro.

—Sí… Cierto… —Se giró hacia ella con los ojos muy abiertos, como si una fiebre repentina se hubiera apoderado de él—. En la teoría de universos múltiples, ninguna información puede viajar de un universo a otro. No hay ninguna manera razonable de hacerlo. Así que resultaba imposible…

—… que existiera un registro estadístico de los sucesos de cada

iteración. Y resulta que sí que lo hay. Hay un registro estadístico preciso y exhaustivo. Usted lo tuvo siempre en su poder. Está ahora mismo en su bolsillo.

Vozmediano volvió a sacar la memoria *flash*, un rectángulo de plástico negro de un centímetro cuadrado. Allí estaba todo. Allí *tenía* que estar todo. Niara lo percibía del mismo modo que notaba como las viejas leyes de Newton mantenían atada a la Tierra en su caída perpetua alrededor del Sol.

El viejo dejó de caminar por la arena como un enajenado y miró a Niara.

—¿Sabe lo que es esto? Un *deus ex machina*.

—¿Un qué?

—Un *deus ex machina*. En teoría literaria, es una expresión latina para referirse a un hecho fortuito forzado por el autor para resolver un problema de su propio argumento. Se considera un truco barato y suele hacer saltar la lógica interna del relato por los aires. Por eso debe evitarse.

—Me apuesto un trozo de hígado a que hay excepciones.

—Oh, ya lo creo. Casi tantas como historias. Desde Helios salvando a Medea con su carro solar en la tragedia de Eurípides hasta Harry Potter sacando la espada de Griffindor del sombrero seleccionador en *La cámara secreta*. El *deux ex machina* es casi imposible de evitar al crear una historia. Se trata, más bien, de hacerlo de manera que no se note, o en dosis tan bajas que la suspensión de incredulidad del lector no empiece a parpadear como una bombilla en mal estado.

—Entonces ¿cree que es posible? ¿Podría ser la solución que tanto usted como yo andábamos buscando?

Vozmediano se rascó el mentón áspero y sonrió por primera vez en estado sobrio desde que Niara lo conocía. Claro que también era la primera vez que estaba sobrio desde que Niara lo conocía.

—Desde luego. Nunca se me habría ocurrido. En realidad, nunca se me habría ocurrido que yo mismo participase en la historia como un héroe de acción.

—Eh, pare el carro, héroe de acción. Aún está por ver hasta qué punto participa usted en esta historia. De momento, conténtese con el papel de consejero y deje la acción para los demás.

—Le dijo la manca al viejo.

Niara le devolvió la mirada con el ceño fruncido y acto seguido los dos rompieron a reír. Aquel anciano puñetero tenía un punto de retranca que le empezaba a agradar.

—Supongo que no ha oído hablar de las esferas de Propp —dijo Vozmediano cuando se calmaron.

—Supone bien.

—Vladimir Propp fue un lingüista ruso. Se pasó la vida analizando historias populares y encontró un montón de elementos recurrentes en todas ellas, como los siete tipos de personaje arquetípicos: el héroe, el antagonista, el ayudante, el agresor, el ordenante, la princesa y el donante.

—¿En serio? ¿Y esas chorradas funcionan?

—Bueno, han funcionado bastante bien durante cientos de años. Tal vez miles. Es el motivo por el que a la gente le siguen chiflando las historias clásicas.

—¿Y quién soy yo en esta historia? ¿La princesa?

—Oh, no, Dios nos libre. No se tome a esos personajes en el sentido literal. Solo son arquetipos. La princesa de los relatos tradicionales es un personaje indefenso al que hay que proteger y habitualmente salvar de las garras del antagonista. Aunque los teóricos sigan hablando de princesas, ese papel lo puede interpretar cualquiera, independientemente de su género y de su posición social. La princesa en *El retorno del Jedi* es Han Solo, por ejemplo. ¿Ha visto usted *El retorno del Jedi*?

—Por supuesto. ¿Cree que he estado encerrada en un laboratorio los últimos años?

—Pues bien, usted es el héroe de esta historia. O la heroína, ya me entiende. Tiene todos los atributos para serlo: una misión que cumplir, un ayudante insospechado (Paulo Kersey), varias princesas a las que salvar (es decir, Ada, Eyre, Trisha, y todos los demás). También tiene un ordenante, que le conmina a llevar a cabo su misión: usted misma en el pasado, cuando decidió viajar hasta el siglo XXI para empezar de nuevo. Por supuesto, tiene un antagonista, Arthur B. Jones, que intentará impedir a toda costa que usted consiga su objetivo. Y también tiene un agresor, del que aún guarda un recuerdo en forma de llamativa contusión en la mejilla. Y quizá encuentre más agresores en lo sucesivo.

—Vaya, gracias, eso suena muy prometedor.

—No me mire a mí. Solo le digo que, si yo estuviera escribiendo esta historia, pondría más agresores en su camino. Pero el personaje más atractivo es el falso ayudante: un aliado del héroe que un buen día le da una puñalada trapera. Un simple matón a sueldo es poca cosa para una heroína de su calibre.

Niara negó con la cabeza y bufó sin saber cómo replicar. El personaje del falso ayudante encajaba tan bien con Jones que sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Y supongo que un mismo personaje puede interpretar varios papeles. ¿No es así?

Vozmediano iba a contestar cuando la luz de una embarcación se reflejó en las aguas oscuras del Mediterráneo, cerca de la línea del horizonte. Niara se acercó a la orilla entrecerrando los ojos. Sí, sin duda la embarcación se aproximaba en silencio, con los motores apagados para no alertar a las patrullas fronterizas.

—Ahí está nuestro transporte —dijo, sacudiéndose la arena de los pantalones—. Esté preparado y vaya al baño si lo necesita, porque el viaje será largo. Por cierto: le falta el donante. ¿Qué es lo que hace el donante en esta historia y quién lo interpretará esta noche?

Vozmediano volvió a meter la mano en el bolsillo y le tendió a Niara la memoria *flash*.

—El donante proporciona al héroe un objeto trascendental, a menudo mágico. También suele ilustrarlo con su sabiduría. Seguro que conoce a muchos donantes famosos: Obi Wan Kenobi, Albus Dumbledore, R. Daneel Olivaw o Gandalf el mago. Siento que a usted le haya tocado un donante tan lamentable, pero no parece haber nadie más disponible por aquí. Y, hablando de todo un poco, ¿cree que en esa patera tendrán algo de beber? Tengo la garganta reseca de tanto hablar.

51

Kersey entró hecho una furia en la chabola. Había esperado en vano al padre de Mukami durante más de dos horas en el lugar habitual y luego, harto del retraso y con todas las alarmas encendidas, había pasado por la Aga Khan Academy, donde el director, con su sonrisa perpetua, le había asegurado que la niña no había aparecido ni hoy ni el día anterior por las aulas.

La chabola estaba vacía. Las pocas pertenencias que pudiera tener la familia habían volado. A esas horas, Mukami podía estar en cualquier parte. De camino al suburbio de Kibera, había pasado por la esquina donde la niña solía pedir limosna, pero su lugar volvía a ocuparlo otro pequeño. El padre de Mukami no sería tan estúpido como para llevarla de nuevo allí. Habría negociado con la mafia que movía el negocio una nueva ubicación para la niña, un lugar alejado del centro de Nairobi, incluso en otra ciudad, un lugar donde Kersey no pudiera encontrarla jamás.

Se maldijo a sí mismo y descargó una patada de pura impotencia contra una lámina de zinc. La estructura entera de la chabola tembló, y de buena gana la hubiera derribado a puñetazos. Maldita sea. Se había planteado sacar a la niña de aquella vida por las bravas, separarla de su padre y llevarla a un sitio donde ese malnacido no pudiera volver a encontrarla, matricularla en un internado lo más alejado posible de aquel pozo de miseria hasta que la pequeña olvidara su vida en las calles y pudiera enfrentarse al futuro con alguna posibilidad. Pero no lo había hecho. Había confiado en aquel tipo despreciable y alcoholizado. Había confiado en que sería capaz de cambiar, aunque fuera mínimamente, por el bien de su hija. Había confiado otra vez en la naturaleza humana y la naturaleza humana había vuelto a decepcionarlo.

Se sorprendió apretando los párpados para contener las lágrimas. No podía permitir que aquello le afectara tanto. Solo se trataba de una niña, una de tantas, una de los miles de niños condenados, niños repartidos por todos los rincones de aquel planeta infecto que habían perdido la partida incluso antes de empezar.

Sacudió la cabeza. El parecido de Mukami con Trisha solo era una trampa de su subconsciente, una carambola genética. Ahora tenía que centrarse en su otra tarea. Jones. Jones andaba suelto y era peligroso. Jones quería acabar con Niara, quería acabar con todo y con todos. Jones era el producto final de un mundo podrido que parecía generoso y acogedor desde lejos y que revelaba su verdadera genética siniestra cuando te acercabas. Tenía que proteger a Niara a toda costa, porque proteger a Niara era proteger el futuro, era proteger a la verdadera Trisha, la que aún estaba por nacer y cuya suerte dependía de las decisiones que tomasen ahora.

Debía aprender una lección de lo que le había sucedido con el padre de esta niña. Había bajado la guardia durante un momento, se había involucrado personalmente, se había permitido confiar en que la gente conservaba un vestigio de decencia y que ese vestigio podía avivarse. Niara era demasiado ingenua, aunque tratase de aparentar lo contrario, y le había contagiado parte de su ingenuidad. La gente no cambiaba: esa era la cruda realidad. La gente no cambiaba nunca. La gente era miserable y egoísta y estúpida. No lo olvidaría. No lo olvidaría de ahora en adelante.

Salió de la chabola y se alejó del barrio de Kibera sin mirar atrás. El viento vespertino secó sus ojos definitivamente. Al llegar a Mbaghathi Way, estaba decidido a hacer lo que desde el principio tenía que haber hecho. Llamó a un coche de la compañía para que pasara a recogerlo y le pidió al chófer que lo acercase a La Torre. Tenía una idea muy precisa de cuál sería su siguiente paso porque lo había planificado en su cabeza desde que había recibido el mensaje por Telegram de Niara: «La situación está controlada. Desapareceré unos días. Mientras tanto, piensa una solución al problema que me planteaste el otro día en el Ngara. Ahora está claro que tenías razón en lo que dijiste sobre el capitán. Contactaré de nuevo contigo cuando regrese a Nairobi».

Pues bien, él tenía la solución. Vaya si la tenía.

Durante el trayecto, marcó el número de Willy Razouki y acordaron encontrarse en la cafetería que había enfrente de La Torre. Quería tener una entrevista discreta con Willy pero, al mismo tiempo, que nadie pudiera pensar que andaban escondiéndose. Era una estrategia básica para no levantar sospechas.

Willy Razouki había estado haciendo turno de noche —siempre

tenía que haber gente de guardia en el departamento de sistemas, y a Willy le gustaba hacer esos turnos a pesar de que, como jefe de sistemas, podría haberlos evitado—, de modo que tuvo que sacarlo de la cama y pedirle que se acercara a La Torre unas horas antes de que comenzase su turno de trabajo. Kersey aguardó en la cafetería, entreteniendo la espera con un Blue Mountain descafeinado. Al cabo de media hora vio cruzar frente a las ventanas del establecimiento el inconfundible Lamborghini Urus de color amarillo. El único vicio conocido de Willy Razouki era su afición a los coches deportivos. Aunque su sueldo era generoso y su estilo de vida prácticamente monacal, era difícil imaginar cómo había podido financiar un vehículo como ese, a menos que tuviera acceso a otra fuente de ingresos.

El Lamborghini desapareció en la rampa del aparcamiento y Willy Razouki atravesó un par de minutos más tarde la puerta principal de La Torre para dirigirse con su eterno aire despistado hacia la cafetería. Era extraño tenerlo enfrente físicamente: Willy era el típico tío que siempre está al otro lado de la línea telefónica o de la pantalla, una presencia silenciosa y eficaz a la que no le ponías cara. En persona, ciertamente no resultaba gran cosa: rechoncho, sudoroso y medio calvo, con una piel tostada que revelaba un origen mestizo y sus perpetuas gafas redondas remendadas con cinta aislante. Además, era una de esas personas que sudaba continuamente, incluso en los días más fríos. El Lamborghini y él formaban una pareja tan glamourosa como una pantera y una comadreja.

Kersey le hizo una seña con el brazo desde su mesa para llamar su atención. El técnico se acercó balanceando su redondeado cuerpo.

—Bonito coche —dijo Kersey, a sabiendas de que al técnico le encantaba ese tema de conversación.

Willy Razouki respondió con un entusiasmo infantil.

—Gracias. Es un Lamborghini Urus, el mejor SUV del mundo.

—Antes tenías un Maserati, ¿no es así?

—Sí, un Maserati Levante. No tiene ni punto de comparación. El Levante es una buena máquina, pero el Urus, en fin… Digamos que juega en otra división.

—Imagino que mantener un coche así debe costar un dineral.

Willy sonrió.

—No es como tener un Ford Focus, desde luego. Pero la mecánica es mi única afición. Qué le voy a hacer: me gustan los coches.

—¿Aún conservas el Golf GTI? ¿De qué año era? ¿Del 75?

—Del 74. Aunque la joya de mi colección es un Corvette C3 Stingray de 1968. ¿Le interesan a usted los coches antiguos? Tal vez podría venir un día a verlos.

Willy mostraba la misma alegría al hablar de sus coches que un niño con zapatos nuevos. Bien, ahí es donde Kersey quería llevarlo. Ahora lo tenía a tiro.

—Quizá algún día. Ahora tengo otra propuesta que hacerte. Muy beneficiosa para mí, muy lucrativa para ti. La aceptarás si sabes lo que te conviene. Porque no querrás tenerme como enemigo, ¿verdad, Willy?

La expresión del informático mudó del entusiasmo a la cautela. Kersey no le dejó respirar.

—No se trata de nada peligroso. Solo entrar en uno de los almacenes de La Torre y sacar una mercancía sin que quede registrado en ningún sitio. Lo haría yo mismo, pero solo alguien con acceso a los registros informáticos puede moverse por las instalaciones de máxima seguridad sin dejar rastro. —Kersey casi percibía cómo el cerebro del jefe de sistemas se esforzaba por buscar una excusa para salir corriendo de allí sin contrariarle. Bajó una octava su tono de voz para añadir—: Cinco minutos de trabajo a cambio de un cheque con siete ceros. ¿Qué me dices?

La actitud de Willy cambió al instante. Pasó de mirar de reojo hacia la puerta de la calle a poner toda su atención en su interlocutor. Kersey adivinó en sus facciones el brillo de la codicia, algo que había visto cientos de veces en cientos de personas de toda condición, aunque también había algo más. ¿Miedo, ansiedad, inquietud? Algo carcomía a Willy. Tal vez se hallaba cohibido por compartir un café con un superior jerárquico. Fuera lo que fuese, lo importante era que sus pensamientos se habían centrado en conjugar su colección de coches antiguos con un cheque de siete ceros. ¿Tal vez unas llantas de titanio para el Golf? ¿Un juego de bujías relucientes para el viejo Stingray?

Willy Razouki compuso una sonrisa nerviosa y preguntó:

—¿Y qué es exactamente lo que necesita?

52

El teléfono irrastreable que Ackerman había decidido llevar siempre encima vibró en su bolsillo. Miró fugazmente la pantalla y reconoció el número de Willy Razouki.

Se aseguró de que la puerta del despacho estaba cerrada por dentro antes de contestar.

—Ackerman.

—Soy yo.

—Ya lo sé. ¿Qué ocurre?

Hubo una pausa al otro lado, como si el jefe de sistemas estuviera pensando que no había sido tan buena idea hacer aquella llamada.

—Acabo de tener una reunión con Paulo Kersey —dijo por fin.

Ackerman no tuvo que disimular su sonrisa. Al fin y al cabo, estaba en su despacho y nadie podía verlo.

—Continúa.

—Me ha pedido que le consiga algo.

—¿El qué?

Otra pausa. Que la habitual verborrea de Willy Razouki se viera afectada por tantos paréntesis era una señal inequívoca de que un asado de grandes dimensiones estaba cocinándose en el horno.

—Un activo del proyecto Fanyi —susurró Willy—. Por eso le llamo. Usted me pidió que le avisara si la doctora Arroway o el señor Kersey contactaban conmigo. ¿Qué quiere que le conteste?

Esta vez fue Ackerman el que hizo la pausa.

—¿De qué activo estamos hablando?

—No lo ha especificado. Solo me ha pedido que… Que sea uno de efecto fulminante y que no deje rastro.

—¿Mortal?

Ackerman pudo escuchar como Willy Razouki tragaba saliva al otro lado de la línea.

—Sí.

El cerebro de Ackerman comenzó a trabajar a toda velocidad. Le encantaba cuando sucedía eso. Casi podía oír la maquinaria perfectamente engrasada encajando las piezas en su lugar.

—¿Algo más?

—Se han registrado varios movimientos en la tarjeta de crédito de la doctora Arroway: dos pasajes para el avión de Almería a…

—¿La doctora ha contactado con Paulo Kersey? —lo interrumpió Ackerman.

—Le envió un mensaje esta tarde, nada import…

—¿Qué mensaje?

—Un… un momento. Tengo el registro por aquí.

Un chasquido recorrió la línea telefónica antes de que la voz de Razouki recitase:

—«La situación está controlada. Desapareceré unos días. Mientras tanto, piensa una solución al problema que me planteaste el otro día en el Ngara. Ahora está claro que tenías razón en lo que dijiste sobre el capitán. Contactaré de nuevo contigo cuando regrese a Nairobi».

La cadena de pensamientos de Ackerman se tensó como un látigo: alguien había estado husmeando por ahí, se había enterado de sus movimientos para acabar con la doctora y había ido con el cuento a Jones. Era bastante obvio que ese alguien había sido Paulo Kersey. Era de ese tipo de persona que se creen más listas que los demás y va metiendo las narices por todas partes. Y allí estaba ahora, haciéndole el trabajo sucio a la doctora Arroway.

La sonrisa de Ackerman se ensanchó. A veces, uno simplemente tenía que comenzar a armar el rompecabezas y, llegado el momento, las piezas que faltaban por colocar se encajaban solas con un movimiento sutil. Este era uno de esos momentos.

—Quiero que sigas la corriente a Paulo Kersey —susurró en el auricular—. Pero yo te diré cuál es el activo que tienes que entregarle.

—¿Y los billetes de avión? ¿Quiere que haga algo al respecto?

Colgó el teléfono sin contestar. Si la doctora pensaba que iba a engañarlo con una cortina de humo tan evidente como comprar unos billetes de avión con la tarjeta de crédito, era más estúpida de lo que creía.

Marcó otro número de teléfono y apenas tuvo que esperar. La voz áspera le contestó casi al instante.

—¿Sí?

—Aquí Ackerman. Nuevo encargo. Moviliza a todos los

observadores que tengas en la ciudad. No me importa lo que cueste. Tenéis que encontrar a alguien que llegará a Nairobi en los próximos días, probablemente con una identidad falsa. Te enviaré unas fotografías. Pasa mi número a tus hombres y que me llamen directamente a mí. No, esta vez no se trata de una eliminación; solo tenéis que avisarme en cuanto aparezca y aseguraros de que no le sucede nada. Yo mismo me encargaré del resto.

53

Niara y Vozmediano llegaron a Nairobi ocho días después de haberse subido a un barco ilegal en plena noche en la costa de Almería. Habían desembarcado en una remota playa rocosa cerca de Béni Saf, una ciudad portuaria argelina situada a unos 80 kilómetros de Orán. Ese fue el punto de partida de otro viaje interminable de casi dos días a través del desierto del Sahara, con temperaturas de cincuenta grados durante el día y cuatro o cinco durante la noche. Para burlar a las patrullas de la policía, viajaron escondidos en el compartimento de carga de un camión de productos higiénicos. Finalmente, el conductor, un tipo risueño y maloliente que no dejaba de masticar un puro apagado, los invitó a apearse al otro lado de la frontera de Níger.

Hasta allí llegaba su trato con los tipos que les facilitaron el viaje entre Europa y África: cuatro mil euros a cambio de una travesía infernal hasta Níger. A partir de ese punto, se las apañaron como pudieron, primero haciendo autostop hasta Agadez, luego en una furgoneta destartalada que compraron a un campesino de la zona y, por último, tomando un avión de Asky Airlines en Niamey. El control fronterizo en el aeropuerto de Diori Hamani no era demasiado estricto, y los sospechosos pasaportes falsos que habían adquirido la tarde anterior junto con el generoso puñado de dólares que cambió de manos debajo de la mesa del funcionario de aduanas fueron suficiente salvoconducto para flanquearles la entrada al avión.

Finalmente, aterrizaron en el Aeropuerto Jomo Kenyatta de Nairobi la mañana del octavo día desde su salida de España, y fueron registrados con nombres y nacionalidades falsas por los funcionarios de inmigración, por lo que no hicieron saltar ninguna alarma que pudiese poner sobre aviso a sus enemigos.

Vozmediano llegó un poco maltrecho después de dar tumbos durante ocho mil kilómetros por media África y de probar generosamente todos los licores alcohólicos que pudo encontrar, como si estuviera haciendo un inventario de las costumbres beodas autóctonas de cada lugar en el que se detenían, de modo que Niara

lo alojó en el Magnolia Pine, un hotel modesto pero aseado (y, sobre todo, discreto), lejos del centro de la ciudad, y le concedió un día de descanso mientras ponía orden en sus asuntos, aunque supuso que el viejo malgastaría la mitad del día emborrachándose y la otra mitad durmiendo la mona.

Ella tomó un taxi y se marchó hasta el Nairobi Serena, el mismo hotel en el que se había refugiado con Njeri tras el asalto a su apartamento. Para ella era perfecto, porque podía pasar desapercibida entre las hordas de turistas armados con sus cámaras fotográficas y se encontraba razonablemente cerca de La Torre. Había descartado, de momento, regresar a su apartamento por un motivo obvio: Jones lo tendría bajo vigilancia. Al menos, ella lo hubiera hecho si estuviera en su lugar.

Después de recoger la llave de la habitación de manos de un recepcionista de voz áspera y fuerte acento etíope, salió a comprar algo de ropa que le permitiera mimetizarse con las turistas occidentales (es decir, un disfraz de Meryl Streep en *Memorias de África*) en una tienda cercana antes de darse una larga ducha, la primera en ocho días. Dejó que el polvo del camino se marchase lentamente por el desagüe y luego continuó bajo el chorro un rato más. Había olvidado lo relajante que resultaba algo tan simple como una ducha de agua caliente después de un tiempo de privaciones. Y se percató de algo más que la acariciaba por dentro: la euforia de haber llegado hasta allí de una pieza, el gusanillo de la aventura picándole de nuevo.

Negó con la cabeza, reprochándose a sí misma su frivolidad. Se estaba jugando demasiado: aquello no debía resultar divertido. Y ya no tenía edad para jueguecitos. Sin embargo, fue un reproche sin convicción. En el fondo, sabía que, por primera vez desde que llegó al siglo XXI, o incluso desde mucho antes, estaba disfrutando con todo aquello. Puede que fuese una inmoralidad, pero volvía a sentirse viva.

Después de secarse, examinó distraídamente su cuerpo ante el espejo de la habitación. Los pechos caídos, la acumulación de grasa alrededor de la cintura, las arrugas en las comisuras de la boca y de los ojos, resultaban pruebas irrefutables de que el tiempo seguía siendo un juez implacable. Había adelgazado en estos últimos días, aunque los michelines estaban implantados a demasiada

profundidad en su anatomía como para desaparecer. Como mucho, se convertirían en colgajos de carne fláccida.

La contusión de su mejilla se había diluído hasta dejar un cardenal violáceo apenas visible bajo el tono tostado de su piel. Había perdido una de las muelas de ese lado de la boca. Por suerte, el resto parecían haberse recuperado sin secuelas perceptibles, aunque aún le dolían si las empleaba para masticar. Vozmediano había escapado mucho mejor del trance en la cala de San Pedro: su rasguño del hombro era ya un vago recuerdo en forma de costra que no tardaría en caerse.

Con un suspiro de resignación, se puso el disfraz de Meryl Streep y volvió a salir para comprar otro teléfono de tarjeta. El propietario de la tienda echó un vistazo desconfiado al pasaporte falso. No lo hubiera hecho si en la primera página hubiera figurado el emblema de los Estados Unidos o del Reino Unido, pero una turista procedente de Níger era algo tan infrecuente como una amnistía fiscal. Sin embargo, ante la visión del flamante fajo de chelines que Niara dejó distraídamente sobre el mostrador, el vendedor decidió olvidar sus escrúpulos y le ofreció un modelo antiguo por el triple de su valor mientras se deshacía en sonrisas. Media hora después, Niara estaba a diez manzanas del hotel, una distancia que consideró prudente por si alguien rastreaba la llamada, telefoneando a Kersey.

—Soy yo.

Kersey tardó unos segundos en responder. A Niara le pareció que salía de una habitación y cerraba la puerta tras de sí.

—Por el amor de Dios, ¿te encuentras bien? ¿Dónde te habías metido? —dijo entre murmullos.

—Estoy perfectamente, no te pongas histérico. ¿Alguna novedad en mi ausencia?

—Ya lo creo. ¿Dónde estás? Puedo coger un avión esta…

—No hace falta. Te veo dentro de una hora en la isla del parque Uhuru. No te retrases.

Cortó la comunicación. No habían hablado más de veinte segundos, un tiempo insuficiente para localizar la llamada con precisión. O eso esperaba. El teléfono de Paulo podía estar intervenido. En realidad, contaba con ello. Si era así, alguien más acudiría al parque Uhuru, pero la isla en el centro del lago artificial estaba siempre tan atestada de gente a la hora de comer que no

resultaría difícil confundirse entre la multitud. También contaba con ello.

Sonrió de nuevo. Muy a su pesar, aquello empezaba a ponerse emocionante.

54

El teléfono privado de Ackerman volvió a sonar. Lo había usado más veces en unos pocos días que en todo el año anterior. En esta ocasión, se trataba de uno de los observadores que tenía repartidos por la ciudad.

—Ackerman.

—Ella está aquí —dijo una voz con fuerte acento etíope.

Se puso en pie de forma tan brusca que un puñado de papeles salieron despedidos de la mesa como pavesas de una pira funeraria.

—¿Estás seguro?

—Acabo de entregarle yo mismo la llave de una habitación del Nairobi Serena.

De modo que por fin la doctora había regresado y trataba de pasar inadvertida. Se creía muy lista, como siempre. Pues bien, ella y su amiguito Paulo Kersey iban a llevarse una desagradable sorpresa.

—¿Ha llegado sola? —preguntó.

—Sí.

—Encárgate de que alguien la siga en todo momento. Quiero saber cuándo duerme, cuándo come y cuándo va al cuarto de baño, ¿entendido?

Ackerman cortó la comunicación con brusquedad. Marcó frenéticamente el número de Willy Razouki y esperó con impaciencia a que el jefe de sistemas contestara.

—¿Le has preparado a Paulo Kersey el activo que te indiqué? —le soltó a bocajarro.

—Desde luego —contestó Willy—. ¿Hay algún problema?

—Ya no —dijo Ackerman—. No te separes del teléfono. Kersey te pedirá que se lo entregues en breve.

Estaba a punto de colgar cuando se percató de que Willy Razouki seguía hablando:

—Precisamente iba a llamarle yo a usted.

—¿Por qué?

—La doctora Arroway acaba de telefonear al señor Kersey desde un nuevo teléfono sin registrar y han acordado una cita. Según el

análisis del espectro de frecuencias, sin duda se trata de su voz. Supongo que estará interesado en escuchar la conversación.

Ackerman sonrió en la soledad de su despacho. Aquello era demasiado. El día estaba resultando tan redondo que no podía ser verdad.

—Ya lo creo que quiero escucharla, querido Willy. Ya lo creo.

55

Cuando Kersey llegó al parque, Niara ya se había hecho con un puñado de samosas y una Coca Cola Zero en uno de los puestos callejeros y estaba saboreando con lentitud una de aquellas deliciosas empanadillas frías fuertemente especiadas.

El aspecto de Kersey era el habitual en él: traje impecable, peinado perfecto y aspecto de conspirador, como un espía de la época de la Guerra Fría. Solo los ojos, demasiado claros como para resultar tranquilizadores, ponían una nota discordante en el conjunto indudablemente atractivo. Se dirigió en línea recta hacia Niara, disimulando a duras penas su agitación y, por un momento, ella temió que intentase abrazarla.

—Eh, tipo duro, ¿qué es esa sospechosa humedad de tus ojos? —dijo.

—No seas ridícula. Pero si insinúas que estaba preocupado por ti, sí, es cierto.

—Al final va a resultar que Paulo Kersey tiene su corazoncito. Dime, ¿qué puedes contarme sobre Jones?

—¿Qué es ese golpe que tienes en la mejilla? —preguntó Kersey —. ¿No vas a decirme dónde te has metido todo este tiempo?

—Antes necesito que me traigas algunas cosas de mi apartamento. Ropa, sobre todo.

—Enviaré a tu asistente.

—¡No! Ni se te ocurra involucrarla más en esto. Njeri tiene tres hijos, ¿sabes? Pero mantengámonos en movimiento. Creo que hay alguien muy interesado en escucharnos.

Kersey miró a un lado y a otro. La isla estaba atestada de tenderetes de comida rápida y refrescos y de gente que charlaba mientras apuraba un café, familias haciendo picnic sobre manteles a cuadros u oficinistas que esperaban la hora de regreso al trabajo mientras tomaban el aire. Niara señaló hacia un tipo que leía el periódico y a una señora que empujaba un carrito de bebé.

—Allí y allí —dijo—. Puede que se me escape alguno. No me dedico profesionalmente al espionaje.

Comenzaron a caminar, confundiéndose entre el gentío. Kersey

saludó con la cabeza a un par de conocidos.

—Está bien, yo mismo pasaré por tu apartamento. ¿Necesitas algo más?

—Dinero en efectivo y una docena de empanadillas del Ngara, aunque las dos cosas pueden esperar. Ahora desembucha. ¿Qué has averiguado?

—¿Prefieres la versión larga o la corta?

—Empieza por la corta y luego ya veremos.

—Jones contrató a unos sicarios para que fuesen a por ti. Gente muy peligrosa. Te quiere fuera de circulación.

Niara suspiró. A pesar de que las evidencias se acumulaban, en el fondo aún quería creer que no se trataba del mismo Jones que dentro de dos siglos y medio aliviaría su apetito de carne humana en las colonias.

—¿Cómo lo has sabido?

—Tengo mis trucos.

—No me jodas.

—Sabía que no te contentarías con esa respuesta. Está bien: contraté a un par de detectives y a un tipo que sabe moverse por los ambientes adecuados de la ciudad.

—¿Es de fiar ese tipo?

—Completamente —mintió Kersey.

Niara masculló una maldición y se rascó la cabeza en actitud pensativa.

—Tenemos que encontrar el modo de sacarlo de la Compañía. ¿Podrías convencer al Consejo de Administración para que lo despidieran?

—Imposible. Jones tiene demasiados apoyos en el consejo.

—¿Qué sugieres, entonces? Te pedí por teléfono que pensases en una solución a nuestro problema.

—Hay que neutralizarlo definitivamente —dijo Kersey con gravedad.

—Sí, ya imagino lo que vas a proponer.

Kersey cogió a Niara del brazo y la obligó a detenerse.

—Hay que neutralizar a Jones —repitió.

—No.

—Es nuestra obligación aunque resulte desagradable. ¿No cambiarías la vida de un hombre por la de cientos de colonos?

Piénsalo. Este es el evento que buscabas, el que lo cambiará todo.

Niara negó por segunda vez, meneando la cabeza con poca convicción. Nunca reconocería ante Kersey que ella misma llevaba días dándole vueltas a esa posibilidad. *Un hombre. Un simple hombre*.

—Sabes que es la solución —insistió Kersey—. ¿No decías que yo no había viajado al pasado contigo en ninguna iteración anterior? Tal vez estoy aquí con este propósito. Tal vez estoy aquí para impulsarte a hacer lo que hay que hacer, lo que tú nunca te hubieras atrevido a hacer por ti misma. Salvaremos el futuro extirpando a Jones del presente y todo será distinto en esta ocasión.

56

Niara regresó al hotel aquella tarde con la cabeza convertida en un huracán de categoría cinco y subió a su habitación bajo la atenta mirada del conserje con acento etíope. Vació todas las bebidas del minibar en el retrete porque no estaba segura de poder resistir la tentación de echar un trago de un momento a otro.

Luego desembaló el ordenador portátil que había comprado en un bazar del centro con el dinero en efectivo que Kersey le había prestado. Se había tenido que emplear a fondo para despistar a dos tipos que la seguían con insistencia (uno de ellos, el mismo que leía el periódico con tanto interés en la isla del parque Uhuru) y no revelar su paradero por el momento. Suponía que a estas horas estarían aguantando una bronca de sus jefes. Ella había pasado muchas tardes pateándose los distritos de City Square, Upper Hill y Kamukunji como para que dos ojeadores de tres al cuarto tuvieran la más mínima posibilidad de seguirla a menos que ella quisiera que lo hicieran.

Encendió el portátil y esperó a que el sistema operativo se cargase y terminase su configuración inicial. Después, sacó de su mochila la memoria *flash* de Vozmediano y la conectó.

En el interior había una colección de archivos clasificados en carpetas. Vozmediano podía ser un desastre en su vida real, pero en cuestiones digitales parecía un obseso del orden: una carpeta contenía los borradores de la novela que nunca llegó a terminar, otra los perfiles de los personajes, otra estaba repleta de gráficos y tablas incomprensibles a primera vista… Sus ojos, sin embargo, se dirigieron desde el primer momento hacia una carpeta denominada *Estadísticas*.

Dentro encontró un único archivo de hoja de cálculo llamado *Registro de sucesos*. Lo abrió con un doble tap sobre la pantalla y una tabla compuesta por dos columnas apareció ante ella. Y allí estaba, mágicamente desplegado ante sus ojos. Vozmediano tenía razón: ese era el *deus ex machina* que había andado buscando.

Echó un vistazo rápido a la tabla. Se trataba una lista sin orden aparente de sucesos relevantes de su vida en Kepler acompañados

por una cifra expresada en porcentaje. Cada porcentaje no era un número escrito a mano, sino que provenía de una intrincada fórmula que alguien había diseñado para hacer depender unas cifras de otras, de modo que, alterando algunas de ellas, se producía una modificación en cascada de muchas más.

Leyó al azar algunas entradas de la tabla.

> Fundación de Elcano 1 en Kepler 22b (año 2156) – 100,00%
>
> Destrucción de Elcano 1 en 2156 – 100,00%
>
> Fundación de Lecaun con los supervivientes de Elcano 1 – 99,98%
>
> Niara Queen viaja a Kepler 22b en 2241 – 100,00%
>
> Amdahl viaja al siglo XXIII para ayudar a Niara – 100,00%
>
> Kersey provoca la masacre del Oldtown (5 de febrero de 2251) – 79,18%
>
> Trisha muere en la masacre del Oldtown – 78,50%
>
> Eyre muere en la masacre del Oldtown – 78,50%
>
> Ada muere en la masacre del Oldtown – 0,00%
>
> Ada revela sus poderes en la masacre del Oldtown – 66,19%
>
> Amdahl muere a bordo de la *Flying Dutchman* – 100,00%

Encontrar las menciones de las muertes de Eyre, Trisha y Amdahl expuestas con la frialdad de unos cálculos porcentuales le revolvió repentinamente el estómago. ¿Cómo podía Vozmediano escribir sobre estas cosas sin ponerse enfermo? Claro que, desde su punto de vista, se trataba de sucesos hipotéticos de un universo de ficción.

De todos modos, ¿qué era aquello, sino una lista absurda y caótica de sucesos? ¿Por qué demonios tenía que corresponderse con la realidad? ¿Qué posibilidades había de que esos sucesos imaginados por un escritor beodo llegaran a ocurrir realmente?

La voz de Amdahl, procedente del otro extremo del espacio y del tiempo, le respondió dentro de su cabeza como un eco lejano: en un multiverso formado por infinitos universos, la probabilidad de que todo sucediera tal y como Vozmediano había previsto en sus notas

en alguno de los universos posibles era exactamente del 100%. Chasqueó la lengua. Siempre la había fastidiado reconocer que Amdahl tenía razón, incluso cuando se limitaba a hablar dentro de su cabeza.

Siguió curioseando la lista de sucesos durante toda la tarde. Parecía interminable. Trató de imaginar a Vozmediano pasando las noches en vela, intentando confeccionar una lista imposiblemente exhaustiva, modificando con cuidado la influencia de unas cantidades sobre otras, condenado al fracaso desde el principio, porque ¿cómo registrar todos los sucesos relevantes? Hacerlo en un solo día de la vida de una persona ya sería un trabajo ímprobo. Hacerlo en el transcurso de casi tres siglos con las vidas de cientos o miles de personas involucradas en la fundación y caída de una colonia espacial, era una tarea propia de los viejos dioses del pasado. Visto de ese modo, comprendía que Vozmediano hubiese terminado con la cabeza averiada, del mismo modo que los dioses del pasado terminaron por olvidarse de los humanos y dedicándose a sus propios asuntos.

Tuvo que utilizar el buscador para localizar las entradas dedicadas a Arthur B. Jones. El apellido Jones aparecía 1145 veces en la tabla. Fue leyendo cada ocurrencia con la respiración contenida mientras notaba que los ojos empezaban a escocerle por el esfuerzo.

> Jones ayuda a fundar la Compañía en 2022 – 97,75%
>
> Jones entra en la Compañía en 2025 – 2,25%
>
> Jones se convierte en una figura paternal para Niara – 81,16%
>
> El proyecto *Flying Dutchman* arranca en 2032 con el apoyo de Jones – 100%

Pasaron más de quince minutos hasta que encontró las líneas que buscaba.

> Jones enferma de gravedad y se embarca en la *Flying Dutchman* – 100%
>
> Arthur B. Jones se convierte en el capitán Jones – 100%

Justo debajo, otra línea de la tabla llamó su atención como una mancha de sangre en una sábana recién lavada.

La *Flying Dutchman* destruye Elcano 2 en 2252 – 100%

La masacre del Oldtown, el intento de tomar el poder de Kersey y el colapso de Elcano 2 se produjeron en 2251. Según el registro de sucesos de Vozmediano, solo un año después la colonia desaparecería engullida por los monstruos antropófagos de la *Flying Dutchman*.

La oscuridad había invadido la habitación del hotel sin que se diera cuenta. Encendió la mortecina luz eléctrica y se lavó la cara para despejarse antes de regresar ante la pantalla del ordenador. Buscó a Kersey en el registro de sucesos y encontró muchas entradas (más de quinientas) sobre él, pero tuvo que llegar hasta el final de la tabla para localizar la que más le interesaba:

Kersey viaja al siglo XXI con Niara – 0,00%

Al parecer, Vozmediano no había considerado esa posibilidad hasta el último momento, y le había asignado una probabilidad nula. Sin embargo, era lo que finalmente había escrito en su novela. ¿Por qué?

Tal vez el autor intuyó que esa era la única manera de que todo aquello condujera a un final diferente. Tal vez, perdido en la maraña de sucesos interrelacionados, había confiado en un suceso tan improbable que parecía imposible, como que Kersey y ella se convirtieran en aliados, para encontrar una vía de escape al laberinto en el que se había encerrado a sí mismo.

Y, si eso era así, si Kersey era la clave de todo, ¿no debería hacerle caso? ¿No estaría en lo cierto cuando sugería que debían eliminar a Jones de la ecuación? ¿No sería ese el cambio que el futuro necesitaba, el punto de inflexión que haría que la corriente del destino se desviase de su curso, al parecer, predeterminado que conducía una y otra vez a la extinción de Elcano 2?

¿Y no resultaba igual de cierto que ella nunca se hubiera atrevido a dar ese paso de no ser porque Kersey estaba allí?

Tenía la respuesta al enigma delante de las narices. Por muy

brutal que sonase, por muy repugnante que resultase. Asesinato preventivo: esa era la solución.

Un hombre, un simple hombre.

57

Henry Mwangi, demasiado alto y fornido y con ese aire de gorila bobalicón típico de algunas personas demasiado altas y fornidas, era uno de los muchos individuos a los que Joseph R. Ackerman tenía en nómina. Pagar de forma discreta tantos sobresueldos cada quince días le suponía un continuo desbarajuste en las cuentas y una inversión de tiempo considerable, pero merecía la pena si uno consideraba las contraprestaciones. Henry Mwangi, por ejemplo, era el jefe de seguridad de La Torre, y tenerlo de su parte incondicionalmente representaba ventajas invaluables, como poder visitarle siempre que se le antojaba en su deprimente despacho en el sótano, junto a la sala desde la que se monitorizaban las cámaras de seguridad y los sensores de movimiento de todo el edificio.

—Siéntese, señor Ackerman —dijo Henry Mwangi, tan solícito que rallaba la adulación—. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Un café, una infusión? ¿Quizá algo más fuerte? —añadió con una sonrisa que pretendía ser de complicidad.

Ackerman lo miró de arriba a abajo sin disimular su desprecio. Mwangi era uno de esos individuos con un cerebro tan diminuto que hacía albergar serias dudas acerca de que pudiera caminar y hablar simultáneamente. Que le resultara útil no significaba que tuviera que apreciarlo.

—No es una visita de cortesía —dijo sin aceptar la silla—. Necesito que hagas algo por mí.

—Lo que usted desee, señor Ackerman, ya lo sabe. ¿De qué se trata esta vez?

Ackerman sacó una pantalla plegable del bolsillo y la desenrolló.

—¿Conoces a esta mujer?

—Me suena su cara —dijo Mwangi después de echarle un vistazo rápido—. ¿Trabaja en La Torre?

—Es Eleanor Arroway, la directora científica de la Compañía. *Desde luego* que trabaja en La Torre.

Mwangi se ruborizó como si hubiera vuelto a la escuela y el maestro le hubiera reñido por no haberse estudiado la lección.

—¿Y qué quiere que haga con ella?

—No quiero que le hagas nada, animal. Solo que estés atento a tus pantallitas y me avises de inmediato cuando esa mujer aparezca por cualquiera de nuestras instalaciones.

—¿Solo eso?

—Solo eso.

—Es fácil, señor. Está hecho.

—No me has entendido, Mwangi. No puedes hacerte una idea de hasta qué punto este asunto es importante. Si salgo por esa puerta y tú vuelves a tus cafés y a tus donuts o lo que sea que hagas todo el puñetero día aquí metido, esa mujer puede entrar en el edificio sin que te enteres y eso podría ser una catástrofe. Así que coge ahora mismo ese teléfono que tienes de adorno sobre la mesa y avisa a todos los vigilantes del edificio para que le den a este asunto la máxima prioridad. Y si la doctora Arroway aparece, avísame de inmediato a mí y solo a mí. Si no lo haces, si esa mujer se cuela en La Torre sin que tú o tus hombres os percatéis, o si yo tardo más de medio minuto en enterarme, puedes ir buscándote otro empleo y unas piernas ortopédicas. ¿Me has comprendido ahora?

58

El intercambio se produjo en el nivel 3 del aparcamiento subterráneo de La Torre. Willy Razouki había reasignado, desde su todopoderoso puesto como jefe de sistemas, las plazas de aparcamiento para que el BMW blanco de Kersey y su Lamborghini Urus quedaran estacionados uno al lado del otro en un rincón discreto. Cuando Kersey detuvo su coche al lado del espectacular SUV amarillo, Willy ya aguardaba en el interior y sudaba copiosamente.

Kersey se desplazó hasta el asiento del copiloto y bajó la ventanilla. Willy hizo lo mismo con la ventanilla del conductor. Estaban a menos de medio metro el uno del otro.

—¿Lo has traído? —dijo Kersey.

—Ajá.

—Cuéntame en qué consiste.

—Lo llaman xerum. Es la versión preliminar de un compuesto órganoclo…

—Sin tecnicismos, por favor.

Willy carraspeo para aclararse la garganta. Se le veía aún más nervioso que de costumbre, como si este asunto empezara a venirle grande.

—Dos centímetros cúbicos, quizá menos, por vía intravenosa, provocan una reacción vasodilatadora instantánea y la muerte por hemorragia cerebral masiva. Es indetectable e intratable. Los ensayos al respecto aún son escasos pero concluyentes.

Kersey frunció el ceño. A veces, incluso él mismo se asustaba por lo que sucedía en las sombras de algunos departamentos de su propia Compañía.

—¿Y se puede saber por qué estamos desarrollando algo como esto?

—Ni idea. Solo puedo decirle que el xerum aún está en fase uno y lo han catalogado como «droga sintética biocompatible para el aumento del rendimiento». Es el compuesto más fuerte y, a la vez, con más efectos secundarios nocivos de cuantos se han desarrollado hasta ahora dentro del Fanyi. No hará falta decirle que todo esto es

información confidencial.

—Hablas con un miembro del Consejo de Administración y fundador de la Compañía, Willy. Yo puedo saber esas cosas.

—Según la ficha del activo, esta información es confidencial incluso para los miembros del Consejo de Administración, con algunas excepciones.

—¿Qué excepciones?

Willy necesitó carraspear de nuevo antes de contestar.

—Arthur B. Jones, señor.

Un coche pasó por detrás de ellos buscando, o fingiendo que buscaba, su plaza de aparcamiento. Los dos se hundieron en sus respectivos asientos para que los vehículos pareciesen vacíos y esperaron a que el sonido del motor se extinguiera.

—Bien, pásame esa maldita cosa de una vez —susurró Kersey mientras se incorporaba de nuevo.

Willy Razouki sacó un pequeño maletín metálico de debajo del asiento y pareció dudar un instante.

—Supongo que no puedo preguntarle para qué lo quiere.

—No me digas que estás sufriendo un ataque de aprensión. Tranquiliza tu conciencia, Willy. No lo usaré con nadie que no lo merezca. Mejor piensa en qué vas gastar el dinero.

Willy suspiró, miró a un lado y al otro, y sacó el maletín por la ventanilla. El intercambio fue rápido y silencioso, y el maletín desapareció en un suspiro en el interior del vehículo de Kersey.

—El activo necesita refrigeración permanente —añadió Willy—. Ese maletín lo mantiene a dos grados centígrados. Tiene una batería que dura hasta 24 horas, de modo que le sugiero que la recargue si no va a usarlo enseguida. A temperatura ambiente, se degrada muy deprisa y pierde su efectividad en cinco minutos como máximo.

—Entendido. —Kersey extendió la mano y Willy capturó al vuelo el sobre con el dinero.

—Asegúrese de deshacerse del maletín y de la jeringuilla —añadió el informático—. Lo he sacado del laboratorio sin dejar ningún rastro, pero más vale prevenir.

—Nadie los volverá a ver nunca, te lo garantizo. Ha sido un placer hacer negocios contigo.

Kersey arrancó el motor y ya había engranado la marcha atrás cuando Willy echó un vistazo a la cifra que había escrita en el

cheque y se llevó una grata sorpresa. Su voz, espoleada por la avidez, sonó un poco más alta de lo que sería prudente.

—¡No dude en volver a llamarme si necesita cualquier otra cosa, señor!

Todo el mundo tenía un precio. Todos los principios estaban en venta. La codicia y el individualismo eran los motores que movían el mundo. Kersey se lo acababa de demostrar a sí mismo por milésima vez. Dibujó una sonrisa amarga antes de contestar.

—Te aseguro que lo haré.

59

A la mañana siguiente, Niara llegó muy temprano al Magnolia Pine, donde se alojaba Vozmediano. Había tenido la precaución de solicitar una segunda copia de la llave de la habitación y, como sospechaba, encontró al viejo inconsciente sobre un revoltijo de sábanas. El olor agrio de alcohol exhudado impregnaba la habitación. Descorrió las cortinas y abrió las ventanas de par en par. Luego fue al cuarto de baño, empapó una de las toallas con agua fría hasta que estuvo chorreando y atizó con ella la cara del bello durmiente.

Vozmediano despertó con tal sobresalto que estuvo a punto de caerse de la cama.

—Lávese las legañas y póngase algo, por todos los demonios. Le espero en el recibidor dentro de…

—Sí, sí, ya lo sé —gruñó él—. Dentro de cinco minutos.

Los cinco minutos se convirtieron en esta ocasión en casi media hora, que Niara supuso que era el tiempo que el maltrecho cuerpo de Vozmediano necesitaba para ponerse en marcha después de un día de excesos. Cuando por fin apareció en el recibidor, pálido y arrastrando los pies, parecía que había envejecido diez años desde que lo había dejado en el hotel la mañana anterior.

Se dejó caer en un sillón al lado del que ocupaba Niara.

—Su hígado tiene sin duda una constitución envidiable, pero incluso así se va usted a matar si sigue maltratándolo de esa manera.

—Espero que no me haya sacado de la cama para hablarme de mi hígado.

Niara se puso en pie.

—Vamos a dar un paseo. Le vendrá bien el aire fresco.

Caminaron por la pista de tierra eufemísticamente denominada avenida Siri Aurobindo. La feraz vegetación ecuatorial rodeaba la calzada y se cernía sobre ella como si devorarla en el momento en que se le antojara constituyese un juego de niños. El olor a tierra mojada y a flores de sándalo inundaba el aire hasta convertirlo en algo mareante. De hecho, Vozmediano experimentó evidentes

problemas para mantener la verticalidad y Niara tuvo que sujetarlo varias veces del brazo cuando algún vehículo, probablemente extraviado, pasaba dando bandazos por la calle embarrada.

Todo aquello cambiaría en unos años, se dijo Niara. Nairobi se transformaría en poco tiempo en el centro tecnológico más importante del mundo y arrastraría a todo el país, primero, y al resto del continente, después, a una posición de supremacía científica y tecnológica que a muchas sociedades, acostumbradas a mirar a África con la condescendencia del que se imagina superior, les costaría una o dos generaciones aceptar. La ciudad experimentaría un cambio sin precedentes. Calles como aquella se asfaltarían, se dotarían de aceras e iluminación, se renovaría el saneamiento y las redes de agua potable, electricidad y comunicaciones. La revolución llegaría hasta lugares como Kibera, que aún ostentaba el dudoso honor de ser uno de los asentamientos chabolistas más grandes del mundo, para dejarlos irreconocibles. Así, al menos, recordaba ella el Nairobi de su juventud.

Aquello provocaría un efecto llamada, desde luego, y la revolución iniciada por la Tetis Titanide en el país seguiría atrayendo inversiones a un ritmo nunca visto en el continente, inversiones que vendrían para quedarse, no para esquilmar los recursos como había ocurrido con las invasiones coloniales del siglo XIX, y que fructificarían en la siguiente generación, la de los keniatas que aún eran niños y la de los niños y niñas que aún estaban por nacer, la que erradicaría del país cualquier recuerdo de la miseria, la ignorancia o la incipiente amenaza del fundamentalismo religioso que pululaban por todos los rincones, y que se irradiaría de forma imparable hacia los países vecinos, Tanzania, Somalia, Uganda, Etiopía, convirtiéndolos en el nuevo epicentro económico y político del mundo y, más tarde, de forma imparable, contagiaría con un renacido orgullo de ser africano al resto del continente.

Dentro de diez años, nadie reconocería aquel barrio. Dentro de veinte, nadie reconocería aquel país. Y dentro de cincuenta, con la prosperidad de las primeras colonias espaciales y el abaratamiento de los viajes a otros sistemas solares, con la Tetis Titanide convertida en el mayor conglomerado empresarial de la historia, más poderoso que muchos estados soberanos, el mundo entero sería

muy diferente a como era ahora. Por el camino se perderían algunas cosas, sin duda. Parte de la esencia de cada lugar quedaría arrasada por la nueva realidad. Pero también se ganarían otras muchas. En la balanza de resultados, no le cabía ninguna duda de que aquel era el camino que se debía emprender.

Y, sin embargo, en el fondo, Niara sabía que todo seguiría igual, que los cambios no serían profundos, sino cosméticos. La utopía científica que representaba la Compañía se corrompería en el lodazal de las ambiciones personales. La dirección racional de los primeros años, dedicada a ampliar y difundir el conocimiento científico, a aplicarlo en todas las áreas tecnológicas, se transformaría en una excusa para que la Compañía se autoperpetuara y sus dirigentes se enriquecieran y acumularan cada vez más poder. ¿No estaba sucediendo ya a sus espaldas? La Tetis Titanide se convertiría en una dictadura *de facto*, una más de cuantas jalonaban la historia de la humanidad, otro sistema político que utilizaba excusas para maquillar el principal motivo de su existencia: su autoperpetuación.

A largo plazo, la codicia siempre acababa imponiéndose. ¿Se podía luchar contra eso eliminando a una sola persona?

Un todoterreno de alta gama pasó a toda velocidad tan cerca de ellos que sacó a Niara de su ensimismamiento. El conductor no dio señas de aminorar la marcha o apartarse a un lado ni siquiera cuando el retrovisor estuvo a punto de golpear a Vozmediano en el hombro. El viejo se apartó con un torpe salto, tropezó y desapareció entre los arbustos de mirra del arcén. Del interior del follaje asomó una mano con el dedo corazón extendido.

—Muy elegante —rio Niara, ayudándolo a salir de entre las ramas—. ¿Está ya lo bastante despierto como para escucharme?

Vozmediano se sacudió la ropa, que ahora estaba manchada de barro.

—Hágalo antes de que me atropellen.

Niara tomó aire.

—Quiero plantearle una suposición para que me dé su opinión. En plan consejero, ¿vale?

—Me encanta jugar a las suposiciones cuando tengo resaca.

—Imagine que pudiera viajar atrás en el tiempo y detener, qué sé yo, a Adolf Hitler antes de que alcance el poder en Alemania. ¿Lo

haría? ¿Sería una solución aceptable?

—¿A qué se refiere con detenerlo?

—Digamos que tuviera usted ocasión de… desactivar su discurso por cualquier medio disponible.

Vozmediano lo pensó un momento.

—Si tratase de convencerlo por las buenas, suponiendo que tuviera estómago para ello, seguramente no lo conseguiría, o incluso lo reafirmaría aún más en sus opiniones. La gente suele ser muy dura de mollera y los psicópatas más aún. Podría intentar infiltrarme en el partido nazi o suplantar a alguno de sus colaboradores, pero nada de eso garantizaría que los acontecimientos cambiasen en lo fundamental. Usted ya sabe cómo de insistente puede llegar a ser el flujo de la historia. De modo que la única forma de asegurarse sería la eliminación total. Un asesinato o una lobotomía radical. ¿Es eso? ¿Me está preguntando si terminaría a sangre fría con la vida de una persona de la que sé positivamente que va a cometer, o en nombre del cual se van a cometer, atrocidades indescriptibles?

—Ha resumido muy bien el problema.

—No.

—No, ¿qué? ¿No lo ha resumido muy bien o no cometería ese crimen?

—No cometería ese crimen.

Niara se detuvo en seco, extrañada.

—Aguarde un momento. ¿Me está diciendo que si pudiera viajar al Berlín de 1920 y descerrajarle un tiro en la cabeza a Adolf Hitler antes de que se convirtiera en el líder del partido nazi, no lo haría?

—Por supuesto que no.

—Pero evitaría millones de muertes.

—Ese es el primer error de su razonamiento. No puede estar segura de eso. Aún en el supuesto de que fuera capaz de disparar a sangre fría a un individuo en la cabeza —y no me cabe duda de que encontrará muchos candidatos capaces de hacerlo—, no hay ninguna forma de comprobar si esa acción revertiría los hechos subsiguientes a gran escala. No es un experimento que usted pueda reproducir en un laboratorio. Puede que otro enajenado mental ocupase el puesto del *führer* y los acontecimientos evolucionasen de forma similar a la historia que conocemos. O incluso peor. Puede

que la situación económica y social en la Alemania de entreguerras se deteriorase más todavía, dando lugar a un caldo de cultivo aún más extremista.

—¿Usted cree?

—No importa lo que yo crea. El hecho es que ni usted ni nadie puede saber qué consecuencias exactas tendrá cada uno de sus actos. Si somos incapaces de predecir de forma fiable el tiempo atmosférico dentro de una semana porque hay demasiadas variables en juego, ¿cómo demonios va a predecir el comportamiento de una sociedad humana completa en el transcurso de décadas? La historia es un juego de azar, ¿entiende? Matar a un hombre de forma preventiva no solo es algo abyecto desde el punto de vista moral, sino un acto de consecuencias impredecibles desde el punto de vista causal.

—Entiendo. ¿Y cuál es el segundo error de mi razonamiento?

—¿Perdón?

—Dijo antes que este era el primer error de mi razonamiento.

—Ah, sí. El segundo error, relacionado con el primero, es que presupone que hay una relación directa de causa y efecto entre unos hechos y otros. El cerebro humano es muy bueno reconociendo patrones
causa-efecto.
Tan bueno, que a menudo encuentra patrones donde no los hay. El gallo canta justo antes del amanecer. Por lo tanto, para el hombre primitivo, es el gallo el que provoca la salida del sol. No se ría: muchas culturas consideran todavía en la actualidad que el gallo es un animal sagrado precisamente por esa falsa relación causal. Hay infinidad de ejemplos de patrones
causa-efecto
falsos que interpretamos de forma instintiva como verdaderos; algunos divertidos, otros peligrosos. Mi microondas no funciona bien; le doy un golpe y vuelve a funcionar; por lo tanto, golpeo los electrodomésticos cuando fallan. Un curandero me trata de una enfermedad; a los pocos días, experimento una mejoría; por lo tanto, el curandero me ha sanado. Observe que no importa cuantas veces la relación de causalidad se revele falsa. Puedo destrozarme el pie contra el frigorífico averiado sin que surta efecto, pero en mi cerebro la relación causal establecida por culpa del microondas está

tan firmemente enraizada que es muy difícil romperla. El curandero puede errar cientos de veces en sus tratamientos, pero aquella vez que aparentemente me sanó será suficiente para que yo conserve mi fe en sus poderes terapéuticos. Son creencias irracionales tan arraigadas en nuestros circuitos neuronales, tan fáciles de establecer y tan difíciles de romper, que sin duda están precableadas y supusieron un mecanismo de supervivencia en algún momento de nuestra evolución.

—Comprendo lo que dice, pero no sé a dónde quiere ir a parar.

—Quiero decir que no tiene usted ni idea de qué causas y efectos están relacionados ni tiene ninguna esperanza razonable de poder averiguarlo. Y si esto es verdad para los acontecimientos pasados, no le digo nada para acontecimientos futuros. El hecho de que la llegada al poder de Adolf Hitler desencadenase la Segunda Guerra Mundial es una relación

causa-efecto

tan evidente *a posteriori* como imposible de demostrar de forma incontrovertible *a priori*. Elimine a Hitler de la ecuación y puede encontrarse con la sorpresa de que la guerra vuelve a suceder en los mismos o en muy parecidos términos. Y lo más importante del asunto es que no tiene usted forma de averiguar si esto es así o no.

—Entonces, no hay ninguna posibilidad de saber qué tengo que hacer para alterar el curso del futuro de forma que la historia de Kepler termine bien.

—Ahora empieza usted a entenderlo. He intentado explicárselo desde que nos conocimos. Esto, le repito, es un juego de azar. Usted solo puede lanzar los dados y limitarse a observar lo que sucede. Ni siquiera puede saber si la tirada le ha salido bien o mal. No puede saber si es mejor que le salgan dos seises o tres unos.

Niara negó con la cabeza. Había algo en todo aquello que desagradaba a la parte más racional de su cerebro.

—No puede ser —insistió—. La naturaleza, el cosmos, obedece a ciertas reglas. Si no podemos predecir el comportamiento de un sistema no es porque este sistema sea impredecible, sino porque desconocemos las reglas de su funcionamiento.

—O porque estas reglas son tan complejas que nunca llegaremos a conocerlas —replicó Vozmediano—. O porque las variables que hay implicadas son tan numerosas que hacen que el sistema sea, en

términos prácticos, inaprensible para nosotros.

—En ese caso, habrá reglas estadísticas que permitan predecir el comportamiento a grandes rasgos con la precisión suficiente. Ya ha pasado otras veces en la historia de la ciencia. Por ejemplo, la teoría cinética describe el comportamiento de los gases por medio de cálculos estadísticos, sin necesidad de descender a nivel molecular. ¿Por qué no puede existir algo parecido para otros sistemas complejos, como una sociedad humana, sin necesidad de estudiar el comportamiento básicamente impredecible de cada individuo?

—Ah, aquí llegamos a un punto interesante. Eso que usted describe ya existe, al menos en la ciencia ficción. Se llama psicohistoria y la imaginó Isaac Asimov hace unos ochenta años. Sin embargo, nadie ha podido aproximarse a las posibles leyes de esa psicohistoria en todo este tiempo. Puede que esas leyes existan o puede que no, pero, si existen, no vamos a descubrirlas a corto ni a medio plazo. Y así llegamos otra vez al punto de partida. No tiene usted ni idea de qué hacer, ni yo puedo ayudarla. Créame: hace diez años que me estrujo la cabeza con este problema.

Habían llegado a la James Gichuru Road, una de las arterias principales de esa parte de la ciudad que desembocaba, a su vez, en la autopista A104, habitualmente atestada de vehículos. Niara se detuvo de pronto. Había comprendido algo y su instinto le decía que era importante.

—Eso es lo que ha intentado hacer en su registro de sucesos, ¿no es así? Ha intentado aplicar la psicohistoria de Asimov a su novela.

Vozmediano pareció cohibido por primera vez, como si lo hubieran sorprendido haciendo algo prohibido, o tal vez ridículo.

—Pensé que… Bueno, que tal vez podía. ¿Ha oído hablar del *big data*, del procesamiento de datos masivos mediante aplicaciones informáticas? Es un campo en crecimiento exponencial desde principios de siglo. En mi desesperación, tuve la idea de que podía ser la clave para adaptar las ideas de Asimov a la realidad. Estudié todo lo que cayó en mi mano y traté de aplicar los principios del *big data* a la psicohistoria. Todas las fórmulas que ensayé están ahí, en la hoja de cálculo. Pero nunca funcionó. Cuando arreglaba una cosa, otra se estropeaba. Aparecían sucesos incompatibles con una probabilidad conjunta de más del 100%. Otros sucesos ocurrían siempre, no importaba cómo alterase los parámetros o cómo

ajustase las ecuaciones. Me llevó años aceptar la verdad, y la verdad es esta: que ni siquiera pude identificar con éxito cuáles eran los sucesos clave. —Abrió los brazos, como pretendiendo abarcar todo a su alrededor—. Y esta historia solo es una fracción diminuta de todas las historias que están sucediendo ahora mismo en el mundo. ¡Una fracción diminuta de todas las historias que están sucediendo ahora mismo en esta ciudad, o en este barrio!

—¿Y nunca pensó en acabar con Jones para ver qué sucedía? Quiero decir, en el papel. Para usted no era un personaje real, solo ficción. ¿Por qué no matarlo antes de que se convirtiera en un monstruo?

—Ni hablar.

—¿Por qué?

—¿Bromea? Soy escritor. Jones es un personaje demasiado jugoso como para deshacerse de él antes de tiempo.

Niara lo miró con incredulidad. Finalmente, meneó la cabeza y levantó el brazo para detener un taxi que circulaba en ese momento por la carretera. El vehículo dio un frenazo y se detuvo en el arcén unos metros más adelante.

—Está bien —dijo Niara como si hablara consigo misma—. Entonces no hay otra salida. Acabaremos con Jones y veremos lo que sucede.

Vozmediano la agarró por el brazo. Después del paseo y el discurso, estaba sudando y su palidez enfermiza resultaba aún más marcada bajo el sol ecuatorial.

—No. Le ruego que olvide para siempre esa posibilidad —dijo muy serio.

—Tengo que intentarlo. Kersey es la clave, ¿recuerda? Él nunca había viajado conmigo al siglo XXI. Él puede representar la gran diferencia respecto de todas las iteraciones anteriores. Y de él ha sido la idea de matar a Jones.

—No funcionará.

—Además, Jones ha tratado de matarme a mí. Y a usted también, por si no lo recuerda.

—Escuche. ¡Escúcheme! —Vozmediano apretó los puños, como si encontrar las palabras exactas que vendrían a continuación representase para él un gran esfuerzo físico—. Usted no es como él. Lo sé. También sé que ha perdido muchas cosas a lo largo de su

vida y que nunca ha logrado encontrar lo que buscaba, pero aún conserva esa… esa luz interior, aunque suene amanerado. Esa cosa que solo tienen los héroes de las historias, eso que los hace levantarse una y otra vez del suelo y finalmente hacer lo correcto aunque no sepan exactamente en qué consiste o no sepan a qué se exponen o por el camino se equivoquen. Pero si toma esa decisión, si participa en ese crimen, ese algo podría apagarse, quizá definitivamente. Por favor, no lo haga. Es un error. Yo la conozco. Yo la creé.

Algo se rebeló definitivamente en el interior de Niara ante esas últimas palabras.

—Ah, no. Eso sí que no. Si me conociera tan bien sabría que no voy a pasar por ahí. No soy un estúpido personaje de una novela. Me importa un bledo si usted imaginó a alguien como yo o si es otra puñetera carambola cósmica. Usted no tiene ni idea de quién soy ni de lo que soy capaz de hacer.

—Pero hay cosas que…

—¡Basta! Viajé hasta este lugar con la promesa de hacer lo necesario para salvarlos a todos, y ni usted ni nadie podrá impedir que lo intente. —Sacó un fajo de billetes del dobladillo del calcetín —. ¿Sabe qué? Sí que tiene razón en una cosa: no es usted Obi Wan Kenobi ni Gandalf el mago. No debí traerlo a Nairobi. Con esto podrá pagarse una buena borrachera y un billete de avión para largarse de aquí. Le libero de sus obligaciones.

Niara se subió al taxi y no miró hacia atrás para ver cómo Vozmediano se quedaba en el arcén con el fajo de dinero en la mano y la expresión de perplejidad de quien no se esperaba un giro tan repentino como este en su propia historia.

60

Más tarde, en la habitación del Nairobi Serena, Kersey escuchó impertérrito cómo Niara le relataba sus aventuras en España y su regreso de incógnito a Kenia, aunque omitió la parte en la que arrastraba a Vozmediano a lo largo de medio continente africano como una especie de consejero para luego mandarlo de regreso a casa sin contemplaciones en la primera ocasión en la que verdaderamente le había ofrecido un consejo.

Kersey se levantó del sillón, abrió la puerta del minibar y cogió un par de botellas de ginebra que el servicio de habitaciones había repuesto con diligencia. Las botellas tintinearon en sus manos y Niara las miró con avidez desde su asiento a los pies de la cama.

—Oh, disculpa —dijo Kersey al percatarse de esa mirada.

—No importa. —Ella sacudió la cabeza como si tratara de espantar un insecto molesto—. Lo tengo superado. Puedes beber si quieres, aunque te advierto que no va a ayudarte a pensar con más claridad.

Kersey vertió el contenido de las dos botellas en uno de los vasos que descansaban encima del aparador y bebió la mitad del contenido de un trago.

—Es una lástima que ese hombre… ¿Cómo has dicho que se llama?

—Vozmediano.

—Es una lástima que ese escritor que conociste en España no esté aquí, ¿verdad? Podríamos pedirle su opinión sobre qué hacer con Jones.

Niara trató de no atragantarse con su propia saliva.

—No creo que sirviera de nada. Ese tipo tiene la cabeza averiada y no dice más que estupideces.

Los ojos de Kersey se posaron un momento en la bebida, como si buscara en el fondo del vaso la respuesta a alguna pregunta trascendental.

—Si en ninguna iteración anterior habías contactado con él, ¿cómo obtenías la estadística de sucesos?

Niara negó con la cabeza.

—No lo sé. Supongo que yo misma, o alguien de la Compañía, acababa encontrando las leyes básicas de la psicohistoria.

—¿La psicoqué?

—Olvídalo. No importa lo que sucediera en las otras iteraciones. Ahora solo tenemos acceso a esta.

Kersey apuró el vaso de un trago y lo depositó con un golpe sobre el aparador.

—Muy bien. En ese caso, tendremos que tomar nosotros la decisión.

—Por eso te he pedido que vinieras.

Se miraron y permanecieron un instante en silencio. Finalmente, Kersey pareció comprender lo que Niara se proponía y meneó la cabeza.

—Supongo que, en el fondo, esperaba que dijeras que no.

—No puedo decir que me alegre de haberte sorprendido.

—De acuerdo. —Kersey se frotó las manos como dándose ánimos—. Los malos tragos, mejor pasarlos cuanto antes. He conseguido un arma que nos permitirá hacerlo de forma rápida y limpia, sin levantar sospechas. Me encargaré de ello esta misma tarde.

—No me has entendido, Paulo. Estamos de acuerdo en lo que hay que hacer, pero no en quién debe hacerlo. Entrégame el arma y yo me ocuparé de Jones.

61

El maletero de generosas proporciones del BMW de Kersey se abrió y Niara surgió de su interior estirando la espalda. Se había escondido allí para pasar el control de acceso a La Torre sin revelar su presencia por el momento: ambos estaban de acuerdo en que el factor sorpresa era fundamental para que el plan funcionase.

Kersey comprobó que no hubiera nadie en las inmediaciones y le hizo un gesto para que se apeara del vehículo. Esa zona del aparcamiento subterráneo estaba reservada a los altos cargos y, por ello, casi siempre se encontraba medio vacía, así que el riesgo de que alguien los sorprendiera conspirando era bastante reducido. En cualquier caso, dentro de poco todo el mundo, desde la primera hasta la trigésimo sexta planta, sabría que la doctora Arroway había regresado a la ciudad.

—¿Por qué tanta complicación? —preguntó Niara entre susurros —. ¿Por qué no descerrajarle un tiro en la cabeza?

—Porque te pasarías el resto de tu vida en la cárcel, ¿te parece una buena razón? —contestó Kersey—. Además, ¿de veras te ves capaz de hacer eso a sangre fría?

Niara no respondió, aunque el nudo en su estómago se apretó un poco más. No, desde luego que no se veía capaz. Suponiendo que tuviese valor de llegar hasta el final, de plantarse delante de Jones y ponerle la pistola bajo la mandíbula, en el último momento le temblaría el pulso y acabaría acertando a una lámpara o algo parecido. Sería el intento de asesinato más ridículo de la historia. Y no quería ni pensar en encargarle el trabajo a un profesional. Ya había tenido experiencias suficientes con profesionales del ramo en los últimos días. Ni siquiera podrían estar seguros de si el tipo al que contrataran trabajaría en realidad para Jones.

Kersey sacó un maletín metálico de un compartimento oculto en el lateral del maletero y se lo mostró a Niara.

—Aquí está —dijo—. ¿Seguro que no prefieres que…?

—Solo dime cómo se administra —lo interrumpió ella.

Se sentaron en las plazas traseras del vehículo y cerraron las puertas. Kersey colocó el maletín metálico sobre sus rodillas y lo

abrió. Una nube de humo azulado surgió del interior. Niara sintió el aire frío colarse por debajo de su camiseta.

—Es un inyectable —explicó Kersey—. El maletín está equipado con un sistema de refirgeración que lo mantiene a 2 grados centígrados. Solo tienes que sacar el inyectable, clavárselo en la piel y pulsar este gatillo, ¿lo ves? Mejor en el cuello; así llegará antes a su cerebro. La muerte será instantánea e indolora. Los médicos solo podrán certificar que la causa del fallecimiento fue un derrame cerebral masivo. Eso sí, solo tendrás una oportunidad. Si no lo consigues a la primera, Jones no te va a permitir que lo intentes una segunda vez.

—Lo sé.

—Y se volverá aún más peligroso.

—Eres único transmitiendo tranquilidad.

Los dos suspiraron a la vez. Fue una exhalación larga y profunda. Niara no pudo evitar sonreír. Desde luego, formaban la pareja de conspiradores más inadecuada que podía imaginarse.

—Bien, repasemos el plan una vez más —dijo Kersey en un tono fingidamente animado.

—Oh, vamos, profe. Me lo sé de memoria.

—Demuéstramelo.

Niara le arrebató el maletín de las rodillas y lo cerró con un chasquido.

—Está bien —dijo—. Como Jones es un paranoico, hace que revisen todo el material sospechoso que entra y sale de su despacho, de modo que queda descartado llegar con el maletín hasta allí. Entro en el edificio cinco minutos después que tú, subo a la planta 34 con el maletín, saco el inyectable y lanzo el maletín por el hueco del montacargas.

—Para abrir las puertas del montacargas necesitarás esto. —Kersey le tendió una pequeña llave de seguridad que ella se guardó en el bolsillo trasero de los pantalones—. La cerradura está arriba y a la derecha. Giras la llave y abres las puertas manualmente. Con cuidado: al otro lado encontrarás una caída vertical de más de cien metros.

—Eso también me tranquiliza un montón, gracias. Bien, abro las puertas del montacargas, lanzo el maletín al hueco, me guardo la jeringa y subo por la escalera de emergencia hasta el piso 35, donde

está el despacho de Jones. Pero ¿por qué hacerlo tan complicado? ¿Por qué no dejo el maletín en el coche ahora mismo y subo con el activo escondido en el bolsillo?

—El activo no es estable a temperatura ambiente. Su efectividad caerá en picado después de cinco minutos sin refrigeración, así que tienes que acercarte todo lo posible antes de sacarlo del maletín. El montacargas no sube hasta la planta 35, lo que significa que debes deshacerte del maletín en la 34. Yo estaré esperando en la base del montacargas para recogerlo, o lo que quede de él, y hacer que desaparezca discretamente. Después, es preferible que el último piso lo subas andando porque es más rápido que esperar de nuevo al ascensor. Además, la escalera de emergencia está al lado del montacargas y…

—… y no tiene cámaras de seguridad. Vale, esa parte la pillo. No te voy a preguntar cuánto tiempo llevabas planeando esto porque ya estoy bastante asustada. Me deshago del maletín en la planta 34. A partir de ahí, tengo cinco minutos. Subo corriendo por la escalera de emergencia hasta la planta 35. Eso me llevará un minuto o algo menos. Voy directa al despacho de Jones. Otro minuto. Intercambio un saludo con su secretaria y, como soy una antisocial, nadie se extrañará de que no me recree demasiado en el intercambio de cortesías. Otro minuto más. Su secretaria se sorprenderá tan gratamente de verme sana y salva que no pondrá ningún inconveniente en permitirme entrar al despacho. Otro minuto. Haré salir a cualquier persona que pueda estar reunida con Kersey, cosa muy poco probable a esta hora de la tarde y más teniendo en cuenta que Willy Razouki, corrígeme si me equivoco, ha manipulado su agenda y se ha asegurado de cancelar todas sus citas a partir de las cinco. Cuando entre al despacho, aún me quedarán como mínimo dos minutos para interpertar mi papel de científica despistada.

—Ese tipo te ha amenazado de muerte, pero aún no puede estar seguro de que hayas recibido su nota, ni de que hayas comprendido la amenaza o lo hayas identificado a él como el autor. Tu única posibilidad de acercarte una última vez a él antes de declararos abiertamente la guerra es bordar ese papel.

—Se me da de maravilla. Llevo años interpretándolo.

Kersey asintió. Se quitó un reloj de aspecto carísimo de la

muñeca y trajinó con los botones durante unos segundos antes de ofrecérselo a Niara.

—Ponte esto. Cuando pulses este botón, comenzará una cuenta atrás de cinco minutos. Ese tiempo está calculado con cierto margen de error. Es posible que el activo aguante hasta cinco minutos y medio o incluso más, pero no lo sabemos con seguridad. Depende de la temperatura en el interior del bolsillo de tu pantalón, supongo. Lo que sí sabemos es que, a cada segundo que te excedas del límite de cinco minutos, más incierto será el efecto. ¿Entendido?

—Entendido. Y tú, ¿has hecho tu parte?

Kersey volvió a asentir y sacó una pequeña botella de plástico de un bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Ves esto? Es una resina líquida fotosensible. La he comprado en una tienda de artículos de broma. A mediodía, después del almuerzo, me he hecho el encontradizo con Jones en el ascensor y he fingido tropezar para verterle unas gotas en el traje. Él se lo ha tomado con sentido del humor. A simple vista, la resina es incolora e inodora como el agua, pero cuando se seca y le da la luz del sol se convierte en un fino polvo blanco parecido a la caspa. El despacho de Jones está orientado al oeste, y por esos ventanales tan magníficos que tiene detrás de su escritorio entra el sol durante toda la tarde.

—Así que entro en el despacho como la hija pródiga que vuelve a casa y me acerco a sacudirle las manchas de caspa falsa del traje. —Niara meneó la cabeza—. ¿Por qué no puedo saludarlo, simplemente? Hace tiempo que no nos vemos y se supone que lo aprecio y que soy idiota y no he comprendido sus amenazas. ¿Por qué no puedo acercarme para darle un abrazo y plantarle dos besos en la mejilla?

Kersey levantó una ceja.

—Doctora Queen, eres tan arisca como un puercoespín. Si tratas de plantarle dos besos en la mejilla, Jones sospechará de ti más que si entrases en su despacho con una pistola automática.

—Si vuelves a llamarme así te daré un puñetazo en el estómago. En este siglo mi nombre es Eleanor Arroway. Y no soy tan arisca como un puercoespín.

—Claro que lo eres. ¿Cuándo fue la última vez que abrazaste a alguien por quien sintieras afecto?

—El mes pasado hubo un tipo que…

—Alguien por quien sintieras afecto.

Niara se rascó la cabeza.

—Vale, soy más arisca que un puercoespín. Resina líquida fotosensible. La caspa falsa es la excusa para acercarme a él sin ponerlo sobre aviso. Y entonces aprovecho la cercanía y que él estará con la guardia baja para sacar la jeringa del bolsillo y…

Los dos guardaron silencio. No hacía falta añadir nada más: estaba claro lo que sucedería después. Niara tendría que conservar la calma unos segundos más, los más complicados de todos. Tendría que observar como aquella bomba bioquímica hacía su efecto, mirar al fondo de los ojos de Jones mientras sus pupilas se dilataban, los músculos se distendían, el cuerpo, unos segundos antes lleno de vida, se desplomaba desmadejado, tal vez golpeándose con una silla o con el canto de la mesa, haciendo saltar gotas de sangre, trozos de piel, esquirlas de hueso, cayendo al suelo con el ruido de un fardo inservible y, a pesar de ello, a pesar de ser consciente de haber segado la vida de un hombre todavía inocente, tendría que resistir el impulso de salir corriendo, esperar un poco más, guardar cuidadosamente el inyectable vacío en el bolsillo, retroceder unos pasos, tal vez hasta la puerta del despacho, y entonces sí, abrirla de sopetón y gritar, gritar tan fuerte como le permitieran sus pulmones para asegurarse de que la escuchasen hasta en el último rincón del edificio.

Sospechaba que esta última parte del plan era la única en la que no iba a tener que fingir.

62

Ackerman había esperado la llamada de Henry Mwangi desde que su informador en el hotel Nairobi Serena le había avisado de que la doctora Arroway y otro individuo que respondía a la descripción de Paulo Kersey se habían marchado de allí a bordo del vehículo de este último. La doctora había abonado en efectivo su estancia en el hotel y había devuelto la llave, lo que solo podía significar que aquellos dos zoquetes estaban a punto de atentar contra la vida de Arthur.

Desconocía los detalles concretos, por supuesto, pero no resultaba difícil deducir la intención general. La doctora había mordido el anzuelo y había arrastrado a Kersey con ella. ¿Por qué, si no, iban a robar un activo del proyecto Fanyi cuyo único efecto conocido, por el momento, era provocar una muerte instantánea e irrastreable?

Por eso, cuando Mwangi le avisó de que el BMW blanco de Paulo Kersey acababa de entrar en el aparcamiento subterráneo de La Torre, Ackerman ya estaba preparado junto a la puerta del ascensor con su teléfono de tarjeta en el bolsillo y Willy Razouki esperando sus instrucciones al otro lado de la línea.

Sonrió mientras esperaba. La doctora Queen y su perrito faldero iban a experimentar muy pronto la sorpresa más desagradable de sus vidas.

63

Al principio todo salió bien. Demasiado bien, de hecho. Kersey se marchó camino de la base del montacargas y Niara salió del coche dos minutos después para dirigirse al pasillo que conducía a los ascensores.

Entró en la cabina y pulsó el botón del piso 34. El ascensor se puso en marcha con una leve sacudida. Intentó convencerse de que el maletín no le temblaba en la mano y de que sus palmas no estaban sudorosas. Miró casi sin querer hacia la discreta cámara de seguridad ubicada en una esquina y le dio un vuelco el corazón. No habría ningún problema en sobreescribir, con ayuda de Willy Razouki, la grabación con una imagen del ascensor vacío pero, aun así, si cualquiera de los guardias de seguridad del puesto de vigilancia estaba viendo las imágenes en ese momento, podría alertar a Jones y mandarlo todo al garete. Acabarían encontrándose a la salida del ascensor o en algún lugar de paso y, a la vista de todo el mundo, le resultaría imposible inyectarle aquella porquería.

Mierda, ¿cómo es que Kersey no había pensado en aquel posible contratiempo? Menudo planificador. Se giró bruscamente para dar la espalda a la cámara, lo que sin duda la hizo parecer aún más sospechosa a ojos del vigilante que pudiera estar al otro lado. Se sintió tentada de disimular canturreando una canción o marcándose unos pasos de baile, pero le pareció que ya había hecho el ridículo lo suficiente y se forzó a sí misma a quedarse quieta, como si el hecho de no moverse pudiera conferirle el don de la invisibilidad.

Fue entonces cuando el ascensor se detuvo y empezaron los problemas de verdad.

64

Delante de la puerta abierta del ascensor apareció Joseph R. Ackerman, el director financiero de la Compañía, con su sonrisa lúgubre. Estaban en la planta vigésimo primera. A Niara siempre le había dado repelús aquel tipo. Tenía ese porte arrogante y desagradable de la gente que da la impresión de estar oliendo excremento de rata todo el tiempo. Los trajes cortados a medida le quedaban indefectiblemente grandes a aquel cuerpo enjuto, y el pelo engominado sobre el rostro pálido, reseco y ojeroso, dominado por unos labios demasiado gruesos como para no resultar repulsivos, no contribuía a que su apariencia resultara más agradable.

Un encanto de individuo, desde luego, aunque era de la absoluta confianza de Jones, hasta el punto de haber exigido su contratación en los primeros tiempos tras la constitución de la Compañía por motivos que a Niara se le escapaban. Debía de ser un fenómeno en su trabajo, si bien ella tenía una idea muy nebulosa acerca de cuál era el cometido de un director financiero. Además, le recordaba a alguien, quizá a alguno de esos tipos siniestros y trajeados que de cuando en cuando aparecían por casa cuando era niña y amenazaban a sus padres con ejecutar la hipoteca o embargar sus bienes, unos términos que ella desconocía en aquel entonces pero cuyas implicaciones inquietantes no se le escapaban.

Joseph R. Ackerman entró en el ascensor y el perfume mareante de su Tobacco Vanille de seis mil chelines el frasco la hizo retroceder.

—Buenos días —dijo el tipo sin mirarla a los ojos—. Hacía tiempo que no la veía por La Torre, doctora. ¿Mucho trabajo?

—Oh, sí, el trabajo es salud —masculló Niara—. Lo leí en un panfleto religioso.

Ackerman debió considerar cumplidas todas las cortesías necesarias con aquel breve intercambio porque le dio la espalda y esperó a que las puertas del ascensor se cerraran de nuevo. El aparato se puso en marcha con su sacudida habitual. La música ambiental se detuvo en ese momento. Niara no había sido

consciente de su existencia hasta que el silencio cayó sobre ellos como la calma que precede a la tempestad. Solo se oía el zumbido continuo del motor eléctrico y la respiración algo trabajosa de Ackerman.

Entonces aquel tipo hizo algo muy extraño: inclinó levemente la cabeza y miró con disimulo al maletín que Niara llevaba en la mano. Fue tan sutil que, al cabo de un segundo, Niara no estaba segura de que hubiera sucedido en realidad. Sintió una hostilidad irracional, incomprensible, crecer en su interior, y también miedo, un miedo opresivo y repentino, un miedo que no sentía desde la última vez que estuvo en los pasillos de la *Flying Dutchman*. Durante un momento tan huidizo como una sinapsis neuronal estuvo tentada de sacar el activo del maletín y clavárselo a Ackerman en la yugular.

El momento pasó. El ascensor prosiguió su ascenso rumbo a su destino y Niara Queen no tuvo modo de saber cuánto hubiera cambiado el futuro si esta vez también hubiera actuado impulsivamente.

65

Kersey llegó a la base del montacargas, situada en el último sótano del edificio, junto a la caldera de la calefacción, el cuarto de máquinas del ascensor y el generador eléctrico de emergencia. Había contado con encontrarse a alguien de mantenimiento pululando por allí, pero los pasillos estaban desiertos.

Lo primero que hizo fue pulsar el botón para que el montacargas descendiese hasta el nivel donde él se encontraba. Necesitaba despejar el hueco de modo que, cuando Niara dejase caer el maletín, llegase hasta sus manos sin tropezar con ningún obstáculo. Cuando el montacargas descendió y las puertas se abrieron con un zumbido hidráulico, Kersey se apresuró a bloquearlas con uno de los dos tablones de madera que había transportado hasta allí aquella misma mañana con ese propósito.

Después se dispuso a esperar. Si todo iba bien, en pocos minutos debería oír el ruido del maletín golpeando el techo de la cabina del montacargas. Entonces abriría la trampilla, rescataría el maletín y saldría del edificio para deshacerse de él. Lo había planeado todo tan cuidadosamente que le resultaba inconcebible pensar que algo pudiera fallar, ¿no era así? Él era un hombre meticuloso y había orquestado con éxito intrigas mucho más complejas que esta en Calcuta o en Montevideo.

¿Por qué, entonces, tenía esa desagradable sensación en la boca del estómago?

Estuvo tentado de telefonear a Niara y alertarla de que algo iba mal, abortar el plan antes de que fuera demasiado tarde, pero se contuvo. ¿Qué demonios le ocurría? Estaban haciendo lo que debían hacer. El mundo sería un estercolero un poco más limpio cuando Jones no estuviera en él y el futuro tendría una oportunidad, ¿verdad?

Se mordisqueó una uña, un gesto de nerviosismo que no experimentaba desde la niñez, y necesitó de toda su fuerza de voluntad para permanecer en su puesto, mientras la misma idea volvía una y otra vez a su cabeza: algo va mal, algo va terriblemente mal…

66

El ascensor se detuvo en la planta 34. Joseph R. Ackerman no había vuelto a mirar al maletín en todo el trayecto. De eso Niara podía estar segura porque no le había quitado los ojos de encima a su nuca engominada.

El director financiero de la Compañía se hizo a un lado cuando las puertas se abrieron y dejó pasar educadamente a Niara. Ella salió al pasillo, dispuesta a exhalar un suspiro de alivio en cuanto el ascensor y su pasajero se alejasen de allí, pero apenas había dado unos pasos cuando el sonido de pisadas detrás de ella retorció sus intestinos con otra vuelta de tuerca.

No necesitó mirar atrás para saber que Joseph R. Ackerman la estaba siguiendo.

Caminó por el amplio pasillo flanqueado de puertas de despachos rotuladas con nombres como *Tesorería, Gestión financiera* o *Auditoría interna*, tan esotéricos para Niara como si hubieran sido *Magia y pociones, Astrología* o *Hadas y unicornios*. El montacargas, como en todas las plantas del edificio, se hallaba en el extremo norte, cerca de la escalera de emergencia, más allá de la zona de despachos.

Solo entonces, cuando ya estaba atrapada, cayó en la cuenta: la planta 34 de La Torre estaba ocupada por el departamento financiero. Aquel era el puñetero dominio de Ackerman. Malditos fueran Kersey y sus planes. Podía haber elegido la planta 33 para deshacerse del maletín, o incluso la 32, y aun así hubiera tenido tiempo de subir hasta el despacho de Jones. Pero no, Kersey había tenido que escoger la 34, y ahora ella tenía a aquel espantajo entrometido echándole el aliento en la nuca.

En cualquier caso, la suerte estaba echada. Solo podía seguir adelante. Si ahora se diera media vuelta y le soltase a Ackerman una excusa tontorrona como «uy, me he equivocado de planta, qué despistada soy», su presencia en aquel lugar resultaría aún más sospechosa.

Se puso en tensión esperando la inevitable pregunta de Ackerman: «¿Cómo es que la directora científica de la Compañía

nos honra con su visita en la planta 34?», diría con su insufrible tono empalagoso, y ella tendría que responderle con alguna ordinariez y pedirle que se metiera en sus asuntos.

Pero Ackerman no abrió la boca. Se limitó a seguir allí, caminando en silencio unos pasos por detrás de ella. ¿Y si la seguía hasta el montacargas? ¿Qué haría una vez que llegase hasta su destino? Tendría que inventar alguna estupidez aún mayor, como que estaba supervisando las salidas de emergencia. No colaría, por supuesto —¿quién iba a tragarse que la directora científica supervisase personalmente las salidas de emergencia?—, pero Ackerman no se atrevería a contradecirla abiertamente. ¿O sí? ¿Trataría de confirmar su historia? ¿Llamaría a seguridad y descubriría lo que llevaba en el maletín? Estaba bastante segura de que la animadversión que sentía por el director financiero era mutua. Si la descubría ahora… Bueno, eso representaría su fin en la Compañía y, con toda probabilidad, en la vida civil keniata, porque acabaría con sus huesos en una cárcel estatal acusada, como mínimo, de robo.

Tenía que quitárselo de encima, aunque eso supusiera retrasarse un poco. Ya estaba decidida a meterse en un despacho cualquiera para tratar de darle esquinazo cuando oyó una cerradura electrónica activarse a su espalda seguida de la vomitiva voz de Ackerman.

—Que tenga un buen día, doctora.

Giró la cabeza a tiempo de ver cómo Ackerman desaparecía en el interior de un despacho con el rótulo «Dirección financiera» grabado en la puerta. No se le escapó la sonrisa de hiena ni la última mirada que aquel tipo le dirigió justo antes de desaparecer. Esta vez estuvo segura más allá de toda duda: los ojos de Ackerman se habían posado sin disimulo sobre el maletín.

«Al diablo», pensó. «¿Qué importa si sospecha algo? No podrá probarlo, ni ante la policía ni ante el Consejo de Administración».

Ya había resuelto seguir adelante con el plan cuando un nuevo pensamiento la golpeó como un vagón de mercancías. Tal vez Ackerman no tenía ninguna intención de denunciarla. Tal vez lo que estaba haciendo en ese mismo momento en su despacho era mucho más simple y efectivo. Tal vez, sencillamente, había descolgado el teléfono y estaba advirtiendo a Jones.

67

Ackerman marcó el número del despacho de Jones. Esta vez usó el teléfono corporativo de la empresa.

Jones no pudo o no quiso disimular su fastidio.

—Espero que sea urgente. Tengo mucho trabajo —dijo a modo de saludo.

«No, no es nada urgente», pensó Ackerman. «Solo quería avisarle de que su amiguita la doctora Arroway se dirige en estos momentos a su despacho con intención de acabar con su vida, pero disculpe que le haya distraído de sus importantes ocupaciones, no se volverá a repetir».

No dijo nada de eso en voz alta. En su lugar, respondió con suavidad:

—Puede esperar a mañana. Buenas tardes, Arthur.

Colgó y fue consciente de que la mano le temblaba. Solo quería asegurarse de que su colega estaba en su despacho. Hasta ese momento había estado en su mano detener a la doctora, pero ahora… Por un instante sintió un atisbo de remordimientos por lo que iba a hacer o, mejor dicho, por lo que iba a dejar que otros hicieran. Cierto, él había sembrado la semilla de la desconfianza en la doctora Arroway, pero ni mucho menos la había obligado a dar el paso que estaba a punto de dar. Con Paulo Kersey era diferente: sabía reconocer a un hombre sin escrúpulos en cuanto lo veía. Aun así, le había sorprendido la intensidad con la que la doctora había mordido el anzuelo. Y de qué manera.

Y ahora se dirigía al despacho de Jones con aquel activo encima, sin duda dispuesta a inyectárselo. Incluso aunque no lo hiciera, aunque solo amagase con hacerlo, Jones no volvería a confiar en ella y tendría que reconocer que él tenía razón, que siempre había tenido razón respecto de la doctora. Y si lo hacía, si lograba inyectarle aquella cosa… Bueno, los efectos serían terribles, desde luego, pero eso convertiría a Jones y a él en inseparables, mucho más de lo que jamás habían sido, incluso en los viejos y buenos tiempos. Y, sinceramente, una parte de él disfrutaba con la idea de que Jones recibiera su pequeño castigo por haberlo tratado tan mal

durante los últimos meses.

Sacudió la cabeza para apartar las dudas y desbloqueó el móvil de tarjeta. Sus dedos marcaron el número de Willy Razouki casi sin pensar.

—Soy yo —dijo—. Necesito que hagas algo más: corta todas las llamadas entrantes al despacho de Arthur Jones. Que nada ni nadie lo interrumpa en los próximos diez minutos. Y llama a una ambulancia. Dentro de poco la vamos a necesitar.

68

Al final del pasillo del departamento financiero, Niara empujó la palanca antipánico que cerraba la puerta metálica, pensando casi histéricamente que la denominación «antipánico» resultaba bastante apropiada teniendo en cuenta el estado en el que se encontraba en ese momento.

Maldito Ackerman. Ese tipejo sin duda sabía lo que transportaba en el maletín. O por lo menos lo intuía. Cómo había llegado a esa conclusión, Niara lo desconocía. Ackerman era de esa clase de gente con una capacidad innata para fastidiar a los demás.

Y ahora podía estar avisando a Jones. No era descartable. Habría descolgado el teléfono del despacho, habría marcado el número interno de Jones y le habría advertido de que ella se dirigía hacia allá con intenciones poco claras. «¿Qué quieres decir con eso?», habría preguntado Jones. «Creo que pretenden hacerle daño, señor», contestaría Ackerman en su vomitivo papel de animal de compañía.

Llegó a la puerta del montacargas y dejó un momento el maletín en el suelo. Sacó su nuevo teléfono móvil del bolsillo y marcó el número de Kersey. Él también se había hecho con otro teléfono para evitar que otras personas pudieran escuchar sus conversaciones. Con su eficacia habitual, Kersey contestó antes del segundo tono de llamada.

—¿Qué ocurre?

—Ackerman.

—¿Qué pasa con Ackerman?

—Me ha visto. Creo que lo sabe. ¿Cómo demonios se te ha ocurrido que me deshiciera del maletín en el piso 34? ¡Aquí está el puñetero departamento financiero!

Kersey guardó silencio unos segundos, como si procesara la información.

—Tienes razón. ¿Y cual es el problema? ¿Qué ha hecho Ackerman exactamente?

—Seguirme durante un rato y mirar el maletín como si tuviera rayos X en los ojos. Luego se ha metido en su despacho.

—Entonces no sabe lo que hay en el interior.

—No, pero en este momento puede estar avisando a Jones de que he regresado a Nairobi.

—Imposible. He pedido a Willy que desvíe todas las llamadas entrantes del despacho de Jones durante media hora. No puede recibir ninguna llamada.

—¿Estás seguro de eso?

—Completamente.

Niara volvió a mirar a las puertas del montacargas, tratando de calmarse y de poner en orden sus ideas. Quizá solo estaba buscando una excusa para no hacer lo que debía hacer. Eso era muy típico de ella.

—Joder, esto es una locura —suspiró por fin—. Está bien, sigamos adelante. ¿Estás en tu puesto?

—Sí.

—Voy a abrir las puertas del montacargas. En unos segundos tendrás ahí abajo el maletín. Si no llevas casco, apártate a un lado.

Cortó la comunicación y sacó del bolsillo trasero la llave manual que Kersey le había facilitado para destrabar el mecanismo de seguridad de las puertas correderas. En esencia, el montacargas era como un ascensor, solo que más amplio y menos lujoso, pensado para que los trabajadores de mantenimiento pudieran subir y bajar materiales voluminosos o pesados sin perturbar al resto de empleados con sus camisetas sudadas y sus interjecciones de hastío. Niara no estaba segura de en qué momento la Compañía había empezado a convertirse en un espejo tan fiel del mundo exterior sin que ella hiciera nada por impedirlo.

El mecanismo de seguridad emitió un chasquido cuando se desconectó. Ahora tenía que separar las dos hojas metálicas de las puertas manualmente, y aquí se tropezó con otro problema que Kersey no había previsto. Se suponía que uno introducía los dedos por la rendija entre las dos hojas y las empujaba con fuerza hacia los lados, pero el hecho era que ella carecía de dedos en la mano derecha. Para ser exactos, carecía por completo de mano derecha. Un pequeño detalle que en aquel momento se convirtió en un obstáculo insalvable.

Trató de separar las hojas tirando con su única mano hacia un lado y luego hacia el otro hasta que le quedó claro que el mecanismo estaba pensado para ser desbloqueado mediante un

tirón simultáneo de las dos hojas. Miró alrededor con desesperación, en busca de algo que pudiera servirle para hacer palanca. Un pensamiento perturbador e inoportuno la asaltó: ¿Y si Ackerman aparecía en ese preciso momento y la sorprendía trajinando en el montacargas, con la llave de seguridad introducida en la cerradura? ¿Qué excusa podría inventarse?

«Los problemas, de uno en uno», se dijo de nuevo a sí misma. «Céntrate. Una palanca. Ese es tu objetivo ahora».

Dio un giro de 360 grados sobre sus talones y registró mentalmente todo lo que veía. Se encontraba en un descansillo desangelado y funcional donde no había absolutamente nada: a un lado, la escalera de servicio con un pasamanos metálico anclado a la pared; en el centro, el montacargas; y, al otro lado, la puerta antipánico que conducía al pasillo enmoquetado del departamento financiero.

Retrocedió unos metros y abrió la puerta antipánico. Desde el lado del descansillo disponía de un pomo convencional, pero desde el interior estaba equipada con la típica barra horizontal para abrirla de un empujón en caso de emergencia. Un requisito obligatorio de la legislación sobre autoprotección, imaginó, y también una palanca perfecta. La barra estaba introducida a presión en dos piezas metálicas, cada una en un extremo, atornilladas a la puerta. Empujó cada pieza en direcciones opuestas, ayudándose de la mano y del muñón, y logró separarlas apenas unos milímetros, insuficiente para desencajar la barra. Dejó de hacer fuerza para recobrar el aliento. Miró hacia el pasillo. En cualquier instante, vería abrirse la puerta de un despacho y salir de él a un tipo trajeado y desagradable que parecía estar oliendo mierda de rata, o a algún otro individuo de su calaña que avisaría rápidamente a su jefe.

Volvió a intentarlo con la fuerza de la desesperación. Esta vez, los soportes se desplazaron un poco más y, cuando ya sentía que sus músculos no soportarían la tensión, la barra horizontal se desencajó de un lado. La retorció hacia arriba y hacia abajo para tratar de separarla del otro extremo. Por fin, de un último tirón, logró quedarse con la barra en la mano al tiempo que se caía de culo sobre el suelo enmoquetado.

Permaneció un instante allí, en silencio, conteniendo la

respiración, esperando que alguien apareciera para ver a qué venía tanto alboroto. Las puertas de los despachos permanecieron cerradas y nada perturbó el silencio monacal del pasillo. Se puso en pie con esfuerzo, apoyándose en la barra como una anciana en su báculo, y traspasó de nuevo la puerta antipánico en dirección al montacargas.

La barra era demasiado gruesa como para encajarla en la rendija de la puerta del montacargas. Por suerte, estaba hueca por dentro. Se dirigió a la escalera de servicio. Los escalones eran de hormigón basto, sin ninguna concesión a la estética. Colocó un extremo de la barra en el primer escalón y lo pisoteó varias veces hasta que su rodilla y su cadera empezaron a protestar al unísono. Levantó la barra a la altura de los ojos. El borde estaba totalmente aplanado.

Regresó a las puertas del montacargas e introdujo el extremo plano de la barra en la rendija entre las dos hojas. Encajó perfectamente. Luego hizo palanca y, con un chasquido, logró vencer el mecanismo de seguridad y abrir las puertas unos centímetros, lo suficiente para poder introducir la mano izquierda y el muñón derecho por el hueco y tirar simultáneamente hacia los lados. Por fin, jadeando y empapada de sudor, pudo mirar al vacío oscuro que se abría ante ella. Era imposible vislumbrar el fondo de aquel túnel vertical.

«Joder», pensó, «y esta era la parte fácil del plan».

Sin perder ni un segundo más, se arrodilló junto al maletín y lo abrió. Una neblina fría surgió del interior. Al disiparse, distinguió la jeringuilla sujeta con un arnés al relleno esponjoso. Era diminuta, mucho más pequeña que las jeringuillas que uno podía comprar en una farmacia y que aparecían en el cine y la televisión. Resultaba asombroso que algo tan pequeño pudiera ser tan devastador. La sacó de su hueco, se la guardó en un bolsillo lateral y, sin molestarse siquiera en cerrarlo, dejó caer el maletín en la oscuridad.

Aún conservó la suficiente sangre fría como para perder unos valiosos segundos cerrando las puertas del montacargas y recuperando la llave de seguridad. En parte, para no dejar rastros de su actividad y, en parte, para evitar que algún despistado se desplomase por aquel pozo vertical. Ya sería bastante duro cargar con un solo homicidio sobre su conciencia.

69

En el sótano, Kersey escuchó el retumbar metálico proveniente del hueco del montacargas. Se apartó prudentemente a un lado. El maletín aún rebotó varias veces en las paredes antes de estrellarse, cinco segundos después, contra el techo de la cabina. El estruendo debía de haberse oído en gran parte del edificio, un ruido fuerte pero pasajero, el tipo de ruido que cualquiera podía achacar a una cañería con problemas, un paquete voluminoso que alguien dejaba caer por accidente o un albañil especialmente descuidado. Nada que llamase demasiado la atención o que alguien fuera a asociar en las horas siguientes con lo que estaba a punto de ocurrir en la planta 35.

Levantó la trampilla del techo con un tablón de madera idéntico al que había usado para atrancar las puertas del montacargas. De un salto, se encaramó con agilidad al hueco y alargó un brazo para recoger el maletín, o lo que quedaba de él después de su caída vertical de más de cien metros. Salió del montacargas, quitó el tablón que impedía el cierre de las puertas, y se dirigió al aparcamiento con paso firme pero sin apresurarse en exceso: si se cruzaba con alguien, no convenía llamar la atención sobre el maletín lleno de abolladuras que llevaba bajo el brazo.

70

El inyectable era pequeño y el bolsillo de su pantalón holgado, pero notaba una desagrable sensación fría y húmeda en contacto con su muslo izquierdo. Ahora comprendía por qué Kersey le había aconsejado que se pusiera un pantalón amplio y con muchos bolsillos aquella tarde: con unos vaqueros ajustados, hubiera sido imposible transportar esa jeringa sin hacerla pedazos o acabar inyectándosela a sí misma por accidente.

Subió la escalera de emergencia saltando los peldaños de dos en dos y cruzó la puerta metálica que conducía a la zona de despachos de la planta 35. Allí casi se dio de bruces con un guardia de seguridad que demostró una encomiable velocidad de reacción al darle el alto.

—¡Un momento! ¿A dónde se dirige, señorita? —le preguntó.

Niara ni siquiera contestó. Se limitó a mostrarle su acreditación como directora científica mientras notaba cómo la jeringuilla se calentaba dentro del bolsillo. ¿Cuánto tiempo habría transcurrido ya? No quería mirar el cronómetro hasta alejarse de aquel tipo. El guardia examinó su acreditación con una lentitud exasperante antes de murmurar una disculpa y permitirle el acceso.

Se adentró en la planta 35 con el corazón encabritado y la garganta seca. Era increíble lo difícil que resultaba caminar deprisa pero sin dar la impresión de que corrías para no levantar sospechas. Miró por fin el cronómetro y le dio un vuelco el corazón. Ya habían transcurrido tres minutos desde que sacó el activo del maletín. Solo quedaban otros dos para entrar en el despacho de Kersey e inyectarle aquel potingue en el cuello.

Fue en ese preciso instante cuando comprendió que aquel plan no tenía ninguna posibilidad de funcionar. Cinco minutos era un margen ridículamente pequeño. En la cabeza de Kersey, o incluso en la suya cuando Kersey le había expuesto la idea, sonaba factible y hasta razonable. Ahora, cruzando el corredor enmoquetado a ritmo de marcha atlética, se le hizo evidente que ni un plusmarquista mundial de velocidad lo hubiera conseguido. Y, aun así, no contempló la posibilidad de abandonar, porque la sensación

de que se encontraba ante un punto de inflexión de la historia la quemaba por dentro como si hubiera bebido gasolina y la espoleaba para moverse más deprisa, más deprisa.

Llegó volando a la antesala del despacho de Jones, un enorme espacio rectangular donde trabajaban sus colaboradores más cercanos en un entorno en el que se mezclaba la última tecnología con la decoración versallesca. La puerta del despacho estaba al fondo. Atravesó la sala corriendo ya sin ningún recato. Miró el cronómetro. Faltaban cincuenta y cinco segundos.

La secretaria personal de Jones, cuya mesa era la más cercana a la puerta del despacho, saltó como un resorte y cometió el error de tratar de detenerla. Niara la apartó de un empujón. Solo entonces se percató de que Njeri también estaba allí, tal vez visitando a su colega para ultimar una cita o para compartir un café. Sus miradas se cruzaron un instante y leyó la alarma en los ojos sinceros de su asistente. ¿Qué pensaría Njeri de lo que estaba a punto de hacer? Aquello la hizo flaquear de manera repentina. Una bocanada de asco hacia sí misma le subió por el esófago y le abrasó la garganta. Entonces recordó a Eyre con el pecho abierto en mitad de la calle. Apartó la mirada y entró en el despacho de Jones como un torbellino.

71

Kersey salía en ese preciso instante del aparcamiento de La Torre en dirección al barrio de Dandora. Allí se encontraba el vertedero más cercano, donde los buscadores de basura, los más pobres entre los pobres, le quitarían el maletín de las manos y lo desarmarían para extraer todos los componentes que tuvieran algún valor en el mercado de segunda mano. En menos de una hora, el rastro de ese maletín sería imposible de seguir.

«Todo está saliendo según lo previsto», se dijo a sí mismo mientras se alejaba por la avenida. Pero, entonces, ¿por qué continuaba teniendo esa opresiva sensación en el pecho, esa certeza de que algo terrible estaba a punto de explotarles en la cara?

Se obligó a conducir sin hacer caso de corazonadas ni intuiciones. Toda una vida de autodisciplina jugaba en su contra a la hora de reconocer las señales de alarma de las grandes líneas causales que estaban a punto de colisionar. Cuando, unos minutos más tarde, enfiló la destartalada autopista de *Outer Ring Road*, todo había terminado en La Torre y ya no había vuelta atrás.

72

Niara entró en el despacho jadeando y cerró la puerta a su espalda. Jones, sentado tras una mesa de madera del tamaño de un Rolls Royce, apartó la vista del monitor del ordenador. Su secretaria abrió la puerta y apareció muy descompuesta detrás de Niara.

—Perdone, señor, no he podido evitar que…

Jones levantó una mano.

—No pasa nada, Valeria. —Sonrió apenas al ver a Niara—. Doctora, qué alegría verla. Tiene mala cara. ¿Se encuentra bien?

La alarma del cronómetro que Kersey le había prestado comenzó a sonar. Los cinco minutos se habían consumido con la rapidez de una hoja de papel en el infierno. Niara empujó a la secretaria fuera del despacho y volvió a cerrar la puerta. Luego se giró hacia Jones.

—Perfectamente.

Lo que ocurrió a continuación lo había planeado en su cabeza durante todo el día. Por supuesto, tampoco aquello salió como estaba previsto. Todo resultó mucho más sucio, mucho más chapucero. No tuvo tiempo para aproximarse a Jones con disimulo, para saludarlo con interés fingido, para inventar una excusa por su regreso inesperado, para simular que le sacudía el polvo blanco del traje. Tampoco hubo tiempo para pensarlo mejor, para evaluar las consecuencias. La alarma del cronómetro seguía taladrándole los tímpanos.

Se miraron solo un instante, lo suficiente como para estimar que la expresión de desconcierto de Jones era auténtica.

La alarma continuaba sonando.

Corrió hacia Jones. Derribó dos sillas a su paso. Jones se levantó de su sillón y separó levemente los brazos, como si pretendiera recibirla con un abrazo. Niara saltó sobre la mesa, derribó papeles, informes, certificados y utensilios de escritura. El abrazo de Jones se convirtió en un aspaviento de protección. Agarró la muñeca izquierda de Niara con una mano y su cuello con la otra. No tenía la fuerza del futuro capitán Jones, pero sí la suficiente como para romperle la tráquea.

Jones miró con el ceño fruncido la mano inmovilizada de Niara.

En ella refulgía una jeringuilla llena de un líquido de color azulado. Su gesto de confusión fue absoluto.

—¿Qué significa esto?

Niara no pudo contestar. Apenas podía respirar. Sin duda, Jones había recibido lecciones de defensa personal en algún momento. El capitán del *Holandés Errante* siempre fue un pozo de sorpresas.

No había otra cosa que pudiera hacer salvo lo que hizo: descargó la rodilla contra la entrepierna de Jones.

Aquella tosca artimaña siempre funcionaba. La garra sobre su cuello se aflojó de inmediato. Golpeó la muñeca de Jones con el muñón de su brazo izquierdo como si fuera un martillo. Él la soltó solo un instante.

Fue suficiente para que, una fracción de segundo después, la aguja del inyectable se hubiera clavado en un espacio entre dos costillas. Niara apuntó a ciegas. Podía haber acertado en un hueso o en el respaldo del sillón de cuero, pero el hecho era que sobresalía del tórax de Jones como un dardo que alguien hubiera lanzado por error. El líquido azulado de la jeringuilla había desaparecido. Niara estaba casi segura de haber apretado el gatillo que accionaba el émbolo.

Retrocedió unos pasos a trompicones, tosiendo y boqueando, mientras Jones se miraba el pecho con incredulidad. Con una mano temblorosa, se arrancó la jeringuilla y la levantó ante sus ojos.

—¿Qué… es…?

Sus ojos amenazaron con salirse de las órbitas. La jeringuilla vacía se escurrió entre sus dedos. Intentó apoyarse en su sillón, falló por varios centímetros y cayó al suelo enmoquetado con un ruido que a Niara se le antojó casi líquido. Se acercó a él muy despacio. Sus rodillas se habían convertido en jarabe de maíz.

El cuerpo desmadejado de Jones empezó a sufrir convulsiones. Un espumarajo de saliva blanca escapó de su boca.

—¿Por… qué? —consiguió decir.

Niara apenas pudo contener un sollozo. Lo tomó de la mano y murmuró:

—Ojalá hubiera otra forma, Arthur.

—¿Por… qué?

—Lo siento mucho. Tengo que salvarlos a todos. Tranquilo, terminará muy pronto.

73

Conservó la sangre fría el tiempo suficiente como para guardarse la jeringuilla vacía en el bolsillo. Luego salió tambaleándose del despacho y gritó que a Jones le había dado una especie de ataque. Enseguida se armó un gran revuelo en la antesala y la secretaria llamó a los servicios de emergencia.

Los minutos siguientes transcurrieron en una nebulosa para Niara. La noticia corrió como la pólvora y llegó mucha gente de todos los rincones del edificio. En algún momento, en medio de la confusión, apareció Kersey y le dijo al oído algo que no pudo comprender. Luego metió la mano en el bolsillo de su pantalón, sacó discretamente la jeringuilla y desapareció durante un rato. Niara supuso, en medio de su aturdimiento, que iba a deshacerse de la jeringuilla igual que habría hecho con el maletín. De ese modo, no habría nada que los conectase con el incidente.

Apenas los sanitarios se habían llevado a Jones en una camilla blanca cuando un pequeño ejército de policías se desplegó por el edificio. Sin duda, sospechaban que ella había tenido algo que ver con la muerte de Jones, pero no podrían probar nada. Eso no la alivió. Alguien le hizo algunas preguntas que no supo responder. Hubo murmullos y sollozos y, poco a poco, la gente fue desapareciendo hasta que Niara se dio cuenta de que se había quedado prácticamente sola en la antesala del despacho de Jones.

—¿Cómo estás? —dijo una voz a su espalda.

Se giró y se encontró con la mirada recelosa de Njeri. Recordó con una punzada de culpabilidad que ya estaba allí cuando ella había llegado atropelladamente dispuesta a cometer su crimen. No supo qué responder.

—¿Qué… qué ha ocurrido ahí dentro? —preguntó Njeri, señalando al despacho.

Niara solo pudo apartar la mirada y esperar a que el suelo se abriese bajo sus pies. Cerró los ojos y deseó despertarse de aquella pesadilla. Cuando volvió a abrirlos, Njeri ya no estaba allí y afuera la noche había barrido todo rastro de luz.

74

Jones no murió.

Niara no lo supo inmediatamente porque esa noche se emborrachó a conciencia. Ni siquiera trató de engañarse a sí misma diciéndose que solo tomaría una copa. No. Iba con la intención premeditada de beber hasta perder el conocimiento.

Despertó en la cama de su apartamento, tumbada sobre las sábanas junto a un charco de vómito reseco y con la sensación de que un martillo neumático le estaba perforando el hipotálamo. Aún llevaba puesta la ropa de la tarde anterior. Se levantó reprimiendo las náuseas, pero en cuanto rememoró la escena del despacho de Jones tuvo que correr hacia el cuarto de baño para deshacerse de lo poco que quedaba en su estómago.

Se duchó, tomó una dosis doble de ibuprofeno y, después del tercer café, su cerebro comenzó a funcionar a cámara lenta.

Fue entonces cuando Kersey llamó a la puerta. Traía un par de capuchinos del *Java House* y una bandeja de samosas recién hechas. La idea de meterse en el cuerpo una de aquellas grasientas empanadillas le revolvió el estómago. Aun así, se forzó a masticar una porque sabía que un poco de comida sólida le sentaría bien.

Cinco minutos después, sentados al aire tibio de la mañana en la pequeña terraza del apartamento y con el azúcar del capuchino haciendo estragos en sus niveles de glucosa, Niara se sintió un poco mejor; lo suficiente como para atreverse a preguntar:

—¿Y bien?

La mueca de Kersey fue suficiente respuesta. Aunque seguía siendo tan poco expresivo como de costumbre, Niara había aprendido a leer en sus gestos por mínimos que fueran.

—Llegué tarde, ¿no es así? —dijo—. Habían pasado cinco minutos y medio, puede que incluso seis. Y no pude inyectárselo en el cuello.

—Quizá fue por eso o por cualquier otra cosa. La cuestión es que Jones está estable dentro de la gravedad. Ha sufrido un ataque cardíaco muy severo, pero los médicos aseguran haberlo tratado a tiempo.

—Es decir, que sobrevivirá.

—Es muy probable. La parte buena de la historia es que la policía no sospecha nada y él, al parecer, no recuerda lo que ocurrió. Todos en la Compañía piensan que se debió a la emoción del momento. Tu entrada tan impetuosa en el despacho ha resultado muy apropiada para apoyar esta versión.

Niara se pasó la mano por el pelo húmedo. No podía olvidar la mirada perpleja de Njeri.

¿Y ahora qué? ¿Tendría que colarse en el hospital para acabar el trabajo? Solo la idea de enfrentarse a Jones de nuevo le indujo otro ataque de náuseas. Eso, contando con que Jones no la demandara o algo peor. Ya había intentado acabar con su vida en dos ocasiones. Qué no sería capaz de hacer cuando saliera del hospital.

—Hay algo aún más extraño —dijo Kersey.

Niara lo miró con aprensión.

—No sé si preguntarte a qué te refieres.

—El activo debería haberle provocado un derrame cerebral, no un ataque cardíaco.

—¿Dónde está el misterio? Se lo inyecté demasiado tarde y en el lugar equivocado.

—Eso podría haber disminuido su efecto, o incluso haberlo neutralizado por completo, pero no cambiarlo. El activo que seleccionamos no afecta al corazón, o no debería hacerlo. Eso solo puede significar una cosa.

—Significa que el activo era una mierda.

—O que alguien lo cambió.

Esa frase fue como un puñetazo en la nariz para Niara. Contundente y directo. Pudo sentirlo casi físicamente. Desde luego, era eso. Alguien estaba al tanto de sus planes y había avisado a Jones. O tal vez a Ackerman, su perro faldero. Pero ¿quién se había ido de la lengua? ¿Quién sabía lo que planeaban, además de ellos dos?

Miró a los ojos de Kersey y los dos dijeron a la vez:

—Willy.

75

Niara esperaba en el recibidor del Nairobi Serena. Aunque ya no se alojaba allí —¿qué sentido tenía continuar fingiendo que no había regresado a la ciudad?—, Kersey insistía en que, a partir de ahora, tendría que andar con los ojos muy abiertos y tratar los asuntos delicados en lugares públicos, porque Jones, antes o después, se tomaría su represalia. En cuanto a ella, aún se encontraba tan confusa por lo que había sucedido que no podía permanecer sentada más de dos minutos seguidos y llevaba un rato paseando de un lado a otro del vestíbulo bajo la mirada suspicaz del recepcionista. En un par de ocasiones, sus ojos se habían posado en la entrada de la cafetería, de donde le llegaba el inconfundible sonido de las copas al servirse y las botellas al descorcharse, y en las dos ocasiones había apartado la mirada y tratado de pensar en otra cosa. Sabía que una copa ahora le calmaría los nervios. La segunda copa le conferiría el valor que empezaba a echar de menos. Después de la tercera, todo le importaría una mierda.

Y, maldita sea, cómo echaba de menos esa sensación.

Paulo Kersey entró en el hotel quince minutos más tarde, tan acalorado e inquieto que hasta se le habían descolocado algunos mechones de su cabello, algo en verdad inaudito. Venía acompañado de un tipo rechoncho, sudoroso y medio calvo, con unas gafas redondas remendadas con cinta aislante. Willy Razouki miró alrededor con gesto atemorizado, como si aún no comprendiera qué estaba haciendo allí o en qué clase de lío se había metido. El hecho de que Niara se abalanzara sobre él como un recaudador de impuestos no contribuyó a tranquilizarlo.

—¡Doctora Arroway! —dijo el tipo rechoncho. La miró desde detrás de sus gafas como si no terminase de ubicarla en aquel lugar —. ¿Dónde se había metido? Todo el mundo anda buscándola últimamente.

—Menuda novedad. ¿Por qué no te sientas y hablamos un momento?

Willy Razouki obedeció, visiblemente nervioso. Se dejó caer en uno de los sofás de piel del recibidor. Niara y Kersey hicieron lo

propio frente a él. Una mesa de cristal los separaba.

—¿Os han seguido? —preguntó Niara sin dejar de mirar a Willy, aunque la pregunta iba dirigida a Kersey.

El jefe de sistemas pareció aún más desconcertado, si eso era posible, hasta que Kersey contestó.

—Creo que no, aunque, con todo lo que ha pasado, es imposible estar seguro, ¿no te parece, Willy?

El aludido se retorció las manos. Sudaba copiosamente a pesar de que el aire acondicionado del hotel mantenía la temperatura y la humedad del interior en valores constantes.

—No entiendo… ¿Alguien me va a explicar qué estoy haciendo aquí?

—Hablar con nosotros sin que ciertas personas escuchen la conversación, salvo que lleves un micro encima —dijo Kersey—. Ya sabes a quiénes me refiero, ¿verdad?

Willy Razouki meneó la cabeza con el mismo gesto con el que un niño con la boca manchada de chocolate y los carrillos hinchados negaría haberse zampado el último bombón de la caja.

Kersey adelantó su cuerpo y miró a Willy a los ojos, sin parpadear, con su mirada patentada, esa que conseguía disminuir varios grados la temperatura de una habitación.

—Yo creo que sí lo sabes, Willy. Te contaré lo que creo que ha pasado. Te pedí un pequeño favor y te insistí mucho en la necesidad de que fueras discreto a cambio de una generosa remuneración, pero alguien más te estaba pidiendo favores al mismo tiempo. Debiste pensar que no pasaba nada por atendernos a los dos. Diversificar el negocio, digamos. ¿Por qué limitarse a un sobresueldo pudiendo obtener dos? Más que suficiente como para alimentar algún pequeño vicio, ¿no es así? No te avergüences, Willy, todos tenemos nuestros secretillos. Unos coleccionan sellos y otros se compran coches deportivos por encima de sus posibilidades, ¿no es verdad?

Willy había palidecido. Niara esperaba ver en cualquier momento como las gotas de sudor que perlaban su frente caían al suelo convertidas en pequeñas esferas de hielo.

—¿Qué fue lo primero? —continuó Kersey con su voz más suave y peligrosa—. ¿Te ordenaron vigilar mis movimientos y los de la doctora Arroway?

Niara recordó algo en ese instante, un detalle inquietante que había olvidado en medio del caos de los últimos días.

—Mis archivos cifrados —dijo—. Tú hiciste una copia. ¡Joder, Willy! Sospeché de ti y enseguida te descarté. Te tenía por alguien de fiar.

El ingeniero informático tembló una última vez y luego se quedó muy quieto, como si hubiera alcanzado el último escalón en su descenso a un lugar muy frío y muy oscuro.

—No sabéis cómo es ese tipo. Me… me amenazó. Amenazó a mi familia. Si se enterase de que estoy aquí hablando con vosotros… No sé lo que sería capaz de hacer.

—Te aseguro que lo sabemos muy bien. Ese tipo, como tú lo llamas, contrató a esos sicarios para que me buscaran en España, ¿verdad? —preguntó Niara.

Willy la miró frunciendo el ceño.

—¿Sicarios? De eso no sé nada, pero no me extrañaría. Se codea con gente muy extraña.

—¿Qué te pidió hacer? ¿Robar mis documentos?

Willy asintió.

—Y vigilarla las veinticuatro horas. Pinchar su teléfono, averiguar con quién se escribía, intervenir el GPS de su móvil… ¡Todo!

Kersey se adelantó aún más. Ya estaba sentado en el borde del sillón. Niara pensó con cierta alarma que, si seguía avanzando, acabaría por caerse de culo al suelo y perdería todo su efecto intimidante.

—¿También cambiar el activo? —preguntó.

Willy volvió a retorcerse las manos. Daba la impresión de que habían llegado al centro neurálgico de sus preocupaciones.

—Vamos, Willy, piensa bien lo que vas a decir. Te pedí que me consiguieras un activo con un efecto muy concreto. ¿Te obligaron a cambiarlo por otro? ¿Sí o no?

Niara contuvo la respiración. De esa respuesta dependía que ella fuera una inútil por no haber sabido representar adecuadamente su papel en aquella función o solo una imbécil por no haberse percatado de que otros le estaban tomando el pelo.

Por un momento, Willy dio la impresión de que estuviera tratando de tragarse una pelota de tenis. Hundió la cara entre las

manos y comenzó a sollozar.

—No quería hacerlo —dijo entrecortadamente—. Lo prometo. No quería tener nada que ver con el proyecto Fanyi. Sé muy bien lo que están fabricando allí. Hubiera preferido no tener que ayudarles ni a ustedes ni a nadie. Pero ya era demasiado tarde. Los dos me amenazaron, cada uno a su manera.

Niara miró a Kersey con el ceño fruncido. Kersey se limitó a encogerse de hombros, como si dijera: «yo solo pasaba por allí».

—Lo entiendo, Willy —dijo Niara con suavidad—. Este es un asunto muy feo y no querías verte involucrado. No es como sacarse un pellizco por copiar unos archivos. Y sabemos por experiencia propia que Jones puede llegar a ser muy persuasivo.

Willy se apartó las manos de la cara y se sorbió la nariz. Su cara de desconcierto tras escuchar esa frase resultó de lo más elocuente. Niara la leyó al mismo tiempo que todas las luces de alarma se encendían en el interior de su cabeza.

—Un momento… Fue Arthur Jones quien te ordenó que hicieras todo eso, ¿verdad? —preguntó con el corazón convertido en una fruta madura.

—¿Arthur Jones? —respondió Willy, y bajó la voz antes de continuar—: Claro que no. Fue el director del departamento financiero. Seguro que lo conocen. Se llama Ackerman. Fue Joseph R. Ackerman.

76

Niara sacudió la cabeza. De modo que Ackerman era el maestro de ceremonias en la sombra. El mismo Ackerman que la había interceptado en el ascensor, el mismo que la había seguido por los pasillos de la planta 34 sin quitarle ojo de encima al maletín, el mismo del que ella había sospechado que intentaría alertar a Jones.

Algo no cuadraba en aquella historia. Si había logrado alertarlo, ¿por qué Jones no había tomado precauciones? Tal vez sí las había tomado y por eso ahora estaba en una habitación del hospital y no en el depósito de cadáveres. Tal vez todo había sido una farsa y el inyectable solo transportaba un poco de agua esterilizada. Y había algo más en torno a esta revelación, una idea alarmante a punto de hacerse inteligible en su cabeza pero que no acababa de tomar forma.

No se había recuperado de la sorpresa cuando el tono de llamada de un teléfono móvil rompió el silencio. Kersey tardó varios segundos más de lo habitual en percatarse de que el sonido provenía del interior de su chaqueta. Sacó el aparato y se puso en pie.

—¿Diga? Sí, soy yo. —Escuchó a alguien al otro lado de la línea durante unos segundos—. Entendido. No te preocupes, yo la avisaré.

Cortó la comunicación y se quedó unos instantes mirando la pantalla apagada del teléfono, como si estuviera pensando en las palabras más adecuadas para transmitir la noticia que acababa de recibir. Niara no pudo resistir la espera.

—¿Vas a decirme quién era o tengo que estrangularte para obtener la información?

—Noticias del hospital —dijo Kersey—. Jones está consciente. Al parecer, no recuerda nada del… incidente. Amnesia disociativa transitoria.

—No fastidies.

—Y hay algo más.

—No sé si quiero saberlo.

—Jones ha preguntado por ti. Dice que tiene que verte

enseguida. A solas.

77

Habían enviado a Willy Razouki de regreso a La Torre con la promesa de que contactaría con ellos si Ackerman le encomendaba algún otro cometido, incluso aunque fuera algo de apariencia inofensiva. Después, Kersey había conducido su BMW hasta el Kenyatta National Hospital, y ahora los dos caminaban por el laberinto de pasillos en dirección al ala privada donde estaba ingresado Jones.

—¿Crees que será cierto lo de la amnesia? —preguntó Niara.

—Lo vas a averiguar muy pronto —respondió Kersey—. Si intenta saltar de la cama para degollarte, significa que lo recuerda todo.

—Tienes un don inigualable para el humor. ¿No has pensado en hacerte comediante?

Identificaron la puerta de la habitación incluso antes de estar lo bastante cerca como para leer el número. Dos vigilantes de seguridad flanqueaban la entrada y varios hombres trajeados cuchicheaban en un corrillo muy cerca de allí como buitres al acecho. Al verlos llegar, levantaron la cabeza.

Uno de ellos se separó del grupo y se aproximó. Se trataba de Joseph R. Ackerman. A Niara le pareció que fingía un gesto de pesadumbre tan acusado que no colaría ni en una obra de teatro infantil.

—Menos mal que ha venido, doctora —dijo, solícito—. Arthur lleva preguntando por usted desde que recobró la conciencia.

Le puso la mano en la espalda y la empujó suavemente hacia la puerta. La proximidad de aquel individuo siempre le había dado grima, y el contacto físico no mejoraba la situación. Además, odiaba que la condujeran de acá para allá, como si ella no supiese ir sola a los sitios. Su malestar debió de resultar evidente, porque Kersey retuvo a Ackerman sujetándolo por el brazo.

—Jones ha pedido ver a la doctora a solas, si no me equivoco —dijo.

El director financiero masticó su contrariedad, la tragó en silencio y fingió una sonrisa.

—Desde luego.

—Entonces dejemos que ella se encargue.

Niara caminó hacia la puerta blanca de la habitación. Los otros tipos trajeados, entre los que Niara reconoció a varios miembros del Consejo de Administración y directores de otros departamentos, se apartaron en silencio para dejarle paso.

Uno de los vigilantes de seguridad, en cambio, estiró el brazo para interceptarla. Niara sintió una punzada del viejo temor hacia los individuos uniformados que la perseguía desde sus tiempos de fugitiva.

—Debemos comprobar que no lleva ningún utensilio peligroso encima —dijo el vigilante—. Es el protocolo.

Ella extendió los brazos y se dejó cachear. La obligaron a depositar en una bandeja de plástico el teléfono móvil, un bolígrafo, el cinturón y dos horquillas para el pelo usadas. Luego, el vigilante se apartó y le permitió llegar a la puerta.

Niara lanzó una última mirada a Kersey, que disimulaba su inquietud a unos metros de distancia. A su lado seguía Ackerman, observándola con una expresión indescifrable en sus ojillos entrecerrados.

Hizo girar el pomo de la puerta y entró en la habitación.

78

Varios cables surgían del cuerpo de Jones y se perdían en un monitor que medía sus constante vitales. El cuerpo tendido e inmóvil entre las sábanas, el zumbido de las máquinas y la penumbra de la habitación le conferían al lugar el aspecto luctuoso de una morgue. El olor a antiséptico saturaba el aire con la viscosidad del aceite de palma.

Un médico que estudiaba con detenimiento los resultados de alguna prueba reciente levantó la vista hacia ella y la obsequió con un gesto de contrariedad no disimulada.

—Solo unos minutos, por favor. Necesita descansar —susurró antes de abandonar la habitación en silencio y cerrar la puerta a su espalda.

Niara se acercó muy despacio a la cama. Jones parecía dormido. Por un instante, acarició la esperanza de que no se despertara, de que hubiera caído en un sueño tan profundo que no se percatarse de su presencia.

Allí tumbado, Arthur B. Jones parecía haber envejecido dos décadas desde el día anterior. Su piel estaba reseca, sus labios cuarteados y sus pómulos hundidos. Niara no se engañó a sí misma: ahora podía distinguir en esas facciones sin asomo de duda al futuro capitán Jones del *Holandés Errante*, el mismo tipo que sembraría el terror en las colonias extrasolares dentro de dos siglos.

Pero la realidad seguía siendo la misma: de momento, Jones era inocente de todos los cargos. Él no había robado sus archivos privados ni había enviado a los sicarios. Ackerman estaba detrás de todo. Aún así, seguía habiendo algo en todo aquello que no acababa de encajar. El torbellino de ideas en su cabeza y el penetrante olor a antiséptico le impedían concretar más esa sospecha, pero estaba segura de que era la misma que había estado a punto de tomar forma en el hotel, cuando Willy les había contado cómo Ackerman lo había coaccionado para cambiar los activos.

Ese fue el momento que Jones eligió para abrió los ojos. Refulgieron en la oscuridad como dos pequeñas bengalas. Inclinó la cabeza hacia un lado y la miró. Tardó un instante en reconocerla.

Cuando lo hizo, sonrió y volvió a parecerse al Arthur B. Jones de siempre, el abogado educado, resolutivo e invariablemente afable con el que llevaba trabajando casi nueve años. Niara se sintió asqueada por lo que le había hecho y, por primera vez, se alegró de que Jones hubiera sobrevivido. Tal vez ese capullo de Ackerman les iba a hacer un favor a todos sin pretenderlo al haber cambiado el activo a sus espaldas.

—Ah, es usted —dijo Jones con voz ronca.

Niara se acercó muy despacio a la cabecera de la cama. Las palabras se le atragantaron en la garganta. No dejaba de revivir la expresión sorprendida, asustada y también decepcionada de Jones mientras le clavaba la aguja en el esternón.

—¿Cómo… cómo se encuentra?

Jones casi logró sonreír, pero desistió del esfuerzo antes de conseguirlo.

—He estado mejor, doctora, pero no puedo quejarme. Al menos estoy vivo. —Su voz parecía provenir directamente del pecho, sin pasar por la garganta.

La miró con algo que parecía afecto, aunque con alguien tan flemático siempre era difícil saberlo. Al parecer, sí que era cierto que no recordaba nada de lo sucedido, al menos de momento. Eso la alivió, aunque también la hizo sentir más culpable. Quizá, después de todo, aquella situación lamentable tuviera arreglo. Quizá Jones se recuperase por completo y nunca recordara quién le había provocado aquel fallo cardíaco que casi había acabado con su vida. Quizá la relación entre ellos podría volver a ser como antes y, con el paso del tiempo, incluso ella podría olvidar la monstruosidad que representaba lo que había tratado de hacer. Porque, cuando se trata de la memoria, todos trucamos la baraja, ¿no es así?

Jones dijo algo en un volumen tan bajo que Niara no pudo entenderlo.

—¿Qué?

Se acercó aún más al abogado, tanto que pudo oler su aliento. Olía a enfermedad y sangre coagulada. Contuvo un acceso de náuseas.

—Ackerman me advirtió.

—¿Qué?

Una mano surgió de debajo de las sábanas y aferró a Niara del

brazo derecho, justo por encima del muñón de su muñeca. Cuando Jones volvió a hablar, ya no había en su voz ningún rastro de debilidad.

—Ackerman me advirtió.

Niara intentó zafarse, pero Jones la tenía agarrada con una fuerza incompatible con su estado, una fuerza que provenía de más allá de las reservas de energía de un hombre que había estado a punto de morir hacía unas horas y al que aún restaba un largo periodo de convalecencia.

—Me dijo lo que era usted y no quise escucharle. Ahora lo sé. Nunca se librará de mí. La Compañía es mía. Yo la levanté de la nada. Usted se limitó a fingir que tenía unas cuantas buenas ideas. Me haré con el control y usted no podrá hacer nada por evitarlo. Le arruinaré la vida a usted y a sus seres queridos, ahora y en el futuro. No sabrá cuándo ni cómo. Vivirá para siempre con esa amenaza sobre su cabeza, mirando hacia atrás en cada esquina, cerrando la puerta de su despacho con llave, sin saber nunca cuándo ocurrirá. Porque al final ocurrirá. Me encargaré de ello aunque sea lo último que haga. Solo quería que lo supiera, *querida*.

Jones la soltó. Su mirada era de puro odio. Había visto esa mirada antes: en los ojos voraces de los adictos al xerum, en las cuencas hundidas de los viejos del *Holandés Errante* convertidos en poco más que carcasas huecas e insaciables. Retrocedió atropelladamente, tropezando con todo lo que había a su paso. Estuvo a punto de tirar el soporte del suero. Solo eso impidió que huyera despavorida.

Y entonces, en ese preciso instante, la última pieza que no encajaba hizo clic en su cabeza y la imagen que llevaba desde hacía unas horas tratando de formarse se volvió nítida como una fotografía tomada en un día soleado.

Salió a trompicones de la habitación. Cuando cerró la puerta con la mano temblorosa, Jones fingía de nuevo estar dormido, pero una sonrisa taimada cruzaba su rostro como un latigazo.

79

La noche había caído definitivamente y el pasillo del hospital estaba despejado, a excepción de los dos vigilantes apostados en la puerta de la habitación, dos hombres que contaban con la total confianza de Henry Mwangi, el jefe de seguridad de La Torre.

Dentro de la habitación, con la puerta cerrada, Joseph R. Ackerman estaba sentado en una silla al lado de la cama de su amigo, mirándolo con esa mezcla de veneración y rencor de la que le resultaba imposible deshacerse. Jones dormía, y él pasaría allí el resto de la noche, y los días siguientes, si era necesario, para que fuera la primera persona que viera al despertarse, para que comprendiera de una vez por todas dónde debía depositar su lealtad.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Jones abrió los ojos y miró aturdido alrededor. Luego frunció el ceño, al parecer un poco confuso. Ackerman le tomó la mano con suavidad.

—Tranquilo, Arthur —dijo.

Por fin Jones fijó su vista en él.

—Ah, eres tú. Creí que ella aún estaba aquí.

Ackerman sonrió. Que Jones no quisiera pronunciar el nombre de la doctora Arroway era una magnífica señal.

—Soy yo quien está aquí. Siempre he estado aquí —dijo suavemente—. ¿Cómo se encuentra?

Jones asintió. Luego se incorporó trabajosamente sobre sus codos y se dejó caer en una postura menos recostada.

—Mucho mejor, amigo mío. —Dejó escapar un largo suspiro antes de continuar—. ¿Sabes? Llevo toda mi vida peleando contra molinos de viento, como don Quijote. ¿Has leído a Cervantes? No, claro que no. Don Quijote estaba convencido de que los molinos eran gigantes que agitaban los brazos para burlarse de él y, a pesar de que no tenía ninguna posibilidad de vencer y, en el fondo, lo sabía, arremetió contra ellos. Esa fue la primera de sus muchas aventuras. Lo tomaron por loco solo por hacer lo que creía correcto sin escuchar a nadie, sin reparar en daños o en consecuencias. Estaba más allá de la crítica y del elogio. Vivía por encima de las

debilidades morales o físicas del resto de personas. Todas sus aventuras acababan desastrosamente, desde luego, pero él nunca se rindió. Nunca, hasta el último aliento.

Cruzaron una mirada. Que Ackerman supiera, era la primera vez que veía a Jones con los ojos humedecidos.

—He sido un estúpido, Joseph. Don Quijote tampoco escuchaba a Sancho Panza, que era la voz del sentido común. Se dejaba llevar por sus principios sin atender a razones, y eso es lo que he estado haciendo estos últimos meses mientras tú me advertías: «mire vuestra merced que aquellos que allí se aparecen no son gigantes, sino molinos».

Ackerman se deslizó hasta el borde de la silla sin soltar la mano de Jones en ningún momento.

—Entonces escúcheme ahora, Arthur. Ya ha visto lo peligrosa que es esa mujer, y sé de buena tinta que en su pequeño proyecto la ha estado ayudando su amiguito, ese Paulo Kersey. Debemos eliminarlos a los dos.

Jones soltó su mano de un enérgico tirón y se incorporó un poco más, hasta quedarse casi sentado. Sin duda, lucía mucho mejor aspecto que solo unas horas antes. Aquella versión primitiva del xerum estaba haciendo su efecto.

—No, amigo mío —dijo—. Eso sería demasiado fácil, demasiado piadoso. Tengo algo mejor reservado para esos dos.

—Pero, señor, usted ha dicho que…

—Ya sé lo que he dicho, pero para mí se acabó comportarse como un caballero andante. No temas más por eso. Ahora sé exactamente de lo que hablo. Nuestra venganza será larga y será terrible, mucho más de lo que puedes siquiera imaginar.

80

Niara tardó varias horas en tranquilizarse y solo la presencia sosegada de Kersey impidió que aquel día volviera a emborracharse hasta la inconsciencia. Las últimas palabras de Jones se habían grabado dentro de su cerebro. *Le arruinaré la vida a usted y a sus seres queridos, ahora y en el futuro. No sabrá cuándo ni cómo. Vivirá para siempre con esa amenaza*.

—No dejaremos que lo haga —la intentó consolar Kersey.

—¿Ah, no? ¿Y cómo piensas impedirlo? ¿Acercándonos a él y clavándole una puñetera estaca en el corazón?

—No me culpes a mí. Tú estuviste de acuerdo en hacerlo.

Niara suspiró. Desde luego, Kersey estaba en lo cierto.

Estaban sentados en una de las mesas del Ngara, el bar preferido de Niara y su refugio predilecto en toda la ciudad. Allí dentro, aunque fuera una percepción infundada, se sentía casi a salvo de cualquier peligro.

Se pasó la mano por el pelo revuelto en un gesto de desesperación.

—Lo averiguará todo. ¡Todo! Encontrará los libros de Vozmediano. Sabrá exactamente lo que va a suceder y nos estará esperando en el futuro, ¿entiendes? Nunca dejará que esto tenga un final feliz.

—Eso no lo sabes. Yo también estoy aquí y también lo sé todo. Puedo ayudarte. Puedo protegerte. Me las he visto con tipos como Jones toda mi vida. Sé cómo manejarlos. Esos tipos solo entienden un lenguaje, solo respetan una cosa. No te muestres débil con él. No le tengas miedo. No lo rehuyas.

Nunca en toda su vida se había sentido más al borde de la desesperación absoluta, y ni siquiera Kersey parecía capaz de comprenderla.

—No lo entiendes.

—Tienes razón, no lo entiendo. Tú eres fuerte. Te has enfrentado a peligros inimaginables, has vencido a monstruos que no pueden existir, has peleado contra ejércitos enteros. Cada vez que has tenido que hacerlo, has nadado contra la corriente, una y otra vez,

en millares de vidas. Un matón de patio de colegio como Jones no te va a detener, por muchos títulos de Oxford y muchos trajes de Armani que tenga.

—No ha sido Jones, sino Ackerman —dijo Niara—. Hemos caído en su red como dos estúpidos.

Kersey la miró con gesto de perplejidad.

—Había algo que no encajaba en el comportamiento de esa sanguijuela de Ackerman —continuó Niara—. No lo he comprendido hasta que Jones no me ha sonreído con ese gesto inconfundiblemente suyo, como si quisiera descuartizarme allí mismo y guardarme en su cámara frigorífica.

—Explícate.

—Lo que no comprendía era esto: ¿por qué Ackerman, si estaba al corriente de lo que planeábamos hacer, no advirtió a Jones, su amigo y mentor?

—Sí que lo advirtió. Jones te lo dijo.

—Le advirtió que yo era una farsante, pero no le dijo nada sobre lo que pretendíamos hacer con el activo. ¿No te resulta extraño?

—No. Sufría un ataque patológico de celos y quería alejarte de Jones.

—¿Y no te has preguntado por qué cambió un activo mortal por otro que casi lo era? ¿Por qué no cambiarlo por algo inocuo? No sé, un poco de agua con colorante.

—Tal vez él también quería acabar con Jones para ocupar su puesto. Esos dos tipos tienen una relación de
amor-odio
enfermiza.

—No, no fue por eso. Ackerman quería atraer a Jones a su bando de forma definitiva y para eso necesitaba que yo le hiciera daño. Mucho daño.

Kersey asintió en señal de comprensión.

—Y se arriesgó a provocarle un paro cardíaco.

—Lo tenía todo preparado. Los servicios de emergencia tardaron menos de dos minutos en llegar al despacho de Jones, ¿te das cuenta? ¡Dos minutos! ¡En plena hora punta de Nairobi! Ackerman los había avisado con antelación. Ya estaban en el edificio cuando todo ocurrió.

—¿Por eso te siguió Ackerman en la planta 34? ¿Para asegurarse

de que estabas dispuesta a hacerlo?

Niara asintió desolada.

—Exacto. Y para saber el momento preciso en el que ocurriría.

—Entonces no tienes de qué preocuparte. La situación no ha cambiado sustancialmente. Antes había un capullo peligroso en la Compañía y ahora hay dos. Será mejor que te acostumbres. Tendremos que vérnoslas con muchos capullos en los próximos años.

—Sigues sin comprender lo más importante. ¡Claro que la situación ha cambiado!

—Pues explícamelo.

Niara se pasó su única mano por la cara. Tenía la garganta seca a pesar de la

Coca-cola.

Apuró el vaso hasta la última gota. Los hielos entrechocaron en el fondo cuando lo dejó sobre la mesa con más fuerza de la que pretendía.

—No existía y lo he creado —dijo—. Eso es lo que comprendí en el hospital. Ahora no habrá nada ni nadie que pueda detenerlo. Y he sido yo. Siempre he sido yo, en cada puñetera iteración. Tú no me convenciste para hacerlo porque todas las veces anteriores ya lo hice por mi cuenta. Una y otra vez, una y otra vez. ¿Lo entiendes ahora? Esa es la verdadera tragedia: yo he convertido a Arthur en el capitán Jones.

INTERLUDIO 1

LA TIERRA, AÑO 2031

81

Todo estaba listo en el laboratorio construido en tiempo récord en el desierto de Chalbi, al norte del país, cerca de la frontera con Etiopía. El experimento que cambiaría el futuro de forma irreversible tendría lugar en unos minutos. El túnel, de casi 15 kilómetros de diámetro, se había perforado a 250 metros de profundidad. Los gigantescos electroimanes que lo circundaban eran capaces de acelerar protones e iones de plomo y otros metales pesados hasta velocidades próximas a la de la luz y provocar colisiones que generaban energías del orden de varios cientos de TeV, nunca vistas hasta ahora en el planeta Tierra.

Se trataba, de lejos, de la máquina más grande jamás construida y del proyecto más ambicioso de la Compañía por el momento: un agujero negro en el presupuesto anual, en opinión de algunos miembros del Consejo de Administración, y la llave que conseguiría para la humanidad una prórroga antes de su extinción, según la directora científica. Había costado más de veinte mil millones de dólares y su puesta a punto había supuesto un dolor de cabeza continuo para los ingenieros de la Compañía durante meses, pero por fin, tras cuarenta días de pruebas exhaustivas, el acelerador de partículas estaba listo para su primer experimento real.

En la pequeña sala de control ubicada encima de uno de los siete colisionadores del túnel se había reunido mucha gente aquella mañana. Allí estaban Kersey, Jones y otros miembros del Consejo, trajeados y distinguidos, tan fuera de su elemento como un pez en un tanque de helio líquido. Niara también pudo distinguir a Bernard Bitok, el controlador que no había perdido ni un solo vehículo espacial, charlando animadamente con Joseph R. Ackerman; y a su antigua asistente, Njeri, ahora ascendida a vicedirectora del área científica y ténica de la Compañía y que destacaba como un satélite artificial en el cielo nocturno entre tantos hombres trajeados. Por supuesto, también había una legión de ingenieros, los que habían dirigido la construcción del acelerador, fácilmente identificables por sus batas blancas y su aire de reyes del castillo. Entre ellos destacaba el doctor Zhou Danyang, el físico teórico de la

Universidad de Pekín que había predicho la existencia de unos esotéricos lugares, replegados en una de las once dimensiones del espacio-tiempo,
donde la entropía permanecía prácticamente estable y cuya existencia se iba a confirmar aquella mañana.

El doctor Danyang concentraba casi todas la atención de sus colegas, pero Niara solo tenía ojos para la figura alta y desgarbada de una mujer rubia e insultantemente joven que sobresalía por su estatura en el mar de batas blancas y trajes hechos a medida.

Niara sentía solo un leve interés por el resultado del experimento. Para ella, era como asistir por enésima vez a la proyección de una película que conocía casi de memoria. Se había colocado en un lugar discreto en la retaguardia, camuflada entre las sombras de los innumerables tubos que surcaban la pared. Desde allí, casi invisible, observaba a la joven ingeniera desenvolverse entre aquella camarilla de hombres entrados en años. Era la viva imagen del futuro que alguna vez se había atrevido a imaginar.

Pero el futuro era un país inasequible a las utopías: la última vez que la había visto, Alexandra J. Amdahl estaba a punto de morir desangrada en el puente de mando del *Holandés Errante* por culpa de uno de esos tipos elegantes del Consejo de Administración o alguno de sus clones que pululaban alrededor de los círculos del poder y del dinero en todos los países y en todas las épocas. Durante los días previos, allá lejos, en Kepler 22b, la ingeniera Amdahl le había salvado la vida en todos los sentidos en los que se puede salvar a una persona.

Y ahora ella, por su metedura de pata con Jones, tenía que enviarla a morir de nuevo en el *Holandés*.

82

Arthur B. Jones se había recuperado de su ataque al corazón con rapidez, pero los médicos encontraron una inexplicable malformación en sus músculos cardíacos y en el recubrimiento de sus vasos sanguíneos que podía provocarle la muerte fulminante en cualquier momento. Inoperable, aclararon los doctores con gesto compungido, adelantándose a cualquier pregunta.

Niara sabía muy bien por qué esa malformación no había aparecido en ninguna revisión médica anterior: porque no había existido hasta que ella le inyectó aquel activo. Y, por supuesto, Jones también lo sabía.

Desde que el abogado se había reincorporado al trabajo, hacía más de un año y medio, se había dedicado en cuerpo y alma a apuntalar el crecimiento de la Compañía como si le fuera la vida en ello. Todos los que lo trataron en aquella época coincidieron en alabar la entereza con la que sobrellevaba su condición de hombre condenado, la tranquilidad con la que afrontaba las situaciones tensas, su prodigiosa actitud estoica y su educación exquisita.

Solo ante Niara mostraba su verdadero rostro. Ella lo rehuía en la medida de lo posible, pero en ciertas ocasiones tenían que coincidir en una reunión, en la presentación de un informe o de un proyecto o, simplemente, en un ascensor. Cuando eso ocurría, él la miraba sin mediar palabra, con un gesto de odio implacable pero también de avidez impúdica que le helaba la sangre y le impedía dormir durante varios días.

No hubo más atentados contra su vida. Niara estaba relativamente tranquila en ese sentido. Jones deseaba que la historia siguiera su curso inevitable, aunque él aún desconociera los pormenores más escabrosos, para comprar su pasaje a la inmortalidad, aunque fuera la inmortalidad tullida y chapucera del *Holandés*. Conociéndolo como lo conocía, Niara estaba segura de que muy pronto Jones fantasearía con crear su pequeño imperio a bordo de la nave y tal vez regresar a la Tierra algún día, cuando la medicina hubiera descubierto una cura para su dolencia. Ahí residiría el secreto del éxito estratosférico del *Holandés*: en que

aquellos ancianos podridos de dinero no comprarían un pasaje para la eternidad, sino la posibilidad de una futura curación. Claro que quizá se equivocaba. Quizá a Jones nunca le había importado nada excepto él mismo.

La luces de la sala parpadearon un momento, distrayéndola de sus pensamientos. El público contuvo la respiración. Cuando los focos led volvieron a iluminarse, varios técnicos consultaron los terminales de sus ordenadores y Danyang lanzó una exclamación de júbilo en un idioma incomprensible. Al instante, estalló la alegría entre el personal científico. Se descorcharon botellas, se brindó a la memoria de Albert Einstein y Nathan Rosen, se trazaron planes descabellados para el futuro inmediato que Niara sabía que enseguida se quedarían cortos. El experimento había sido un éxito. El primer micropuente de Danyang generado artificialmente se había abierto y se había mantenido estable durante el tiempo suficiente como para medirlo y estudiarlo e imaginar un futuro no muy lejano en el que un vehículo tripulado pudiera viajar hasta el interior de uno de ellos.

El ingeniero jefe, un tipo noruego y rubicundo con un nombre plagado de consonantes que nunca había conseguido retener, le presentó a Amdahl. Todos estaban eufóricos excepto Niara. El hecho de saber de antemano lo que iba a suceder no impidió que le sudaran las manos cuando estrechó las de la joven ingeniera, que la miraba con la expresión a la vez azorada y jubilosa del que está en presencia de uno de sus héroes. Niara actuó con calma y habló con escepticismo, como si todo aquello no tuviera demasiada importancia, porque en realidad no la tenía. Ya había sucedido millones de veces. Y cuando Alex, que todavía no era Alex sino la ingeniera Alexandra J. Amdahl, le preguntó «¿No está usted eufórica?», ella apenas sonrió y recitó su frase como una actriz disciplinada: «Todavía no».

83

Regresó por la tarde a Nairobi. Había rechazado la propuesta de Njeri de ir a comer juntas a Marsabit, la ciudad —por llamarla de algún modo— más importante del desierto de Chalbi. Su antigua asistente le seguía gustando tanto como hacía un año y, aunque seguía mostrándose distante desde lo que había ocurrido en la planta 35 de La Torre aquella fatídica tarde, esa invitación podía significar sin duda una declaración de tregua. Por eso mismo la rechazó. Njeri le recordaba demasiado a su propia juventud, solo que en versión positiva, y Niara no quería intimar con ella más allá de lo estrictamente profesional. En algún momento de los últimos meses, había terminado por asumir que el camino que le quedaba hasta a la meta debía recorrerlo sola. La idea de acabar sus días convertida en una especie de ermitaña urbana, tal vez coleccionando basura y cacharros inservibles en la cocina, empezaba a resultarle extrañamente atractiva.

De modo que volvió a Nairobi y se encerró en su casa para lobotomizarse voluntariamente viendo alguna vieja película descerebrada en la televisión por *streaming* o curioseando por las redes sociales, dos pasatiempos típicos de la primera mitad del siglo XXI, la época dorada de la industria del entretenimiento, antes de que los gobiernos y las grandes corporaciones controlasen abiertamente el acceso a la información. Le divertía y repugnaba al mismo tiempo navegar en busca de los sitios más infectos. Sus preferidos eran, con diferencia, los que hacían de altavoz de las teorías conspirativas más tronadas, seguidos muy de cerca por los que publicaban con todo desparpajo noticias que eran tan evidentemente falsas que resultaba inevitable que muchos las tomaran por verdaderas. Era asombrosa la cantidad de basura que la especie humana era capaz de generar en el hiperespacio. Claro que, si había convertido un planeta entero en un estercolero, ¿por qué no iba a hacer lo mismo con su versión digital?

Ganó la televisión por *streaming*, y estaba viendo una copia restaurada de *Robocop*, una película del siglo XX que debió de servir de inspiración a los creadores del exoesqueleto con el que Kersey

ejerció un tiempo de superhéroe con tendencias fascistas, cuando alguien llamó a la puerta.

Dudó entre abrir o subir el volumen del televisor para ahogar cualquier sonido proveniente del exterior, pero finalmente se levantó del sofá.

Al otro lado de la puerta estaba Vozmediano.

Le costó reconocerlo. El tipo había ganado al menos veinte kilos, su piel se veía lustrosa y vestía ropa nueva, planchada y, sobre todo, limpia. Incluso llevaba puesto un elegante sombrero Panama Jack que se quitó a modo de saludo.

—¿Se ha teñido el pelo? —preguntó Niara.

—¿Le gusta?

—¿Qué demonios quiere?

—Una cerveza estaría bien.

—Ya sabe que no bebo. —«Casi nunca», estuvo a punto de añadir.

—Ah, es cierto. No importa. Tengo que hablar con usted.

Vozmediano se coló en el apartamento sin pedir permiso y se quedó mirando el exiguo salón.

—Por el amor de Dios, es usted la directora científica de una de las compañías más importantes del planeta. ¿No ha encontrado un lugar mejor donde vivir?

—Me da pereza mudarme. ¿Para qué ha dicho que ha venido a molestarme a mi casa?

Vozmediano sonrió.

—No se lo he dicho. Será mejor que se siente.

—Estoy bien de pie. No quisiera darle la impresión de que le invito a ponerse cómodo.

—Descuide, no hay peligro. En realidad, tengo que coger un avión dentro de dos horas, así que no puedo entretenerme mucho. Regreso a Los Ángeles.

—¿Los Ángeles? —El nombre de esa ciudad le trajo de Niara recuerdos muy desagradables.

—Sí. Amazon compró los derechos de Kepler 22b para producir una serie de televisión, ¿no se ha enterado? Creo que han cambiado el argumento y a usted la han convertido en un biólogo vietnamita. La verdad, no estoy muy involucrado en la producción. Ellos se limitaron a soltar la pasta, una cantidad obscena de pasta, y yo les

vendí los derechos con mucho gusto. ¿Y sabe qué? Que he vuelto a escribir. Cuando me libré de Kepler, fue como quitarle el tapón a una olla. Las historias empezaron a surgir solas. Tengo una oferta en firme de una editorial para… Pero bueno, no he venido aquí para hablarle de mí, sino de usted.

Niara lo miró con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—En este momento, está a menos de diez segundos de que lo eche a patadas.

—Entiendo. Sí, claro. No le gustan las visitas inesperadas, ya lo sé. Y nuestra despedida no fue muy… amistosa. Está bien. No estoy diciendo que deba usted disculparse ni nada por haberme arrastrado hasta Kenia para luego mandarme a hacer puñetas. Tampoco sobraría, pero no hace falta. He venido a hacer las paces. Tengo algo para usted. Qué narices, tengo la solución.

—¿De qué carajo me está hablando?

—De la solución a su problema.

Niara lo miró un instante para tratar de descubrir si estaba borracho, loco o ambas cosas a la vez. Sin embargo, el tipo parecía sincero e incluso sobrio.

—Está bien —dijo y apagó el televisor con el mando a distancia —. Le concedo cinco minutos. No quiero perderme la escena en la que al malo le cae un bidón de ácido encima.

Tomó asiento en su sillón favorito —el único sillón de toda la casa—, señaló a Vozmediano una silla —la más incómoda que había en la vivienda— y cruzó las manos sobre el abdomen como el que se dispone a echar una cabezadita.

Vozmediano se sentó en el borde del asiento, presa de una hiperactividad de lo más enervante.

—Lo que le traigo puede usted considerarlo otro regalo mágico. Ya sabe, las funciones de Propp y todo eso. Yo soy su donante, ¿recuerda? ¿No le he dicho que las historias empezaron a surgir como por arte de magia cuando me libré de la presión de tener que escribir la tercera parte de Kepler 22b. Ahí estaba, agazapada en algún rincón de mi subconsciente, o flotando por ahí, vaya usted a saber. El caso es que también salió. De pronto lo comprendí todo. Fue como… como una epifanía. La idea se me ocurrió cuando estaba terminando el primer borrador de mi nueva novela. Se titula *El pulso* y trata sobre un tipo que descubre que su antiguo mentor

es… Bueno, los detalles no tienen importancia. Lo importante es esto: el pulso del título es una señal electromagnética muy fuerte y modulada de tal forma que provoca que los cerebros de las personas entren en sincronía. Es una explicación un poco penosa, lo sé. Estoy trabajando en ello. Los neurólogos a los que he consultado me aseguran que, en teoría, no es del todo imposible. Tiene que ver con la resonancia de campos magnéticos, pero usted quédese con la idea central y trate de imaginárselo: millones de individuos y una sola conciencia colectiva.

—Estoy empezando a arrepentirme de haberle ofrecido asiento.

—Ya. Mire, el problema es muy simple. Yo no pude escribir la tercera parte de Kepler por la misma razón por la que usted no sabe qué hacer para cambiar el futuro: porque queremos encontrar las leyes que predicen el comportamiento de las sociedades humanas. Y no las podemos encontrar porque no existen o son demasiado complejas. La psicohistoria de Asimov es ciencia ficción y, probablemente, siempre lo será. Nos hemos empeñado en encontrar esas leyes, y además en hacerlo por fuerza bruta, cuando en lo que deberíamos centrar nuestro esfuerzo es en reducir la complejidad del problema. Muchos individuos, una sola conciencia.

La expresión de Niara debió de resultar lo suficientemente ilustrativa como para que Vozmediano intentara explicarse mejor.

—El mundo siempre ha sido una jaula de grillos, un gallinero donde cada uno trata de imponer su visión, sus ideas, su forma de hacer las cosas a los demás. Nuestros sistemas políticos son péndulos que oscilan periódicamente de la tiranía a la anarquía. Ninguna democracia verdaderamente representativa se ha conseguido poner en marcha nunca. El péndulo sigue moviéndose, y los poderes fácticos enseguida toman el control para seguir haciendo lo que siempre han hecho, mientras la revolución, o la involución, que llevará el péndulo al otro lado se gesta poco a poco. Y, aun así, hemos logrado cosas asombrosas. Hemos enviado vuelos tripulados a otros mundos. Hemos penetrado en los secretos de la materia. Hemos vencido enfermedades mortales y hemos retrocedido en el tiempo hasta una millonésima de segundo después del *Big Bang*. Imagínese lo que podríamos hacer si todos remásemos en la misma dirección, si a todos nos moviesen los mismos anhelos de progreso comunitario frente al beneficio individual.

—Me está usted empezando a dar miedo. ¿De qué está hablando? ¿De control mental a gran escala?

—A mí me gusta llamarlo sincronía. Sincronía mental.

—Hum. Pensamiento único, sincronía mental, bien comunitario frente a bien individual… Empieza a sonar un pelín nacionalsocialista.

—Ya se lo he dicho: no se trata de tener la mismas ideas, sino los mismo fines. De compartir emociones. Emociones de la especie, no del individuo. Emociones del planeta. Se trata de crear una red empática que abarque a todos los seres vivos. Los individuos seguirían existiendo, pero compartirían objetivos comunes. Piénselo: Jones nunca se convertiría en el capitán Jones y nunca alargaría su vida a costa de la de los demás, Jeanne Dupless no perseguiría la inmortalidad de forma egoísta, Paulo Kersey no trataría de tomar el poder para imponer su visión del mundo por la fuerza. Ninguna de esas cosas tendría el más mínimo sentido.

—Pero sería el fin del individuo como tal.

—Es posible. Sería el precio que habría que pagar.

Niara negó con la cabeza y se levantó para tratar de no reírse en su cara. Al fin y al cabo, aquel tipo era un anciano y probablemente estaba loco. Abrió las puertas correderas de la terraza y dejó que el aire húmedo y cargado de hollín de la tarde entrase en el apartamento.

—Así que me está sugiriendo que la solución es utilizar nuestra tecnología para controlar el comportamiento de la gente. ¿Lo he entendido bien? —preguntó sin mirar a Vozmediano.

—No se haga la remilgada. ¿Qué cree que hacen las redes sociales, la televisión, el cine, los medios de comunicación? También intentan manipular a la gente. Todo el tiempo. Solo que acceden a cada persona de forma genérica, imperfecta y chapucera. Por eso solo consiguen su objetivo parcialmente. Yo le estoy proponiendo una solución global. Una solución que sería muy difícil de probar aquí en la Tierra. ¿Cómo llegar hasta el último rincón de un planeta superpoblado? Pero en las colonias… Ah, en las colonias sería diferente. Un núcleo de población reducido y bien acotado en el tiempo y en el espacio. Ahí sí que se podría hacer un ensayo interesante. Vamos, ¿qué pierde por intentarlo?

—Entonces, ¿no es hipotético? Quiero decir que, según usted,

¿puede hacerse?

—¿Que si puede hacerse? ¡Pues claro!

—¿Cómo? ¿Qué clase de tecnología es esa? ¿Está en las patentes de la Compañía que robé del futuro?

—Sin duda, doctora. Esos archivos son nuestra particular biblioteca de Babel, ¿recuerda? ¿Cuántos de los archivos ha explorado la división científica de la Compañía en todo este tiempo? ¿El uno, el dos por ciento?

Niara no contestó. En realidad, según sus últimos datos, la división científica de la Compañía había explorado en profundidad menos del 0,01% del total de los archivos que ella había traído del futuro. La tecnología de la que Vozmediano hablaba, y millones de ideas descabelladas más, bien podían esconderse en el 99,99% restante.

En lugar de responder, optó por lanzar una pregunta que se había hecho muchas veces. Sería interesante escuchar lo que aquel enajenado opinaba al respecto.

—¿Por qué intentar algo tan extremo? ¿Por qué, simplemente, no dejar que la Compañía salte por los aires y que la colonización espacial nunca tenga lugar?

El viejo sonrió con condescendencia.

—Oh, vamos, conoce la respuesta tan bien como yo. Para empezar, aún en el supuesto de que usted pudiera destruir la Compañía, lo cual es mucho suponer teniendo en cuenta el tamaño que tiene en la actualidad, ¿qué le hace creer que otras empresas u otros gobiernos no tomarían el relevo? Le recuerdo que alguien copió todos los archivos confidenciales. Cualquiera podría tener acceso a esa tecnología en un plazo razonable de tiempo. Las semillas ya están sembradas. Revise las estadísticas de sucesos que tan amablemente me robó, por favor. Verá que, con esa decisión, no logrará impedir la colonización espacial. Como mucho, la retrasará algún tiempo.

»Y, por otro lado, ¿no le parece un riesgo demasiado elevado? En solo una década, las tecnologías desarrolladas por la Tetis Titanide han permitido combatir enfermedades que hasta ahora eran incurables, obtener nuevas formas de energía limpia, poner freno a la crisis climática y alimentaria y desarrollar materiales revolucionarios. ¿Cuántas vidas se pondrían el riesgo si la

Compañía no liberase más patentes como esas? Muchas más que las que van a ejercer de cobayas en Elcano 2, seguro. Además, si usted está fuera de la Compañía, ¿cómo enviará a Amdahl para ayudarla en el futuro? ¿Conseguirá regresar al siglo XXI sin su ayuda, o morirá usted en Kepler 22b y el bucle se cerrará para siempre de manera desastrosa? ¿Está segura de que desea correr ese riesgo?

Vozmediano se levantó, cogió su sombrero y se dirigió a la puerta, dejando a Niara con la boca abierta y un montón de ideas provocándole un dolor de cabeza de categoría extra. El viejo se volvió cuando tenía el pomo en la mano.

—Una última cosa. Una vez me preguntó por un tal Ackerman que trabaja en la Compañía y yo le dije que me sonaba de algo, pero no recordaba de qué. Pues bien, después de que usted me dejara tirado en aquella carretera, revisé mis fichas de personajes y encontré a un tal Joseph R. Ackerman que iba a tener un papel secundario en el último libro de la trilogía, el que nunca llegué a escribir. Un tipo muy peligroso. Mucho más peligroso y taimado que Jones. Si mis fichas son correctas, en este instante padece un cáncer terminal, aunque él todavía no lo sabe. Llegado el momento, él será, junto con Jones, quien más luche dentro del Consejo de Administración para que el proyecto de la *Flying Dutchman* salga adelante. Pasará por encima de cualquiera que se interponga en su camino, así que le sugiero que se aparte de él. —Abrió la puerta y se caló el sombrero un poco ladeado, como un actor pasado de moda y un poco lastimoso—. Por cierto, que usted lo ha conocido en el futuro, ya muy deteriorado, a bordo de la *Flying Dutchman*. La R de su nombre significa Rainier.

84

Aquella misma noche, en otro punto de la ciudad, una luz permanecía encendida en la planta 34 del rascacielos conocido como La Torre. Un hombre enjuto y de aspecto enfermizo, con las mejillas demasiado hundidas y los labios demasiado gruesos como para haber resultado nunca atractivo, había regresado del desierto de Chalbi directamente a su despacho y había dejado caer sobre la mesa un libro que le había obsequiado Bernard Bitok, el insoportable coordinador de misiones espaciales, con el objetivo implícito de conseguir más financiación para el Luigi Broglio. Todo el mundo hacía lo mismo y él los ignoraba a todos con la misma ecuanimidad.

Su atención estaba centrada en la pantalla de su ordenador. Curioseaba por milésima vez entre los archivos de la doctora Arroway. Llevaba meses haciéndolo, y había encontrado una entrada en particular a la que regresaba una y otra vez.

Abrió de nuevo la patente número 2092/01223. El título le había llamado la atención desde el primer momento: *Máquina inductora de estados de sincronía mental*. A estas alturas, tenía claro que esa máquina constituiría la piedra angular de su venganza. Solo necesitaba que la doctora Arroway tropezara con aquella patente como por casualidad. El bueno de Willy Razouki ya no se podía encargar de eso porque, después de todo lo que había ocurrido, ya no trabajaba en la Compañía, pero él siempre tenía en nómina a alguien del departamento de informática. Ellos dejarían los archivos al alcance de la doctora como quien deja distraídamente un billete en el suelo para que otro lo encuentre, y ella no podría resistirse a curiosear en su contenido.

Y, cuando lo leyera, la idea de utilizarlo crecería en su interior como un cáncer, y él esperaría pacientemente a que el tumor diese sus frutos ponzoñosos como ya había esperado una vez, cuando la doctora había estado a punto de arrebatarle el único verdadero amigo que había tenido en toda su vida.

Rainier ya vislumbraba lo que el porvenir le deparaba. Aún era una visión nebulosa e incierta, aunque lo suficientemente clara

como para estar seguro de que podría esperar cuanto hiciera falta, un año, diez, cien, y finalmente estaría allí, al otro lado del tiempo, para ver cómo el futuro le explotaba en la cara a la doctora Arroway. Si es que en realidad ese era su nombre.

Su vista cayó entonces sobre la cubierta del libro que Bitok le había regalado y un detalle de su cubierta llamó su atención. No fue el sol naciente sobre un planeta visto desde el espacio, ni el anodino título trazado con caracteres blancos, sino el rostro, apenas entrevisto, de una persona que, en un fogonazo de lucidez, le recordó a alguien. Observó aquel rostro trazado sobre las estrellas. La boca, la nariz, la propia forma de la cara no eran los correctos, pero los ojos… Esos ojos no podían engañar a nadie.

Eran sus ojos, los ojos de la doctora Arroway.

Con la convicción del que está a punto de abrir la puerta a otro mundo del que jamás podrá regresar, Joseph Rainier Ackerman comenzó a leer la primera página de *Kepler 22b: Un planeta, dos mundos*.

INTERLUDIO 2

LA TIERRA, AÑO 2035

85

Cuando Niara Queen entró en su despacho de La Torre y sorprendió a Alexandra J. Amdahl sentada a su mesa aún no sospechaba lo que la ingeniera acababa de averiguar. La joven, que había cumplido los veintiocho años la semana anterior, no hizo ademán de levantarse y continuó con la vista fija en la pantalla del ordenador.

—Podrías disimular un poco —dijo Niara. Amdahl continuó sin dar muestras de reparar en ella—. No sé, fingir que has perdido un bolígrafo o que querías comprobar si mi teclado es más grande que el tuyo. —La ingeniera siguió sin hacer caso—. ¡Eh, que estoy aquí!

Cuando Amdahl apartó los ojos de la pantalla, Niara supo al instante que algo iba mal.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —preguntó la joven.

—¿Decirte qué?

—Esto.

Niara avanzó hacia su mesa y la rodeó para ver a dónde demonios señalaba el dedo acusador. Se quedó de piedra cuando encontró desplegadas sobre las treinta y nueve pulgadas de su nueva pantalla holográfica, cortesía del departamento de nuevos materiales, el documento con los cálculos estadísticos de sucesos que Vozmediano le había facilitado hacía casi un lustro.

Una fila de la hoja de cálculo estaba resaltada. En ella se leía:

Amdahl muere a bordo de la Flying Dutchman – *100,00%*

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —repitió Amdahl.

Niara dudó un instante. Luego decidió que no tenía sentido mentir.

—Nunca.

—¿Pensabas enviarme allí sin decirme nada? Sabes que estoy dispuesta a hacer cualquier cosa por esta misión, pero al menos merezco saber la verdad.

—Estoy de acuerdo.

—¿Qué más cosas me has ocultado?

—Así, en un cálculo a ojo, varios cientos.

Amdahl levantó las cejas, a punto de explotar de indignación. Antes de que encontrase las palabras exactas, Niara le tomó la delantera.

—Escucha, Alex, maldita sea. Hay cientos de cosas que no debes conocer del futuro para no condicionar tus acciones y esta es una de ellas, quizá la más importante. ¿Por qué tienes que hurgar en mis cosas? Si existe la más mínima posibilidad de cambiar la historia, la parte en la que tú no conoces qué te depara el futuro es fundamental. Eso que ves ahí solo son los cálculos aproximados de un aficionado. El futuro no está escrito en ninguna parte.

—Y, sin embargo, por lo que parece, el futuro se repite una y otra vez. Aquí estamos tú y yo, planeando el viaje a Elcano 2. ¿Con qué frecuencia sucede esto según estos cálculos aproximados de un aficionado? Todo está ocurriendo como siempre ha ocurrido. Que Paulo Kersey te haya acompañado esta vez no está suponiendo ninguna diferencia apreciable, ¿verdad? La Compañía está en marcha, la colonización espacial es imparable, y la *Flying Dutchman* ya está al otro lado del horizonte de sucesos en el agujero de gusano de Ceres gracias a que le dejaste las manos libres a ese capullo prepotente de Jones.

Aquello fue un golpe bajo, aunque Amdahl no debía saber hasta qué punto. Jones y Ackerman, o Jones y Rainier, como ella los conocería en el futuro, llevaban casi un año a bordo del *Holandés Errante* junto con otros seiscientos veintinueve pasajeros que habían desembolsado entre quinientos y mil millones de dólares por cada pasaje. Y, en efecto, habían cruzado al otro lado y ya estaban atrapados en ese lugar esotérico del

espacio-tiempo

conocido como puente de Danyang donde la entropía apenas crecía. Allí, la cardiopatía de Jones y el cáncer intratable de Rainier, así como las incontables enfermedades del resto de pasajeros, frenarían su evolución hasta casi detenerse, dotándolos de un simulacro de vida eterna. Todos habían recibido, como aliciente adicional, una dosis de la segunda versión del xerum que les proporcionaba un vigor inusitado y en cuyos efectos secundarios Niara prefería no pensar, y la nave estaba dotada de todas las comodidades que las personas más poderosas de la Tierra podían haber imaginado en sus

sueños más lúbricos, incluyendo un completo servicio de masajes, una abigarrada selección de bebidas alcohólicas y un jardín botánico poblado por algunos animales diseñados genéticamente para proporcionar incontables horas de diversión cinegética.

Un plan de jubilación inmejorable a juicio de los pasajeros, y una inyección económica definitiva para la Compañía. Parecía un negocio redondo, y solo Niara y Kersey sabían cómo acabaría todo aquello: aunque el tiempo transcurriese de un modo extraño a bordo del *Holandés*, la comida se terminaría algún día, y cualquier atisbo de comportamiento civilizado se terminaría con ella. Jones, erigido en capitán de aquel ataúd de lujo, encontraría la manera de modificar el sistema de propulsión de la nave para alimentar un gravitón con el que abrir microtúneles en el
espacio-tiempo
y hacer breves escarceos al exterior para abastecerse de comida. De *cualquier clase* de comida.

Y esos microtúneles no podían abrirse a cualquier sitio ni a cualquier época: eso requeriría una cantidad desorbitada de energía. Sin embargo, algunos podían estabilizarse durante unos minutos con la energía disponible en el reactor de fusión del *Holandés*. Uno de esos túneles estables conducía directamente del *Holandés* a Kepler 22b, y Jones tardaría 121 años terrestres en encontrarlo. Parecía difícil de creer, pero Jones y los suyos eran gente inteligente, acostumbrada a salirse con la suya, y disponían de una eternidad para aprender física, astronáutica o cualquier otra cosa que se propusieran.

Sí, a Niara no le cabía duda: Jones y su tripulación acudirían puntuales a su cita con Elcano 1 dentro de 121 años, cuando ella ya no estuviera ahí para advertir a los colonos. El primer asentamiento en Kepler 22b sería destruido y los escasos supervivientes se refugiarían en las cuevas, donde sobrevivirían como una sociedad pretecnológica, acosados por el hambre, las enfermedades y los animales huidos de la bodega del *Holandés*.

Y 85 años más tarde, ella misma, joven e ignorante, aterrizaría en Kepler como parte de la tercera oleada de colonos de Elcano 2. No tardaría en encontrarse con Alberth y en enfrentarse a los horrores del bosque y al infierno del *Holandés*. Y todo volvería a repetirse exactamente igual que siempre.

—¿Niara? ¿Estás bien? —Amdahl había cambiado la indignación por la preocupación. Niara se dio cuenta de que se le doblaban las rodillas. Se tuvo que apoyar en la mesa para no acabar rodando por el suelo de la forma más lamentable. Sacudió la cabeza y se enderezó.

—El futuro se repite, dices. Y tienes razón. Seguirá repitiéndose mientras no hagamos nada. Hace unos años, alguien que conoce bastante bien nuestro problema me propuso probar algo diferente… Una posibilidad remota, pero una posibilidad, al fin y al cabo. En aquel momento no quise escucharlo, aunque poco después me encontré por azar con el diseño de una máquina que hacía exactamente lo que aquel tipo me propuso, y desde entonces no he dejado de pensar que puede que aún estemos a tiempo de cambiar el curso de los acontecimientos. He meditado mucho en ello últimamente. No creo que, en realidad, encontrase la descripción de esa máquina por azar, ¿sabes?

»Hay otro motivo por el que no te había mostrado esas cifras: porque en esta ocasión no nos sirven. No vas a morir en la *Flying Dutchman* por la sencilla razón de que no viajarás al futuro.

—¿Qué? Llevamos meses preparando la misión.

—Ajá, y esta vez no voy a dejar que lo hagas.

—Entonces la Niara Queen del futuro morirá en el siglo XXIII y el bucle se romperá. Las colonias estarán condenadas, y el planeta Tierra probablemente también. Estoy preparada para…

—Ahorra saliva. Ya sé que lo has hecho en miles de iteraciones, pero por fin vamos a probar algo distinto e inesperado: enviaremos a otra persona.

—¿A quién?

—¿Cómo que a quién? —Niara sonrió—. A estas alturas, creí que ya habría quedado claro: tú te quedarás aquí y yo viajaré a Kepler 22b para construir esa máquina.

SEGUNDA PARTE

Kepler 22b, AÑO 2051

86

Niara Queen despertó sobre una colchoneta sucia que olía a sudor y a chinches muertas. Durante un instante de pánico, no supo dónde se encontraba. Luego, a bocajarro, los sucesos de las últimas seis semanas cayeron sobre ella como los despojos en un triturador de basura.

Había viajado al año 2251 desde el laboratorio de Chalbi. El acelerador de partículas, tal y como la teoría había predicho, generaba picos de energía lo bastante elevados como para curvar el espacio-tiempo.

Eso lo había convertido en el primer gravitón artificial de la historia o, para ser más precisos, en la primera máquina capaz de producir gravitones, las escurridizas partículas elementales responsables de la interacción gravitatoria.

El espacio-tiempo no se podía curvar de cualquier manera. Eso Niara también lo sabía de antemano porque los modelos teóricos así lo preveían. Mejor dicho, sí se podía curvar de cualquier manera, pero con unos costes energéticos prohibitivos. Sin embargo, había ciertas curvaturas con requerimientos de energía mucho más bajos.

La mayoría de las curvaturas conducían a lugares sin interés, rincones vacíos del espacio a muchos años luz del planeta más cercano, o emplazamientos demasiado próximos a una estrella de neutrones, por ejemplo. Pero una de esas curvaturas generaba un agujero de gusano capaz de conectar el laboratorio de la Tierra del año 2035 con la superficie de Kepler del año 2251, seis semanas antes de la muerte de Susan Onawa, de la toma del poder de Paulo Kersey y de la masacre del Oldtown. No se trataba de una casualidad, desde luego: si todos ellos estaban atrapados en aquel bucle temporal, condenados a revivir los mismos acontecimientos una y otra vez como Sísifo arrastrando su piedra por el inframundo, era precisamente debido a la posibilidad de abrir esos agujeros de gusano.

Seis semanas. Era todo el tiempo del que Niara disponía para construir la máquina y tratar de cambiar las cosas.

Seis semanas que ya habían transcurrido sin que hubiera

conseguido terminar de montar aquel maldito chisme hasta aquella misma noche.

No había podido traerlo consigo desde la Tierra: en el año 2035, muchos de los componentes electrónicos necesarios aún no existían. La máquina debía construirse en Kepler en el plazo improrrogable de seis semanas.

Desde el principio había sabido que se trataba de una empresa difícil, pero tenía que intentarlo. Según el registro de sucesos, nunca antes había hecho algo así. Para ser más precisos, nunca antes ella misma había viajado al futuro. Siempre había enviado a Alexandra Amdahl para que contactase con la Niara Queen del siglo XXIII y, llegado el caso, para que la ayudase a volver atrás en el tiempo con el fin de fundar la Compañía e intentarlo de nuevo. Sin embargo, lo había puesto todo en riesgo por hacer caso a Vozmediano, aquel demiurgo beodo que le había dado la idea de construir una máquina capaz de sincronizar las conciencias de miles de colonos y construir así una colectividad sin disensiones ni comportamientos egoístas. ¿En qué momento había pensado que era una buena idea?

Ahora no había tiempo para lamentarse. Las seis semanas del plazo casi se habían agotado y el destino no aceptaba demoras en el pago del alquiler.

La máquina estaba ahí, al otro lado de la cortina, en el exiguo taller que había improvisado en su guarida, construida en su totalidad siguiendo el diseño detallado que había encontrado por casualidad entre las patentes de la Compañía. Era un objeto con la forma aproximada de un prisma rectangular y el tamaño de una caja de zapatos compuesto por componentes electrónicos ensamblados y soldados unos sobre otros, cableados lo mejor que había podido.

Hoy era 3 de febrero del año 2251 en la cronología terrestre. El día en el que su yo futuro perdería la ciudadanía y tendría que refugiarse en el bosque. El día en el que el Paulo Kersey del futuro lanzaría a todos sus perros en su persecución para utilizarla como cabeza de turco por la muerte de Susan Onawa y justificar así la deportación de todos los que supusieran un obstáculo en sus propósitos tiránicos. El día en el que comenzaba la cuenta atrás definitiva para la supervivencia de todas las personas que alguna vez le habían importado.

El tiempo se agotaba y aún no había tenido ocasión de probar la máquina porque, para hacerlo, necesitaba conectarla a un generador de electricidad. Y, según sus cuentas, solo existían tres generadores de la potencia adecuada en todo Kepler 22b.

Y ninguno de los tres le servían.

87

La patente 2092/01223 de la Compañía describía con mucha precisión el propósito de la máquina: generar una onda alfa de 8,27 Hz lo suficientemente potente como para lograr que el tálamo de todas las personas dentro del radio de acción entrase en resonancia y comenzase a generar actividad eléctrica sincrónica del mismo tipo. Eso provocaría, teóricamente, una modulación de otras funciones cerebrales y activaría una conexión empática extraordinariamente potente entre las personas afectadas por la radiación. Cuando el número de personas afectadas superase cierto umbral crítico —algo que dependía de la intensidad de la onda original, de las interferencias del entorno, del alcance de la radiación y de la densidad de población dentro de su radio de acción, es decir, algo que era jodidamente difícil de calcular—, el estado de resonancia empática se mantendría por sí mismo de forma indefinida.

Todas las personas afectadas quedarían conectadas, o algo parecido. Vozmediano lo había llamado *sincronía mental*. Personas conectadas. Mentes colmena. Conceptos extravagantes, casi temibles, para los humanos, acostumbrados a vivir en la burbuja de sus deseos, en el compartimento secreto del interior de sí mismos.

Desde luego, los riesgos de poner en marcha una máquina como esa no se le escapaban. Podía no funcionar en absoluto o podía tener un efecto catastrófico. Cuando se despertaba en mitad de la noche en su cama llena de chinches, recordaba vagamente haber soñado con ejércitos de personas sin voluntad ni ideas propias controladas por una inteligencia colectiva indolente, un ejército de esclavos perfectos; y entonces se daba cuenta de que la realidad podría llegar a ser peor: tal vez la máquina tuviera el efecto de convertir a la gente en vegetales babeantes que necesitaran ayuda hasta para ir al baño.

Según las especificaciones de la Compañía, nada de eso sucedería si se modulaba bien la señal y se ajustaba su amplitud a la zona correspondiente y al volumen de personas que se encontraban dentro de ella. En ese caso ideal, esas personas entrarían en

resonancia empática. Eso significaba que seguirían conservando sus propias ideas, sus recuerdos, sus pensamientos, su carácter, pero empatizarían de forma instintiva con el resto de personas de su entorno. Alguien un poco más ñoño que ella diría que todos *se enamorarían* de todos. Entonces resultaría imposible que, por acción u omisión, unas hicieran daño a otras. Kersey no enviaría a la Guardia a masacrar Acheron y Lecaun. Affrika no se sublebaría contra su superior. La gente de Ciudad Paraíso no se armaría con palos y piedras para enfrentarse a la Guardia. Incluso tendría algún efecto en los afectados por el xerum, esa droga que Kersey llevaba meses introduciendo a escondidas en Kepler para crear el caldo de cultivo idóneo para una revuelta violenta.

Y nada de lo que había sucedido volvería a suceder. No habría disparos, ni deportados, ni ambiciones personales que se alzasen por encima del bien colectivo. Todos se mirarían los unos a los otros y comprenderían que estaban solos en aquel planeta remoto y peligroso, que eran compañeros de travesía en un vehículo espacial alienígena que navegaba por el
espacio-tiempo
con ellos a bordo, que el bienestar y la supervivencia de unos dependía de los otros.

Todo eso lograría, hipotéticamente, aquel amasijo de cables y componentes electrónicos… si lograba ponerlo en marcha.

88

Había llegado al bosque de Kepler 22b seis semanas atrás, a un lugar muy cercano al poblado que la gente del bosque denominaba Acheron. Había leído lo suficiente sobre mitología como para saber que Acheron, o Aqueronte en su denominación griega, era el río sobre el que el barquero Caronte transportaba las almas de los fallecidos al inframundo. Una historia siniestra. Dudaba de que los que habían llamado Acheron al poblado conocieran esa leyenda o, en caso contrario, no entendía su sentido del humor. Claro que ella no podía entender en absoluto a unas personas que vivían en casas de adobe y paja, sin apenas alimentos, sin electricidad ni agua corriente, y que adoraban a unos dioses difusos de carácter animista.

El primer día tras su llegada a Acheron diluvió durante toda la jornada, como casi siempre ocurría en Kepler 22b. Se presentó en el poblado y trató de razonar con la doctora Calonia, una antigua médico de Elcano 2 que se había autoerigido en una especie de líder espiritual del grupo después de su destierro. Intentó hacer el papel que le hubiera correspondido a Amdahl, alertándoles de que una mujer de piel oscura llegaría el 3 de febrero por El Torrente y que tendrían que salvarla de sus aguas. No dijo nada acerca del hecho de que esa mujer era ella misma, solo que trece años más joven.

La doctora Calonia la escuchó con cierta condescendencia irritante y le contestó que todo aquello había sido anunciado en su libro sagrado, el libro que Alberth, alabado fuera el rey de Lecaun, les había facilitado cuando se establecieron en aquella zona del bosque. Lo que Calonia no sabía era que Alberth había compuesto aquel libro siguiendo las instrucciones que Niara había dejado bien establecidas doscientos años antes para el momento en el que se constituyera la primera colonia terrestre en Kepler 22b. Ni lo sabía ni Niara tenía ánimo para tratar de explicárselo.

De modo que dejó a la doctora Calonia y a sus chiflados seguidores en el bosque, adorando a unos dioses inexistentes y realizando rituales absurdos mientras sus niños, como la pequeña Ada, la niña con habilidades inexplicables, morían poco a poco de

hambre o de enfermedades que podían curarse con un par de dosis de antibiótico o, peor aún, con un poco de agua y jabón.

Si su plan salía bien, en cuanto la máquina estuviese construida y calibrada, Acheron y Lecaun entrarían dentro de su radio de acción y la miseria y la ignorancia serían recuerdos desleídos del pasado.

La doctora Calonia sí hizo algo de utilidad por ella: le proporcionó una forma discreta de entrar en Elcano 2. La mujer aún conservaba contactos entre los soldados de la guardia, gente que la apreciaba porque en el tiempo que ejerció la medicina siempre había estado dispuesta a mirar hacia otro lado si no podían pagar los créditos suficientes para el tratamiento de un familiar o a acudir en mitad de la noche a la vivienda donde alguien agonizaba en Ciudad Paraíso, el barrio marginal de Elcano 2 que todos fingían que no existía. De modo que cuando Niara llegó al acceso noroeste de la ciudad, el único que conducía directamente a Ciudad Paraíso, y anunció que venía de parte de la doctora, un joven guardián le permitió el paso con gestos perentorios y sin hacer ninguna pregunta.

Así se encontró de regreso en el territorio más inhóspito de Elcano 2, en la ciudad dentro de la ciudad (o anexa a la ciudad, para ser más exactos). Aquel arrabal se parecía bastante a cualquier otro arrabal de cualquier lugar del mundo. De hecho, le recordaba mucho a Kibera, el barrio más grande de Nairobi, aunque en Ciudad Paraíso las infraviviendas estaban más amontonadas y aquí y allá asomaban materiales modernos como planchas de grafeno, techumbres de celdas solares o cúpulas de plástico y metacrilato.

Caminó por las callejuelas embarradas con la extraña sensación que uno tiene al regresar a la que fue su casa muchos años después, ese mecanismo de la memoria que hace que todo parezca más pequeño y deslustrado. Aún presa de una vaga emoción, desembocó en la avenida de Champlain, el eje que vertebraba el barrio de norte a sur, entre las miradas desconfiadas de grupos de jóvenes ociosos que se reunían junto a las cúpulas desvencijadas. Apretó el paso. Sabía que no era buena idea que una extraña se hiciera notar en un lugar como aquel. Necesitaba ser invisible.

Finalmente llegó a su destino. La calle treinta y tres, que atravesaba perpendicularmente la avenida Champlain, no se

distinguía en nada del resto de callejuelas tortuosas de Ciudad Paraíso. Se desvió a la derecha e identificó el amasijo de metales reciclados, tubos de polietileno y fragmentos de PVC con aspecto de haber sido amontonados allí al azar antes de su transporte definitivo a una planta de reciclaje de basura. La entrada era un hueco entre dos placas resquebrajadas de aleación de carbono, colocadas una sobre otra en precario equilibrio. Recordaba bastante bien el interior, aquellos pasillos estrechos flanqueados por estantes atestados de cachivaches de todas las procedencias imaginables, la mayoría deteriorados hasta el extremo de resultar irreconocibles. Al fondo, un individuo tan viejo y enflaquecido que parecía el maniquí de un esqueleto envuelto en sábanas de color ocre se hallaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Chupaba con fruición de la manguera de una pipa de agua mientras exhalaba humo por la nariz. Su brazos escuálidos y cuajados de pústulas descansaban sobre un viejo teclado de ordenador.

Niara sabía que aquel era el único sitio donde encontraría todas las piezas necesarias para construir la máquina y también sabía que el viejo se las facilitaría sin ponerle problemas. Porque aquel viejo y ella ya se habían conocido en miles de universos paralelos.

El anciano levantó dos ojos hundidos en medio de un mar de arrugas y frunció el ceño. Se sacó la pipa de agua de la boca con gran esfuerzo, haciendo un ruido de succión. Su voz pareció proceder de su esófago más que de su garganta.

—Llega pronto. No la esperaba hasta dentro de algunas semanas.

—Ha habido un cambio de planes, Koreander. ¿O debería llamarle Vozmediano?

89

Eso había sucedido seis semanas atrás y la máquina por fin estaba completa. Conseguir las piezas no había sido tan fácil como había pensado, pero allí todo el mundo parecía deber favores a Koreander, de modo que siempre encontraba a alguien dispuesto a encontrar para él (lo que solía ser sinónimo de robar) las que no estuvieran disponibles en su madriguera.

Esconderse en la guarida de Vozmediano, o Koreander, como el viejo se empeñaba en que lo llamase, había sido una buena idea para pasar desapercibida durante esas semanas, de eso no le cabía duda. Niara saltó de su colchoneta y estiró la espalda. Lo más difícil para ella no había sido acostumbrarse a las picaduras de chinches o al mal olor en general, ni siquiera a la comida infecta que Koreander le facilitaba —su flora bacteriana se había adaptado razonablemente bien a aquella bazofia—, sino la desesperante espera. Para disponer de una antena de ferrita del tamaño adecuado, por ejemplo, tuvo que aguardar dos semanas, y luego invertir un día entero adicional para soldar entre sí varias antenas demasiado pequeñas, que fue lo que Koreander acabó por suministrarle. Localizar un magnetrón de un viejo horno microondas que aún funcionase resultó aún más complicado, por no hablar de la última pieza, el modulador de frecuencia capaz de operar en el rango de las ondas alfa, que no había llegado a sus manos hasta la tarde anterior. Había pasado gran parte de la noche acoplándolo y soldándolo y luego se había quedado dormida casi sin darse cuenta.

Y hoy ya era 3 de febrero: el día del primer ataque a Acheron. Dentro de unas horas, cuando cayese el sol, Paulo Kersey se disfrazaría con su exoesqueleto de combate y la perseguiría por el bosque arrasándolo todo a su paso. Al día siguiente tendrían lugar las masacres de Acheron y Lecaun, y solo un día después, el 5 de febrero, la batalla del Oldtown donde morirían Trisha y Eyre y donde la pequeña Ada desataría aquella fuerza inexplicable que acabaría con la vida de miles de personas.

Trisha y Eyre… No había querido volver a verlas, incluso

aunque hubiera tenido los medios o el tiempo disponibles para hacerlo. Tampoco a la pequeña Ada. No estaba segura acerca de su propia capacidad para encajar un reencuentro como ese, y necesitaba centrar su atención en lo que la había llevado allí. Más tarde, cuando todo hubiera terminado —si es que terminaba alguna vez—, tendría tiempo de encontrarse con los fantasmas del pasado.

Atravesó medio dormida el exiguo

taller-dormitorio

que había creado en la planta superior de la casa de Koreander, apenas un rectánculo de seis metros cuadrados guarecido del exterior por una techumbre de viejas placas de grafeno sujetas sobre montantes de andamios de obra. Bajó por la escalera de mano hasta los pasillos lúgubres de la planta baja. Koreander seguía sentado en la misma postura de siempre. A veces, Niara tenía la impresión de que formaba parte de la decoración de aquel lugar.

Se acercó a él con paso resuelto.

—Es 3 de febrero —le espetó, como si el viejo fuera el culpable de que el mundo siguiera girando.

Koreander no se tomó la molestia de dejar de chupar su pipa. En lugar de eso, deslizó con agilidad los dedos de uñas amarillas y desiguales por encima de su teclado destartalado. Unos caracteres verdes se iluminaron en el viejo monitor colocado en el suelo, delante de su cojín.

«Lo sé».

—Ya, usted lo sabe todo. Entonces también sabrá que la máquina está completa y que tengo que ponerla en marcha. ¿Recuerda lo que le pedí?

Koreander volvió a teclear algo.

«El generador».

—Eso es. El generador. Para que el alcance llegue hasta Lecaun, necesito al menos 1,3 gigavatios sostenidos durante varios minutos.

El viejo propinó tres o cuatro profundas caladas a lo que fuera que había en el depósito, y solo después de haberlo hecho comenzó a teclear con frenesí. Sus dedos siempre se movían con una velocidad asombrosa sobre el teclado. Parecían la única parte verdaderamente animada de su anatomía de maniquí siniestro. Al cabo de unos minutos, se detuvo.

—¿Y bien? —preguntó Niara.

«He contactado con alguien que puede ayudarla. Contestará enseguida. Paciencia».

Niara bufó y le dio la espalda. ¡Mierda, era 3 de febrero! Todo estaba a punto de irse al garete. Necesitaba enchufar la puñetera máquina esa misma mañana en algún sitio capaz de proporcionarle esa cantidad de energía.

Sabía que había al menos tres generadores eléctricos en el planeta. Uno era el reactor principal de Elcano 2, que desde el exterior parecía una gran aspa de luz y que los pobladores de Lecaun tomaban por una señal de no se sabía bien qué dioses. Este generador tenía el pequeño problema de que se trataba de una de las instalaciones mejor protegidas de toda la colonia y acceder a él resultaba prácticamente imposible. Había otro generador en Lecaun, encargándose desde hace siglos de mantener estables la humedad y la temperatura de la caverna donde se guardaban la libreta Moleskine y el transmisor. Esta opción estaba descartada porque ese generador no podría ni de lejos suministrar la energía necesaria.

El tercer generador estaba en el Instituto de Investigación de Elcano, donde ella había trabajado durante casi una década. O, mejor dicho, estaba *debajo* del Instituto de Investigación, aproximadamente a setecientos metros de profundidad: se trataba de una planta geotérmica que aprovechaba el calor del subsuelo de Kepler 22b para mover sus turbinas. Niara desconocía sus características técnicas exactas, pero era una suposición razonable que esa planta de energía si fuera capaz de alcanzar los 1,3 gigavatios durante un par de minutos, aunque ello supisiera forzarla al límite de sus posibilidades.

Pero Koreander le había dicho hacía varias semanas que existía una cuarta posibilidad. No había podido sonsacarle nada más desde entonces, aunque ella había sobreentendido que existía un generador que no tenía contabilizado en sus cálculos. Se volvió hacia el viejo, que aguardaba en su postura habitual, envuelto en sus harapos. Detrás de la máscara de mugre y arrugas, con un poco de imaginación, se podía distinguir a la persona que fue, si uno sabía lo que tenía que mirar.

—¿Cómo demonios llegó a Kepler desde el siglo XXI? —le soltó Niara a bocajarro—. No ha querido hablarme de ello en todo este tiempo.

El viejo pareció meditar durante unos segundos, aunque también era posible que se hubiera quedado dormido con los ojos abiertos. A veces le ocurría. Luego, repentinamente, sus dedos comenzaron a moverse sobre el teclado.

«Compraron los derechos de mis libros. Me pagaron bien, lo suficiente como para…». Los dedos se detuvieron y Koreander se quedó tan inmóvil que Niara temió que hubiese sufrido una apoplejía, como esos ancianos de las películas antiguas que siempre fallecían un instante antes de hacer una revelación trascendental. Sin embargo, al cabo de unos segundos, los dedos volvieron a accionar el teclado y el mensaje se completó: «Lo suficiente como para comprar un pasaje de segunda clase en el *Holandés»*.

Niara tuvo que leer la última palabra varias veces. Alzó la vista horrorizada. Ahora comprendía por qué Koreander prefería no hablar del asunto.

«No me juzgue con dureza, doctora», añadió enseguida el viejo. «Yo no tenía nada que ver con aquellos tipos, pero era la única manera de conocer este lugar. ¿Cuántas veces en la vida tiene uno ocasión de visitar su propia creación?».

—Entonces, ¿usted también ha comido… ha comido…?

«No, no he practicado el canibalismo. También en el *Holandés* había categorías, y se aseguraron de que los pasajeros de segunda nunca lo olvidásemos. Yo ejercía de ayudante cuando iban de cacería a la bodega. Aproveché su primera incursión en Kepler 22b para escapar junto con los animales».

Niara trató de hacer cuadrar esa información con lo que sabía sobre la colonización del planeta.

—Eso significa que usted salió del *Holandés* hace… ¿un siglo?

«Noventa y cinco años. Viví en Lecaun hasta el 42. Yo estaba allí aquel día, ¿sabe? En la plaza, cuando Dupless se volvió loca y el rey Philip decapitó a Jones».

—Lo que dice es… imposible. Usted tendría ahora…

«Ciento cincuenta y cinco años».

Koreander debió interpretar, por la expresión de incredulidad de Niara, que aquella afirmación resultaba poco creíble. Sus dedos continuaron danzando sobre las teclas.

«A los pasajeros de segunda también nos hicieron algunos arreglos antes de embarcar, doctora. Yo era uno de los pocos que no

estaban enfermos. De hecho, mi salud era excelente, y las modificaciones genéticas me hicieron más longevo».

Un zumbido interrumpió la conversación. Koreander silenció la alarma y comenzó a teclear con frenesí en una jerga incomprensible, tal vez alguna especie de taquigrafía, o algún dialecto desarrollado por el lumpen de Ciudad Paraíso para evitar que sus comunicaciones fueran interceptadas por las autoridades.

Cuando terminó de intercambiar mensajes con su interlocutor invisible, Koreander levantó la vista hacia Niara.

«Ya tengo lo que necesita saber sobre su generador. Se trata de una instalación privada que le proporcionará 1,3 gigavatios sin problema. Está bien protegido, pero se puede acceder a él».

—¿Y me va a decir dónde está o tengo que adivinarlo?

El viejo despegó la pipa de sus labios con gran esfuerzo, algo que solo hacía cuando se disponía a pronunciar una frase lapidaria. Su voz rota resonó en la habitación con la textura de la arena arañando un cristal.

—Esto no le va a hacer ninguna gracia.

—Desembuche de una vez.

—El generador se encuentra en la mansión de Paulo Kersey.

90

—¿La mansión Kersey? ¿Es una broma? No, espere. No quería que sonase como una pregunta: *es* una broma.

Koreander volvió meterse la pipa en la boca y tecleó:

«No».

—Tiene que haber otro lugar.

Niara se pasó la mano por el pelo desordenado. De todos los rincones de Elcano 2, solo había uno del que entrar y salir resultaba al menos tan difícil como del generador de fusión de la colonia.

Koreander pareció adivinar sus temores en ese gesto, porque tecleó:

«En la mansión Kersey hay un reactor ARC capaz de generar hasta 2 gigavatios por hora. Le indicaré cómo llegar hasta él y cómo burlar la seguridad. Conozco al tipo que lo instaló».

—Supongo que ha oído la expresión «meterse en la boca del lobo», ¿verdad? Seguro que le gustan los clichés. Era usted escritor antes de convertirse en una pieza de museo.

Koreander la miró con el ceño fruncido, si era posible fruncir aquel ceño formado por incontables pliegues de piel apergaminada. Repentinamente, escupió la pipa de agua y un espasmo recorrió su cuerpo. De su tráquea escapó un sonido sibilante, como el de alguien que se hubiera atragantado y estuviera al borde de la asfixia. Niara tardó unos segundos en comprender que se estaba riendo.

—¿Le parece divertido?

La risa estrangulada del viejo aún se prolongó unos segundos antes de que pudiera devolver la pipa a su lugar habitual entre los labios resecos y teclear una respuesta.

«Me gustan los clichés. Ja, ja».

Niara se cruzó de brazos.

«Los críticos siempre me decían que abusaba de los clichés».

El viejo la miró con expresión indescifrable detrás de su máscara rugosa. Tecleó algo más.

«Se ha quedado *tan quieta como una estatua*. Ja, ja, ja».

—Váyase a hacer puñetas.

Koreander asintió entre nuevos espasmos, pero siguió escribiendo, aunque de vez en cuando tenía que detenerse porque volvía a acometerle una nueva sacudida. Por fin logró componer una frase completa.

«Tengo otra mala noticia».

—Hablando de clichés…

«Hoy es 3 de febrero».

—Eso ya lo sé. Se lo dije antes.

«¡Hoy es 3 de febrero!».

—Le digo que ya lo… —Niara se puso en pie repentinamente como si alguien le hubiera aplicado un desfibrilador en las nalgas—. ¡Oh, mierda!

91

Corrió por la avenida Champlain mientras trataba de calcular mentalmente si llegaría a tiempo o no. ¿Cómo podía haberse olvidado? Había estado tan centrada en la construcción de la máquina, tan obsesionada con ello, sobre todo en los últimos días, cuando fue consciente de que tal vez no iba a tenerla lista a tiempo…

Trató de exprimir sus recuerdos. Aquello había sucedido en la mañana del 3 de febrero, ¿verdad? Maldición, para ella habían transcurrido trece años y no podía recordarlo con claridad. Estaba casi segura de que había sido por la mañana. Se había levantado resacosa después del funeral de Susan Onawa, había acudido a su cita con Julio Masini, que le coló la texametamorfina con la que Kersey pensaba culparla públicamente de la muerte de Susan, y luego se había pasado por el Instituto de Investigación a recoger sus cosas. ¿O había ido primero al Instituto y luego a ver a Julio?

En cualquier caso, fue después de eso cuando intentó regresar a su departamento y no pudo abrir la puerta. Affrika y otros dos tipos uniformados aparecieron por allí con órdenes de llevarla detenida a la Comandancia. La buena de Cornelia la dejó escapar y ella cometió la estupidez de tratar de cruzar hasta Ciudad Paraíso colgándose por uno de los cables suspendidos que cruzaban El Torrente. No tardó ni diez segundos en caer al agua.

La corriente la arrastró río abajo, se golpeó la cabeza contra una roca y perdió el conocimiento. Y hubiera muerto ahogada de no ser porque la gente del bosque estaba allí, esperándola. Y estaba allí, esperándola, porque Amdahl llevaba seis semanas conviviendo con ellos y les había alertado de su llegada, indicándoles el momento y el lugar precisos donde el cuerpo inerte de la atolondrada doctora aparecería flotando.

Pero ahora Amdahl no estaba en Kepler. Ella, y no Amdahl, había viajado en su lugar y, aunque había alertado a la doctora Calonia hacía seis semanas de lo que iba a ocurrir, no tenía ninguna garantía de que la gente del bosque fuera a estar en el sitio adecuado y en el momento oportuno para recogerla. Y, si nadie la

recogía, si su yo más joven se ahogaba en ese río… ¿qué ocurriría? ¿Desaparecería ella de repente, se esfumaría como si nunca hubiera existido? Trató de recordar lo poco que sabía sobre la teoría de universos múltiples. No, ella provenía de otra línea temporal. Si su otro yo desaparecía de esta, lo que sucedería era que, en caso de que todo volviera a salir mal y no pudieran detener la masacre, nadie regresaría al pasado para volver a intentarlo. El bucle se rompería para siempre.

De modo que corrió aún más deprisa, a pesar de las protestas de sus rodillas y de sus pulmones. La cadera izquierda tampoco pasaba por su mejor momento. Notaba los 55 años en cada articulación de su cuerpo. Sin dejar de moverse, trató de hacer algunos cálculos mentales. Su yo más joven se habría levantado a las nueve, como muy pronto. Antes de las diez tendría su encuentro con Julio Masini. Estaría en el Instituto alrededor de las diez y media. Eso quería decir que la huida por El Torrente debió tener lugar en torno a las once o las once y media.

Miró su reloj de pulsera y gruñó de desesperación. Marcaba unos minutos más de las diez. En menos de una hora tenía que salir de la ciudad, llegar a Acheron y alertar a la gente del bosque. Imposible.

Imposible a menos que pudiera volar.

92

Los aerodeslizadores estaban muy controlados en Elcano 2, no solo porque eran valiosos y escasos, sino por su importancia estratégica. Con un aerodeslizador podías entrar y salir de la ciudad sin que la guardia, carente de medios antiaéreos, tuviera ninguna posibilidad efectiva de detenerte, o podías plantarte en el patio de la comandancia antes de que los centinelas terminasen de empuñar su rifles reglamentarios.

Pero Vozmediano, es decir, Koreander, parecía tener respuestas para todo. Tal vez no era de extrañar, puesto que él había imaginado aquel lugar mucho antes de que existiese.

Niara Queen interceptó a Julio Masini en el lugar y el momento exacto que Koreander le había indicado a través del comunicador que compartían. El joven iba caminando hacia el centro de la ciudad. En Ciudad Paraíso no circulaban los *pods*, esas esferas de aleación metálica transparente que te permitían desplazarte de forma fácil y cómoda por toda la ciudad a cambio de unos pocos créditos, ya que ningún *pod* resistía más de unas horas en aquel barrio sin ser concienzudamente despedazado por pandillas organizadas que luego vendían las piezas en el mercado negro, de modo que Julio Masini iba a pie, y caminaba deprisa, con el gesto nervioso y las manos embutidas en los bolsillos, como si mantenerlas allí atrapadas fuera la única manera de que se estuvieran quietas. Tal vez llegaba tarde a su turno en la fábrica de Food & Services. ¿Era allí donde trabajaba Julio, o era en Pastik Clot? Niara no lo recordaba. De lo que sí estaba segura era de que completaba sus exiguos ingresos con el trapicheo al por menor de cualquier cosa que pudiera comprarse y venderse en Elcano ilegalmente. O tal vez no llegaba tarde al trabajo, pensó Niara, sino a una cita en la mansión Kersey, donde Paulo, con trece años menos, seguiría incitándole para que distribuyera el xerum a bajo precio entre la población trabajadora de la colonia o para que soliviantara a las masas durante la mañana del 4 de febrero, dentro de solo algunas horas.

O algo peor. Quizá Julio Masini se mostraba así de nervioso

porque estaba sumergiéndose él mismo en picado en la última fase de la adición al xerum. Recordó con un acceso de pánico que a aquel hombre le quedaban menos de 48 horas de vida. Como a tantos otros.

No había tiempo para ponerse melindrosa. Se adelantó de un salto y se colocó al lado de Julio.

—¿No saludas a una vieja amiga? —le soltó.

Julio Masini estuvo a punto de caerse al suelo cuando levantó la cabeza y la vio caminando junto a él. Retrocedió unos pasos, como si hubiera visto un fantasma.

—¿Qué… qué haces aquí? Se suponía que…

—¿Que tendría que estar detenida?

—Yo… tú… no entiendo lo que…

—No te esfuerces. Sé lo de la texametamorfina. Y también lo del localizador que pusiste en el bote de analgésicos.

—Pero…

A Niara le pareció que Julio estaba a punto de sufrir un colapso. Lo cogió de las manos.

—No pasa nada. No te lo tendré en cuenta. Y Kersey no se enterará de que lo sé, no te apures. Ahora necesito que me hagas un último favor.

El traficante la miró de arriba a abajo, como si reparase por primera vez en que la Niara Queen que tenía ante sus ojos era bastante más vieja que la que se había despedido de él esa misma mañana junto a El Torrente.

—¿Qué te ha pasado?

—Es una larga historia.

—Pero estás…

—Sí, ya lo sé: más arrugada y más gorda. Tú tampoco pareces en tu mejor momento, ¿sabes? Escucha, porque esto es muy importante: necesito un aerodeslizador.

Julio la miró con el ceño fruncido, como si no comprendiera esa palabra. Luego negó con la cabeza.

—Imposible.

—Necesito un aerodeslizador y un piloto, y tú me vas a conseguir las dos cosas. ¿Sabes por qué estoy tan segura? Porque me envía Koreander y me ha dicho que, si haces esto por él, te deberá un favor.

93

Niara miró hacia el suelo a través de las ventanillas mientras el aerodeslizador sobrevolaba el océano de nubes casi perpetuas que cubría Kepler 22b. Distinguió un tenue resplandor que intentaba filtrarse sin éxito desde la superficie del planeta: la barrera de plasma que separaba la colonia del bosque.

Julio había arreglado aquel asunto con solo un par de llamadas. Al cabo de treinta minutos, un aerodeslizador de la guardia estaba tomando tierra en una escombrera solitaria más allá de la calle treinta y siete. El piloto, un tipo fornido y apuesto con el pelo cortado a cepillo, no llevaba uniforme, así que Niara no tenía ni idea de si se trataba de un soldado corrupto o de algo completamente distinto. Tampoco preguntó. En ciertas circunstancias, era mejor no hacer demasiadas preguntas.

El piloto maniobró e inició una subida en vertical durante mucho más tiempo del habitual en aquella clase de aparatos. Niara supuso que trataba de quedar fuera de la vista de los centinelas y de los instrumentos de detección. La lluvia se hizo más fina conforme ascendían y, unos cientos de metros más allá, las nubes quedaron a sus pies, oscuras como asfalto derretido, y el sol de Kepler penetró por las ventanillas empapadas. Solo entonces comenzaron a avanzar hacia el norte.

El sol de Kepler era algo más rojizo que el de la Tierra, pero sentir su brillo en los ojos y su calor en la piel hizo que su vello se erizase. No se había dado cuenta de cuánto había echado de menos la luz solar en las últimas semanas hasta ese momento.

El instante de calma duró poco. Al cabo de solo unos minutos, notó como el estómago le presionaba el diafragma, señal inequívoca de que habían iniciado el descenso. Las nubes los engulleron de nuevo y, un poco después, el vehículo se posaba entre zumbidos de sus turbinas en un claro del bosque.

Niara abrió la portezuela antes de que el aerodeslizador se detuviera del todo. Su reloj marcaba las once y cuarto. El piloto se apeó para ayudarla a bajar, pero, cuando llegó hasta ella, Niara ya se alejaba hacia la espesura.

—Espéreme aquí —le gritó al piloto para hacerse oír por encima del zumbido de los motores.

—¿Qué? —gruñó el tipo—. Está loca si piensa que voy a quedarme en el bosque un segundo más de lo necesario.

«Joder», pensó Niara. «Otra discusión y otra pérdida de tiempo». Cómo podía explicarle a este individuo que en los alrededores de Acheron no existía ningún peligro porque los niños mantenían a raya a los animales de algún modo que nadie comprendía.

—Métase en la cabina y no le pasará nada. Volveré en unos minutos.

—Ni hablar. El trato era que yo la traía hasta aquí, y eso es lo que hecho.

—¿Cuánto le pagan por esto?

El tipo compuso una expresión ofendida, como si hablar de dinero estuviera por debajo de sus estándares morales, aunque finalmente respondió:

—Veinte mil créditos.

—De acuerdo. Le doy veinte mil más si se encierra en la cabina y me espera media hora. No apague los motores. Si algún bichito poco amistoso viene a hacerle una visita, siempre puede salir cagando leches. No tiene nada que perder, ¿no le parece?

El piloto la miró con el ceño fruncido. Se veía que era una de esas personas que considera que dar su brazo a torcer es una señal de debilidad, pero por veinte mil créditos adicionales estaba dispuesto a hacer una excepción.

Subió a la cabina y cerró la portezuela por dentro. Niara leyó dos palabras formarse en sus labios al otro lado del cristal: «veinte minutos».

94

Se orientó por el sonido del agua. El río estaba por allí cerca, pero la vegetación se volvía cada vez más impenetrable conforme se acercaba a él. ¿Cómo se las había ingeniado Amdahl para dar con el camino al punto exacto donde debía interceptar el cuerpo?

Comprendió con un acceso de náuseas que Amdahl, las otras miles de veces que había viajado a Kepler en su lugar, había pasado seis semanas con la gente del bosque y había tenido tiempo de sobra para explorar el terreno y localizar todos los accesos al río. En cambio ella había estado tan enfrascada en la construcción de la máquina que no había reparado en este pequeño detalle hasta ahora, cuando tal vez fuera demasiado tarde.

Se lanzó entre los macizos de helechos y zarzas sin pensar en las heridas o los peligros que pudieran esconderse en la espesura. Ni siquiera había tenido la precaución de traer algún arma con ella, por todos los demonios. Se rasgó los pantalones, se arañó los brazos y la cara. Por fin, consiguió llegar a una playa pedregosa rodeada de sauces y alisos. El cauce rugía unos metros más allá, aunque junto a la orilla el agua se remansaba, formando un pequeño recodo.

Miró hacia la parte central del cauce. El agua circulaba por allí con la ferocidad de un tifón. ¿Qué posibilidades tenía de rescatar desde aquella distancia un cuerpo humano arrastrado por la corriente? Eso, suponiendo que lo viera pasar y que su yo joven aún siguiera con vida cuando eso sucediera.

Comprendió la respuesta demasiado tarde, como le sucedía con todo últimamente: ninguna. Ninguna posibilidad en absoluto. No podía hacerlo. No podía hacerlo sola.

Regresó corriendo por donde había venido y trató de localizar de nuevo el claro del aerodeslizador. Por supuesto, no lo encontró. Y, por supuesto, se lamentó otra vez por su torpeza y falta de previsión. ¿Desde cuándo sabía ella orientarse en un maldito bosque como aquel? Tardaría horas en encontrar el claro. El piloto se largaría en cualquier momento, si no lo había hecho ya, y ella se quedaría allí tirada, sin ninguna manera de rescatarse a sí misma

del río y sin ninguna manera de regresar pronto a la ciudad para conectar la máquina.

Menuda heroína estaba hecha. Presa de la desesperación, vagó sin rumbo, aunque tuvo la precaución de no alejarse demasiado del sonido del agua para no extraviarse por completo. En un par de ocasiones le pareció reconocer un conjunto de árboles o el perfil de una roca, pero más allá nunca encontraba el claro del aerodeslizador. Estaba a punto de tirar la toalla cuando, con el corazón desbocado, chocó de cara con alguien que caminaba en dirección contraria. La desconocida cayó al suelo aparatosamente. Se apartó la cabellera rubia de la cara y la miró con expresión aturdida.

Niara retrocedió un paso, sin poder disimular ni su alivio ni su sorpresa.

—¿Se puede saber qué coño haces tú aquí? —gritó.

95

Alexandra J. Amdahl se incorporó con el trasero dolorido.

—Voy a sacarte del río. ¿Qué pensabas?

Varias sombras se movieron a su espalda. Niara distinguió las figuras delgadas y harapientas de varios aldeanos de Acheron. Entre todos, acarreaban un montón de cuerdas trenzadas con enredaderas secas. Cuatro de ellos llevaban a hombros una precaria camilla fabricada con ramas y mantas viejas.

—Pero cómo… —balbució Niara—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Del mismo modo que tú, jefa. No iba a dejar que te corrieras esta juerga tú sola.

Trató de recordar el día, seis semanas atrás, en el que había viajado en el tiempo. La operación, por llamarla de alguna manera, había sido secreta en el sentido de que nadie del Consejo de Administración la conocía, pero Amdahl sí había estado allí, además de Kersey y un puñado de técnicos. Demasiados para su gusto, si bien era necesaria una pequeña hueste de especialistas que supieran manipular el acelerador de partículas del Chalbi. Sin ellos, el viaje habría resultado imposible, y se suponía que uno de los cometidos de Kersey era asegurarse de que mantendrían sus bocas cerradas cuando ella hubiera desaparecido.

Se había puesto tan nerviosa que no recordaba apenas nada de los preparativos, aunque sí conservaba una imagen muy nítida del puente abriéndose delante de sus ojos, con aquella nebulosa de aire recalentado flotando a unos centímetros del suelo que de pronto se disipó y dejó ver un pedazo del bosque de Kepler en mitad del segundo subnivel del laboratorio. Recordó el corazón bombeando en sus sienes como los timbales en una sinfonía de Korngold antes de cruzar el puente, recordó el tirón gravitatorio cuando se acercó al horizonte de sucesos, y el vértigo y la desorientación momentánea en el momento de pasar al otro lado. Y luego…

Bien, luego apareció en mitad del bosque de Kepler sin solución de continuidad. Unos cincuenta centímetros por encima del nivel del suelo, para ser exactos. Un pequeño error de cálculo de los

ingenieros que le costó un buen susto cuando cayó de bruces sobre el manto de hojas húmedas por la lluvia. El olor la recibió como un viejo conocido, revestido del halo engañoso de los recuerdos. El puente se cerró a sus espaldas y se quedó allí, caída de bruces en mitad de la espesura, a millones de kilómetros y dos siglos de distancia del Nairobi que había sido su hogar los últimos años, otra vez desarraigada en un planeta hostil. Se sintió de pronto muy desvalida y más sola que en toda su vida, lo cual era mucho decir para una persona como ella.

Estaba lloviznando cuando se sacudió el aturdimiento y se alejó de allí en dirección a Acheron, provista de un mapa preciso y una brújula para no perderse. Y ahora estaba allí de nuevo, seis semanas más tarde, y Amdahl la miraba con esa media sonrisa suya que la hacía parecer aún más joven de lo que era.

La pregunta seguía siendo pertinente.

—¿Cómo te las has apañado para llegar hasta aquí sin que yo me enterase?

Amdahl se encogió de hombros.

—Preparé en secreto todo el equipo sin decirte nada, porque sabía que no lo aprobarías. Cuando te fuiste, esperé diez minutos. Los técnicos aún estaban dándose palmaditas en la espalda por el éxito, ya los conoces. Empezaron a recoger sus bártulos pero les dije que no se movieran de su sitio. El señor Kersey me apoyó, todo hay que decirlo, y terminó de convencerlos. Abrieron el portal de nuevo y crucé. Llegué al bosque y no había rastro de ti, así que ejecuté el plan tal y como lo habíamos previsto. En realidad, no fue tan difícil.

—Pero ¿quién se quedará ahora a cargo de la Compañía? Te dije que…

—Oh, vamos, yo solo era una ingeniera más en el organigrama de la empresa. Tú nombraste a Njeri nueva directora científica y encargaste a Kersey que la ayudase en su labor, ¿no? Mi ausencia no va a suponer ninguna diferencia. Además, ibas a estar demasiado ocupada aquí como para preocuparte de insignificancias como, por ejemplo, salvarte a ti misma la vida en el río.

Amdahl arqueó las cejas y la señaló con la palma de la mano, como añadiendo: «No hay más que ver la pinta que tienes». Tuvo que reconocer que no debía presentar muy buen aspecto: estaba sucia, desgreñada, con la ropa desgarrada y un montón de arañazos

sangrantes por todo el cuerpo. Una estampa lamentable, como de costumbre. Aun así, intentó una última réplica.

—O sea, que has dejado a Kersey al mando de la Compañía.

—No —respondió Amdahl con severidad—. *Tú* has dejado a Kersey al mando de la Compañía. Yo me he limitado a seguir con el plan. Y ahora, si no te importa, tenemos algo que hacer. ¿Nos acompañas?

96

La luz sucia de la mañana se coló por el único tragaluz del almacén, un rectángulo diminuto practicado casi a la altura del techo. En un rincón, oculto entre cajas de madera y muebles aún sin desembalar, una figura se removió dentro de un saco de dormir. Se restregó los ojos en un gesto que tenía algo de infantil a pesar de que el hombre ya se acercaba a los cincuenta y se desperezó. Luego se pasó la mano por el mentón cubierto de barba de color pajizo veteada de canas. Hacía seis semanas que no se afeitaba. No recordaba haber pasado tanto tiempo en toda su vida adulta sin pasarse una maquinilla por la cara.

Salió furtivamente al pasillo. Aquella parte de los sótanos de la vivienda solía estar desierta casi todo el día, excepto cuando algún sirviente bajaba a buscar una botella de vino a la bodega o cuando los bots de limpieza se aventuraban hasta allí para aspirar el polvo y las telarañas. El hombre siempre permanecía alerta al menor ruido para escabullirse de nuevo a su rincón en el almacén: así había vivido durante seis semanas como un polizón.

En el sótano había un cuarto de aseo, pequeño pero completo, donde cumplía religiosamente con sus necesidades fisiológicas y se lavaba lo mejor que podía, siempre en absoluto silencio. Luego, limpiaba con cuidado cualquier posible resto que pudiera delatar su presencia, cruzaba el pasillo de puntillas y se agenciaba un par de piezas de fruta o una dosis de cereales deshidratados de la alacena.

Cumplía con el ritual del desayuno deprisa. Lo hacía solo porque necesitaba alimentarse para aguantar el resto del día, no porque tuviera apetito. Después, hacía desaparecer los restos en el hueco del incinerador de basura y se dirigía a la puerta metálica del fondo, que conducía a la zona habitada de la vivienda. Tecleaba el código de seguridad y colocaba la palma de la mano en el sensor para que el analizador de ADN lo identificase y le franquease el acceso.

El ruido del motor del montacargas no debería alertar al personal de seguridad, porque aquel ascensor de servicio se usaba durante todo el día para las tareas más diversas. Cuando la cabina

llegaba a su destino y las puertas se abrían silenciosamente, el hombre casi siempre se encontraba en un estado de descomposición nerviosa que le hacía preguntarse si no debería hacer una segunda visita al cuarto de baño.

Se apeaba en la segunda planta, en el ala de los dormitorios de la servidumbre. A esa hora del día, todos estaban ocupados en sus quehaceres y era poco probable que se topase con nadie. Atravesaba la cancela blindada que separaba la zona del servicio de las habitaciones de los dueños de la casa (otra vez su ADN conseguía abrir la cerradura) y enseguida se encontraba con la doble puerta de madera labrada.

La abría ligeramente, procurando no hacer ningún ruido.

Al otro lado, en la penumbra de la habitación infantil, Trisha aún dormía. La observaba durante un rato que podían ser minutos u horas. Luego, cuando consideraba que ya había corrido suficientes riesgos, o cuando un sonido de pisadas proveniente del pasillo lo alertaba, o cuando la pequeña se removía en su cama, a punto de despertarse, cerraba la puerta con sigilo y volvía sobre sus pasos con el corazón encogido al tamaño de una roca cristalizada.

Pasaba el resto del día en el almacén, aunque a veces se escabullía hasta la piscina o se asomaba al tragaluz que daba al jardín para verla nadar o jugar con sus muñecos entre los macizos de flores. Pero casi todo el tiempo permanecía en la penumbra del sótano, imaginando la mejor manera de salvarla. No podía cometer ningún error. Conocía la mansión, conocía la colonia y, sobre todo, conocía cómo pensaba el tipo que estaba maniobrando para hacerse con el poder. Sabía cómo neutralizarlo.

Cuando la luz sucia del sol de Kepler se desvanecía, Paulo Kersey se arrebujaba en su saco de dormir y se tumbaba oculto entre las cajas sin desembalar, aguardando el momento preciso para entrar en acción.

97

Niara siguió a Amdahl y a los aldeanos unos cientos de metros río arriba hasta un punto donde el lecho se estrechaba entre dos salientes rocosos. Allí, el cauce no debía tener más de tres metros de anchura y el agua borboteaba entre las rocas con una velocidad temible. No pudo imaginar cómo se las hubiera ingeniado ella sola para sacar el cuerpo del río en un lugar como aquel.

Amdahl, evidentemente, había pensado mucho en ello y acudía a la cita bien preparada. Ayudó a la gente del bosque a desplegar el amasijo de cuerdas que transportaban entre todos, que resultó no ser un amasijo, sino una red cuidadosamente trenzada de las dimensiones precisas para cubrir la anchura del cauce. Una vez que tuvieron la red extendida sobre la roca, ataron con parsimonia varias piedras del tamaño de cráneos humanos a lo largo de un lateral. Niara estuvo tentada de ofrecerse a ayudar, pero los nudos eran tan complejos y la cuerda de aspecto tan frágil que no estaba segura de no fastidiarla, así que prefirió ejercer por una vez de simple espectadora.

Cuando terminaron la labor, uno de los aldeanos introdujo dos dedos en su boca y profirió una serie de silbidos capaces de taladrar el tímpano de un rinoceronte. Una cuadrilla de gente del bosque apareció como por arte de magia en la otra orilla, y uno de ellos lanzó una cuerda que Amdahl atrapó al vuelo. La ató a una de las esquinas de la red e hizo una señal con las manos. El grupo del otro lado del río tiró de la cuerda, desplegando de ese modo la red a lo ancho del cauce. Las piedras que habían atado tan cuidadosamente provocaron que toda una sección de la red se hundiera, mientras que la cuerda, tensada a ambos lados por los diligentes aldeanos, impedía que lo hiciera hasta el fondo.

Amdahl se sacudió las manos y sonrió con la satisfacción del trabajo bien hecho.

—Bueno, ya solo queda esperar.

Niara buscaba alguna réplica a la altura de la circunstancias cuando alguien gritó:

—¡Ya viene!

A uno y otro lado del río, los aldeanos tiraron de la cuerda y tensaron la red aún más. Niara miró cauce arriba y no pudo distinguir nada más que líquido espumeante y vapor de agua. Entonces lo vio, una mancha oscura en mitad de la corriente: un cuerpo inerte que flotaba boca abajo zarandeado por las turbulencias. Apenas pudo distinguir el pelo corto y empapado y el inconfundible uniforme de la Compañía antes de que llegase a toda velocidad hasta ellos.

El cuerpo chocó con la red y se detuvo, atrapado en la maraña de cuerdas.

—¡Aguantad ahí! —gritó Amdahl.

Por el gesto de esfuerzo de los aldeanos, Niara comprendió que la corriente era demasiado fuerte y que no podrían obedecer esa petición durante mucho tiempo. Se dirigió a la zaga del grupo, agarró el extremo de la cuerda y ayudó a tirar de ella. Su tacto era increíblemente áspero y le desolló la mano al instante.

Mientras tanto, Amdahl desplegó otras dos cuerdas provistas de ganchos en sus extremos. Volteó una de ellas sobre su cabeza y la lanzó hacia el cuerpo que flotaba en el agua a un par de metros de distancia. Tuvo que repetir el intento varias veces hasta anclar un gancho con firmeza en el uniforme. Se ató la cuerda tensa a la cintura y repitió la jugada con la otra.

Cuando el cuerpo estuvo bien sujeto con ambos ganchos, comenzó a tirar de una de las cuerdas. Un hombres del grupo que tensaba la red abandonó su puesto para hacer lo mismo con la otra. El resto hizo un último esfuerzo para mantener la red en su posición, con los rostros enrojecidos por el esfuerzo. Niara sentía las manos en carne viva.

Cuando el cuerpo estuvo junto a la orilla, Amdahl se agachó, lo sujetó por debajo de los hombros y lo arrastró hasta el saliente de roca, golpeándole la cabeza por el camino.

—Auch —dijo Niara.

Amdahl hizo una señal y todos soltaron las cuerdas al mismo tiempo. El río engulló la red al instante, como si nunca hubiera existido. Los aldeanos se dejaron caer al suelo, exhaustos. Niara no tuvo tiempo de mirarse la palma de la mano ensangrentada. Toda su atención estaba puesta en el cuerpo inmóvil tumbado sobre la roca.

Le habían ocurrido muchas cosas extrañas en su vida, algunas muy desagradables, y gran parte de ellas en aquel bosque, pero la sensación que experimentó al verse a sí misma medio ahogada, trece años más joven y con aspecto cadáverico, las superó a todas. Recordó aquellas viejas historias fantásticas de viajes en el tiempo en las que siempre se advertía al viajero que no debía encontrarse consigo mismo salvo que quisiera provocar una catástrofe indeterminada en el continuo
espacio-tiempo.
Lo cierto es que el tejido del universo no se desgarró ni saltaron chispas a su alrededor cuando se observó a sí misma con curiosidad. Tampoco le pareció que su cerebro sucumbiera a un acceso de locura más allá del cotidiano. La impresión que tuvo fue más bien la de haberse colado en una fiesta en la que nadie la había invitado. Bien, había hecho eso mismo muchas veces en su juventud, así que no iba a achantarse por ello ahora.

Amdahl se agachó sobre el cuerpo y comprobó sus constantes vitales. Al parecer, no encontró lo que esperaba, porque Niara observó con alarma cómo le inclinaba la cabeza hacia atrás con un movimiento experto y comenzaba a insuflarle aire por la boca. Trató de contener las náuseas. No era posible que hubieran llegado tarde. ¿O sí?

Después del tercer o cuarto soplido, el cuerpo sufrió una convulsión y escupió una bocanada de agua. Amdahl lo colocó de lado mientras la Niara del suelo trataba de inspirar con sonidos angustiosos y solo conseguía escupir más agua y contorsionarse como un muñeco averiado. Los segundos que transcurrieron hasta que logró completar una primera respiración completa se le hicieron eternos. Amdahl se sentó entonces con las piernas entrelazadas e incorporó la cabeza de la ahogada, apoyándola en sus muslos. La mujer que era ella y al mismo tiempo no lo era abrió un momento los ojos y miró alrededor. Niara tuvo un repentino acceso de pánico. ¿Y si la veía allí y la reconocía?

Buscó un lugar donde esconderse, aunque no tuvo tiempo de hacerlo, porque su versión joven puso los ojos en blanco y se desmayó. Su pecho subía y bajaba con rapidez. Parecía que el peligro había pasado.

Amdahl suspiró. Se la veía agotada pero feliz.

—Misión cumplida —dijo sonriendo—. Al final no ha sido para tanto, ¿no os parece?

98

Cargaron el cuerpo inerte sobre la camilla y lo transportaron entre cuatro personas, turnándose para hacer el trabajo, en dirección a Acheron. En uno de los turnos en los que las dos caminaban libres de la carga, Niara se acercó a Amdahl.

—Así que llevas aquí todo este tiempo.

—Ajá.

—Eres una idiota.

—Yo también me alegro de verte.

—Ya sabes a qué me refiero. Viste las estadísticas de sucesos. Sabes lo que va a ocurrir.

—Alguien me dijo que solo son cálculos aproximados. El futuro no está escrito en ninguna parte.

—Lo diría alguna otra idiota.

—Esta vez será distinto. Tú estás aquí y tienes un plan para cambiarlo todo, ¿no es así?

Niara prefirió no contestar. ¿Qué podía decirle? ¿Que su plan superaudaz era más bien un intento desesperado y que la máquina que estaba construyendo tenía que conectarse a una fuente de energía virtualmente inaccesible? ¿Que ni siquiera contaba con la garantía de que la máquina fuera a servir para algo? Mierda, *ella* había decidido correr el riesgo. ¿Por qué Amdahl había tenido que seguirla? No quería ser responsable de su muerte otra vez.

—Sé lo que estás pensando —dijo la ingeniera—. Te conozco lo suficiente. Y no, no es culpa tuya. Deja de culparte de todo. Ya soy mayorcita. Conocía los riesgos, tomé una decisión y asumiré las consecuencias. Es tan sencillo como eso, así que no me subestimes. No te haces una idea de lo humillante que resulta que te atribuyas las consecuencias de los actos de los demás.

Niara se detuvo de golpe en mitad del bosque. Nunca lo había visto de ese modo, y oírlo de labios de Amdahl fue como recibir una ducha de agua fría en una mañana de resaca: desagradable pero refrescante.

—¿Eso hago? ¿Atribuirme las consecuencias que no me corresponden?

—Constantemente, como los héroes de los libros que se empeñan en llevar sobre sus hombros la salvación de todo el mundo —Amdahl miró a un lado y a otro. Se estaban quedando rezagadas del grupo—. Oye, no es buena idea que nos extraviemos. ¿Qué te parece si llegamos a la aldea, acostamos a tu yo del pasado junto al fuego y tomamos un té antes de que te marches? Yo me encargaré de todo lo demás, como estaba previsto. Así podrás centrarte en hacer lo que sea que hayas venido a hacer. No sé qué piensas tú, pero a mí me parece un buen trato.

Era un buen trato, desde luego, y la descargaba de una enorme responsabilidad. Amdahl estaría allí para asegurarse de que el bucle se repitiera si todo salía mal. Ahora bien, que fuera un buen trato no significaba que tuviera que reconocerlo en voz alta.

—En poco tiempo la guardia llegará a Acheron para buscarme —dijo Niara—. O para buscar a mi yo del pasado, ya me entiendes.

—Lo estás haciendo otra vez. La gente de Acheron te ha sacado del río sabiendo el riesgo que corrían. No menosprecies su gesto. Haremos todo lo posible para minimizar los daños.

—Y mañana…

—Lo sé. Mañana habrá muertos y heridos. Pero estás trabajando para evitarlo, ¿no es así?

Niara asintió imperceptiblemente.

—Entonces, tomemos ese té y luego dinos en qué podemos ayudarte.

—Necesitaré un modo de regresar a Elcano cuanto antes.

—Eso es fácil. ¿Lo ves? He hecho bien en venir. Además, eres un desastre para la planificación. Fíjate en lo que ha pasado hoy. Me necesitas. Aunque no lo reconocerías ni bajo tortura, sé que te alegras de tenerme por aquí.

99

Un guía del poblado solo necesitó una descripción superficial del lugar para conducirla hasta el claro donde había aterrizado el aerodeslizador. No confiaba demasiado en que el piloto siguiera esperándola después de tanto tiempo. Sin embargo, allí estaba, echando una cabezadita en la cabina mucho más allá de los veinte minutos acordados. Al parecer, la promesa de los créditos extra había podido más que su temor a los legendarios peligros del bosque.

Regresaron a Elcano y tomaron tierra en el mismo descampado del que habían salido unas horas antes. Niara transfirió a la cuenta del piloto los créditos acordados y se marchó de allí corriendo y sin despedirse. La luz del sol empezaba a declinar y las nubes a acumularse de nuevo. El día 3 de febrero se encaminaba a su fin y ella no estaba más cerca de la solución que por la mañana.

Koreander, quién si no, le había facilitado una identidad falsa y créditos ilimitados, como si aquello se tratara de un videojuego y él conociera todos los trucos para conseguir vidas infinitas o saltos de pantalla. No comprendía por qué un tipo que podía manipular el sistema informático de la colonia con aquella facilidad vivía en lo que básicamente podía considerarse un estercolero. A lo mejor si ella llegaba a los ciento cincuenta años también acababa despreciando las comodidades materiales. O a lo mejor es que no podía despegar su ajado culo de aquellos cojines.

Sobre aquellos cojines lo encontró, precisamente, sentado en su habitual postura de yogui cochambroso, con los ojos cerrados y rodeado de una nube de moscas que no parecían afectar a su concentración. Como otras veces, Niara temió acercarse a él para descubrir que había muerto mientras escribía cualquier chorrada en su teclado. Las últimas palabras que se iluminarían en la pantalla que había a sus pies serían «Perdonen que no me levante» o cualquier otra ocurrencia por el estilo que hubiera tomado prestada de alguien.

Koreander no estaba muerto, al menos de momento. Parpadeó con pereza, como si regresara de un lugar muy lejano, y miró a

Niara.

«Está sudando», tecleó con desgana.

—No es buena idea que usted y yo discutamos sobre higiene personal.

«Lo ha conseguido».

—Más o menos. Un momento, ¿eso era una pregunta?

«No».

—Bien, así me ahorro las explicaciones. Vamos a lo que vamos. Mansión Kersey. Entrar y burlar la seguridad. Me dijo esta mañana que sabía cómo hacerlo.

Koreander la miró inexpresivo durante unos segundos. Luego dio una prolongada chupada a su pipa y asintió muy lentamente antes de deslizar los dedos por el teclado.

«Las alcantarillas», escribió.

100

Kersey despertó de un sueño agitado. Se había quedado dormido sin querer después de comer un par de aguacates que le habían sobrado del desayuno. Había soñado que sostenía a Trisha entre sus brazos, de nuevo convertida en una recién nacida, pero cuando la niña abría los ojos tenía el rostro de una anciana y su piel estaba fría y amoratada.

Sacudió la cabeza para deshacerse de los restos de la pesadilla. Últimamente dormía mucho, porque las horas sin nada que hacer en aquel sótano transcurrían con lentitud, y siempre tenía sueños semejantes. No le importaba. Lo consideraba el precio que tenía que pagar por volver a ver a la verdadera Trisha y por la oportunidad de intervenir en el momento preciso.

Salió al pasillo con precaución y se deshizo de los restos de los aguacates arrojándolos por la trampilla del incinerador. Cuando se disponía a regresar a su escondrijo, algo lo detuvo. Escuchó un ruido procedente del ascensor principal, el que estaba justo en el otro extremo del corredor. Apenas tuvo tiempo de esconderse en el hueco de un dintel antes de que la puerta del ascensor se abriera.

Lo reconoció a pesar de que desapareció en un abrir y cerrar de ojos en la dirección opuesta. El hombre que caminaba con la urgencia de un vendaval era él mismo, solo que trece años más joven y presa de una tensión que ahora le parecía ridícula. Aquel hombre, vestido impecablemente con zapatos de piel auténtica y un traje sintético hecho a medida, se dirigía a algún lugar en los laberínticos sótanos de la mansión como si le fuera la vida en ello. Kersey trató de recordar qué había estado haciendo la tarde del 3 de febrero de hacía trece años. ¿O ya era por la noche? La siesta lo había desorientado.

Aunque suponía que era una imprudencia seguir a aquel hombre, no pudo o no quiso contenerse. La idea de contemplarse a sí mismo en ese estado de enajenación le resultaba casi hipnótica. El sonido de los pasos resultaba tan claro como un rastro de migas de pan. Lo siguió hasta que desapareció tras una puerta metálica de alta seguridad y, en ese momento, su memoria relampagueó con el

recuerdo vívido de lo que había sucedido aquella noche: había bajado al gimnasio para tratar de aliviar la tensión y allí había recibido una llamada de Sandra Hill, su asistente, comunicándole que la guardia había regresado del bosque sin localizar a la doctora Queen. Había montado en cólera, como solía sucederle cuando algo no salía según sus planes, y después…

Bien, después había abierto la compuerta secreta. Porque en el gimnasio había una compuerta secreta bien disimulada en la pared. La recordaba con tanta precisión como si la tuviera ahora ante los ojos. Y en su interior se escondía uno de los mayores tesoros que habían viajado con él hasta Kepler, mucho mayor que su colección de fósiles o sus trajes a medida.

Allí dentro descansaba el exoesqueleto de combate.

Después de eso, el otro tío había tomado el control. El que no lo hacía desde los tiempos de Calcuta. El que prefería improvisar a planificar, el que nunca medía las consecuencias de sus actos. *Ese* tío.

Y ese tío había abierto la compuerta secreta, había activado el exoesqueleto y había salido de la mansión como un torbellino dispuesto a obligar al mundo a doblegarse a su voluntad o a arrasarlo en caso contrario.

Acababa de regresar a su escondrijo en el almacén cuando sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura. A lo lejos, multiplicado por los ecos de los pasillos subterráneos, una puerta se cerró y el estruendo metálico del gigante de hierro se perdió en la distancia.

101

Las alcantarillas. Niara debía de haberlo supuesto. Al fin y al cabo, a Vozmediano le encantaban los clichés.

En su papel de Koreander, el viejo conocía a todo el mundo en Ciudad Paraíso, incluidos los obreros que habían edificado la mansión Kersey. Al parecer, en esa construcción se siguieron las directrices que Paulo Kersey había enviado desde la Tierra, pero, quizá porque el interesado no andaba por allí cerca para supervisar el proceso, los contratistas habían cometido algunos errores, como colocar una ventana donde debía ir una puerta, confundir el este con el oeste o instalar tuberías para aguas fecales que no conectaban con la red de alcantarillado.

Aunque la mayor parte de los errores se habían subsanado cuando Kersey había llegado a Kepler y había desatado su proverbial cólera, algunos de aquellos disparates aún existían por la simple razón de que no estaban a la vista y resultaba más sencillo olvidarlos que corregirlos. Eso era lo que sucedía con aquella tubería de evacuación que moría en una arqueta en la esquina de la calle y que nunca se conectó al alcantarillado, y cuya existencia solo era recordada por los operarios que habían participado en su construcción.

Niara miró a un lado y al otro para asegurarse de que no había nadie a la vista. Una precaución inútil, porque aquella no era una zona muy concurrida —ningún lugar de Elcano 2 era muy concurrido, en realidad— y se había vestido de oscuro para ocultarse entre las sombras del crepúsculo. O, para ser exactos, había preferido cubrir de mugre y hollín su ropa, porque el mono de trabajo negro que Koreander le había ofrecido olía de tal manera que hubiera podido usarse como repelente para cucarachas.

Encendió la linterna que llevaba acoplada a la frente con unas incomodísimas correas y levantó la tapa de la arqueta. Se preguntó cómo diablos pretendía Koreander que ella se metiera por aquel tubo de apenas cuarenta centímetros de diámetro que partía en línea recta en dirección a la mansión. Maldijo una vez más al viejo y sus ocurrencias y sacó un bote de lubricante industrial de la

mochila, donde compartía espacio con la máquina que debía conectar al generador de la mansión, un destornillador, un par de guantes y la caja de cerillas que siempre le gustaba llevar encima desde sus tiempos de fugitiva. Se extendió el contenido del bote de lubricante por todo el cuerpo, formando una costra de lodo oscuro que olía a motor oxidado.

Luego, antes de concederse el tiempo suficiente para pensar en la palabra «claustrofobia», se sentó en la arqueta, se colocó la mochila en el regazo e introdujo los pies en el tubo. Se impulsó con el trasero y su cuerpo engrasado se deslizó al interior del conducto.

La tubería no se había usado nunca y estaba razonablemente limpia. Esa era la parte positiva. La negativa resultaba igual de previsible: estaba atrapada en un espacio minúsculo y tenía por delante alrededor de cien metros de agobiante recorrido antes de llegar a la arqueta del interior de la mansión.

La parte superior del tubo quedaba a pocos centímetros de su nariz y apenas tenía espacio para mover las manos o, para ser exactos, la mano izquierda y el muñón derecho. Empezó a ponerse nerviosa de verdad. Cuando Koreander le explicó cómo entrar en la mansión, aquello le había parecido incómodo pero factible. Ahora no estaba tan segura. Trató de hacer varias inspiraciones profundas para infundirse un poco de calma. El aire viciado del interior del tubo y el olor del lubricante formaban una mezcla tan nauseabunda que una arcada le ascendió por el esófago, algo que no contribuyó a calmarla precisamente. ¿Y si se asfixiaba allí dentro? ¿Y si se quedaba atrapada como un trozo de grasa en el interior de una arteria coronaria, sin poder avanzar ni retroceder y sin que nadie acudiera a buscarla? Moriría lentamente después de una agonía de lo más desagradable.

Se puso en movimiento a pesar del griterío de su parte más paranoica. Sabía demasiado bien que mantenerse ocupada era la mejor forma de acallar a las voces histéricas que vivían en el interior de cualquier cerebro. Colocó las palmas de las manos —es decir, la palma izquierda y el muñón derecho— en la parte superior del tubo y empujó. Por supuesto, sus extremidades embadurnadas de lubricante se deslizaron sin proporcionarle ningún impulso.

Maldijo en voz baja su mala cabeza y se limpió como pudo el lubricante restregándose la mano y el muñón contra sus pantalones,

algo bastante inútil puesto que todo su cuerpo estaba cubierto por aquella pasta grasienta. Luego empezó a rebuscar a tientas en el interior de la mochila. Palpó el prisma irregular de la *Máquina inductora de estados de sincronía mental* y las formas inconfudibles del destornillador, de la caja de cerillas y de la lata de lubricante medio vacía antes de dar con el tacto áspero de los guantes antideslizantes que Koreander le había recomendado llevar consigo. Se los puso a ciegas en aquel espacio exiguo —incluso el guante derecho, que encajó como pudo en el muñón—, lo que resultaba mucho más fácil de decir que de hacer. Por fin, se apoyó de nuevo en el tubo y se impulsó. Los pliegues de polietileno de los guantes hicieron el efecto de miles de pequeñas ventosas y le proporcionaron la tracción necesaria, y sus ropas embadurnadas de lubricante hicieron el resto. Se deslizó unos metros por el conducto como un hámster por el interior de su laberinto.

El desagüe tenía una ligera pendiente en dirección a la calle —esa parte sí la ejecutaron bien los albañiles—, de modo que, después de detenerse, comenzó a escurrirse lentamente de regreso a la arqueta por la que había entrado. Presionó con los brazos contra la bóveda del tubo y logró detenerse. Luego, con gran esfuerzo, se dio un nuevo impulso que la hizo avanzar veinte o treinta centímetros.

Después de cinco minutos desplazándose de esa manera tuvo que tomarse un descanso. El sudor le cubría la cara y se le metía en los ojos, convenientemente mezclado con el lubricante para provocarle aún más escozor. El aire viciado la mareaba. La exigua luz procedente del exterior se había perdido detrás de ella y solo veía el haz de la pequeña linterna de su frente. Lo peor, sin embargo, eran los brazos: le temblaban por la sobrecarga de trabajo y por lo forzado de la postura, y si los relajaba solo un segundo comenzaba a deslizarse de regreso al punto de partida.

Trató de calcular mentalmente cuánto tiempo necesitaría para llegar al interior de la mansión a ese ritmo, pero no logró hacerlo. Estaba demasiado agotada para resolver una simple multiplicación. El resultado exacto tampoco tenía importancia: fuera cual fuera, resultaría demasiado.

Necesitaba reunir toda su fuerza de voluntad para continuar. Trató de recordar por qué estaba allí, qué demonios había ido a hacer a aquel condenado planeta, por qué había consentido en

aprisionarse en aquella ratonera, pero apenas podía hilvanar dos pensamientos consecutivos. Sintió con alarma que estaba a punto de perder el conocimiento, y entonces lo recordó, no como una secuencia de ideas, sino como una sucesión de fotogramas deslavazados: la matanza del Oldtown, Eyre desangrándose sobre el asfalto, Ada desatando su poder, la máquina que lo dentendría todo antes de que sucediera.

Probablemente gritó en el interior de la cañería, aunque nadie pudo oírla. Sea como fuere, aquello tuvo sobre ella el efecto de un bofetón. Sacudió la cabeza para despejar el aturdimiento y probó a separar un brazo de la tubería para sujetarse solo con el otro. Resultó ser suficiente para no deslizarse. Los músculos del brazo liberado protestaron al principio y agradecieron el descanso después, mientras los del otro brazo, sometidos a un sobreesfuerzo aún mayor, amenazaban con un conato de huelga general. Concedió unos segundos de tregua al brazo afortunado y luego volvió a apoyarlo para procurarse un nuevo impulso.

En la siguiente parada dejó descansar al brazo contrario. Y de ese modo, alternando los brazos impulso tras impulso y mascullando maldiciones, recorrió penosamente la distancia que la separaba de la mansión Kersey.

102

A diez kilómetros lineales de allí, Acheron ardía.

Amdahl trataba de localizar a la versión más joven de Niara Queen, la que aún no sabía nada sobre bucles infinitos y viajes en el tiempo. La había perdido de vista cuando el gigante de hierro de Kersey había aparecido en el claro y había comenzado a disparar. Primero voló por los aires una choza, que por fortuna estaba vacía, y luego se puso como loco cuando la gente del bosque contraatacó con las únicas armas de que disponían: palos y piedras.

Habían hecho caer a Kersey al suelo como a un payaso de circo y la doctora Calonia había sacado a Niara del corazón de la refriega. Kersey las había perseguido con toda la artillería, arrasando literalmente el bosque a su paso.

Había advertido a la gente del bosque de la llegada de Kersey, por supuesto, y les había proporcionado algunas ideas sobre cómo contenerlo el tiempo suficiente para poner a Niara a salvo. Pero una cosa era saber lo que iba a suceder y otra que sucediera delante de tus narices. El humo que picaba en los ojos, el calor del fuego que abrasaba la piel, el olor a carne asada —*carne asada*, por todos los santos— eran dolorosamente reales, no probabilidades en una hoja de cálculo.

Continuó buscando entre los árboles, siguiendo la estela de destrucción dejada por Kersey, hasta que localizó dos sombras que corrían entre la espesura por los caminos invisibles que solo la gente del bosque sabía reconocer. Aceleró el paso cuanto pudo, agradeciendo el entrenamiento al que se había sometido allá, en la Tierra del siglo XXI, y enseguida se colocó al lado de Niara.

La doctora Calonia se detuvo en cuanto advirtió su presencia.

—Sigan las marcas en los árboles —dijo.

—¿Que sigamos qué? —repuso Niara entre jadeos—. ¿Y qué va a hacer usted?

—Entretenerlo.

—¿A esa cosa? No lo ha entendido. Ese no busca que lo entretengan. La matará.

—Que así sea si es la voluntad de los dioses. ¡Váyanse! ¡Rápido!

O el sacrificio de mi pueblo habrá sido en vano.

Niara, tan joven, tan ingenua detrás de su fachada cínica, no parecía dispuesta a marcharse. Los árboles de alrededor comenzaron a desplomarse como arrasados por un huracán. Amdahl tiró de ella con todas sus fuerzas, y por fin Niara se movió.

Dejaron a la doctora Calonia sola, dispuesta a prender fuego al foso de benceno trazado alrededor de Acheron como última línea de defensa, y corrieron hacia lo más profundo del bosque hasta que la oscuridad las engulló.

103

Niara empujó la tapa de la arqueta con los pies y sacó primero las piernas al exterior, luego la cintura y, por último, tras unas sacudidas muy poco elegantes, los hombros y la cabeza. Por fin se encontró jadeando en un sótano oscuro de la mansión Kersey.

Cuando recuperó el resuello —y maldijo por milésima vez su poca previsión al darse cuenta de que no había llevado consigo ni una mísera botella de agua—, apuntó con su linterna alrededor para ubicarse. Se encontraba en una especie de almacén lleno de cajas y restos de embalaje. Había una puerta metálica al fondo.

Desplegó el plano holográfico que le había facilitado Koreander. Era una copia de los planos que Kersey había registrado en las oficinas del Consejo Colonial cuando solicitó los permisos para levantar su humilde vivienda, por lo que podía existir alguna pequeña diferencia entre el plano y la realidad. No obstante, las instalaciones básicas, como las líneas de suministros o el reactor ARC, debían de encontrarse en el lugar previsto.

Se localizó a sí misma entre las líneas luminosas, lo cual no le resultó fácil porque había perdido práctica en el manejo de esos chismes tridimensionales. Tardó, de hecho, un buen rato en darse cuenta de que estaba contemplando la mansión boca abajo. Cuando por fin se orientó, hizo un trazado mental del recorrido que debía seguir hasta el reactor, que se encontraba en el tercer subnivel, relativamente cerca de su posición actual.

Plegó el holograma y se lo guardó de nuevo en el bolsillo. Luego se dirigió a la puerta y accionó la manivela con mucha cautela. Era bastante tarde y todo el mundo debería de estar durmiendo, así que resultaba lógico suponer que nadie andaría por los pasillos del sótano a aquellas horas. Según Koreander, los sensores antiintrusos estaban ubicados en los niveles superiores y, aunque los bots de vigilancia sin duda patrullarían toda la noche, lo harían por las zonas habitadas de la casa. No tenía sentido inspeccionar un almacén lleno de cajas de embalaje que, teóricamente, carecía de acceso desde el exterior.

Comprobó con alivio que la puerta ni siquiera estaba cerrada

con llave y que podía abrirse sin más que accionar la manivela: una señal inequívoca de que Kersey no guardaba nada de excesiva importancia allí y de que los bots andarían patrullando en otra parte de la mansión. Un poco más confiada en sus posibilidades, salió al pasillo de puntillas y se dirigió sin demora en dirección al reactor ARC.

Se equivocaba en algo, sin embargo. Si el almacén estaba abierto no era porque Kersey no hubiera instalado una cerradura. Un paranoico de la seguridad como él jamás hubiera hecho algo así. El motivo era bien distinto: alguien se escondía desde hacía semanas en aquel almacén. Alguien que prefería no cerrar la puerta con llave para poder entrar y salir con más facilidad.

Niara acababa de salir al pasillo cuando la sombra que había estado observándola desde que había emergido de la arqueta se deslizó entre las cajas y la siguió furtivamente.

104

Paulo Kersey acababa de conciliar el sueño envuelto en su saco de dormir cuando un ruido metálico lo sobresaltó. Alguien había entrado en el almacén. Tendría que haber cerrado la puerta con llave. Como nadie había pasado por allí en todas aquellas semanas, se había convencido de que nadie lo haría en el tiempo que faltaba para que todo terminase.

Pero había algo extraño en aquel ruido. No provenía de la puerta, sino del centro de la estancia. Apartó el saco de dormir a un lado sin hacer ruido y se asomó con cautela entre las cajas para averiguar de qué se trataba.

Al principio no supo interpretar lo que veían sus ojos porque la escena carecía de sentido. Alguien había retirado una tapa metálica ubicada en el suelo. Unas piernas emergieron del agujero, seguidas de una cintura y un tórax que se arrastraron penosamente entre imprecaciones surgidas de la tubería. Por último, y después de unos momentos de balanceo desmadejados, asomó la cabeza del intruso.

Hubiera jurado que se trataba de Niara Queen, y no de la Niara Queen de hacía trece años, sino de la que se había convertido en su cómplice y provenía, como él, de la Tierra del siglo XXI, pero había poca luz y la persona que acababa de aparecer de forma tan imprevista estaba cubierta de los pies a la cabeza por alguna sustancia untuosa que le chorreaba por la cara y le pegaba el pelo al cráneo, confiriéndole un aspecto grotesco. No fue hasta que no escuchó las maldiciones murmuradas por la recién llegada que supo, más allá de toda duda, que se trataba de ella.

Pero ¿qué estaba haciendo allí? Él conocía el plan a la perfección —prestar ayuda a la Niara más joven para tratar de detener las matanzas o, si todo salía mal, para regresar a la Tierra y reiniciar el bucle— y ninguna de sus versiones pasaba por el sótano de la que había sido su mansión en Elcano. También conocía los motivos por los que Niara, en el último momento, había decidido viajar a Kepler en el puesto de Amdahl. Los conocía y los respetaba. Quería pensar que, en circunstancias similares, él habría hecho lo mismo.

A aquellas alturas, Niara ya debía de haber averiguado que Amdahl la había seguido unos minutos después. Lo que ninguna de las dos sabía, porque no tenían ninguna manera de saberlo, es que él también estaba allí. Se había deslizado por el agujero de gusano justo antes de que se desestabilizara y ante la sorpresa generalizada de los técnicos, porque nadie más que él conocía sus intenciones. Antes de marcharse, desde luego, había dejado la Compañía en buenas manos, nombrando a Bernard Bitok como su sustituto y colocando a gente de su máxima confianza en los puestos clave del Consejo de Administración. Aquella jugada había funcionado bien porque, de hecho, la Compañía seguía existiendo y la colonia Elcano 2 se había fundado en el momento y en el lugar precisos.

No obstante, nada de eso explicaba qué estaba haciendo Niara Queen entrando a escondidas en su almacén por una alcantarilla. ¿Había albergado, como él mismo, intenciones ocultas cuando decidió viajar a Kepler en lugar de Amdahl, intenciones que no había compartido con nadie? ¿Tendría ella sus propios planes para la colonia?

Si era así, tal vez necesitase ayuda, razonó Kersey. Niara acababa de examinar los planos de la mansión y se disponía a salir del almacén. Estuvo tentado de revelar su presencia, pero algo lo contuvo en el último momento. Tal vez Niara no necesitase ayuda en lo que fuera que pretendía hacer. Tal vez necesitase todo lo contrario.

Dejándose arrastrar por esa intuición, Kersey salió al pasillo a hurtadillas, dispuesto a averiguar qué se traía entre manos la doctora Queen.

105

Niara recorrió el pasillo en silencio, o al menos lo intentó. Un par de veces resbaló a causa del lubricante que cubría su cuerpo y cayó al suelo de un modo muy poco aguerrido. En ambas ocasiones, y después de contener la respiración durante unos segundos en espera de que saltase alguna alarma, se detuvo a comprobar algo en el interior de su mochila, como si transportase un objeto frágil que hubiera podido sufrir algún daño con el golpe.

Kersey sabía que ninguna alarma saltaría en ese subnivel y que las precauciones de Niara eran inútiles. Podría haber bailado un *reel* irlandés si hubiera querido, pero se limitó a seguirla a una distancia prudente para que ella no se percatara de su presencia. La vio consultar el plano holográfico al llegar al final del pasillo, y finalmente lanzarse por las escaleras de la izquierda, descender al siguiente subnivel y continuar por un corredor revestido de metal.

Cuando la doctora llegó a la puerta de máxima seguridad del reactor ARC, Kersey empezó a alarmarse. ¿Qué demonios buscaba en aquel lugar? El reactor suministraba energía a toda la vivienda independientemente de las redes públicas de la colonia. Lo había hecho instalar, a pesar de su coste desorbitado, porque lo necesitaría para mantener su sala de control en funcionamiento cuando el suministro en la ciudad se viniera abajo.

En cualquier caso, se tranquilizó al comprender que Niara no lograría entrar allí. El sistema de acceso al reactor era el más seguro de toda la casa, más incluso que el de la puerta principal. Constaba de una triple comprobación: sensor de retina, testeador de ADN y lector de voz. Solo su perfil y el de Sandra Hill contaban con los privilegios necesarios. En el hipotético caso de que un atacante consiguiera arrancar un ojo y sacar una muestra de sangre de cualquiera de ellos dos para tratar de entrar, aún tendría que obligarle a pronunciar la contraseña en voz alta, y el espectómetro era tan preciso que reconocería las inflexiones asociadas con el miedo o la ansiedad e impediría el acceso al recinto. Solo alguien en plena posesión de sus facultades mentales y por voluntad propia podría superar ese test.

Observó cómo Niara sacaba un destornillador de su mochila y trataba de limpiar el lubricante de su mano izquierda restregándola contra la pared. Luego desatornilló un panel metálico situado a un lado de la puerta. Varias placas electrónicas quedaron a la vista. La doctora seleccionó un par de cables y tiró con decisión de ellos. Una lluvia de chispazos y una humareda oscura que olía a plástico quemado inundó el pasillo. Antes de que el humo se disipara, la puerta del reactor se había abierto.

Kersey frunció el ceño en su escondite. Lo que acababa de suceder no era posible, a menos que Niara conociera con exactitud los detalles constructivos de aquella puerta.

El hecho era que, posible o imposible, Niara acababa de acceder al reactor. Durante un instante, Kersey no supo qué hacer. Tenía que detenerla, eso estaba claro. El reactor ARC era extremadamente peligroso: cualquier manipulación indebida podía desequilibrar el flujo de plasma y provocar una explosión que reduciría la colonia y sus alrededores a una sopa de átomos ionizados. Pero algo, una especie de intuición intensa que Kersey no estaba acostumbrado a experimentar, le seguía diciendo que no debía revelar su presencia a Niara Queen. Todavía no.

La solución se presentó ante él al posar la vista en una de las luces de emergencia del sistema contra incendios. Subió corriendo hasta el primer semisótano, cogió una caja de cerillas del almacén de la cocina y acercó un fósforo encendido a uno de los sensores de temperatura.

La alarma rugió al instante, tal y como se suponía que debía suceder, y lo inundó todo con un ruido tan infernal que ahuyentaría a cualquier intruso en varios kilómetros a la redonda.

106

El estruendo de la alarma antiincendios resonó por los jardines despoblados de la mansión. Una luz roja parpadeó a través de las ventanas del semisótano, abiertas a ras de suelo, y dibujó en el jardín siluetas incandescentes de sicomoros y palmeras. Otras luces se encendieron en distintos puntos de la casa, conforme sus ocupantes se despertaban sobresaltados. Los destellos encarnados sobrepasaron el muro perimetral y llegaron hasta el exterior.

Al otro lado de la calle, una figura vestida de negro y cubierta por una pasta grasienta salió de forma muy poco distinguida por el hueco de una alcantarilla abierta, devolvió apresuradamente la tapa a su sitio y se marchó medio corriendo, medio deslizándose, en dirección al centro de la colonia.

Alguien logró por fin desactivar la alarma. Después de eso, la calle volvió a quedar silenciosa y vacía.

107

Niara estaba ya a varias manzanas de distancia de la mansión Kersey y le pareció que nadie la seguía. Se detuvo a recuperar el aliento bajo el aguacero que había empezado a caer sobre Elcano. Maldita sea, había estado tan cerca…

Ya tenía localizada la toma de alta potencia del reactor y estaba a punto de conectar la máquina cuando se habían encendido aquellas luces rojas y el aullido de la alarma la había dejado momentáneamente aturdida. Tuvo que guardar la máquina en la mochila y salir de allí a toda prisa antes de que alguien del servicio de vigilancia la descubriera. ¿Por qué se había activado aquella alarma? Koreander le había asegurado que, según sus contactos, no existían sensores de movimiento dentro de la sala del reactor, solo aquel sofisticadísimo sistema de control de acceso que era fácil de sortear provocando un cortocircuito en el lugar adecuado.

Bien, aquello demostraba que el viejo no lo sabía todo.

Por fortuna, la pendiente de la tubería que la había llevado de regreso a la calle le resultó favorable en esta ocasión y, empapada en lubricante como iba, se había deslizado por ella como por un tobogán y había emergido en la calle desierta al cabo de unos segundos.

Miró a su alrededor tratando de ubicarse, porque había corrido para alejarse de la mansión sin pensar muy bien hacia dónde iba. Se encontraba cerca del Oldtown, el núcleo original de la colonia. Las cúpulas más antiguas seguían cubiertas de musgo y líquenes, igual que las recordaba, como si no hubiera pasado el tiempo por ellas desde los días de las revueltas. Claro que, en efecto, así era: Elcano 2 estaba en el momento exacto de sus últimos recuerdos, aunque para ella hubieran transcurrido trece años.

Muy cerca de allí se levantaba el edificio del Consejo, con sus cuatro viejas cúpulas formando las esquinas de un elegante rectángulo imaginario y la bandera de la Compañía ondeando junto a la insignia verde y negra de Kepler. Y, un poco más allá, el anárquico amalgama de construcciones del Instituto de Investigación en el que había trabajado. Nunca se había

considerado una persona nostálgica, y por eso se sorprendió al descubrirse añorando aquellos lugares y a las personas que los ocupaban, a pesar de que nunca los había apreciado demasiado cuando vivía entre ellos. La memoria era una embustera. *En lo que concierne al pasado, todos amañamos la baraja*. Esa frase regresó a ella como un encantamiento.

El Instituto de Investigación había sido el escenario de su vida cotidiana en los primeros tiempos en Kepler, cuando aún se engañaba con la fantasía de que huir de uno mismo era posible y se había dedicado en firme a retomar su carrera como investigadora. Un periodo que luego se había empeñado en olvidar bajo litros de alcohol y toneladas de analgésicos.

Pues bien, allí tenía, a solo unos metros de distancia, uno de los cuatro generadores que existían en el planeta. El del Instituto no había sido su primera opción por muchas y buenas razones. En primer lugar, desconocía su potencia máxima y, por no saber, ni siquiera sabía si estaba activo o si el Instituto se nutría de la red general. En segundo lugar, entrar en el Instituto no era una tarea tan complicada como hacerlo en la mansión Kersey o en el generador principal de la colonia, pero se aproximaba bastante. Y, en tercer pero no último lugar, estaba Hsiao Matsu, la directora, una mujer tan correosa que su simple recuerdo le hacía encoger los esfínteres al tamaño de un capilar.

Se trataba de una planta geotérmica de alto rendimiento diseñada para el suministro eléctrico autónomo de los laboratorios del Instituto. En un alarde de optimismo, siempre había supuesto que, si desviaba la potencia destinada a todos los laboratorios, entraba dentro de lo plausible que aquella maquinaria lograse arañar los 1,3 gigavatios durante unos minutos. No era una esperanza muy sólida, pero si la mansión Kersey estaba blindada a los intrusos, el generador de fusión de la colonia era inexpugnable y el generador de la caverna de Lecaun resultaba ridículamente pequeño, no le quedaban muchas más opciones.

Además, se acababa el tiempo. La madrugada se dirigía al galope hacia el amanecer del 4 de febrero, en día en el que la guardia atacaría Acheron y Lecaun. Se producirían decenas de muertos y centenares de heridos y prisioneros, y las dos aldeas desaparecerían para siempre. Solo veinticuatro horas más tarde, si

nadie lo evitaba, tendría lugar la matanza del Oldtown y ella habría fracasado definitivamente.

No tenía ni idea de cómo iba a entrar en el Instituto. Aquello nunca había formado parte de sus planes, y allí no estaba Koreander para localizar al obrero que había construido las alcantarillas o algo por el estilo. Y, por descontado, no tenía ninguna intención de regresar a consultarle al viejo como si necesitara su beneplácito antes de actuar. Si era cierto que estaba escribiendo su propia historia, lo haría una vez más.

Miró a su alrededor. La calle seguía desierta. Se ajustó de un tirón las correas de la mochila y se dirigió con paso firme hacia el Instituto de Investigación dispuesta a echar la puerta abajo si era necesario.

108

Nada más subir los tres escalones que conducían a la puerta del Instituto, alargó el muñón con intención de colocar un pulgar inexistente sobre el sensor biométrico y solo tuvo la precaución de retirarlo en el último momento, asombrada del poder de los actos reflejos: sus músculos habían repetido por sí mismos unos gestos que habían realizado cientos de veces hacía más de una década.

Miró el espacio vacío en el que debía de haber estado su mano derecha y frunció el ceño. Tal vez su memoria muscular no había tenido una ocurrencia tan mala. Al fin y al cabo, aunque le habían retirado la ciudadanía kepleriana aquella misma mañana —o, lo que era lo mismo, la mañana de hacía trece años—, en el instituto aún debían guardar un registro de su perfil como trabajadora, y sus huellas dactilares seguían siendo las mismas de siempre.

Consciente de que podía ser una metedura de pata épica, alargó el brazo izquierdo, en esta ocasión sabiendo muy bien lo que hacía, y colocó el pulgar sobre el sensor. Junto al lector de huellas parpadeó una luz roja.

Primer acceso denegado. Al tercero, un aviso alertaría al vigilante de guardia.

Colocó el dedo por segunda vez sobre el sensor. Luz roja. Lo separó unos centímetros, contó hasta cinco y volvió a colocarlo.

Luz roja.

Respiró hondo. Tenía unos segundos para recuperar la cordura y salir corriendo antes de que apareciera el vigilante. Pero si daba la casualidad de que su viejo amigo Caspar estaba de guardia aquella noche tal vez, solo tal vez, conseguiría convencerlo de que la dejara entrar y tal vez, solo tal vez, lograría llegar hasta el generador sin levantar sospechas y tal vez, solo tal vez, poner en marcha la máquina. El tiempo se acababa y, si aquella idea no funcionaba, tendría que improvisar otra.

Esperó bajo el aguacero durante unos segundos que se le hicieron interminables, contemplando su imagen reflejada en la puerta de cristal: una mujer algo entrada en años, empapada, vestida con un viejo mono de trabajo grasiento y portando al

hombro una mochila de aspecto sospechoso. Todo muy tranquilizador a ojos de un vigilante nocturno, sin duda.

Una silueta se movió en el interior, al fondo del recibidor. Las luces se encendieron, cegándola por un momento. Cuando pudo volver a enforcar la mirada, descubrió a un tipo con uniforme de vigilante que la observaba atónito desde el otro lado de la cristalera.

No era Caspar.

Era el otro, ese tipo larguirucho de gesto avinagrado cuyo nombre ni siquiera recordaba, suponiendo que lo hubiera sabido alguna vez. Caspar y ella siempre se referían a él como «Caramojama» entre risotadas cuando compartían la tercera ronda de cervezas.

No era un buen comienzo, pero Niara trató de sonreír. Señaló a la cerradura.

—El sensor no funciona —gritó, a pesar de que sabía que el vigilante no podía oírla a través del vidrio de seguridad.

El tipo se limitó a sacudir la cabeza, lo cual podía significar tanto «ajá, ese sensor es una porquería» como «tomar *pizza* por las noches me parece una mala idea».

Niara comenzó a hacer aspavientos señalando a la puerta, a su mochila y a sí misma.

—Ya sé que no puedes oírme, Caramojama —parloteó—, y que a lo mejor me metí contigo alguna vez y me guardas un poco de rencor, pero si pudieras abrir esta puerta y dejarme entrar te estaría muy agradecida. Aquí estamos tú y yo decidiendo si salvamos el mundo o si nos vamos a dormir, porque a veces un pequeño gesto de cortesía como abrir la puerta a una desconocida con pinta de desequilibrada mental puede salvar el mundo, claro que supongo que a veces un gesto como ese también podría destruirlo si, por ejemplo, la desconocida con pinta de desequilibrada lleva un explosivo en la mochila, aunque ese no es mi caso, te lo aseguro, así que si hicieras el favor de…

El vigilante, que no estaba escuchando ni una palabra, asistió con expresión paciente al despliegue pirotécnico de Niara. Cuando se quedó sin resuello y tuvo que dejar de hablar, mostró una sonrisa que pretendía que pareciese beatífica.

El tipo aún aguardó unos segundos más, tal vez para asegurarse

de que el espectáculo había finalizado. Luego volvió a menear la cabeza.

Niara lo miró exasperada. Había creído que la curiosidad impulsaría a Caramojama a abrir la puerta, aunque solo fuera para comprender lo que le estaba diciendo. Y, una vez que la puerta estuviera abierta… Bueno, ya pensaría algo entonces. Sin embargo, al parecer los vigilantes de seguridad no se caracterizaban por tener una curiosidad muy desarrollada.

Así que pasó al plan B, que en realidad se le acababa de ocurrir. Desplegó el mapa holográfico de la mansión Kersey delante de sus narices y seleccionó la herramienta de dibujo el interfaz de usuario. Luego trazó con el dedo unos caracteres azulados en el aire y miró al tipo con gesto desafiante.

«Me envía Matsu. Es urgente. Abra la puerta».

En esta ocasión, el hombre no negó con la cabeza, sino que miró al escueto mensaje que flotaba al otro lado del cristal con desconfianza. Por su expresión, Niara supuso que estaba valorando todas las posibilidades.

Por fin, y tras componer una mueca de fastidio, pulsó un interruptor y la cerradura emitió un chasquido.

109

La mención del nombre de Hsiao Matsu, la estricta y algo presuntuosa directora del Instituto de Investigación de Elcano 2 desde hacía 18 meses, solía obrar milagros sobre los trabajadores más pusilánimes del complejo como aquel vigilante. El mal genio que Matsu desplegaba cuando algo se torcía era legendario y hasta cierto punto perturbador, como Niara había tenido la desgracia de comprobar en más de una ocasión.

Se coló dentro del recibidor en cuanto la puerta se abrió una rendija. El tipo le cerró el paso y colocó la mano sobre la culata de la pistola de descargas eléctricas que colgaba de su cinturón.

—No puede pasar.

Niara levantó las manos en gesto apaciguador.

—Escuche, esto es muy importante. Me envía Matsu y solo tardaré un momento.

—La directora me hubieran avisado.

—¿Y no lo ha hecho? Qué raro, porque me ha sacado de la cama para que viniera ahora mismo. ¿No me reconoce? Soy la doctora Queen. Trabajo aquí.

—Trabajaba. He visto la orden de desalojo. ¿Y qué demonios le ha pasado en la cara?

Niara arrugó la nariz. Sin duda, a ojos del vigilante, haber envejecido trece años de repente resultaba tan sospechoso como todo lo demás. La ropa pringosa y empapada tampoco ayudaban a proporcionar credibilidad a sus palabras.

—He pasado una mala noche.

—Siéntese ahí —dijo el tipo, señalando una de las incómodas sillas del recibidor—. Llamaré a la directora para confirmar su historia.

—¡Eso no será necesario! —replicó Niara con demasiada brusquedad—. No querrá molestarla a estas horas, amigo. Ya sabe el genio que gasta.

El tipo asintió a regañadientes y Niara decidió aprovechar ese pequeño gesto de complicidad.

—A mí me echó una bronca terrorífica el otro día por haberme

olvidado un bocadillo en el cajón del escritorio. ¿Se lo puede creer? Uno de queso de la cantina, ya sabe, los del pan que parece chicle.

Por un momento, el vigilante mostró algo semejante a una sonrisa y pareció estar a punto de compartir alguna anécdota. Criticar a los superiores siempre ha sido una forma tan natural como efectiva de cerrar lazos entre los subordinados. En el último momento, sin embargo, rectificó y recordó qué estaban haciendo allí. Sacó su arma y apuntó a Niara sin miramientos.

—Siéntese. No se lo pediré una vez más.

Niara levantó las manos y contuvo la lengua. Joder, le dabas un arma y un uniforme a un débil mental y le faltaba tiempo para tratarte como a una terrorista.

Retrocedió hacia la silla sin dejar de mirar al vigilante.

—Está bien, amigo. Hago lo que usted dice, ¿lo ve? Pero a Matsu no le va a hacer ninguna gracia que…

—¡Silencio!

El tipo se estaba poniendo nervioso y parecía de gatillo fácil. No le apetecía probar los 50.000 voltios de su pistolita en la piel, así que decidió que era más sensato obedecer y callarse.

Sus propósitos de recurrir a la prudencia duraron alrededor de medio segundo. Transcurrido ese tiempo, un cortocircuito debió de conectar las neuronas equivocadas de su cerebro, porque se lanzó sin pensar contra el vigilante.

110

Lo pilló desprevenido. Eso y la suerte fueron los únicos factores que podían explicar cómo logró arrancarle la pistola de la mano antes de que disparase. Rodaron por el suelo en un amasijo confuso mientras el arma rebotaba en la dirección contraria.

Se había visto envuelta en varias trifulcas en su vida, generalmente estúpidas y provocadas por la ingesta previa de una cantidad indeterminada de alcohol, y siempre habían resultado algo sórdido, llenas de tirones de pelo, ropas enredadas y golpes imprecisos lanzados a cualquier cosa que se moviera. Todo muy diferente de esas peleas perfectamente coreografiadas de las películas antiguas que le gustaba ver desde niña, donde hasta la sangre, cuando aparecía, se distribuía de forma atractiva por los rostros de los actores.

Aquella pelea no resultó mucho mejor. Si acaso, incluso fue algo más lamentable que otras, porque el alcohol no embotaba su sistema nervioso y era mucho más consiente de lo que sucedía, de los jadeos, de los puñetazos torpes y de la peste a sudor.

Y del dolor, claro. Recibió un golpe en el estómago que sintió como un hierro al rojo y la dejó sin respiración. El vigilante se levantó y avanzó cojeando hacia la pistola. Niara se rehizo como pudo. Saltó sobre su oponente, placándolo por las piernas con un golpe tan tosco que hubiera sonrojado a cualquier practicante de artes marciales. El tipo cayó cuan largo era y estuvo a punto de golpearse la cabeza contra el mostrador de la entrada. Niara se encaramó sobre él y trató de propinarle un puñetazo en la mejilla antes de que se levantase, como hacían en las películas, pero Caramojama giró la cabeza a tiempo y terminó recibiendo el golpe en la oreja. Se hizo más daño ella que él. Luego se sintió volar y aterrizó sobre el hombro derecho de forma tan dolorosa que estuvo segura de haberse roto la clavícula y tal vez todas las costillas de ese lado del tórax. Puntos luminosos se desplegaron ante sus ojos. Aquel vigilante era un alfeñique comparado con Caspar y aun así estaba dándole una paliza.

Lo vio incorporarse de nuevo y dirigirse hacia ella. Trató de

moverse, de retroceder apoyándose en los codos como una araña, pero no fue lo bastante rápida. Una bota se acercó a su cabeza y un momento después el mundo se había convertido en un estallido de dolor y oscuridad. Se arrastró a ciegas y pasó una eternidad hasta que se atrevió a abrir los ojos de nuevo. El izquierdo se negó a hacerlo. A través de las lágrimas del derecho pudo ver al vigilante de espaldas, mirando al suelo, y la forma de un artilugio metálico vagamente familiar caído bajo las sillas del recibidor. La habitación le daba vueltas como si estuviera en el interior de una centrifugadora y notó en la boca el sabor acuoso que precede al vómito. No comprendió lo que el vigilante estaba haciendo hasta que su maltrecho cerebro decodificó qué era aquel artilugio metálico: aquel tipo estaba buscando la pistola de descargas y no se había dado cuenta de que la pistola estaba a un palmo de ella.

Con la mano temblorosa, alargó el brazo y sujetó la pistola por la empuñadura. Se apoyó en su codo derecho y levantó el arma. No necesitó cerrar un ojo para apuntar. Aquello casi le hizo gracia.

—Eh, amigo, ¿buscas esto?

A Caramojama no le dio tiempo de sorprenderse. Una corriente de cinco miliamperios le recorrió hasta la última célula del cuerpo y lo hizo desplomarse entre espasmos. Niara mantuvo el gatillo apretado más tiempo del estrictamente necesario. Cuando lo soltó, el hombre ya no pudo levantarse.

Se acercó a rastras hasta él, con el estómago a punto de expulsar la cena, el almuerzo y el desayuno. El olor a sudor y a orines que exhalaba el vigilante no ayudó a calmarle las náuseas. Apoyó el dedo índice en su arteria carótida y comprobó que el corazón seguía latiendo.

Suspiró y se sentó un momento, utilizando el cuerpo de su oponente como respaldo. Y en esa posición estaba, dispuesta a hacer acopio de fuerzas antes de intentar ponerse en pie, cuando una voz la sobresaltó de tal modo que la pistola se le escapó de entre los dedos.

—¿Qué narices ha pasado aquí? —gruñó Hsiao Matsu.

111

Niara trató de sonreír pero supuso un esfuerzo demasiado grande, así que se limitó a levantar la mano pidiendo a Matsu un momento de respiro. La directora nunca se había caracterizado por atender las órdenes de nadie, así que hizo caso omiso y se le acercó.

—¿Pietro te ha hecho esto? —preguntó señalándole la cara. Comprobó que el vigilante tenía pulso y que respiraba con normalidad. Luego volvió a centrar su atención en Niara mientras desplegaba un comunicador holográfico en el aire.

—Espera, ¿a quién vas a llamar? —preguntó Niara, aunque sonó como «¿a quién fas a llabar?». Su labio superior se estaba convirtiendo en una longaniza.

—Aún lo estoy decidiendo. Puedo llamar al hospital para que os echen un vistazo a ti y a este inútil que has dejado fuera de combate o puedo llamar a la guardia para que les expliques por qué estabas entrando ilegalmente en el Instituto en plena noche.

Niara se incorporó con serias dificultades para mantener la verticalidad.

—No hagas ninguna de las dos cosas —farfulló—. Bueno, llamar a un médico para el vigilante, sí.

—¿Por qué tendría que…?

Agarró el brazo de Matsu. Incluso a ella le sorprendió la fuerza con la que lo hizo.

—Hsiao, por favor. Te lo explicaré todo, pero no llames a la guardia.

La directora la miró a los ojos durante unos segundos, hasta que alguien contestó a su llamada.

—Soy Hsiao Matsu, directora del Instituto de Investigación. Tenemos un herido en el vestíbulo, un hombre de cincuenta y cuatro años que ha quedado inconsciente por… —Miró a Niara de nuevo—. Por causas desconocidas.

La directora cortó la comunicación sin romper el contacto visual en ningún momento.

—Está bien —dijo por fin—. Te concedo cinco minutos para que me convenzas de que no debo hacer la segunda llamada. Ven

conmigo.

—¿A dónde?

—A la enfermería, a dónde va a ser. Tengo que ponerte algo en esa contusión o mañana tu cabeza va a parecer un balón de *rugby*. ¿Es la huella de una suela de zapato lo que tienes en la nariz?

—Caramojama ha querido mostrarme qué número calza.

—Eso está mejor. Ya empiezas a recuperar tu insoportable sentido del humor.

Matsu le pasó un brazo por la espalda y la ayudó a caminar. Era sorprendentemente fuerte a pesar de su escaso metro y medio de estatura. Niara avanzó renqueando porque la habitación seguía dando vueltas a su alrededor, aunque un poco más despacio que antes. Aun así, sin la ayuda de Matsu, hubiera acabado en el suelo de nuevo.

Caminaron por el pasillo hasta un pequeño cuarto sin ventanas donde había un sillón, un taburete, una mesa con ruedas y varios armarios que contenían el botiquín de primeros auxilios. Niara se dejó caer en el sillón mientras Matsu hurgaba en los armarios y sacaba varios paquetes.

—¿Qué haces en el Instituto de madrugada? —farfulló Niara.

—Las preguntas las hago yo —replicó Matsu, aunque no pudo evitar volverse hacia ella con indignación—. ¡Soy la puñetera directora de este lugar! ¿Crees que no tengo nada mejor que hacer que pasar las noches aquí? Llevo días poniendo en orden todo el papeleo para que esos cretinos del nuevo Consejo no puedan encontrar ni una sola excusa para cerrar el Instituto o para recortarnos las asignaciones. ¿O piensas que esto se dirige solo? —Hizo un gesto de desprecio con la mano—. Pero qué te importan a ti esos detalles mundanos, ¿verdad? Tú siempre has estado por encima de eso.

Se hizo un silencio incómodo. Matsu volvió a darle la espalda y continuó revolviendo en los armarios.

—¿Puedes empezar a contarme qué ha pasado o necesitas una copa? —le espetó.

—Lo cierto es que ya no bebo —dijo Niara con suavidad.

La directora del instituto se giró para mirarla de nuevo con renovado interés.

—Ya veo. Pareces distinta que esta mañana. Y no lo digo solo

por el labio sangrante o porque tengas el pelo y la ropa hechos un asco. ¿Esos son los efectos secundarios de pasar doce horas sobria?

Se acercó a ella con un frasco de desinfectante, gasas, esparadrapo y una jeringuilla hipodérmica llena de líquido transparente. Se sentó en el taburete, dejó su cargamento sobre la mesita y levantó la jeringuilla a la altura de los ojos de Niara.

—Está bien —dijo—. ¿Me lo cuentas antes o después del pinchazo?

—¿Qué es eso?

—Un antiinflamatorio local. Aunque tiene el pequeño efecto secundario de soltar la lengua si la dosis es excesiva.

—No hace falta que me drogues. Necesito que mi cabeza funcione bien esta noche.

—Entonces empieza a hablar.

Niara chasqueó la lengua. Tenía la impresión de que no era buena idea contarle toda la verdad a la irascible directora del Instituto, si bien la alternativa de emprenderla a golpes también con ella y salir de la enfermería por las bravas no la seducía en absoluto. Los brazos de aquella mujer parecían cables de acero.

—Está bien —suspiró—. Te lo contaré todo. Lo que vas a oír te va a sonar un pelín raro, pero te pido que hagas un esfuerzo por abrir tu mente y…

—¿Es una historia de hombrecillos verdes?

—Mucho peor. Quizá quieras soltar esa jeringuilla antes de empezar. Por si se te cae al suelo.

112

—Primero, la versión corta: no soy la Niara que tú conoces porque vengo del pasado, a donde viajé desde el futuro, es decir, desde tu futuro. Tu futuro de dentro de unas horas. Pero es mi pasado, de hace trece años, para ser exactos. —Miró a Matsu, que la observaba con gesto inexpresivo y la jeringuilla aún cargada en la mano—. Vale, no me estoy explicando bien.

—Quizá por eso me están entrando ganas de golpearte en la cabeza.

—Es complicado. Tienes que confiar en mí. Necesito usar el generador geotérmico del Instituto. Solo será un momento y luego… luego lo comprenderás todo.

—Ahora sí que me estás convenciendo. ¿En serio crees que te voy a dejar utilizar el equipo más caro del Instituto solo porque apareces aquí como una loca en mitad de la noche y me lo pides educadamente?

Niara negó con la cabeza.

—No, claro.

—No, claro —repitió Matsu—. Porque mi confianza en ti cayó en picado cuando empezaste a abandonar tu trabajo hace… ¿cuánto hace? ¿Cuatro años? ¿Cinco? Y te dedicaste a esconderte en el fondo de una botella de ginebra o lo que sea que bebes cuando te vas de borrachera con tus camaradas, mientras las demás nos quedábamos aquí intentando que esto funcionase y tratando de evitar que todo se fuera a…

—A la mierda.

—¡Sí, a la mierda! —Matsu parecía a punto de perder el autocontrol tan habitual en ella. Había hablado con una rabia inusitada, más dirigida al mundo en general que a Niara en particular, y tenía los ojos húmedos y enrojecidos.

Miró a Niara un instante más, como si dudase entre clavarle la aguja en el brazo o en el cuello, pero finalmente dio media vuelta y se dispuso a marcharse de allí sin hacer ninguna de las dos cosas.

Niara la agarró del brazo con su mano izquierda y sacó el muñón derecho a la luz.

—¡Espera!

La directora se detuvo, dándole la espalda.

—Sé que no merezco tu confianza —dijo Niara—. No merezco la confianza de nadie y me he comportado como una niñata estúpida y egoísta. He cometido muchos errores en mi vida, como todo el mundo, o quizá alguno más que el promedio, y regodearme en la autocompasión ha sido el peor de ellos. Ahora me doy cuenta, y no puedo cambiar lo que pasó. Pero sí puedo cambiar lo que va a pasar. Tú lo has dicho: llevas una década peleando para que la colonia salga adelante, y ahora está a punto de saltar por los aires. Lo sabes tan bien como yo. Los has visto tomar posiciones desde hace meses en el Consejo, en los tribunales, en la emisora de la AON. Kersey maneja a todo el mundo como si fuesen los puñeteros títeres de su teatro de marionetas, y está ciego, te lo aseguro, ciego y loco y no ve más allá de sus narices. Y tiene un plan que va a acabar con todo por lo que has luchado tantos años.

Matsu se volvió muy despacio y bajó los brazos. Por primera vez desde que Niara la conocía, parecía una mujer derrotada. Solo entonces la directora fijó la vista en el muñón. Contempló con incredulidad la amputación a la altura de la muñeca.

—Te he dicho la verdad —insistió Niara—. Una herida como esta no puede cicatrizar en doce horas, ni siquiera con la medicina del siglo XXIII. He viajado en el tiempo para detener a Kersey.

La directora asintió muy despacio. Su vista seguía fija en el muñón, como si esperase ver crecer allí una mano y unos dedos en cualquier momento.

—Dime que sabes cómo pararlo —dijo al cabo de unos segundos interminables.

Niara le tomó la mano libre y se la apretó.

—Sé *exactamente* como pararlo. Solo necesito una fuente de energía de 1,3 gigavatios.

113

Matsu no le preguntó nada más. No quiso saber para qué necesitaba 1,3 gigavatios, ni qué era ese misterioso aparato compuesto por piezas electrónicas recicladas y precariamente ensambladas que transportaba en la mochila y que Niara sacó para comprobar si había sufrido algún daño durante su trifulca con el vigilante.

Lo que sí hizo fue limpiarle las heridas, inyectarle el antiinflamatorio —la dosis apropiada— y acompañarla al ascensor para teclear el código de seguridad que le permitiría descender al recinto del generador. Después salió de la cabina.

—El generador nunca ha funcionado a esa potencia. No sé si te servirá, pero haz lo que tengas que hacer. Volveré al vestíbulo para inventar una explicación plausible para los sanitarios. Cuando termines, sal por la puerta trasera. Puede abrirse desde el interior sin necesidad de identificación.

Se dio media vuelta y se alejó sin despedirse, con los pasos firmes y rápidos que la caracterizaban. Niara quiso darle las gracias pero, para cuando abrió la boca, la directora ya había desaparecido tras un recodo del pasillo.

La puerta del ascensor se cerró. Notó la típica sacudida al comenzar el descenso y la desagradable sensación de que sus tripas se marchaban de visita a su garganta. El generador de geotermia estaba situado en una cámara a unos 700 metros de profundidad, desde donde partía un pozo que se adentraba decenas de kilómetros en la corteza del planeta hasta profundidades donde el gradiente de temperatura era de varios cientos de grados centígrados. De modo que aquel no era un ascensor normal, sino uno que alcanzaba una velocidad de casi
20 km/h,
necesaria para llegar a su destino en un tiempo razonable. Aun así, el viaje se demoraba algo más de dos minutos, un tiempo muy poco tranquilizador para cualquiera que sufriera claustrofobia y tuviera la desagradable costumbre de pensar siempre en términos catastrofistas. Pero ella no era de esa clase de personas, ¿verdad?

Comenzó a dudarlo cuando las palmas de las manos empezaron a sudarle y sintió una extraña opresión en el pecho. Se vio a sí misma atrapada en aquella cámara que había visitado alguna vez, cuando comenzó a trabajar en el Instituto, rodeada de toneladas de roca y con la única salida al exterior a una distancia inalcanzable. ¿Qué pasaría si el ascensor se averiaba? ¿Y si se quedaba aislada allí abajo? ¿Y si había un desprendimiento?

Sacudió la cabeza, tratando de espantar a esos pensamientos. Ella nunca había sido tan aprensiva. ¿Qué demonios le estaba sucediendo? Tal vez fueran los efectos secundarios del antiinflamatorio. O tal vez solo necesitaba echar una cabezada y comer algo que no fueran las gachas caducadas de Koreander.

De pronto, el ascensor dio una sacudida que casi la hizo gritar. El estómago se le desfondó y luego hubo otra sacudida tan brusca que tuvo que apoyarse en uno de los paneles laterales para no caerse. Cuando estaba a punto de entrar en pánico, las puertas se abrieron con un traqueteo y dejaron a la vista un pasillo oscuro. Había llegado a su destino.

Hacía calor allí abajo. Puso un pie con cautela fuera del ascensor. Una luz blanca se iluminó en el techo, sin duda activada mediante un sensor de movimiento. Las paredes eran irregulares y el hormigón plástico dibujaba la forma caprichosa de las rocas. El conjunto daba la muy poco tranquilizadora impresión de ser una cueva natural que se adentraba en la oscuridad, una excusa perfecta para que una imaginación desbocada inventase escenarios inquietantes como criaturas siniestras que acechaban entre las sombras o grietas invisibles que aguardaban pacientemente el momento oportuno para resquebrajarse y descargar sobre el infortunado visitante varios kilómetros cúbicos de tierra.

Respiró hondo, se colocó la mochila delante del pecho, como si así pudiera proteger mejor la máquina, y avanzó muy despacio. Las luces del techo se encendieron a su paso, por lo que solo alcanzaba a ver los cuatro o cinco metros siguientes.

Después de lo que pareció una eternidad, llegó hasta una puerta metálica sin cerradura. Allí abajo la temperatura era de al menos treinta grados centígrados y la humedad resultaba tan elevada que le extrañó que no se formasen bancos de niebla. El sudor mezclado con los restos de lubricante que la lluvia no había conseguido

eliminar le proporcionaban la desagradable sensación de haberse dado un baño en alquitrán fundido.

Empujó la puerta metálica y se encontró en el corazón del generador geotérmico. Seis enormes tubos metálicos emergían del subsuelo e iban a parar a otras tantas cubas cilíndricas que recordaban a sarcófagos de faraones que alguien hubiera dispuesto en el suelo cuidadosamente alineados. Tuberías más delgadas surgían de las cubas y se distribuían de forma caprichosa por la habitación, adornados aquí y allá con manómetros, válvulas e instrumentos que Niara no supo identificar. Las tuberías terminaban por unirse en una gran chimenea que se perdía de vista a través de la techumbre. Al fondo, un panel de control de aspecto moderno era la única señal de que no se encontraba en mitad del decorado de una película *steampunk*.

Se dirigió al panel de control. Además de un montón de botones e indicadores luminosos cuyo significado se le escapaba, encontró una consola de ordenador y varias tomas de energía. Desplegó la pantalla holográfica con un gesto de la mano y localizó los controles principales del generador.

Le llevó un rato familiarizarse con el sistema, pero resultó ser bastante simple. En la pantalla principal, un gráfico indicaba que el generador estaba produciendo apenas 0,1 kilovatios por hora. Localizó las seis barras deslizantes asociadas a los intercambiadores de calor (al parecer, ese era el nombre correcto de las cubas con aspecto de sarcófago) y las desplazó desde su posición cercana al cero hasta el 80%. Al instante, un zumbido que antes le había pasado desapercibido se hizo patente. Provenía de otro cilindro metálico, más pequeño y alargado, situado algo apartado de las seis cubas principales. Imaginó que se trataba de la turbina principal, que estaba ganando velocidad al inyectarle más aire caliente. Sonrió al ver como el indicador de la pantalla subía rápidamente a 10, 20, 30 kilovatios, aunque aún estaba muy lejos de los 1300 que necesitaba.

Todo fue bien hasta que el indicador alcanzó la cota de los 600 kilovatios. Para entonces, la energía generada crecía con mucha más lentitud y el zumbido de la turbina se había vuelto ensordecedor. Uno de los remaches del sarcófago más cercano salió disparado como un proyectil y un chorro de vapor se escapó por la

junta. Una alerta luminosa empezó a parpadear en rojo en la pantalla holográfica.

Estaba exigiendo demasiado al generador, pero ¿qué alternativa le quedaba? Tal vez toda aquella instalación saltase por los aires con ella dentro mucho antes de llegar a los 1,3 gigavatios. Aun así, tenía que intentarlo. Bajó el selector del tanque dañado hasta el 20% y subió los cinco restantes hasta el 100%. Un texto muy poco tranquilizador comenzó a parpadear en el centro de la pantalla holográfica:

Riesgo de sobrecarga.
Riesgo de sobrecarga.
Riesgo de sobrecarga.

El indicador principal siguió escalando a los 700, 800, 900 kilovatios. Sacó la máquina de la mochila y se acercó a una de las tomas de energía, donde podría enchufarla cuando llegara el momento. Las gruesas tuberías que emergían del suelo comenzaron a vibrar todas a la vez, como si un terremoto estuviera sacudiéndolas. Casi pudo ver, o imaginó que veía, como los remaches metálicos de las juntas se aflojaban poco a poco, uno tras otro, debido a la vibración. El indicador ya había sobrepasado los 1000 kilovatios, aunque ahora subía con una lentitud exasperante. Solo fue consciente de que estaba sudando a chorros cuando los ojos comenzaron a escocerle. Justo entonces, cayó el primer cascote del techo.

Miró alarmada hacia arriba y vio una telaraña de grietas recorrer el hormigón plástico como raíces de un árbol dibujadas por un niño. Volutas de polvo surgían de las fisuras y se mezclaban con el vapor que escapaba de las tuberías. Otro cascote, este del tamaño de un puño, se desprendió y rebotó contra uno de los tanques con un ruido explosivo.

1100 kilovatios. Ahora el indicador avanzaba más despacio que nunca. Otro trozo de hormigón se desprendió en el extremo opuesto de la sala. O terminaba pronto, o iba a acabar sepultada en aquel lugar.

Dejó la máquina preparada junto al terminal para enchufarla en el momento en el que el generador alcanzase los 1300 kilovatios. Luego regresó corriendo a la consola del ordenador, extendió el

dedo índice y deslizó el selector del tanque dañado, el que antes había bajado al 20%, hasta el 100%. El vapor inundó al instante toda la estancia, pero el indicador principal experimentó un súbito empujón y escaló hasta los 1150, 1175, 1200 kilovatios.

El tanque dañado comenzó a vibrar mucho más que los demás. Otro remache metálico salió despedido, rebotó en las paredes y se incrustó en la consola, no muy lejos de donde Niara se encontraba. Perforó un agujero del tamaño de un dedo pulgar en el panel, dejando tras de sí un reguero de chispas eléctricas. No debió afectar a ningún componente vital de la instalación, porque el generador siguió funcionando, acercándose poco a poco a la cifra mágica. 1220, 1230, 1240…

Para entonces, el techo entero parecía estar desmoronándose, y ya se desprendían no solo fragmentos de hormigón, sino también trozos de metal retorcido y regueros de tierra, la tierra húmeda y oscura que había al otro lado del revestimiento y que se amontonaba sobre su cabeza en una capa de 700 metros de espesor.

1250, 1260. Otros dos remaches surcaron en aire como bólidos y más tuberías comenzaron a perder vapor. Niara ni se preocupó por averiguar dónde habían ido a parar las piezas metálicas convertidas en balas mortíferas. Lo que tuviera que ocurrir ya estaba más allá de su capacidad de control. Mantenía la vista fija en el indicador: 1270, 1280.

Cuando alcanzó los 1290 kilovatios, se acercó a la máquina y cogió el cable de alimentación con firmeza. Miró a la pantalla holográfica. A pesar de que se encontraba a menos de dos metros de distancia, apenas podía distinguir el indicador principal entre el humo y el polvo. El ruido era ensordecedor: la banda sonora perfecta para el fin del mundo.

Entonces los vio, unos números verdes destacando entre una constelación de alarmas de color rojo: 1300 kilovatios/hora. Conectó la máquina. El alarmante chisporroteo eléctrico no la amilanó.

Se aseguró de que el enchufe entraba hasta el fondo en la toma de energía y pulsó el interruptor de encendido.

114

Y no sucedió nada.

A decir verdad, no estaba muy segura de qué tenía que suceder. Tampoco de cuánto tiempo tendría que estar conectada la máquina para hacer su trabajo.

Por puro sentido común, unos segundos deberían bastar. La máquina, según se desprendía de sus especificaciones, debería producir una secuencia de ondas alfa muy intensas que, como cualquier otra onda electromagnética, se difundiría en todas direcciones a la velocidad de la luz, de modo que, transcurrida una fracción de segundo, ya habría alcanzado toda la superficie del planeta, perdiendo potencia poco a poco hasta volverse indetectable y, en consecuencia, inocua. Todas las personas que estuvieran cerca del epicentro se volverían de pronto… Bueno, sí, se volverían empáticas, qué demonios. Incluida ella misma.

Al menos, esa era la teoría.

Corrió de regreso a la consola y bajó los selectores de todos los tanques hasta un punto próximo a cero. La vibración cesó casi de inmediato, el vapor dejó de salir de las juntas dañadas y muchos de los indicadores rojos se desvanecieron poco a poco hasta dejarla sumida en la semioscuridad.

Entonces miró a su alrededor. La sala estaba irreconocible, llena de vapor y escombros, y parecía más que evidente que aquellas instalaciones no aguantarían un segundo intento. Trató de percibir algo distinto en su interior, aunque no sabía muy bien qué tenía que buscar. No se notaba mejor persona, ni sentía un impulso irrefrenable de salir al exterior y abrazar al primer cretino que pasase por la calle. De hecho, seguía teniendo muchas ganas de estrangular a alguien.

¿Eso significaba algo? ¿La máquina había funcionado? Ni siquiera sabía si su efecto debía ser inmediato o habría que esperar un tiempo hasta que fuera apreciable.

Entonces se le ocurrió una idea terrible en la que no había pensado hasta ahora, abstraída como había estado en poner en marcha la máquina a cualquier precio: las ondas alfa podrían no

haber alcanzado la superficie con la intensidad necesaria. Los cálculos se habían hecho suponiendo que la máquina entraría en funcionamiento a nivel del suelo, no en un pozo a 700 metros de profundidad. No sabía mucho sobre electromagnetismo, pero estaba segura de que 700 metros de material rocoso debían afectar a la intensidad de la señal. Además, le parecía recordar que las señales de baja frecuencia, como las ondas alfa, eran absorbidas por los sólidos con mayor facilidad que las de alta frecuencia.

En cualquier caso, eso no explicaba por qué ella misma no notaba nada en absoluto. Debería sentirse diferente, aunque no supiera exactamente de qué modo.

Se acercó a la máquina y la desconectó del terminal de energía. Estaba caliente, pero no tanto como para resultar alarmante. La miró del derecho y del revés, y entonces lo vio: en la parte de abajo, un punto de soldadura había saltado y faltaba una pieza.

Con el corazón bombeando en sus sienes, rebuscó en el interior de la mochila. No tardó mucho en localizar el pequeño circuito integrado, de apenas dos centímetros cuadrados, que se había soltado de la máquina, probablemente al golpearse durante su pelea con el vigilante.

Casi pudo oír cómo la vieja diosa Fortuna se partía de risa al verla allí plantada, con el diminuto circuito en la mano, murmurando maldiciones en todos los idiomas que conocía. No podía repararla allí. Tendría que regresar a casa de Koreander. Aquella misma mañana tendrían lugar los ataques de la guardia a Acheron y Lecaun. Mucha gente moriría si no ponía en funcionamiento aquel maldito chisme. Gente como Alberth y su mujer, aquella aldeana cuyo nombre nunca llegó a conocer.

Apretó los dientes el puño con rabia hasta que las uñas se le clavaron en la palma de la mano. Joder, esa estúpida diosa griega había decidido burlarse de la persona equivocada. Se sacudió el polvo, apretó los dientes y salió corriendo de regreso al ascensor sin dejar de escupir blasfemias.

115

Estaba amaneciendo. Paulo Kersey, que había salido de la mansión a través del hueco tras el manzano y había seguido a escondidas a Niara, llevaba un buen rato esperando entre las sombras del otro lado de la calle. Desde su escondrijo, había visto cómo Niara se colaba en el Instituto de Investigación y había adivinado, a través del cristal de la puerta principal, que su intercambio de impresiones con el vigilante nocturno no había tenido un carácter precisamente amistoso. La trifulca terminó cuando él ya estaba decidido a intervenir. Un poco después, la llegada de una ambulancia lo había alarmado, pero la persona a la que sacaron del edificio en una camilla no era Niara. Esa mujer resultaba demasiado correosa como para que el vigilante hubiera tenido la menor oportunidad.

Y, desde entonces, no había sucedido nada. Permaneció allí, observando, intrigado por los planes de Niara. Y preocupado. Si estaba a punto de cometer alguna estupidez que pusiera en riesgo en futuro de la colonia, él debería estar ahí para impedírselo. Ese era un buen argumento para justificar lo que estaba haciendo: seguirla a escondidas sin revelarle aún su presencia.

Estaba pensando en si debía buscar la forma de colarse en el Instituto para averiguar lo que estaba sucediendo cuando una silueta se escabulló entre las sombras por una calle lateral. Por la forma de caminar, le pareció que se trataba de ella. Había debido salir por la puerta trasera de una de las cúpulas secundarias y ahora se dirigía casi a la carrera en dirección a Ciudad Paraíso.

La siguió con discrección. Por suerte, había tenido la precaución de tomar prestadas un par de zapatillas de suela silente del almacén de material deportivo cuando, en uno de los primeros días de su estancia en Kepler, había conseguido a hurtadillas algo de ropa. Eso le permitió trotar detrás de Niara sin hacer apenas ruido. De todas formas, su amiga resollaba como un buey en el hipódromo de Royal Ascot, así que resultaba poco probable que pudiera oír nada más que su propia respiración.

Niara se adentró en el lodazal de Ciudad Paraíso sin dudarlo un

momento. Kersey siempre había evitado ese barrio. Le recordaba demasiado a lo peor de Calcuta, la ciudad que habían intentando salvar sin éxito y que se había cobrado, como agradecimiento, la vida de su mujer. En sus planes de hacía trece años, Ciudad Paraíso iba a ser derruida hasta el último centímetro cuadrado para levantar sobre sus ruinas una urbe nueva, limpia, ordenada y bajo el imperio de la razón y la ley, habitada por ciudadanos responsables y obedientes. Qué iluso había sido al creer que eso iba a ser posible sin pagar un precio a cambio.

Ahora le daba igual el destino de aquel estercolero y el de sus miserables habitantes. Ya no quería mejorar la vida de nadie ni cambiar la forma en la que se hacían las cosas. Ni siquiera creía que pudiera lograrse. Solo le interesaba salvar una vida, con nombre y apellidos. Eso sí podía hacerlo. Era algo concreto, tangible e inmediato. Trisha dormía aislada del mundo en su habitación de la mansión Kersey, ignorante de que su tiempo llegaría a su fin en poco más de veinticuatro horas si no fuera porque él estaba allí para intervenir en el momento oportuno.

Niara Queen, en cambio, a pesar de toda su fachada cínica y su mala leche congénita, sí parecía creer que había una manera de hacer que aquella Tierra en miniatura prosperase, de hacer que las personas cooperasen en lugar de sacarse los ojos mutuamente para acabar, antes o después, hundiéndose en una ciénaga de ruina y corrupción. Por eso le preocupaba tanto que pudiera cometer una estupidez que pusiera en riesgo la vida de Trisha, que pusiera en riesgo algo tan concreto, tangible e inmediato como eso a cambio de la nebulosa posibilidad de un futuro comunitario mejor.

Niara avanzó a ratos trotando y a ratos caminando, sin desviarse de la avenida principal de Ciudad Paraíso y sin ocultarse de los ojos curiosos. Kersey supuso que aquella falta de precaución se debía a que allí la presencia de la guardia era mínima, incluso en aquellos momentos previos a las revueltas populares del 4 de febrero instigadas por él mismo o, mejor dicho, por su yo del pasado, y era improbable que alguien la reconociera. También podía deberse a que, simplemente, Niara tenía mucha prisa.

Se adentraron más de un kilómetro en las entrañas de aquella ciudad dentro de la ciudad antes de que Niara se desviase por una bocacalle y se perdiese de vista entre los metales retorcidos de lo

que parecía un muladar donde todos los vecinos del barrio hubieran acumulado sus enseres viejos. Kersey se acercó en silencio al muro de desechos que se elevaba varios metros sobre el nivel del suelo y encontró el hueco por el que Niara había desaparecido, una especie de gruta de entrada a aquel museo de los residuos. Estaba cada vez más intrigado por el extraño papel que estaba interpretando su amiga en aquella historia.

Se asomó con cautela. En la penumbra del interior, además del característico olor a moho y a descomposición de todos los vertederos, pudo distinguir varios estrechos pasillos trazados con la precisión de un beodo entre hileras de anaqueles atiborrados de basura. Sin duda, Niara había continuado su carrera por uno de aquellos pasillos, pero no pudo distinguir su silueta en ninguno de ellos, de modo que aguzó el oído. Al principio no oyó nada más que la conversación airada de los gorriones que se preparaban para afrontar una nueva jornada de duro trabajo; unos segundos después, le llegó el sonido de una voz susurrando con el inconfundible timbre de las confidencias. Se arriesgó a perderse en el laberinto de desechos y trató de seguir la voz hasta su origen. Muy pronto estuvo seguro de que se trataba de Niara. Estaba conversando con alguien, aunque no lograba oír a su interlocutor. Por el tono, se la notaba cansada y exasperada, una mezcla de estados de ánimo muy habitual en ella.

Cuando llegó lo bastante cerca como para distinguir las palabras, se quedó muy quieto. Le pareció que Niara y su misterioso acompañante estaban justo al otro lado de la estantería atiborrada de trastos que quedaba a su izquierda.

—¡… no puedo esperar más! —estaba diciendo Niara.

Hubo una pausa durante la cual su interlocutor debió de contestar algo que Kersey no alcanzó a oír.

—Eso implica conectar la máquina mañana por la mañana, suponiendo que no haya vigilancia en el generador —dijo Niara—. Podríamos detener la matanza del Oldtown, pero no lo que va a suceder hoy en Lecaun y en Acheron. ¿No lo entiende? No puedo permitir que ocurra otra vez.

Otra pausa. El corazón de Kersey latía con fuerza. Niara estaba tratando de salvarlos a todos de algún modo que no había compartido con nadie, o al menos no había compartido con él, antes

de viajar al futuro. Se había hecho con algún tipo de máquina para lograrlo y, a juzgar por su tono de voz, no le iba demasiado bien. No resultaba sorprendente: a su amiga siempre le había faltado sangre fría para aceptar que algunos sacrificios eran necesarios. Además, ¿qué clase de máquina podría obrar semejante milagro?

—No, no he dormido ni comido nada. Ya lo haré más tarde —dijo Niara, de pronto más animada—. Usted busque a alguien de fiar que pueda arreglar la soldadura. Si me marcho ahora mismo a Lecaun, llegaré a tiempo para evacuar la ciudad. —Pausa—. Présteme uno de esos comunicadores para que pueda ponerme en contacto con usted; tal vez necesite su ayuda. —Otra pausa—. No, no, déjelo. Sé dónde encontrar un transporte. ¡Deséeme suerte!

Hubo un ruido de pasos apresurados y Kersey comprendió con un sobresalto que Niara acababa de salir disparada y que podía sorprenderlo espiando su conversación. No resultaría fácil explicarle a su amiga su presencia allí. Se agachó junto a la estantería, confiando en pasar inadvertido entre tanto cachivache. Los pasos de Niara se perdieron en la distancia hasta desaparecer. Con precaución, se incorporó y se dispuso a encontrar la salida. No había dejado un rastro de migas de pan ni nada parecido para desandar el camino, pero después de un par de minutos encontró un punto luminoso entre las montañas de trastos y supuso que aquella era la abertura que conducía a la calle.

En ningún momento se fijó en los dos ojillos que lo miraban desde el fondo de dos pozos de arrugas. Oculto entre las sombras al final de uno de los pasillos, el viejo observó, sin mover ni un músculo, cómo Kersey salía a la calle. Luego, arrastrando los pies con parsimonia, regresó a su lugar habitual sobre los cojines con una sonrisa enigmática dibujada en el rostro.

116

Niara no recordaba haber corrido tanto tiempo seguido en toda su vida, pero no era el momento de lamentarse por ello. Hacía rato que había amanecido. Su reloj marcaba las seis y media de la mañana. Sabía que alrededor de las ocho horas del 4 de febrero, obedeciendo órdenes de Kersey, una compañía completa del Cuerpo de Guardia Colonial al mando del teniente Gorman, aquel perturbado recién ascendido, partiría con destino a Acheron con la intención de arrasar el poblado —o el «asentamiento ilegal», como eufemísticamente lo llamaban—, detener a todos sus habitantes y neutralizar a cualquiera que se resistiera. Una compañía entera desplazándose por el bosque con artillería pesada tardaría un rato en llegar a Acheron, tal vez tres o cuatro horas.

Lo más urgente era, por lo tanto, Lecaun. La otra compañía, la que dirigiría Cornelia Affrika, partiría hacia allá más o menos al mismo tiempo con el propósito, en teoría, de capturar a la fugitiva Niara Queen, que supuestamente se había refugiado allí, aunque en la práctica la intención de Kersey era hacer desaparecer también aquel lugar del mapa y deportar a todos sus habitantes, a los que apenas consideraba humanos, o acabar con ellos si se resistían. Aunque Lecaun estaba más lejos de Elcano que Acheron, la compañía de Affrika se desplazaría en aerodeslizadores militares, por lo que llegarían mucho antes a su destino.

No importaba si sus hogares terminaban arrasados: las chozas podían volver a levantarse. Aún había tiempo de evitar la muerte de los aldeanos. Había pasado seis semanas temiendo enfrentarse a este momento, imaginando las innumerables formas de evitar que ocurriera precisamente lo que estaba a punto de ocurrir, y ahora casi podía oír el

tic-tac

del reloj desgranando ominosamente la cuenta atrás, apurando los minutos antes de que comenzase el último acto de una obra de teatro que conocía demasiado bien.

Apartó esos pensamientos de su cabeza y se centró en el aquí y el ahora. Tenía que llegar a Lecaun antes que la compañía de

Affrika y convencer a Alberth de que evacuara la aldea. Fin de la historia. Esa era una tarea específica a la que sí podía enfrentarse. Y, para lograrlo, necesitaba un aerodeslizador.

Mejor dicho, necesitaba *robar* un aerodeslizador.

Nunca había pilotado uno de esos trastos, aunque lo había visto hacer muchas veces, la última de ellas el día anterior. Se había fijado bien en los gestos del piloto. Casi todo parecía estar automatizado, así que estaba razonablemente segura de poder conseguirlo. También estaba razonablemente segura de dónde encontrar uno de aquellos artilugios.

El edificio del Consejo Colonial era uno de los más antiguos de Elcano y, en consecuencia, de los peor protegidos. Podía parecer un disparate, y probablemente lo era, pero durante años no pareció haber muchos peligros inminentes acechando al Consejo, por lo que los exiguos mecanismos de seguridad que se habían implantado en los primeros tiempos, cuando la colonia contaba con un par de cientos de habitantes, eran los mismos con los que seguía contando ahora, es decir, un par de guardianes aburridos y una red de bots de vigilancia prehistóricos. Niara contaba con que, tras la inminente movilización masiva de la guardia y las revueltas que estaban a punto de estallar en la zona industrial —todo cuidadosamente planificado por Kersey con el fin de pescar en río revuelto—, los soldados de guardia fueran un par de reclutas imberbes a los que fuera fácil engañar para colarse en el edificio.

Y en el patio central delimitado por las cuatro cúpulas le esperaba el aerodeslizador del Consejo, el que Susan Onawa había utilizado a menudo cuando era presidenta y en el que ella misma se había subido en más de una ocasión. Era un modelo obsoleto y muy poco glamuroso, pero seguía cumpliendo su función, que era elevarse en el aire y transportar a sus pasajeros hasta su destino. Con eso le bastaba.

Así que allí estaba, corriendo otra vez de regreso al Oldtown, haciendo breves descansos de vez en cuando para recuperar el aliento, cuando un vozarrón la sorprendió a su espalda.

—¿Doctora?

Se volvió sobresaltada. Nadie debía sospechar que estaba allí. Sin embargo, no pudo reprimir una sonrisa al ver el rostro jovial y algo bobalicón de Caspar, el enorme conserje diurno del Instituto de

Investigación con el que se había corrido tantas juergas.

—¡Por todos los quasars! ¿Qué te ha pasado, doctora? —dijo el hombretón.

Niara se señaló al labio superior.

—¿Te refieres a esto? Un recuerdo de Caramojama.

Caspar se acercó más y contempló la contusión con gesto experto. Luego, sin venir a cuento, rompió a reír con estruendo.

—¿Ese alfeñique te ha hecho eso?

Niara se encogió de hombros.

—Él salió mucho peor parado.

—¡Ja, ja! De eso no me cabe duda, doctora. ¿Qué haces por mi barrio? Tienes un aspecto horrible, y no solo porque parezca que hayas dormido con la cara apoyada en un cepo para osos. ¿Qué le ha pasado a tu ropa? ¿Y a tu pelo?

—¿Parece que hubiera envejecido trece años desde que me viste por última vez?

Caspar volvió a reír.

—¡Pues sí, que me aspen! Año arriba, año abajo.

—He pasado una mala noche.

Caspar le dio un palmetazo en la espalda que casi le desencajó los omóplatos. Había olvidado lo efusivas que resultaban las demostraciones de afecto del conserje.

—Eres la monda, doctora, pero no has contestado a mi pregunta —dijo el grandullón cuando el ataque de risa remitió.

—¿Me has hecho una pregunta?

—¿Qué haces por mi barrio?

—Es una larga historia. ¿Tienes alguna otra pregunta?

—¿Vas hacia el Oldtown? Si es así, te llevo. Justo ahora me dirigía al Instituto. Mi turno empieza en treinta minutos.

Solo entonces Niara se fijó en que Caspar iba vestido con su uniforme de vigilante.

—Si me dices que tienes por aquí un *pod* privado voy a darte un beso en los morros —dijo.

—¡Mejor deja esos morros en reposo hasta que se deshinchen, doctora! El *pod* no es exactamente privado, aunque sí, tengo uno, y también una fiambrera para el almuerzo llena de comida grasienta. Venga, puedes picar algo mientras llegamos, que tienes aspecto de estar a punto de comerte la hebilla del cinturón.

Siguió a Caspar hasta un almacén destartalado. El conserje accionó a distancia el motor de elevación de una persiana metálica. Al otro lado, entre estantes polvorientos y restos de maquinaria, descansaba la inconfundible esfera transparente de un flamante *pod* biplaza.

—Creí que ningún *pod* público podía circular por Ciudad Paraíso —dijo Niara mientras se acomodaba en uno de los asientos.

—¿Quién ha dicho que este *pod* es público? No es exactamente privado, que no es lo mismo. Cesión especial de la presidenta Onawa, doctora. —Caspar mostró su mejor sonrisa, aunque enseguida la borró de su cara y carraspeó—. Bueno, expresidenta, ya me entiendes. Era parte de uno de sus programas de integración. «Transporte rápido y seguro para los trabajadores gubernamentales residentes en Ciudad Paraíso que tengan que desplazarse a otros barrios de la ciudad». Mantenerlo aquí guardado es la única forma de que no acabe desguazado. Es un modelo antiguo, claro, pero yo mismo lo mantengo como el primer día. Justo la semana pasada le cambié el estabilizador. Ya verás qué suave va.

Caspar puso en marcha el vehículo, que comenzó a rodar sobre sí mismo sin que en el interior se notase la más mínima vibración. Aquella sensación casi olvidada de flotar a un metro del suelo hizo que Niara sintiese un principio de vértigo. Decidió calmar sus nervios probando alguno de los manjares que Caspar guardaba en su fiambrera.

—Cuidado, no te atragantes —rio el conserje—. ¿Dónde te dejo?

—¿No vas al Insituto? Déjame allí mismo —respondió Niara con la boca llena.

—¿En serio? ¿Después de que ayer te despidieran? ¿La directora y tú por fin os vais a saltar los dientes a puñetazos?

—No seas bruto. Hsiao es demasiado educada para eso. Además, no tengo ninguna posibilidad contra ella. Tiene cables de acero en lugar de tendones.

¿Qué otra cosa podía haberle dicho? ¿Que en realidad pensaba cruzar la calle hasta el edificio del Consejo y aprovechar que gran parte del Cuerpo de Guardia estaba fuera de la ciudad para robar el aerodeslizador de la expresidenta? Conociendo a Caspar, seguro que trataba de impedírselo, y ya tenía suficientes problemas.

—Hablando de gente temible —dijo el vigilante, que era incapaz

de permanecer en silencio más de treinta segundos—, ¿sabes a quién he visto esta mañana en Ciudad Paraíso?

La miró con complicidad, como si estuviera compartiendo con ella un secreto de estado.

—¿A la presidenta Sikorski borracha y en bolas?

—Caliente, caliente. —Caspar bajó la voz y adoptó un tono de confidencia—. Al mismísimo Paulo Kersey.

Un calambrazo recorrió las tripas de Niara al oír ese nombre. ¿Paulo Kersey en Ciudad Paraíso? ¿La misma mañana en la que iba a desatar el caos en Elcano? Eso no tenía ningún sentido.

—Imposible —dijo—. Lo habrás confundido con otra persona.

—Te digo que era él —insistió el conserje—. Lo he visto pasar a dos metros de distancia. Apenas había amanecido e iba con prisa y vestido con ropa oscura, pero era él, estoy seguro. Reconocería la jeta de ese chacal en cualquier parte.

Niara se puso el dedo índice en los labios.

—Chssst, no seas bocazas. Puede haber micrófonos en cualquier parte.

Caspar miró alrededor de la cabina con el ceño fruncido. Se había ruborizado, sin duda pensarlo en la enorme variedad de ruidos vergonzantes que había emitido dentro de aquel *pod*.

—¿Tú crees?

—Nunca se sabe. En cualquier caso, Paulo Kersey no podía estar esta mañana en Ciudad Paraíso. A ver, ¿dónde lo has visto?

—Muy cerca de la calle treinta y tres. Fui a ver a mi cuñado, que está enfermo y me tenía que dar una pieza para… Eh, ¿te encuentras bien?

A Niara se le había caído al suelo un trozo de sandwich de mantequilla sintética y había comenzado a sudar repentinamente. La casa de Koreander estaba en la calle treinta y tres. Ella había estado esa madrugada en la mansión de Paulo Kersey. ¿Era posible que…? No, seguía sin tener sentido. Kersey no la seguiría en persona. En todo caso, habría enviado a alguno de sus perros de presa. Y, si así era, ¿por qué no la habían detenido ya, confundiéndola con la Niara Queen de hacía trece años?

—¿Te encuentras bien, doctora? —repitió Caspar, preocupado—. Parece que hayas visto un fantasma.

—Estoy bien. Es que tu almuerzo es un poco fuerte para mí.

—Vamos, doctora, que sacaron un bocadillo de queso de tu despacho al que solo le faltaba caminar solo.

—Me estoy haciendo vieja.

—¡Eso se cura con una jarra de cerveza! —rio Caspar mientras se daba un palmetazo en el muslo, lo que resumía bastante bien su sencilla filosofía de vida—. Mira, ya hemos llegado.

Descendieron una rampa que los condujo al semisótano del Insituto de Investigación, donde había otros cuatro *pods* aparcados en una pulcra hilera. Caspar colocó el suyo a continuación y se apearon del vehículo.

—Bueno, doctora, ¿te dejarás caer esta noche por el Bear? Hace tiempo que no se te ve por allí.

Niara lo miró y, de nuevo, echó de menos su vida de hacía más de una década. Era curioso como la nostalgia lo hacía parecer todo mucho mejor de lo que había sido en realidad. *En lo que concierne al pasado, todos amañamos la baraja*. Miró al rollizo conserje a esos ojos que no escondían ni pizca de malicia y pensó que, si no era capaz de impedirlo, en veinticuatro horas aquel hombre formaría parte de la turba que trataría de asaltar el Oldtown y que sería masacrada sin piedad por el Cuerpo de Guardia. Ni siquiera sabía si Caspar había sobrevivido a la matanza. En la iteración anterior, se había marchado de Kepler antes de averiguarlo.

Sin pensar mucho en lo que hacía, se abalanzó sobre el conserje y lo rodeó con los brazos. Caspar, después de la sorpresa inicial, le devolvió el gesto con cierta torpeza.

—Eh, doctora, ¿estás segura de que te encuentras bien?

Ella trató de hablar a través del nudo de su garganta.

—Cuídate mucho, grandullón. Y gracias por todo. Ahora tengo que…

Una voz familiar interrumpió la despedida.

—Caspar, menos mal que has…. —Hsiao Matsu hizo una pausa cuando Niara asomó por detrás del corpachón del conserje—: ¿Qué narices haces aquí otra vez?

117

Paulo Kersey regresó a su escondrijo en la mansión utilizando para ello el hueco de detrás del gran manzano, donde la vegetación ocultaba un fragmento inacabado del muro perimetral. Ya no lo soliviantaban aquellas chapuzas de los contratistas: tenía cosas más importantes en las que pensar.

Se coló en el sótano por el tragaluz suelto que había en la fachada sur —otra chapuza que ahora agradecía—, pasó por la alacena para echarse algo al estómago y se aseó apresuradamente. No quería que el olor corporal lo delatase cuando se asomara a la habitación de Trisha.

Mientras se cambiaba de ropa, repasó mentalmente, una vez más, los sucesos que aún estaban por venir. Recordaba aquellos dos días a la perfección. Aquella misma mañana, los agitadores que tenía a sueldo en el distrito industrial provocarían los amotinamientos. Su yo del pasado llevaba meses cocinando a fuego lento el caldo de cultivo adecuado para ello: la epidemia de adición al xerum, el empeoramiento generalizado de las condiciones laborales, la campaña de desprestigio de la clase política… Con todo el sector industrial de Elcano en huelga, el Consejo no tendría más remedio que declarar el estado de excepción para asegurar los suministros básicos y ceder temporalmente el control de la colonia. Pero la Guardia estaría aquella mañana lejos de la ciudad, en Acheron y Lecaun, y el pequeño contingente que quedaba en Elcano no sería suficiente para reprimir las revueltas.

La AON restransmitiría la escalada de violencia en directo y sin escatimar en detalles escabrosos. Así, antes de veinticuatro horas, la ciudad entera, conteniendo el aliento, aplaudiría la llegada de un líder capaz de hacer frente a la situación, y ese líder no sería otro que él mismo —o su yo del pasado, nuevamente—. Nadie pondría reparos a su nombramiento como presidente provisional del Consejo con plenos poderes emanados del estado de excepción, ni siquiera la Compañía que, en todo caso, tendría que aceptar la política de hechos consumados a menos que quisera ver peligrar el suministro de grafeno. Para cuando los pocos opositores que aún

quedaran quisiesen reaccionar, estarían en una nave espacial rumbo a la Tierra o habrían superado con éxito una de las campañas de reeducación que tenía planeadas poner en marcha de manera inmediata.

Su plan era cruel. Eso siempre lo había sabido, pero lo consideraba el precio que había que pagar para fundar una sociedad nueva que se aproximase razonablemente a las utopías de los sabios de la antigüedad que tanto lo habían fascinado en su juventud. Una sociedad limpia y perfecta, carente de las lacras de la corrupción, la violencia y los comportamientos egoístas, donde cada hombre y mujer ocupara el puesto para el que hubiera sido concebido y educado.

Sus planes —los planes del Kersey del pasado— se torcerían definitivamente debido a Niara Queen. Cuando se trataba de personas, siempre quedaban cabos sueltos imposibles de atar, reacciones imprevisibles, conductas inesperadas, que acababan por comprometer cualquier estrategia a medio y largo plazo. En esta ocasión se trataría de la doctora, pero no porque hubiera algo diferente en ella, sino porque él —su yo del pasado— había decidido utilizarla como chivo expiatorio para justificar ante la Compañía la limpieza de Acheron y Lecaun. No contó con la tozudez ni la inexplicable capacidad de supervivencia de aquella mujer.

Niara Queen —la Niara del pasado— había escapado de Lecaun el día anterior, pasaría dos noches en el bosque y regresaría a Elcano mañana por la mañana, a tiempo para emitir por todos los canales de la AON una grabación con cámara oculta en la que se demostraba que él, Paulo Kersey, había organizado las revueltas, llevaba meses traficando con xerum e, indirectamente, había provocado la muerte de la presidenta Susan Onawa. Las dos primeras acusaciones eran ciertas, pero la última no: Onawa había fallecido por causas naturales, aunque nadie lo creería después de ver aquella grabación.

Aquello soliviantaría a los colonos más humildes, sobre todo a los residentes en Ciudad Paraíso, de un modo que Kersey nunca fue capaz de prever, hasta el punto de empujarlos a un enfrentamiento abierto con la Guardia Colonial. Así se gestaría la masacre del Oldtown.

En la mañana del 5 de febrero morirían en aquellas calles cientos de colonos y casi un millar de soldados. Aun no comprendía cómo se había podido llegar a una relación tan desequilibrada de pérdidas, a pesar de que Niara le había tratado de explicar lo de esa niña del bosque y su supuesta capacidad para manipular la materia con el pensamiento. Estaba convencido de que Niara había creído ver, en esos momentos de confusión, cosas que no habían sucedido, lo que dejaba sin explicar el hecho de que un puñado de gente armada con palos y piedras había diezmado a un ejército profesional bien pertrechado.

Lo más importante de todo lo que iba a ocurrir en las próximas horas no era eso, sino que su propia hija, Trisha Kersey, moriría junto con otros cientos de colonos. Eso, desde luego, tampoco figuraba en ninguno de sus planes. Si solo hubiera llegado a pensar que podía existir ese riesgo, jamás hubiera seguido adelante. ¿Pero quién podía imaginar lo inimaginable? ¿Quién iba a esperar del destino semejante cadena de acontecimientos? Si algo había aprendido de todo aquello era que el infierno aguardaba agazapado a la vuelta de cada esquina.

Trisha se había escapado de casa aquella mañana. Cierto que la había pillado haciendo eso mismo en el pasado, cuando era más pequeña, en muchos de los lugares donde habían vivido. Sin embargo, había madurado y comprendía los peligros que acechaban afuera, más aún en una colonia extrasolar. Tenía en la mansión todo lo que cualquier niño podía desear, o eso pensaba Kersey. A pesar de ello, la mañana del 5 de febrero, cuando vio a los soldados partir en formación hacia el Oldtown, Trisha no pudo contener su curiosidad.

Y más tarde, de algún modo, estaba allí, en mitad de la batalla. Y cuando él ordenó abrir fuego…

Todavía le temblaban las piernas al pensar en ello. Los soldados dudaron. Lo recordaba a la perfección. Les estaban ordenando disparar contra gente desarmada. Hombres, mujeres, niños, ancianos. Niara, la Niara del pasado, intentó impedírselo, le gritó y le insultó, le preguntó qué clase de hombre era. Pero él estaba cegado por su visión del futuro y repitió la orden de disparar.

Él era el causante de todo, él era la razón primera y última por la que Trisha había muerto, y había tenido que cargar con ello

todos estos años. Y ahora tenía la oportunidad de remediarlo.

Sabía exactamente cómo hacerlo. No se trataba de impedir la difusión del vídeo incriminatorio —podían existir otras copias circulando clandestinamente—, ni de silenciar a la Niara Queen del pasado. Su único propósito allí era procurar un futuro para su hija, y lo haría del único modo posible: eliminando de la ecuación el elemento causante de todo.

Porque la idea de Paulo Kersey era muy simple: si los acontecimientos seguían el curso de siempre, se plantaría delante del Kersey más joven y… Bueno, y haría lo que tenía que hacer para detenerlo.

118

—¿No has tenido bastante con destrozarnos el generador? —preguntó Hsiao Matsu con los brazos en jarras—. ¿Qué otra equipación carísima quieres romper ahora?

Niara miró a Matsu y luego a Caspar, como si el conserje pudiera protegerla de la ira de la directora.

—¿Has destrozado el generador? —preguntó el hombretón con una mezcla de incredulidad y orgullo.

—A lo mejor lo he abollado un poquito. Pero escucha, Hsiao, lo que me traigo entre manos es más importante que todo eso. Necesito… Un momento. ¿Qué te ha pasado?

Se acababa de percatar de que la directora del Instituto estaba pálida y ojerosa, y que sus ojos hinchados delataban que o bien llevaba varios días sin dormir —algo perfectamente plausible— o bien había estado llorando. Hizo un esfuerzo por imaginarse a la directora llorando y estuvo a punto de sufrir una apoplejía.

Hsiao Matsu se volvió de espaldas para ocultar su rostro y, aún con los puños en la cintura, comenzó a hablar a la pared del aparcamiento.

—Hace unos minutos me lo ha confirmado Schmitz, el secretario del Consejo.

—¿Qué te ha confirmado? —se atrevió a preguntar Niara.

—El cierre cautelar del Instituto es inminente. El Consejo lo decidirá en su reunión de mañana. Al menos siete de esos nueve títeres votarán a favor. Según parece, somos una institución obsoleta que solo consume recursos sin producir beneficios a cambio.

—La Compañía no lo permitirá —dijo Niara.

La directora se encaró con ella y apretó los dientes, como si Niara fuera la culpable de todo lo que estaba sucediendo.

—La Compañía está a seiscientos años luz de distancia. Cuando intenten reaccionar, esta gentuza se habrá apropiado de la colonia y de la producción de grafeno. Fingirán que negocian una vuelta a la normalidad pero en el fondo les importa un bledo quién gobierne la colonia o cómo lo haga, siempre que el grafeno siga llegándoles al

mismo ritmo y al mismo precio. Lo sabes tan bien como yo.

Desde luego, Niara lo sabía. Kepler estaba en manos de Paulo Kersey y sus alegres secuaces y la Compañía no podía, y seguramente no quería, hacer nada para evitarlo. A pesar de ello, se le hacía muy duro ver a la rocosa directora del Instituto asumir la derrota de aquella manera.

—Hace meses que se oyen rumores, aunque no creí que fueran a intentarlo tan pronto… —siguió diciendo Matsu, como si hablara para sí misma—. Llevamos treinta días sin recibir nuevos suministros, y no han pagado ningún salario en dos semanas.

—Tres —apuntó Caspar tímidamente.

La directora lo miró como si se acabase de dar cuenta de que el conserje seguía allí. Una idea debió de germinar en su cabeza, porque de pronto se mostró más animada.

—Tú conoces a mucha gente en Ciudad Paraíso, ¿verdad? Gente que conoce a otra gente que pueden oír cosas.

Caspar sonrió con orgullo.

—Yo conozco a todo el mundo, directora.

—¿Por qué no haces algunas llamadas y tratas de averiguar qué planes nos tienen reservados? ¿Podrías hacer eso por mí?

—Desde luego, señora.

Se quedaron un momento en silencio, mirándose el uno al otro.

—¿Se puede saber a qué esperas?

—¡Sí, señora!

Caspar salió disparado, y un poco aturullado, hacia la rampa de acceso al edificio y las dos mujeres se quedaron solas en el aparcamiento. La directora pareció meditar un momento antes de preguntar:

—¿Y bien? No apareces por aquí nunca y de pronto me topo contigo dos veces seguidas. ¿A qué se debe este honor?

Niara se acercó a ella y le puso la mano en el hombro. Fue un gesto totalmente impremeditado que le surgió de forma natural. Tal vez aún se sentía sobrecogida por haber comprobado que Matsu tenía un corazoncito dentro del pecho o tal vez, simplemente, se debía a que no había dormido en toda la noche y el desayuno de Caspar le estaba encogiendo el estómago. El caso es que la directora no solo no se zafó, sino que incluso pareció agradecer el contacto.

—Hay una última posibilidad para sacar a esos cabrones del

Consejo —dijo.

119

El aerodeslizador descendió sobre la escombrera de la calle treinta y siete levantando una polvareda de desechos. Matsu se quedó a los mandos con el motor encendido. No estaba dispuesta a dejar sin vigilancia el único vehículo aéreo del Instituto en aquel lugar plagado de bandas que no dudarían en desguazarlo para hacerse con las piezas.

Se trataba de un modelo antiguo y diminuto, aún más que el del Consejo, pero plenamente funcional. El Instituto disponía de él desde los primeros tiempos de la colonia, con el objeto de poder efectuar desplazamientos para la recogida de muestras. Cuando se constató que el bosque estaba plagado de criaturas potencialmente letales, el Consejo prohibió abandonar el perímetro de la ciudad sin autorización previa y el aerodeslizador civil del Instituto cayó en el olvido. Por eso Niara ni siquiera conocía su existencia.

Matsu, en cambio, parecía encantada de poder pilotarlo, o a lo mejor se trataba simplemente de que así recuperaba la sensación de estar haciendo algo, lo que fuera, en lugar de permanecer sentada en el despacho esperando la llegada de la comunicación oficial de clausura de las instalaciones.

Cinco minutos más tarde, Niara regresó a través de la cortina de lluvia cargada con una vieja mochila. Cuando subió a la cabina y se quitó el impermeable andrajoso que Caspar le había prestado, el olor a sudor y a grasa industrial se extendió como una mancha de tinta en un vaso de agua.

—¿No has podido asearte un poco? —preguntó Matsu arrugando la nariz.

—Vaya, lamento ofender a tu delicada pituitaria. No hay tiempo para eso. Tenemos que llegar a Lecaun antes que ellos.

—¿Antes que quién?

—Te lo contaré por el camino. ¡Vamos, arranca!

Matsu accionó los mandos y el vehículo se elevó en el aire con una sacudida. Niara se agarró a los reposabrazos de su asiento.

—Perdón —dijo la directora—. Estoy un poco oxidada. ¿Qué llevas en esa mochila?

—Psé. Un botellín de agua, lubricante industrial, una caja de cerillas… y una máquina.

—¿La misma que quisiste conectar a nuestro generador?

—Ajá.

—Supongo que no funcionó.

—No, pero ahora está arreglada. En cuanto evacuemos Lecaun, volveré aquí y la conectaré al generador principal de la ciudad.

Matsu la miró con un gesto de sorpresa casi cómico.

—¿El generador de fusión? Estás más loca de lo que creía si piensas que vas a poder entrar ahí.

—Ya lo hice una vez.

—Sí, con Susan Onawa. He oído esa historia. Lamento decepcionarte, pero en esta ocasión la presidenta del Consejo no va a estar dispuesta a abrirte la puerta.

—Ya encontraré la manera.

Las cúpulas de la ciudad se perdieron entre las nubes mientras el aparato ascendía. Matsu maniobró con cierta torpeza y, con otra sacudida, el aerodeslizador se lanzó disparado hacia delante.

—Es imposible —gruñó—. Nadie puede entrar en la sala del generador, pero se me ocurre que…

Niara la miró. Odiaba que la gente dejase las frases a medias.

—¿Se te ocurre qué?

—¿Cuánta potencia dijiste que necesitabas?

—1,3 gigavatios como mínimo, sostenidos durante unos segundos.

—En Lecaun tienen un generador de fusión fría.

Niara casi saltó de su asiento.

—¿Que tienen qué?

—Lo trajeron expresamente de la Tierra hace nueve o diez años por insistencia de Susan Onawa. No tengo ni idea de qué hicieron con él ni para qué lo querían esos pueblerinos, pero supongo que debe seguir allí, en alguna parte.

Niara trató de recordar sus semanas de vida en Lecaun hacía… ¿Cuánto hacía? Un montón de años, eso seguro. Fueron tiempos convulsos, por los cambios que se estaban produciendo en la aldea y porque su relación con Alberth era cualquier cosa menos apacible. ¿Instalaron un generador de fusión en el poblado en aquellos tiempos? Imposible. Recordaría algo así, aunque hubiera pasado

tanto tiempo. Tal vez Susan lo hizo instalar un poco después, cuando ella ya había regresado a Elcano y había empezado a pasar más tiempo en el Bear que en el Instituto.

En cualquier caso, si se trataba de un generador de fusión y seguía en buen estado, sería capaz de proporcionar con holgura la potencia que necesitaba, incluso aunque fuera un generador portátil de clase A. Esos chismes eran carísimos aunque muy resistentes. Y duraderos. La opción perfecta para llevar energía limpia y casi ilimitada a Lecaun. Encajaba a la perfección con las intenciones civilizadoras de Susan Onawa.

Se sintió más animada. Parecía que todo se encarrilaba: aún podía evitar la masacre de Lecaun y tenía una oportunidad para poner en marcha la máquina antes de que los soldados llegasen a Acheron y de que las revueltas de Elcano se cobraran sus víctimas.

Se frotó las manos con energía renovada y casi se permitió relajarse unos segundos.

Fue entonces cuando estuvieron a punto de ser arrollados por otro aerodeslizador que surgió de la nada y pasó sobre ellas a tan poca distancia que a Niara le extrañó no haber notado la ráfaga de viento sobre su cabeza. Se trataba de un vehículo enorme, del tamaño de un transporte terrestre. Enseguida desapareció entre las nubes. Un instante antes de hacerlo, la enseña de la Guardia Colonial refulgió en la parte trasera como un gesto de burla.

Niara sintió su estómago desfondarse cuando comprendió lo que aquello significaba: la compañía de Cornelia Affrika iba rumbo a Lecaun y llegaría antes que ellas.

120

—¿No puedes ir más deprisa?

—Este cacharro es solo un viejo modelo civil. Hago lo que puedo.

—¡Pues no es suficiente!

—Quizá quieras sentarte tú aquí y pilotar.

—Seguro que no lo haría como mi abuela.

—Por supuesto, la insigne doctora no desaprovecha ninguna ocasión para darnos lecciones a los demás sobre cómo hacer las cosas mientras ella es incapaz de…

Matsu se detuvo en mitad de la frase. La discusión había ido subiendo de intensidad y las dos estaban ahora gritándose en el diminuto habitáculo del vehículo biplaza.

—¿Qué? ¿Qué ibas a decir? ¿Que soy incapaz de qué?

—Olvídalo.

—No, vamos, suéltalo. ¿Soy incapaz de qué?

—¡Eres incapaz de madurar! Te comportas como una niña egoísta que prefiere quejarse de que nadie la comprende y de lo injusto que es el mundo pero no mueve un dedo para cambiarlo.

Había tanto rencor en las palabras de Matsu que Niara se quedó helada. Tal vez aquello fuera cierto para la vieja Niara Queen. Cómo podía explicarle a Hsiao Matsu que había invertido trece años tratando de expiar esa culpa, la culpa de no haber hecho nada cuando podía haberlo intentado, la culpa de haberse escondido en un limbo de desinterés inducido, la culpa por haber dejado morir a toda aquella gente sin preocuparse más que de revolcarse en el lodazal de la autocompasión.

Y, sin embargo, su antigua colega del Instituto estaba allí, pilotando el aerodeslizador para llevarla hasta Lecaun, ayudándola contra todo pronóstico por segunda vez en pocas horas, jugándose el pellejo para echarle una mano a pesar de considerarla un caso perdido y de no haber recibido nunca a cambio una muestra de gratitud.

Niara asintió en silencio, y estaba a punto de pronunciar las palabras de agradecimiento que siempre se había guardado dentro

cuando el aire estalló a su alrededor y el aerodeslizador se convirtió en una bola de fuego.

121

No comprendió lo que sucedía hasta que vio a Hsiao Matsu tratando de dominar la aeronave, o lo que quedaba de ella, con el rostro tiznado por el hollín y todos los músculos en tensión. La explosión había dejado a Niara aturdida y medio sorda, pero aun así pudo escuchar con nitidez el ulular del viento que entraba a borbotones por las ventanas hechas trizas.

—¡Sujétate! —aulló Matsu—. ¡Nos vamos a estrellar!

Niara sintió en las tripas cómo el vehículo caía casi en picado antes de ver las copas de los árboles acercarse a toda velocidad a través de los restos de la ventanilla. Matsu tiró de los controles desesperadamente, tratando de enderezar el aparato. Ya no se oía el zumbido del motor. En el último momento, los impulsores dieron una sacudida y el aerodeslizador recuperó apenas la horizontalidad antes de empotrarse contra los árboles a más de doscientos kilómetros por hora.

Los siguientes fueron segundos, o quizá minutos, de terrible confusión. Las ramas golpearon el vehículo por todos los costados con la violencia de látigos incandescentes. El aerodeslizador se sacudió entre chasquidos. Niara salió despedida contra el techo, o tal vez fue contra la puerta lateral, zarandeada como una mota de polvo en el depósito de una aspiradora.

Tardaron en detenerse lo que pareció una eternidad y, cuando por fin se hizo el silencio, Niara no podía creer que siguiera viva. Respiró agitadamente varias veces solo para asegurarse de que podía hacerlo. Luego empujó con el pie lo que quedaba de la portezuela lateral y salió del vehículo tropezando y a punto de vomitar. Se palpó el cuerpo con torpeza, en busca de heridas profundas o fracturas abiertas, pero, a parte de unos cuantos cortes y contusiones y de tener la ropa llena de hollín y rasgada en varios lugares, todo parecía en orden.

Entonces trató de localizar con la mirada a Hsiao Matsu y no alcanzó a verla. De hecho, ni siquiera alcanzó a ver el asiento del piloto, porque la cabina estaba aplastada por el lado izquierdo y faltaba buena parte del fuselaje. Trozos de metal humeante

trazaban un reguero de destrucción que se perdía entre los árboles.

—¡Hsiao! ¡Hsiao! —llamó con todas sus fuerzas. No obtuvo respuesta.

Siguió el rastro de piezas como en el interior de una pesadilla. El suelo retumbaba bajo sus pies y, a lo lejos, se oían nuevas explosiones. La Guardia estaba atacando Lecaun y no debían de encontrarse lejos del poblado. Un aerodeslizador militar surcó el cielo muy cerca de las copas de los árboles, sin duda inspeccionando los restos del accidente. Niara se ocultó bajo unos arbustos de enebro. Aquellos cabrones debían de ser los que las habían derribado. Tenían órdenes de disparar contra cualquiera que se resistiese o intentase escapar: Kersey había dado carta blanca a los soldados para que dieran rienda suelta a sus instintos más crueles.

Cuando el aerodesliador se alejó, salió de su escondrijo. Tenía que encontrar a Hsiao, y luego las dos juntas se plantarían en Lecaun y detendrían todo aquel sinsentido. No sabía cómo, pero lo harían. Ellas eran la voz de la razón frente a la locura. Tenía que haber algún modo. No era posible que hubieran llegado hasta allí para que todo volviese a frustrarse en el último momento.

Encontró a Hsiao Matsu boca arriba, enredada entre unos matorrales. La parte lógica de su cerebro le dijo que estaba, más allá de cualquier posibilidad de duda, muerta. Su boca rezumaba una sustancia granate como una fruta demasiado madura y la sangre dibujaba formas caprichosas entre la hojarasca. Una rama del tamaño de un brazo humano le atravesaba el abdomen y asomaba por su vientre enredada entre serpientes purpúreas. Por lo demás, parecía que estuviera tumbada plácidamente, disfrutando de un día de campo, mirando al cielo nublado con curiosidad científica.

A pesar de todo, se acercó a ella. La llamó por su nombre, la zarandeó y la insultó para conminarla a levantarse. No podía estar muerta. No podía estarlo, porque si así fuera sería otra muerte que añadir a su cuenta, y ya eran demasiadas. Porque los culpables de aquello no eran los soldados que habían disparado siguiendo órdenes, ni el tipo que había impartido esas órdenes desde la comodidad de su despacho, sino ella, que había arrastrado a Matsu hasta allí ignorando el peligro evidente, ciega a cualquier otra cosa

que no fueran sus planes. «Te comportas como una niña egoísta», le había dicho Matsu, y tenía razón. No se refería solo a la Niara de hacía trece años. Seguía haciéndolo, después de tanto tiempo. Nunca se había preocupado por Matsu, nunca le había preguntado cómo le había ido el día, si podía ayudarla en algo, si había algo que la preocupara.

Y ahora estaba allí, a sus pies, muerta, como todos los demás.

«¡Sujétate!». Ese fue el último grito desesperado de Hsiao Matsu antes de morir. Sus últimas palabras. «¡Sujétate!».

Escuchó otra explosión a lo lejos. El ataque a Lecaun continuaba.

¿Qué habría hecho Matsu en su lugar? Desde luego, no se hubiera quedado allí lamentándose por su suerte. Habría continuado. Habría hecho que aquel sacrificio valiera la pena. Habría sopesado los riesgos y los beneficios y habría actuado en consecuencia.

La máquina podía funcionar. La máquina podía detener aquella espiral de sangre y furia. Se puso en pie y avanzó a trompicones hasta los restos de la cabina del aerodeslizador. Localizó su mochila entre las planchas de metal retorcidas, sacó la máquina del interior y la examinó a la luz grisácea del mediodía kepleriano. Parecía milagrosamente intacta.

Con una determinación que incluso a ella la sorprendió, se colgó la mochila a la espalda y se internó cojeando en la espesura, en dirección al lugar del que provenían las explosiones.

122

Llegó al puente sobre el río Ucronia apenas quince minutos después. Para entonces ya no se oían explosiones y los aerodeslizadores de la guardia patrullaban en busca de aldeanos prófugos o se posaban sobre la tierra devastada para embarcar a los prisioneros en sus bodegas. La operación destinada a borrar Lecaun del mapa no debía de haber durado más de media hora en total. Resultaba curioso porque, cuando la había vivido en primera persona hacía trece años, le había parecido que aquel infierno se había prolongado durante toda la mañana.

Corrió por el sendero que en otros tiempos le había resultado tan familiar. La mochila se le clavaba en la espalda y sus piernas protestaban a cada zancada, pero no las escuchó. Conforme dejaba atrás los campos de labor y se acercaba a la aldea, las huellas de la destrucción eran cada vez más evidentes. La Guardia parecía haberse esforzado por no dejar en pie ni una sola de las precarias construcciones de adobe que servían de vivienda a los lugareños que vivían extramuros.

Al otro lado de la primera muralla divisó los primeros cadáveres. Yacían aquí o allá, entre los escombros y las columnas de humo, desmadejados sobre charcos oscuros o recostados contra los restos de sus viviendas como si estuvieran descansando después de una jornada de trabajo, con boquetes circulares de bordes abrasados, típicos de los rifles de pulsos, abiertos en el pecho o en la cabeza. Otros, en cambio, se apiñaban en montones de diez, doce, veinte personas, fruto de alguna ejecución sumaria ordenada por algún suboficial perturbado antes de que Cornelia Affrika pusiera freno a los abusos.

Sin previo aviso, notó un espasmo subirle desde la boca del estómago y tuvo que detenerse a vomitar apoyada en uno de los pocos muros que permanecían en pie. Cuando vació su estómago y aún trataba de recuperarse entre jadeos, oyó los golpes y resoplidos típicos de una refriega al otro lado de una columna de humo y, un momento después, una voz que le detuvo el latido del corazón.

—¡Rápido, marchaos! ¡No podremos contenerlos mucho tiempo!

Miró alrededor. Aunque la visibilidad era pésima, le pareció que estaba muy cerca de la plaza del mercado, justo el lugar donde había visto a Alberth con vida por última vez. Corrió hacia el origen de la voz. Quizá, después de todo, aún llegaría a tiempo de salvarlo a él. Arrebató un arma de las manos frías de un soldado caído. Llegó hasta un claro entre los escombros y, en efecto, allí estaban, como los figurantes de una película: cinco aldeanos peleando con palos, piedras y espadas contra media docena de guardianes armados hasta los dientes y vestidos con uniformes acorazados. Uno de los aldeanos era Alberth y, el otro, su mujer. Eso significaba que Amdahl, Eyre y ella misma habían estado justo allí hacía menos de un minuto y ahora corrían de regreso a las cuevas para escapar de Lecaun montadas a caballo.

Se plantó delante del grupo y gritó:

—¡Que nadie se mueva!

Pensó que aquella irrupción imprevista pondría fin a la trifulca, pero el resultado fue desalentador: nadie le hizo el menor caso. Probablemente ni siquiera la habían oído.

No era de extrañar. Al fin y al cabo, ella no debería estar ahí: era una anomalía en aquella escena. Había pasado seis semanas escondida, sin querer intervenir hasta tener preparada la máquina. Había puesto todas sus esperanzas en un artilugio sobre el que apenas conocía los efectos ni tenía la certeza de que fuera a funcionar. Como decía la frase hecha, se había agarrado a un clavo ardiendo porque no tenía nada más a lo que aferrarse. «¡Sujétate!», había dicho Matsu, y eso era exactamente lo que se proponía.

Alzó el rifle y apuntó con él al grupo de combatientes. ¿Sería capaz de disparar? No dejaban de moverse y ella apenas podía manejar una arma como aquella con una sola mano: mataría o heriría de gravedad a cualquiera. E, incluso aunque consiguiera acertar a uno de los soldados, ¿estaba dispuesta a quitar una vida para salvar otra?

En aquel momento, Alberth había caído de espaldas al suelo y se defendía a duras penas de un guardián que pretendía arrebatarle su viejo espadón de las manos. Con la adrenalina recorriéndole hasta la última fibra nerviosa, Niara captó la escena con un detalle sobrecogedor, como si transcurriera a cámara lenta: el guardián y Alberth se disputan la espada, otro soldado se percata y levanta su

rifle, apunta al pecho de Alberth, desplaza el peso de su cuerpo hacia delante, inclina la cabeza hacia un lado, desliza suavemente el dedo sobre el gatillo…

Entonces ella misma disparó. El retroceso le golpeó el hombro como un martillazo y estuvo a punto de tirarla al suelo. El arma del soldado que estaba a punto de disparar salió despedida, convertida en un amasijo de metal fundido. Ahora sí, todos se volvieron hacia ella y repararon en su presencia, y el más sorprendido al reconocerla fue Alberth, que hasta se permitió mascullar la blasfemia más terrible de todo su repertorio.

—¿Pero qué diablos…?

En el momento de pausa que siguió, sus miradas se cruzaron un instante que duró siglos. En ese rincón del
espacio-tiempo,
volvió a tener veintitrés años menos, descubrió una civilización perdida en un planeta remoto y tal vez se enamoró como una idiota de aquel botarate espigado e ingenuo. Entonces vio a la mujer de Alberth mirarla con suspicacia y recordó su papel en aquella parte de la historia. Ella no era la reina de Lecaun, no era la diosa del bosque y no era la madre de Eyre, sino una mujer en la cincuentena que nunca había encontrado su lugar en el mundo, condenada a vagar sin echar raíces hasta expiar todas sus culpas.

Por su expresión, estaba claro que Alberth no comprendía qué hacía allí, vestida de aquella forma y envejecida de manera tan evidente, si hacía solo un instante la había enviado con Eyre de regreso a las cuevas.

—Siento no haber llegado antes —dijo Niara—. Y también… —buscó las palabras precisas—. No haber estado, así, en general.

Los soldados hicieron ademán de levantar sus armas.

—¡Quietos! —gritó Niara, apuntándolos con la suya. Señaló con la cabeza a los aldeanos que acompañaban a Alberth—. Vosotros, quitadles los rifles.

Ellos miraron a su rey buscando confirmación. Alberth asintió con la cabeza y se encargó él mismo de desarmar al soldado más cercano.

—Ya lo habéis oído. Atadlos y amordazadlos. Quitadles los comunicadores para que no avisen a los demás y llevadlos a las caballerizas.

Los aldeanos obedecieron. Se alejaron de allí con los guardianes amordazados y se perdieron de vista tras lo que quedaba de una choza destrozada. En el claro solo permanecieron Niara, Alberth y la mujer cuyo nombre nunca conoció.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Alberth.

—Es una larga historia que ahora no tiene ninguna relevancia. Lo importante es esto: tenéis que escapar. Recoge a todos los que queden y ocultaos en los túneles.

—No voy a abandonar a mi pueblo.

Niara se esperaba esa respuesta.

—Tu pueblo no son estas chozas ni estas cuevas, sino tu gente. Por eso tienes que hacer lo que te digo. Vengo del río y ya no queda nadie ahí abajo. Todos los supervivientes deben estar ocultos entre este punto y las cuevas y van a necesitar que alguien los organice.

La sombra de un aerodeslizador pasó por encima de ellos y los hizo encogerse entre los escombros. Los haces de luz rojiza de los sensores de infrarrojos barrieron los restos de la batalla en busca de la huella térmica de los supervivientes. Cuando la sombra se alejó, Niara volvió a hablar en un susurro.

—La guardia se llevará a cualquier hombre, mujer o niño que encuentre con vida, ¿entiendes? Ejecutarán a los que ofrezcan la menor resistencia y encarcelarán al resto en Elcano. Y, una vez allí, puede ocurrir cualquier cosa. Tenéis que huir y esconderos tan profundamente en el bosque que nadie pueda volver a encontraros.

Alberth lo meditó un momento.

—De acuerdo, pero no pienso dejar a nadie atrás. Y tú vendrás con nosotros.

Ella negó con la cabeza.

—Tengo mis propios planes. Os acompañaré hasta las cuevas para que me indiques dónde está el generador de fusión que os instaló Susan Onawa. Allí nos separaremos.

Alberth frunció el ceño, como si hubiera algo que no le gustara en aquella idea.

—¿El generador de fusión? La presidenta dijo que era muy peligroso. ¿Para qué quieres ir allí?

—Por eso mismo. Ya me conoces: mi segundo apellido es Peligro.

Se sintió muy estúpida cuando nadie rio la gracia.

123

Amdahl corrió con Niara y Eyre por los túneles bajo la montaña durante media hora al menos. Le había parecido oír a la otra Niara, la que tenía trece años más y había viajado como ella desde el siglo XXI, allá abajo, en el campo de batalla, y se preguntaba con preocupación qué estaría haciendo en Lecaun y si se encontraría bien.

Proteger a las dos Niaras a la vez nunca había sido su objetivo, pero desde luego lo intentaría. Por eso, mientras ponía a salvo a la más joven, la que aún ignoraba cuál era el futuro terrible que les aguardaba, Amdahl no dejaba de espolvorear cada pocos segundos un poco de líquido rico en feromonas del pulverizador que llevaba encima como parte de su equipamiento para la misión. En teoría, servía para ahuyentar a los enictos, las hormigas carnívoras del bosque. Aquel líquido tenía un olor muy característico que Niara —la Niara más vieja— reconocería. Al fin y al cabo, ella había identificado cuales eran las sustancias químicas que aquellas hormigas utilizaban para comunicarse entre sí y había diseñado la disolución que, a partir de entonces, había utilizado la guardia para mantenerse a salvo de ellas en sus incursiones fuera de la ciudad.

Llegaron a otra bifurcación. Eyre salió disparada por el túnel de la derecha y Amdahl roció el suelo con más líquido antes de seguirla. La Niara más vieja encontraría así, si lo necesitaba, una vía de escape a través de aquel laberinto de cuevas.

Se adentraron en una zona en descenso, donde la iluminación eléctrica raleaba, y por fin vislumbraron la luz amarillenta del exterior al fondo del túnel. Unos segundos después corrían por una pradera que descendía en una suave pendiente hasta confundirse con la vegetación de un valle boscoso. A sus espaldas, la montaña se erguía en silencio como un gigante dormido. Apenas habían recuperado un poco de aliento cuando Eyre reemprendió la carrera sin hacer caso de las maldiciones de Niara —la Niara más joven—, pero esta vez fue un trayecto breve: a pocos metros de allí había un cobertizo de adobe cubierto de vegetación y mimetizado con el entorno, al estilo de todas las edificaciones de Lecaun. En el

interior, tras una puerta trancada para evitar que los depredadores del bosque se dieran un festín a su costa, una modesta cuadra alojaba a una docena de caballos blancos de gran envergadura. Eyre, sin perder ni un segundo, se dirigió al fondo del cobertizo, donde descansaban los aperos, y se dispuso a ensillar a tres de los animales.

—¿Sabes montar a caballo? —preguntó Niara (la Niara más joven), todavía sin resuello, a Amdahl.

—Desde luego. Aprender a montar formó parte de mi entrenamiento.

—Ah, claro, lo había olvidado. —Niara sacó la pistola que le abultaba como un animal muerto en el bolsillo y se la tendió—. Creo que esto es tuyo. Anda, ayudemos a la niña.

Entre las tres acabaron de preparar las monturas y, antes de que el sol de Kepler comenzara a descender sobre el horizonte, se habían puesto en camino. Eyre encabezaba la marcha, guiándolas al trote por los senderos invisibles del bosque.

Allí ya no tenía mucho sentido usar el pulverizador para marcar el camino a la otra Niara. Por muy intenso que fuera el olor de aquella sustancia, una nariz humana difícilmente podría seguir el rastro al aire libre. Se fijó, en cambio, en que las pisadas de los caballos dejaban unas marcas muy claras en el suelo embarrado.

Nubes rojizas se agolpaban en el cielo después de la tregua de lluvia de aquella mañana, confiriendo a la ladera de la montaña un aspecto siniestro. Daba la impresión de que muy pronto estallaría una tormenta y borraría las huellas. Amdahl continuó su camino vigilando la espalda de Niara —la Niara más joven— y preguntándose, angustiada, cómo se las iba a ingeniar para proteger a las dos Niaras a la vez cuando la tormenta definitiva, la que ella sabía que estaba por llegar, se desatara.

124

Alberth y Niara llegaron a las cuevas después de haber recorrido un escenario de viviendas derruidas, cuerpos mutilados y tierra devastada por las bombas incendiarias. Por el camino, encontraron a una docena de supervivientes entre los escombros. Una docena entre el medio millar de personas que habían vivido, crecido y tal vez soñado en Lecaun hasta hacía solo unas horas: eso era cuanto quedaba del pueblo de Alberth. Niara confió en que la mayoría hubiesen sido detenidos y transportados a las prisiones provisionales de Elcano para su deportación, y que todavía hubiera una oportunidad para ellos.

Hacía ya unos minutos que el último aerodeslizador había partido rumbo a la ciudad y un silencio estremecedor había caído sobre los restos de la aldea. Aun así, se acercaron a las cuevas con precaución, por si alguna patrulla permanecía en la zona en busca de posibles rezagados.

Cuando el pequeño grupo de supervivientes llegó a la puerta de madera que conducía al interior del palacio subterráneo —aunque llamar palacio a aquel laberinto de grutas que se extendía bajo la montaña era sin duda un exceso de generosidad—, Alberth llamó con los nudillos y dijo en voz baja a través del ojo de la cerradura:

—Abrid el portón.

—¿Quién lo dice? —preguntó una voz temblorosa.

La mujer de Alberth lo apartó de un empujón.

—Lo dice tu rey, cobarde asqueroso —gritó.

Algunos hombres miraron alrededor, temerosos de que los soldados que pudieran quedar por allí los hubieran oído. La cerradura chasqueó como los huesos de un anciano y una hoja de la puerta se desplazó unos centímetros hacia el exterior. Entraron todos apresuradamente y Niara sonrió al reconocer el rostro de rata del viejo Burke, el jefe de los guardianes de la puerta que no había salido a combatir junto con su gente ni a ayudar a poner a salvo a sus vecinos. Recordó que la pequeña Eyre también lo llamaba

«cobarde asqueroso».

Alberth no le prestó ninguna atención. Entró como un torbellino y comenzó a impartir órdenes.

—Vosotros, id a los túneles el norte. Allí tenemos la reserva de alimentos de emergencia. Haced un recuento de desaparecidos y volved para informar. Vosotros id a la sala común para ver si queda gente allí. Tranquilizadlos y decidles que voy de camino. Y vosotros, mirad cuántos blancos nos quedan y si los soldados han llegado hasta el otro lado de la montaña. Tenemos que organizar la evacuación.

—¿Y usted qué hará mientras tanto? —preguntó uno de los hombres a Alberth.

—Llevaré a nuestra huésped al generador. Luego me reuniré con vosotros en la sala común.

Varios pares de ojos miraron a Niara con recelo, y entre ellos destacaban los de la mujer de Alberth. Evidentemente, no le gustaba la idea de que su esposo los dejara para acompañar a aquella extranjera que había aparecido por la aldea dos veces en poco tiempo, y además físicamente muy cambiada. Tal vez pensase que se trataba de una especie de bruja capaz de juguetear con el tiempo, lo cual, pensó Niara, no se alejaba demasiado de la realidad.

Cuando quiso darse cuenta, trotaba detrás de Alberth por las entrañas de la montaña, pensando con consternación que había vuelto a marcharse sin averiguar el nombre de aquella valerosa mujer.

125

El generador estaba instalado al fondo de una caverna indistinguible de cualquier otra dentro de aquel laberinto subterráneo, y Niara solo tuvo que echarle un vistazo para saber que algo iba mal.

Para variar.

No eran las puertas metálicas, de aspecto bastante sólido y, en apariencia, intactas. Tampoco la iluminación del corredor, que no daba la impresión de haber sufrido desperfectos tras el reciente bombardeo. Sin embargo, había algo que no le cuadraba en aquella escena y, al principio, no fue capaz de identificar lo que era.

—¿Cómo se las ingeniaron para meter el generador aquí abajo? —preguntó—. En Elcano no existe maquinaria pesada para hacer un trabajo así.

—En realidad estamos muy cerca del exterior —explicó Alberth —. Al otro lado de esta pared está la ladera de la montaña y el suelo en esta zona es arcilloso. Solo hubo que excavar un poco. Este lugar ocupa el centro geométrico casi exacto de la colina. Eso hizo que la instalación de la red de distribución fuera más sencilla.

Niara entendió el razonamiento, pero aun así no lograba desprenderse de la desagradable sensación de que había algo incorrecto en aquella escena. Se acercó a la puerta con una creciente inquietud. «Basta de tonterías», se dijo. Al otro lado de esa puerta había un generador de fusión fría que, a pesar de ser un modelo pequeño, proporcionaría con facilidad una potencia muy superior a la que necesitaba.

Quizá la percepción de que algo andaba mal se debía a eso: a que estaba resultando demasiado fácil. Después de todo lo que había ocurrido en los últimos días, ¿ahora iba a entrar en esa sala y a conectar su máquina sin más contratiempos? No, la historia no se dejaría doblegar sin presentar batalla. Encontraría el generador roto, destrozado por el bombardeo, saboteado por algún espía de Kersey o alguno de esos adictos al xerum que se volvían inconcebiblemente violentos; o bien la máquina que transportaba en la mochila habría vuelto a averiarse.

Mientras acercaba la mano al pomo, a su alrededor seguía revoloteando, como un moscardón obstinado, el incómodo presentimiento de que algo no encajaba, de que algo estaba fuera de lugar.

Abrió la puerta. Ni siquiera estaba cerrada con llave. Maldijo en voz baja a aquellos aldeanos y su absoluta falta de precaución. Al otro lado encontró una caverna estrecha, coronada por una bóveda terrosa de tan poca altura que podía tocarla con la mano. En el centro exacto, una esfera metálica y brillante zumbaba débilmente. De su interior surgía, como un cordón umbilical multicolor, una maraña de cables que se perdía en un orificio practicado en la pared. Un anillo metálico descansaba en el techo, sólidamente anclado, justo encima de la esfera. Un sencillo panel de control del tamaño de un maletín y un terminal de ordenador completaban la escasa parafernalia tecnológica de aquella instalación.

El ronroneo acogedor y apenas perceptible de la energía bullendo por las venas cableadas resultaba reconfortante, como volver a casa después de un largo viaje y escuchar el murmullo familiar del frigorífico. Localizó varias tomas de corriente de alta potencia en un lateral del panel de control incluso antes de traspasar el umbral.

El generador parecía en perfecto estado. Todo indicaba que por fin iba a conseguirlo. Y, sin embargo, la áspera certidumbre de que una nueva catástrofe estaba a punto de cernirse sobre ellos continuaba allí.

Solo era una intuición irracional, lo sabía, pero había aprendido a hacer caso a esa clase de intuiciones. Sabía que, aunque a menudo resultaban absurdas, en otras ocasiones eran avisos del subconsciente, que había percibido por su cuenta detalles de la realidad que su cerebro consciente había pasado por alto. Por eso dijo:

—Será mejor que esperes fuera, Alberth. Esto podría ponerse feo.

126

En efecto, iba a ponerse feo.

El pequeño generador se había instalado solo dos metros por debajo de la superficie de la ladera, la distancia óptima calculada por los ingenieros para conseguir el flujo medio de muones capaz de mantener la reacción de fusión nuclear estable. Alrededor de un muón por segundo y centímetro cuadrado lograba alcanzar aquella cámara procedente de la radiación cósmica. El anillo concentrador anclado al techo arcilloso extraía parte de la energía cinética de esas partículas para formar un haz estable. Ese flujo concentrado de muones penetraba en el contenedor esférico a través del fuselaje y reaccionaba con los átomos de deuterio y tritio de su interior. Expulsaban a los electrones de sus órbitas como abusones de patio de colegio y, debido a su mayor masa, hacían que los átomos se contrajeran hasta casi tocarse unos con otros, provocando la fusión de algunos de ellos. El interior de aquellos humildes isótopos de hidrógeno era uno de los lugares ocultos más fascinantes de la naturaleza: la conversión de hidrógeno en helio liberaba tanta energía que un solo tanque contenedor bastaba para alimentar una aldea como Lecaun durante siglos.

El único problema era la seguridad. El generador constituía, básicamente, una bomba de fusión nuclear en potencia. Si las reacciones de fusión se descontrolaban, se podían crear burbujas de calor en el interior del contenedor que superasen los 15 millones de grados kelvin, una temperatura a la que los átomos de hidrógeno se moverían tan veloces que comenzarían a colisionar brutalmente unos con otros y a fusionarse de forma espontánea. El resultado de esa reacción en cadena sería una explosión termonuclear que desintegraría cualquier cosa que existiera en un radio de cinco kilómetros.

Por eso los generadores solían instalarse bajo tierra y a una distancia de seguridad prudencial de los centros de población: para minimizar los efectos devastadores de un posible accidente.

Y por eso la Guardia, siguiendo órdenes explícitas de su capitán general, había bombardeado la ladera bajo la cual se ubicaba la

instalación. La pared de arcilla había resistido el castigo sin daños aparentes, pero el techo de la caverna se había resquebrajado de forma apenas perceptible, aflojando los soportes de los que colgaba el pesado anillo concentrador de muones.

Cuando Niara Queen entró con cautela en la caverna, barruntando que algo iba mal sin poder concretar de qué se trataba, las microgrietas se extendían ya por toda la bóveda como una red de capilares y uno de los soportes estaba a punto de desprenderse definitivamente.

127

Si Niara no hubiera estado tan pendiente de su propósito, podría haber notado las finas volutas de polvo de arcilla que se desprendían del techo. Pero su atención estaba ahora centrada en el panel de control. Se acercó con cautela y se agachó junto a una de las tomas de corriente. Sacó la máquina de la mochila y la colocó con cuidado en el suelo irregular. Desplegó el cable. Levantó la clavija con manos temblorosas. La aproximó al enchufe y, después de contener la respiración un segundo, la insertó con decisión.

El polvo rojizo que caía como una fina lluvia del techo ya le cubría el pelo y las manos.

Al principio no ocurrió nada. Alberth, que había desoído el consejo de Niara y había entrado detrás de ella en la caverna, frunció el ceño.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

Niara no respondió. Miraba fijamente la máquina, que parecía tan muerta como una rata ahogada en el río. La levantó para echar un vistazo a la soldadura reciente. Todo parecía estar en orden. ¿Se habría roto alguna pieza en el interior? ¿Se habría equivocado al montar alguno de los componentes? ¿El generador estaría averiado, aunque a simple vista pareciera intacto?

Entonces, un led de color rojo comenzó a parpadear en la base de la máquina. Niara sonrió. Aquello significaba que estaba comenzando a modular las ondas alfa.

—¿Notas algo? —preguntó emocionada.

—¿Algo como qué?

—No lo sé… ¿Te notas distinto?

Alberth lo pensó un momento.

—No.

—Tienes razón. Yo tampoco. Puede que haga falta un poco de tiempo para…

La interrumpió un crujido sobre sus cabezas. Había escuchado algo semejante solo en otra ocasión, en Glacier Bay, muy cerca de Juneau, en Alaska. Aquello había sido en otro planeta y en otra vida, pero recordaba a la perfección cómo aquel sonido solemne,

que se parecía al lamento agonizante de una criatura de otro mundo, la había estremecido desde la base de la columna vertebral. Ver desprenderse a cámara lenta aquel gigantesco fragmento de hielo para caer en el mar le había parecido entonces algo hermoso y a la vez temible, pero ahora, atrapados junto a un reactor nuclear bajo la montaña, solo podía significar que su intuición sombría había dado en el clavo y algo espantoso estaba a punto de suceder.

—Hay que salir de aquí —dijo, casi murmuró, mientras desenchufaba la máquina a toda prisa y la guardaba de cualquier modo en la mochila.

Alberth estaba en pie detrás de ella, con la cabeza ladeada para no rozarse con el techo.

—¿Qué?

—¡Que hay que largarse de aquí!

Uno de los cuatro soportes del anillo concentrador de muones se desprendió en silencio. Los remaches que lo mantenían sujeto al techo se soltaron y varios tornillos tintinearon mansamente contra el suelo de piedra. Niara y Alberth los contemplaron caer y rebotar como hipnotizados por un encantador de serpientes.

Ella fue la primera en reaccionar. Empujó a Alberth con violencia hacia la salida.

—¡Fuera, fuera!

Lo hizo un segundo demasiado tarde. Los otros tres soportes, sobrecargados al repartirse el peso del concentrador, se descolgaron casi a la vez. El pesado anillo metálico se inclinó y proyectó el mortífero haz de partículas invisibles sobre el hormigón del suelo, incrementando su temperatura y fracturándolo al instante. Una grieta serpenteó en dirección a Alberth, que no logró comprender lo que sucedía.

Cuando Niara lo empujó a un lado, el flujo de muones ya lo había atravesado de abajo a arriba como un cuchillo de carnicero empuñado por una mano invisible.

128

Consiguió sacar a rastras el cuerpo de Alberth pasándole los brazos bajo las axilas justo antes de que media caverna se viniera abajo. El acceso al generador quedó taponado al instante y la maquinaria destruida. Nada de aquello importó a Niara en ese momento. Dio un último tirón del cuerpo desmadejado de Alberth y se dejó caer junto a él en el suelo del corredor. La nube de polvo provocado por el derrumbe apenas le permitía respirar. Le picaban los ojos. Buscó el pulso de Alberth en el cuello, aún a sabiendas de que no lo encontraría.

Porque Alberth estaba muerto. Es más, nunca había tenido ninguna posibilidad. Ahora Niara lo entendía. Lo había rescatado de la muerte que le correspondía allá abajo, en el campo de batalla, solo para retrasar lo inevitable. La muerte lo había perseguido incansablemente hasta allí, hasta aquella caverna, para cobrarse su pieza, y lo hubiera logrado de un modo u otro, porque ni siquiera bajo varias toneladas de roca, en una cueva oscura en el fin del mundo, podías esconderte de ella.

Apoyó la cabeza de Alberth en su regazo y se despidió en silencio de él. No lloró ni le pidió perdón porque comprendió, ahora sí, que nada ni nadie podía haber evitado aquello. Tampoco, para su sorpresa, se sintió culpable. Ahora sabía que todos iban a morir. Alberth, Eyre, Trisha, Amdahl… No lograría salvar a nadie. Todos sus esfuerzos no eran más que microscópicas disonancias en la melodía incomprensible del universo. Al final, la sinfonía se desarrollaría del mismo modo que ya estaba previsto, y lo que alguien insignificante como ella hiciera o dejase de hacer no tendría la menor importancia.

Y, sin embargo, no podía dejar de intentarlo. No podía dejar de intentarlo hasta el mismísimo fin de los tiempos. Si el universo era un cabrón testarudo, no tenía ni idea de lo cabrona y testaruda que podía ser ella.

Cerró los ojos de Alberth con las yemas de los dedos y se puso en pie trabajosa, obstinadamente. Comprobó que la máquina seguía en la mochila y se alejó cojeando de allí sin mirar atrás.

129

Solo le quedaba una posibilidad: regresar a Elcano e intentarlo una última vez en el generador principal de la colonia, el mismo que había evitado hasta ahora porque era la instalación más protegida del planeta. Pero hoy era 4 de febrero y las revueltas ya estarían convirtiendo la ciudad en un avispero. La guardia se vería obligada a relajar la vigilancia del generador. Además, a la mañana siguiente se produciría la matanza del Oldtown, y ella sabía que toda la guardia se daría cita allí, en las calles de la ciudad vieja, la mayoría en el bando de Kersey y unos pocos del lado de Cornelia Affrika. Ese sería el momento ideal para colarse en el generador y activar la máquina antes de que el destino de la colonia quedase sellado en esta iteración.

Deambuló como un muerto viviente por el laberinto de cuevas hasta desorientarse por completo. Intentó hablar con Koreander a través del intercomunicador cifrado que el viejo le había prestado, pero su alcance era demasiado corto y estar bajo tierra no mejoraba la situación. Trató, sin éxito, de localizar alguna gruta que le resultase familiar, y entonces su atención se fijó en los focos luminosos que salpicaban los túneles a intervalos irregulares. En los últimos años, los aldeanos habían instalado luz eléctrica para sustituir a las viejas y apestosas antorchas en los lugares más transitados de aquellas cuevas, mientras que los túneles sin uso permanecían en la oscuridad. Se puso de nuevo en marcha y, cada vez que llegaba a un cruce, continuaba por el pasillo que le parecía mejor iluminado.

Después de aplicar esta estrategia durante unos minutos, tuvo que reconocer que estaba irremediablemente perdida. Las cuevas parecían desiertas, ya que los pocos supervivientes se habrían refugiado en los niveles más recónditos o habrían escapado por la salida del otro lado de la montaña. Precisamente allí quería dirigirse ella. Recordaba que, cuando había escapado de las cuevas con Amdahl y Eyre trece años atrás, habían usado unos caballos que el rey llamaba *los blancos* y que se guarecían en unas caballerizas ocultas en la vertiente oriental de la cordillera.

Fue entonces cuando sintió una náusea repentina. Antes de que su cerebro pudiera racionalizar el motivo, comenzó a temblar y sintió que las rodillas le flaqueaban. Era el olor. En aquel lugar olía a algo familiar y a la vez repulsivo. Aún tardó un par de segundos en identificarlo.

Olía como las feromonas de alarma de los enictos, los mensajeros químicos que las voraces hormigas del bosque utilizaban para comunicarse entre sí. No tuvo ninguna duda. La memoria olfativa resultaba mucho más precisa que la visual o la auditiva. Ese olor le traía recuerdos perturbadores de hace años, recuerdos de confusión y muerte en el bosque de Kepler, en los primeros tiempos de la colonia, cuando los inconcebibles animales salvajes que pululaban por él se cobraban sus víctimas con toda desfachatez.

¿Cómo había llegado aquel olor hasta allí? Los enictos de Kepler nunca vivían a tanta profundidad. Lo sabía bien porque había pasado meses estudiándolos. Sus hormigueros era vastos laberintos de galerías subterráneas excavados a no menos de cincuenta o cien centímetros de la superficie.

Comprendió la causa con la certidumbre de las evidencias científicas. Solo había una explicación posible para que aquel repugnante olor hubiera llegado hasta allí, y más en cantidades suficientes como para que ella pudiera percibirlo con tanta claridad: alguien lo había esparcido a propósito. Alguien que quería que ella lo encontrara.

Bendita fuera. Alexandra J. Amdahl, siempre pendiente de todo, debía de haber pasado por allí solo unos minutos antes, camino de las cuadras del otro lado de la montaña, y había imaginado que ella trataría de seguir sus pasos porque el único modo de regresar a Elcano en un tiempo prudencial, una vez que la guardia destruyera todas las infraestructuras de la aldea, era utilizando a los *blancos*.

Avanzó por el pasillo mientras el olor se desvanecía, hasta que una nueva vaharada la obligó a apartar la cara para contener las náuseas. Así avanzó por el laberinto subterráneo, siguiendo el rastro invisible pero inconfundible que Amdahl había dejado para ella, hasta que salió a la luz del atardecer en una pradera despejada que descendía hasta un valle oculto entre los árboles. Justo en la linde del bosque, encontró la modesta construcción de adobe cubierta de vegetación que resultaba casi invisible para cualquiera que no

supiera lo que estaba buscando. Llegó hasta allí sin resuello. Faltaban tres caballos, por supuesto, pero otra media docena se revolvieron con nerviosismo cuando Niara entró atropelladamente en el cobertizo.

Eligió un animal al azar y lo ensilló con torpeza. Por suerte, el caballo parecía bastante manso y pudo acabar de aparejarlo sin que se revolviera demasiado. Poco después se adentraba en el bosque, siguiendo las huellas que otras tres monturas habían dejado en el suelo húmedo apenas una hora antes.

130

Paulo Kersey había estado observando a Trisha en la piscina, escondido tras una de las rejillas de renovación de aire. La niña había jugado durante horas en el agua con sus amigos imaginarios. Qué sola parecía. Cuando aún era su padre y podía disfrutar de su compañía cada día, no se daba cuenta de eso. Siempre había pensado que Trisha tenía todo lo que cualquier niño podía desear: un montón de juguetes, mucho espacio y un entorno tranquilo y protegido. Pero aquella tarde, espiándola a hurtadillas desde el tragaluz, había renegado de cada minuto que había pasado en su despacho tramando planes para el futuro en lugar de compartir ese tiempo con ella.

En varias ocasiones había estado a punto de dejarse ver, de presentarse ante su hija trece años más viejo y confesarle toda la verdad, y llevársela de allí a un lugar seguro. Pero ¿a dónde podían ir? En aquel planeta solo era un polizón escondido en la bodega de un barco a la deriva, y no quería ni imaginar cómo reaccionaría su yo más joven si lo descubría merodeando por allí.

Al anochecer, se retiró a su escondite en el almacén, dolorosamente consciente de que, si él no estuviera allí, a Trisha solo le quedarían unas horas de vida.

Conforme transcurría el tiempo y se acercaba la mañana del 5 de febrero, más evidente resultaba que Niara no había conseguido ejecutar sus planes, fueran los que fueran, porque todo estaba sucediendo como la última vez, con pocos e insignificantes cambios, tan insignificantes como motas de polvo en las vías de un tren.

Se lo repitió una vez más en el silencio de su escondrijo tras la rejilla del aire: por la mañana, tendría que intervenir. Debía hacer lo que había venido a hacer. Y, aunque no quisiera confersárselo a sí mismo, le daba tanto miedo que había retrasado ese momento todo lo posible.

Regresó de puntillas al pasillo que conducía al almacén. Iba distraído, pensando en lo que se avecinaba y en si sería mejor adelantarlo y ejecutar su idea esa misma noche. En cualquier caso, sería incapaz de pegar ojo. Había tantas cosas que podían salir

mal… Absorto en esos pensamientos, al girar un recodo se dio de bruces contra alguien. Una tableta electrónica cayó al suelo y rebotó con un chisporroteo. Kersey retrocedió un paso. A unos centímetros de él, el rostro de Sandra Hill, su eficaz e incondicional ayudante, lo contemplaba con los ojos muy abiertos, como si no acabase de comprender lo que estaba viendo.

131

Hill movió la mano hacia su oreja derecha, donde llevaba implantado el intercomunicador. Kersey comprendió instintivamente que estaba a punto de avisar al servicio de seguridad.

—¡No lo hagas! —dijo levantando las manos.

La mujer detuvo su movimiento y retrocedió un par de pasos. Lo observó entornando los ojos. La ropa arrugada, el cabello que empezaba a clarear, la barba de seis semanas, el rostro envejecido… todo eso la había hecho dudar acerca de quién era la persona con la que se había tropezado en aquel remoto pasillo del sótano, pero sin duda había reconocido el tono de voz autoritario. La voz de Kersey no había cambiado en trece años.

—Sí, soy yo —añadió Kersey.

Hill negó imperceptiblemente con la cabeza. Dio otro paso atrás. Estaba pálida, de un tono amarillento enfermizo. No recordaba haberla visto nunca con un aspecto tan desmejorado, quizá porque ni siquiera se molestaba en fijarse en ella.

—No puede ser —mumuró Hill—. Acabo de hablar con el señor Kersey en su despacho.

—Lo sé, pero debes confiar en mí. He venido a impedir que ocurra un desastre.

—¿Quién es usted y cómo ha entrado en esta casa?

—Soy Paulo Kersey y puedo demostrártelo. Voy a decirte exactamente lo que acaba de ocurrir en ese despacho. Has repasado conmigo los últimos detalles. Affrika ha estado contactando con los oficiales leales y prepara una sublevación militar, tal y como preveíamos que haría. Lo sabemos porque hemos intervenido todas sus comunicaciones. Mañana detendremos a los desafectos al nuevo régimen que queden dentro de la Guardia, con Affrika a la cabeza, para expulsarlos en el primer transporte. También acabaremos con la revueltas y tomaremos el control del Consejo y de la cadena de extracción y distribución de grafeno. Todo está saliendo según lo planeado, excepto una cosa: la doctora Queen. Es más escurridiza de lo que pensábamos y hace días que intentamos atraparla sin

éxito. Por eso te he pedido que te quedes de guardia esta noche. Temo que la doctora aparezca en el peor momento y lo fastidie todo de algún modo que no alcanzo a imaginar. ¿Estoy en lo cierto?

El rostro de Hill se había demudado, pasando de la sorpresa al pánico. Su mano volvió a moverse muy lentamente hacia su oreja.

—¿Cómo… cómo sabe todo eso?

—Ya te lo he dicho: porque yo también soy Paulo Kersey. Sandra, por favor, confía en mí una vez más. No llames a seguridad. Siempre has sido más inteligente que yo. Sabes que todo esto no puede acabar bien. He venido desde muy lejos para detenerme a mí mismo, pero mi viaje será en vano si haces esa llamada.

—No entiendo lo que dice.

—Claro que lo entiendes. Soy Paulo Kersey, pero trece años más viejo que el que está ahí arriba, en el despacho. Y he viajado en el tiempo para evitar el fin del este mundo.

132

Sandra Hill comenzó a bajar el brazo muy despacio mientras componía algo que parecía un gesto de alivio. Sin duda, no terminaba de compartir los planes ególatras de su jefe, aunque estuviera dispuesta a seguirlo hasta ese fin del mundo que ahora decía que quería evitar.

Retrocedió un paso más, como si quisiera observarlo en conjunto desde otra perspectiva, y tardó solo un instante en darse cuenta de que estaba pisando la tableta holográfica que se le había caído de las manos al tropezar con el intruso. La recogió y lanzó una mirada distraída a la pantalla. Al instante se puso lívida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kersey.

Por toda respuesta, Hill trazó en el aire un gesto con los dedos y la imagen tridimensional se desplegó. Cuatro guardianes armados hasta los dientes corrían por un pasillo muy parecido a aquel en el que se encontraban.

—Estaba en comunicación con la sala de control justo cuando nos tropezamos —dijo Hill con voz temblorosa—. Han debido oírlo todo.

El estómago de Kersey se desfondó. Miró a su alrededor. ¿Eran pasos lo que escuchaba a lo lejos? Hill se abalanzó sobre él, dejando caer la tableta de nuevo, y lo aferró por los hombros.

—Tiene que marcharse —le urgió—. Él es capaz de cualquier cosa si lo encuentra aquí.

Kersey tardó un instante en comprender que Hill se refería al otro Paulo Kersey, a su yo trece años más joven. Desde luego, llevaba razón: tenía que marcharse. No podía permitir que lo descubrieran cuando faltaba tan poco para entrar en acción.

Sin mediar palabra, giró sobre sus talones y se lanzó a correr hacia el almacén. Ocultarse allí no era buena idea porque los vigilantes, alertados por la presencia del intruso, registrarían hasta el último rincón de la mansión y acabarían por descubrirlo, pero tal vez podría usar la alcantarilla por la que Niara había entrado y salido del edificio.

El sonido inconfundible de un grupo de gente a la carrera le

llegó ahora con total claridad. Un grupo de vigilantes estaba desplazándose a toda prisa por el piso superior, sin duda para cortarle cualquier posibilidad de huida. Pero ellos no sabían nada de la tubería de saneamiento que conducía al exterior. Abrió la puerta del pasillo que conducía al almacén y se asomó con cautela. No parecía haber nadie en aquella sección del sótano, al menos de momento. Recorrió los últimos metros a la carrera y se coló en su viejo refugio, dejando escapar un suspiro de alivio cuando cerró la puerta a su espalda. La atrancó arrastrando con esfuerzo un voluminoso cajón de madera que pesaba al menos media tonelada y que debía contener algún mueble ostentoso y perfectamente inútil. Luego se dirigió al centro de la estancia y quitó la tapa de registro.

Miró con aprensión al estrechísimo conducto. ¿De verdad Niara se había deslizado por allí? Fue entonces cuando oyó el primer golpe en la puerta. Alguien estaba tratando de abrirla.

Aquello lo decidió. Metió los pies en el sumidero y al instante notó el tacto aceitoso de la grasa industrial que Niara había debido emplear para deslizarse con más facilidad.

—Chica lista —murmuró en voz baja, mientras trataba de sentarse e introducir sus piernas en la tubería.

Hubo un alboroto de voces al otro lado de la puerta. Alguien ladró una orden y se escuchó un golpe seco. La caja de madera que obstaculizaba la entrada se agitó como si dentro hubiera un animal vivo. Kersey consiguió encajar una rodilla dentro del tubo y extender la pierna, pero la otra rodilla se negó a seguir el mismo camino. Sencillamente, no cabía en aquel agujero. Otro golpe desplazó la caja de la entrada varios centímetros. Kersey empujó, empujó con todas sus fuerzas hasta rasgarse los pantalones y la piel, y por fin la otra pierna se encajó en el cilindro. Con el siguiente empujón, los guardianes lograron abrir la puerta lo suficiente como para que asomara un brazo provisto de un bloque de explosivo plástico. Kersey miró en esa dirección y distinguió una mano enguantada, un casco militar, un detonador. Solo disponía de unos segundos antes de que despejasen del todo la entrada y lo atrapasen en aquella situación tan indecorosa.

Se impulsó hacia delante. Su cuerpo se deslizó por la cañería lubricada como un torpedo por la tobera. Comprobó aliviado que trazaba una ligera pendiente hacia abajo. Con un poco de suerte,

solo tendría que esperar unos segundos hasta que la fuerza de la gravedad lo transportase con suavidad al otro extremo. Acababa de tomar aire, dispuesto a dejarse llevar, cuando algo detuvo bruscamente su movimiento.

Sus hombros se habían encajado en la boca del tubo, demasiado anchos para ese espacio tan exiguo. Se zarandeó con desesperación de un lado a otro sin éxito. Un segundo después, el cajón de madera de la puerta voló por los aires. Contempló cómo los pedazos surcaban el aire a cámara lenta, entre fascinado y aterrorizado.

Solo unos segundos después, un grupo de fornidos vigilantes lo desatrancaron de la tubería, lo esposaron y lo llevaron en volandas a uno de los calabozos que él mismo había hecho construir hacía trece años para encerrar a los sediciosos y a los desafectos al nuevo régimen. Su aventura de incógnito terminaba allí.

133

Niara se cobijó para pasar la noche en una cabaña que le resultaba familiar, apenas un refugio diminuto de forma cónica construido con cañas secas apoyadas unas sobre otras. Estaba casi segura de que se trataba de la misma choza de juguete donde Ada, la silenciosa y diminuta niña del bosque, la había ocultado de los soldados hacía trece años.

Había seguido las huellas de los caballos hasta que una tromba de agua las había borrado por completo, aunque reconoció aquella parte del bosque: ya estaba en el territorio de Acheron, muy cerca de Elcano. Desde allí, solo tenía que seguir el curso del río para llegar a la colonia en menos de un par de horas.

Así lo haría en cuanto amaneciera. Ahora necesitaba descansar un momento en un lugar seco. Hacía casi 48 horas que no dormía y sentía las piernas como si fueran bloques de madera carcomidos por las termitas.

La temperatura en Kepler aquella noche, como casi siempre, resultaba agradable, en torno a los veinte grados centígrados. Aun así, necesitaría secar la ropa empapada para entrar en calor. Se desnudó haciendo contorsiones en el exiguo espacio de la choza, construida para usuarios de menor estatura, y colgó su ropa empapada de las ramas que sobresalían por el interior antes de envolverse en una vieja manta que debía de haber servido de atrezo en miles de juegos infantiles a lo largo de los años. Intentó, sin éxito, comunicarse con Koreander a través del transmisor cifrado que el viejo le había prestado, pero aquel trasto se había mojado y se negó a funcionar. Con un suspiro de resignación se recostó en un rincón de la choza y, antes de darse cuenta, sus ojos se cerraron.

La despertó una sensación familiar y casi olvidada, como si una cuerda invisible tirase de ella con suavidad hacia algún lugar desconocido. No sintió miedo porque recordó quién se encontraba al otro lado de la cuerda.

Se envolvió mejor en la manta raída y salió al exterior de la choza. La lluvia y el viento habían cesado y el bosque parecía contener la respiración. El resplandor anaranjado de la ciudad

cercana se reflejaba en las nubes y confería a la escena un aspecto irreal, como si estuviera sucediendo en un sueño dentro de un sueño. Volutas de vapor de agua ascendían con pereza desde el suelo húmedo y dibujaban formas caprichosas en torno a los troncos de los árboles. Niara percibió con claridad cómo la sensación de peligro que siempre acechaba en el bosque seguía estando allí, presente de algún modo, pero aletargada por algo más grande que ella.

Lo intuyó antes de oírlo: el sonido de una risa cantarina vibrando en el silencio adormecido. El bosque cobró vida alrededor y volvieron a oírse los susurros de las criaturas que se arrastraban sigilosamente sobre el mantillo, el ulular de las lechuzas y los autillos que la observaban, invisibles, desde sus atalayas en los árboles, el corretear nervioso sobre la hojarasca de los pequeños mamíferos nocturnos.

Dos figuras que a Niara se le antojaron luminosas aparecieron entre los árboles. Una vestía de blanco y refulgía con un halo fastasmagórico bajo la luz mortecina. La otra, más pequeña, iba cubierta por unos harapos marrones, pero de algún modo conseguía resplandecer aún más que su compañera.

Las dos niñas venían hablando o riendo. O, más bien, una de ellas hablaba y reía, conversando con su silenciosa compañera en un idioma que nadie más que ellas podían comprender. Ada, la más pequeña, la niña del bosque con la que Niara había sentido una inexplicable conexión hacía trece años y que luego había desplegado unas habilidades aún más inexplicables durante la batalla del Oldtown, no había pronunciado una palabra desde la muerte de su padre, recordó Niara. En cambio, Eyre hablaba por las dos, y daba la impresión de entender todo lo que Ada quería expresar con una mirada o con un silencio. Eyre, la hija de Alberth, la que podía haber sido su hija y a la que le quedaban menos de doce horas de vida. Recordó con un aguijonazo en el vientre lo que había ocurrido aquella noche de hacía trece años, cuando habían dormido en una cueva cercana y se había despertado en plena noche y las niñas no estaban allí. Se había levantado y las había buscado por los alrededores, y entonces… entonces…

Las pequeñas se dirigieron directamente hacia ella, y supo que no serviría de nada esconderse: las dos niñas sabían que ella estaba

allí o, al menos, Ada lo sabía. Siguieron riendo y charlando mientras se aproximaban, como si estar en el bosque en plena noche o encontrarse con una mujer que de ningún modo debería estar en aquel lugar no les pareciese un disparate. Niara había rehuido aquel encuentro desde su llegada a Kepler sin saber muy bien por qué. Tal vez le resultaba demasiado doloroso, o tal vez solo temía que Ada, con su clarividencia inexplicable, la reprendiera por estar donde no le correspondía como a un adolescente que se salta la hora de regreso.

Las niñas llegaron hasta la choza, y Niara sintió aquella calidez que siempre le producía su presencia, como llegar a casa y sentarse junto al fuego en una noche de tormenta.

Eyre la miró de arriba a abajo durante unos segundos.

—Ada dijo que vendrías.

Ella no supo qué contestar.

—Estás vieja —añadió Eyre.

—Ha sido un viaje muy largo —dijo Niara.

—Y no eres la misma que está en la cueva.

—Sí y no.

Las dos niñas se miraron un momento y fruncieron el ceño. Cuando Eyre volvió a hablar, su voz ya no sonaba despreocupada, sino precavida.

—Ada dice que no deberías estar aquí.

—Sí, es la historia de mi vida —dijo Niara. Se agachó para ponerse a la altura de los ojos de las niñas y comenzó a hablar muy deprisa—. No es una casualidad que nos hayamos encontrado esta noche, lo sabéis, ¿no? Traigo una advertencia para vosotras: mañana va a ocurrir algo terrible.

—Ada dice que hay una nube negra y que no puede ver alrededor.

—Yo sí puedo. Puedo deciros exactamente lo que va a suceder a menos que lo impidamos.

—Ada dice que tú traes la nube negra.

Niara arqueó las cejas.

—Es al revés. Yo he venido a…

Su garganta se selló antes de terminar la frase. La pequeña estaba en lo cierto: ella llevaba la nube negra consigo. ¿Cómo no había caído en la cuenta antes? Hizo un repaso mental apresurado

de todas las catástrofes que habían rodeado su vida desde que había llegado a Kepler: los muertos en el bosque, los primeros ataques del capitán Jones, los adictos al xerum, las revueltas, las matanzas, las deportaciones… Todo tenía un denominador común: que ella siempre estaba allí.

Sacudió la cabeza, repentinamente aturdida. No quería creerlo. ¿Qué pasaba con Jones y los viejos sociópatas de la *Flying Dutchman*? Ella no tenía ninguna culpa de lo que habían hecho, aunque… Un momento, un momento; por supuesto que la tenía. Ella había empujado a Jones a convertirse en el monstruo que había llegado a ser. Ella había estado en el origen de todo. Y ahora se estaba colando también, como un polizón al que nadie había invitado, en el acto final de aquella historia.

Las rodillas le flaquearon y acabó sentada en el suelo. ¿Y si ella no era la heroína sino la villana involuntaria? La manta se le escurrió de entre las manos. Eyre se apresuró a arrebatársela antes de que cayera al suelo embarrado.

—Esto es de Ada —dijo, molesta—. Habíamos venido a buscarla. Le ayuda a dormir, pero si se moja no servirá.

Las dos niñas dieron media vuelta y se dispusieron a alejarse de allí, abandonándola en su torbellino de confusión. Sin embargo, en el último momento, Ada se volvió hacia ella. En su mirada no había odio pero tampoco compasión.

—La nube negra es una encrucijada, una de las pocas que de verdad existe —dijo enigmáticamente la niña que nunca hablaba—. ¿Qué camino vas a tomar?

Un minuto o una hora después, Niara se descubrió a sí misma sola, tiritando en ropa interior sobre el suelo del bosque, sin saber cuánto tiempo llevaba allí sentada, y no estuvo segura de si Ada le había hablado de verdad o si solo había imaginado su voz en su cabeza.

134

Kersey no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado retenido en el calabozo. Podían haber sido diez minutos o diez horas. En lo que a él respectaba, el tiempo se había detenido cuando lo habían descubierto y esposado, impidiéndole cualquier posibilidad de intervenir en el curso de los acontecimientos.

Escuchó ruido de pasos al otro lado de la puerta blindada, que se abrió con un chasquido y un silbido neumático. Dos vigilantes entraron, lo agarraron como quien sujeta un fardo de ropa sucia y lo condujeron de malas maneras al ascensor de servicio.

Cuando se apearon en la planta baja y recorrieron los pasillos más señoriales de la mansión, Kersey supo sin asomo de duda a dónde lo llevaban. Iban a visitar al dueño de la casa, por supuesto. Estaba a punto de encontrarse con el Paulo Kersey más joven, el de hacía trece años, el que planeaba la fundación de un mundo sin percatarse de que estaba a punto de destruirlo.

Los soldados se detuvieron delante de la doble puerta labrada del despacho y uno de ellos llamó tímidamente con los nudillos. Una voz imperiosa, que no sonaba cansada a pesar de llevar toda la noche en vela, respondió.

—Adelante.

Todo resultaba más aparatoso de cómo lo recordaba: las paredes revestidas de madera sintética, las luces indirectas, las vitrinas con su colección de fósiles, la mesa del escritorio, ostentosa como una catedral gótica y elevada sobre una tarima para que el anfitrión disfrutara de una posición dominante.

Y allí estaba él, de pie al otro lado de la mesa, contemplándolo con indisimulado desprecio. Joven, calculador y absolutamente innacesible, poseído por el delirio paranoico del que se cree destinado a dejar su huella en el mundo.

—¿Habéis averiguado quién es? —preguntó a los vigilantes de seguridad.

—Estaba solo e indocumentado, señor —dijo uno de ellos, que parecía estar al mando—. Pensé que querría tratar este asunto en persona por… Bueno, por el parecido, señor.

—¿Y no se os ha ocurrido tomarle una muestra de ADN?

El vigilante se encogió en su armadura. Kersey podía leer en los gestos de su versión más joven como en un libro abierto. Estaba a punto de montar en cólera porque aquel insignificante guardia de seguridad se hubiera atrevido a compararlo con un indigente pero, al mismo tiempo, sentía una punzada de curiosidad por saber quién era ese intruso que tanto se parecía a él.

El Kersey joven descendió de la tarima como Zeus del monte Olimpo y se acercó a su versión más madura, disimulando con éxito su desconcierto a ojos de todos los presentes excepto a los del otro Paulo Kersey. Cuando estuvo a menos de un metro de distancia, frunció el ceño y dijo:

—¿Qué hace usted en mi casa?

Kersey habló con calma.

—La respuesta a esa pregunta es demasiado larga.

—¿Quién es usted? ¿O la respuesta también es demasiado larga?

El joven empezaba a perder la paciencia. Kersey podía recordar sin esfuerzo las tensiones a las que se había visto sometido aquellos días y cómo aquello había afectado a su capacidad de autocontrol.

—Estoy seguro de que ya lo sabes —respondió.

El Kersey joven lo observó como si lo mirase por primera vez, con el mismo punto de curiosidad de antes, y quizá también de temor. Tras unos segundos de silencio, se dirigió a los guardias.

—Déjenme a solas con él —ordenó.

—Pero, señor…

—¿No me han oído? ¡Fuera de aquí!

Los vigilantes se retiraron con diligencia y cerraron la puerta del despacho al salir. El Kersey joven no se movió ni un centímetro de su posición ni apartó los ojos del Kersey viejo.

—Sé lo que estás pensando —dijo el viejo en cuanto se quedaron solos. No había entrado en sus planes tratar de razonar pero, llegados a este punto, no perdía nada por intentarlo—. Crees que esto es una trampa, algún tipo de maquinación de tus enemigos con el fin de acercarse a ti con intenciones siniestras. Y lo que más te preocupa no es eso, sino ser incapaz de imaginar qué intenciones pueden ser esas. Piensas que tal vez intentaré atentar contra tu vida, ¿verdad? ¿Seré un ladrón, un espía que trata de averiguar tus planes para desbaratarlos? ¿Me habré infiltrado en tu casa para

desequilibrarte, para hacerte dudar, ya que me parezco tanto a ti como si fuéramos hermanos? ¿Y quién demonios me habrá enviado? ¿La gente del bosque, los salvajes de Lecaun, los espías de la expresidenta Onawa, los caciques de la Compañía?

Kersey pudo percibir la reacción de su yo más joven sin dificultad. Acababa de describir con exactitud sus procesos mentales, y eso lo confundía, lo enfadaba y lo asustaba todavía más. Y un Kersey confundido, enfadado y asustado era tres veces más peligroso.

—La respuesta a todas esas preguntas es a la vez muy simple y muy compleja —continuó sin darle un respiro—. Estoy seguro de que la intuyes. Yo mismo, es decir, tú, me has enviado aquí. Porque en el futuro viajarás en el tiempo. ¿O debería decir viajaremos? Sé lo que piensas porque yo soy tú, aunque algunos años más viejo, y espero que también más sabio. Y he venido a advertirte.

Eso no era del todo cierto. Había venido con una intención muy distinta. Pero ahora, desarmado y descubierto, no podía hacer otra cosa que tratar de ganar tiempo y de lograr lo imposible: convencer a su yo más joven con palabras.

El Kersey joven sonrió ante la última afirmación. Fue una sonrisa tan fría como la de un fósil de dinosaurio.

—¿Convencerme de qué?

—También lo sabes —dijo el Kersey viejo con suavidad—. Siempre lo has sabido. En el fondo de esa mente corrompida por tus grandiosos planes, siempre has dudado de que lo que estabas haciendo fuera lo correcto. Vas a destruir las vidas de miles de personas. Vas a inducir la decadencia de la colonia hasta un extremo del que es posible que nunca se recupere. Y, sí, vas a hacer daño a la persona que más quieres.

El cuerpo del Kersey joven se tensó. La sonrisa de reptil se borró de su rostro. Por un momento, un pánico negro estuvo a punto de derribarlo contra el suelo.

—¿Qué demonios estás insinuando?

Kersey supo que había sido un error mencionar, aunque fuera de manera implícita, a Trisha. Si alguna vez había tenido alguna oportunidad de convencer a su versión joven, acababa de tirarla por el retrete.

—Nada de lo que diga podrá hacerte cambiar de opinión, lo sé,

y aun así debo intentarlo. Mañana por la mañana la situación se descontrolará muy rápido. Crees que puedes dominarla, pero no puedes. Ocurrirán cosas terribles. Recuérdalo mañana, cuando estés al mando de tus tropas en mitad de la calle y nada salga como habías planeado. Al principio solo fue un pequeño detalle, esa doctora díscola que se empeñaba en no dejarse atrapar, pero esa bola de nieve ha estado creciendo a tus espaldas sin que te dieras cuenta y mañana te estallará en la cara. ¿Y sabes lo peor? Que también se la llevará a ella por delante.

—¡Guardias! —gritó Kersey, lívido de rabia—. ¡Guardias!

—Sé que no quieres oírlo, pero es lo que sucederá.

Los vigilantes entraron en tromba en el despacho.

—¡Sacadlo de aquí!

—¡Se la llevará a ella! —insistió el Kersey más viejo mientras los soldados lo arrastraban hacia la salida—. ¡A ella y a miles de inocentes! ¡Tu colonia perfecta no existe! ¡No existe!

El Kersey joven estaba fuera de sí.

—¡Sacad de aquí este pedazo de mierda! ¡Quitadlo de mi vista!

Kersey aún gritaba y pataleaba mientras los guardianes lo arrastraban fuera del despacho.

—¡Ella morirá! ¡Ella morirá por tu culpa y tendrás una larga vida para lamentarlo!

135

Trisha Kersey acababa de escaparse de sus aposentos.

No es que en ellos no dispusiera de espacio o de diversiones. Su habitación tenía el tamaño de un campo de deportes mediano y estaba comunicada con la sala de juegos, el holocine privado y la piscina climatizada. Los sirvientes le subían la comida puntualmente y charlaban con ella un rato antes de retirar los platos y cerrar la puerta con la llave electrónica. Pero se sentía atrapada desde su llegada a Kepler, y cuando vio a todos esos soldados llegar en tropel al jardín y formar en ordenados pelotones con tanta prisa, decidió que no permanecería ni un minuto más en aquella habitación mientras afuera el mundo entraba en ebullición. Tenía que verlo de cerca, oírlo, tocarlo.

Salió por el conducto de ventilación, que en la piscina era lo suficientemente espacioso como para permitirle desplazarse hasta el salón, más allá de la zona en la que su padre la había confinado desde el día anterior. Acababa de colocar de nuevo la rejilla en su sitio cuando oyó ruido de pasos en el pasillo que conducía al despacho privado de su padre.

Apenas tuvo tiempo de esconderse debajo de la enorme mesa del salón, esa que su padre había hecho traer de la Tierra y que jamás había sido usada, antes de que dos vigilantes corpulentos y armados hasta los dientes, con esos cascos oscuros que les cubrían la cara y les daban aspecto de insectos gigantes, pasaran por su lado arrastrando a un hombre delgado, barbudo y muy rubio, tan rubio que su cabello parecía casi blanco.

Pudo oír a su padre gritando desde su despacho.

—¡Sacad de aquí este pedazo de mierda! ¡Quitadlo de mi vista!

Su padre parecía tan asustado y, al mismo tiempo, tan fuera de sus cabales, que sintió un escalofrío. Lo había visto otras veces así: el día que se había caído por las escaleras y se había roto un brazo cuando tenía seis años, o la misma noche anterior, cuando la había sorprendido hurgando en uno de los almacenes.

El hombre del pelo tan rubio que parecía casi blanco aullaba y pataleaba mientras los guardianes lo arrastraban por el pasillo.

—¡Ella morirá! ¡Ella morirá por tu culpa y tendrás una larga vida para lamentarlo!

Y entonces Trisha tuvo una sensación muy extraña, porque, durante un momento, le pareció que el hombre del pelo tan rubio que parecía casi blanco era su padre y que el que estaba dentro del despacho era un impostor.

Atisbó entre las patas de las sillas para tratar de ver mejor al prisionero, pero los soldados ya se alejaban a toda prisa. La puerta del despachó se cerró con un golpe. Tim, el duendecillo mágico que vivía dentro de su bolsillo, le susurró lo que debía hacer a continuación. Saldría al jardín para ver al ejército como había planeado, sí, aunque antes echaría un vistazo en el calabozo para ver quién era ese hombre de pelo tan rubio que parecía casi blanco, ese hombre que por un momento había sido su padre.

El miedo había desaparecido de su mente. Una vez más, solo la llama inquieta de la curiosidad alumbraba sus pasos.

136

Niara Queen caminaba como una autómata por el bosque, cerca del río, tratando de localizar el lugar donde el piloto del aerodeslizador contratado por Koreander la había dejado el día anterior. Había amanecido hacía un par de horas, quizá tres, y las palabras de Ada seguían girando en su cabeza. ¿No debería dar un paso atrás, salir del escenario por la puerta trasera de aquella historia? ¿No era eso lo que siempre había querido hacer, en realidad? Olvidarse de todo y de todos, acodarse en la barra del bar más infecto que hubiera por los alrededores y emborracharse hasta perder el conocimiento. Había cambiado eso por una vida ordenada y cautelosa porque pensaba que se lo debía a ellas, a Ada, a Eyre, a Amdahl y a todos los que habían muerto del modo más estúpido en Kepler.

Sin embargo, no se le escapaba que aquella idea la conducía sin remedio a un razonamiento circular: si se quitaba de enmedio y dejaba que los acontecimientos siguieran su curso sin intervenir, y como resultado todas las cosas terribles que iban a suceder en las próximas horas volvían a ocurrir, nunca se lo perdonaría. Tal vez la otra Niara, la que era trece años más joven y que en aquellos momentos debía de estar intentando llamar la atención de Cornelia Affrika para entrar en la ciudad, consiguiera llegar hasta la *Flying Dutchman* y regresar al siglo XXI para comenzar de nuevo, pero para ella, la Niara de cincuenta y tantos años, aquel era un viaje solo de ida. Cuando atravesó aquel portal abierto bajo el desierto de Chalbi ya fue consciente de ello. ¿Qué podía hacer ella otra vez de regreso en el año 2022, conviviendo con la otra Niara más joven? ¿Qué podía aportar, excepto años de cansancio y decepciones? No, no regresaría. Se quedaría allí, en Kepler, pasase lo que pasase, y subsistiría o se derrumbaría con aquel planeta. ¿Y cómo podría vivir sabiendo que, tal vez, podía haber intentado hacer algo para evitar la masacre del Oldtown pero, en el último momento, se había apartado a un lado por un ataque de escrúpulos? ¿Podría alguien seguir adelante con algo como eso sobre su conciencia?

Ada había dicho que ella traía la nube negra consigo, pero

también que se hallaban en una encrucijada, en uno de esos puntos de inflexión en los que uno realmente tenía que tomar decidirse por un camino. ¿Y qué camino podía tomar ella excepto insistir hasta el final, terca como una mula? Aún le quedaba una última oportunidad, la que pasaba por conectar la máquina al generador principal de Elcano antes de que la matanza comenzase, y estaba dispuesta echar el resto en ese empeño.

Si lograba acceder a las instalaciones subterráneas, las que se ocultaban bajo la gran aspa luminosa que los aldeanos de Lecaun tomaban por un símbolo divino, y conseguía que la máquina funcionase… Bueno, solo esos mismos dioses inexistentes sabían lo que ocurriría a continuación. La máquina debería disipar la nube negra que Ada veía extenderse sobre el futuro. Era una esperanza débil y con demasiados cabos sueltos, pero, como todos los náufragos, Niara estaba dispuesta a agarrarse a cualquier cosa que flotase en el agua. De modo que continuó buscando el claro donde el aerodeslizador había aterrizado… ¿Cuándo había ocurrido aquello? ¿Habían pasado 24 o 48 horas? Los días se le emborronaban en la memoria.

Sacudió la cabeza y se concentró en el problema más inmediato: entrar en Elcano. No era tarea fácil: la barrera de plasma rodeaba todo el perímetro salvo por la zona de El Torrente, donde la fuerza del agua y lo abrupto del terreno convertían en un suicidio cualquier intento de colarse en la ciudad. De modo que había hablado con Koreander hacía unos minutos por el intercomunicador cifrado que el anciano le había proporcionado. El aparato, por suerte, había vuelto a funcionar después de secarse durante la noche. El viejo era consciente de la premura de la situación y le había asegurado que le enviaría enseguida algún medio de transporte para trasladarla a Elcano de forma rápida. Acordaron que el piloto la recogería en el claro. Si conseguía encontrarlo, desde luego.

Transcurrió otra media hora exasperante hasta que lo localizó. Las marcas del aerodeslizador que la había llevado hasta allí hacía 24 o 48 horas eran sutiles pero aún visibles: algunas ramas rotas o los socavones —ahora inundados— producidos por los soportes del aparato al tomar tierra. El perfil de los árboles también le resultó familiar. Sí, sin duda sería allí donde Koreander enviaría el

transporte.

Sin embargo, de momento no había ni rastro de ningún aerodeslizador. Y el tiempo seguía transcurriendo, siempre en su exasperante viaje hacia el futuro a su velocidad lenta pero constante, segundo tras segundo, acumulando víctimas a su paso.

Un planeta en la encrucijada y ella allí, atrapada, sin poder hacer nada al respecto.

Masculló una maldición entre dientes y se sentó en una piedra a esperar bajo el diluvio.

137

Kersey murmuraba entre dientes mientras caminaba de un lado a otro del calabozo donde habían vuelto a encerrarlo. ¿Qué hora debía ser? Probablemente ya había amanecido al otro lado de los muros de la mansión.

Había esperado demasiado. En su fuero interno, siempre contó con que Niara tuviera éxito. Sí, eso era. Había confiado ciegamente en ella porque otras veces había logrado salir del atolladero, pero Kepler le venía demasiado grande.

Tendría que haber actuado hacía muchos días, cuando su presencia aún pasaba inadvertida en la mansión. Entonces hubiera sido fácil preparar una encerrona por sorpresa en el despacho, o en el gimnasio, por donde el Kersey joven solía pasar antes de acostarse para relajar el cuerpo y tonificar los músculos. Allí podría haber entrado a hurtadillas, cerrado la puerta y… Bueno, y hacer lo que tenía que hacer.

Ni siquiera era capaz de pronunciar la frase para sí mismo, en el interior de su mente. Utilizaba circunloquios como *hacer lo que tenía que hacer* para no llamarlo por su nombre.

Asesinato. Suicidio. Esas eran palabras mucho más exactas.

Había regresado a Kepler para matarse.

En cuanto construyó esas palabras en su cabeza, comprendió la verdad: había postergado el momento porque tenía miedo. ¿Cómo puede alguien atentar contra su propia vida y salir indemne del intento? Aunque fuera la vida de su yo del pasado. ¿O era su yo del futuro? ¿Qué pasaría con él, con el Kersey de casi cincuenta años que se escondía en un almacén de su propia casa? ¿Se desvanecería de pronto si el Kersey joven moría? ¿Desaparecería sin más, incluso de la memoria de los que le habían conocido, como si nunca hubiera existido? ¿Desaparecerían también sus obras, aquella mansión, su colección de fósiles, su propia hija? Porque nunca hubieran podido existir si él no hubiera estado allí, ¿verdad?

Sí, tenía miedo, y por eso había aplazado el momento hasta que se había hecho demasiado tarde. Echarle la culpa a Niara Queen solo era una forma cobarde de no asumir la responsabilidad de sus

actos. Fue dolorosamente consciente de ello encerrado en la penumbra del calabozo, esos calabozos que él mismo había hecho construir en el segundo sótano de la mansión, cerca de la sala de control desplegada para dirigir desde allí la última fase de su asalto al poder.

No había forma de escapar de ese calabozo, lo sabía bien: él había supervisado personalmente las últimas fases de la construcción. No existía ninguna salida, excepto la puerta por la que lo habían arrastrado al interior y que se aseguraba desde fuera con una cerradura electrónica, y el conducto de ventilación, tan estrecho en aquel lugar que ni siquiera un niño pequeño podría arrastrarse por él. Un par de jergones en un rincón y un cuarto de aseo en el otro completaban la estancia. Las paredes grises de aleación de grafeno, prefabricadas y enterradas bajo el suelo del sótano a más de cinco metros de profundidad, eran prácticamente indestructibles.

Estaba allí atrapado, y eso significaba que su yo más joven, el Paulo Kersey ofuscado y ciego, el que había convertido su asalto al poder en una tarea mesiánica con la que pretendía salvar aquel mundo, tendría vía libre para reunir a sus tropas y lanzar el ataque definitivo contra las últimas bolsas de resistencia, los soldados rebeldes que comandaba Cornelia Affrika, que a aquellas alturas ya habría consumado su delito de sedición.

Y, atrapada en mitad de la refriega, Trisha moriría otra vez.

La impotencia le hizo apretar los puños hasta que las uñas se le clavaron en la piel. Se esforzó por mantener la calma, aunque hubiera querido gritar y patalear. Necesitaba usar la cabeza para encontrar una solución desesperada. Barajó la idea de engañar a los guardias para que abrieran la puerta y la desechó enseguida: no habría ningún guardia en el pasillo al que tratar de engañar. Los calabozos estaban automatizados y resultaban por completo autónomos, y el Kersey joven jamás apostaría allí a un par de vigilantes de manera innecesaria.

Aún trataba de encontrar una solución a aquel problema irresoluble cuando la cerradura de la puerta se abrió con un chasquido.

Kersey solo tardó un segundo en reaccionar. Sabía que, probablemente, no tendría otra oportunidad. Cerró los puños y

tensó todos los músculos del cuerpo, dispuesto a saltar sobre su carcelero sin concederle tiempo para pensar.

La puerta se deslizó en silencio a un lado y Kersey saltó hacia la figura que se recortó en el umbral.

Detuvo su brazo en el último segundo, cuando ya iba a descargar su puño contra el intruso. Había algo fuera de lugar en aquella figura: no vestía el uniforme reglamentario, ni iba armado, ni tenía la estatura mínima requerida para ser un vigilante.

Se alejó unos pasos, estupefacto. En la puerta de la celda, mirándolo con los ojos abiertos como platos, estaba su hija Trisha.

138

La niña fue la primera en romper el silencio.

—¿Qué te ha pasado?

Kersey movió los labios para hablar pero no consiguió articular ningún sonido. Por fin, sus músculos se relajaron, dio dos pasos torpes hacia su hija y la abrazó.

La niña permaneció inmóvil un instante, quizá sorpendida por aquella efusividad, aunque enseguida reaccionó y le devolvió el abrazo.

—¿Qué te ha pasado? —volvió a preguntar, aunque esta vez el tono quería decir: «¿Por qué me abrazas como si hiciera años que no me ves?».

¿Qué podía responderle? ¿Que era cierto? ¿Que habían pasado trece años desde que había notado tan cerca el calor de su piel o el olor de su pelo? ¿Que la última vez que la había sostenido en brazos fue en un recuerdo nebuloso de horror y sangre, mientras su cadáver se enfriaba entre sus manos?

La niña se separó y volvió a mirarlo con aquellos ojos rebosantes de curiosidad.

—Tú no eres él —dijo, y Kersey pensó que era el mejor resumen que jamás nadie podría hacer de la situación.

—Soy tu padre, y también lo es el otro —dijo.

—Pero no puedo tener dos padres.

—Y no los tienes. Yo soy él y él es yo.

Trisha meditó en ello un momento antes de concluir con desparpajo:

—Tú estás más viejo.

Kersey la contempló, maravillado de tenerla allí delante, con toda su ingenuidad y perspicacia intactas, con esa capacidad para la franqueza que solo los niños poseen y que inevitablemente pierden en el camino de la madurez.

La niña pareció dar por concluida la fase del interrogatorio en la que se preguntaba por qué su padre estaba en dos sitios a la vez y, con la capacidad para aceptar lo imposible que también es genuinamente infantil, pasó al otro fenómeno que la intrigaba.

—¿Y quién te ha encerrado aquí?

Kersey sonrió.

—¿No te lo imaginas?

—Mi otro papá —bufó Trisha mientras negaba con la cabeza—. Últimamente hace muchas tonterías. No le digas que te he soltado yo, ¿eh?

Kersey sintió que el nudo de su garganta se apretaba hasta casi impedirle hablar. Hizo el gesto de cerrarse una cremallera imaginaria sobre los labios y lanzó la llave lejos.

A la niña se le iluminó el rostro con una ocurrencia de última hora que debió de parecerle una idea maravillosa.

—Conozco un camino para salir a la calle —dijo—. ¿Quieres acompañarme?

Kersey se abalanzó sobre ella con tanto ímpetu que la niña se asustó y retrocedió un paso. La cogió del brazo con demasiada fuerza.

—¡No! —le gritó—. No debes salir.

—Suéltame. Me haces daño.

—¡No debes salir por nada del mundo! Hoy no, ¿me oyes? Van a pasar cosas terribles ahí afuera.

—Ahora hablas como él. —Trisha parecía asustada—. ¡Suéltame!

Kersey aflojó la presión de los dedos y la niña consiguió zafarse.

—Escucha —dijo Kersey—. Saldremos mañana, cuando todo haya…

Pero Trisha tenía los ojos anegados en lágrimas y se frotaba el brazo dolorido.

—Eres como él, siempre diciéndome lo que tengo que hacer.

—Trisha, yo no…

—¡Eres igual que él! ¡Déjame en paz!

Dio media vuelta y echó a correr por el pasillo. Kersey tardó un instante en reaccionar y seguirla. No quería perderla de vista, y mucho menos volver a asustarla. Cuando quiso alcanzarla, el rumor de los pasos de la niña ya se alejaba por los recovecos del sótano y Kersey estuvo seguro de que no le haría caso tampoco esta vez. Volvería a escaparse. Volvería a escaparse y volvería a estar allí, en el lugar equivocado y en el momento inoportuno.

Con esa clase de certidumbre que solo se tiene unas pocas veces

en la vida, Kersey supo que lo último que vería de su hija con vida serían esos ojos anegados en lágrimas y cargados de miedo y decepción.

139

«Algo le ha ocurrido a Koreander», pensó Niara mientras caminaba de un lado a otro del claro como un animal enjaulado. El puñetero viejo sabía mejor que nadie lo que estaba en juego y el poco tiempo de que disponían. ¿Por qué tardaba tanto? Manejaba todos los resortes de Ciudad Paraíso, conocía a todo el mundo y todo el mundo le debía favores. Encontrar un modo de colarla en Elcano no era más que un juego de niños para él.

Pero el tiempo pasaba y allí no aparecía nadie.

Trató de contactar de nuevo con él para acordarse de todos sus antepasados. Cuando el comunicador del viejo le respondió con un zumbido se preocupó más todavía. Tal vez había tenido un accidente. No se podía decir que estuviera en plena forma, precisamente. Podía haber sufrido una embolia, o un paro cardíaco, o simplemente haberse roto una pierna mientras buscaba ayuda. Podía estar tirado en mitad de la calle 33 sin que nadie le prestara atención, solo un puñado de harapos sucios que alguien hubiera abandonado allí mismo. Con lo que se estaba cociendo en Elcano, ni un alma se fijaría en él hasta que fuera demasiado tarde.

Grupos organizados debían de estar recorriendo en ese mismo momento las calles de la colonia, sobre todo las de Ciudad Paraíso, dedicados al pillaje más que a la revolución. Y tampoco faltarían los verdaderos revolucionarios, los que ya no tenían nada más que perder, ni los enganchados al xerum en las últimas fases de su adicción, víctimas de las alucinaciones violentas. Un cóctel explosivo cuidadosamente preparado por Paulo Kersey para eliminar cualquier vestigio de oposición en el gobierno local y aparecer ante los colonos y ante la propia Compañía como el salvador proverbial que él imaginaba ser.

Y, en mitad de ese cóctel explosivo, ¿cómo iba un viejo achacoso a encontrar un aerodeslizador y un piloto para acudir a buscarla? Esta mañana, precisamente esta mañana, eso era una tarea imposible, incluso para Koreander.

Y, entonces, ¿qué alternativas le quedarían al viejo? Buscaría otro medio de transporte, quizá alguno terrestre. ¿Y cómo

localizaría el piloto aquel claro entre miles de hectáreas de bosque? Sería como buscar un microchip en un nido de cucarachas.

Tenía que hacer algo para que Koreander, o quien fuera que el viejo enviara a buscarla, la encontrase sin tener que dar vueltas por los alrededores durante horas. Giró sobre sí misma, estrujándose el cerebro para obligarlo a pergeñar una idea. Allí solo había árboles, matorrales, helechos: el paisaje habitual de un bosque subtropical. Urgó en el interior de su mochila, apartando la máquina, hasta que palpó con los dedos la forma angulosa de la caja de cerillas.

Demonios, si podía secuenciar el ADN de una proteína extraterrestre, no podía ser tan difícil encender una maldita hoguera en mitad de un maldito bosque. Un hoguera que proyectase una columna de humo tan espesa que pudiera divisarse desde muchos kilómetros de distancia.

Aliviada por tener algo en lo que ocuparse que no fuera mirar insistentemente al cielo a la espera de que alguien viniera a buscarla, localizó un poco de madera razonablemente seca al abrigo de los troncos más gruesos y la amontonó en el centro del claro. También localizó un poco de hongo yesquero. Luego sacó la caja de cerillas y frotó una contra el papel de lija del lateral. Aquella imperecedera tecnología bañó sus manos con una lluvia de chispas casi mágica. Tuvo que usar otras dos cerillas más hasta que la yesca comenzó a arder.

Quince minutos después, una hermosa fogata ardía en el centro del claro. Niara, agotada y magullada, contempló como el agua proveniente del corazón de la madera húmeda se evaporaba en una columna de humo blanco que se perdía en las nubes como un vértice geodésico. Si aquello no revelaba su posición a cualquiera que pasase cerca de allí, ninguna otra cosa lo haría.

140

¡Estúpido, estúpido, estúpido!

Se había comportado como un auténtico estúpido.

Tantos años echándola de menos, deseando poder verla aunque fuera solo un minuto, y cuando había tenido la oportunidad lo había echado todo a perder. A una persona como Trisha no le podías ordenar que te obedeciera y confiar en que agacharía la cabeza y acataría tus órdenes. Ella era un espíritu libre y lo máximo que podrías obtener a cambio era una mentira piadosa.

En cuanto te dieras media vuelta, haría exactamente lo que le pareciera correcto, independientemente de tus órdenes.

Kersey subió a la planta baja y se dirigió hacia el jardín. No se molestó en ocultarse y algunas cámaras de seguridad debieron captarlo, pero no le importó. Nadie estaba realmente vigilando esas cámaras en aquel momento, porque todo el mundo se encontraba en la gran explanada del jardín. Podía oír el rugido de una voz poderosa y amplificada electrónicamente al otro lado de los ventanales, donde una multitud de soldados en perfecta formación abarrotaba todo el espacio disponible.

—Y yo os pregunto: ¿lo vais a permitir? ¿Vais a permitir que esos salvajes se salgan con la suya? —decía esa voz, una voz que era la suya aunque a él le parecía que surgía de la garganta de un desconocido que se empeñaba en suplantarlo—. ¿Vais a permitir que lo que sucedió ayer en Ciudad Paraíso se extienda por todos los distritos, por Challenger, por Robinson, por la calle donde viven vuestras familias, por el colegio de vuestros hijos? ¿Vais a permitir que una horda de salvajes sin honor ni ley ni moral entren en vuestras casas y os despojen de todo lo que tanto esfuerzo os ha costado conseguir?

Llegó a la puerta del jardín cuando el otro Kersey hacía una pausa dramática en su perorata. Tuvo que detenerse en el umbral para que nadie lo viera, parapetado tras el muro de un cenador a medio construir, y escuchar con infinito horror las últimas frases de aquel enajenado. Un enajenado que era él mismo, que seguía viviendo dentro de él, como había comprobado hacía unos minutos,

en el calabozo, cuando había agarrado a su hija con tanta fuerza y le había hablado de tal modo que la había empujado a huir despavorida.

—¡No! ¡Yo sé que no lo permitiréis! —bramó la voz—. Porque sois el Cuerpo de la Guardia Colonial y defenderéis una vez más la civilización frente a la barbarie. ¡Vamos a asestar el golpe definitivo ahora que el enemigo está caído en la arena! ¿Quién está conmigo?

El grito que surgió de dos mil gargantas fue ronco y ensordecedor y, en muchos sentidos, inhumano. Kersey, desde su escondite, observó fascinado como la tropa efervorizada, hipnotizada por las palabras, gritaba y aullaba como una bestia mitológica. Si no hubiera estado tan estremecido por ese espectáculo y hubiera desviado su mirada hacia arriba, habría visto a Trisha a punto de caerse del árbol al que se había encaramado cuando, instintivamente, tuvo que taparse los oídos con las dos manos.

Los vítores cesaron, y la multitud se puso en marcha con un rugido de terremoto, despacio al principio, ganando velocidad después. Kersey permaneció escondido todo ese tiempo y solo cuando el último vehículo blindado desapareció por el portón exterior corrió en dirección a la calle ocultándose entre los setos como un salteador de caminos.

Ofuscado con la idea de detenerse a sí mismo antes de desatar el infierno, tampoco en esa ocasión se fijó en la niña que lo miraba con curiosidad alejarse de allí, aún aferrada a la rama de un árbol. La pequeña permaneció en esa posición un rato más después de que Kersey hubiera desaparecido de su vista, y solo entonces, muy despacio, bajó al suelo y se escabulló por uno de los huecos del muro que separaba la mansión del resto de la ciudad.

140

Kersey atravesó el portón con cautela por si algún soldado permanecía allí apostado.

Al cruzar el umbral y poner un pie en la calle, pegó la espalda al muro de piedra artificial que marcaba la frontera entre el universo seguro y predecible de la mansión y el mundo hostil y peligroso del exterior. Escondiéndose entre las ramas de hiedra negra que abrazaban el muro, se asomó a un lado y a otro. La calle que conducía al Oldtown, una carretera de asfalto vinílico suspendida unos centímetros sobre el suelo musgoso del bosque, estaba desierta y casi refulgía en la grisura del paisaje. Aún no existían apenas construcciones en aquella parte de la colonia y si se había construído una carretera en un lugar tan deshabitado era gracias a su influencia en el Consejo. Las huellas de los soldados y de los vehículos blindados se distinguían a la perfección en la blanquecina superficie que parecía plástico líquido, pero muy pronto los polímeros autorreparables terminarían de remover la suciedad y expulsarla hacia los laterales, desde donde caería al suelo embarrado.

Su misión estaba clara en su cabeza: iba a enfrentarse a su yo más joven y detenerlo, aunque estuviera rodeado de dos mil soldados armados hasta los dientes. Inhaló aire profundamente en un último intento por infundirse valor y dio un primer paso hacia el centro de la ciudad.

Lo que vio al enfilar el camino casi le hizo gritar y caerse al suelo. Aquel fantasma había aparecido de la nada. Un momento antes, esa figura encorvada y apenas humana no estaba allí. Algo se agitó entre los harapos malolientes que la envolvían y un dedo huesudo, rematado en una uña larga y astillada, asomó entre los pliegues como la cabeza de una tortuga, se elevó, tembloroso, en el aire y se clavó en su pecho.

—La doctora Queen le necesita —anunció Koreander con su voz marchita—. Para eso ha venido, ¿no es así, Paulo? Ha llegado la hora de la verdad.

141

Kersey volvió a colarse en la mansión casi al mismo tiempo que Trisha escapaba por el agujero tras el manzano. Fue un milagro, o tal vez la última baza de las fuerzas caprichosas del destino, que no se encontrasen en el trayecto.

Recorrió los jardines de regreso a la casa, ocultándose una vez más entre los setos. Fuera quien fuera aquel viejo espantapájaros, había dado en el clavo. Él ya había pensado en aquella solución, desde luego, pero se la había negado a sí mismo. Le daba miedo volver a utilizar aquel trasto. Le daba miedo convertirse en el otro tío. Su fugaz encuentro con Trisha le había recordado lo delgada que era la línea que lo separaba de él.

Sin embargo, el viejo había sido muy convincente. Era el único modo de enfrentarse consigo mismo con garantías de éxito. El otro día había estado muy cerca de aquello, cuando había llegado hasta la puerta de su gimnasio particular. Allí lo escondía, tras una compuerta disimulada en la pared. Un poco abollado después de la última excursión por el bosque, de acuerdo, aunque lo suficientemente funcional como utilizarlo una última vez.

La seguridad dentro de la casa seguía bajo mínimos: apenas unos cuantos bots de vigilancia, además de las cámaras, cuya ubicación recordaba bien y le resultó fácil burlar. Llegó a la puerta del gimnasio subterráneo sin ser detectado. El control de acceso biométrico no tuvo problemas en reconocerlo como Paulo Kersey, dueño y señor de aquellos aposentos. La puerta se abrió con suavidad y las luces se encendieron a su paso.

Todo estaba como lo recordaba: los bancos de trabajo pulcramente alineados, la ducha al fondo, el vestuario siempre a punto con una muda de ropa y toallas limpias. Y, en una pared lateral, la compuerta de metal oscuro sin ninguna identificación.

Se dirigió hacia ella mientras lo invadía algo que se parecía mucho a la aprensión. ¿Realmente él había utilizado aquel trasto para hacer todas aquellas cosas en otra vida? ¿Quién había sido aquel tipo que se paseaba por los peores barrios de las peores ciudades de la Tierra luchando contra el crimen y aquilatando su

ego? Apoyó el dedo índice sobre el interruptor de la pared. Los sensores leyeron su huella dactilar, detectaron el calor de su cuerpo y la huella química de sus feromonas, tan característica de cada persona como su ADN. La compuerta se abrió con un zumbido.

Al otro lado, entre volutas de vapor, la silueta de un siniestro gigante de metal brilló en la oscuridad del armario. El exoesqueleto de combate esperaba pacientemente su última actuación ante el público.

143

Niara miraba fijamente la columna de humo blanco que se elevaba por encima de las copas de los árboles, esperando que, en cualquier momento, el zumbido de las turbinas de algún vehículo, el que fuera, silenciara el chisporroteo de la hoguera. Había alimentado el fuego repetidamente durante los últimos… ¿Cuántos? ¿Veinte, treinta minutos?

Suspiró y lanzó contra las llamas, casi con rabia, una gran rama de roble medio podrida que debía hacer muchos meses que se había desprendido de su tronco. Las brasas revolotearon por el aire, evaporándose en volutas que se unieron a la chimenea principal.

Entonces un chasquido la hizo bajar la mirada. Le había parecido que provenía de entre los árboles. Tal vez uno de aquellos escalpelos andaba por allí acechando. A aquellas alturas de la mañana, Ada ya debía estar en la comandancia de Elcano, y los demás niños del bosque habían pasado toda la noche en los calabozos, de modo que, pensó Niara con un escalofrío, nada impedía que criaturas como los escalpelos volvieran a reclamar sus dominios. Los niños del bosque los mantenían a raya: habían llegado a una especie de pacto no escrito, una sinergia silenciosa que ni Niara ni nadie más en la colonia se habían molestado en tratar de comprender hasta que había sido demasiado tarde. Pero ahora los niños no estaban.

La hoguera chisporroteó una vez más, y durante un momento creyó que el ruido había sido producto de su imaginación. Fue justo antes del segundo chasquido: el crujido inconfundible de la madera al quebrarse. El tercer sonido le llegó casi de inmediato. Fuera lo que fuera, se estaba acercando.

Retrocedió. Aquel sí que iba a ser un remate glorioso para la misión más desastrosa de la historia: devorada en mitad del bosque por un escalpelo, o algo peor, sin haber conseguido ni uno solo de sus objetivos.

El estrépito de madera astillándose se hizo más intenso y más continuo. Parecía como si una apisonadora se dirigiera en línea recta hacia ella. Retrocedió un poco más y miró alrededor,

buscando un lugar donde esconderse. No tendría tiempo de trepar a uno de los árboles, si es que sus rodillas y su espalda le permitían hacerlo. Cogió una de las ramas que se consumían en la hoguera por el extremo que aún estaba frío y la sostuvo delante de ella. No resultaba gran cosa frente a un escalpelo, aunque tal vez aquellas criaturas le tuvieran miedo al fuego.

El sonido de la destrucción siguió incrementándose. El suelo vibró bajo sus pies. Fuera lo que fuera lo que se acercaba al claro, era condenadamente grande. Sintió un deseo urgente y casi irrefrenable de soltar la rama y huir de allí, pero ¿a dónde podría ir? Al ritmo que aquella cosa se acercaba, le pasaría por encima en menos de diez segundos.

Distinguió un movimiento entre la espesura. El fragor de destrucción se hizo insoportablemente intenso y ahogó cualquier otro sonido. Vio trozos de madera, fragmentos de plantas y terrones de barro que se desperdigaban hacia los lados, empujados por una fuerza incontenible. Una sombra oscura se perfiló a poca distancia. Niara dio otro paso atrás, tropezó y estuvo a punto de caer en su propia hoguera.

El gigante de hierro se detuvo en el límite del claro y bajó los brazos. Los rifles de pulsos que se habían abierto paso por las bravas entre la vegetación aún humeaban. La visera se descorrió con un zumbido y Kersey echó un vistazo admirativo a la fogata.

—Tengo que reconocer que siempre has sabido cómo llamar la atención —dijo.

Niara lo miró, incrédula, tratando de decidir si este era el Kersey ególatra y peligroso o el otro, el Kersey que ella conocía y que, de ningún modo, podía estar allí.

—Tú…

—Sí, yo.

—Pero… ¿cómo?

—Oh, vamos. Os seguí a ti y a Alexandra a través del portal. No fue tan difícil.

—¿Y todo este tiempo has estado…?

—No es momento de explicaciones —la interrumpió Kersey por tercera vez—. Te lo cuento por el camino. Ahora tenemos que largarnos.

Niara levantó los brazos, tratando de asimilar la situación.

—Un momento, un momento. Al menos dime cómo has sabido que estaba aquí.

—Un amigo tuyo me dijo que esperabas un transporte en esta zona, y tu hoguera brilla en el espectro infrarrojo como una supernova. Ha sido pan comido.

—¿Un amigo mío?

—Sí, un tipo que parece una momia egipcia envuelta en una cama sin hacer.

—Koreander. ¿Y por qué te envía precisamente a ti? ¿Cómo sabía que estabas en Kepler?

—¡Y yo qué sé! Tú eres la que se codea con gente siniestra. ¿Nos vamos ya?

Niara se palmeó las manos.

—Está bien, basta de cháchara —dijo—. Hay mucho que hacer y muy poco tiempo. ¿Cómo piensas llevarme hasta Elcano con ese trasto?

144

En aquel mismo momento, Trisha Kersey avanzaba con sigilo por las calles desiertas del Oldtown. El espectáculo de aquel ejército desfilando por la ciudad era demasiado sugestivo como para resistirse. No pasaría nada por salir a curiosear un rato, pensó, siempre que estuviera de regreso a la hora de la comida y ninguno de los sirvientes de la casa se diera cuenta.

Al doblar una esquina, se topó con otras dos niñas. Una parecía más o menos de su edad y la otra algo más pequeña. Estaban sucias y despeinadas, aunque eso no suponía ningún problema para Trisha. Lo importante era que se trataba de dos niñas y estaban delante de ella.

—¡Hola! —les dijo—. ¿Habéis visto el desfile?

Ada y Eyre se miraron antes de encogerse de hombros. Trisha estaba tan eufórica que no reparó en su aspecto asustado.

—Un desfile de soldados —añadió con entusiasmo—. Se han ido en aquella dirección. Venid, puedo enseñároslo si queréis.

145

El generador estaba ubicado a más de un kilómetro al sur del Oldtown, en campo abierto, rodeado de los inútiles captadores que se habían instalado allí hacía diez años en un optimista intento por utilizar la luz solar como fuente primaria de energía de la colonia y reservar el reactor de fusión fría solo para emergencias. La palabra «fría» era engañosa, desde luego. Solo significaba que la fusión no tenía lugar a temperaturas de varios miles de millones de grados, como en el interior de una estrella, sino a unos modestos mil quinientos grados centígrados. El aire caliente e ionizado escapaba por la rejilla de refrigeración en forma de aspa y la hacía brillar de día y de noche, confiriéndole un aspecto casi mágico.

El acceso a las instalaciones subterráneas, ubicado a doscientos metros del aspa, era, en comparación, mucho más prosaico: una construcción en forma de prisma que parecía una caseta de obra con un discreto pero efectivo sistema de control de acceso. La pareja de soldados que hacían guardia a los lados de la puerta completaban eficazmente el sistema de seguridad. Ni siquiera el conato de guerra civil que azotaba la ciudad aquella mañana había disuadido a sus superiores para tener el detalle de enviarlos a otra parte y dejar a Niara el camino libre.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó Kersey.

Niara, aún encaramada al exoesqueleto, asintión con convicción.

—Segurísima. Tengo un plan.

—¿Que consiste en…?

—No te gustaría oírlo.

Kersey suspiró antes de ponerse en marcha de nuevo.

Los guardianes se quedaron convenientemente sorprendidos al ver aparecer aquella figura robótica por detrás de las cúpulas, quizá porque, además de tratarse de una armadura de combate imposible de encontrar en Kepler y que pocos ejércitos en la Tierra se podían permitir, transportaba a una mujer andrajosa y despeinada sentada en el hombro derecho como si fuera el loro de un pirata caribeño. Sin duda fue la razón por la que tardaron algunos segundos más de la cuenta en darles el alto. Para cuando lo hicieron, Kersey ya se

había colocado a menos de diez metros de distancia.

—¡No se acerquen! —gritó el que parecía estar al mando, levantando su arma reglamentaria—. Esta es un área restringida. Den la vuelta de inmediato y regresen a la ciudad.

Kersey descorrió la visera del casco para dejar que los soldados le vieran la cara.

—Soy el capitán general Paulo Kersey —dijo con el aplomo de un actor consumado. En esencia, aquello era cierto, aunque los años y la barba de seis semanas hacían que el Kersey que había dentro de la armadura no se pareciera demasiado al Kersey que había sido capitán general del Cuerpo de Guardia Colonial durante un breve periodo de tiempo.

Los soldados se miraron desconcertados.

—Identificación —gruñó el que había hablado antes.

—No la llevo encima —respondió Kersey.

—Entonces tengo que pedirle que vuelva por donde ha venido, señor.

Kersey suspiró y avanzó otro paso. Los actuadores neumáticos del exoesqueleto zumbaron.

—Hijo mío, no tiene por qué hacer esto —dijo.

Los soldados se estaban poniendo visiblemente nerviosos. Retrocedieron el mismo paso que Kersey había avanzado y amartillaron sus armas en perfecta sincronía.

—¡Vuelvan de inmediato por donde han venido! —repitió el soldado parlanchín.

Kersey se detuvo y levantó los brazos metálicos en un gesto que pretendía ser apaciguador pero que, viniendo de aquella estructura de titanio, resultaba más inquietante que otra cosa. Luego, muy despacio, colocó una mano bajo los pies de Niara para que esta pudiera llegar hasta el suelo. Ella se sintió muy estúpida al bajarse del hombro de Kersey como si fuera su mascota y decidió que, si salían de aquello con vida, le haría pagar aquella humillación con creces. De momento, y por si los soldados eran de gatillo fácil, optó por guardarse el orgullo en un bolsillo y refugiarse detrás de la armadura.

—Voy a salir del exoesqueleto y me voy a acercar muy despacio al control biométrico —dijo Kersey—. Está detrás de ustedes, junto a la puerta. Así comprobarán que soy su Capitán General. ¿Qué les

parece?

Los soldados volvieron a mirarse, pero no dijeron nada ni dejaron de apuntarles con sus rifles. Kersey pulsó un botón en el interior de su traje y, con un ronroneo eléctrico, la armadura se abrió por el pecho y la parte frontal de las piernas, liberándolo de su prisión de metal.

Saltó al suelo con las manos levantadas sobre la cabeza.

—Estoy desarmado. ¿Lo ven? Ahora voy a acercarme a la puerta. Eso es. Muy despacio. Están ustedes haciendo un buen trabajo, muchachos. Me gusta el celo que demuestran en su labor. Hablaré de ello con sus superiores. Así, con tranquilidad. Ya está.

Kersey había llegado a la puerta del generador. Los soldados seguían apuntándole. Alargó el brazo derecho y apoyó la palma de la mano en el sensor. El aparato necesitó un par de segundos en tomar una muestra de escamas de piel para hacer un análisis rápido de ADN, además de medir otros parámetros como el patrón de proteínas en sangre o la clásica huella dactilar.

El resultado se iluminó en verde en la pantalla. La puerta de acceso al generador se abrió en silencio.

Fue como si la peor pesadilla de aquellos dos soldados se hubiera hecho realidad. El que había llevado la voz cantante bajó el arma, visiblemente azorado.

—Lamento mucho esta confusión, señor. No… no le esperábamos aquí. Si hubiéramos sabido que…

Kersey levantó la mano, esta vez en un gesto perentorio.

—No quiero oír ni una palabra más, muchacho. Ya les he dicho que han hecho un buen trabajo. Ahora, vigilen que nadie moleste a la doctora —señaló a Niara, que asistía a la escena conteniendo la respiración— mientras hace unos importantes ajustes en el generador. ¿Me han comprendido?

Los guardianes se cuadraron y saludaron llevándose la mano a la sien.

—Comprendido, señor.

146

Niara recordaba muy bien la instalación subterránea del generador: el ascensor que descendía hasta el pasillo bajo tierra, la habitación circular al fondo, el zumbido de la estática que erizaba el cabello. Una gran columna central preñada de paneles metálicos, cables e indicadores daba a aquel sótano un aspecto levemente catedralicio. La columna ascendía hasta la cúpula, donde se desplegaba para formar el aspa refulgente que sobresalía por encima de la superficie.

Kersey se había marchado inmediatamente después de proporcionarle el salvoconducto para entrar en aquel lugar prohibido. Había dicho que tenía un asunto urgente que resolver, y que se volverían a encontrar cuando todo hubiera acabado. A Niara no le había gustado aquella frase: sonaba demasiado a despedida.

Pero ahora no tenía tiempo de pensar en ello. Localizó las tomas de alta potencia ubicadas en la columna central y sacó la máquina, la puñetera máquina, de la mochila. Esta era la última oportunidad, y se sentía sorprendentemente optimista. Al fin y al cabo, Kersey había hecho, por una vez en su vida, una aparición providencial. Todos los acontecimientos parecían conspirar para que ella, aunque fuese en el último momento, como en las películas que tanto le gustaba ver con su padre cuando era niña, consiguiera su objetivo. Se encontraba bajo tierra, de acuerdo, pero a muy poca profundidad, así que estaba razonablemente segura de que las ondas electromagnéticas escaparían sin dificultad por la fina cubierta de metacrilato con forma de aspa que refulgía sobre su cabeza. Estuvo tentada de convencerse de que ahora nada podía fallar, aunque detuvo a su voz interior un segundo antes de que la idea terminase de formarse en su cabeza porque sabía que, en las películas, siempre había alguien que decía justo eso antes de que todo se fuera al garete.

Se puso manos a la obra. Inspeccionó la máquina y se aseguró de que ninguna de las últimas soldaduras apresuradas se hubiera soltado. Extrajo el cable de alimentación, y ya se disponía a insertarlo en la toma de corriente de alta potencia cuando el suelo

tembló.

La sacudida le hizo recordar las viejas pesadillas en las que un temblor como aquel siempre precedía a la apertura de un agujero en el

espacio-tiempo

que conducía al infierno, que era una forma suave de referirse a la *Flying Dutchman*. Aquellos vejestorios antropófagos tenían la odiosa costumbre de aparecer en el momento más inoportuno para sembrar el caos y la destrucción. Sin embargo, la colonia estaba protegida por un escudo que impedía que cualquier emisión electromagnética del tipo que delataba la presencia de vida inteligente escapase al espacio. Y, sin localizar ese tipo de señales, a la tripulación demente de la *Flying Dutchman* le resultaba imposible determinar las coordenadas espaciotemporales a las que debía apuntar el portal.

El temblor volvió a repetirse, y luego otra y otra vez, con una regularidad exasperante. No era producto de su imagiación. Si la causa no era la *Flying Dutchman*, tenía que tratarse de otra cosa. Entonces Niara cayó en la cuenta: lo que hacía estremecerse al suelo no era ninguna perturbación del

espacio-tiempo,

sino algo mucho más mundano: el retumbar sincronizado de miles de pies enfundados en botas militares, miles de pies que se dirigían con paso marcial hacia el Oldtown, muy cerca de donde se encontraba ella.

El ejército de Kersey se acercaba. Había llegado la hora definitiva del día del fin del mundo en Kepler.

Eso significaba que solo disponía de unos minutos. Enchufó la máquina a toda prisa y giró el dial para aumentar la potencia al máximo. El zumbido del reactor se hizo más intenso. El indicador de energía generada subió vertiginosamente, mientras ella cruzaba los dedos para que, esta vez sí, aquel cacharro funcionase.

147

Después de dejar a Niara en el generador, Kersey recorrió a toda prisa la distancia que lo separaba del Oldtown, el lugar donde tendría lugar la masacre al cabo de unos minutos. Cuando llegó, encontró las viejas calles desiertas. El ejército (*su* ejército) aún no había aparecido, pero no tardaría en hacerlo.

Se ocultó detrás de una de las cúpulas del hospital. Las tropas, encabezadas por él mismo, llegarían en cualquier momento por el otro lado de la calle y necesitaba contar con el factor sorpresa. Habían transcurrido apenas unos segundos cuando percibió a través del suelo la vibración producida por miles de soldados que marchaban acompasadamente.

—Se acerca una multitud armada por el este, señor —le informó Alice, la inteligencia artificial del exoesqueleto, con su suave voz de contraalto.

—¡No me digas! —gruñó Kersey—. Activa los sistemas de autodefensa del traje.

—¿Cuál de ellos, señor?

—Todos.

Alice no contestó. Si no hubiera resultado imposible tratándose de una inteligencia artificial, Kersey hubiera jurado que dudaba un instante antes de que los testigos luminosos de todo el armamento que llevaba encima parpadeasen en color naranja en el visor de su casco.

El sonido bronco del ejército en marcha se hizo más intenso. La cúpula tras la que se había ocultado vibró. Entonces, por el extremo opuesto de la calle, apareció el primer carro de combate encabezando la marcha. Un hombre uniformado iba encaramado en la tronera, como un antiguo general que dirigiera a sus tropas en el desfile de la victoria de alguna guerra olvidada. A pesar de la distancia y del atuendo de capitán general, a Kersey no le costó ningún trabajo reconocerse en ese hombre uniformado.

La columna avanzó hasta situarse a menos de diez metros del escondrijo de Kersey. El capitán general levantó entonces el brazo derecho doblado en un ángulo de noventa grados y cerró el puño.

—¡Alto! —gritó.

El carro de combate se detuvo en el acto. El resto del ejército, como un nubarrón de insectos mortíferos, hizo lo mismo tras él. El capitán giró levemente la cabeza y dijo algo al teniente Gorman, el psicópata que utilizaba como mano derecha y brazo ejecutor. Kersey no logró distinguir las palabras, y no recordaba que, hacía trece años, hubiera hecho detenerse al ejército en aquel punto ni hubiera hablado con Gorman. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué no avanzaban? Un poco más, solo un poco más. Diez metros era demasiada distancia. Si se dejaba ver ahora, echaría a perder el factor sorpresa.

Lo que tenía que suceder a continuación regresó a su memoria con un aguijonazo. Giró el cuello hacia el otro lado de la avenida. Las había olvidado por completo, tal vez porque acababa de dejar a la otra Niara en el generador hacía solo un instante. Pero, por supuesto, allí estaban, puntuales a la cita: dos sombras confusas que trataban de escabullirse de la vista. Niara y Amdahl acababan de entrar en escena.

Tenían un aspecto deplorable después de haber pasado dos noches en el bosque, de haber caminado decenas de kilómetros y de haber sido perseguidas, tiroteadas y bombardeadas. Y, sin embargo, seguían presentando esa desenvoltura incombustible que a Kersey siempre le había maravillado. ¿De dónde sacaba alguien como Niara Queen fuerzas para seguir adelante? Porque él tenía un objetivo muy claro. Él estaba allí para conseguir como fuera que Trisha tuviera un futuro. Pero ¿Niara Queen? No tenía familia, no tenía ataduras en ninguna de las épocas en las que había vivido y ni siquiera tenía amigos, más allá de él mismo, si es que podían considerarse tal cosa, y de Alexandra Amdahl. Y, si quería salvar a Amdahl, hubiera hecho mejor en no inventar nunca aquella máquina del tiempo, porque en Kepler la vida de Amdahl valía menos que una moneda de madera.

En su huida atolondrada, Niara y Amdahl pasaron por delante de la puerta de la sede del Consejo Colonial. Los centinelas y les dieron el alto. Las dos se detuvieron y miraron atrás. Dos aerodeslizadores flotaban a cien metros de distancia y media docena de soldados montados en monoplazas se acercaban rápidamente por la calle.

El flamante capitán general de la guardia estaba a punto de atrapar por fin a su cabeza de turco y de destapar la caja de Pandora delante de las cámaras de holovisión.

«A la mierda el factor sorpresa», pensó Kersey. Tensó todos los músculos del cuerpo, dispuesto a saltar como un cable de alto voltaje.

148

El indicador de potencia escaló rápidamente, tan deprisa que el corazón de Niara se disparó como si quisiera seguir el mismo ritmo: 500, 600, 700 megavatios. El zumbido se hizo más intenso, pero la escalada no disminuía su velocidad: 800, 900, 1000. Pronto estuvo claro que aquel generador, a diferencia del que había acabado destrozado en el instituto de investigación, sí iba a alcanzar la mágica cifra de los 1,3 gigavatios sin esfuerzo.

Eso ocurrió apenas medio minuto después. Niara bloqueó el dial para evitar que el suministro de energía siguiera incrementándose y se agachó junto a la máquina. Descubrió con una mezcla de alarma y esperanza que una vibración la recorría de un lado a otro en oleadas y que podía percibir el calor irradiado a medio metro de distancia.

¿Funcionaba? ¿La máquina funcionaba? Seguía sin notarse diferente. No tenía ganas de salir y abrazar al teniente Gorman, por ejemplo. Ni siquiera sabía si era eso o algo completamente diferente lo que tendría que sentir.

En ese momento, ocurrió. Fue algo súbito, como aquella noche de hacía trece años, en Acheron, la primera vez que había visto a los niños del bosque reunidos. Había tenido aquella sensación tan extraña y que había intentado explicarse sin éxito tantas veces, tan alejada de su experiencia cotidiana que apenas podía recordarla, tan sutil que a menudo había llegado a la conclusión de que había sido producto de su imaginación.

Y ahora estaba allí de nuevo, y la reconoció de inmediato. Sintió esa conexión invisible como cables de fibra óptica que conectaran su conciencia con otras conciencias desconocidas pero de algún modo familiares. Sintió ese tirón ingrávido hacia ellas, como invitándola a bucear en un lago de agua cálida. Se dejó llevar por esa sensación y entonces…

Entonces todo cesó.

Tardó un instante en regresar a la realidad, como si aún se encontrase en el territorio neblinoso del duermevela. Miró a su alrededor confundida. Algo le hacía llorar los ojos. La garganta le

picaba. Sacudió la cabeza. El exiguo recinto subterráneo del generador estaba lleno de humo gris.

Localizó la fuente de aquella humareda. La máquina. La máquina estaba chisporroteando. Algunos de sus componentes plásticos se habían derretido parcialmente y se habían adherido al suelo, mientras que otros aún crepitaban. De un salto, accionó el interruptor de la toma de energía y desconectó la corriente que la alimentaba, pero el daño ya estaba hecho. La máquina había quedado inutilizada y, aunque hubiera podido repararla, ya no había tiempo para una segunda intentona.

Salió de allí a trompicones, mareada por el humo tóxico del plástico sublimado, preguntándose si la máquina habría funcionado el tiempo suficiente, si los que estaban ahí afuera a punto de matar y morir habrían sentido lo mismo que ella, y si eso supondría alguna diferencia.

Tenía que averiguarlo. Salió dando un traspié del ascensor y corrió como una borracha a última hora de la noche en dirección al Oldtown.

149

Paulo Kersey contempló cómo su versión más joven se apeaba con envidiable agilidad del vehículo blindado, embutido en aquel uniforme de capitán general que ahora le parecía tan ridículo. Se acercó a Niara —la Niara joven— y a Amdahl, que permanecían de pie y en actitud expectante, con las manos sujetas a la espalda por los guardianes que las habían apresado. Otros dos individuos uniformados y equipados con cámaras holográficas grababan la escena desde todos los ángulos posibles, y un tercero manipulaba un micrófono portátil. La AON había recibido la orden de retransmitir el espectáculo en directo por toda su red.

—Doctora Queen —saludó el Kersey joven en un tono demasiado alto, como un actor de teatro que trata de proyectar su voz hasta la última fila de la platea—. Es usted una persona muy escurridiza. Desde que ayer por la mañana escapó de la justicia se la ha visto en muchos sitios: en el bosque, en el poblado ilegal conocido como Lecaun y, hoy mismo, en la comandancia, donde la comandante Affrika le ha dado refugio aún a sabiendas de que era usted una fugitiva de la justicia. ¿Me equivoco?

Niara miró a las cámaras y, al cabo de un momento de reflexión, dijo:

—Todo el mundo en Elcano sabe que usted es uno de esos tipos que siempre tiene razón.

Kersey, el Kersey viejo, se revolvió en su escondrijo. Había comezado a sudar dentro del exoesqueleto a pesar de la refrigeración. El momento de actuar era este. El momento de actuar era ahora. Trató de moverse y sus músculos no le obedecieron.

—Señor, su presión sanguínea y sus pulsaciones se están disparando. —La voz ecuánime de Alice dentro de sus oídos lo sobresaltó—. ¿Necesita atención médica?

—Ahora no, Alice —mumuró Kersey.

—Señor, está sufriendo un ataque de ansie…

—¡He dicho silencio!

Mientras discutía con aquella máquina, el otro Kersey y Niara Queen habían intercambiado algunas frases. Ella se había girado

hacia una de las cámaras y estaba diciendo sin rastro de humor:

—¡Hola, mamá, estoy en la tele!

—¡Basta de payasadas!

—¿Qué ocurre? ¿Le estoy arruinando la función de circo? ¿Qué clase de chorrada es esta? Yo no maté a Susan y usted lo sabe, pero necesita un chivo expiatorio que le permita incriminar a todos los que usted quiere fuera de Kepler. —Niara hizo a continuación una pasable imitación de la voz y los ademanes afectados de Kersey—. Eh, esa doctora ligera de cascos es amiga de la presidenta y de los chicos del bosque, y si le cargo el muerto puedo echarles la culpa de lo sucedido. ¡Soy un tipo superbrillante! Podría incluso emitirlo en directo por holodifusión para que todo el mundo lo vea.

El capitán general se acercó otro paso hasta casi rozar con su nariz la de Niara. La miró con furia a los ojos y ella le sostuvo la mirada con no menos furia. Kersey recordaba muy bien aquellos ojos oscuros que no parecían flaquear ante él. El otro Kersey alargó la mano y, de un tirón, rasgó la pechera del mono de trabajo de Niara. Ella intentó apartarlo de un empujón. Los soldados que la rodeaban la sujetaron. También sujetaron a Amdahl con firmeza cuando trató de zafarse para defender a su amiga. Parte del bolsillo interior del mono quedó al descubierto y varias pastillas de color blanco cayeron al suelo con un tintineo. Kersey metió la mano sin contemplaciones en la pechera y la retiró un segundo después sosteniendo entre el índice y el pulgar una cápsula de color rojo brillante como si fuera una pepita de oro.

El ejército de desarrapados aparecería de un momento a otro. Y, entre ellos, confundida entre la multitud, estaría Trisha. O tal vez no, siempre cabía esa posibilidad. Sin embargo, Kersey sabía que no podía contar con ello. Tenía que detener al otro Kersey ya, mientras el ejército siguiera pendiente del *show* de su capitán general. Ordenó a sus brazos que se movieran, ordenó a sus piernas que se desplazaran, pero un terror irracional lo mantenía agarrotado y la sombra de un pánico negro que solo había conocido una vez en toda su vida amenazaba con reventarle el corazón dentro del pecho.

El Kersey joven se giró hacia la cámara.

—¿Has grabado esto? La sospechosa llevaba encima este comprimido. ¿Saben lo que es? Yo se lo diré. Es trexametamorfina, y así lo demostrarán las pruebas toxicológicas: un analgésico

sintético muy potente y aún experimental. Un derivado del xerum. Cualquiera puede… Cualquiera puede… Cualquiera puede… Cualquiera puede… Cualquiera puede…

Kersey notó una brusca sensación de mareo, como si alguien lo hubiera lanzado por el borde de un precipicio, y tardó un instante en percatarse de que el otro Kersey estaba balbuceando con la vista perdida en ninguna parte. Durante un segundo no logró comprender lo que estaba sucediendo, hasta que otro zarandeo en sus entrañas lo hizo viajar. Viajar por el espacio y por el tiempo, sin necesidad de ningún portal. Y en un instante lo percibió todo: el terror irracional de ese joven y ambicioso capitán general, el complejo de inferioridad que escondía tras su brutalidad el teniente Gorman, el temblor de manos del sargento primero Feyge, que se había despedido de su mujer y sus dos hijos aquella mañana con la desagradable sensación de que no iba a volver a verlos. Lo vio todo y lo comprendió todo, *y nada de aquello le resultó ajeno*. Vio a Ada, la niña del bosque, tratando de bucear entre los jirones de niebla oscura que ocultaban el futuro, y a Eyre, la pequeña, valiente y generosa Eyre, que tenía el potencial de convertirse en cualquier cosa que ella deseara y que guardaba en su interior una burbuja amarga desde que había comprendido que sus padres habían muerto y que se empeñaba en mantener esa burbuja muy escondida hasta que llegara el momento de abrirla y dejarla esparcir toda su carga venenosa. Y también la vio a ella, a Trisha, maravillada y aterrada al descubrir el mundo que la rodeaba, y experimentó su curiosidad insaciable y su obstinación y su soledad y su amargura porque su padre ya no podía pasar tiempo con ella y su irrenunciable alegría y escuchó las vocecillas de Tim, de Lisa y de Amber, que en realidad eran todas las voces de Trisha y al mismo tiempo no lo eran. *Y nada de aquello le resultó ajeno*. Y vio a muchas cosas más, experimentó durante un instante la fantasía de estar dentro de la cabeza de cada una de las personas que estaban aquella mañana allí, las que aguardaban parapetados tras sus rifles de alta tecnología y las que se dirigían hacia aquel lugar con palos y piedras, y comprendió la rabia y la desesperación y el miedo y la ambición y que no eran más que pequeñas criaturas asustadas en un universo demasiado grande.

Y nada de aquello le resultó ajeno.

Y, entonces, tan bruscamente como había empezado, todo cesó.

150

Cuando Niara llegó sin resuello al Oldtown se encontró con un ejército en silencio expectante, mientras el capitán general miraba sin ver a una mujer de piel oscura y aspecto desgreñado que no parecía menos confusa que él.

Kersey —el Kersey más joven— sacudió la cabeza, como si despertase de un sueño demasiado profundo, miró a las cámaras de holovisión y luego al pequeño comprimido de color rojo que aún sostenía en alto entre los dedos índice y pulgar. Solo entonces pareció recordar lo que estaba haciendo.

—¿Sigues grabando? —gruñó a la cámara con una voz demasiado aguda—. Decía que esto es trexametamorfina, un derivado del xerum. Solo este comprimido puede valer una fortuna en el mercado negro. Una fuente de ingresos casi inagotable para cualquiera que consiguiera introducirlo en Kepler de contrabando. ¿Niega usted, doctora Queen, que pretendía traficar con trexametamorfina y financiar con los beneficios que obtuviera a sus amigos los rebeldes del bosque como ha estado haciendo desde hace meses con el xerum?

Niara —la *otra* Niara— estaba a punto de replicar algo menos ingenioso de lo que la ocasión requería cuando la sombra angulosa de un exoesqueleto de combate saltó desde su escondite entre las cúpulas y aterrizó frente a Kersey.

151

Fue tan rápido que ninguno de los guardianes que rodeaban al capitán general supo reaccionar, ni siquiera su matarife predilecto, el teniente Gorman. Tal vez contribuyó el estado de estupor general en el que todos parecían aún sumidos, o tal vez a que el abollado exoesqueleto se movía demasiado rápido y estaba demasiado fuera de lugar.

Apenas un gesto de fastidio ante la nueva interrupción y luego uno de sorpresa asomaron al rostro del Kersey más joven. Después, el exoesqueleto le asestó un brutal puñetazo en la cabeza que lo lanzó a varios metros de distancia. Los huesos del cráneo crujieron de forma espantosa. Kersey —el otro Kersey— había ajustado la fuerza de los impulsores del antebrazo al máximo para asegurarse. Sabía que no iba a tener una segunda oportunidad.

El cuerpo cayó desmadejado contra el suelo vinílico y una mancha de sangre tan roja que parecía falsa empezó a extenderse bajo él como los tentáculos infecciosos de una epidemia. Cuando se recuperaron de la sorpresa inicial, todos pudieron ver que el lateral izquierdo del casco de su líder formaba una depresión antinatural en el punto en el que estaba incrustado dentro de su cabeza.

El capitán general había muerto más allá de toda duda, y sus tropas aún permanecieron un segundo más mirando el cadáver en una quietud desconcertada hasta que el teniente Gorman apuntó con su rifle al exoesqueleto. Para entonces, Kersey ya se había levantado la visera de modo que todos pudieran verlo.

—Todo está bien, teniente —dijo con autoridad, aunque le temblaba ligeramente la voz—. Ese hombre era un farsante, un impostor enviado por nuestros enemigos para suplantarme.

Gorman miró alternativamente al cuerpo sin vida y al hombre que le hablaba desde el interior de la armadura de combate. Su expresión bovina dejaba claro que aquella situación sobrepasaba su capacidad de entendimiento.

No tuvo mucho tiempo para pensar en ello. Al otro lado de la calle, aparecieron las primeras filas del ejército de desarrapados que provenían de Ciudad Paraíso, dispuestos a librarse de Paulo Kersey

y sus secuaces a cualquier precio.

152

Niara —la Niara más vieja— lo había visto todo desde su posición, a medio camino entre las tropas de la Guardia y el ejército improvisado de Ciudad Paraíso que empezaba a congregarse enfrente. Nadie se había fijado en ella de momento, pero ella sí que estaba observándolos a todos.

Era evidente que la máquina no había funcionado, o no había funcionado durante el tiempo necesario. Porque algo sí que había sucedido. Ella lo había notado, y posiblemente los soldados del cuerpo de guardia también. Hasta el propio capitán general debía de haberlo hecho antes de que su cabeza hubiera acabado desparramada por el suelo.

Sin embargo, el efecto se había desvanecido. El cambio, o lo que fuera, no se había vuelto permanente, aunque la patente de la Compañía aseguraba que así debía de haber ocurrido. Quizá, sencillamente, la máquina se había fundido antes de alcanzar ese punto.

Eso significaba que había fracasado de forma miserable y definitiva. Ya no podía contar con la máquina, con esa máquina en la que tanto había confiado, en la que había centrado todos sus esfuerzos. Mientras tanto, Kersey —ahora lo comprendía— estaba tratando de cambiar el curso de la historia a su estilo, por fuerza bruta y sin contar con nadie más. Muy propio de él. Siempre había escondido a un cavernícola debajo de sus trajes italianos y sus modales refinados. Había esperado hasta ese momento para hacerlo: no debía ser fácil acabar a sangre fría con la vida de alguien, y más si ese alguien eras tú mismo. Pero tal vez funcionase. Si quitaba de enmedio a la versión más joven de sí mismo, podría tomar el mando en su lugar y detener la masacre antes de que sucediera. Eso era algo en lo que Niara no había pensado porque hasta hacía muy poco no sabía que Kersey también estaba en Kepler.

La esperanza duró poco. Comprendió que tampoco en aquella ocasión lo iban a conseguir cuando la multitud de Ciudad Paraíso se agolpó a cien metros escasos del ejército y Kersey cometió la imprudencia de salir de su armadura y dar la espalda a sus tropas.

Se plantó a cuerpo descubierto en mitad de la calle y levantó la mano derecha.

—¡Bajen las armas! —ordenó.

El teniente Gorman lo miró con el ceño fruncido y Niara se dio cuenta instintivamente de que, esta vez, el perro guardián no iba a obedecer. Quiso gritar a Kersey que volviera a meterse en el exoesqueleto y que ordenara apresar a Gorman antes de que fuera demasiado tarde, pero Kersey había abandonado toda prudencia. Buscaba con una mirada febril a una persona entre la multitud del otro lado de la calle, y su rostro se demudó cuando la encontró. Niara supo que Kersey estaba a punto de perderlo todo de nuevo, que todos estaban a punto de hacerlo, porque cuando ella misma miró hacia la multitud distinguió a tres niñas muy pequeñas casi en primera línea. Eyre, Ada y Trisha intentaban sin éxito zafarse del bosque de brazos y piernas adultos, ignorantes de que la cuenta atrás de su tiempo en este universo llegaría a su fin en unos segundos.

153

El contacto frío contra su sien derecha devolvió a Kersey a la realidad.

—Ni un movimiento —dijo el teniente Gorman con una voz una octava más grave de lo normal. El seguro de su pistola reglamentaria chasqueó.

Kersey sintió que sus entrañas se congelaban. No se atrevió a apartar la vista de la turba de Ciudad Paraíso por si perdía de vista a Trisha y no lograba volver a encontrarla, como si mantenerla en su línea de visión pudiera protegerla de algún modo contra lo que estaba a punto de suceder.

—¿Qué es lo que está haciendo, teniente? —dijo, tratando sin éxito de aparentar sangre fría.

Gorman, por toda respuesta, se colocó a su espalda.

—Esposen a este hombre —ladró con voz ronca.

Kersey no podía ver a quién iba dirigida la orden porque no había girado la cabeza, pero, fuera quien fuera, se tomó su tiempo en reaccionar, sin duda confundido por los últimos acontecimientos.

—Teniente Gorman, queda relevado del cargo —gritó a la desesperada—. Soy el capitán general del Cuerpo de Guardia Colonial y esto es una orden directa. Bajen las armas y conduzcan al teniente Gorman al…

No pudo terminar la frase. Una explosión blanca le nubló la vista y le hizo caer de bruces. Cerró los ojos con fuerza un momento, tratando de enfocar lo que tenía delante, y cuando lo logró contempló fascinado como unas gotas de sangre trazaban salpicaduras caprichosas sobre el asfalto vinílico.

Tardó un instante más en comprender que alguien le había golpeado en la parte posterior de la cabeza. ¿Quién había sido? ¿Y qué hacía él de rodillas en el suelo? Le estaban atando las manos a la espalda de forma tan apretada que le pareció que iban a seccionarle los tendones de las muñecas. Distinguió una palabras roncas entre las brumas de la semiinconsciencia, como si el que hablaba lo hiciera demasiado despacio y desde el otro lado de una pared muy gruesa.

—El capitán general está allí con la cabeza destrozada. Este tipo solo es un impostor enviado por nuestros enemigos para confundirnos.

Kersey quiso replicar algo, pero no consiguió hilvanar las ideas, mucho menos articular palabras. Sabía que tenía que levantar la cabeza y mirar hacia el otro lado de la calle. Quizá, si lo hacía, recordase por qué estaba en aquel lugar, de rodillas sobre aquel suelo tan blanco con aquellas fascinantes salpicaduras rojas. Era muy importante que mirase, aunque no recordaba bien por qué.

Hizo un esfuerzo por mover el cuello, y ya lo estaba consiguiendo cuando alguien lo empujó y lo obligó a tumbarse boca a abajo. La misma voz ronca de antes volvió a resonar apagada.

—Deme ese megáfono. —Kersey oyó un chisporroteo electrónico, y luego la voz sonó mucho más fuerte, pero aun así le pareció que provenía del otro lado de un túnel—. Esta concentración no está autorizada. Si no han comenzado a dispersarse en quince segundos, abriremos fuego. Repito. Si no han comenzado a dispersarse en quince segundos, abriremos fuego.

Algo se conectó en el interior del cerebro de Kersey. Ya había oído antes esas palabras. Las había pronunciado él mismo, en aquel mismo lugar, hacía mucho tiempo. El pánico se apoderó de él. Trató de incorporarse y no pudo. Era como si soportase el peso de un planeta entero sobre sus hombros. Giró la cabeza, desesperado, intentando encontrar al propietario de la voz. Ahora sabía quién era. Gorman, aquel charcutero perturbado, la clase de persona que se entretiene de niño apedreando gatos callejeros y retorciendo el cuello de los polluelos en los nidos.

No consiguió ver al teniente, pero sí que vio a una mujer de piel oscura y cabello corto y desgreñado, mugrienta más allá de toda descripción, acercarse a escondidas al exoesqueleto de combate que había quedado abandonado como una crisálida vacía, mientras los soldados solo prestaban atención a lo que sucedía al otro lado de la calle y a las órdenes imperiosas de su teniente. La mujer también vio a Kersey y le hizo un gesto con el dedo índice sobre los labios. Luego, sigilosa como la segunda ley de la entropía, se coló en el interior de la armadura.

154

—¡Van armados con palos y piedras! —gritó Niara.

No era la Niara de cincuenta y cinco años que había vivido en la Tierra del siglo XXI y había fundado la Compañía, sino la otra, la que aún no sabía qué le depararía el futuro y estaba retenida por dos fornidos soldados junto con Amdahl. Había asistido con un estupor horrorizado a la aparición del gigante de hierro, el mismo con el que Kersey las había perseguido por el bosque solo un par de días antes, a la agresión brutal que había terminado con la cabeza de este desparramada en el suelo como un bote de pintura volcado de un puntapie y a la aparición de aquel otro tipo que se parecía asombrosamente a Kersey y que aseguraba ser Kersey pero que sin duda no era él.

Esa bestia de Gorman también se había percatado de la impostura y se había hecho con el mando. Y si de Kersey cabía esperar poca compasión, de una alimaña como Gorman no cabía esperar ninguna.

—¡No lo haga! —insistió Niara, a pesar de que era consciente de la inutilidad de sus palabras—. Hay ancianos y niños ahí. ¿Qué clase de hombre es usted?

—¡Cierre el pico! —le espetó Gorman. Luego se acercó de nuevo el megáfono a la boca y ordenó—: ¡Segundo pelotón, apunten! A mi señal. Quince, catorce, trece…

155

La otra Niara, la que había viajado desde el siglo XXI para tratar de evitar lo inevitable, se había deslizado al interior de la armadura de combate de Kersey, pero no conseguía que se moviera aunque había apretado todos los botones que había encontrado.

—Ponte en marcha, maldito trasto —gruñó por fin entre dientes.

Una voz tan meliflua que era a todas luces artificial le contestó.

—Identidad no reconocida. Por favor, abandone el traje.

Los sutiles zumbidos de las articulaciones hidráulicas se detuvieron cuando todos los sistemas se desconectaron. Mierda, aquel cacharro debía identificar a la persona que trataba de usarlo. Era una buena forma de asegurarse de que no caía en las manos equivocadas. Tenía que haber supuesto que Kersey habría implantado un mecanismo de seguridad como aquel en su juguete preferido.

—Es una emergencia —dijo sin muchas esperanzas—. Soy amiga de tu jefe. Solo será un segundo.

—Identidad no reconocida. Por favor, abandone el traje.

Niara dio un respingo cuando escuchó la voz de Gorman aullar en el exterior:

—¡Segundo pelotón, apunten! A mi señal. Quince, catorce, trece…

—Necesito el control del traje. ¡Ahora! —suplicó por última vez.

—Identidad no reconocida. Por favor…

—¡Oh, vete al infierno!

156

La Niara más joven, aún retenida por uno de los guardianes, se había girado hacia los soldados que tenía más cerca.

—Se ha vuelto loco. ¡No le obedezcan! —gritó, y le pareció ver algún gesto de duda entre muchos otros de determinación—. ¿No ven que se ha vuelto loco?

Pero Gorman continuó impasible con su cuenta atrás.

—… diez, nueve, ocho…

Los cuarenta y cinco soldados que integraban el segundo pelotón colocaron sus rodillas en tierra y amartillaron sus armas.

—… siete, seis…

Las armas se elevaron y encañonaron a la multitud en perfecta coreografía.

—… cinco, cuatro…

—¡Gorman! ¡No!

Los soldados apuntaron cuidadosamente.

—… tres, dos, uno.

—¡No!

—¡Fue…!

157

Gorman no terminó la orden. Una sombra descendió sobre él y lo derribó en el suelo. La armadura de combate de Kersey, casi dos mil kilos de titanio y berkelio sintético, le cayó encima antes de que pudiera reaccionar, concentrado como estaba en la turba del otro lado de la calle. Detrás de la armadura apareció la doctora Queen, sudorosa y llena de lamparones de la cabeza a los pies, con el hombro derecho todavía adelantado en la inequívoca postura de haber estado empujando un objeto inerte y muy, muy pesado.

Durante un instante, todas las miradas confluyeron en ella.

—Este montón de chatarra es muy inestable cuando se desactiva —dijo ella, como si necesitara disculparse por el estropicio.

Amdahl fue la primera en reaccionar. Apretó los puños y dio un saltito en un gesto de victoria genuinamente infantil.

Un carraspeo surgió de debajo de la armadura. Gorman no iba a rendirse tan fácilmente, pensó Niara. No iba a rendirse nunca. Los capullos como él —o como ella misma— nunca lo hacían.

—Detengan… a esa mujer —jadeó con voz más ronca de lo habitual—. Es una peligrosa agente enemiga que…

Tampoco esta vez pudo terminar la frase. Un directo de izquierda se estrelló contra su nariz y lo envió directo al país de los sueños. Niara sacudió su mano dolorida en el aire.

—Cállate de una puta vez —gruñó.

158

La otra Niara, la más joven, pensó por un instante que los acontecimientos de los últimos días la habían trastornado. No cabía otra explicación. Mejor aún: todo el mundo se había vuelto loco. Se trataba de un caso de locura colectiva provocado por algo que había en el aire de aquel planeta. Tendría que investigarlo con calma, si no la encerraban antes en una institución psiquiátrica.

Kersey, o aquel hombre que se parecía a Kersey, se puso en pie con esfuerzo. Se tambaleó peligrosamente y Amdahl se acercó a sostenerlo. Los guardianes que la retenían, tan desubicados como Niara, y sin duda cuestionándose también su propia estabilidad mental, la dejaron ir. La mujer que tanto se parecía a ella misma, solo que más vieja e increíblemente más sucia, cortó las bridas que ataban las muñecas de Kersey y luego recogió el megáfono que Gorman había dejado caer al suelo. Se puso al otro lado de Kersey y ayudó a Amdahl a mantenerlo derecho.

Kersey, o aquel tipo que se parecía a Kersey, tenía una herida sangrante en la cabeza y parecía a punto de vomitar o de desmayarse, pero tuvo la suficiente presencia de ánimo para sostener el megáfono que Niara le tendía y dirigirse a sus tropas:

—Soy Paulo Kersey, capitán general del Cuerpo de Guardia de Kepler 22b. Ese hombre de ahí —señaló el cuerpo desmadejado del otro Kersey—, era un impostor, alguien que se ha hecho pasar por mí durante meses para conseguir sus propios fines. Yo soy el auténtico Paulo Kersey, como cualquier análisis de ADN confirmará. El teniente Gorman, que trabajaba en connivencia con el impostor, será procesado por sedición.

—Si se despierta algún día —murmuró Amdahl con media sonrisa.

Kersey la miró con el ceño fruncido, pálido como si acabase de regresar de la tumba. Volvió a llevarse el megáfono a los labios.

—Bajen todas las armas y repliéguense a la comandancia. Repito: repliéguense a la comandancia. La comandante Affrika cuenta con mi plena confianza y se encargará de garantizar la seguridad de la colonia a partir de este momento.

159

La espalda de Niara, la Niara de cincuenta y cinco años, protestaba bajo el peso de Kersey, aunque no le importó. Miró al otro lado de la calle. La multitud procedente de Ciudad Paraíso seguía congelada en el mismo lugar, como si no supieran qué hacer a continuación.

—Lo has conseguido —oyó que decía Amdahl. La miró y vio que le mostraba la sonrisa más franca que había visto en su vida—. ¿Te das cuenta? La masacre del Oldtown nunca tendrá lugar. Has cambiado el curso de la historia.

—Lo *hemos* conseguido, querrás decir —respondió Niara. Señaló con la cabeza hacia la multitud. Daba la impresión de que les separaban océanos, montañas, alambradas, campos de minas, y no unas cuantas decenas de metros de calzada diáfana—. ¿Y qué pasará ahora con ellos?

—Affrika está en camino —dijo Amdahl—. Ella sabrá qué hacer.

Aquello sonaba razonable. La situación aún podía torcerse de muchos modos imprevistos, de acuerdo, pero de momento habían evitado la matanza del Oldtown, habían sorteado la muerte de Trisha, Eyre y cientos de amotinados más, y el despertar furioso de los poderes destructivos de Ada. Y si algo podía decirse de Cornelia Affrika, la vieja y leal militar, era que sabía cómo actuar en situaciones críticas y que jamás confundía lo que era correcto con sus propios deseos.

Durante un instante, Niara bajó la guardia y se permitió fantasear con que todo iba a salir bien.

Solo durante un instante.

160

Percibió el temblor con las tripas antes que con los oídos. Era una sensación inconfundible que le contrajo el estómago al tamaño de una nuez. Cualquiera que hubiera notado esa vibración, aunque solo hubiera sido una vez en la vida, nunca la olvidaba.

La máquina. Tenía que haber sido la máquina. No había funcionado el tiempo suficiente como para afectar a la mentalidad de los colonos, pero sí para alertarlos a *ellos*.

Para despertar al *Holandés*.

Una parte de ella quiso negar la evidencia, fingir que no estaba ocurriendo lo que estaba ocurriendo, que la tripulación del *Holandés* no los había localizado a pesar de la barrera de plasma, que la jodida máquina no había emitido en una frecuencia que aquella barrera no estaba preparada para neutralizar. No pudo engañarse por mucho tiempo porque el temblor se hizo más intenso en pocos segundos. Muy pronto, todos lo percibieron y comenzaron a mirar alrededor con indisimulado nerviosismo, como si en el asfalto de vinilo o en las cúpulas de grafeno pudieran hallar una explicación para lo que sucedía.

Kersey y Niara se miraron, y el gesto de pánico de su amigo la asustó más que cualquier otra cosa. Fue Amdahl quien reaccionó en primer lugar.

—¡Hay que sacar a esta gente de aquí! —jadeó.

Kersey dio un renqueante paso al frente y alzó de nuevo el megáfono.

—¡Atrás! —gritó con toda la fuerza de la que fue capaz—. ¡Atrás todo el mundo!

La decisión que tomó Niara no fue fruto de la reflexión ni de ninguna conjetura racional. Tan solo comenzó a moverse, quizá por el simple reflejo de mantenerse en acción, de conservar la ilusión de que hacía algo. Si el universo tenía conciencia, pensó vagamente, sin duda lo habían cabreado. De modo que se lanzó a correr como una loca en dirección a la muchedumbre de Ciudad Paraíso, agitando los brazos y gritando hasta desgañitarse:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

Era un gesto muy pequeño, casi pueril, comparado con los planes de un universo entero, pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿No era ella, o cualquiera de los que estaban allí, tan insignificante como un guijarro en el cielo?

El rugido se hizo más fuerte. El suelo tembló y le costó mantener el equilibrio. La gente de Ciudad Paraíso se removió, inquieta. Aunque corría tan deprisa como le permitían sus fatigadas piernas, los escasos cien metros que la separaban de la muchedumbre no parecían menguar. Pero ella no dejó de intentar su gesto pueril, no dejó de correr y de gritar, de correr y de gritar.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡YA VIENEN!

161

El temblor terminó por tirarla al suelo cuando le faltaban apenas una veintena de metros. Para entonces, algunos colonos ya estaban huyendo despavoridos, tal vez pensando que se trataba de un terremoto, y el pánico amenazaba con contagiarse a la multitud.

Apenas pudo interponer su única mano entre ella y el asfalto. Se golpeó en la nariz y su campo de visión se llenó de puntos luminosos. Sacudió la cabeza al incorporarse, tratando de despejar el aturdimiento, para ver cómo, en el espacio que aún la separaba de la muchedumbre, se comenzaba a formar una esfera de oscuridad absoluta a un metro de altura del suelo. La esfera creció ante la mirada horrorizada de los cientos de personas que aún permanecían allí y Niara volvió a experimentar la desagradable sensación de haberse quedado ciega.

Notó el tirón gravitatorio casi de inmediato y buscó desesperadamente algún sitio al que agarrarse, pero sabía que era inútil. Estaba demasiado cerca. Todas aquellas personas estaban demasiado cerca. Por todos los santos, eran centenares.

El portal comenzó a aspirar todo lo que había a su alrededor con tanta fuerza que el viento aullaba en los oídos como un tifón. Mientras trataba de asirse sin éxito al suelo vinílico, Niara tuvo un último pensamiento fugaz hacia Eyre, Ada y Trisha. ¿Dónde se habrían metido? ¿Habrían encontrado la ocasión de escabullirse y alejarse de aquel lugar? No había vuelto a verlas desde que Gorman había tomado el mando. Trató de distinguir algo a través de la esfera negra, pero era como tratar de mirar al otro lado del *Big Bang*.

Había empezado a deslizarse inexorablemente hacia el portal cuando, de repente, el tirón gravitatorio cesó. Notó una pulsación casi imperceptible, un sonido subsónico que lo sacudió todo a un nivel más allá del alcance de los sentidos ordinarios, y el agujero negro dejó de aspirar para empezar a exhalar un aire que olía a moho y a putrefacción. El contorno de la esfera brillaba ahora con un halo nacarado.

Los tripulantes del *Holandés* habían invertido el sentido del

puente. Con una última contracción del estómago, comprendió lo que eso significaba: los muertos vivientes estaban tan desesperados que habían decidido cruzar al otro lado para hacerles una visita de cortesía.

162

Acababa de llegar a esa alarmante conclusión cuando el primero apareció. Lo hizo de un salto, fugaz como un fotograma subliminal, y un instante después estaba a una decena de metros. Niara lo miró con aprensión infinita. Aquella criatura era tal y como la recordaba: la ropa echa jirones, la piel apergaminada, la delgadez extrema y los rasgos solo aproximadamente humanos, apenas un cadáver momificado que se movía con la rapidez de un insecto en vuelo y que tenía la fuerza de una armadura de combate.

La criatura, gateando con agilidad arácnida, parpadeó a la luz grisácea del día kepleriano, cegado por un momento. Luego olisqueó el aire, como si alguien hubiera puesto al fuego un estofado exquisito, y un tajo espeluznante como el de un cuchillo sobre carne descompuesta asomó a su rostro macilento. Niara tardó un momento en comprender que estaba sonriendo.

Otro tripulante del *Holandés* saltó desde el interior de la esfera, y después otro y otro. Muy pronto, varias decenas de esas criaturas estaban distribuidas en un círculo más o menos regular alrededor del portal, esperando pacientemente a que comenzara el banquete.

Sobrevino uno de esos instantes de falsa quietud que preceden a la tempestad. El portal había dejado de escupir cuerpos, aunque el temblor de tierra continuaba y el soplar huracanado del viento ahogaba cualquier otro sonido. La muchedumbre de Ciudad Paraíso miraba a los recién llegados con la parálisis de un cervatillo ante los focos de un aerodeslizador. Los soldados, al otro lado de la calle, probablemente hacían lo mismo, pero Niara no se giró para comprobarlo. Toda su atención permanecía fija en el portal.

¿A qué esperaban? ¿Por qué no les atacaban? Eran un blanco tan fácil y ellos tendrían tanta hambre que no lograba comprender qué los contenía. Y eso le daba aún más miedo.

Lo supo un instante antes de que sucediese. El portal parpadeó, como si estuviera a punto de desvanecerse, y una última figura contrahecha, semihumana, surgió de su interior. No lo hizo de un salto, como los demás, sino caminando muy erguida, aún con un rastro de aquella vieja elegancia impostada que tanto le gustaba

lucir cuando aún encabezaba el departamento financiero de la Compañía.

Joseph Rainier Ackerman miró a su alrededor con los ojos vidriosos y se pasó la lengua por los labios cuarteados. Había cruzado océanos de tiempo y de espacio para saborear su venganza.

163

Niara no sabía cuántas de aquellas criaturas se habían apostado alrededor de la multitud, pero le parecieron cientos. A lo lejos, las tropas de Kersey, con su maltrecho capitán general a la cabeza, se habían quedado tan paralizadas como las imágenes de un cuadro. Al fin y al cabo, ¿qué podían hacer en aquella situación? Kersey debía recordar muy bien con qué velocidad se movían los pasajeros del *Holandés* y con qué voracidad atacaban a sus víctimas: ni siquiera todo el cuerpo de guardia podría reducir a esa cantidad de muertos vivientes en campo abierto. Por si eso fuera poco, la multitud de Ciudad Paraíso estaba en la línea de fuego. Si disparaban contra los aparecidos, acabarían hiriendo o matando a muchos inocentes.

Niara tragó saliva. De modo que era así como el río iba a volver a su cauce: los pasajeros del *Holandés* estaban a punto de provocar la masacre que entre todos habían logrado evitar solo unos minutos antes.

Joseph R. Ackerman, consumido hasta lo grotesco, sonreía en el centro de todo, como un titiritero desastrado que saliera al escenario para hacer un último número sin ninguna gracia. Le bastaba chasquear los dedos para que sus hombres desataran la furia de su venganza de siglos. Niara lo sabía y Rainier sabía que ella lo sabía, y por eso su sonrisa, que ya había sido cruel cuando solo era un contable presuntuoso que jugaba a manipular a los demás desde las sombras, se ensanchó hasta casi salirse de su rostro.

Entonces, Niara sintió algo imprevisto —e inoportuno— explotar en su interior como una burbuja pestilente.

Era una furia elemental, implacable como la ira de los dioses antiguos y amarga como la resaca tras una noche de excesos. La visión de aquel tipo reapareciendo de entre las tinieblas del pasado la cabreó como nunca antes se había cabreado. La cabreó de veras. ¿Es que el mundo nunca iba a librarse de ellos, de todos los Joseph R. Ackerman que existían? ¿De esos tipos que se creían con derecho a conseguir cuanto se les antojara, de aquellos devoradores de

recursos, de cadáveres, de personas?

Se enderezó cuanto pudo, tratando de contener el fuego que ardía en sus entrañas para que no la consumiera, y masticó las palabras.

—Nadie le ha invitado a esta fiesta, Ackerman, hijo de puta. Recoja a sus perros y lárguense por donde han venido.

—Disiento, querida. —La voz de Rainier sonaba como arena frotada contra la pared—. La señal que hemos recibido a bordo era tan alta y clara que solo podía tratarse de una invitación. Sabía que estaría usted aquí abajo. ¿O qué piensa? ¿Que no estaba al tanto de sus ridículos planes con el acelerador de partículas? ¿Que nadie más que usted había leído aquellas estúpidas novelitas de ciencia ficción? ¿Que no sabía exactamente a qué momento del futuro tenía planeado viajar mucho antes de que lo hiciera? Solo alguien realmente ingenuo conectaría una máquina capaz de transmitir ondas de baja frecuencia con esa intensidad.

Niara miró a su alrededor. Nadie se movía entre la muchedumbre de Ciudad Paraíso, pero eso podía cambiar en cualquier momento. Los hombres de Rainier, aquellos viejos amos del mundo que el tiempo, la locura y las manipulaciones genéticas habían convertido en criaturas aún más espeluznantes, permanecían también muy quietos, acuclillados, como animales al acecho, esperando la orden de su amo para lanzarse a por sus presas.

Apretó los puños y dejó que su lengua disparase antes de pasar por el filtro de su cerebro.

—Se cree usted tan perspicaz, mamarracho, que ni siquiera se le ha ocurrido pensar que tal vez esto sea una trampa.

—¿Una trampa? —Por el rostro ajado de Rainier cruzó una sombra de duda, pero enseguida desapareció—. No me haga reír, doctora. Mírese. Siempre fue incapaz de planear nada. No podría idear ninguna trampa en la que yo pudiera caer.

—¿Eso cree? ¿Por qué no se lo pregunta a Jones, a ver qué opina él?

Rainier acusó el golpe. La piel cenicienta de su rostro se contrajo en una mueca que podría ser de dolor o de cólera. Niara decidió seguir metiendo el dedo en la llaga.

—Jones pensó una vez lo mismo que usted —escupió—, pensó que caería en sus redes como un conejito asustado y por eso se

pudre en una tumba sin nombre con la cabeza separada del cuerpo. Si él no pudo conmigo, ¿qué le hace creer que usted sí podrá? Porque no nos engañemos, Ackerman, usted siempre ha sido el perrito faldero de Jones. Sin él no es na…

—¡Mentira! —rugió el hombrecillo. Su cuerpo se agitó con un espasmo febril—. ¡Mentira! Él me apreciaba. ¡Siempre siguió mis consejos hasta que usted se entrometió! Si no fuera por mí, nunca habríamos llegado tan lejos. Y, si también me hubiera hecho caso aquella vez, no hubiera acabado como acabó. Y todo por esa estúpida debilidad hacia usted. —Hizo un gesto de desprecio con la mano, como si señalase a un insecto que caminara sobre un montón de estiércol—. Jones era débil, demasiado sentimental, demasiado compasivo.

Calificar a Arthur B. Jones de sentimental y compasivo tenía tanto sentido como decir que un escalpelo era un animal de compañía adorable pero, aunque pareciera un disparate, Niara hubiera jurado que Rainier estaba al borde de las lágrimas. Hurgó un poco más. Solo sentía el ciego impulso de hacer daño a aquel espantajo.

—Ahora entiendo por qué Jones siempre lo despreciaba cuando usted no estaba delante.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que ha oído. Él lo despreciaba. Lo llamaba «mi chico de los recados» y no perdía ocasión para ridiculizarlo. ¿No se da cuenta? Él lo utilizó para llegar a lo más alto y siguió utilizándolo cuando enfermó.

—No sabe de lo que habla.

Niara era consciente de estar chapoteando en un lodazal de arenas movedizas. Sin embargo, se había lanzado y ni siquiera se planteó frenar a tiempo.

—¿Ah, no? ¿No lo convenció él para que embarcaran juntos? Oh, vamos, Rainier, un tipo como usted podía haberse tratado el cáncer con los mejores especialistas de la Tierra. El proyecto Fanyi también era útil para eso, ¿recuerda? Pero, ¿alguna vez Jones le propuso intentarlo? No, no lo hizo. No podía permitir que su chico de los recados llegara más lejos que él en la Compañía, así que, ¿qué hizo en su lugar? ¿Cómo lo convenció para embarcarse en el *Holandés*? ¿Tal vez le dijo que de este modo viviría eternamente y

que dominarían juntos la galaxia por toda la eternidad como padre e hijo?

Niara supo que se había pasado de frenada cuando una sonrisa de hiena asomó al rostro de Rainier. De prontó, el viejo estalló en unas carcajadas que recordaban a una gallina a punto de morir atragantada.

—No tiene usted ni idea —dijo entre jadeos—. ¡Ni idea! Él me quería y yo lo quería a él, pero usted es incapaz de comprender eso porque en su vida ha querido a alguien que no fuera usted misma. Es sencillamente incapaz de entender lo que una persona puede llegar a hacer por otra, así que ni siquiera voy a tratar de explicárselo. Aunque sí quiero que entienda esto: yo le quería y usted me lo arrebató. Estuvo a punto de hacerlo una vez, en Nairobi, y no descansó hasta conseguirlo mucho tiempo después. Podía habernos dejado vivir en paz en nuestro retiro, pero yo sabía que no lo haría. Metería otra vez las narices en nuestras vidas porque no puede permitir que nadie sea feliz a su alrededor si usted no lo es.

—¿Felicidad? ¿Llama felicidad a esa vida a bordo de un ataúd flotante?

Rainier volvió a cloquear. Al parecer, todo aquello le resultaba muy hilarante.

—¿Y quién es usted para juzgar lo que es la felicidad para los demás? —dijo—. ¿Cómo se atreve siquiera a imaginar lo que yo, o cualquiera, pueda llegar a sentir, usted, que ha pasado la vida vacía por dentro y por fuera?

Por un instante, Niara no supo qué replicar, y se preguntó si aquel despojo de ser humano no tendría algo de razón. ¿Cuándo se había preocupado ella por intentar comprender sus motivaciones? ¿Cuándo había dedicado aunque fueran diez minutos de su tiempo a tener una charla amistosa con él? Desde el principio había sentido una aversión irracional hacia Rainier, aún antes de saber quién era.

El viejo asintió, como si hubiera podido leer sus pensamientos.

—Sí. Solo ahora, cuando es demasiado tarde, se da cuenta. Siempre ha culpado a los demás de los males del mundo, y resulta que los males del mundo también viven en usted, doctora. Supe que planeaba viajar a este lugar y a esta época cuando Bitok me habló de aquellos libros de ciencia ficción y tuve ocasión de leerlos. Luego

revisé sus archivos privados en la Compañía, con todos aquellos cálculos y previsiones sobre puentes de
Einstein-Rosen.
Nunca tuvo la precaución de ocultarlos porque tanto usted como su amiguito Kersey nos menospreciaban. ¿Qué iban a saber un abogado o un contable acerca de sus grandes planes para el futuro? ¿Cómo íbamos a interpretar aquellos números?

»Pues bien, doctora, los interpreté. Si se hubiera preocupado un poco más por conocerme, sabría que siempre me he procurado los contactos adecuados. Aprendí muchas cosas durante aquellos años. Astronáutica, por ejemplo. Y física relativista. ¿Le sorprende? ¿Sabía usted que los puentes de
Einstein-Rosen.
entre el *Holandés* y la superficie de Kepler 22b no pueden abrirse en cualquier punto del
espacio-tiempo?
Yo sí lo sé porque pasé años estudiando todos los resultados detenidamente. Solo unos pocos puentes pueden abrirse con un coste energético asumible. Diez de octubre de 2156. ¿Le suena? Es el día en el que Elcano 1 desapareció del mapa. Ese es uno. Nueve de junio de 2241: las mazmorras de Lecaun desaparecen por arte de magia. Los aldeanos piensan que se trata de un terremoto. Once de junio del mismo año: otro puente se abre en el centro de la plaza de Lecaun. ¿Quiere que siga?

»Ahora empieza a entenderlo, ¿verdad? Cuando llegó el momento de embarcar en el *Holandés*, no lo hice para vivir eternamente, sino para poder encontrarme con usted una y otra vez, en todos los lugares en los que yo sabía que estaría, hasta que por fin nos viéramos aquí, al final de todos los caminos.

»Usted vendría a mí como un imán al metal. No podría resistirse. Usted construiría esa máquina y la pondría en marcha en el momento preciso. Y yo solo tendía que sentarme cómodamente y esperar a que los sensores la delatasen. Usted y su máquina convertirían a todos estos colonos en seres dóciles que obedecerían mis órdenes sin rechistar, en corderitos que irían voluntariamente al matadero.

»Así es, doctora. Esa es la verdad que nunca ha querido asumir: todo lo que ha ocurrido y todo lo que va a ocurrir es

responsabilidad directa suya. Llevo mucho tiempo esperando este momento. Mucho tiempo, y lo único que lamento es que Arthur no pueda estar aquí para compartirlo conmigo. Voy a disfrutarlo por los dos. Quiero que vea cuál es el final de esta historia. Quiero que sienta el mismo dolor que usted ha provocado, multiplicado por mil. Quiero que sepa que usted es la primera responsable de todo lo que está a punto de suceder. Quiero que sea la espectadora de todo, porque usted, doctora, será la última en morir.

El portal parpadeó una última vez y se cerró definitivamente. Un silencio de cementerio cayó sobre la colonia como un mal augurio.

La furia de Niara se enfrió varios miles de grados hasta convertirse en una esfera de hidrógeno sólido en la boca de su estómago. ¿De veras aquel tipo había planeado este encuentro, y todos los encuentros anteriores, hacía dos siglos? ¿Y, desde entonces, estaba macerando su odio a fuego lento en las tinieblas del *Holandés*, primero a la sombra de Jones y luego como capitán de su ejército de muertos vivientes?

En una cosa sí tenía razón Rainier: ella era el principio y el final de todo. Ella era lo único que se repetía una y otra vez, iteración tras iteración. Ella era el único factor que nunca se había eliminado de la ecuación.

Así que tal vez era el momento de cambiar eso.

Miró hacia atrás instintivamente. Con un sobresalto, se percató de que Kersey se había puesto en marcha con lo que parecía el grueso del Cuerpo de Guardia, pero aún les quedaba un buen trecho por recorrer y estaba claro que no pensaban disparar a bulto contra la multitud.

El capitán del *Holandés* siguió la dirección de su mirada y su sonrisa de reptil se ensanchó, como si también hubiera previsto aquello. Sus ojos se cruzaron durante un segundo. Entonces, Rainier extendió dos dedos de su mano derecha, los sostuvo en alto sobre su cabeza un par de segundos e hizo un gesto tan leve que resultó casi imperceptible.

Aquella fue la señal que desató el caos.

164

Cientos de criaturas esqueléticas dieron al mismo tiempo un salto imposible y volaron decenas de metros en todas direcciones como langostas gigantes. El aire se oscureció por un momento. Cayeron sobre la muchedumbre. Los gritos de pavor se convirtieron en alaridos de dolor cuando las mandíbulas descarnadas se cerraron sobre los cuellos de las primeras víctimas, cuando los brazos consumidos pero provistos de fuerza sobrehumana desencajaron huesos, rompieron costillas, desgarraron entrañas.

La multitud se sacudió como una marea de aceite y comenzó a disgregarse en un estallido de pánico absoluto. Niara contempló impotente como las víctimas corrían sin sentido, se empujaban unas a otras, se estrellaban y pisoteaban. Trató de localizar a las tres niñas. Le resultó imposible fijar la mirada en alguien que no estuviera ya envuelto en salpicaduras de sangre. Durate un instante, vio a una mujer muy joven y le dio un vuelco el corazón al creer que se trataba de Amdahl. El rostro de la mujer se contrajo y una flor roja se abrió en su pecho. Una mano esquelética apareció entre sus costillas, como una marioneta macabra. La mujer se desplomó cuando su atacante extrajo de su espalda el brazo desnudo con el que la había ensartado. Aquel engendro aún tuvo tiempo de pasar con fruición una lengua negruzca por su brazo ensangrentado antes de saltar en busca de otra víctima.

Niara distinguió a Rainier entre el tumulto. No se había movido del sitio y le sonreía, le sonreía a ella, con aquellos repulsivos labios demasiado gruesos y aquellos dientes amarillos demasiado grandes. Niara iba a lanzarse a la carrera hacia el corazón de la carnicería sin pensar en nada más cuando Rainier desapareció delante de sus ojos y volvió a aparecer a dos centímetros de ella, como si se hubiera saltado varios fotogramas. Pudo oler su aliento ponzoñoso cuando le dijo al oído.

—Usted no va a ninguna parte. Quiero que lo vea todo.

La derribó en el suelo. Fue como recibir la embestida de un camión de reparto. En un momento estaba de pie y, sin solución de continuidad, se encontró tumbada boca arriba con Rainier sentado a

horcajadas sobre su pecho. Trató de zafarse, pero era como tener un bloque de hormigón en las costillas. Maldita sea, ¿por qué aquel puñetero psicópata tenía predilección por esa postura? La última vez que estuvieron así, ella acabó perdiendo la mano derecha y él experimentó una ligera indigestión.

Entonces arremetió la primera oleada de soldados. Surgieron de la nada, o eso le pareció a Niara. Nunca se había alegrado tanto de oír el zumbido de los rifles de pulsos. Trozos de carne apergaminada volaron por los aires cuando los soldados avanzaron desde los dos flancos y encerraron a los muertos vivientes en un círculo infernal de fuego cruzado.

Aquello desvió la atención de Rainier durante un instante, lo suficiente como para que Niara pudiera quitárselo de encima de una patada en los testículos. Con los tíos aquello siempre funcionaba, no importaba lo decrépitos que fueran ni las modificaciones que portaran en su ADN. Rainier dio un paso atrás con las manos bajo el vientre y la miró con un odio infinito. Un instante después, recibió un impacto de bala en el pecho y retrocedió como una araña malherida.

Un rostro familiar apareció detrás del cuerpo contrahecho del anciano. La otra Niara, la que era trece años más joven y aún no sabía lo que le depararía el futuro, la miró con el rostro a medio camino entre el terror y la ira. Empuñaba un rifle de pulsos que debía de haber arrebatado a algún soldado caído en la refriega.

—Te debo una —gritó la Niara más vieja.

No se quedó a charlar, a pesar de la curiosidad malsana que la asaltó, ni a comprobar la gravedad de la herida de Rainier. Aquellos capullos no solo tenían una fuerza sobrehumana, sino que eran capaces de sobrevivir a heridas que tumbarían a un rinoceronte. Aún recordaba demasiado bien como el capitán Jones, con media cara convertida en una calavera descarnada después del ataque de las hormigas carnívoras, tuvo fuerzas suficientes para estar a punto de enviar al otro barrio a media aldea de Lecaun.

No, no se quedaría para saciar su curiosidad ni para ver cómo aquel chiflado se recuperaba del disparo y se le echaba encima de nuevo. Corrió en dirección al centro el tumulto con un solo pensamiento claro en la cabeza: encontrar a las tres niñas y sacarlas de allí. Tal vez si lograba hacer eso, si lograba aunque fuera

salvarlas a ellas de la matanza, tal vez, solo tal vez, lograría doblegar al destino en aquel pulso tan desigual que llevaban años disputando. Y si una bala perdida le atravesaba el pecho… Bien, quizá iba siendo hora de que otros se encargasen de escribir el final de la historia.

165

El ejército de Kersey enseguida perdió fuelle. Las criaturas del *Holandés* se rehicieron rápidamente y cambiaron de objetivo: ya no saltaban sobre la muchedumbre desarmada, sino sobre los soldados.

Niara vio a varios de ellos retorcerse con aquellas cosas pegadas a sus trajes de combate como sanguijuelas, tratando de quitárselos de encima a golpes. Los movimientos de defensa personal aprendidos en la academia resultaban totalmente inútiles contra aquel enemigo tan improbable. En pocos segundos, los pasajeros del *Holandés* localizaban el cuello de sus víctimas con inefable precisión y utilizaban las garras como martillos neumáticos para destrozar la cubierta protectora de las armaduras y llegar a la piel desnuda. Los soldados comenzaron a sucumbir uno tras otro entre alaridos y disparos al aire. El factor sorpresa se diluyó rápidamente y la única diferencia que supuso la presencia de la guardia fue que los monstruos del *Holandés* contaban con más carne fresca que llevarse a la boca.

Fue entonces cuando Niara las vio, acurrucadas detrás de una pila de cadáveres, milagrosamente vivas. Eyre y Trisha protegían con su cuerpo a la pequeña Ada, que temblaba como si estuviera en el interior de un congelador industrial.

Corrió hacia ellas sorteando cuerpos y miembros desparramados. Trató de no mirar abajo, pero resultaba imposible avanzar por aquel campo de los horrores sin tropezar con brazos, piernas, cabezas separadas del cuerpo o trozos de intestino que se deslizaban sobre el asfalto ensangrentado como serpientes de agua. De pronto, algo la empujó desde atrás con la fuerza de un ariete y la hizo caer sobre el cuerpo fláccido de un colono. Descubrió con horror que se trataba de Caspar, el gordo y viejo Caspar, el portero del Instituto de Investigación tan grande, tonto y leal como un San Bernardo. Ahora yacía desmadejado en el suelo, con la sangre escapando a borbotones de su garganta abierta.

El espantajo que la había derribado derrapó sobre el líquido viscoso y su propia inercia lo hizo deslizarse varios metros. Niara lo vio agacharse, dispuesto a saltar sobre ella, y trató de retroceder

apoyándose sobre los codos. Su mano tropezó con algo metálico caído junto al cuerpo de Caspar. Los dedos identificaron el objeto antes de verlo: se trataba de aquella pistola de carpintero modificada con la que Caspar y su pandilla habían herido a Amdahl por error en otra vida. La levantó sin que ningún pensamiento consciente mediara en el proceso y disparó al aire un milisegundo antes de que aquel monstruo se levantara. Una ráfaga de clavos de carpintero, largos y punzantes como alfileres, surcó el aire. Con esa rapidez infernal que los caracterizaba, la criatura llegó hasta allí en solo un parpadeo y ocupó el espacio vacío. Los clavos le atravesaron la piel desde las rodillas hasta el ojo izquierdo, dibujando una línea curva que a Niara le recordó estúpidamente a uno de aquellos pasatiempos de «une los puntos» a los que le gustaba jugar de niña. Por un instante, el tipo compuso un gesto de sorpresa que casi resultó cómico. Luego cayó al suelo de forma muy poco elegante, retorciéndose de dolor. «¿Qué dibujo crees que saldrá de ahí, capullo?», pensó Niara mientras los tentáculos de la histeria se abrían paso en su mente.

Aquello no lo detendría por mucho tiempo. Tiró el arma al suelo y continuó su carrera hacia las tres niñas. Ya las tenía muy cerca. Tal vez aún había una oportunidad. Si conseguía llegar hasta ellas, si conseguía sacarlas de aquel infierno con vida…

Por supuesto, aquel fue el momento que Rainier eligió para hacer su reaparición.

166

Se erigió como un rey del apocalipsis por encima de la montaña de cadáveres que servía de parapeto a las niñas. Niara lo vio enderezarse con su sonrisa de reptil, la cara manchada de sangre fresca y la parte derecha de su tórax convertida en un amasijo de carne acartonada. Sus ojos brillaban como linternas en el pozo más profundo del inframundo. Con su mano derecha sujetaba a Eyre por el cuello y con la izquierda a Trisha. Las levantó un palmo del suelo con la expresión del que levanta un par de trofeos olímpicos.

—¿Es esto lo que busca, doctora? —preguntó entre el fragor de la batalla.

Las niñas se retorcieron inútilmente. Rainier apretó más. Sus rostros empezaron a amoratarse. Arañaron las manos de Rainier y boquearon en un intento inútil de introducir aire en sus pulmones.

Niara separó los brazos.

—¡Suéltalas! —gritó, y su grito sonó como un graznido porque tenía la garganta seca—. Solo son unas crías, Rainier, hijo de puta. Me quieres a mí, ¿no es así? Pues ya estoy aquí y no voy a ir a ninguna parte. Déjalas marchar, vamos.

La sonrisa de Rainier se ensanchó hasta un extremo antinatural, hasta casi rozar sus orejas. La piel de sus labios se cuarteó aún más y reventó en pequeños bulbos de carne putrefacta.

Las niñas se debatían cada vez con menos fuerza. Niara iba a lanzarse contra Rainier, aún a sabiendas de que sería como tratar de embestir a un tren en marcha, cuando notó el contacto de una mano diminuta en su espalda. Se dio media vuelta y se encontró con una figura menuda y vestida con harapos de color terroso. Ada. Los ojos de la pequeña se posaron en los suyos. La niña negó imperceptiblemente con la cabeza, y Niara supo que no había nada que hacer, que Ada ya había visto el futuro y que Trisha y Eyre estaban, siempre lo habían estado, condenadas.

Se agachó y la atrajo hacia sí, y la protegió en un abrazo postrero e inútil.

Y allí, en ese contacto de piel contra piel, sintió que su cuerpo se desgajaba en los trillones de átomos que lo constituían.

Y lo vio todo.

Vio Kepler 22b desde el espacio, una esfera verde, blanca y azul. Escuchó el rumor del viento, el rugido del océano, el arrullo de las aguas sobre la superficie, el diálogo quejumbroso de los árboles, el corretear nervioso de las ardillas, el ronquido sereno de los escalpelos mientras dormían. Sintió el hambre insaciable de los enictos que trabajaban sin descanso en los túneles subterráneos de los hormigueros, el temor inveterado de las lampreas de río cuando una sombra se cernía sobre ellas desde la superficie, la somnolencia insuperable de las tortugas verdes dormitando en el interior de su caparazón después de un banquete de algas. Incluso percibió el coloquio silencioso, como un murmullo lejano pero constante, de trillones de criaturas vivas sin nombre, imperceptibles salvo bajo la lente de un microscopio, que habitaban cada milímetro cuadrado de aquel planeta. Y también sintió el dolor desgarrado, como el de la piel recién quemada que alguien arranca de un tirón, de los árboles carbonizados, los animales sin hogar, las criaturas del bosque expulsadas o aprisionadas en los calabozos de la ciudad, de esa ciudad de intrusos que nunca se paraban a escuchar ni a escucharse, que eran incapaces de oír ni de ver lo que tenían delante de las narices. Sintió el dolor y la ira crecer en su interior, y la ira le nubló el entendimiento, y ya no era su ira sino la de un planeta entero, y concentró toda esa ira en un único punto en el centro de su pecho y supo que si la dejaba salir podría acabar con cualquier intruso que hubiera en muchos kilómetros a la redonda.

Aquello le hizo sentir miedo, un miedo tan oscuro y antiguo como el fondo de un volcán primigenio cuyos túneles conducen al centro de la existencia, y soltó la mano de Ada.

Se encontró en el suelo, jadeando y temblando de frío a pesar del sudor y de las explosiones que la rodeaban. Rainier aún sostenía en alto a las dos niñas como dos trofeos macabros. Apenas se movían y su rostro tenía un tono violáceo. Ada, en cambio, continuaba a su lado. Se había puesto en pie y separaba sus brazos y entrecerraba los ojos y detrás de sus párpados solo había una línea blanca y Niara sintió una oleada de estática que le erizaba el pelo y el aire se ionizó y se tiñó de un color extraño y los harapos de Ada comenzaron a aletear cuando echó la cabeza hacia atrás y la niña continuó reuniendo en el centro de su pecho la ira de todo un

planeta contra aquellos intrusos simples y egoístas y Niara supo lo que estaba a punto de suceder porque ya lo había visto antes y porque acababa de sentir esa misma ira dentro de sí.

Ada abrió la boca como si intentase gritar aunque ningún sonido salió de su garganta. Niara notó el calor súbito recorrerle el cuerpo. Se abrazó a Ada con todas sus fuerzas. Notó el torbellino de cólera aullar en su interior como un ciclón. Trató de resistirse a las visiones, trató de recordar quién era y lo que había visto en su vida, en todas sus vidas. Le habló a Ada, a todos los que aullaban y gritaban de dolor e indignación dentro de Ada. Les habló del lago Nakuru, de la granja de su familia, de la enfermedad de su padre. Les contó cómo su profesor y mentor había muerto por su culpa, cómo había pasado dos años huyendo de todas las policías del mundo, cómo había sobrevivido a una prisión helada en el Círculo Polar Ártico, cómo había viajado hasta Kepler para tratar de expiar su culpa. Y luego les habló de ellos, de los viejos amos del mundo que viajaban en el *Holandés* como símbolos de todo lo maligno y todo lo impuro que cabía en el corazón humano, y les habló de la Compañía, y de los agujeros en el
espacio-tiempo
y de las iteraciones que se retorcían sobre sí mismas en una espiral sin fin. Y las recorrió todas con ellos, una tras otra, en un viaje a la velocidad de la luz por una memoria que ella no sabía que poseyera. Y durante un momento la cólera del planeta se aplacó, y aquella mente formada por millones de mentes se detuvo a pensar, y quizá ese momento solo duró una fracción de una milésima de segundo, pero a Niara le pareció oír cómo los pensamientos se formaban durante eones en las raíces de los árboles y en las neuronas de las equidnas y en los flagelos de las bacterias. Y comprendió lo que estaba sucediendo, y hasta se asombró un poco, porque incluso los superorganismos desconocen muchas cosas sobre el universo. Y luego la ira regresó, pero no era una ira irracional y genérica contra todos los intrusos, sino una ira dirigida y concreta, una ira que comprendía que también ellos habían sido una vez intrusos en un planeta extraño.

Niara sintió que algo la empujaba hacia atrás. Cuando volvió a la realidad tridimensional cotidiana, descubrió que Ada la había apartado de sí con una fuerza impropia de su tamaño, porque no

era solo Ada la que actuaba a través de su cuerpo. Sus brazos escuálidos de niña desnutrida continuaban abiertos en cruz, su cabeza inclinada hacia atrás, sus ojos entrecerrados. Su cuerpo diminuto se agitó con un espasmo, un único espasmo, y una ola de energía incontenible recorrió el planeta como un tsunami.

167

Fue como si alguien hubiera apretado el botón de pausa. Todo quedó en suspenso. Los viejos del *Holandés* se paralizaron justo antes de saltar sobre otra víctima, los braceros de Ciudad Paraíso se detuvieron en mitad de una carrera, los soldados se interrumpieron antes de apretar el gatillo. Se miraron unos a otros, con el gesto confundido del que acaba de despertar sin saber muy bien dónde se encuentra.

Y entonces Niara también lo notó.

Su conciencia fluyó como un torbellino. La cacofonía de voces que antes había escuchado seguía estando allí, solo que ahora era un murmullo, como una música de fondo increíblemente armónica, de una belleza primigenia. Sobre ella, se elevaban miles de melodías sin sentido que intentaban competir unas con otras por ver quien sonaba más fuerte o más desafinada. Quiso taparse los oídos, pero comprendió que no le serviría de nada, porque no estaba escuchando con sus oídos como no estaba viendo con sus ojos. La música, si es que aquello era realmente música, cambió poco a poco, las melodías se amansaron, los tonos se acompasaron, y se formó una cadencia tan perfecta que le erizó el vello de la espalda durante un tiempo que se prolongó hasta casi la eternidad. Y pudo oírlas, pudo oír todas aquellas voces en su conjunto y cada una individualmente, y sintió que podría, si quisiera, pulsarlas como las cuerdas de una guitarra. Y pudo entenderlas, y se dio cuenta de que ella también estaba hablando, de que siempre había estado hablando, y su propia voz comenzaba a cambiar, a modularse para entrar en armonía con las demás. Aquello despertó la vieja llama de rebelión que siempre ardía en su interior, pero la música era tan dulce, tan embriagadora, que se dejó arrastrar por ella un poco más, solo un poco más, y notó como la música la seguía modelando, sintió la vibración de cada cuerda como propia, vibraciones que no tenían nombre, compuestas de sentimientos, ideas o simples retazos de actividad neuronal para los que habría que inventar un lenguaje nuevo. Y se hundió un poco más en aquella música reconfortante, y se olvidó poco a poco de quién era ella y de su identidad y de su

memoria y sus pequeñas o grandes heroicidades y mezquindades cotidianas se volvieron tan lejanas, tan insignificantes comparadas con aquella música, que comenzó a olvidarlas también.

Un segundo o tal vez mil millones de años más tarde, encontró aquella llama en el interior de su pecho. Era una llama diminuta y desprendía un calor desagradable, y estaba a punto de apagarse. No logró recordar qué hacía allí, pero había algo en esa luz que la atraía. La contempló por curiosidad, y el coro de voces trató de tirar de ella. Antes de dejarse llevar definitivamente necesitaba comprender qué hacía allí aquella pequeña llama amarilla. Y las voces insistieron y ella se resistió y las voces insistieron con más urgencia y ella gritó: «¡No!».

Y se hizo el silencio a su alrededor, y solo había vacío y soledad, como la nada hostil e inconmensurable del espacio exterior.

Niara Queen volvió en sí aturdida y dolorida y se encontró en mitad de una calle cubierta de heridos y cadáveres. Aquel coro de voces que cantaban armonías imposibles en un lenguaje que no era música la había expulsado de… ¿De dónde, exactamente? ¿Dónde había estado todo aquel tiempo? Miró alrededor, confusa, mientras todos los recuerdos, todas las vivencias, todo lo que hacía de ella un ser único e irrepetible para lo bueno y para lo malo regresaban con la contundencia de un golpe en el estómago con una tubería de plomo. No debían de haber transcurrido más que unos segundos porque todo estaba exactamente igual que antes: columnas de humo se elevaban aquí y allá; Ada permanecía de pie a su lado, con los brazos en cruz y los ojos entrecerrados a través de los que solo asomaba una línea blanca; Eyre y Trisha seguían en manos de… Un momento… Las niñas habían caído al suelo, y habían recuperado algo de su color habitual, aunque aún lucían las mejillas amoratadas; entre las dos, Joseph Rainier Ackerman permanecía congelado en un gesto de genuino estupor, el mismo gesto que mantenía al resto de contendientes de uno y otro bando en actitud extática, paralizados como fotografías, mirando sin ver. Solo ella parecía haber regresado a la normalidad.

Entonces, los viejos del *Holandés* volvieron a la vida bruscamente.

168

Niara buscó desesperada algo con lo que defenderse. Sabía que no tenía ninguna posibilidad contra todos aquellos tipos, pero estaba resuelta a proteger a las niñas hasta el final.

El resto de la gente, colonos y soldados, seguían paralizados. Fuera lo que fuera lo que les estaba sucediendo, primero había dejado de afectarle a ella, y ahora los viejos se habían liberado y miraban en derredor con el mismo gesto de estupidez bobina que ella debía de haber exhibido un momento antes.

Localizó el rifle caído de un soldado y lo levantó con esfuerzo. Apuntó a Rainier en primer lugar, y cuando estaba a punto apretar el gatillo, el viejo habló.

—Todo ha sido un terrible malentendido —dijo en tono neutro, como si esa frase tuviera todo el sentido del mundo, con su voz de arena sobre piedra.

Acto seguido, dio un salto hacia Niara, uno de esos saltos tan veloces que el ojo humano apenas podía registrar, y un segundo después le había arrebatado el arma de las manos.

Y otro segundo después, apuntaba con el rifle hacia uno de los tripulantes del *Holandés* y abría fuego sin contemplaciones.

La criatura no tuvo ninguna oportunidad. Ni siquiera pudo suplicar clemencia o extender los brazos delante de la cara en un postrero e inútil gesto de autoprotección. Su cabeza estalló en un reguero de materia encefálica, sangre oscura y piel curtida, y el cuerpo se derrumbó como un montón de trastos viejos.

Los demás tripulantes miraron a su capitán y no demostraron emoción alguna. No hubo protestas, ni un conato de motín, ni exclamaciones de extrañeza. No emitieron ni un sonido. Tampoco trataron de huir. Solo se quedaron allí plantados mientras Rainier levantaba el arma de nuevo, apuntaba a otro de sus hombres y disparaba.

Uno tras otro, sin presentar resistencia, los maltrechos supervivientes del *Holandés* fueron abatidos por su capitán, cuya puntería resultó prodigiosa. No falló ningún disparo, ni siquiera los más lejanos, y en pocos minutos no quedaba ningún anciano con

vida excepto él mismo.

Niara asistió a la escena con sorpresa y horror. Aquello no podía estar sucediendo. De todas las cosas absurdas o increíbles que había presenciado en su vida, y habían sido unas cuantas, aquella era la que menos sentido tenía de todas. Por eso, cuando Rainier se volvió hacia ella y le tendió el arma, invitándola a dispararle en la cabeza, no pudo evitar echarse a reír como una hiena.

Rio hasta que se le saltaron las lágrimas y comenzó a sentir calambres en el abdomen. Cuando terminó de reír, su risa se había convertido en una serie de gritos histéricos y desacompasados.

Rainier estaba diciendo algo, quizá desde hacía un rato. Ella no podía oírlo porque alguien estaba gritando. Tardó en darse cuenta de que ese grito salía de su garganta reseca. Tuvo que concentrar toda su fuerza de voluntad en relajar su diafragma, y cuando lo hizo creyó que iba a desmayarse. Pero no podía permitírselo, porque Rainier aún permanecía en pie y ella tenía que proteger a las niñas, a esas dos niñas inermes del suelo y a la tercera, la más pequeña, que continuaba con los brazos en cruz y los ojos entrecerrados.

—… un terrible malentendido. Cuánto lo siento. —Fueron las primeras palabras que logró distinguir cuando el grito, que sin duda tenía voluntad propia, por fin se detuvo—. Ahora lo entiendo todo. Ellos me lo han enseñado. ¿Lo ha visto usted también? Todo ha sido un terrible malentendido. Cuánto lo siento. Ahora lo entiendo todo. Ellos me lo han enseñando. ¿Lo ha visto usted también? Todo ha sido un…

Niara miró a Rainier con aprensión. Seguía ofreciéndole la culata del rifle, invitándola sin palabras a sujetarlo y descerrajarle un tiro en la cara. Sin duda ese malnacido se lo merecía. Aun así, ¿cómo podría matar a sangre fría a un viejo desahuciado como aquel con el cerebro completamente fundido, por muy hijo de la gran puta que fuera?

Entonces la voz del viejo cambió. Se hizo más grave y menos áspera, casi melodiosa, como la de un barítono convaleciente de una faringitis. Y sus ojos también cambiaron. La miraron con una expresión nueva, suplicante.

—Es hora de acallar el ruido. De nuestras cenizas nacerá un nuevo mundo. No puedo hacerlo solo: no tengo los brazos lo bastante largos. Usted solo sujete el arma. Yo apretaré el gatillo.

Se sentó sobre uno de los cuerpos caídos y apoyó la boca del rifle entre sus dientes y la culata en el suelo. Luego se quitó un zapato andrajoso, dejando ver unos dedos retorcidos de largas uñas amarillas. Alargó la pierna todo cuanto pudo, pero la postura resultaba tan forzada que el arma se le escurría de las manos.

Se sacó el rifle de la boca.

—Por favor —suplicó—. No quiero que duela. Aunque no merezco su clemencia, no quiero que duela.

Y volvió a colocar el cañón entre sus dientes.

Sonaba tan lastimoso que Niara sujetó el rifle con firmeza sin apenas pensar en lo que hacía. Rainier sonrió aliviado.

—Todo ha fido un tedible balentendido —dijo, de forma ridícula, a modo de conclusión.

Y luego apretó el gatillo.

Niara apartó la vista. Cuando volvió a mirar, el último superviviente del *Holandés Errante* yacía en el suelo con una salpicadura de tejidos abrasados en el lugar donde un momento antes había estado su cabeza.

Y los colonos despertaron.

169

Las niñas volvieron en sí al mismo tiempo. Cuando Niara las miró, supo de forma instintiva que ya no eran ellas, o no eran exactamente ellas. Había algo distinto en sus ojos, una profundidad o una sabiduría insondables. Sus movimientos plácidos, casi solemnes, impropios de unas niñas de su edad en una situación como aquella, la reafirmaron en su impresión.

Ada se acercó a ella y le tomó la mano, pero el gesto le pareció impostado, como si tratara de reconfortarla siguiendo las instrucciones de algún manual de psicología.

—Te estamos muy agradecidas —dijo sin entonación—. Antes no comprendíamos la magnitud de nuestra insignificancia.

Aún intentaba asimilar el sentido de esas palabras enigmáticas pronunciadas por una niña teóricamente muda cuando Ada, Trisha y Eyre ya se alejaban en dirección a Ciudad Paraíso, seguidas por el resto de los supervivientes. Todos ellos, colonos y soldados, se desplazaban con parsimonia, en silencio, como un ejército imposible de filósofos guerreros. A Niara se le erizó el vello de la nuca: si a algo le recordaba aquel desfile era al movimiento ordenado y diligente de los insectos gregarios.

Una mujer de piel oscura se separó de la formación y se detuvo frente a ella. La miró a los ojos y Niara le devolvió el gesto. Fue como contemplarse en un espejo defectuoso, porque la imagen que tenía delante era la suya varios años más joven, con menos marcas del tiempo y más pájaros en la cabeza.

La Niara joven frunció el ceño, y la expresión embobada que ahora tenían todos los colonos se desdibujó de su rostro.

—No lo hagas —dijo la Niara más vieja—. No vayas con ellos. Tú no eres así.

La otra Niara tardó unos segundos en contestar, y cuando lo hizo su voz sonó tan condescendiente como la de un anciano hablando con un niño sobre el sentido de la vida.

—Tanto tiempo nadando contra corriente… —dijo por fin—. También nosotras necesitamos un momento de descanso. Solo un momento de descanso.

Su mirada volvió a perderse en el infinito y la Niara más vieja supo que ya no la miraba a ella, que el hechizo que había estado a punto de romperse resultaba demasiado intenso para aquella joven atolondrada.

La Niara más joven se alejó de allí siguiendo al resto de colonos como uno más, imitando sus movimientos mecánicos a la perfección. Ella, que nunca había imitado a nada ni a nadie, que nunca había dejado de contestar a cualquier autoridad. La Niara más vieja se dispuso a seguirla con la firme intención de zarandearla y sacudirla y abofetearla hasta obligarla a despertarse, a desligarse de lo que fuera que la mantenía en aquel estado, cuando un desaliento repentino la detuvo y la obligó a soltar todo el aire de los pulmones. Tal vez fuera lo mejor. Tal vez fuera lo que tenía que ocurrir. ¿Y por qué no? Al fin y al cabo, aquella mujer no era ella, ¿verdad?

Kersey se acercó en aquel momento. Aún se tambaleaba un poco al caminar. Niara le dirigió a él y le cogió el mentón con su única mano, como si pretendiera abofetearlo.

—¿Eres tú? —le preguntó con brusquedad.

—¿Quién iba a ser?

—¿Eres tú, tú? ¿No te has vuelto… gilipollas como los demás?

—Estoy un poco mareado por el culatazo de Gorman, pero sobreviviré. —Señaló a los colonos que se alejaban—. ¿A dónde van?

Niara contempló las filas ordenadas que se movían sin un ruido, ni un comentario, ni una instrucción. El rostro de su yo más joven había desaparecido entre la multitud.

—No lo sé.

—¿Ha tenido algo que ver con…? —Kersey buscó sin éxito las palabras correctas—. ¿Con esas… visiones?

—¿Tú también has estado allí?

—No sé. ¿Dónde has estado tú?

Niara se estremeció. Su trance, o lo que hubiera sido aquello, se estaba evaporando de su memoria como una pesadilla a la hora del desayuno. Pero aún recordaba con claridad la sensación de ser expulsada de aquel lugar cuando su voz discordante se alzó sobre las demás.

—No estoy segura. ¿Y tú?

—Lo mismo digo.

Una voz nueva y jovial se unió a las suyas.

—¡Chicos! —gritó Amdahl, corriendo hacia ellos entre los restos de la batalla—. ¿Estáis bien? ¿A dónde ha ido todo el…? —Se detuvo en seco al ver los restos de Rainier—. ¡Oh, mierda! ¿Ese es…?

—Sí, nuestro contable preferido ha decidido decorar el suelo con el contenido de su cráneo —dijo Niara, y el sarcasmo tan negro le pareció excesivo incluso a ella. Aquel estaba siendo un día excesivo en todos los aspectos.

Kersey se alejó un poco, oteando entre la multitud como si buscase a alguien. A Niara no se le escapó el gesto.

—Está con ellos —dijo—. Trisha está con ellos.

—¿Y está bien? —preguntó Kersey.

Niara no contestó inmediatamente. ¿Trisha, Eyre, Ada o la versión más joven de ella misma estaban bien? ¿Estaban bien todos los demás? Todo había cambiado cuando Ada había sufrido aquel espasmo, y entonces… ¿Qué había pasado entonces? Era incapaz de ordenar sus ideas, así que finalmente dijo:

—Creo que sí, aunque supongo que deberíamos seguirlos para ver a dónde narices se dirigen con tanta parsimonia.

170

Al llegar al límite del Oldtown, a la altura de los antiguos residenciales que marcaban la frontera con Ciudad Paraíso, el grupo de colonos se disgregó: una parte se dirigió hacia el sur, donde se encontraban las instalaciones industriales, y otros continuaron su camino hacia el arrabal. No hubo ningún diálogo ni ninguna discusión. Simplemente, el grupo se partió en dos y cada fracción continuó su avance sin romper la formación silenciosa.

Las niñas continuaron encabezando al grupo que se internó en Ciudad Paraíso, de modo que Niara, Kersey y Amdahl también tomaron esa dirección. Las calles del barrio marginal lucían solitarias y abandonadas. No era la calma tensa que Niara había percibido esa misma mañana en la avenida Champlain, preñada de ojos que atisban entre los huecos de los postigos cerrados, sino la calma definitiva y plúmbea de las ciudades fantasma.

Algunos colonos, siguiendo quién sabe qué impulso, abandonaban la formación y se adentraban en alguna vivienda. Los demás continuaban adelante, y las niñas con ellos. Solo se oía el ritmo acompasado de sus pies sobre el asfalto. Niara tenía la sensación de que, en comparación, ellos tres iban haciendo un ruido de elefantes en la sabana, pero nadie les dedicó ni una mirada en todo el trayecto.

Habían llegado a la altura de la calle octava cuando una voz ahogada los sorprendió en mitad del silencio de templo en ruinas.

—Parece que por fin consiguió poner en marcha la máquina —dijo Koreander.

Lo vieron sentado sobre una roca junto a la fachada desvencijada de una vivienda con todas las trazas de ser ilegal. Su susurro arenoso se había escuchado a la perfección en medio del silencio.

Niara había agotado su capacidad de sorpresa por aquel día y ni siquiera se preguntó qué estaba haciendo Koreander allí, o por qué diablos había una roca de considerable tamaño en mitad de la calle. Tampoco por qué los colonos prestaron la misma atención a Koreander y sus palabras que a una mosca que pasara volando

sobre sus cabezas. Niara lo miró con curiosidad y ese punto de aversión que le despertaba aquel tipo.

—Ahora no estoy de humor, Koreander —dijo.

—No hace falta que vayan tras ellos —replicó el viejo—. Yo puedo decirles a dónde se dirigen.

Niara se detuvo, más exasperada que agotada.

—¿En serio? ¿Y piensa compartirlo con nosotros o tiene que ir a buscar su teclado?

Koreander se apeó de la roca de manera muy poco elegante y se acercó renqueando hacia ellos.

—Van a recoger materias primas.

—¿Puede hablar claro por una vez en su vida? —se desesperó Niara.

—Tienen mucho trabajo por delante —explicó el viejo. Abrió los brazos como si quisera abarcar toda la ciudad—. Arreglar todo este desastre, ni más ni menos. Ahora son una
mente-colmena.
Miles de cerebros colaborando para un único propósito, ¿recuerda? No puedo ni imaginar lo que estarán planeando, pero algo sí sé: muchas cosas van a cambiar por aquí a partir de hoy.

Niara miró en derredor. Los colonos que habían abandonado la formación para entrar en alguna casa o en algún almacén salían cargados con bolsas o sacos repletos hasta los topes. Un tipo de aspecto patibulario pasó junto a ellos empujando una carretilla de la que asomaban un montón de componentes electrónicos, un saco de abono químico y varios electrodomésticos de pequeño tamaño.

—Seguro que se detienen en mi casa —continuó Koreander—. Allí pueden abastecerse de casi todo lo que puede encontrarse en Elcano y hasta algunas cosas imposibles de encontrar en las colonias.

Kersey parecía aún más confundido que Niara.

—¿Por qué hacen esto? ¿Qué es lo que pretenden?

—¡Ah, quién sabe! —Koreander dibujó algo parecido a una sonrisa bajo los pliegues de su rostro—. Si pudiera imaginarlo, hubiera escrito aquel tercer libro. Los propósitos de una mente superior como esta quedan más allá de la capacidad de comprensión de simples humanos como nosotros. Tal vez quieran construir alguna especie de máquina para, qué sé yo, viajar al otro

confín del universo en un chasquear de dedos. Tal vez hayan encontrado la manera de revertir el segundo principio de la entropía, o un nuevo método de síntesis de proteínas, o una teoría de la gravedad cuántica definitiva que quieran verificar. Pero lo más probable es que vayan a hacer algo totalmente inesperado e incompresible para nosotros. Los pensamientos de los dioses son inasequibles a los simples mortales.

—¿Qué significa toda esa palabrería? —gritó Kersey con la voz demasiado aguda—. ¿Qué es lo que les ha ocurrido?

Koreander pareció sorprendido por primera vez.

—Que la máquina ha funcionado, por supuesto. Han alcanzado la sincronía y esta se ha hecho permanente. Sus mentes están conectadas. Ahora son un único superorganismo. Se acabaron las disputas egoístas, las luchas de poder, los…

—No puede ser —lo interrumpió Niara.

—Claro que puede ser. Es lo que debía suceder al conectar la máquina.

—Digo que no puede ser porque la puñetera máquina se fundió.

Koreander frunció el ceño, lo que en su rostro equivalía a que un millón de arrugas se acumulaban sobre su nariz y sus ojos se hundían hasta desaparecer entre los pliegues.

—No es posible.

—Oiga, no me joda. Yo estaba allí. Se encendió unos segundos, nos hizo algo raro y luego se fundió. Adiós máquina. Se hizo pulpa delante de mis narices. No estuvo en marcha el tiempo suficiente como para provocar un cambio permanente.

El viejo parecía ahora tan confundido que dio la impresión de que las piernas le flaqueaban. Si hubiera tenido la roca cerca, hubiera vuelto a sentarse.

—Ha sido Ada —continuó Niara—. Ada y todos los niños del bosque. Tenían ese… ese algo que los hacía diferentes. Ella me tocó y yo… vi cosas. Y ella, o ellos, también vieron en mi interior. Lo vieron todo. La Compañía, el *Holandés*, las iteraciones. Y entonces hizo, o hicieron, algo. Fue como encender la máquina, pero mucho más potente. Durante un momento yo también estuve… no sé cómo expresarlo… ¿conectada? Luego me expulsaron de allí como quien echa patadas a un borracho de un bar.

—A mí me ocurrió algo parecido —murmuró Kersey.

Amdahl levantó una mano.

—Y a mí. ¿Por qué nos han dejado fuera de su club? ¿No nos consideran preparados, no somos dignos? ¿O es porque pertenecemos a otra época?

Koreander permaneció pensativo un instante.

—Los niños del bosque —dijo por fin, sin hablar con nadie en particular—. Claro, tiene sentido. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Aquello era un cabo suelto que había que atar. Eran raros, esos niños. Con un punto inquietante, ¿verdad? Como esto en lo que se han convertido los colonos. ¡Vaya! Ellos eran la clave y durante todos estos años no me di cuenta. Tenían la capacidad de comunicarse con los animales, quizá por alguna mutación genética, quizá por cualquier otra cosa. ¿Por qué no iban a ser capaces de algo más?

—¿Usted no notó nada? —preguntó Niara—. Cuando Ada hizo aquello que hizo, ¿a usted no le afectó?

Koreander volvió a sonreír.

—¿Si tuve visiones extrañas, quiere decir? Doctora, hace mucho que tengo visiones a todas horas. Si hubo alguna más por ahí pululando, le aseguro que no me di cuenta. Al fin y al cabo, si ellos decidieron que ustedes no estaban preparados porque provienen de otra época, imagínense lo que debieron pensar de mí.

171

Llegaron al almacén de Koreander. En efecto, como había previsto el viejo, un pequeño ejército de colonos entraba y salía sin cesar en una procesión perfectamente coreografiada. Acarreaban trastos y los depositaban en un remolque que habían conseguido en algún otro lugar. Entre aquellos colonos debía de haber varios que trabajasen en la central de transportes aunque, pensó Niara, si ahora formaban una sola
mente-colmena,
¿no significaba eso que todos sabrían cómo entrar y salir de cualquier instalación, o cómo manejar cualquier máquina? El conocimiento que hubiera en el cerebro de cualquier de ellos ahora era accesible a todos los demás.

Sintió un escalofrío al pensar en la posibilidad de exponer al escrutinio de todos los demás hasta sus pensamientos más íntimos. ¿Era eso lo que les había sucedido a los colonos? No parecían sentir ninguna vergüenza por ello. No parecían sentir ninguna emoción en absoluto. Ni siquiera parecían humanos. Con otro escalofrío aún mas intenso, Niara volvió a percatarse de que a lo que más se parecían era a insectos laboriosos, como los malditos enictos del bosque, que cooperaban en un diligente silencio olvidando todo vestigio de individualidad en beneficio del bien común.

Llegar a eso era uno de los riesgos que entrañaba la puesta en marcha de la máquina, desde luego. Lo había pensado algunas veces. ¿Las personas perderían todo aquello que las hacía humanas al empatizar de forma completa y permanente con las demás? ¿O, por el contrario, aquello que las hacía humanas se potenciaría hasta un límite inimaginable, y tal vez irreconocible? Quizá Koreander estuviera en lo cierto y fuera eso lo que estaban contemplando: superhumanos que se comportaban de un modo incomprensible.

Se buscó a sí misma entre la multitud, sin éxito. La otra Niara podía encontrarse ahora mismo en cualquier rincón de Ciudad Paraíso, saqueando una despensa, un laboratorio ilegal de drogas o un almacén. Sintió una punzada de decepción, como si la Niara más joven la hubiera traicionado al pasarse al bando de los colonos sin

contar con ella. ¿O tal vez lo que sentía eran celos?

Lo decidiría más tarde, porque en ese momento se toparon con Eyre, Ada y Trisha. Se encontraban en lo más profundo del almacén de Koreander, supervisando con ojo crítico los estantes atiborrados de cachivaches. No parecían diferentes de los demás. Nadie que no hubiera estado allí para verlo podría decir que la pequeña Ada había sido el epicentro del cambio radical que se había operado en la colonia. Las tres niñas se comportaban como el resto: registraban con la vista el contenido de un estante, cogían varias cosas, las sopesaban, descartaban algunas y depositaban otras en una bolsa.

Kersey se aproximó muy despacio a su hija. Niara huiera jurado que incluso estaba conteniendo la respiración. Cuando estuvo a su altura, se agachó y le puso la mano en el hombro.

—Trisha —murmuró, como si temiera despertarla bruscamente en mitad de un episodio de sonambulismo.

La niña lo miró. Niara, a unos metros de distancia, no apreció ningún signo de emoción en su rostro. Y sus ojos eran tan extraños. Miraba a Kersey como si no estuviera allí, como si pudiera ver a través de él o como si pudiera ver a todos los Kerseys que alguna vez fueron y a todos los que hubieran podido ser. Quizá, pensó Niara, era la mirada que se te quedaba cuando tenías acceso a los secretos del Universo, o al menos a un número significativo de ellos. Quizá era la mirada que se te quedaba cuando el espacio se convertía en otra coordenada más del tiempo. Quizá, si un humano del paleolítico hubiera podido viajar al siglo XXI y mirar a los ojos a un miembro de su misma especie, hubiera descubierto en él la misma expresión alucinada.

—Papá —dijo la niña al cabo de lo que pareció una eternidad.

Kersey luchó por contenerse. Al fin y al cabo, era un actor consumado.

—Sí, soy yo.

Por un instante, una sonrisa apuntó en las comisuras de la boca de Trisha, pero desapareció antes de concretarse.

—Estamos muy bien, papá. No tienes de qué preocuparte. Vamos a cuidar de ti.

—¿Que vais a…? —Kersey no sabía sin reír por la ocurrencia o llorar de alivio—. ¿Quiénes vais a cuidar de mí?

—Todos, papá.

—¿Quiénes sois todos? —preguntó Kersey con cautela.

La niña tardó un segundo en contestar, como una profesora que buscase la respuesta más adecuada para un grupo de estudiantes recién incorporados al instituto.

—Kepler, papá.

EPÍLOGO

172

Habían pasado tres semanas desde los sucesos del Oldtown, pero Niara tenía la sensación de que habían sido tres años. En ese tiempo, los colonos habían desmantelado gran parte de la ciudad, devolviendo los terrenos al bosque, que se afanaba en recuperarlos con avidez, y habían levantado una nueva urbe mucho más pequeña sobre las ruinas del Oldtown. O, al menos, parecía mucho más pequeña desde lejos, porque Niara, Kersey, Amdahl y Koreander tenían prohibido acercarse.

Lo que los colonos hacían allí constituía un misterio. Cuando Niara había intentado curiosear, se lo habían impedido con una firme cortesía. Parecían saber que alguien estaba rondando la ciudad nueva mucho antes de que se acercara lo suficiente como para poder echar un vistazo.

Para ellos cuatro, los colonos habían construido de la noche a la mañana unas viviendas en lo alto de una de las colinas que se elevaban al suroeste de Elcano. Allí tenían todo lo que podían necesitar, las vistas resultaban espectaculares y los animales del bosque ni siquiera se acercaban.

Niara salió de su cabaña, un refugio amplio y luminoso fabricado con madera, fibra de grafeno y dios sabía qué otros materiales, y se apoyó en la barandilla del porche elevado sobre el suelo mediante pilares. Iba arrebujada en una manta de franela igual que las que había en su casa cuando era niña. Un té recién hecho humeaba en su mano. Era agradable sentir el calor que irradiaba la taza. El aire olía a limpio y la temperatura era suave como la de una primavera temprana. Se asomó al paisaje que se divisaba colina abajo: a un lado, el valle, partido en dos por el río Ucronia, en el que se levantaba la colonia; al otro, una extensión sin fin de ondulaciones de todos los tonos de verde hasta donde alcanzaba la vista y, muy al fondo, la reverberación azul y turquesa apenas intuida del mar. El mar de Kepler solo se veía bien en los días despejados, que eran cada vez más frecuentes. Porque ahora había días despejados. Niara no sabía cómo los nuevos colonos lo habían conseguido, o si habían tenido algo que ver en ello, pero lo

cierto era que el sol lucía últimamente mucho más de lo habitual.

Todo parecía perfecto. Incluso podían moverse con libertad por donde quisieran, siempre que no se acercasen a Elcano ni curioseasen en las misteriosas actividades en las que los colonos ocupaban todo su tiempo, en turnos incansables que mantenían la actividad en la ciudad de día y de noche. Incluso habían puesto a su disposición un par de aerodeslizadores modificados que no necesitaban, en apariencia, ningún tipo de combustible, con un sistema de pilotaje automático mejorado que los traía y llevaba cómodamente a cualquier lugar dentro de un radio de autonomía de varios cientos de kilómetros.

Sí, todo parecía perfecto, pero no lo era. Niara se sentía prisionera. *Sabía* que era una prisionera. Tenía la misma sensación que hacía años, en la penitenciaría de Barrow, solo que había sustituido la ropa de presidiaria por un vestidor completo de prendas cálidas y funcionales, el patio de la prisión por un planeta entero y la incómoda celda compartida con otras dos reclusas por una vivienda acogedora. De hecho, se notaba que alguien se había tomado muchas molestias en investigar su pasado, porque algunos detalles de su cabaña, como la distribución de la cocina o la decoración de la sala de estar, resultaban demasiado parecidos al hogar en el que se crio a orillas del lago Nakuru como para tratarse de una coincidencia.

Y, aun así, no era más que una jaula de oro.

Niara dio un sorbo a su té y chasqueó la lengua. Estaba delicioso. No probaba un té así desde… bueno, siendo estrictos, desde hacía doscientos dieciséis años. En la Nairobi del siglo XXI podías encontrar un té decente en casi cualquier esquina, pero en el siglo XXIII la gente llamaba té a cualquier sucedáneo deshidratado, y mucho más en las colonias, donde hasta la cerveza se reconstituía a partir de aquellos infectos sobres de polvo amarillento.

Una vez a la semana, un grupo de colonos, siempre diferente, subía hasta la colina y les traía un cargamento de víveres con todo lo necesario para llevar una dieta equilibrada y cometer dos o tres excesos. Entre los víveres había frutas y hortalizas recién cosechadas, pescado fresco y exquisiteces como té y café auténtico. O, al menos, lo parecían. Niara no tenía ni idea de cómo los colonos habían conseguido todas esas delicias en tan poco tiempo, pero allí

estaban, pulcramente dispuestas en cajas reutilizables en cada remesa.

Aun así, hubiera cambiado todos aquellos lujos por echar un vistazo rápido a las misteriosas actividades que tenían lugar allá abajo, en la nueva Elcano. La inactividad y la vida cómoda la estaban poniendo cada vez más nerviosa. No era solo la sensación de estar enjaulada, sino que, además, tenía la impresión de que alguien la había jubilado anticipadamente sin su consentimiento, como si le hubieran dicho: «Gracias por sus servicios. Ahora siéntese a beber té y a contemplar la puesta de sol mientras los demás nos encargamos de todo». No es que tuviera nada en contra de ese plan en particular, pero algo dentro de ella se rebelaba ante el hecho de que otros hubieran dictado esa sentencia sin contar con su opinión.

Sacudió la cabeza y trató de disfrutar del momento. A lo mejor ya era hora de meterse su estúpida rebeldía por donde le cupiera, tumbarse a la bartola y disfrutar de aquello mientras durase. Sin embargo, no se engañaba a sí misma: no se imaginaba como una viejecita plácida que se sienta a ver caer la lluvia junto a la ventana mientras teje una bufanda de lana al calor de la chimenea.

Y, por si eso fuera poco, Amdahl se marchaba aquella misma mañana.

La ingeniera apareció justo en ese momento, con su mochila al hombro, su juventud insultante y su ropa de exploradora del Serengueti, igual que cuando la había conocido en Acheron una noche de hacía un millón de años. Su cabaña estaba al otro lado de un bosquecillo de robles jóvenes y había prometido pasar a despedirse antes de emprender el viaje.

—¿Lo tienes todo listo? —preguntó Niara para tratar de deshacer el nudo que amenazaba con formarse en su tráquea.

—Todo listo.

Hubo un silencio incómodo, tan espeso que Niara tuvo que romperlo de nuevo.

—Parece que por fin hemos ganado.

—Más o menos.

—¿También tú tienes la sensación de que falta algo?

—¿Algo como qué?

—No sé. —Niara sacudió la cabeza—. Fuegos artificiales, una alfombra roja, una fiesta en la que todos bebamos hasta perder el

control.

—Tú ya no bebes.

—Es verdad. Pero ya me entiendes.

Amdahl depositó su mochila con cuidado en el porche. Luego se acercó a Niara como quien se acercaría a un animal salvaje que puede huir en cualquier momento.

—¿Por qué no vienes conmigo? Estoy segura de que podré convencerles.

Niara negó con la cabeza.

—Qué va —dijo—. Esos cabezas cuadradas se han vuelto unos testarudos sabelotodo desde que… Bueno, no importa. No lo permitirán porque saben que, si regreso contigo, puedo volver a cagarla. No permitirán que el bucle vuelva a abrirse. Y supongo que no les falta razón. Jugar con el tiempo no parece una idea muy inteligente. Además, ¿qué se me ha perdido a mí en el siglo XXI?

Amdahl miró al suelo, de pronto un poco turbada.

—Vaya, no pretendía que sonara así —aclaró Niara—. Lo que quiero decir es que tú tienes una vida por delante en tu propia época. Vas a hacer algo importante, algo determinante para el futuro. Ellos lo saben y por eso te envían de regreso. En cambio, yo ya estoy amortizada. Soy un fósil viviente, una pieza de museo. He hecho mi trabajo, aunque me ha costado lo mío, y ahora solo estorbo. El mundo es de los jóvenes. Siempre lo ha sido. Es mejor que me quede aquí quietecita para no meter más la pata.

—Empiezas a hablar como ellos.

—¿Como los colonos? No me jodas, ingeniera. Ellos nunca dirían tacos.

Amdahl sonrió a su pesar. En ese momento aparecieron Kersey y Koreander. Los dos tenían sus respectivas cabañas a un tiro de piedra de aquel claro. Saludaron con gesto somnoliento, como si se acabaran de despertar de una larga siesta. El puñetero viejo parecía haber rejuvenecido dos décadas: ahora aparentaba ciento treinta años en lugar de ciento cincuenta.

—Ah, aún estás aquí —sonrió Kersey, aliviado al ver a Amdahl —. Temía que se nos hubiera hecho tarde.

—Llegáis justo a tiempo —dijo ella, devolviéndole la sonrisa.

Niara pensó con un estremecimiento involuntario que nunca la había visto tan atractiva como ahora, con su ropa de exploradora

impoluta, su cabello rubio lavado y recogido en una coleta apresurada, su rostro todavía joven y seguro de sí mismo, bronceado tras varias semanas de vida a la intemperie, aún luciendo las marcas fantasmales de los golpes recibidos durante su aventura. Era una imagen digna de conservar en la memoria. Por un instante, estuvo tentada de arrastrar a Amdahl al sótano de su cabaña y esconderla allí para que los colonos no pudieran llevársela de su lado. Luego recordó que su cabaña ni siquiera tenía sótano.

Un aerodeslizador proyectó su sombra achatada sobre ellos un instante antes de que el zumbido del motor llegase a sus oídos. Los aerodeslizadores modificados resultaban tan silenciosos que no te percatabas de que tenías uno sobre la cabeza hasta que te despeinaba la coronilla. El vehículo se posó al otro lado del claro sin mover una brizna de hierba más de lo necesario.

Se apearon dos colonos más fornidos que de costumbre. Niara se preguntó si temían algún tipo de resistencia. Debían de ser antiguos trabajadores del espaciopuerto, porque sus rostros le sonaban de verlos trasegar cerveza en el Bear. Por supuesto, no dijo nada al respecto. Hubiera sido inútil. Tratar de entablar una conversación con los nuevos colonos era tan improductivo como explicar la teoría de las supercuerdas a unas esculturas de hielo.

Los dos colonos aguardaron en pie a los lados de la puerta abierta del aerodeslizador. No era necesario añadir ninguna explicación. Una delegación de colonos ya lo había dejado bien claro hacía una semana. Había sido Cornelia Affrika en persona quien había subido hasta allí encabezando la embajada para comunicarles la noticia de que Amdahl debía regresar al siglo XXI. Claro que se parecía tanto a la Cornelia Affrika que todos habían conocido como Stephen Hawking a un neanderthal. Aunque físicamente seguía siendo la misma mujer robusta e imponente, con su cabello canoso cortado a cepillo y sus rasgos esculpidos a puñetazos sobre granito, sus ojos eran aquellos pozos sin fondo de los nuevos colonos, ojos que miraban sin ver, o tal vez viendo demasiado, y su voz había perdido todo rastro de calidez humana.

Bueno, se había consolado Niara, no podía decirse que Cornelia Affrika hubiera tenido nunca un carácter demasiado cálido. Pero aun así resultaba escalofriante ver en qué se había convertido.

Tal vez decidieron enviar a Affrika pensando que esos díscolos

humanos de la colina se sentirían cómodos ante una presencia familiar, o tal vez pensaron todo lo contrario, es decir, que la nueva Affrika los intimidaría más que cualquier otro colono.

Affrika les había comunicado que habían construido un nuevo gravitón para transportar a Amdahl de regreso al momento exacto en el que desapareció del siglo XXI. Una vez completado el viaje, el gravitón sería destruido y sus piezas reutilizadas para otros proyectos, y jamás volvería a construirse otra máquina como aquella en el futuro. Niara estuvo tentada de replicarle que era imposible viajar a ese punto concreto del
espacio-tiempo,
porque todos los cálculos indicaban que la cantidad de energía requerida para ello resultaba desorbitada. Claro que, si aquellas criaturas habían logrado construir un gravitón en dos semanas con material de derribo, ¿quién le aseguraba que no habían encontrado una fuente de energía fabulosa o una solución nueva a las ecuaciones de Danyang?

De modo que allí estaban, una semana después, el tiempo de gracia que los colonos habían concedido a Amdahl antes de despedirse definitivamente. Niara sabía que debería sentirse afortunada. Al menos un poquito: aunque muchos habían caído por el camino —Alberth, Matsu, Caspar y tantos otros—, el futuro de la colonia parecía asegurado en manos de aquellos humanos robotizados que daban repelús, Amdahl iba a regresar a su época sana y salva y las tres niñas habían sobrevivido. Era un final feliz, ¿no?

Entonces, ¿por qué sentía como si un taxidermista le hubiera sacado las tripas y hubiera rellenado el hueco con algodón?

Amdahl recogió la mochila del suelo y se la colgó a la espalda con su habitual desparpajo casi adolescente. Se giró para mirar a los otros tres y se detuvo con los labios apretados, como si estuviera pensando una frase de despedida a la altura de las circunstancias. Niara supo que no iba a soportar aquello mucho más sin ofrecer un espectáculo lamentable.

—Anda, lárgate ya —gruñó.

Amdahl hizo caso omiso y la abrazó.

—Vamos, no seas moñas —bromeó Niara, apartando a Amdahl antes de ponerse a llorar como una vieja senil—. No ha sido para

tanto. Y tendrás un par de historias que contar a tus nietos.

Amdahl se despidió con otro abrazo de Kersey y de Koreander. Luego subió al aerodeslizador. Los dos colonos se aseguraron de que su portezuela estaba bien asegurada, regresaron a sus asientos y el aparato se elevó en el aire matutino casi en silencio.

Y así, pensó Niara, en mitad de un parpadeo, la vida se te escapa de las manos.

173

—Sigo sin entenderlo. Perdone si no soy tan lista como usted. ¿Qué coño significa eso?

Niara se había puesto en pie y caminaba de un lado a otro del porche con los brazos en jarras. Habían pasado dos semanas desde la partida de Amdahl. ¿O habían sido tres? Todos los días parecían iguales allí arriba.

Kersey se estaba convirtiendo a toda velocidad en la abuela de Caperucita Roja. Había preparado una merienda a base de sandwiches de salmón y limonada. ¿Qué se creía? ¿Que estaban en un puñetero campamento de verano?

—Lo desconocemos casi todo sobre los poderes psíquicos de los niños del bosque —explicó Koreander mientras removía un trozo de sandwich en su boca sin dientes. El espectáculo resultaba asqueroso —, pero podemos hacer algunas suposiciones razonables. Cuando Ada leyó su mente y vio todo lo que usted había visto, llegó a la misma conclusión que nosotros: solo el nacimiento de una supermente, una fusión de conciencias planetaria, podía asegurar el futuro de la colonia.

—¡Nosotros jamás llegamos a esa conclusión!

Koreander cloqueó como una gallina vieja, lo que Niara interpretó como una risa. Algunos trozos de sandwich babeado le resbalaron por la barbilla.

—Desde luego que lo hicimos. La máquina, ¿recuerda? La máquina cuyo diseño usted encontró entre los documentos de la Compañía. Esa máquina perseguía exactamente el mismo objetivo. Usted no logró hacerla funcionar el tiempo suficiente, pero Ada debió leer los detalles en su memoria y nos copió la idea. En realidad, deberíamos sentirnos halagados.

Niara lo miró como si estuviera loco. Bien, era la forma habitual en la que miraba a aquel tipo, pero esta vez sintió deseos de estamparle la fuente de sandwiches en la cara.

—¿Halagados? ¡Halagados! ¿Ha echado usted un vistazo a los colonos últimamente? ¡Se comportan como puñeteros insectos! ¿En serio ese era su objetivo desde el principio? ¿Eso es lo que iba a

hacerles la máquina?

—No tengo ni idea —se defendió Koreander, mientras echaba mano a otro sandwich de salmón—. ¿Cómo iba a saberlo? No podemos ni imaginar lo que puede pasar por la cabeza de un superorganismo como el que se ha formado aquí.

—No me repita la historia del superorganismo.

—Imagíneselo: miles de seres vivos colaborando en la misma empresa. O millones. Los niños del bosque ya tenían algún tipo de conexión con los animales. Quizá incluso con las plantas y con cualquier ser vivo de las proximidades: bacterias, protozoos, hongos… ¡No tenemos ninguna posibilidad de predecir su comportamiento, y mucho menos de juzgarlo! Es como si un insecto tratara de comprender al entomólogo que lo encierra en un bote de cristal. Los insectos somos nosotros, doctora, no ellos.

—Vamos, relájate —intervino Kersey, y le tendió a Niara la bandeja de los sandwiches—. Prueba uno de estos. Me han quedado exquisitos.

Niara se preguntó si lanzar la puta bandeja volando por encima de la cabaña sería considerado de mala educación en el club para damas elegantes que aquellos dos imbéciles habían decidido fundar allí arriba.

—¿Cómo podéis estar aquí sentados, comiendo como si nada, mientras esas… esas cosas están ahí abajo haciendo vete a saber qué? Por lo que sabemos, podrían estar cebándonos para algún misterioso ritual. O podrían estar planeando, qué sé yo, la invasión de la Tierra. ¿No se supone que son superlistos?

—Oh, vamos, Niara. —Kersey había vuelto a sentarse y se había colocado la bandeja de sandwiches sobre el regazo. Tal vez se había percatado de que la merienda corría peligro—. ¿Por qué iban a hacer algo así? No se hubieran tomado tantas molestias para alojarnos, ni nos traerían toda esta comida. Yo creo que es su forma de agradecernos lo que hicimos.

Niara lo miró con resentimiento.

—Te oigo y no te reconozco. ¿Desde cuándo te has vuelto tan manso? ¿Es que esas criaturas te están echando algún opiáceo en la comida, o qué? Por mí, pueden meterse su limosna donde les quepa. Yo solo quiero saber qué están tramando y por qué no nos dejan acercarnos.

—Porque probablemente no lo comprenderíamos ni ellos podrían explicárnoslo.

—¡Tu hija está ahí abajo! ¡Es una de ellos! No puedes acercarte a ella, hablar con ella, abrazarla. No me digas que no sientes al menos una pizca de rabia.

La mención a Trisha hizo que el rostro de Kersey se tensara. Por un instante, recordó al viejo Paulo Kersey, el hombre de negocios capaz de pasar por encima de cualquiera para lograr sus propósitos, pero enseguida una sonrisa cansada relajó sus facciones.

—Me basta con saber que está bien —dijo.

—También su otro yo está ahí abajo —apuntó Koreander maliciosamente.

Seguro que para él aquello era una vuelta de tuerca dramática muy interesante, pero para Niara solo respresentaba otro motivo de malestar. En efecto, Niara Queen, la otra Niara Queen, la que nunca había tenido que regresar al *Holandés Errante*, ni había perdido una mano en el interior de la tráquea de Rainier, ni había viajado atrás en el tiempo para reiniciar el bucle, seguía allí, en Elcano, y era una más del ejército de marionetas. Y eso la fastidiaba más que ninguna otra cosa, porque no podía comprenderlo. ¿Por qué la otra sí y ella no? ¿Acaso no eran la misma persona? Había visto aquella superconciencia, o lo que fuera. Había estado a punto de conectar. Pero, en el último momento, la habían expulsado, habían considerado que no merecía formar parte de aquello.

Koreander volvió a responder a las preguntas que no había formulado en voz alta. Maldito Koreander. La conocía demasiado bien.

—Ninguno de nosotros pintamos nada ahí abajo, doctora —dijo con una suavidad inusitada y, por primera vez en toda la tarde, sin masticar al mismo tiempo—. Somos supervivientes del viejo mundo, y allí están forjando uno nuevo. Cualquiera de nosotros seríamos para ellos como un grano en el culo, siempre protestando por esto y por lo otro. Supongo que, en cierto modo, puede decirse que no somos lo bastante inocentes. Hemos visto demasiado y hemos vivido demasiado. Y eso, doctora, es más de lo que la mayoría puede siquiera soñar, ¿no le parece?

Niara sopesó esas palabras y, por una vez, le pareció que lo que Koreander decía no sonaba como una completa estupidez. Pero

aquella capitulación definitiva la aterraba. La aterraba más que las criaturas del bosque, más que las cuevas de Lecaun, más que los pasillos oscuros y malolientes del *Holandés Errante*.

—Es hora de retirarnos y dejar el camino despejado a los que vienen detrás —concluyó Koreander—. ¿Es que no le parece un buen plan?

174

Niara se dejó caer en la silla plegable. Le gustaba mirar al valle cuando el sol comenzaba a reverberar por encima de las copas de los árboles y el bosque brillaba como metal líquido. Se echó una manta sobre los hombros porque a aquella hora de la mañana aún hacía fresco y bostezó. Aunque se acababa de levantar, se sentía agotada. Últimamente el dolor de espalda no la dejaba dormir bien.

Se acercó los prismáticos a los ojos y los dirigió hacia un punto concreto del valle. Lo que antes había sido la colonia Elcano 2, con el tiempo se había convertido en algo irreconocible. Las viejas calles de Ciudad Paraíso, del distrito Challenger o del barrio financiero habían sido devoradas definitivamente por el bosque, que rodeaba como un gigante insaciable el pequeño círculo de estructuras artificiales que destacaba en la zona donde un día había estado el Oldtown.

Tampoco quedaba ni rastro del Oldtown, desde luego. Ni el hospital, ni la comandancia, ni las viejas cúpulas manchadas por líquenes y musgos del edificio del Consejo habían sobrevivido al afán renovador de los nuevos colonos. En su lugar, unas estructuras cónicas de aspecto alienígena, algunas de cientos de metros de altura, se alzaban con sus extremos afilados perdidos entre las nubes algodonosas. Niara no tenía ni idea de para qué servía ni cuál era el propósito de aquella arquitectura de aspecto tan absurdo. Tampoco cuántos metros bajo el suelo se extendería la nueva colonia. Quizá los keplerianos vivían en una ciudad subterránea plagada de cámaras y galerías, como las hormigas a las que tanto se asemejaban.

Kersey apareció caminando lentamente mientras arrastraba otra silla plegable. Con los años, había desarrollado una artritis en las rodillas que los médicos de la colonia no podían remediar. O no querían. Niara estaba convencida de que debían existir tratamientos para la artritis, o prótesis de algún material novedoso para sustituir las articulaciones desgastadas. ¿No eran los colonos un superorganismo capaz de las mayores proezas técnicas e intelectuales? La artritis no debía de suponer un gran desafío para

ellos.

Kersey desplegó la silla y se sentó junto a Niara.

—¿Qué? ¿Otra vez espiándolos?

Ella no se separó los prismáticos de la cara.

—No tengo nada mejor que hacer.

Aquello no era estrictamente cierto. Era verdad que los colonos les facilitaban todo lo que necesitaban para llevar una vida cómoda allí arriba: alimentos, cuidados médicos, bots de limpieza. Pero también se ocupaban de no dárselo todo hecho. Por ejemplo, los bots nunca limpiaban toda la casa: dejaban los cacharros sucios en el fregadero o la cama sin hacer o no reparaban esa pequeña fuga en el grifo del cuarto de baño. Los colonos debían saber que las personas completamente ociosas eran bombas de relojería en potencia, y se ocupaban de que nunca les faltaran pequeñas tareas de supervivencia a las que atender. Parecía que midieran esas tareas al milímetro, como si ellos fueran los sujetos de un experimento, y eso enervaba a Niara más aún.

—Esta mañana he visto a un grupo salir hacia el norte en uno de esos transportes ridículos —dijo Niara sin dejar de mirar por sus prismáticos.

—¿Los que parecen paraguas articulados?

—Justo. ¿Crees que irían hacia Lecaun?

Kersey no se encogió de hombros, pero el tono de su respuesta dio a entender que lo habría hecho si alguien hubiera estado mirándole.

—Lecaun ya no existe.

—Claro que existe —gruñó Niara—. Las cuevas deben seguir allí. La cámara con la urna, los aposentos reales, la biblioteca de los monjes y vete a saber qué más. Todo estará pudriéndose poco a poco. Me pregunto qué irán a buscar. Si Koreander estuviera aquí, seguro que lo sabría.

La mención del viejo le hizo bajar los prismáticos por primera vez. Observó que Kersey se miraba la punta de sus zapatillas. Con el tiempo, él y el viejo habían llegado a desarrollar una cierta camaradería que ella no se atevería a denominar amistad.

—¿Cuánto hace que murió? ¿Cinco años ya? —preguntó Niara con suavidad.

Kersey respondió enfurruñado como un niño.

—¿Cómo quieres que lo sepa? No tengo un calendario en la cabeza.

Podía haberse marchado de regreso a su cabaña rezongando, pero Niara sabía que no lo haría. Al fin y al cabo, ya solo se tenían el uno al otro. «Menuda pareja», pensó. Los dos enemigos irreconciliables, condenados a pasar sus últimos días en aquella celda en el paraíso.

Se aclaró la garganta y volvió a mirar por los prismáticos. La voz de Kersey le llegó al cabo de unos minutos, firme y convincente, como la de hacía años, cuando aún pasaban la noche juntos de vez en cuando, o la de hacía más años aún, cuando Kersey era el capullo más grande y más peligroso del universo conocido.

—¿Por qué crees que nos mantienen con vida? —preguntó.

—¡Menuda pregunta! —dijo ella—. Somos sus ratas de laboratorio, sus juguetes preferidos.

—Yo no creo que sea por eso. Creo que es su forma de agradecernos lo que hicimos.

—Ya pueden estar agradecidos, esos hijos de perra. Impedimos que se mataran unos a otros, y mira de qué nos ha servido.

—A ti te ha servido para recuperar tu mano.

Niara miró su mano derecha. Se la habían implantado poco después de trasladarlos a la colina. Fue la única vez que la dejaron entrar en la ciudad, aunque apenas pudo ver nada, porque la condujeron directamente desde el aerodeslizador hasta el quirófano por medio de un túnel blanco desplegado en la calle. Si es que aún quedaban calles como las que ella recordaba. El quirófano, al menos, sí parecía un quirófano normal. No reconoció muchos de los aparatos de aspecto temible que atiborraban la estancia, pero tampoco lo hubiera hecho en un hospital de la Tierra. Cuando se encontró tumbada en la camilla con todos aquellos sanitarios rodeándola y un instrumento articulado de aspecto inquietante sobre su cabeza, tuvo miedo por primera vez. Por aquel entonces, aunque los colonos le parecían criaturas enervantes y con un punto siniestro, aún confiaba en ellos. Ahora no se hubiera dejado encerrar en uno de sus hospitales por nada del mundo.

Movió los dedos, que se deslizaron con suavidad siguiendo las órdenes de su cerebro. Aquella mano, en su perfección mecánica, le parecía cada vez más aberrante. No envejecía, no se arrugaba, sus

articulaciones no se deformaban; ni siquiera le crecían las uñas, por todos los demonios. Algunos días, sentía la tentación de arrancársela de cuajo como si fuera un parásito que se hubiera adherido a su cuerpo, y entonces se acordaba de que Alberth había tenido el mismo impulso mucho tiempo atrás en una situación muy semejante y no podía evitar sonreír. Al final, aceptaba la convivencia con el implante porque no quería caer tan bajo como aquel cabeza hueca.

—¿Qué es lo que hicimos, Paulo? —Niara soltó la pregunta en mitad de un suspiro, sin venir a cuento, incluso sorprendiéndose un poco a sí misma.

Kersey podía haber preguntado que a qué se refería, o haberse hecho el sordo, pero conocía con bastante precisión el tipo de dudas que atormentaban a su amiga. Por eso respondió, simplemente:

—Salvamos el mundo.

Aquella respuesta, por supuesto, soliviantó a Niara. No fue ninguna sorpresa: habían tenido una conversación como esta cientos de veces.

—¿Que salvamos el mundo? ¡Lo hemos convertido en un paraíso nazi!

—Qué tontería. ¿Te has parado a observarlos? Nadie se cree más que nadie. Todos trabajan por el bien común. A mí me parecen muy felices.

—A mí me parecen un puñado de perturbados lobotomizados: el sueño húmedo de los fanáticos del pensamiento único.

—¿Te gustaba más antes, cuando no éramos capaces ni de ponernos de acuerdo en la temperatura del aire acondicionado? Si tanto te gustan las disensiones, aquí me tienes a mí para discutir.

—Eso no cuenta. Tú discutes por todo porque eres idiota. Oh, vamos, no me digas que esas personas te parecen… no sé… personas. Mírales a los ojos y dime que siguen siendo humanos. Puede que hayan ganado algo con el cambio, pero han perdido lo más básico.

—A mí me basta con que la colonia prospere y todos estén bien. Que *ella* esté bien. Además, no puedes hacer nada para cambiarlo.

—Claro que puedo.

Kersey se quedó mirándola con el ceño fruncido.

—Espera, espera… ¿Qué estás insinuando?

—No pienso decírtelo.

—Vamos, no seas insensata. ¿No pensarás bajar allí y montar otro de tus líos al estilo de la vieja Niara?

—Sabía que no debía decírtelo.

—No lograrás cruzar el límite exterior, lo sabes muy bien. Y, aunque lo consiguieras, ¿qué piensas hacer luego? Nuestro papel en esta historia se ha terminado. No entiendo por qué tienes que…

—¡Porque yo lo he provocado todo! —estalló Niara con tanta vehemencia que Kersey estuvo a punto de caerse de la silla—. ¿Tanto te cuesta entenderlo, maldito cabeza de chorlito? ¡Planeé esto durante años! Y ahora míralos, convertidos en… en… —Las palabras se le agolpaban en la garganta y las lágrimas se le escapaban sin querer—. ¡Convertidos en insectos, en esclavos de no sé quién, trabajando para… para…!

Kersey le puso una mano en el hombro. Ella estuvo a punto de apartarlo de un manotazo, aunque se contuvo. Se miraron durante un momento y, repentinamente, Niara vio claro su lugar en el mundo por primera vez. Solo eran dos viejos lamentándose por su suerte y por la vida que se les escapaba de las manos, rezongando por un mundo que ya no existía, que ya no volvería a existir, echando de menos un pasado que siempre se antojaba a la memoria mucho mejor de lo que en realidad había sido.

En lo que concierne al pasado, todos amañamos la baraja. La frase regresó a ella como el estribillo de una canción olvidada.

Kersey tenía razón. Su turno había quedado atrás, y si alguien tenía que hacer algo no serían ellos, sino los de ahí abajo, los colonos más jóvenes, los que tenían toda la vida por delante o los que ni siquiera habían nacido aún, los que heredarían aquel planeta y toda su historia.

Dejó caer la mano artificial sobre el regazo, al lado de los prismáticos, y miró de reojo a Kersey. Por un instante, pareció que Paulo estaba a punto de replicar algo y enzarzarse de nuevo en una discusión. Sin embargo, enseguida se relajó y adoptó la expresión beatífica de un anciano satisfecho. El Kersey de otro tiempo nunca hubiera capitulado tan pronto, pensó Niara, pero ese vejestorio en el que se había convertido solo era una sombra de lo que fue. Como ella misma.

Para su sorpresa, aquella vez se alegró de que Kersey no quisiera

seguir discutiendo. Estaba tan cansada. Miró una vez más al valle que centelleaba como un coro de luciérnagas dispuestas a aparearse. Desde allí arriba, casi podía imaginar que todo iba bien, que no había ningún motivo de preocupación, que por fin podía sentarse en una silla con una manta sobre los hombros y descansar mientras el mundo se iba al garete por última vez.

Y quizá, solo quizá, conservar la esperanza de que, en esta ocasión, alguien tomase las decisiones acertadas.

175

Abrió los ojos y por un instante no supo dónde se encontraba. ¿Se había quedado dormida en su vieja silla? No conseguía recordarlo. Pero qué importaba. Allí se estaba bien. Era agradable sentir los rayos del sol sobre la piel. El aire olía a limpio y los sonidos del bosque llegaban amortiguados, reconfortantes. Aunque su oído no era tan fino como hacía años, captaba lo suficiente como para reconocerlos.

Miró a un lado y a otro tratando de ubicarse. No, no estaba a la orilla del lago Nakuru haciendo un picnic con sus padres y sus hermanos, aunque el aire olía de forma parecida, a tierra húmeda y a lluvia, sino en lo alto de una colina que dominaba un valle tan verde que parecía una ilusión cromática. Algunas personas vestidas de blanco pululaban por la colina. Últimamente no la dejaban en paz. Uno de ellos se acercó y le tomó la muñeca izquierda con suavidad. Tenía las manos curtidas y cálidas. El individuo acercó un artilugio a su muñeca, hizo alguna medición y farfulló algunas palabras incomprensibles sobre la presión sanguínea y la saturación de oxígeno. Niara apartó el brazo de un manotazo. Solo era otro médico dando por saco, otro de esos colonos extraños que vivían en el valle. Ahora venían mucho por aquí. ¿Por qué no se iban todos al diablo y la dejaban en paz?

Buscó a Kersey con la mirada. ¿Dónde se había metido aquel viejo idiota? El Kersey que ella había conocido no hubiera permitido que toda aquella gente les molestara de esa manera. Bueno, ni ella tampoco lo hubiera permitido. Ahora ya nadie le hacía caso. ¿A qué habían venido? ¿A sonsacarle información? ¿Querían saber cómo había conseguido el cristal de memoria? ¿Era eso? Sí, seguro que era eso. Pues bien, se iban a quedar con un palmo de narices. Sus labios estaban sellados. Tendrían que extraer la información de su cerebro frío y muerto, si es que quedaba algo que sacar de allí. ¿Y dónde se había metido Kersey? Volvió a mirar alrededor, apretando muy fuerte los labios por si se le escapaba alguna palabra por accidente. Siempre había sido tan parlanchina. ¿Dónde estaba aquel cabeza hueca? ¿Se habría muerto sin avisarla?

Era muy capaz de hacer algo así. Recordaba algo al respecto. El viejo cabeza de chorlito se había quedado dormido en su silla, como ella había hecho cientos de veces, y ya no se había despertado. Lo zarandeó y lo insultó y lo acabó tirando al suelo para cabrearlo, pero el muy idiota no se movió del sitio. Eso había ocurrido hacía… ¿Cuánto tiempo hacía? No conseguía recordarlo.

Sintió la angustia subirle desde el interior del pecho y amenazar con ahogarla, como una mano que se cerrase alrededor de su garganta. Volvió a mirar alrededor, sin recordar por qué estaba tan asustada. ¿Dónde estaba Kersey? Ese carcamal era tan inútil que podría perderse en el bosque, como aquella vez que quiso atrapar una ardilla y Koreander y ella lo encontraron a la mañana siguiente a dos kilómetros de distancia, helado como una barra de refrigerante. ¿Por qué toda esta gente que pululaba por allí no hacía algo útil para variar y la ayudaban a buscarlo?

Quiso levantarse y las piernas le flaquearon, así que se dejó caer de nuevo en la silla. Suspiró. Tenía que ir a buscar a alguien, ¿verdad?, aunque no recordaba a quién. Alguien se había perdido en el bosque, alguien muy estúpido que necesitaba su ayuda. Todos necesitaban su ayuda todo el rato, pero ella estaba tan cansada… Intentó levantarse de nuevo. La desesperación se adueñó de ella al comprobar que no podía. Se recostó en los brazos de la silla. Su mano derecha lucía impecable, una monstruosa mano joven adherida a un brazo maltrecho y lleno de manchas, tan delgado como un brote de abedul. Aferró el brazo de la silla con esa mano y concentró todas sus fuerzas en ponerse en pie. La silla se inclinó y supo que iba a caerse sin remedio.

Unas manos vigorosas la sostuvieron en el último momento.

—¿Quiere levantarse? —dijo una voz amable—. Tranquila, yo la ayudo.

Las manos se deslizaron por sus axilas y la izaron con firmeza y delicadeza a la vez. Se mantuvo en pie un instante antes de desequilibrarse, y allí estaban otra vez aquellas manos para sostenerla.

—Apóyese en mí. Eso es —dijo la voz.

Un brazo le rodeó el cuerpo, cálido y generoso, y ella se apoyó en él. Miró hacia arriba hasta localizar el rostro de su acompañante.

—Ah, eres tú —dijo con una sonrisa de reconocimiento.

—¿Me recuerda?

Niara asintió. Claro que la recordaba. Era aquella chica que venía a verla a menudo desde hacía tiempo. Tenía los mismos ojos de Kersey y el mismo mentón orgulloso. Se parecía tanto al viejo que cualquiera diría que se trataba de su hija. Aquello era imposible, desde luego, porque la hija de Kersey era una niña y aquella mujer tenía más o menos la edad que ella había tenido la primera vez que llegó a Kepler. Además, aquella niña, la hija de Kersey, se había transformado en uno de aquellos colonos siniestros, y esta mujer no era como ellos. Había algo en su mirada, en su forma de hablar, en la manera en que se movía, que la hacía diferente. Y si por algo se caracterizaban los colonos era porque nadie parecía diferente de nadie.

Caminaron muy despacio hacia el borde del claro, desde donde se podían apreciar las mejores vistas del valle. La mujer sostenía a Niara con seguridad no exenta de dulzura. Se sentía bien con ella. Tenía que decirle algo, algo que le había rondado la cabeza desde la última vez que la había visto, pero no lograba recordar qué era. Meneó la cabeza con ese desasosiego incómodo del que tiene una palabra en la punta de la lengua que se niega a presentarse cuando la invocan. ¿Qué era esa cosa tan trascendental que quería decir? Miró otra vez a la mujer, para ver si su imagen le refrescaba la memoria. Era algo sobre la importancia de ser diferente, sobre el valor del individuo. Sí, eso era. Algo sobre esa sociedad fantasmal que los colonos habían creado allí abajo, sin trifulcas ni basura ni malentendidos, a la que le faltaba, sin embargo, esa chispa que solo poseen los seres humanos con toda su imperfecta abyección.

La mujer era distinta, definitivamente. Ella era un individuo. Se notaba por cómo hablaba, por cómo la acompañaba hasta el borde del claro para admirar el paisaje. Los otros jamás harían algo así. Eran tan fríos como los bots de limpieza.

Intentó hilvanar una frase con todos esos pensamientos. Las palabras se disipaban nada más formase, tan deprisa como el humo de una chimenea en un día ventoso. Maldita sea, qué mala cabeza la suya. Quería traer las palabras de regreso, asirlas entre los dedos, y no lo conseguía. Empezó a ponerse nerviosa de nuevo.

—Ssssh. Ssssh. Ya casi hemos llegado —susurró su acompañante. Su voz siempre la tranquilizaba. Se descubrió escuchando aquella

voz cálida, bien modulada, como la de una actriz antigua, y toda su inquietud se esfumó—. Mire este paisaje. Todo esto lo ha creado usted, doctora. Siempre se preguntó si debería haber dado a luz a una hija, y resulta que ha dado a luz a un mundo completamente nuevo: las crisálidas de nanotejidos, las cubiertas de antigravedad, los generadores subatómicos… Ojalá hubiera podido verlo. Entiendo por qué ellos se lo han negado todo este tiempo, pero… Ojalá hubiera podido verlo.

Niara meneó la cabeza. No entendía gran cosa del discurso de la mujer, aunque se lo perdonaba porque ser condescendiente con los ancianos era un gesto tan típicamente humano que ningún colono le hablaría jamás de aquel modo.

—Y ahora peligra —continuó la mujer—. Todo lo que hemos construido estos años está en peligro. La Compañía ya no admite más excusas. Van a mandar aquí a una delegación y, cuando lleguen, no sabemos lo que va a ocurrir. Hace demasiado tiempo que no tratamos con terranos. Bueno, estaban ustedes aquí arriba, desde luego, pero no es lo mismo. Los tipos que van a venir son duros de pelar: burócratas, contables, militares, administradores. Y cuando vean lo que hemos logrado, querrán apropiárselo. Esos, al menos, son nuestros cálculos.

»Así que algunos de nosotros nos hemos desincronizado. Hemos comprendido que tenemos que volver a ser… ¿Cómo decirlo? A ser un poco cabrones si queremos sobrevivir en esta galaxia cada vez más plagada de terranos. ¿Y sabe qué? —La mujer bajó la voz—. Que me gusta. Me gusta ser yo misma, sin tener todas esas voces en la cabeza todo el tiempo. Disfrutar de mis pensamientos en la intimidad. Ser un poquito, aunque solo sea un poquito, cabrona. Ahora me doy cuenta de todo lo que me he estado perdiendo, de todo lo que nos hemos estado perdiendo. Y la entiendo mejor, doctora. Lo que hizo y lo que dejó de hacer, el caos permanente de su vida, los errores que cometió y también los aciertos. Ahora comprendo que esa es la auténtica naturaleza humana. Tropezar y volver a levantarse y seguir adelante por un camino que no sabemos a dónde lleva o si existe siquiera, pero caminar, caminar siempre.

»De modo que, cuando acabe esta misión, no volveré a sincronizarme. Y como yo hay otros, todo un escuadrón de elegidos que vamos a la Tierra para comprender cómo piensan los terranos y

aprender cómo detenerlos antes de que nos declaren la guerra total. Todos los seleccionados teníamos ya cierta predisposición al individualismo por algún motivo que aún no hemos logrado averiguar. El cerebro humano sigue siendo un gran misterio, incluso para nosotros. De modo que solo han tenido que darnos un empujoncito para que, como solía decirse en su época, nos saliéramos del tiesto.

»Quería decírselo, doctora, antes de embarcarme. Quería que lo supiera. No sé cuándo volveré, ni siquiera sé si volveré, y quería que supiera que ahora sí la entiendo. —La miró a los ojos antes de añadir—: Y que también entiendo a mi padre.

El extenuado cerebro de Niara recibió esa revelación sin sorprenderse demasiado, como si siempre hubiera sabido quién era esta mujer que la visitaba tan a menudo en las últimas semanas.

Trisha Kersey la abrazó, un abrazo cálido y prolongado, de los que hacen florecer madreselvas en invierno. Niara tampoco encontró las palabras adecuadas en esta ocasión, ella, que siempre había tenido una réplica ingeniosa o por lo menos molesta a punto de brotar de los labios. Notó algo cálido en la mejilla y solo se dio cuenta de que estaba llorando cuando Trisha le secó la lágrima con los dedos. No sabía si lloraba porque Trisha se marchaba, y con ella el último vestigio de su memoria, o porque las palabras y los recuerdos se desvanecían como figuras en la niebla, o simplemente porque era una vieja boba incapaz de controlarse.

—Atalanta —dijo la joven, y como Niara frunció el ceño en un genuino esfuerzo mental por tratar de comprenderla, añadió—: Así se llamaba mi madre: Atalanta. Creí que le gustaría saberlo.

Entonces algo distrajo la atención de Trisha, que miró más allá, hacia la cabaña.

—Ah, mire, ya está aquí.

Niara siguió la dirección de su mirada y vio entre las brumas de sus ojos un aerodeslizador tomando tierra. La portezuela se abrió y del interior se apeó una mujer alta y desgarbada, con una desordenada melena negra que le llegaba hasta los hombros. Aunque habían pasado varias décadas y la última vez que la había visto solo era una niña, la hubiera reconocido en cualquier lugar del universo, igual que hubiera reconocido los desmañados gestos de Alberth.

Eyre levantó una mano a modo de saludo. Sostenía algo en la otra.

—También ha querido venir a despedirse —explicó Trisha mientras ayudaba a Niara a recorrer los veinte metros que las separaban del aerodeslizador—. Ella se desincronizó ayer. Todavía está un poco aturdida, así que no la trate con dureza. Para nosotras, antes, resultaba natural mantenernos alejadas de la colina. Era lo que debía hacerse. Se trataba, por así decirlo, de una certeza axiomática. Ahora que estoy desconectada de los demás, lo que más lamento es no haber venido antes, y estoy segura de que Eyre también.

La mujer de la melena oscura que aguardaba junto al deslizador sonrió tímidamente, y su sonrisa le trajo a Niara recuerdos de un pasado remoto en el que todo estaba aún por hacer, de hogueras en el bosque al abrigo de las rocas, de cavernas misteriosas en lo más profundo de la montaña, de niñas que adiestraban tejones con trapos impregnados en orín.

—Hemos pasado todos estos años uniendo nuestro potencial para ir más allá de lo que cualquier ser humano haya ido nunca y hemos descubierto cosas asombrosas acerca de las leyes de la naturaleza y de nosotros mismos —le contó Trisha mientras se aproximaban a Eyre con lentitud exasperante—. Ayer terminamos de reunirlas todas en un solo lugar. Si nuestra misión en la Tierra no tiene éxito y los terranos se adueñan de Kepler, esto será lo único que quedará de nosotros.

Habían llegado a la altura de Eyre. La joven abrió el puño y mostró el objeto que ocultaba entre los dedos: un resplandeciente cristal de memoria de color rojo centelleó a la luz del sol.

Niara lo comprendió todo con un destello de inesperada lucidez. «Así que este es el fin del camino», pensó. «Todas las líneas confluyen aquí, en este momento del tiempo y del espacio». Casi pudo sentir la última pieza de un gigantesco puzle cósmico encajar con un chasquido tan grave que ningún oído de ningún ser vivo podría captarlo jamás.

Esperó a ver si la otra portezuela del aerodeslizador se abría y tras ella aparecía otra mujer. No estaba muy segura de a quién más esperaba. El instante de lucidez se estaba evaporando tan deprisa como una mancha de *whisky* sobre el asfalto. Aun así, estaba

convencida de que allí debería de haber otra mujer, una mujer de piel oscura y pelo corto y despeinado con la que tenía algo que ver, con la que compartía un pasado, aunque no podía recordar de qué se trataba.

Trisha debió leer la inquietud en su rostro, porque dijo:

—La otra doctora Queen no ha venido. —Y, ante el gesto de extrañeza de Niara, añadió—: Se lo propusimos, pero no quiso desincronizarse. Ya lo ve, doctora. Tanto tiempo volando sola para, al final, encontrar en los demás el refugio definitivo.

176

Las dos mujeres se habían marchado hacía rato (¿o había sido el día anterior?) y el último resplandor anaranjado del sol se apagaba con pereza al otro lado del valle. En la colina no quedaba nadie, excepto esos sanitarios silenciosos vestidos de blanco que se apostaban fuera de la cabaña de día y de noche consultando unos monitores diminutos acoplados en sus muñecas. No sabía que hacían allí, aunque se había acostumbrado tanto a su presencia que podía ignorarlos como ignoraba al viejo abedul o a los robles que se alzaban en el patio trasero.

Así que aquellas dos mujeres venían de abajo, de la ciudad de los colonos, pero al mismo tiempo no eran como ellos. Ni tampoco como ella. Se trataba de algo completamente nuevo, de un nuevo principio, y se marchaban para siempre de Kepler.

Allí ya no quedaban más seres humanos que ella, y tal vez estuviera bien que así fuera. ¿De qué habían servido tantos años de ir de acá para allá, desde la sabana africana hasta el Círculo Polar Ártico, desde las ciudades de Mesopotamia hasta las colonias espaciales, sin encontrar nunca un momento de sosiego? Era el momento de probar algo nuevo. Pero tendrían que hacerlo otros. Ella estaba tan cansada que solo quería sentarse en su silla y mirar al horizonte.

Le pareció que podía hacerlo porque todo estaba en calma allí arriba. Se recostó e imaginó que tenía entre las manos un té humeante, o tal vez lo tenía de verdad, porque pudo sentir su calor en el vientre, como si acariciara a un recién nacido. Se acordó de la hija que nunca tuvo, de los descubrimientos que nunca hizo, de las personas a las que nunca salvó, y les sonrió a todos, y ellos le devolvieron la sonrisa. Luego lanzó una última mirada al bosque de Kepler 22b y, sin apenas darse cuenta, con la ingravidez con la que se desintegra un quark, sus ojos se cerraron.